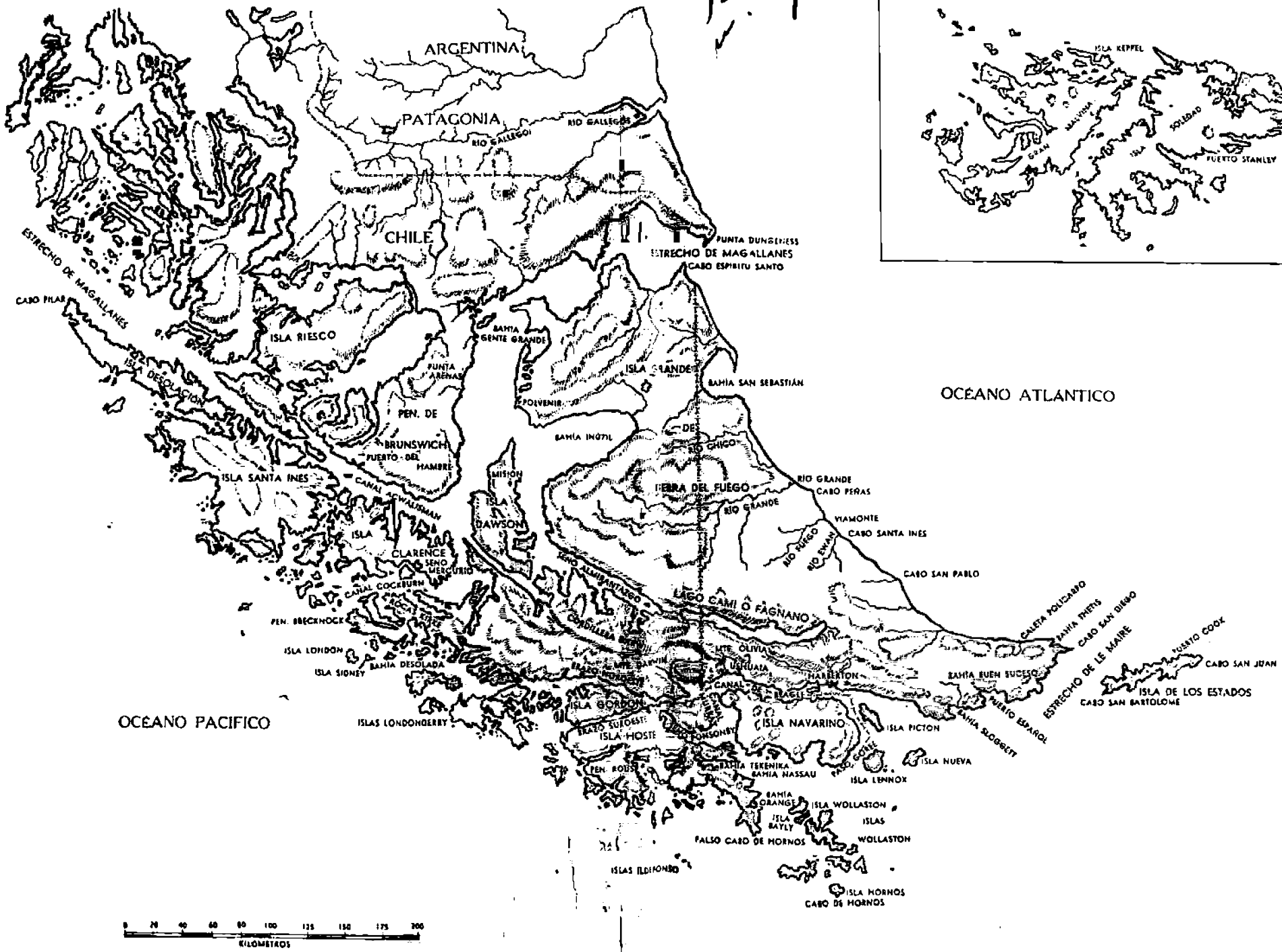
E. Lucas Bridges

EL ÚLTIMO CONFÍN DE LA TIERRA

TIERRA DEL FUEGO

150



SELECCIÓN EMECÉ
DE OBRAS CONTEMPORÁNEAS

EL ÚLTIMO CONFÍN DE LA TIERRA

E. LUCAS BRIDGES

EL ÚLTIMO CONFÍN DE LA TIERRA

EMECÉ EDITORES, S.A.

Título del original inglés:
UTTERMOST PART OF THE EARTH

Traducción de
ELENA CRUZ DE SCHWELM

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.
Copyright by EMECÉ EDITORES, S. A. · Buenos Aires, 1952.

"...y me seréis testigos en Jerusalén...
y hasta el último confín de la tierra."

Hechos I, versículo 8.

A MI QUERIDA ESPOSA

"Y sobre las montañas y más lejos aún,
Más allá de sus purpúreas cimas,
Más allá de la noche, a lo largo del día,
Por el mundo entero, ella lo siguió."

TENNYSON.

PREFACIO
A LA EDICIÓN INGLESA

ROM *Landau, en su libro que lleva el modesto título:* Sin Importancia, *hace un atinado comentario sobre las dificultades que acosan a quienes pretenden escribir autobiografías.*

"Es muy común entre los mortales formarse un imaginario concepto romántico de sí mismo; rara vez se consigue atravesar la corteza del propio engaño... En los libros de carácter autobiográfico, alguna que otra palabra de censura se compensa, generalmente, con páginas enteras de elogios, disimulados con más o menos ingenio."

El fondo de verdad contenido en estas concisas observaciones ha retardado mucho tiempo la redacción de mis memorias.

He intentado sinceramente reprimir todas las "opiniones románticas sobre mí mismo", pero dudo mucho haberlo conseguido. Sin embargo, en todos los otros aspectos éste es un relato veraz e imparcial de mi vida en la Tierra del Fuego.

Muchos de los detalles en los comienzos del libro están tomados directamente del diario de mi padre. En cuanto al resto, cuando he dudado acerca de algún punto he escrito a mi hermano o a mis hermanas, que viven aún en la Tierra del Fuego, y cuando ellos no respondieron a mi entera satisfacción, preferí, sin excepción, abandonar el asunto antes que recurrir a la imaginación o a recuerdos dudosos.

Además de mi mujer, mi hija y otros miembros de la familia, son acreedores a mi agradecimiento: Mr. Ian Bell y Mrs. W. H. Mulville, por sus útiles indicaciones respecto a la composición; Mr. A. A. Cameron, el coronel Carlos Wellington Furlong, y el señor Director de la Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires, quienes generosamente me permitieron reproducir sus fotografías; el doctor Armando Braun Menéndez y Mr. W. S. Barclay, por sus fotografías y buenos consejos, y el último, pero no el menos importante, Mr. Laurence Smith, por haber corregido el manuscrito y ayudado en la distribución de los capítulos.

Si debo a todos estos buenos amigos mi personal agradecimiento, el lector debe el suyo, muy especialmente, a Mr. A. F. Tschiffely, autor e infatigable viajero, que se hizo célebre por su hazaña de haber ido desde Buenos Aires hasta Nueva York a caballo, sin perder ninguna de sus dos cabalgaduras.

En 1938, durante una corta visita que me hizo en mi refugio, en medio de las montañas del sur de Chile, trató por todos los medios de arrancarme la promesa de escribir estas memorias. Un año después, en un almuerzo que él ofreció en el Savage Club de Londres, dió con el punto flaco y, administrándome una fuerte dosis de adulación, aprovechó la oportunidad, antes que yo pudiera reaccionar, y me obligó a prometer que este libro sería escrito. Helo aquí.

Cuando lo terminé, el señor Tschiffely leyó mi manuscrito e hizo atinadas sugestiones para que mi pesado material de trabajo tuviera una extensión moderada. Si bien debemos estar agradecidos a este caballero por haber abreviado mi larga historia, a él incumbe, en gran parte, la responsabilidad de que haya sido escrita.

*

Al año siguiente, en 1946, llevé mi manuscrito a Londres, y los conocidos publicistas ingleses Hodder and Stoughton, de esa ciudad, se interesaron vivamente en mi relato. Encontraron, sin embargo, que en mi obra faltaba cohesión, y que, igual a su tierra de origen, estaba entrecruzada por barrancas escarpadas, dificultada por enmarañadas malezas y pantanos.

Mr. Clifford Witting, uno de sus asesores literarios, también aprobó la obra; aseguró que los obstáculos podían ser franqueados y que debería abrirse un claro sendero, en medio de esta maleza, a fin de que aun un extraño pudiese avanzar por él.

Mi gran preocupación era que el valor histórico de mi relato no resultase alterado, y que el libro en su totalidad fuese mi propia historia, relatada a mi modo; accedí a esa revisión, únicamente con la condición de que si yo fuese llamado al otro mundo antes de que terminaran con ella, el resto que quedara sin revisar debería ser publicado tal cual yo lo había escrito.

Me complace manifestar que me ha sido dado revisar mi obra hasta su completo final, y estoy convencido de que el libro, tal cual lo presento ahora, es mejor; su lectura resultará más amena, más fácil para aquellos que no conocen este pueblo y esta tierra de los cuales me ocupo.

Me vi acosado por centenares de preguntas que me llegaron por vía aérea; una vez más me felicité por no haber inventado fábulas, pues en ese caso, inevitablemente, hubiese sido sorprendido en mi falta de veracidad. Con las contestaciones que di a Mr. Witting, éste ha sabido sortear los obstáculos y abrir un claro sendero en medio de la maleza; estoy seguro que muchos de los que seguirán hasta el final este largo camino aceptarán, gustosos, compartir conmigo mi caluroso agradecimiento por el laudable esfuerzo por él realizado.

E. LUCAS BRIDGES.

Buenos Aires, agosto de 1947.

PRÓLOGO
1871

I

El 27 de septiembre de 1871, ya muy entrada la tarde, el *Allen Gardiner*, goleta de ochenta y ocho toneladas de desplazamiento, ancló en la ensenada de Banner, en la costa norte de la isla de Picton, próxima a la entrada oriental del canal de Beagle, en Tierra del Fuego.

La isla de Garden, con sus dos montañas cubiertas de bosques y unidas por un istmo verde, atraviesa la entrada cerrando la bahía. Después de haber navegado desde las islas Malvinas hasta las cercanías de Ushuaia la tripulación bajó para disfrutar de un bien merecido descanso. Dos de los tres pasajeros de a bordo, un hombre y una mujer, salieron de su camarote y permanecieron de pie, silenciosos, sobre la cubierta abandonada.

Tendrían alrededor de veintiocho años. La mujer era rubia, de ojos azules grisáceos, de complexión mediana y un metro sesenta de estatura. Con todas las penurias del largo viaje, sus saludables colores de niña criada en las huertas del condado de Devon habían desaparecido pero, a pesar de su palidez, su rostro irradiaba una luz suave que ni los sufrimientos ni la edad podrían extinguir jamás.

El hombre en quien se apoyaba, pues estaba tan debilitada que apenas podía tenerse en pie, sobrepasaba en diez centímetros su estatura; era delgado, erguido y de hombros recios. Cada rasgo de su fisonomía revelaba firmeza e inspiraba confianza. El rostro alargado, de cutis claro, estaba iluminado por bondadosos ojos oscuros. El pelo era negro azabache, lo mismo que la barba y el bigote, debajo del cual se afirmaba una boca resuelta. Su voz era vehemente, y sus ademanes dinámicos, hasta en los menores movimientos. En un hombre así podía apoyarse confiadamente una mujer.

Abajo en el camarote, dormía el tercer pasajero de a bordo: la hijita de ambos, de nueve meses de edad.

En esa hora crespuscular la costa parecía cercar la nave anclada, y las montañas circundantes, cubiertas de oscuros bosques siempre verdes, rodeaban el barco y se reflejaban en las aguas tranquilas, que pare-

cían tan sólidas como un oscuro espejo de metal. El cielo cubierto presagiaba una nevada, y la calma tenía algo de irreal después del estrépito de las últimas semanas.

Tras un rato de contemplación, y saturada de las maravillas de aquel cuadro impresionante, la mujer alzó la mirada hacia su compañero y le dijo dulcemente:

—Querido mío, me has traído a este país, y aquí debo quedarme. Jamás podré volver a atravesar ese mar.

2

Él la había traído desde Inglaterra; se habían conocido en Bristol, dos años atrás, en 1869, en una reunión de maestros de escuela. Él le había contado que a la edad de trece años había visitado las islas Malvinas junto con un grupo de misioneros; cómo había vivido doce años en esas apartadas regiones, y hecho repetidos viajes a Tierra del Fuego. En esa y en otras oportunidades le había hablado de los yaganes, los indios de las canoas de Tierra del Fuego, los más australes habitantes del mundo; del clima desagradable, de las largas y melancólicas noches de invierno, de la soledad que aísla completamente del resto del mundo, mediante leguas y leguas de tierras infranqueables que separan al hombre del núcleo civilizado más próximo: el presidio chileno de Punta Arenas, nada menos, en la costa norte del estrecho de Magallanes. En aquella región desolada y salvaje no había médicos ni policía, ni gobierno alguno; y en lugar de vecinos pacíficos, se estaba rodeado por tribus sin ley, disciplina ni religión, a merced de las cuales se vivía.

Tal el país donde él se proponía establecerse y donde no mucho después, renunciando a todo auxilio del mundo exterior, viviendo solos y desamparados, se verían obligados a extraer el sustento de su dura tierra. Era una vida difícil la que le proponía compartir con él; y ella, pequeña y dulce, con la dignidad de una reina y el espíritu de una Florence Nightingale, la aceptó sin titubear.

Se casaron cinco semanas después de aquel venturoso encuentro en Bristol; y a los dos días estaban a bordo del *Onega*, con destino al futuro hogar, en el confín del mundo.

Tres semanas después de su salida de Inglaterra anclaron en el magnífico puerto de Río de Janeiro, desde donde transbordaron al *Arno*, un gran barco a paletas. Habían soportado muy mal tiempo, pero al cabo de cinco días llegaron a Montevideo; allí tuvieron la

fortuna de encontrar otro barco, el *Normanby*, en el que efectuaron la travesía de doce días hasta Puerto Stanley, capital de las islas Malvinas. La joven esposa había permanecido veintidós meses en las Malvinas mientras su marido realizaba frecuentes viajes a la Tierra del Fuego. En Stanley nació María, su primera hijita.

El 17 de agosto de 1871 emprendieron la última etapa del largo viaje que los separaba de Inglaterra; debían atravesar unos cuantos cientos de millas hasta llegar a Ushuaia, su futuro hogar. El viaje desde las Malvinas hasta Tierra del Fuego era siempre penoso, pero éste fué peor que otros. El *Allen Gardiner* necesitó cuarenta y un días para esta travesía, debido a una serie de tormentas o, más bien a un huracán excepcionalmente violento apenas interrumpido por breves calmas, de las que resurgía con más fuerza para renovar el ataque. En la mañana del noveno día de navegación divisaron el cabo San Diego, extremo oriental de la isla principal de Tierra del Fuego, donde empezaron realmente sus vicisitudes. El pequeño navío había ganado dos veces el estrecho de Lemaire y otras tantas había sido rechazado por el temporal. Muchos han oído o leído sobre los típicos huracanes que barren los mares en la zona del cabo de Hornos, pero pocos han pasado el estrecho de Lemaire cuatro veces en menos de un mes en tales circunstancias. Es difícil describir las olas convertidas en montañas de agua, que se hacen aún más empinadas en aquellos estrechos por sus "mareas rompientes", de triste fama; o las noches capeando, con las escotillas cerradas, cuando el agua baña la cubierta o golpea contra el casco, entre el crujido del maderamen y de los mástiles acompañado del rugir del huracán en las jarcias, y del esporádico restallar de las velas de tormenta, estrepitosamente sacudidas por el viento.

El diario de George Anson, comandante en jefe de una escuadra de barcos de Su Majestad Británica, que hizo una expedición a los mares del Sur, da una idea de éstos. El 7 de marzo de 1741, Anson escribe:

"Desde la tempestad que se inició antes de abandonar el estrecho de Lemaire, tuvimos una sucesión continua de tormentas que dejó asombrados a los más antiguos y veteranos marineros de a bordo, y los obligó a confesar que lo que hasta entonces habían llamado tempestades eran ventarrones sin importancia comparados con la violencia de estos vientos, que levantaban un oleaje tan corto y al mismo tiempo tan formidable, que resultaba más peligroso que el de todos los mares recorridos en otras partes del globo. No sin razón este inusitado aspecto nos llenaba de terror; pues habría bastado que una sola de estas olas hubiese roto sobre nosotros para que hubiéramos ido, con toda probabilidad, a parar al fondo del mar."

Anson presenció esta tormenta desde la cubierta de un barco de mil toneladas, mientras que el *Allen Gardiner*, en el que mis padres soportaron un huracán parecido, era un barco pequeñito de ochenta y ocho toneladas, que pasó a través de igual torbellino de viento y agua. Hubo un momento en que la preciosa niña se asustó sobremanera, al ser arrojada de su hamaca por una violenta sacudida y golpeada contra la reja del camarote. A consecuencia de este accidente resultó magullada.

Se internaron eventualmente en el relativo refugio de la bahía de Buen Suceso, donde el *Gardiner* echó anclas durante dos días y dos noches. Por fin, tentada por una brisa regular, la goleta se hizo a la mar, pero el viento había cesado, y el pequeño barco navegó a merced de las olas y de la marea por más de cincuenta millas en dirección al Este. Afortunadamente, estaban despejadas las rocas del cabo San Juan, en el extremo de las islas de los Estados, cuando una ráfaga septentrional vino por fin a salvarlos, y navegaron hacia el Oeste, costeando la parte sur de esta isla escarpada y dejando atrás unas doce millas el cabo San Bartolomé; luego la bahía Española, ahora conocida como bahía de Aguirre, y la bahía de Sloggett, donde con tiempo mejor y al abrigo de las islas Nueva y Lennox el oleaje marino fué cediendo, hasta que, por fin, reinó la calma al acercarse a la isla de Picton.

Así fué cómo, tres años antes de mi nacimiento, mis padres, Tomás y María Bridges, con mi hermana María, arribaron a Tierra del Fuego.

I

USHUAIA

1826 - 1887

CAPÍTULO PRIMERO

EL "BEAGLE" VISITA LA TIERRA DEL FUEGO. JIMMY BUTTON, YORK MINSTER Y FUEGIA BASKET REALIZAN UN VIAJE A INGLATERRA. RICHARD MATTHEWS DESEMBARCA EN WULAIA. FRACASA EN SU OBRA Y REGRESA EN EL "BEAGLE". ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL CANIBALISMO.

I

En 1826, ochenta y cinco años después del viaje de Anson a la Tierra del Fuego, el barco de Su Majestad Británica *Beagle*, de 200 toneladas de carga, bajo el mando del capitán (más adelante vice almirante) Roberto Fitzroy, fué enviado por el Almirantazgo junto con otros tres buques, a estudiar el mar del Sur y en particular a trazar un mapa hidrográfico de las intrincadas y poco conocidas costas meridionales de la América del Sur.

Durante los cuatro años subsiguientes esta expedición realizó una obra magnífica; muchos de los canales entonces descubiertos llevan hoy todavía los nombres de algunos miembros de su tripulación o de héroes nacionales británicos.

En cierta ocasión, durante esos años, el *Beagle* ancló en una bahía abierta en la costa sudeste de la Tierra del Fuego, frente a un elevado promontorio y a una isla de unos nueve kilómetros de ancho, que le ofrecía protección contra el viento. Dieron a esa isla el nombre de Lennox, llamaron *Goree Roads* al sitio donde anclaron y enviaron cuatro botes en dirección Norte para explorar lo que aparentaba ser una bahía circundada al Oeste por un grupo de montañas.

Pasaron varios días, y el capitán Fitzroy aguardaba intranquilo el regreso de los botes, cuando éstos fueron avistados por el Sudoeste. Lo que ellos habían supuesto una bahía resultó ser un magnífico canal cuyo ancho variaba entre tres y seis kilómetros y que corría paralelo al estrecho de Magallanes entre una hilera de montañas orientadas de Este a Oeste. Habían navegado por este canal hacia el Oeste y después de haber recorrido alrededor de cuarenta millas, al observar la corriente, creyeron que el canal, que corría entre ventisqueros montañosos, estaba bloqueado completamente a unas treinta millas de distancia. Se disponían ya a regresar, cuando divisaron un angosto y profundo

desfiladero por donde se podía llegar al océano Sur, y así alcanzar el barco en Goree Roads atravesando la bahía de Nassau. Dieron el nombre de Beagle al canal descubierto y llamaron desfiladero de Murray al pasaje, en homenaje al teniente Murray, que estaba al mando de los botes de la expedición. A la isla que habían circunnavegado la llamaron isla de Navarino. Habían visto en este recorrido a muchos indígenas en canoas hechas de cortezas de árboles, pero no habían disparado sus fusiles sino cuando temieron ser atacados.

El *Beagle* prosiguió su navegación hacia otros rumbos, pero antes de regresar a Inglaterra volvió a surcar aguas fueguinas, esta vez más hacia el Oeste.

Se decidió hacer otro corto viaje de exploración; algunos hombres de la tripulación fueron enviados en un bote ballenero, pero perdieron, no se sabe cómo, su embarcación y regresaron en una especie de balsa. Culparon a los indígenas de aquella pérdida. Hay motivos para dudar de la veracidad de este relato, pero Fitzroy parece haber creído en él, quizá porque le agradara haber hallado, en favor de los tripulantes, una excusa para llevar a bordo como rehenes, a cuatro jóvenes fueguinos que casualmente se encontraban allí.

El bote de marras no fué devuelto, y este buen hombre se llevó a los fueguinos a Inglaterra, con la laudable intención de inducirles, y por medio de ellos a su pueblo, a una vida mejor y más feliz.

Existe una costumbre en casi todo el mundo según la cual, cuando los hombres blancos hacen bautizar a los indígenas, eligen para ellos los nombres más fantásticos. Al más inteligente de este grupo se le llamó Boat Memory (Recuerdo del Bote); los otros eran un muchacho de unos veinte años, fornido, bien formado, pero de aspecto sombrío, a quien se le llamó York Minster (Monasterio de York), nombre de una isla próxima al cabo de Hornos; una niñita de nueve años, de expresión sonriente, Fuegia Basket (Cesta Fueguina), y a un muchacho como de cinco años mayor que ella, Jimmy Button. Se dice que este último fué comprado a sus padres a cambio de un botón, un cuento ridículo, pues ningún indio habría vendido a su hijo ni por el mismo *Beagle* con todo lo que contenía a bordo.

Al llegar a Inglaterra, Boat Memory enfermó y fué internado en el Hospital Naval, donde murió de viruela. Los otros fueron vacunados y se les llevó a vivir a Walthamstow, cerca de Londres, a la casa del clérigo, reverendo Guillermo Wilson, donde fueron alojados a expensas de Fitzroy. Se les envió al colegio y les enseñaron artes prácticas manuales, tales como carpintería y jardinería. Los fueguinos más jó-

venes se adaptaron con gusto y facilidad a su nueva vida, pero York Minster permaneció hosco y taciturno.

Alrededor de nueve meses después de la llegada de Fitzroy con sus tres protegidos, le fué notificado a aquél que debía comparecer con ellos en el Palacio de Saint James ante el rey Guillermo IV. En Inglaterra se había corrido la voz de que estos jóvenes eran caníbales y se comentaban con lujo de detalles las horribles orgías en las que habían participado. Se decía que vivían casi desnudos, en miserables canoas hechas de corteza de árboles, que se alimentaban de focas, pájaros y pescados cuando no se comían unos a otros. Ahora, sin embargo, se les iba a convertir al cristianismo bajo la vigilante dirección del reverendo Wilson y se tenía la esperanza de que, a su debido tiempo, llevarían a sus salvajes compatriotas las luces del Evangelio y algunas de las comodidades que proporciona la civilización. Los fueguinos, bien aseados y correctamente vestidos, se disponían pues a comparecer ante el rey en las habitaciones privadas de Su Majestad. No cabe duda de que su comportamiento fué de lo más correcto. La reina Adelaida estuvo también presente en esta reunión, y los aborígenes, especialmente la pequeña Fuegia Basket, fueron agasajados tanto por el rey como por la reina. El primero hizo muchas preguntas y se interesó vivamente por todo lo que contó Fitzroy sobre los indios y su país de origen. Antes que se retirasen, la reina Adelaida se despojó de su propia cofia de encaje y la colocó sobre la cabeza de Fuegia Basket, mientras que el rey le deslizaba uno de sus anillos en el dedo, además de regalarle una suma de dinero para comprar un ajuar. ¡Cuántas encumbradas señoras que deseaban ser presentadas en la corte habrían envidiado el honor concedido a esta niña fueguina!

Dos años han pasado desde el día en que estos jóvenes fueron inducidos a embarcarse, en los canales fueguinos, a bordo del *Beagle*; ahora los encontramos sobre la cubierta del mismo barco, al salir de Inglaterra, con rumbo a su tierra natal, siempre bajo el mando de Fitzroy, su generoso bienhechor. La buena gente de Walthamstow, donde vivieron más de un año, había organizado una colecta y reunido toda clase de cosas: ropas, herramientas, utensilios, provisiones, semillas y hasta libros, platos y fuentes. A bordo viajaban distinguidos pasajeros, entre ellos Carlos Darwin, el naturalista; y también el joven catequista Ricardo Mathews, recomendado por el reverendo Guillermo Wilson, en cuya casa se habían hospedado los indios. Lo enviaba la Sociedad de la Iglesia Misionera con el objeto de proseguir la instrucción de los fueguinos durante el viaje, y se abrigaba la esperanza de que pudiera quedar en la Tierra del Fuego y llegar a catequizar a otros

de la tribu con la ayuda de sus discípulos. Pasó más de un año antes que el barco llegase a destino, a causa de ciertos estudios hidrográficos que debían efectuarse; el catequista tuvo, pues, amplia oportunidad de llevar a cabo su obra antes de llegar a los canales fueguinos.

El *Beagle* volvió a anclar en Goree Roads, y Fitzroy, Darwin, Mathews y los jóvenes fueguinos se embarcaron en tres botes. Las mercaderías que les habían sido regaladas en Inglaterra, fueron cargadas en una pinaza. Los viajeros entraron por el canal de Beagle, lo remontaron hasta los desfiladeros de Murray y, después de atravesarlos llegaron a Wulaia, en la costa oeste de la isla Navarino.

Luego descargaron los botes en una ensenada convenientemente protegida; cavaron y sembraron la tierra para formar una huerta, y construyeron tres chozas: una para Mathews, otra para Button y una tercera para York Minster y Fuegia Basket, quienes se casaron poco después de desembarcar. ¡Qué original debió de ser esta ceremonia nupcial bendecida por el buen Mathews!

Cientos de fueguinos llegaron de todas partes en sus canoas y observaron con curiosidad las extrañas acciones de los hombres blancos.

Fitzroy y sus compañeros creían que el encuentro entre los indígenas y los tres que habían estado ausentes tanto tiempo sería muy interesante, pero se vieron defraudados. No hubo ninguna manifestación de placer o de sorpresa; antes bien reinó una fría indiferencia. Muchos de los fueguinos se retiraron una vez satisfecha su curiosidad.

Fitzroy, luego de hacer cuanto estaba en su mano para dar cierta comodidad a Mathews y a sus tres acólitos, los dejó librados a su propia suerte y regresó al *Beagle*. Pronto, sin embargo, empezó a temer por la suerte del solitario Mathews y decidió volver para saber cómo se encontraba. Su ansiedad se transformó en temor al ver pasar en canoas a algunos indígenas adornados con vestimentas europeas. Al llegar, encontró a Mathews con vida, pero fuera de sí. El catequista dijo que desde el momento en que se alejaron los botes, los indios no le dejaron descansar ni de día ni de noche con sus incesantes peticiones. Como no accediera a ellas, lo amenazaron y maltrataron apedreándole, tirándole de la barba, y arrebatándole finalmente los efectos que tanto codiciaban, pese a las protestas de los tres discípulos: Fuegia Basket, York Minster y Jimmy Button. Mathews rogó que le llevaran de vuelta, pues tenía la certeza de que si se quedaba allí, sería asesinado y devorado por los salvajes. Decidióse entonces repartir las mercaderías entre los tres convertidos, con lo que se puso punto final a la primera tentativa realizada para mejorar las condiciones de vida de los indios fueguinos.

Quince meses después, antes de zarpar definitivamente para Inglaterra, Fitzroy volvió en el *Beagle* y ancló en Wulaia. El lugar estaba desierto, pero esa misma tarde empezaron a llegar en gran número canoas con indios. Uno de ellos de aspecto salvaje, con pelo largo y descuidado y sin otra vestimenta que un trozo de piel arrollado a la cintura, los saludó militarmente. Era Jimmy Button, quien a pesar de haber vivido más de tres años entre hombres civilizados, había retornado a su estado natural.

No obstante su repugnante apariencia le hicieron subir a bordo, y una vez que se hubo lavado, y vestido como marinero, fué llevado a almorzar con Fitzroy y sus oficiales. Atrajo la atención la forma correcta en que usaba el cuchillo, el tenedor y la cuchara. Button contó que York Minster había construído una canoa de gran tamaño. Bien pronto descubrió Jimmy el porqué de aquellas excepcionales dimensiones: una noche con la ayuda de la fiel Fuegia Basket, York había cargado en la canoa cuanto quedaba de las mercaderías que poseían en sociedad, escapándose y dejándole a él, sólo con la escasa vestimenta que llevaba puesta.

Con lo que Fitzroy había visto antes y con lo que oía ahora, tenía motivos suficientes para convencerse de que era inútil intentar civilizar a aquella gente. Si hubiera podido prever lo que ocurriría veinticinco años después y hubiese visto a su visitante, instigar, en aquel mismo lugar, a la matanza de confiados e indefensos misioneros mientras éstos celebraban los oficios religiosos, su convicción se habría visto plenamente confirmada.

Es grato, sin embargo, recordar que Button obsequió a Fitzroy, con una lanza, un arco y flechas; y que a otros dos de sus buenos amigos les regaló sendas pieles de nutria.

Una vez terminado el almuerzo, Jimmy bajó a tierra y el barco levó anclas; sus tripulantes vieron, al alejarse, una gran fogata, que Jimmy había encendido en la orilla y la interpretaron como señal amistosa de despedida.

2

Estos jóvenes yaganes que vivieron entre ingleses durante más de tres años, pasaron la mitad de ese tiempo a bordo, logrando convencer a Fitzroy y a los otros tripulantes de que los indios eran caníbales. Hasta ese investigador de la verdad que fué Carlos Darwin, y que estuvo durante los doce meses de viaje a bordo del *Beagle*, conviviendo con los fueguinos, aceptó esas especies como veraces. Nos-

otros, que hemos vivido largos años en contacto diario con los aborígenes, sólo podemos explicarnos esta burda equivocación del siguiente modo: suponemos que York Minster y Jimmy Button, al ser interrogados, no se preocupaban lo más mínimo en contestar la verdad; sólo les importaba dar la contestación que les parecía que se esperaba de ellos. Al principio, su conocimiento limitado del inglés no les permitía dar explicaciones, y bien se sabe, que es mucho más fácil contestar sí que no. Los testimonios que se atribuían a estos jóvenes y a la pequeña Fuegia Basket no eran más que respuestas afirmativas a las sugestiones de quienes los interrogaban. Así, es fácil imaginar su sorpresa, por ejemplo, ante preguntas tan ridículas como ésta:

—¿Matan ustedes hombres y se los comen después?

Pero cuando, al repetírseles la pregunta, captaban al fin su significado y comprendían la contestación que se esperaba de ellos, no hay duda de que asentían.

Y al proseguir con las preguntas:

—¿Qué clase de gente comen ustedes?

Ninguna respuesta.

—¿Comen ustedes gente mala?

—Sí.

—¿Qué hacen cuando no hay gente mala?

Ninguna respuesta.

—¿Se comen ustedes a sus ancianas?

—Sí.

Una vez empezado este juego y habiendo mejorado sus conocimientos del inglés, es fácil imaginar el placer que sentirían estos muchachos irresponsables al ver el crédito que merecían sus patrañas. Alentados por los oyentes, que tomaban nota de estos relatos, los fueguinos siguieron inventando. Nos han contado que describían con lujo de detalles cómo se comían a sus enemigos muertos en el campo de batalla, y cómo llegaban a devorar a las ancianas a falta de otras víctimas. Cuando se les preguntaba si comían a los perros cuando tenían hambre contestaban negativamente, pues los perros eran útiles para cazar nutrias, mientras que las ancianas no servían para nada. Según ellos se mantenía a las ancianas en un humo espeso, hasta que morían asfixiadas. Aseguraban que de esa manera la carne era muy sabrosa.

Una vez aceptadas estas deliciosas ficciones, ningún intento de negativa podría ya desvanecerlas, pues sería atribuído a una creciente repugnancia a confesar los horrores en otro tiempo admitidos. Los jóvenes relatores dieron rienda suelta a su imaginación, rivalizando

para ver cuál contaba el cuento más fantástico, halagados, además, por la admiración que suscitaban en sus compañeros.

La creencia de que eran caníbales no fué la única equivocación de Carlos Darwin con respecto a los fueguinos. Al escuchar sus conversaciones le impresionó la constante repetición de las mismas frases y llegó a la conclusión de que su idioma no podía abarcar más de un centenar de palabras. Nosotros, que lo hemos hablado desde niños, sabemos que esta lengua, dentro de sus propios límites, es infinitamente más rica y expresiva que el inglés o el español. El "Diccionario Yagán o Yamana-Inglés", escrito por mi padre, y al que me referiré más adelante, contiene no menos de treinta y dos mil palabras e inflexiones, que podrían haber sido considerablemente aumentadas sin apartarse del idioma correcto.[1]

Darwin, al observar la pobreza y suciedad de esta gente, pensó que si no constituían el eslabón perdido que buscaba no podían estar muy alejados de él. Los fueguinos, sin embargo, cumplían muy estrictamente ciertas prácticas sociales y, aunque el robo y la mentira eran moneda corriente, se consideraba como una ofensa mortal culpar a alguien de mentiroso, ladrón o asesino.

Desde que Darwin y Fitzroy sostuvieron el canibalismo de aquellos indígenas otros han abundado en la misma teoría. Es probable, por ejemplo, que al descubrir un pueblecito desierto se encontraran restos de una gran hoguera y se hallaran entre las cenizas huesos humanos carbonizados, algunos de ellos carcomidos. ¿No constituía eso la mejor prueba de que eran caníbales? Sin embargo, la explicación puede ser otra: supongamos que un indio haya muerto en invierno, cuando la tierra está endurecida como roca, por la helada; por este motivo y careciendo de herramientas, les fué imposible a sus amigos cavar una fosa. Tampoco arrojarían el cadáver al mar, sobre todo si eran yaganes que se alimentaban de pescado. Seguramente los

[1] Los yaganes tenían por lo menos cinco palabras para el vocablo "nieve"; para "playa" tenían más aún; la elección del vocablo dependía de varios factores, ya sea la ubicación de la playa con relación al que hablaba, o al hecho de haber tierra o agua entre el mismo y la playa o la orientación de ésta. Las mismas palabras variaban de significado de acuerdo al sitio; así, una palabra empleada estando en una canoa tenía distinto significado que cuando se pronunciaba para describir el mismo objeto estando la persona en tierra. Otras variantes se introdujeron de acuerdo a la dirección del compás del interlocutor y según éste estuviera en tierra o sobre el agua. Para expresar relaciones de familia, a veces tan distintas que en idioma inglés se necesitaría toda una frase para explicarlas, los yaganes tenían por lo menos cincuenta palabras diferentes, cada una destacando alguna particularidad y a menudo implicando parentesco. Entre las distintas acepciones del verbo "picar" tenían un solo vocablo que expresaba "encontrarse sorpresivamente con una substancia dura al comer algo blando", ej.: una perla en la ostra.

indios encendieron un gran fuego y quemaron el cadáver dentro de la misma choza. Luego abandonaron el lugar y evitaron acercarse allí durante el mayor tiempo posible, no por temor a los fantasmas, sino por no recordar el triste acontecimiento. Luego, los zorros pueden haber roído los huesos.

Los parientes y amigos detestan que se les recuerde en modo alguno a sus muertos. Al llegar a un campamento después de una larga ausencia, se debe tener sumo cuidado de no preguntar por ninguno que no esté presente, pues en el caso de que hubiera muerto, sus deudos se considerarían gravemente ofendidos.

Cuenta mi padre en su diario que en épocas de hambre, cuando era imposible pescar debido al prolongado mal tiempo, ha visto comer a los indios guascas o cueros de mocasines, con los que los hombres se abrigan a veces en invierno, pero que nadie propuso nunca comer carne humana. Hasta rechazaban la idea de comer carne de zorro o de buitre. Hubieran censurado severamente a cualquiera que aguijoneado por el hambre hubiera comido un buitre por más sabroso y bien asadito que estuviera. Alegaban que el buitre podía alguna vez haber comido carne humana. Se indignaban más aún, como yo mismo lo he comprobado, si alguno los convidaba a compartir lo que ellos consideraban un repugnante festín. Por el mismo motivo rehusaban comer carne de zorro, aunque después se comprobó que otra tribu, la ona, consideraba un buen zorro como manjar de lujo.

Es interesante consignar cuántos nombres han surgido a raíz de equivocaciones y han quedado para siempre porque fueron inscriptos en los mapas del Almirantazgo.

Recientes historiadores hablan de un lugar llamado Yaoppoh y de la gente de ese pueblo. No existen tal lugar ni tal pueblo; esta palabra no es más que la corrupción de un vocablo fueguino iapooh, que quiere decir nutria. Sin duda, el capitán Fitzroy, señalando una costa distante habrá preguntado cómo se llamaba, y los yaganes, con su mirada penetrante, al divisar una nutria, habrán contestado: *iapooh*.

En todos los mapas de este país, tanto españoles como ingleses, figura el nombre de *Tekenika* para cierta ensenada de la isla de Hoste. Los indios no tienen tal nombre para ése ni para otro lugar. Esa palabra significa en su idioma: difícil de ver o entender. Sin duda, la bahía fué señalada a un indio, y cuando le preguntaron cómo se llamaba contestó: *"teke uneka"*, que significa: no comprendo lo que usted quiere decir. Y así fué inscripto el nombre Tekenika. Se podrían citar muchos ejemplos de esta naturaleza, pero bastará con éstos.

CAPÍTULO II

LA DESASTROSA EXPEDICIÓN DEL CAPITÁN ALLEN GARDINER. MI PADRE VISITA LA ISLA KEPPEL O LAS MALVINAS A LA EDAD DE TRECE AÑOS. LA MATANZA DE WULAIA. MI PADRE TOMA A SU CARGO LA MISIÓN HASTA LA LLEGADA DEL NUEVO DIRECTOR, EL REVERENDO WHAIT H. STIRLING. MI PADRE Y EL SEÑOR STIRLING REALIZAN SU PRIMERA VISITA A LA TIERRA DEL FUEGO. EL ESTABLECIMIENTO EN LAIWAIA. SE DECIDE ORGANIZAR UN ESTABLECIMIENTO EN USHUÀIA. STIRLING VIVE SOLO EN USHUAIA DURANTE SEIS MESES. LUEGO VUELVE A INGLATERRA. LLEGADA DE MIS PADRES A LAS MALVINAS. NACIMIENTO DE MI HERMANA MARÍA.

I

El capitán Allen Gardiner, de la Marina Real Inglesa, había tenido ocasión de conocer muchas tribus bárbaras durante sus viajes a los más apartados rincones del Imperio. Era un hombre recio, de porte atlético, que gozaba de gran popularidad en la marina. Siempre había sido ferviente cristiano; en el año 1834, cuando tenía cuarenta años, perdió a su mujer y decidió entonces retirarse de la Armada para predicar el Evangelio a los paganos.

Su vida nos demuestra que era un hombre capaz de sufrir animosamente el martirio, ¡tan inquebrantable era su fe! Sin embargo, a pesar o, tal vez, a causa de sus elevados ideales y de sus prendas morales careció de ese sentido común que es frecuente encontrar en seres menos dotados. En busca de un campo propicio a sus actividades estuvo en Zululandia, Nueva Guinea y después en Bolivia, Chile y Patagonia. Por último fué atraído hacia la Tierra del Fuego.

Gardiner fué uno de los principales fundadores de la *Sociedad Misión Patagónica*, pero esta sociedad era increíblemente pobre, y él estaba impaciente por empezar a trabajar. En enero de 1848, Gardiner y cuatro marineros zarparon de Inglaterra a bordo del *Barque Clymene*, que se dirigía a Lima con un cargamento de carbón. El capitán del barco había facilitado una lancha para que estos cinco hombres desembarcaran en la Tierra del Fuego. Llevaban también un pequeño bote y provisiones para seis meses; no alcanzaban para más sus recursos. Sin duda Gardiner esperaba encontrarse con el

grupo de Jimmy Button, pero no se podía pretender que un barco mercante del tipo del *Clymene* entrase hasta Wulaia. Por lo tanto, fueron desembarcados en la ensenada de Banner, situada en la isla de Picton. Este plan estaba destinado a fracasar. El invierno se acercaba, la hostilidad de los fueguinos era evidente y, además, una furiosa tormenta impidió a los compañeros de Gardiner armar siquiera sus tiendas de campaña. En el último momento, y con gran pesar, Gardiner decidió reembarcarse y volver a Inglaterra.

Estaba desilusionado, pero no descorazonado. En septiembre de 1850 lo encontramos a bordo del *Ocean Queen*, nuevamente con rumbo al Sur. Esta vez llevaba consigo dos chalupas de metal, con cubiertas de siete metros de largo y equipadas con velas, remo, y cada una de ellas provista de un pequeño bote. Acompañaban a Gardiner un doctor llamado Ricardo Williams; un joven catequista, Juan Maidmant; un carpintero, José Erwin, y tres fornidos pescadores oriundos de Cornualles.

Igual que la vez anterior, fueron desembarcados en la ensenada de Banner, siempre con la esperanza de encontrarse con Jimmy Button. La última vez que se los vió con vida estaban de pie, descubiertos, entonando himnos, desde sus chalupas, mientras el *Ocean Queen* desaparecía detrás de un cercano promontorio a la entrada del puerto.

El resto de esta desgraciada pero gloriosa aventura lo conocemos a través de las cartas y diarios empapados que fueron hallados casi un año después al lado de los cadáveres carcomidos de estos abnegados hombres. El relato ha sido publicado en varios idiomas, pero la breve e imparcial versión de Armando Braun Menéndez es la mejor de las que he leído; de ella me he valido principalmente. Se llama "Pequeña Historia Fueguina".[1]

Cuando perdieron de vista al barco que los había albergado durante tres meses, Gardiner y sus compañeros comenzaron por examinar sus provisiones. Advirtieron en el acto una increíble y desastrosa omisión: su reserva de municiones, con la que contaban para proporcionarse carne fresca, y que en el peor de los casos hubiera constituído su único medio de defensa contra los indígenas, había quedado olvidada en el *Ocean Queen*. No quedaba otra alternativa: debían buscarse el sustento como mejor pudieran y rezar para no tener necesidad de defenderse.

No tardó en apoderarse de ellos la desilusión. A Jimmy Button no lo vieron, y los fueguinos con quienes se encontraron, pronto se

[1] Editada por EMECÉ Editores, S. A.

hicieron insoportables. Reunidos en grupos cada vez más numerosos, su actitud era por momentos más hostil; exigían o tomaban lo que les placía. A poco les resultó demasiado peligroso quedar en tierra. Acudieron, pues, a los botes, manteniéndose a prudente distancia de la costa. Los indígenas, muy agitados, empezaron a cargar sus canoas con grandes piedras, especie de proyectiles en cuyo lanzamiento por medio de hondas eran grandes expertos. Allen Gardiner dió órdenes de partir inmediatamente. Se armaron los remos y las dos embarcaciones se hicieron a la mar perseguidas de cerca por los indios en sus canoas.

Los botes eran demasiado pesados para avanzar sólo con los remos, y las ligeras canoas no tardarían en darles alcance. A punto ya de ser capturados y cuando la muerte parecía inminente, sopló el viento, lo que les permitió izar las velas y dejar atrás a sus furiosos perseguidores.

Ahora eran fugitivos. En busca de algún lugar para esconderse llegaron a un rincón solitario, que llamaron Puerto Bloomfield [1] a unos veinticuatro kilómetros al noroeste de la ensenada de Banner.

Los indios vigilaban todos sus movimientos, por lo que tuvieron que hacerse nuevamente a la mar y huir de aquellos mismos a quienes habían venido a salvar desde tan lejos. En una ocasión se vieron envueltos en una tormenta y obligados a virar y barloventear durante dos días; perdieron sus botes chicos y el agua salada les dañó seriamente las provisiones.

Sobre la obscura y plana superficie de una roca, situada en la entrada de la ensenada de Banner, pintaron en blanco la siguiente inscripción, que según mis informaciones fué renovada de tiempo en tiempo durante más de cincuenta años:

DIG BELOW
GO TO SPANIARD HARBOUR
MARCH
1851 *

Debajo de la roca Gardiner enterró una botella con pedidos de urgente ayuda dirigidos a la expedición que debía rescatarlos.

El Puerto Español había sido bien elegido, pues su terreno es tan desolado y su costa tan expuesta que casi nunca se aventuran por allí los indios de las canoas ni los del interior.

[1] Este lugar lleva actualmente el nombre de Cambaceres.
* Cave abajo — Vaya al Puerto Español — Marzo — 1851.

Siendo los vientos predominantes allí los del Sudoeste, sorprende cómo estos hombres no trataran de llegar a las islas Malvinas; seguramente poseían brújulas, y Gardiner debió ser un experto navegante. Sólo puede explicarse esta actitud si se supone que esperaban un barco de socorro en el término de seis meses. Antes de cumplirse ese plazo, todos estaban enfermos y medio muertos de hambre.

El invierno fué excepcionalmente riguroso y los hombres no estaban preparados para afrontarlo. Uno de los botes fué arrastrado por el agua, frente a la costa del Puerto Español, y averiado en tal forma que fué imposible repararlo. El escorbuto hizo estrago entre ellos. La mayor parte de lo que quedaba de las provisiones, que habían escondido en una cueva, fué inutilizada por una marea extraordinariamente alta causada por un gran temporal El resto, a pesar del estricto racionamiento, debió terminarse en julio. Con excepción de un zorro que cogieron con una trampa, tuvieron que vivir de unos pocos peces o pájaros marinos que encontraron cerca de la playa y de algunos mariscos y algas.

El doctor Williams, Erwin y los tres pescadores de Cornualles se cobijaban en una cueva, mientras que Gardiner y el catequista Maidmant vivían no muy lejos de allí en uno de los botes. En junio murió Juan Badcock, uno de los pescadores, y en el transcurso de los meses de junio y julio le siguieron los otros; a pesar de todo, los sobrevivientes conservaron una admirable serenidad. En agosto sólo quedaban con vida el doctor Williams y Allen Gardiner. Ambos estaban tan débiles que ni siquiera podían atravesar, arrastrándose, la corta distancia entre la cueva y el bote.

El doctor Williams debió de morir alrededor del 26 de agosto. Manifiesta en su última carta que no cambiaría su situación por ninguna otra en el mundo y termina diciendo: "Soy más feliz de lo que puedo expresar."

Gardiner, el último en sucumbir, intentó arrastrarse hasta la cueva para ver si había allí algún sobreviviente, pero, siendo esta tentativa superior a sus fuerzas, volvió al bote. Es evidente que ni siquiera pudo tumbarse dentro del bote. Su cadáver fué encontrado en la planchada. Sus últimas palabras datan del 5 de septiembre y prueban que no sólo estaba resignado con su suerte, sino que vivía en un estado de éxtasis. Escribió que durante los últimos cuatro días no había probado ningún alimento pero que no sentía ni hambre ni sed.

Dejó en sus escritos indicaciones bien claras de cómo se podía proseguir la obra que había intentado. Se siguieron sus consejos, tan exactamente como fué posible a través de ensayos y fracasos, hasta llegar

al éxito. Aunque estoy convencido de que en menos de un siglo los fueguinos, como raza, casi se han extinguido, empleo deliberadamente la palabra éxito.

2

No nos sorprende que al llegar a Inglaterra las noticias sobre la suerte corrida por Gardiner, los diarios clamaran por el sacrificio inútil de tantas vidas valiosas en la ingrata labor de intentar domesticar a aquellos remotos y degradados salvajes.

El reverendo Jorge Pakenham Despard B. A., pastor de Lenton, en el condado de Nottingham, era en aquel entonces secretario honorario de la sociedad fundada por Gardiner. Además de sus propios hijos, tres niñas y un varón, había adoptado dos muchachos. Uno de ellos era mi padre, Tomas Bridges.

El señor Despard combinaba un carácter de excepcional energía y resolución con el más bondadoso de los corazones. Para tal hombre, siempre que el objetivo valiese la pena, las dificultades y la oposición sólo eran incentivos para renovados esfuerzos, y su contestación ante el clamor de la prensa fué: "Con la ayuda de Dios, la misión será continuada". Sabiendo que Dios tiende a ayudar a los que se ayudan a sí mismos, se entregó de lleno a la nueva tarea valiéndose de su personalidad, su influencia y sus recursos privados.

Figuraba en el programa trazado por el capitán Allen Gardiner en sus últimos días, establecer una pequeña colonia en una de las islas Malvinas y adquirir un barco apropiado para hacer el viaje a la Tierra del Fuego. Se intentaría nuevamente ponerse en contacto con los fueguinos, si fuese posible con Jimmy Button, York Minster y Fuegia Basket, a quienes el almirante Fitzroy había llevado a Inglaterra veinte años atrás. Gardiner creía que si lograba ganarse la confianza de los indios, ello induciría a los más jóvenes a cruzar hasta las islas Malvinas. No serían retenidos allí en contra de su voluntad y quedarían en libertad de volver a sus tierras en cuanto así lo desearan. El buen trato recibido en las islas Malvinas convencería quizás a otros a hacer el viaje, y de esta manera trabaría una sólida amistad entre los fueguinos y los misioneros de las Malvinas. Gardiner sugería también que los blancos aprendiesen el idioma nativo con toda rapidez, y que tan pronto como fuese prudente el campamento se estableciese en la Tierra del Fuego.

El reverendo G. P. Despard no tardó en poner en práctica las ideas de Gardiner. La isla de Keppel, una de las Malvinas, de una superficie

aproximada de dos mil hectáreas, fué cedida a la Sociedad. Una elegante goleta de ochenta y ocho toneladas de registro fué adquirida y bautizada con el nombre de *Allen Gardiner*. Se designó como capitán a Parker Snow, un vigoroso lobo de mar, a quien se encargó que eligiera la tripulación.

En octubre de 1854, el *Allen Gardiner*, bien equipado en todo sentido, llevando a bordo una casa desarmable, materiales de construcción, herramientas y gran cantidad de galletas y otros regalos para los indios, zarpó del puerto de Bristol, acompañado de las oraciones y de los votos de Despard y de la Sociedad, para la cual, como había hecho antes Allen Gardiner, aquél trabajó con tanto empeño.

Tres meses después llegaban a la islas Malvinas. Se estableció un campamento en la isla de Keppel, se cultivaron huertos, y al año de haber partido de Inglaterra, se intentó realizar la segunda parte del plan que se había propuesto Allen Gardiner.

El pequeño barco zarpó para la Tierra del Fuego y echó anclas en Wulaia. Al acercarse el buque a la costa, pronto aparecieron desde distintas ensenadas numerosas canoas; de pie, en la proa de la primera de ellas, estaba el hombre que justamente deseaban encontrar: Jimmy Button. No quedaban en él ni vestigios de sus cuatro años de convivencia con los ingleses; sólo sus potentes alaridos podían reconocerse como británicos. A pesar de estar casi desnudo y con el pelo largo y desgreñado, pareció conservar algo del pudor que había adquirido veinte años atrás, pues cuando subió a bordo y vió a la esposa del capitán, pidió en seguida que le dieran un par de pantalones, que se apresuró a vestir y, claro está, tuvo que pedir después unos tirantes. El capitán habló largamente con Jimmy, insistiendo en que se embarcase en el *Gardiner*, pero el indio rehusó firmemente todos los ofrecimientos de hacer un viaje a la isla de Keppel, quizás a causa de sus mujeres y demás familia, aunque probablemente todos hubieran sido bienvenidos, y como en las Malvinas eran superabundantes la pesca, los pingüinos y las focas, no hubiera habido dificultades por las provisiones. El fueguino, sin embargo, cuando Snow le expuso su plan, hizo todo lo posible por persuadir a algunos de sus compatriotas a arriesgarse, pero todo fué inútil. Después de este pequeño esfuerzo el barco regresó a la isla de Keppel.

3

Como no se intentó por segunda vez establecer contacto con los fueguinos, el comité de Inglaterra pensó, muy acertadamente, que se estaba perdiendo el tiempo y llamó al barco de vuelta. Era indudable que para realizar una labor provechosa había que encontrar un jefe resuelto e indómito; el canónigo Despard se ofreció voluntariamente para hacerse cargo de la empresa. No se perdió tiempo. En 1856, Despard abandonó a Inglaterra en el *Allen Gardiner* con su mujer y sus hijos, incluyendo a mi padre, entonces un muchacho de trece años.

La segunda expedición del *Allen Gardiner*, bajo la acertada dirección de Despard, tuvo mucho más éxito que la primera. No tardaron los yaganes en rendirse a estas pruebas de amistad, y pronto algunos de ellos se convencieron de que debían arriesgarse a hacer un viaje a la isla de Keppel con los hombres blancos. Después de cuatro años de amistoso intercambio muchos de los indígenas habían aprendido inglés y los blancos adquirieron conocimientos superficiales del idioma yagán. Mi padre, con la ventaja de sus pocos años, su buen oído y su entusiasmo, pronto fué el mejor conocedor de la lengua nativa y continuamente era llamado a actuar como intérprete de uno y otro lado.

Así se llevaron a la práctica los preliminares del plan de Allen Gardiner. Su punto culminante era la fundación de una misión en la Tierra del Fuego. En octubre de 1859, cuando ya parecían seguras las relaciones amistosas con los yaganes se decidió que había llegado el momento de acometer la obra. El *Allen Gardiner* fué cargado con todo el equipo y provisiones necesarias. El capitán Fell, de Bristol, reemplazaba al capitán Parker Snow en este segundo viaje; lo acompañaba el catequista Felipe Garland. No se embarcaron ni el señor Despard ni mi padre. Esta negativa causó gran desazón a mi padre, pero se decidió que era más conveniente para él quedarse en la isla de Keppel y proseguir sus estudios. Viajaban, además, en el barco tres familias yaganas que volvían a la Tierra del Fuego después de diez meses de permanencia en el campamento Keppel. Uno de sus componentes, llamado Schwaiamugunjiz había sido bautizado en Keppel; su nombre se había acortado quedando en Schweymuggins, y con el tiempo convertido en Squire Muggins.

El *Allen Gardiner* levó anclas. Pasaron los meses sin tener noticias de él, y los que habían quedado en Keppel esperaban con renovada ansiedad la vuelta del barco. Transcurridos cinco meses, Despard,

temiendo que hubiese sobrevenido una tragedia, decidió salir en su búsqueda. Se embarcó en un pequeño cúter para Puerto Stanley a setenta millas de distancia, con la esperanza de encontrar allí noticias del barco desaparecido, pero su esperanza fué defraudada. Despard permanecía indeciso, cuando la goleta *Nancy*, bajo el mando del capitán Smiley, entró a Puerto Stanley; fué comprometida en seguida para salir en busca del *Allen Gardiner*.

Encontraron el barco anclado en Wulaia, pero completamente desmantelado; los indígenas lo habían desvalijado de todos los objetos que pudieron ser quitados. Sólo quedaban el casco y los mástiles desnudos. Allí estaba Alfredo Cole, el cocinero de a bordo, único sobreviviente de la tripulación. Estaba medio loco por todo lo que había pasado, semidesnudo como los yaganes y con el cuerpo cubierto de forúnculos, debido probablemente a su vida a la intemperie y a la escasez sufrida durante los últimos tres meses.

Éste fué su relato:

El *Allen Gardiner*, después de un viaje sin contratiempos, había costeado el lado sur de la isla de Navarino pasando por la bahía de Nassau y anclado en Wulaia. Acababa de arriar las velas cuando los fueguinos en sus canoas lo rodearon armando tal tumulto y algazara que no entendieron si eran bienvenidos o todo lo contrario. Mientras los pasajeros indios que volvían de la isla de Keppel preparaban sus fardos para desembarcar, uno de los marineros se quejó, ante el capitán Fell, de que habían sido robadas varias prendas pertenecientes a la tripulación; el capitán dió orden de revisar los fardos. Al oír esto, Squire Muggins se enfureció tanto que se abalanzó contra Fell agarrándolo por la garganta con la evidente intención de estrangularlo. Fell, que no se amilanó, arrojó lejos de sí al encolerizado muchacho. Examinados los fardos se encontraron en ellos los objetos robados, los cuales fueron devueltos a sus legítimos dueños, con gran indignación, como es fácil imaginar, de Squire Muggins y de sus amigos.

A pesar de estos reveses en los comienzos de la Misión de la Tierra del Fuego los blancos desembarcaron su material y construyeron una pequeña casa. Cercaron un terreno con madera del bosque. Mientras así trabajaban, los malos modos de los indígenas, sus continuas peticiones y su resistencia a abandonar la proximidad del barco, aun de noche, les causaron muchas molestias. Jimmy Button fué el más impertinente por sus constantes e insaciables pedidos y su mal carácter cuando no era complacido; no hay duda de que se le había mimado por demás en las visitas anteriores que hizo la Misión.

Al cabo de una semana de niebla y de lluvia y a pesar de tantas

dificultades, los misioneros y la tripulación habían construído un cobertizo suficientemente amplio como para poder celebrar su primer servicio religioso en la Tierra del Fuego. El domingo 6 de noviembre de 1859 amaneció un día hermoso que aprovecharon para saltar a tierra en una barcaza llevando por toda arma una Biblia.

El catequista Garland Philips condujo al grupo a la pequeña choza; inmediatamente fueron rodeados por unos trescientos indios incluyendo hombres, mujeres y niños. El servicio empezó con un himno.

Cole, que observaba desde la cubierta de la goleta, vió al grupo penetrar en la choza, oyó cantar las primeras estrofas del himno, y luego, aterrado e indefenso fué testigo de la siguiente escena. Algunos de los indígenas corrieron hacia el bote y luego de quitarle los remos y llevarlos a un cobertizo cercano, le soltaron amarras. Dentro de la choza el himno cesó bruscamente y fué seguido por un terrible tumulto. Los fueguinos se abalanzaron sobre sus víctimas con garrotes, piedras y lanzas. Philips y un marinero sueco llamado Augusto corrieron hasta el mar, bajo una lluvia de piedras; el primero, con el agua hasta la cintura, estaba por subir al bote cuando una piedra arrojada por Tommy Button, hermano de Jimmy, le dió en la sien y lo tumbó desvanecido dentro del mar, donde se ahogó. Augusto corrió igual suerte y los restantes fueron apedreados, golpeados y heridos con lanzas hasta que murieron.

El *Allen Gardiner* iba armado con dos pequeños cañones para señales o defensa, pero Cole, estaba demasiado aterrado como para emplearlos o recurrir a las otras armas de fuego que se hallaban a bordo. Enloquecido por el miedo saltó al chinchorro y remó hasta la orilla opuesta al puerto perseguido por los yaganes en sus canoas y, ya a punto de ser alcanzado, saltó a tierra y huyó al bosque. Los indios se llevaron el chinchorro a remolque y volvieron al barco para saquearlo completamente.

El pobre Cole llevó una existencia espantosa, escondido de día en el bosque, y saliendo por las noches a la playa en busca de mariscos y lapas. Su captura era inevitable. Un día unos indios lo encontraron, lo persiguieron y apresaron. Salvo el cinturón y un anillo, lo despojaron de todas sus prendas; además, le arrancaron la barba y el bigote lo que tal vez no fuera un acto de crueldad pues era costumbre hacerlo entre los mismos indígenas.

Cole no corrió la infortunada suerte del resto de la tripulación. Se le perdonó la vida y vivió entre los indios alrededor de tres meses, hasta ser rescatado por el *Nancy*.

Los yaganes, temerosos esta vez de represalias, recibieron al *Nancy*

en forma más amistosa que al *Allen Gardiner*. Se esforzaban por aparecer complacientes y hasta el renegado Jimmy Button se encargó de suministrar agua y leña al barco durante su estadía en Wulaia, estadía que debió prolongarse para reparar el *Allen Gardiner*.

Fué una plausible labor la que debieron realizar el capitán Smiley y sus hombres en la goleta abandonada a fin de ponerla en condiciones de navegar desde Wulaia hasta las islas Malvinas; afortunadamente, los vientos reinantes eran favorables.

El astuto Jimmy Button, antes de la salida de los dos barcos, pidió al capitán Smiley que lo llevara a la isla Keppel, que hasta entonces se había negado a visitar. Smiley aceptó inmediatamente pues así dispondría de otra persona, además de Alfredo Cole, para atestiguar ante la Justicia, en Puerto Stanley, sobre lo que había ocurrido en Wulaia ese domingo fatal.

La declaración de Jimmy Button ante el tribunal no estuvo de acuerdo con el relato de Cole. Jimmy Button declinó toda responsabilidad y echó la culpa a la tribu ona que vivía en la isla principal, pero no consiguió explicar por qué los onas habían abandonado su propia tierra, cruzado el canal de Beagle y recorrido muchas millas en la isla de Navarino para asesinar a los misioneros de Wulaia.

Las autoridades dieron fe al relato de Cole y consideraron necesario enviar una expedición punitiva para dar a los indios una severa lección, pero los misioneros opinaron que no era posible que los blancos llevaran a cabo tal acto de venganza, ¡ellos que venían con el Evangelio del perdón!, y cuyo propósito era seguir adelante con su obra.

Revelaciones posteriores probaron, de manera indudable, que Jimmy Button había sido el principal instigador del asesinato en masa. El ataque traidor contra aquellos que lo habían tratado amigablemente fué engendrado por el resentimiento y la envidia; resentimiento por no haber conseguido todo lo que pedía, y envidia porque otros aborígenes fueron beneficiados con favores que hasta entonces sólo él había recibido. No obstante, es bien posible que aun sin su intervención los misioneros y la tripulación del *Allen Gardiner* hubieran sufrido el mismo trágico fin. La desguarnecida goleta y su indefensa tripulación eran presas demasiado tentadoras para los fueguinos, esos indisciplinados hijos de la naturaleza.

Este episodio fué un rudo golpe para los hombres del pequeño grupo que había quedado en la isla de Keppel. Sufrieron, no sólo por la muerte de ocho amigos y compañeros de trabajo, sino también porque no podían comprender cómo los indígenas, que habían reci-

bido tan buen trato, y que parecieron corresponder a la enseñanza cristiana, se habían rebelado contra sus bienhechores hasta matarlos. ¡Ni un destello de gratitud, sentimiento que los blancos esperaban se ahondaría con el correr del tiempo, parecía existir en esta gente descarriada! Hasta el jefe, el infatigable Despard, que empezaba entonces a creer en posibles progresos, estaba desengañado. El triste destino del capitán Gardiner, seguido por esta tragedia aun más terrible, agobiaba su espíritu pues un jefe, por libre de culpa que esté, siempre se siente responsable de la seguridad de cada uno de sus acompañantes.

Finalmente, después de profundas y angustiosas reflexiones, decidió abandonar nuevas intentonas de fundar una misión en la Tierra del Fuego. Antes de tomar esta decisión escribió a la Dirección General de la Sociedad Misión Patagónica de Inglaterra, pero en aquellos tiempos una respuesta demoraba mucho en llegar. Pasaron dos años antes de recibir de su patria la confirmación de su propia sugestión. Poco después, acompañado de su familia y de casi toda la comitiva que había venido con él desde Inglaterra, abandonó la isla de Keppel, embarcándose en el *Allen Gardiner*, que por entonces necesitaba ser bien revisado y reparado a fondo.

4

Entre los que fueron a despedir a la goleta estaba Tomás Bridges, mi padre. Despard le había dejado elegir entre volver a su patria o quedar en la isla de Keppel, y él había optado por quedarse. Renunciando a la vida de confort y de seguridad que le ofrecían sus padres adoptivos había preferido seguir la solitaria y desamparada senda que conducía, no a Inglaterra sino a la Tierra del Fuego. Ricardo Mathews había fracasado y luego desaparecido. Allen Gardiner había muerto por el hambre y el frío. Garland Philips había sido golpeado y luego perecido en el mar. Jorge Pakenham Despard se había dado por vencido. Sólo un hombre quedaba para realizar esta gran obra, y este hombre era Tomás Bridges.

Así fué cómo, a los dieciocho años de edad, quedó encargado del campamento de Keppel. Había vivido allí más de cinco años en agradable compañía, pero ahora estaba casi solo y pasaría un año antes de que el *Allen Gardiner* regresara de Inglaterra con un nuevo director que lo relevara temporariamente de la pesada tarea que había aceptado con tan buena voluntad.

Su ambición era ganar para el Evangelio a estos fueguinos. Debía,

pues, comenzar por adquirir un conocimiento profundo del idioma. Durante el año solitario que pasó en Keppel adelantó mucho en ese sentido. Entre los pocos yaganes que habían quedado después del calamitoso viaje del *Allen Gardiner* a Wulaia se encontraba un matrimonio. Él se llamaba Okoko, y fué bautizado con el nombre de Jorge, y ella, Gamela. Ambos eran inteligentes y se prestaron de buena gana a servirle de maestros. Mi padre trabajó y prácticamente vivió con ellos, prestando atención a las incesantes charlas de la pareja, que era de lo más alegre y conversadora. De esta manera le fué posible descifrar los misterios de esa intrincada aunque bella gramática. Empleando el sistema fonético de Ellis comenzó a organizar un diccionario, estudio monumental al que dedicaría muchos años y que estaba destinado, antes de encontrar su lugar de reposo en el Museo Británico, a sufrir una curiosa y fantástica odisea que relataré más adelante.

El reverendo Whait H. Stirling era el nuevo director. Anteriormente había sido secretario honorario de la Sociedad de Inglaterra, y después que se hubo retirado el señor Despard por propia voluntad ocupó el cargo que su antecesor había abandonado en las Malvinas. Al llegar a la isla de Keppel, Stirling se sorprendió del dominio del idioma y compleja gramática de los aborígenes que había adquirido Tomás Bridges.

Acompañado por este eficiente intérprete, Stirling realizó su primer viaje a los canales fueguinos. Era también la primera vez que mi padre visitaba esos lugares y ello sucedió a fines de 1863.

Desde la matanza de Wulaia, los indios vivieron en continuo temor de represalias. Stirling relata en sus cartas que los yaganes, al aproximarse cautelosamente en sus canoas, quedaron estupefactos al oír que un hombre blanco los saludaba en su propio idioma.

Sus recelos pronto se disiparon al saber que existía un hombre blanco que podía conversar con ellos y entender sus respuestas. Mi padre visitó, él solo, varios campamentos de los aborígenes, valiéndose del chinchorro del barco, no porque Stirling sintiera temor, sino para evitar toda ostentación e inspirar confianza a los indios.

Los indígenas habían sufrido una terrible epidemia durante el período en que quedaron aislados a raíz de la matanza, epidemia que había ocasionado apreciables bajas en la población. Jimmy Button vivía aún y tenía entonces tres hijos. En el transcurso de los cuatro años siguientes, alrededor de cincuenta yaganes hicieron el viaje a la isla de Keppel; también mi padre visitó varias veces sus tierras. En 1866 Stirling llevó a Inglaterra cuatro muchachos yaganes (no fué a

bordo del *Allen Gardiner*), de trece a dieciocho años de edad. Se llamaban Urupa, Sisoi, Jack y Threeboy [1]. Este último era hijo de Jimmy Button. Según parece, cuando se preguntó al padre el nombre del niño, aquél creyó que le preguntaban cuántos hijos tenía; su contestación fué *Three boy*, y así fué cómo le quedó ese nombre.

A fines del año 1867 un pequeño grupo de aborígenes se estableció en la isla de Navarino, donde se les prestó ayuda y consejo. El lugar elegido era Laiwaia, cerca de la entrada de los estrechos de Murray. Estos estrechos dividen a Navarino de la isla de Hoste y comunican el canal de Beagle con el océano Sur. El *Allen Gardiner*, provisto con los materiales para el nuevo campamento, echó anclas en la protegida ensenada de Laiwaia. El 11 de enero de 1868 Stirling escribe desde a bordo una larga carta a sus hijos, en la que relata las actividades de mi padre; éste en ese entonces se hallaba en tierra construyendo, con ayuda de los yaganes, una casa de troncos y techo de corteza, que constaba de cuatro piezas, y un cerco alrededor del istmo para encerrar las cabras que les habían regalado en Keppel. Terminadas las obras, se embarcaron las cabras y se empezó el cultivo de los huertos; luego se confió el pequeño establecimiento a Jorge Okoko, a Jack y a otros dos yaganes llamados Pinoi y Lukka.

Mientras tanto, se exploraban las costas del canal de Beagle y las islas vecinas con el propósito de establecer un campamento de blancos. Se buscaban tierras adecuadas para que viviera y prosperara un gran número de chacareros, en las que cada uno pudiera cultivar su propio huerto y tener algunas vacas y cabras. Se necesitaba además un puerto amplio, de fácil acceso para un barco de regular tamaño, situado en un lugar central de la tierra de los yaganes, a fin de que éstos pudieran acercarse con toda facilidad.

La pequeña ensenada de Laiwaia, tan pintoresca y protegida, rodeada de pequeñas islas, era de difícil acceso en días de marea o de viento, aun para el *Allen Gardiner*. La isla de Gable y la tierra de la isla principal hubieran sido un sitio ideal de no estar tan distantes del centro de la tierra de los yaganes. Wulaia quedaba lejos del canal de Beagle, que era la ruta de los canales, y su extensión, además, no bastaba para un establecimiento importante dedicado a la agricultura.

Por fin se decidieron por Ushuaia, lugar que contaba con un puerto amplio y protegido y con una extensión de tierra apropiada para la agricultura. Era de fácil acceso a lo largo del canal de Beagle tanto

[1] *Three boy* significa tres muchachos.

del Este como del Oeste, y estaba situado a poca distancia de los estrechos de Murray, por los que se entraba al canal desde las costas exteriores y las del grupo de islas del Cabo de Hornos.

La pequeña casa desmontable a instalarse en Ushuaia estaba casi terminada en puerto Stanley, cuando mi padre fué llamado a Inglaterra. La comisión de la Sociedad Misión Sud-Americana [1] aconsejaba a mi padre que se ordenase pastor a fin de proseguir su obra. Así, pues, el último día de octubre de 1868 zarpó de las islas Malvinas a bordo del *Brisk*, una goleta aparejada como corbeta. Tenía entonces veinticinco años y había vivido doce en esas tierras remotas.

5

La casita de madera construída para la nueva Misión fué embarcada en las Malvinas con rumbo a Ushuaia, en cuya playa fué levantada. Medía aproximadamente seis metros por tres y estaba dividida en tres habitaciones. El 14 de enero de 1869 el señor Stirling fué desembarcado allí, y el *Allen Gardiner* zarpó nuevamente para las Malvinas, dejándolo solo con los indios. Contaba para su empresa con dos compañeros: Jack, el joven yagán que había estado con él en Inglaterra, y la nueva mujer que éste había conseguido. Jack había tenido ciertas dificultades en Laiwaia y decidió irse a Ushuaia. Stirling ocupó en la casa una de las habitaciones, Jack y su mujer otra, y la restante fué utilizada como cocina.

Al mes siguiente volvió el *Allen Gardiner*. El 13 de febrero Stirling escribe a sus hijos:

"He vislumbrado el *Allen Gardiner*, ¡qué gran emoción, casi se me han salido los ojos y mi corazón ha palpitado de alegría!" Debió de sentir la soledad. Prosigue su carta relatando que a la llegada del barco uno de los yaganes que formaba parte de la tripulación le dijo:

—Estoy muy contento, creí que mis compañeros lo matarían, pero veo que su casa está rodeada de chozas.

"Se entiende, escribe Stirling, chozas de indios que son amigos de verdad."

Stirling permaneció en Ushuaia más de seis meses. "Vivió entre los indios, como más adelante dijera mi padre, en una paz relativa, instruyéndoles diariamente y enseñándoles diversas tareas." En el transcurso

[1] Antes llamada Sociedad Misión Patagónica; se cambió el nombre en 1864.

de esos meses notificaron a Stirling que sería nombrado obispo de las islas Malvinas, la diócesis más extensa del mundo, pues abarcaba toda la América del Sur.

6

Al llegar mi padre a Inglaterra fué ordenado diácono por el obispo de Londres. Antes de reanudar sus tareas en el otro extremo de la tierra, pronunció conferencias en varias ciudades sobre la Tierra del Fuego y sus habitantes. En Bristol conoció a María Varder, una de las hijas de don Esteban Varder, de Harberton. El 7 de agosto de 1869 se casaron en la iglesia de ese pueblo, situado al sur de Devon; dos días después se alejaban de Inglaterra a bordo del *Onega*. A pesar del buen tiempo reinante, mi madre sufrió de mareo durante todo el viaje. Llegaron a Río de Janeiro el miércoles 1º de septiembre y allí vieron por primera vez trabajar a esclavos, como lo anota mi padre en su diario: "es realmente un doloroso espectáculo".

Tres días después se embarcaron en el *Arno*, un barco de paletas que hacía la carrera entre Río de Janeiro y el Río de la Plata. Con tiempo borrascoso el mareo fué general. "Mi querida María, escribe mi padre, estuvo muy enferma"... "El movimiento de las paletas es mucho más desagradable que el de una hélice."

El 9 de septiembre arribaron al Río de la Plata y desembarcaron en Montevideo. El día 18 llegaba Stirling a bordo del *Lotus*, de paso para Inglaterra. Dió a mi padre informes muy satisfactorios sobre el nuevo establecimiento de Ushuaia. Mis padres quedaron en Montevideo hasta el 24 de septiembre, día en que se embarcaron a bordo del *Normanby*. Era un barco de carga de guano tripulado principalmente por negros americanos. Su patrón, el capitán Mackintosh, muy amablemente les ofreció su propio camarote para hacer el viaje hasta las Malvinas. El 5 de octubre llegaron a puerto William; desde allí un cúter los llevó a Puerto Stanley, que entonces era una pequeña aldea.

En Stanley mi padre compró las provisiones necesarias antes de continuar su viaje a la isla de Keppel. Este viaje duró tres días y lo hicieron a bordo de la goleta *Selton*, cuyo dueño, el señor Dean, puso la embarcación a disposición de mis padres, sin cargo alguno.

El grupo entonces residente en Keppel lo formaban: Guillermo Bartlett, su señora y sus hijos, Phillips, Jacobo Resyck, y tres jóvenes yaganes llamados Schinfcunjiz [1], Gyammamowl y Cushinjiz. Bartlett

[1] Muchos nombres yaganes terminan con "jiz", que de por sí no tiene significado; como afijo significa *nacido en*.

era un trabajador infatigable; él y su esposa habían venido de Inglaterra junto con Despard y mi padre. Desde su llegada a la isla de Keppel, en 1856, había cultivado una huerta y cuidado ganado lanar y vacuno. Phillips, un chacarero cojo y que había perdido además dos dedos de la mano derecha, lo secundaba en sus tareas. Jacobo Resyck, un hombre de color, se ocupaba de la vida espiritual de la comunidad y daba lecciones a los tres muchachos yaganes y a los hijos de Bartlett; era un ferviente cristiano, aunque por su aspecto taciturno daba la impresión de ser sordo o simplemente indiferente.

A su llegada a Keppel mis padres no encontraron a Bartlett. Éste, ignorando que ellos debían llegar tan pronto, se había ausentado una semana antes a bordo del *Allen Gardiner* para vigilar las huertas de los aborígenes en Ushuaia. Mi madre fué presentada a todo el grupo incluyendo a Schifcunjiz, Gyammamowl y Cushinjiz, limpios y muy decentemente vestidos. Cushinjiz, más adelante conocido por Jaime, pertenecía al extremo este del canal de Beagle; volveré a ocuparme de él en mi relato. Estos tres muchachos preparaban ellos mismos sus comidas y vivían en la misma casita que en otros tiempos ocupó mi padre en compañía de otros indios, con el propósito de aprender su idioma.

En el diario de mi padre encontramos referencias a la tarea que incumbía a las dos mujeres; cinco días después de la llegada de mis padres se ocuparon en arreglar la casa y atender las necesidades de los hombres, mientras éstos trabajaban en la huerta, donde "empiezan a despuntar las verduras y las primaveras y los narcisos están en plena floración". Mi padre y Resyck se ocuparon, durante unos días, en instruir a los niños y a los indios.

Escribe, el sábado 17 de octubre de 1869: "Tiempo agradable, calmo y luminoso. Estamos pasando una temporada muy feliz y tranquila. Llevé a mi querida María a nuestro cementerio, y le di pormenores sobre cada una de las personas allí enterradas."

Otra tarea de mi padre fué hacer el inventario de las mercaderías del establecimiento pertenecientes a la Misión. Tenía, además, otras ocupaciones. Con una red habían cogido todo el pescado que pudiesen necesitar. Además, mis padres, acompañados por uno o dos de los indios y con una yunta de caballos de tiro, se dirigían al lugar de reunión de los pingüinos llevando canastos para recoger huevos. Durante varias horas trabajaban afanosamente y a la tarde regresaban con una recolección de 800 a 1600 huevos. Luego de apartar una cierta cantidad para las necesidades de la casa envasaban el resto en barriles y cajones con el propósito de embarcarlos después

en el *Allen Gardiner*, rumbo a la Tierra del Fuego. Los huevos de pingüino eran un regalo muy apreciado por los indios; antaño éstos los habían comido en tales cantidades que en ese entonces esas aves escaseaban. En las Malvinas, donde no vivían aborígenes, los pingüinos habían seguido reproduciéndose sin inconvenientes. Estos huevos se conservan en tan buen estado, que en una oportunidad, comí dos de ellos, fritos, sin advertir que uno era fresco de pocos días y el otro tenía más de un año.

Una de las principales ocupaciones en la isla de Keppel era cortar, secar y almacenar la turba, único combustible del lugar. Es de interés consignar que estas áridas islas, azotadas por los vientos, proporcionan ese elemento con la misma generosidad con que prodigan el pescado y las aves marinas.

El 14 de noviembre volvió Bartlett de la Tierra del Fuego en el *Allen Gardiner*, que traía como pasajeros a dos jóvenes parejas de yaganes. Durante el viaje habían sufrido un temporal; el botalón del mayor se había quebrado, el mastelero arrastrado y el piloto severamente dañado. Bartlett, muy satisfecho de los progresos realizados en Ushuaia, informó que una gran superficie de tierra había sido cercada, cavada y sembrada. Bajo su dirección los yaganes habían sembrado cerca de media hectárea de papas. La gran mayoría de ellos habían adquirido la práctica en la isla de Keppel.

El *Allen Gardiner* quedó algunos días en Keppel; luego zarpó para Puerto Stanley, llevando a mi padre, quien viajaba por negocios y para recibir además a los recién llegados Juan Lawrence y Santiago Lewis, con sus respectivas esposas. El matrimonio Lewis traía consigo a su hijo Guillermito. Mi padre había conocido el año anterior en Inglaterra a los hombres. Lawrence era práctico en trabajos de huerta y Lewis carpintero de oficio. El comité había pensado muy acertadamente que ellos serían muy eficaces para enseñar a los aborígenes los métodos de la vida civilizada y convertirlos al cristianismo; esta elección había contado con la aprobación de mi padre. Éste llegó a Puerto Stanley a tiempo para saludar a sus dos nuevos asistentes y a sus esposas; luego todos regresaron a Keppel a bordo de la goleta de la Misión.

Los aborígenes suelen ser buenos imitadores. Mi padre relata en su diario que a una de las parejas de yaganes recién llegadas, Quiesenasan y su mujer Cushinjizkeepa [1], se les "veía a menudo caminar tomados del brazo, ¡daba gusto verlos!". Bien sé yo de quién apren-

[1] Otra terminación muy frecuente que significa "mujer nacida en".

dieron eso. La segunda pareja, Laiwainjiz y Pakawalakihrkcepa, tuvo un hijito la víspera de Navidad. A pedido de sus padres se le llamó Shukukurhtumahgoon (hijo de una casa techada con pasto). Esta casita de Keppel llevaba el ostentoso nombre de: "Villa Tierra del Fuego". Aquella donde vivía mi madre se llamaba Casa Sullivan, nombre de un ex gobernador de las islas.

Mi padre se había impuesto ahora una nueva obligación: dar lecciones de yagán a Lawrence y Lewis. A mediados de mayo de 1870 volvió a hacer un viaje a la Tierra del Fuego en el *Allen Gardiner*, en el cual Cushinjiz trabajaba ahora como mozo, tarea que desempeñaba perfectamente. Durante el viaje mi padre se ocupó en hacer jarros de hojalata para los fueguinos y también les cortó y cosió pantalones; para alternar estudiaba álgebra o paseaba sobre cubierta cuando disponía de un momento libre.

Por la ensenada de Banner, en la isla de Picton, súbitamente aparecieron doce canoas con setenta indios. Mi padre bajó a tierra y les habló. "Les señalé el justo derecho que tiene Dios sobre nuestras vidas y nuestros afectos, y la bondad de sus mandamientos." Se distribuyeron huevos de ganso y de pingüino de las Malvinas; y aunque, según escribe mi padre, "todas las canoas parecían tener gran cantidad de pescado y en el canal abundaban los pájaros", los indios insistían pidiendo más. Al censurarles mi padre esa actitud, Cushinjiz lo apoyó vivamente. A pesar de ello, se veía que deseaba volver al lado de su gente: ésta era su tierra y había permanecido mucho tiempo en Keppel. Por esa razón, a la mañana siguiente bien temprano mi padre y el segundo piloto bajaron a Cushinjiz a tierra junto con un cajón de provisiones. Llevaba el mandato de difundir la historia de la Biblia y los buenos preceptos que había aprendido. Luego el barco zarpó nuevamente para Ushuaia.

Ushuaia no había sido habitada por hombres blancos desde la salida de Bartlett, cinco meses atrás. Sin embargo, las dieciséis familias yaganas que vivían allí no habían sido molestadas por otros indígenas, y durante ese tiempo se habían esforzado por mejorar el pequeño establecimiento; no se comieron las papas que Bartlett les había ayudado a sembrar, ni siquiera las nuevas que ya alcanzaban buen tamaño y estaban algo dañadas por la escarcha. Habían surgido algunas divergencias de opinión entre ellos, pero en ninguna ocasión recurrieron a la violencia.

No pasó lo mismo en el establecimiento Laiwaia, en la isla de Navarino, iniciado en 1868, con Okoko, Pinoi, Lukka y Jack. Después de la salida de Jack, los otros se habían sentido hostigados por la

envidia de sus compañeros más pobres. Había habido discordias y no hay duda de que en un punto cercano dieron muerte a un hombre. A Jorge Okoko, que era el principal del establecimiento, le quemaron la casa un día que había salido a pescar. Okoko cosechó apresuradamente sus papas (cuatro bolsas, lo único que sus enemigos le habían dejado) y escapó a Ushuaia. Allí se sentía más seguro, en compañía de sus connacionales chacareros. Por prudencia, sin embargo, se abstuvo de participar en los trabajos, esperando tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos.

El *Allen Gardiner* había traído materiales de construcción para el nuevo edificio de la Misión, que debía llamarse Casa Stirling. A mi padre le pareció justificado dejar este material bajo el cuidado de los yaganes que vivían allí. Lo desembarcaron y llevaron a lo alto de un cerro, a unos quinientos metros de distancia con el propósito de utilizarlo más adelante. Mi padre y los indios cavaron una superficie de tierra de diez metros cuadrados para emplazar los cimientos de la casa; luego se internaron en la selva sobre la costa norte de la ensenada. Cortaron postes, tan necesarios en las Malvinas, y los fueron apilando en la goleta hasta tener un buen cargamento; luego los venderían para ayudar a sufragar los gastos que demandaba el barco de la Misión.

Muchos yaganes de apartadas regiones estaban ahora reunidos en Ushuaia. Mi padre los exhortaba a no envidiar a los que poseían huertos y habían aprendido a trabajar; no debían enojarse ni molestarlos porque ya les llegaría el turno también a ellos; pronto se organizaría en la Misión de Ushuaia un taller de aprendizaje y cada uno tendría oportunidad de cultivar sus propios huertos y mejorar sus medios de vida en otros lugares.

Antes de que el *Allen Gardiner* zarpara de nuevo para Keppel, se regaló a todos huevos de pingüinos y unos pocos gansos de las Malvinas. Durante el viaje escribió mi padre: "Anoche estaba el mar muy agitado, temía en todo momento ser arrojado de mi litera, tan brusco era el movimiento del barco." Y más adelante: "Cabeceaba tanto que no podía caminar sobre cubierta." A la hora 20 del 8 de mayo la goleta echó anclas en la bahía Comité de la isla Keppel. Mi madre y todos los demás se encontraban perfectamente, de modo que mi padre no tardó en partir para Stanley, y el 25 de ese mes lo encontramos en viaje de regreso a Ushuaia.

Después de gozar del clima moderado de las Malvinas, le sorprendió ver en Ushuaia tanta nieve y hielo. Se encontró con que el pequeño grupo de yaganes establecido allí había sido molestado por

sus envidiosos parientes, menos afortunados. Sin embargo, no hubo riñas fatales ni enfermedades y el material de construcción no había sido robado ni destruído.

Jorge Okoko, hombre de carácter, se había impuesto a sus compañeros y era ahora el principal en Ushuaia. Durante las diez semanas que duró la ausencia del *Allen Gardiner* habían cosechado las papas y comprobado que eran un buen alimento. Se volvió a descargar material, que fué llevado sobre la nevada colina, junto al destinado al futuro edificio. A los indios que habían resuelto quedarse allá se les regaló una sartén y un cuchillo y se les repartió un poco de galleta y porotos. Después de la distribución general de papas traídas de la isla de Keppel, la goleta volvió a zarpar para las Malvinas.

Esa noche, mientras permanecían anclados cerca del extremo este de la isla de Gable, en el canal de Beagle, se acercaron cuatro canoas. En una de ellas viajaba Cushinjiz. Estaba aún decentemente vestido, pero debió haber repartido bastante, pues todos los aborígenes tenían alguna prenda de vestir. Parecía feliz y no deseaba volver a las Malvinas. Envió de regalo a mi madre una canasta y a otra señora de Keppel dos de esos grandes caracoles de mar que los yaganes usan para beber.

En agosto de ese año 1870, mi padre llevó a mi madre a Stanley y la dejó al cuidado de la señora de Hanson. A fines del mes siguiente se embarcó en el *Allen Gardiner* rumbo a Ushuaia acompañado de Santiago Lewis, Jacobo Resyck, Gyammamowl (uno de los tres muchachos yaganes) y Quisenasan con su mujer. Soportaron una mala travesía pero llegaron a Ushuaia el 10 de octubre, e inmediatamente se pusieron a trabajar, construyendo un camino y terminando la excavación para los cimientos de la Casa Stirling, comenzada por mi padre cinco meses antes. No tardaron en aparecer veinte canoas tripuladas por más de ciento cincuenta aborígenes.

El jueves 16 de noviembre mi padre encargó a Santiago Lewis y a Jacobo Resyck que prosiguieran los trabajos más delicados: aconsejar, convencer, enseñar a cultivar la tierra y a construir. La población residente en Ushuaia alcanzaba a ochenta y dos personas, pero las instrucciones que dejó mi padre a sus dos asistentes misioneros eran de emplear, durante su ausencia, sólo a siete de los indios, eligiendo a lo más capaces y civilizados. De otro modo, muy pronto llegarían a faltar las provisiones. Explicó esto a los otros indios, y les aconsejó que siguieran, mientras tanto, pescando y cazando como lo habían hecho antes. La verdad era que estos aborígenes, que no estaban

acostumbrados a un trabajo estable, necesitaban constante vigilancia; cuanto más numerosos eran, tanto menor era el rendimiento individual. No bastaba con decirles cómo debían hacer las cosas, sino que había que enseñarles hasta el menor detalle; luego hacerles repetir la misma acción para asegurarse que obrarían correctamente.

De vuelta a las Malvinas, después de una travesía durante la cual, según mi padre, "hasta los yaganes a bordo se sintieron mareados, y yo inhibido de todo trabajo mental", quedó en Stanley hasta el 5 de diciembre de 1870. Escribe en esa fecha en su diario: "Esta tarde a la hora quince mi querida esposa dió a luz, con toda felicidad, a una niñita. Escribí directamente a mis suegros (señor y señora de Varder) para informarles del feliz acontecimiento, y llevé la carta a bordo de la goleta *Foam*, que se disponía a zarpar."

Al mes siguiente, mis padres y la pequeña María se embarcaron en el *Allen Gardiner* rumbo a la isla de Keppel. No hay que creer que estos viajes a la Misión se hacían por deporte o por recreo. A menudo algunos pasajeros o familias eran desembarcados en distintas islas, donde tenían sus pequeñas chozas. De este modo evitaban largas esperas en Puerto Stanley o las molestias de un viaje en barcos menos marineros o en chalupas abiertas.

En enero realizó mi padre su próxima visita a Ushuaia. Al acercarse la goleta a la isla Gable, Cushinjiz le salió al encuentro a bordo. Iba acompañado de Gyammamowl y Quisenasan, quienes se habían juntado con él en la isla. Habían hecho grandes plantaciones y preparado la tierra para iniciar otras para el año siguiente. No podían ser mejores las noticias sobre los dos misioneros que habían quedado en Ushuaia.

Dos días después, al llegar mi padre a ese puerto, quedó muy satisfecho con la labor realizada y la tranquilidad que reinaba en el campamento. Santiago Lewis y Jacobo Resyck, que ocupaban la casita de la playa, donde antes vivió Stirling, habían adelantado en la construcción de la Casa Stirling. Volvieron a cortar madera con destino a las Malvinas, y el 13 de febrero zarpó el *Allen Gardiner* llevando a Lewis como único pasajero. Mi padre ocupó la Casa Stirling, aún sin terminar, y ayudado por Resyck, el hombre de color, prosiguió la tarea.

Sin duda, mi padre llevó en ese viaje unas cuantas ovejas, pues cuenta que una se ahogó y quedaron trece. Había que encerrarlas de noche y vigilarlas durante el día por temor a los perros de la región. En verano los días son muy largos en la Tierra del Fuego. Mi padre se levantaba a las 4 de la madrugada, y después de largar las ovejas

a pastorear, trabajaba durante todo el día; de noche se dedicaba a escribir, estudiar el idioma, visitar indios enfermos o realizar distintas tareas. Encuentro escrito en su diario: "Vivo en un estado de elevación, frecuentes y fervorosas son mis plegarias, sólo Él puede guiarnos, protegernos, ayudarnos y bendecirnos. Sólo Dios es mi fuerza y la fuente de toda bondad... El Hermano Jacobo amablemente me preparó una taza de café." Me imagino que mi padre debió de sentirse agotado y necesitó un estimulante, pues nunca menciona tal debilidad en su diario.

El viernes 14 de mayo, a las 7, mientras se desayunaban a la luz de la lámpara —las noches se alargan en esta estación— descubrieron con gran sorpresa al *Allen Gardiner* anclado en el puerto. Había llegado a las 3 y traía al señor Lewis con su señora y sus dos hijitos. El menor, recién nacido en la isla de Keppel, fué bautizado por mi padre el domingo 28 de mayo en la Casa Stirling con el nombre de Francisco Ooshooia, en presencia de Jacobo Resyck, del capitán del *Allen Gardiner* y de gran parte de la tripulación.

Mi padre desocupó entonces la Casa Stirling y se alojó en la goleta. Bajaba todos los días a tierra para enseñar a los indios y ayudarlos a trabajar en el campamento o en la selva frente al puerto. A principios de junio estaba de vuelta en la isla de Keppel, y el 11 de ese mes bautizó a la primera hija del matrimonio Lawrence con el nombre de Emma Luisa.

El 17 de agosto, mis padres y mi hermana María se alejaron de la isla de Keppel a bordo del *Allen Gardiner*. Fué ésta la última etapa de la larga travesía entre Inglaterra y Ushuaia.

CAPÍTULO III

LLEGADA DE MIS PADRES A USHUAIA. LA TIERRA DE LOS ALREDEDORES. PRIMERAS IMPRESIONES DE MI MADRE EN LA CASA STIRLING. SUS COMPAÑEROS. SUS VECINOS LOS FUEGUINOS. LOS ALACALUFES. LOS YAGANES. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE ALGAS MARINAS. LA IMPORTANCIA DE LOS FUEGOS. LOS PEDERNALES DE TIERRA DEL FUEGO. FUEGO DENTRO DE LAS CANOAS. EL ORIGEN DE TIERRA DEL FUEGO. LA TRIBU ONA.

I

El primero de octubre de 1871 mis padres desembarcaron en Ushuaia después de cuatro días de navegación por el canal de Beagle, hacia el oeste de la ensenada de Banner.

Ushuaia, significa en el idioma de los nativos de esa región: "puerto interior hacia el poniente". Está situada sobre la costa norte del canal de Beagle y se halla bien protegida contra los poderosos vientos de la región por una doble península. Un grupo de colinas cubiertas de pastizales y arbustos forma la mayor parte de esta península, que se extiende por más de tres kilómetros en dirección sudeste. En sus valles anidan pequeños lagos, y la costa sur, frente al canal, tiene una muralla gredosa y cumbres erizadas.

En la costa norte del puerto de Ushuaia, a menos de medio kilómetro de distancia, las montañas se elevan abruptas desde la misma playa. A excepción de unos pequeños claros cerca de la costa, sitios elegidos por los indios fueguinos para levantar sus chozas, las laderas de las montañas están cubiertas de bosques inexplorados de hayas, que alcanzan el nivel llamado de los árboles altos, a menos de seiscientos metros sobre el mar. Arriba de los bosques, a más de trescientos metros de altura se ven grupos de rocas cubiertas en parte de nieve, interrumpidas de cuando en cuando por ventisqueros azules. Esta cadena corre al este y oeste de Ushuaia, siendo su pico más alto el monte Olivia, que alcanza a más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Existen profundas y estrechas hondonadas, por donde bajan los torrentes de las montañas y algunos ríos mayores que han encontrado paso desde su fuente, entre los picos interiores, a través del cordón paralelo a la costa, y se precipitan en el canal de Beagle. Hacia el

Oeste esta cadena es más alta y desolada que en el Este; su pico más alto, el monte Darwin, se eleva a más de dos mil metros. Aquí, muchos de los ventisqueros bajan hasta el mar, tanto en invierno como en verano, y los barcos que pasan por el canal a veces ven dificultada su navegación a causa de estas masas de hielo. Hacia el Este las montañas son más bajas y en el cabo San Diego parecen sumergirse en el estrecho de Lemaire, para pronto reaparecer en forma de un amenazante grupo de rocas agrietadas llamado la isla de los Estados, antes de hundirse definitivamente en el océano Atlántico.

"Respecto al panorama de la tierra de la isla de los Estados —escribe Anson en 1741—, sólo puedo observar que si la Tierra del Fuego presenta un aspecto de aridez y desolación, dicha isla de los Estados la excede por mucho en horror y salvajismo. Parece estar enteramente formada por rocas inaccesibles, sin que haya entre ellas la menor parcela de suelo o tierra vegetal. Las rocas terminan en numerosas cumbres escabrosas que alcanzan prodigiosas alturas, todas ellas cubiertas por nieves perpetuas. Estas rocas quedan muchas veces suspendidas en las más sorprendentes formas y están rodeadas por todos lados por terribles precipicios. Los cerros que sostienen estas cumbres están generalmente separados, unos de otros, por angostas hendiduras casi perpendiculares, que llegan hasta la base misma de las rocas mayores, casi hasta el fondo de algunas de ellas, dando a la tierra el aspecto de haber sido resquebrajada por terremotos. Es difícil imaginar nada más salvaje y sombrío que el aspecto de toda esta costa."

Es ésta por cierto una horrorosa descripción; sería, sin embargo engañoso hablar únicamente de los aspectos lúgubres del paisaje. En un plácido atardecer, de otoño, cuando las hojas tienen un color rojizo y el oscuro espejo del agua sólo se ve quebrado por la estela de un pájaro zambullidor, es imposible dejar de apreciar la belleza del puerto de Ushuaia. Pero cuando mi madre lo vió por primera vez no debió ofrecerle tan placentera acogida. Al desembarcar del *Allen Gardiner*, en un bote de remos, esta Ushuaia de que tanto había oído hablar le pareció extraña, casi aterradora.

Detrás de la playa cubierta de conchillas se extendían los pastizales hasta llegar a un imprevisto abismo a menos de medio kilómetro de la costa. Entre la playa y la montaña se veían unas chozas desparramadas, cobertizos medio enterrados hechos con ramas y techados con paja y turba, que despedían un fuerte olor producido por el humo, la esperma de ballena en descomposición y los desperdicios arrojados muy cerca de estos refugios. Alrededor de las chozas individuos de piel oscura, de pie o en cuclillas, algunos de ellos arropados con

pieles de nutria, otros casi desnudos, miraban curiosamente el pequeño barco que se acercaba a la playa.

Había algunas canoas abandonadas en la playa. En otras más cercanas, algunas mujeres pescaban o remaban alrededor del barco intentando trocar pescados o lapas por cuchillos o por esos manjares exquisitos que introducen los extranjeros: galleta y azúcar. Estos paiakoala [1] llegaban movidos por el deseo de saber qué hacían los blancos en Ushuaia.

En la cima del cerro cubierto de matorrales espinosos divisó mi madre su futuro hogar: la Casa Stirling. Una casita de madera y chapa de cinc de cinco habitaciones. No estaba aún terminada y parecía muy solitaria suspendida así en lo alto.

A pesar de la estación primaveral quedaban aún montones de nieve y en las noches apacibles todavía se formaba hielo en el puerto protegido. Frente a éste, al borde mismo del agua, se destacaban, contra la nieve, los árboles desprovistos de hojas, y sólo algunos grupos de siemprevivas rompían la monotonía del paisaje. Por encima del nivel de los árboles lucía pura y blanca la nieve hasta los picos más altos de las cadenas de montañas.

Ésa era la región donde mi madre debía pasar gran parte de su existencia. Si soñó a veces pensativa, añorando su pueblo natal de Devon, su clima benigno, sus ricos campos, sus generosos huertos, su vecindario amigo... nadie lo supo. La atención prestada a mi padre, la crianza de sus hijos, los solícitos cuidados maternales que prodigaba a cualquier criatura que los necesitara, la ocupaban demasiado para tener tiempo de lamentarse. En todo caso no fué una mujer que inspirase lástima. La clase de vida por ella elegida hubiera atemorizado a un espíritu menos fuerte, pero mi madre supo encontrar en ella su felicidad y sembrarla también a su alrededor.

2

Santiago Lewis, su mujer y el mulato Jacobo Resyck esperaban ansiosos la llegada del barco. Si ellos estaban contentos de volverlo a ver y recibir noticias del mundo exterior, no era menor la satisfacción de mi padre y su alivio al ver que todos, incluso los niños, estaban sanos y salvos.

[1] Habitante de la playa de la tribu yagán... *Oala*, aunque nunca se usa solo, significa *gente* en el sentido más amplio. He oído a algunos yaganes llamar "amuraoala" a una manada de guanacos. Amura significa guanaco.

La Casa Stirling fué dividida en dos partes: una para mis padres y otra para los Lewis. Resyck vivía solo en la primitiva casita Stirling, donde se había hospedado durante tanto tiempo el bondadoso obispo. Más adelante ésta fué transportada en secciones desde la playa hasta lo alto del cerro. Se suprimieron las divisiones y se levantó un pequeño campanario en uno de los extremos. Durante algunos años hizo oficio de capilla y de sala de reunión; tiempo después se construyó un edificio más adecuado.

Como lo había dicho mi padre, en la época de su corto noviazgo en Bristol, la avanzada de civilización más próxima a Ushuaia lo constituía el establecimiento penal chileno de Punta Arenas, distante casi doscientos kilómetros de intransitables montañas y separado por el estrecho de Magallanes. La distancia se duplica por mar, y para llegar a Punta Arenas el navío debía o bien desafiar la cortante marea del estrecho de Lemaire y del océano Atlántico o bien arrostrar los potentes vientos occidentales, vencer al canal de Beagle y salir al Pacífico por la bahía Desolación, bordeando la península de Brecknock, donde las olas, al romper contra los acantilados, producen el ruido de grandes cañonazos; por último, penetrar por el canal de Cockburn, pasar los peñascos de Kirk y el estrecho de Magallanes hasta llegar a Puerto Hambre y Punta Arenas.

Los frecuentes vientos tormentosos y los densos temporales con que se debía luchar en aquellos estrechos canales de rocallosas riberas tornaban muy arriesgada la travesía desde Ushuaia hasta el establecimiento penal chileno. El viaje por tierra era completamente imposible. A pesar de varias intentonas (hoy que está abierto el camino, esto parece exagerado), pasaron más de veinte años antes de que alguien se aventurara a cruzar la isla desde el canal de Beagle hasta la ribera norte. El establecimiento de la Misión debía, pues, considerar las islas Malvinas, distantes seiscientos kilómetros, como su único eslabón con el mundo externo.

Así fué cómo un pequeño pero decidido grupo eligió su morada en el archipiélago fueguino, constituído en realidad por muchas más islas que las que figuran en los mapas y que cubría una superficie de trescientos veinte kilómetros de Norte a Sur por quinientos setenta y seis de Este a Oeste. Eran sus vecinos, no ya amigos ni conocidos, nada menos que de siete a nueve mil indios fueguinos, hijos primitivos de la Naturaleza.

Estos fueguinos estaban divididos en cuatro grupos diferentes, cada cual con su lenguaje y costumbres propios: los alacalufes, los yaganes, los onas y los aush (u onas del Este). La sección oeste del archi-

piélago era el territorio de los alacalufes. La península de Brecknock, áspero y escarpado promontorio que penetra violentamente en el Pacífico y termina en las islas de London y Sidney, formaba una frontera natural entre las tribus de los alacalufes y los yaganes, cuyo territorio se extendía desde la bahía Desolación, a lo largo de la costa Sur de la isla principal hasta el Puerto Español, abarcando todas las islas del Sur hasta llegar al cabo de Hornos. Se cree que nunca se aventuraron a cruzar a la isla de los Estados. Los onas habitaban en el interior de la isla principal y en sus riberas norte y este. Los aush vivían en el extremo sudeste.

Los alacalufes eran una tribu de indios de canoas, que vivían casi exclusivamente de aves, focas, pescados y moluscos. Como sus vecinos los yaganes, construían canoas de corteza de árbol, así como otras embarcaciones de madera de mayor tamaño. Mi padre encontró una que medía ocho metros ochenta y cinco cm. de largo y más de un metro de profundidad. En estas últimas no sólo usaban palas, sino también cierta clase de remos de forma primitiva sobre toletes de madera. Eran muy diestros en el manejo de arcos, flechas, lanzas y hondas. De espíritu aventurero, tanto los alacalufes como los yaganes habían circundado la península Brecknock en sus canoas y las dos tribus se mezclaban a veces entre sí por medio de casamientos.

Los yaganes eran los habitantes más australes de la tierra. La ensenada y el establecimiento de Ushuaia estaban comprendidos en su territorio. Vivían cerca de la costa y pasaban gran parte del tiempo en sus canoas. Cuando mi padre se propuso estudiar su idioma eligió sus maestros, siempre que le fué posible, en el centro mismo de este país, buscando así aprenderlo en su forma más pura, no adulterada por el contacto de tribus vecinas.

Su centro eran los estrechos Murray, apropiadamente llamados Yahgashaga (montaña-valle-canal). Mi padre acortó esta palabra reduciéndola a "yagán", nombre por el cual fué universalmente conocida toda esta tribu, aunque entre los aborígenes sólo lo aplicaban a los habitantes del distrito de los estrechos de Murray. El nombre que se daba la tribu a sí misma era yamana (gente). Del mismo modo los onas (así denominados por los yaganes) se llamaban a sí mismos shilknum, y los aush, que tenían lenguaje propio, eran conocidos por los yaganes con el nombre de etalum ona (ona del Este).

Los yaganes eran audaces escaladores y notables marinos, pero en cambio rara vez se aventuraban tierra adentro, pues además del temor que les inspiraban ciertas extrañas criaturas creadas por su imaginación, la tribu vecina de los onas les provocaba un terror mortal; por

otra parte las montañas nevadas y los pantanosos valles interiores eran bien poco atrayentes. Como vivían casi exclusivamente de peces y moluscos, contaban con muy pocas pieles para cubrirse, obtenían algunas de nutria y de zorro, pero apenas les alcanzaban y solamente unos pocos de estos individuos, que vivían en las costas de la isla de Navarino y a lo largo de la ribera norte del canal de Beagle, podían conseguir pieles de guanaco, una especie de llama salvaje de piel amarillo-rojizo. Las de foca eran escasas y por lo general les servían de alimento o cortadas en tiras largas que llamaban *mun*, eran usadas por los cazadores de pájaros para bajar a los despeñaderos. *Api tupan* (cuerpo solamente) era la voz que empleaban para designar a una persona pobre. Fácil es deducir cómo este término podía aplicarse con toda propiedad a muchos jóvenes indios.

En una oportunidad mi padre midió a treinta yaganes adultos. El más alto de ellos medía un metro sesenta y dos centímetros y el más bajo un metro cuarenta, siendo el término medio de un metro cincuenta y cinco centímetros. Sin embargo, a pesar de su baja estatura, eran fuertes. Fitzroy declara, con toda franqueza, que prohibió a sus marineros luchar con los aborígenes, pues, siendo éstos los más fuertes hubieran despreciado a los hombres blancos. Las mujeres de esta tribu eran gruesas y de baja estatura pero con miembros delgados y manos y pies pequeños.

Hombres y mujeres usaban un corto delantal hecho de piel de nutria. También tenían una segunda prenda del mismo material, demasiado pequeña para poderse envolver con ella. La usaban colgando de los hombros o, si no, sujeta al cuerpo como protección contra el viento. Las mujeres usaban variados collares de delicadas conchillas bellamente pulidas y primorosamente enhebradas. También lucían trocitos de huesos de las patas y alas de pájaros pasados por un cordón de tendones trenzados. El arma principal de los yaganes era la lanza que fabricaban en tres tipos para diferentes usos. Prevalecía una justa división del trabajo entre ambos sexos. Los hombres juntaban el combustible y los hongos mientras que las mujeres cocinaban, iban en busca de agua, remaban en las canoas y pescaban. Los hombres vigilaban el fuego, fabricaban y remendaban las canoas, cazaban nutrias, focas, guanacos, zorros, aves y peces mayores, estos últimos con arpón. Estando las canoas a cargo de las mujeres los hombres sólo empuñaban los remos en excursiones largas o cuando tenían gran apuro; todas ellas sabían nadar, mientras que era muy raro encontrar un hombre que supiera hacerlo. Las mujeres de ningún modo eran esclavas. Dueñas de todo lo que atrapaban; el hom-

bre no podía disponer más que de aquello que buenamente le daba su mujer y ésta no necesitaba pedirle permiso para hacer regalos a sus amigos.

Algunos miembros de esta tribu vivían a menudo en lugares donde en una extensión de muchos kilómetros no se encontraba una playa en que fuera posible botar sus canoas al mar. Debían, por consiguiente anclarlas, fuera de las rocas en el lugar más amparado que pudiesen encontrar. Esta maniobra la realizaban las mujeres. Después de descargar la canoa y de que el hombre se hubiese internado en el bosque en busca de combustible, la mujer remaba algunas brazas hacia afuera entre las espesas algas, que formaban un espléndido rompeolas; juntaba un haz de ramas de aquellas plantas, semejantes a cuerdas, y aseguraba con ellas la canoa, que quedaba así firmemente atada a sus raíces. Cumplida esta tarea, nadaba hacia la costa y corría en busca del fuego de su choza, para secarse y entrar en calor. Las mujeres nadan como los perros y avanzan sin dificultad entre las algas. Nunca he visto a un hombre blanco que fuese lo bastante arrojado como para intentar tan peligrosa hazaña. Aprendían a nadar en la infancia; sus madres las llevaban consigo para acostumbrarlas. En invierno, cuando las algas estaban cubiertas por una fina capa de nieve, ocurría a veces que las niñas dificultaban la natación a sus progenitoras al subírseles a la cabeza para escapar de las aguas heladas.

Existían diferentes especies de algas marinas. La clase mencionada echa raíces alrededor de las rocas, pero solamente crece en lugares donde es posible a sus ramas llegar al agua y extenderse sobre su superficie. En ciertos sitios se desarrolla en forma tan compacta que las gaviotas, los patos y las garzas pueden posarse sobre sus hojas. Se encuentra en lugares rocosos poco profundos, bordeando las costas y también en aguas de más de veinte metros de profundidad. Estas cuerdas vegetales llegan a alcanzar una longitud de más de sesenta metros. Las hojas suelen ser de un metro aproximadamente de largo; son correosas y anchas y tienen en su base una ampolla llena de aire que mantiene la planta a flote. A menos que el remero sea experto, es muy difícil deslizarse por entre las algas; una hélice se enredaría en ellas y quedaría inutilizada. Peces y toda clase de fauna marítima menor abundan en estos bosques de algas, que prosperan en todo lugar, salvo donde haya arena y greda. Un pequeño bote o canoa que huye de una tormenta puede encontrar refugio entre un grupo de algas hasta tanto amaine el temporal; pero si bien estas plantas han salvado muchas vidas, también han causado no pocas muertes por haberse enredado en ellas los nadadores, aun estando a poca

distancia de la costa. Los yaganes dan a esta planta el nombre de *howush*, y a un grupo grande y compacto de algas separadas de la costa por aguas profundas lo llaman *palan*. El lugar donde nosotros residíamos en Ushuaia era denominado *Tuschkapalan*, que significa "la isla de algas del pato".

Como esta gente vivía prácticamente desnuda en medio de este clima riguroso, su mejor refugio lo encontraban junto al fuego. Su yesca era la *dunda*, una delicada película membranosa de un hongo terrestre, el *puff ball*. A falta de ella usaban fino plumón de pájaro o nidos de insectos. Estos elementos eran guardados bien secos en una vejiga de foca o de guanaco.

Para encender el fuego usaban piritas de hierro, unas piedras que producían mucho mejor chispa que el pedernal. Estas piritas no eran fáciles de hallar en estas tierras; se encontraban únicamente en un lugar, el Mercury Sound, en la isla de Clarence, donde los yaganes y los alacalufes se mezclaban.

Existe en esa región un puerto resguardado y una senda desgastada, que conduce a un gran depósito de residuos, prueba evidente de que los aborígenes trabajaron allí durante muchos siglos. Los montones de desperdicios son enormes y aún pueden verse grandes masas redondeadas de pirita, de las cuales, con ímprobo trabajo, obtenían su abastecimiento tanto los yaganes como los alacalufes. Los isleños que no podían llegar a Mercury Sound preferían ofrecer buenos regalos a los que poseían las piritas antes que emplear los pedernales, muy inferiores, que conseguían en sus localidades. En realidad, los yaganes rara vez necesitaban estos elementos pues mantenían las hogueras encendidas día y noche; y si un ama de casa por descuido dejaba apagar la suya, pedía generalmente brasas ardientes a una choza vecina antes que encender un nuevo fuego con dunda o pirita. Los niños se apiñaban alrededor del fuego en busca de calor y alimento. Comían mariscos, moluscos, pescados, cangrejos, pájaros y hasta focas, y siempre había algo cocinándose, pues aquella gente no tenía horas regulares para sus comidas ni asignaba un nombre particular a ninguna de ellas. Mientras tenían alimentos a su disposición comían simplemente cuando tenían apetito. También se mantenía fuego dentro de las canoas cuando estaban en uso. No existía casi peligro, pues las canoas filtraban un poco por las costuras y se mantenían siempre húmedas. Se encendía el fuego en el centro de cada canoa sobre una base de arena y césped húmedo. Al llegar al sitio donde se disponían a pasar la noche desde la canoa transportaban brasas o una antorcha encendida, y cuando partían al día si-

guiente o cuando las mujeres se iban de pesca por unas horas, el fuego era nuevamente llevado a la embarcación. Así, excepto en aquellas ocasiones en que los hombres salían de cacería y pasaban la noche fuera de sus chozas, rara vez se necesitaba encender un nuevo fuego.

Algo más debemos consignar sobre los fuegos de estos aborígenes. En los innumerables rincones abrigados a orillas del mar donde las canoas podían ser botadas sin correr riesgos, vivían las familias yaganes en sus chozas. Si se divisaba una vela distante o si ocurría algo inesperado que perturbara a los que habían quedado en tierra, éstos arrojaban ramas verdes o matas a la hoguera a fin de hacer señales con humo negro. Los que se encontraban pescando, al ver la señal, apresuraban su regreso. Así es cómo los primeros exploradores del archipiélago pudieron ver innumerables columnas de humo elevarse a cortos intervalos en kilómetros y kilómetros a lo largo de la costa. Son estas señales las que han dado origen al nombre de esta región: la Tierra del Fuego, aunque también es probable que en algún lugar, al norte de la isla, estuviesen quemando pastizales.

3

La tribu de los onas habitaba en el interior, así como en la parte norte y oriental de la isla principal, pero en ciertas ocasiones, algunos de estos individuos penetraban en la región de los yaganes hasta llegar al extremo este del canal de Beagle. Sus únicas armas eran los arcos y las flechas. Vivían casi exclusivamente de carne de guanaco. Se vestían con las pieles de estos animales y las utilizaban también para arreglar sus refugios.

Los onas eran tan distintos de los yaganes y los alacalufes como lo son los pieles rojas de los antiguos británicos. Los indios de las canoas temían a esta remota y casi legendaria tribu, habitantes de tierras escarpadas, cubiertas de bosques y montañas que ningún hombre blanco había hollado todavía, y a las que hasta los otros fueguinos sólo se habían aventurado a bordear.

Fué mi destino nacer en Ushuaia. Aun de niño me obsesionaba el deseo de recorrer esos bosques, esas montañas que parecían barreras infranqueables, para unirme a las tribus salvajes, de las cuales mis compañeros yaganes me habían contado tan fantásticas historias.

Más adelante, en estas páginas, relataré cómo llegué a realizar mi ambición.

CAPÍTULO IV

NACIMIENTOS DE MI HERMANO DESPARD Y MÍO EN USHUAIA. YEKADAHBY LLEGA A USHUAIA. EL SEGUNDO ALLEN GARDINER. EL ESTABLECIMIENTO QUEDA AISLADO DURANTE NUEVE MESES. NACIMIENTOS DE MIS HERMANOS GUILLERMO, BERTA Y ALICIA. PRESENTACIÓN DEL SEÑOR WHAITS. AUMENTA LA POBLACIÓN EN NUESTRO ESTABLECIMIENTO. CONSTRUCCIÓN DE UN CAMINO. EL NUEVO PUEBLO. YEKADAHBY PREPARA DULCES. LAS BAYAS COMESTIBLES DE TIERRA DEL FUEGO. INDIOS DE POBLACIONES PREHISTÓRICAS FUEGUINAS.

I

A fines de 1874, tres años y dos meses después que mi padre trajera a mi madre a Ushuaia, aumentó la población en nuestro establecimiento. El matrimonio Lewis había regresado a Keppel con sus dos hijitos, pero había sido reemplazado por los Lawrence, que habían tenido dos niños. Mi madre había dado a María, a la sazón de cuatro años de edad, un hermanito. Se lo llamó Tomás Despard y fué el primer blanco nacido en Ushuaia, el segundo, también varón, fué el segundo hijo de los Lawrence. Tres meses después, el último día de diciembre de 1874, vino al mundo el tercer blanco nacido en Ushuaia: era yo.

Otro nuevo y valioso agregado a la población del establecimiento fué mi tía. Era la hermana de mi madre una mujer joven, intrépida, enérgica y activa, de la misma estatura que mi madre y varios años más joven. En cierta oportunidad, poco antes del nacimiento de Despard, se suscitó una discusión en la casa familiar de Harberton, en el condado de Devon, entre las cuatro hermanas solteras Varder sobre la difícil posición en que se encontraba mi madre. Ninguna parecía dispuesta a prestarle ayuda, pero cuentan que Juana exclamó:

—Polly necesita ayuda, si ninguna de vosotras quiere ir, iré yo. Y así fué. Hizo el viaje hasta Montevideo en un barco de vapor; allí trasbordó a otro de vela. Éste la llevó a las Malvinas y, después de una corta estada en dichas islas, finalizó su largo viaje desde Inglaterra hasta Ushuaia en el *Allen Gardiner*, llegando a nuestro establecimiento antes de que yo naciera. A pesar de mi insistente llanto

y de mi voracidad, me tomó bajo su protección como si le perteneciese, y mi madre, tan comprensiva, no intentó disuadirla.

Yekadahby [1] es el término yagán que corresponde a tía materna; su significado literal es madrecita, y eso fué en realidad mi tía Juana para nosotros. Este apodo era tan apropiado para ella que cariñosamente la llamábamos así. Fué, como ya lo he dicho, un valioso aporte en el establecimiento. Había pasado gran parte de su vida en la granja de mi abuelo, en Harberton, y era una autoridad en la preparación de manteca, queso, mermelada y frutillas con crema. Era también experta en la cría de pollos, patos y gansos.

Yekadahby nunca se mareó como mi madre, ni se ponía nerviosa al navegar en el bote velero, aunque hubiese tormenta, siempre que mi padre estuviese en el timón.

2

La pequeña goleta *Allen Gardiner* había prestado buen servicio durante muchos años, pero su conservación implicaba gastos elevados. Eventualmente hubo que reemplazarla por un barco menor que estuviese más de acuerdo con los precarios recursos con que contaba la Sociedad Misionera Sudamericana. Siete meses antes de mi nacimiento realizó su último viaje desde Ushuaia como barco de la Misión y fué vendida al llegar a las Malvinas. Sus nuevos dueños le cambiaron el nombre por el de *Leticia*, y nosotros, a fin de perpetuar la memoria de un hombre valeroso, llamamos *Allen Gardiner* al barco que le sucedió.

El nuevo *Allen Gardiner* era un velero pesquero del mar del Norte de cuarenta y una toneladas. La Sociedad lo compró en Inglaterra y poco después zarpaba para la Tierra del Fuego bajo el mando del capitán Willis, un hombrecillo fuerte, ancho de hombros, de una estatura de un poco más de un metro cincuenta, de bigote y barba castaños recortados de una manera muy personal. Su buen humor y su inacabable repertorio de ocurrentes cuentos provocaban la risa entre nosotros los jóvenes, aun antes de que empezase a hablar. Siem-

[1] Este nombre se lo dábamos únicamente nosotros. No recuerdo cómo la llamaban los yaganes. Mis padres eran conocidos por Tanuwa y Tanuwakeepa respectivamente, tratamiento de respeto que se empleaba (aunque no necesariamente) para personas de edad. A nosotros los hermanos nos llamaban colectivamente Tushcapalanjiz o Ushuaianjiz. No hay duda que debíamos de tener nombres individuales, pero yo no los conozco. El sobrenombre de mi padre era Perro-pescado, quizás por su afilada nariz, y a mi madre la conocían por Rostro-brillante, característica que se consideraba como belleza.

pre estaba alegre, y con un malicioso guiño nos daba a entender que nos comprendía, y que en la lucha contra la irritante tiranía de los mayores simpatizaba con nosotros.

A pesar de sus pequeñas dimensiones el nuevo *Allen Gardiner* era muy marinero. Hizo una buena travesía en su largo viaje al Sur. Parece ser que al cruzarse con grandes barcos los marineros dirigían a gritos comentarios irónicos al hermoso barquito, tales como:

—¿Te ha dado permiso tu mamá para salir?

Estoy seguro de que el capitán Willis, y su segundo el tuerto Carlos Gibbert no habrán sido lerdos en contestar en forma apropiada.

Este cambio de barcos fué causa de que el establecimiento de Ushuaia quedase aislado del mundo por un período más largo que nunca. En otras oportunidades habían transcurrido cinco, seis y hasta siete meses; esta vez pasaron nueve. Mi padre, previó la demora pero, no queriendo incurrir en el gasto de fletar especialmente un barco, dió instrucciones al capitán del primer *Allen Gardiner*, antes de que éste zarpara de Ushuaia en su último viaje en su carácter de barco de la Misión, que aun en el caso de que el velero fuese detenido a su llegada a las Malvinas, ningún otro barco debería ser fletado a Ushuaia antes de diez meses.

Pasó el tiempo. El 19 de marzo de 1875, nueve meses después de la partida de la goleta, escribe mi padre en su diario:

"A las 5 de la madrugada del día 15 fuimos conmovidos con la noticia de que un barco estaba a la vista. Día a día durante las últimas cinco semanas habíamos esperado al nuevo *Allen Gardiner*. Algunos de nosotros comenzábamos ya a inquietarnos por su suerte. No hemos sufrido contratiempos ni necesidades durante este largo período, aunque han transcurrido nueve meses desde la salida del *Gardiner*..."

Pero el barco avistado en el horizonte no era el pesquero del mar del Norte; era el *Leticia*, el antiguo, el original *Allen Gardiner*. La buena gente de las Malvinas, preocupada porque el velero no llegaba y temiendo por la suerte de sus amigos de Ushuaia, había desobedecido las órdenes de mi padre y había enviado la goleta en nuestra ayuda. Quizás haya sido mejor así; nueve meses es un largo plazo.

El velero llegó por fin a las Malvinas y comenzó a hacer viajes regulares entre estas islas y Ushuaia, bajo el mando del valeroso capitán Willis. Durante veinte años consecutivos este eficaz y alegre marino cumplió con su deber al mantener en contacto el establecimiento de blancos de la Tierra del Fuego con el mundo exterior.

3

Mi madre tuvo tres hijos más después de mí. Guillermo Samuel nació cuando yo tenía dieciocho meses; a los dos años y medio nació Berta, y cuatro años después de ella llegó Alicia. Esta niña, la más rubia de todas, y la única que tenía los ojos grisáceos de mi madre, era bien típica del condado de Devon.

De niño Guillermo era pequeño, regordete y lleno de picardía, en contraste conmigo, que era de carácter tímido y de un crecimiento exagerado. Recuerdo perfectamente que siendo Berta aún muy pequeña, una carretilla reemplazó el habitual cochecito, y como nosotros gozábamos de gran libertad en nuestras correrías, esta carretilla sufrió muchos percances. ¡Lo asombroso es que la niña haya sobrevivido! Cuando le llegó a Alicia el turno de pasear en carretilla, sus hermanos se habían hecho más fuertes y más salvajes, ¡su sobrevivencia es aun más extraordinaria!

Mientras tanto, aumentaba la población en nuestro establecimiento. El pueblo iba tomando proporciones. Esta expansión se debió en gran parte al esfuerzo de un hombre, Roberto Whaits. Éste se unió a nuestro grupo con su mujer y su hijita, cuando yo tenía un año poco más o menos. Era un hombre de ojos grises, bondadosos, de cabello y barba canosos y de una estatura de un metro setenta y cinco. Además de ser un ferviente cristiano, muy apreciado por mi padre por su eficiente y concienzuda labor y su agradable compañía, era a la vez hábil carpintero, carretero y herrero. Poco tiempo después de su llegada instaló en el bosque, frente al puente, dos o tres sierras abrazaderas manejadas por yaganes que preparaban madera para el nuevo pueblo.

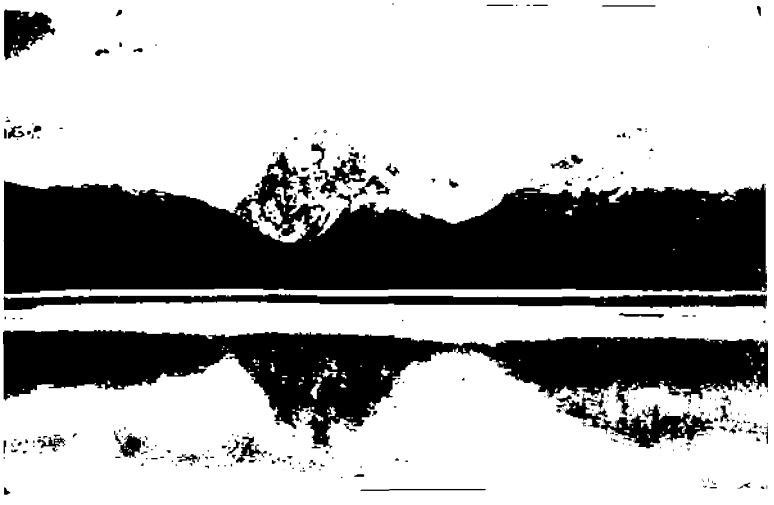
Con gran esfuerzo mi padre, junto con una cuadrilla de indios de los menos civilizados, construyó un camino que corría desde la playa hasta el centro del pueblo, encaramado en lo alto de la loma. A mano derecha de este camino había tres casas de chapa de cinc con interior de madera. Viniendo desde la playa, la primera casa que salía al encuentro estaba ocupada por la familia Lawrence, que se había mudado allí cuando la Casa Stirling había resultado demasiado pequeña para albergar a dos familias. A unos sesenta metros estaba situada la Casa Stirling y a más o menos igual distancia había una construcción llamada el Orfanato, un hogar para niños huérfanos yaganes que estaba a cargo del matrimonio Whaits. Algo más alejada estaba

la casita Stirling, que en aquellos tiempos también se usaba como iglesia, sala de reunión y escuela. Una iglesia más grande, con dos o tres cuartos para el catequista, en un extremo, fué construída algún tiempo después. El fiel y silencioso Resyck dejó Ushuaia poco después de la llegada de mi madre. Además de estas casas había un establo para las vacas y varios cobertizos. Cerca del Orfanato estaban la carpintería y la herrería.

A medida que pasaban los años y que mis hermanos y yo nos íbamos transformando de niños a muchachos era mayor la fascinación que ejercía sobre nosotros la herrería de Whaits. Nos divertía observar las chispas de la fragua y oír el pequeño toque suplementario que seguía a los golpes del pesado martillo. Pero más que todo admirábamos los pantalones que usaba para trabajar. Eran de una especie de pana o fustán que aparte de su delicado olor, producían, al rozarse una pierna con la otra rápidamente, como siempre andaba Mr. Whaits, un sonido especial como el del frotamiento de un cepillo. Nosotros no podíamos imitar ese sonido, *fru-fru-fru-fru*, por más que lo intentábamos, hasta que al fin mi madre casi milagrosamente nos proporcionó ese gusto. Al enterarse del buen resultado de esa tela, mi madre consiguió el mismo material y con la ayuda de nuestra tía y de la máquina de coser, nos confeccionó pantalones a los tres niños. ¡Qué alegría la nuestra cuando descubrimos, después de practicar un poco, que podíamos producir el deseado sonido al andar! ¡Nos sentíamos tan hombres, tan importantes!

Del otro lado del camino había una hilera de chozas de yaganes construídas por ellos bajo la dirección del señor Whaits. Existían también dos o tres casas modelos, habitadas por los más civilizados de los aborígenes. Unas tenían techo de ripia, otras de chapas de cinc; algunas hasta tenían ventanas con cristales. Estas casitas estaban rodeadas de huertos; unas pocas adornaban su entrada con macizos de flores.

Todos los huertos del establecimiento estaban cercados, no como medida de protección contra cualquier invasión, sino para alejar el ganado. Detrás de la Casa Stirling estaba la huerta de verduras y por delante, el jardín, con flores y árboles frutales. Algunos años la cosecha de papas fué bastante buena, otros las heladas tempranas quemaron las plantas. Los guisantes, nabos, zanahorias, coles, lechugas y coliflores daban bien, pero se obtenía poco del huerto antes del pleno verano. En cuanto a la fruta, había fresas inglesas, grosellas, uvas espinosas, frambuesas, todas ellas importadas por la Misión. Pero lo que realmente se daba muy bien era el ruibarbo.



Vista a través del puerto de Ushuaia. Fotografía tomada desde la playa en que mi madre desembarcó por primera vez. El pico cónico es el Monte Olivia.

"Millas y millas de costa sin playas". Cortesía del coronel Charles Wellington Furlong, U.S.A.

Mi padre a los veinticinco años de edad.

En la época de la cosecha de fruta Yekadahby estaba muy atareada haciendo dulces. Lo que no servía para hacer mermeladas se utilizaba para preparar sabrosos encurtidos que duraban todo el largo invierno y la primavera, estaciones en que la huerta no producía nada. Además de la fruta cultivada, ella conseguía bayas silvestres de los campos de los alrededores. Hay varias clases de bayas comestibles en la Tierra del Fuego, pero sólo dos variedades llegaban a nuestra mesa. La que más abunda, la baya espinosa o *Berberis buxifolia*, llamada en yagán *Umush-amaim* (*umush* espinosa, *amaim* baya), la produce el arbusto espinoso calafate; su sabor es parecido al de la uva aunque tiene poco jugo y muchas semillas duras. Su tamaño es mayor que el de la grosella común y su color es azul obscuro. Mi padre la llamaba en su diario la baya dulce. Es uno de los cuatro arbustos del género *Berberis* de la Tierra del Fuego.

¡Qué placer era para nosotros, cuando niños, salir en excursión con Yekadahby en busca de bayas! Además de comerlas junto al árbol hasta que nuestras caras quedaban rojas como la grana, cosechábamos grandes cantidades para hacer jalea y vino. Nunca olvidaré lo excelentes que eran aquellos budines de bayas con crema. También es inolvidable el aroma de sus flores que parecen rosas amarillas en miniatura.

La otra baya que llegaba a nuestra mesa era la fresa silvestre, que no debe confundirse con la que se encuentra en gran abundancia en las regiones andinas de la Patagonia y al sur de Chile. La variedad fueguina es llamada por los yaganes *belacamaim* (que quiere decir baya de lluvia). Abundaban en ciertos lugares, pero sólo por una corta temporada. Son parecidas a las frambuesas, y los pequeños abultamientos que la recubren hacen que cada fruto parezca a su vez un racimo de pequeñas bayas. Crecen dentro de la tierra vegetal o el musgo. Fácilmente pasan inadvertidas, pues uno puede andar por encima del lecho que las contiene sin verlas. El pequeño tallo donde crecen forma un ojal, la estrella verde que las protege está generalmente al nivel del musgo y la fruta escondida debajo. El tallo se inclina al desarrollarse la fruta y la flor mira resuelta hacia el sol. Estas fresas silvestres son deliciosas servidas con azúcar y crema o comidas al natural recién cogidas de la planta; pero en ese distrito rara vez se encuentran en cantidad como para hacer mermelada.

Crecen otras bayas silvestres, además de estas dos variedades, como las grosellas negras silvestres, que tienen rico sabor aunque no es conveniente abusar de ellas por su poder laxativo. Sus flores tienen también un delicioso aroma. Uno de estos arbustos, el más grande de

todos, nunca dió bayas y dedujimos entonces que debía de ser el macho de la especie. La baya más pequeña entre las comestibles es la *sepisa*, conocida en las Malvinas como *diddy-dee*, que crece cerca de la tierra en tal cantidad que la podíamos recoger a puñados y llenar cubos. En la estación apropiada las empleábamos como alimento de los gansos y los pollos, aunque a estos últimos no les gustaban mucho. Debe de haber dos o más especies de estas bayas, algunas de un color rojizo y otras casi negras. Existe también la *shanamaim* blanca (baya de pantano) que casi no tiene tallo y se la encuentra como la fresa, casi enterrada en el musgo, pero sólo en los pantanos.

La última baya que mencionaremos es la *goosh*. Es de interés referir aquí que el cronista de Sir Francis Drake menciona "una clase de uva silvestre" que fué saboreada con gusto por algunos miembros de la expedición al descubrir éstos el cabo de Hornos. No hay duda de que la fruta a que se refieren es la llamada *goosh*, que crece abundantemente en las islas de las costas más lejanas y que madura en primavera, la estación en que estos aventureros desembarcaron y tomaron posesión de dicha isla en nombre de la reina Isabel. La *goosh* es generalmente de color rojo obscuro y la produce un arbusto que a veces alcanza metro y medio de altura. Se encuentra en gran cantidad en las cumbres rocosas, aunque en estos lugares la planta crece más achaparrada. Son, como la *shanamaim*, de textura algo esponjosa con cavidades aéreas internas que les impiden reventar con las heladas de invierno.

Cuando mis primeros años de la Tierra del Fuego pertenecían a un lejano pasado vi en una exposición de flores en Chelsea, Londres, algunos arbustos de *goosh* con sus frutos. El hombre que estaba a cargo de esa sección me dijo que se llamaban *pernettya*, que crecían en los estrechos de Magallanes y que eran muy venenosas. Agradeciéndole la información, recogí con su permiso algunas frutas caídas y ante sus ojos horrorizados me las comí, retirándome poco después. El pobre hombre debió dedicar varios días a revisar la sección necrológica de los diarios en busca de la noticia de mi defunción.

La *goosh*, la *sepisa* y la *shanamaim* eran muy apreciadas como alimento por los yaganes. En Ushuaia era usual, en la estación adecuada, encontrar canastos llenos de estas frutas en las casuchas de los más civilizados de entre ellos y en las chozas de sus hermanos más primitivos en el extremo este del pueblo.

Causa extrañeza comprobar que en aquel lugar primitivo se haya seguido, aunque no deliberadamente, lo que parece ser una regla general en las ciudades: la riqueza y el lujo se sitúan al Oeste mien-

tras que los barrios pobres están al Este. En Ushuaia al Este y al Nordeste estaba el barrio pobre con sus chozas. Las concavidades del terreno eran aprovechadas para levantar refugios cubiertos luego por techos muy precarios hechos con ramas, turbas o hierbas. Cada vez que cambiaba el viento, las puertas siempre abiertas de las humildes chozas giraban hacia sotavento. Todos los desechos, tales como conchas de almejas y lapas y los huesos eran arrojados afuera, cerca de la puerta, y con el correr del tiempo se formaba un cerco protector de más de dos metros de alto alrededor de la hondonada donde vivía esa gente. La naturaleza prestaba su generosa contribución; groselleros silvestres, calafates más lentos en crecer y otros arbustos arraigaban en ese montón de basuras y florecían profusamente. Una hierba alta de hoja perenne y ancha, con propiedad llamada por los yaganes *ucurhshuca* (hierba de la casa, pues solamente crece en ese lugar) mejoraba el aspecto de estas feas chozas, dándoles apariencia de pintorescos cobertizos.

A medida que pasan los años, el trabajo del hombre y de la naturaleza dejan sus marcas indelebles sobre la tierra. En los siglos venideros se verán todavía sobre la costa fueguina vestigios de muchas de estas aldeas primitivas. Los montículos de conchas y huesos que se levantaban cerca de las chozas, y que alcanzaban a veces dos metros y medio de altura, son claros indicios de los lugares elegidos por los yaganes, generación tras generación, para sus viviendas.

Preferían las tierras porosas para agrupar sus chozas, pues en ellas las cavidades rara vez contenían agua a menos que hubiesen caído fuertes lluvias después de helarse la tierra.

En los últimos años, un arqueólogo americano, el señor Junius Bird, hizo excavaciones en estos lugares donde antes existían pueblos. Halló a una profundidad considerable herramientas de piedra y armas mucho más primitivas que las usadas en nuestro tiempo. Llegó a la sensata conclusión de que había ahondado muchos siglos en el pasado y que durante ese período hasta los indígenas habían adelantado en sus conocimientos, lentamente pero sin equivocarse.

CAPÍTULO V

DÍAS Y NOCHES DE PELIGRO. PELEAS ENTRE ABORÍGENES. HATUSHWAIANJIZ ES ASESINADO POR COWILIJ. LOS AMIGOS DE HATUSHWAIANJIZ EXIGEN UNA INDEMNIZACIÓN. MI PADRE ES HERIDO CON UNA LANZA. A TOM POST LE IMPIDEN COMETER UN CRIMEN. HARRAPUWAIAN CONCIBE UN PLAN PARA MATAR A MI PADRE. ENRIQUE LORY PELEA CON DESVENTAJA. CEREMONIAS RITUALES PARA DIRIMIR DIFERENCIAS. MI PADRE TRATA DE EVITAR DERRAMAMIENTOS DE SANGRE Y MI MADRE SUFRE HORAS DE ANGUSTIA. USIAGU ROBA UN CUCHILLO. MEEKUNGAZE SOLICITA LICOR DE FRAMBUESAS. FUEGIA BASKET VUELVE A APARECER.

I

SOBRE el origen y desarrollo de la Misión en Ushuasia, en una serie de conferencias pronunciadas muchos años después, mi padre dijo lo siguiente:

"El idioma de estos aborígenes fué aprendido (en la isla de Keppel) y puesto por escrito. Distintos instructores de la Misión impartieron a los indios instrucción cristiana y enseñanza de las artes de la vida civilizada, logrando pleno éxito. Después de cinco años de ininterrumpido intercambio, durante los cuales los blancos visitaron repetidas veces la tierra de los aborígenes, en la goleta de la Misión, y trajeron a unos sesenta de ellos a vivir una temporada en el establecimiento de la Misión en las Malvinas, consideramos prudente y necesario irnos a vivir entre ellos, en sus propias tierras, a fin de cumplir con más eficacia el propósito de nuestra obra. Nuestro Director, hoy obispo Stirling, fué el hombre valiente que tomó esa iniciativa y la puso en ejecución solo; vivió durante seis meses entre los aborígenes, en una paz relativa, instruyéndolos diariamente y enseñándoles diversas tareas. Después me tocó sucederle; con ese fin fuí llamado a Inglaterra por un período de nueve meses. Desde entonces, es decir en 1869, estos aborígenes han progresado paulatinamente en el conocimiento, en el arte, y en las buenas costumbres de la vida civilizada, tratándonos con todo respeto y observando excelente conducta. La poderosa palanca que operó este cambio fué el conocimiento que llegó a la mente de estos aborígenes en su propio idioma, y la práctica intensiva de las tareas inherentes a la creación de un establecimiento civilizado..."

Durante los quince años que estuvo mi padre a cargo de la Misión en Ushuaia, fué la autoridad suprema; actuaba como juez y como legislador. Al leer su diario o las crónicas de sus conferencias parecería que nunca hubieran ocurrido hechos dignos de ser llamados aventuras. Sin embargo, hubo momentos en que su propia vida, la vida de los suyos y la seguridad del establecimiento corrieron peligro. Pasó muchas noches tormentosas en barcos abiertos en medio de aquellas islas y repetidas veces debió arriesgarlo todo en su afán de perseguir y juzgar a los más turbulentos malhechores.

¡Qué ansiedades no habrá pasado mi madre al enterarse de las feroces peleas de estos indios y al ver salir a mi padre solo y sin armas, con la esperanza, no siempre realizada, de evitar un derramamiento de sangre! Y en ocasiones en que su marido navegaba en una chalupa abierta llevando consigo a uno o dos de sus hijos, debe de haber sentido verdadero terror al oír en noches de tormenta las ráfagas furiosas del viento azotar su casa mientras aguardaba, rezando por la suerte de los navegantes que se retrabasan más de lo debido. En esas angustiosas esperas debió de sufrir mi madre la peor parte, ocultando a los demás sus temores.

Estos viajes de mi padre duraban a veces diez y hasta quince días y no siempre eran apacibles, pues el buen tiempo pocas veces dura en estas latitudes. Tormentas y chubascos se descargan sin previo aviso desde las montañas. Aun antes de cumplir yo ocho años, solía mi padre llevarme consigo. Si el frío era demasiado intenso, me metían dentro de un saco lleno de hierba seca o paja, atado debajo de los brazos. Esta sencilla protección es sorprendentemente eficaz mientras no se humedezca el relleno con la espuma o la lluvia. Recuerdo haberme visto obligado más de una vez a pasar toda la noche a la intemperie, mojado y con frío, sintiéndome sumamente desdichado. Cuando remontábamos de noche el canal de Beagle el barco se nos antojaba frágil y el agua, negra y despiadada. Al mirar por encima de la borda la blanca fosforescencia de la cresta de una ola sentía escalofríos pensando que podía tragarse nuestra pequeña embarcación; pero peor sufrimiento me hubiera causado que me dejaran en Ushuaia.

Mi único consuelo era ver allí a mi padre. Se lo consideraba en general muy temerario, y en alguna ocasión hasta la tripulación de yaganes había rehusado salir con él, pero su serena presencia ahuyentaba mis temores. Creo que nunca era mi padre tan feliz como cuando timoneaba un velero, con la tripulación acostada en la sentina de barlovento para hacer lastre, y con la borda a sotavento casi a ras del

agua. Entonces, empuñando el timón, cantaba de puro gozo. Cuando el tiempo era particularmente malo prefería el *Glide along, my bonny, bonny boat* o himnos como *Fair waved the golden corn. Yes, God is good in Earth and Sky.*[1]

2

Estos eran los riesgos del mar. En tierra también existían peligros. Las frecuentes peleas entre yaganes empezaban generalmente por intrigas, maledicencias, celos por mujeres, o por robos de escondidas provisiones de grasa de ballena. Bastaba que alguien dirigiera una palabra de enojo a un niño ajeno, para que su padre se sintiera agraviado por mucho tiempo. Cuando se enfadaban proferían gritos ante la casa de los contrarios; éstos salían a las puertas de sus chozas y desde allí contestaban los insultos y las amenazas. Muchas veces los histéricos actores, en sus accesos de rabia cabriolaban como caballos pisadores y se pegaban garrotazos. En otras ocasiones los dos grupos muy excitados enarbolaban palos o tiraban piedras, generalmente sin hacer puntería, sólo para demostrar a sus contrarios cómo eran de fuertes y lo irritados que estaban. Una vez el honor satisfecho regresaban exhaustos al seno de la familia, donde oirían quizá elogiosos comentarios sobre la derrota infligida al enemigo.

A veces la lucha se hacía general y volaban piedras y palos. Frecuentemente en estas peleas muchos resultaban heridos, a veces mortalmente. Otras veces había luchas salvajes a puñetazo limpio. Algunos solían tener una piedra tosca no con intención de arrojarla, sino para golpear con ella. Sucedía también que un salvaje le retorcía el pescuezo a otro o le quebraba el espinazo con fatales resultados; en estos casos, el vencedor era maltratado por sus propios partidarios, que sabían por anticipado el perjuicio que esta acción ocasionaría a la comunidad.

En un extracto de carta escrita por mi padre poco tiempo después de la llegada de mi madre a Ushuaia encontramos una buena descripción de un incidente que nos ilustrará, además, sobre las costumbres sociales de los yaganes.

"Una mañana, escribía mi padre, en que todos se apresuraban a ir de *mukka*[2], Hatushwaianjiz, un hombre nacido en Puerto Hueso, estaba en

[1] Canciones populares inglesas e himnos religiosos.

[2] Salir en canoa en busca de grasa de ballena. Los fueguinos obtenían casi todas sus raciones de carne y grasa de ballena, de animales encallados, bien por haber

la choza de Cowilij comiendo unos mariscos. Cowilij, que tenía una mujer joven y era celoso, se abalanzó de repente contra el muchacho y, según la costumbre de aquí, le dobló para atrás la cabeza con la evidente intención de romperle la nuca. El muchacho me dijo que Cowilij lo había lastimado, pero yo no imaginé la gravedad del daño. No sólo le había lastimado el cuello, sino también el pecho. Nosotros no creíamos que muriera, pero aconteció así el 21 de marzo, a pesar de los bondadosos cuidados que le prodigaron aquellos que lo acompañaban en la choza...

"Cowilij regresó con el resto de los balleneros ese mismo día y al enterarse de lo que había ocurrido se escapó al bosque... Parece ser que antes que Cowilij se escapara, llegó la madre de Hatushwaianjiz, y junto con su hijo menor propinaron una buena paliza al asesino. Cowilij escapó solo; sus dos mujeres, una de aproximadamente sesenta años y otra de diecisiete, quedaron. Sin embargo, tuvo que presentarse ese mismo día a repartir su grasa..."

"El 8 de abril llegaron dieciséis canoas con indígenas decididos a vengar la muerte de Hatushwaianjiz. Se me pidió que hablase con aquella gente y prometí hacerlo. Cuando desembarcaron les salí al encuentro para explicarles el asunto y tratar de impedir que atacaran a personas inocentes. Cowilij se había escapado nuevamente al bosque.

"Todos los indios, hombres o mujeres, que esperaban verse complicados en la pendencia, se habían armado con garrotes, lanzas, hondas y piedras. Los vengadores se encaminaron directamente a las chozas donde se encontraban los parientes o personas allegadas a Cowilij, los cuales, según la costumbre fueguina, estaban expuestas al castigo.

"Un grupo se distinguía del otro por la peculiar pintura de la cara; los vengadores la tenían cubierta de puntos blancos sobre un fondo negro; los otros, cruzada por rayas blancas sobre un fondo rojo... Me interpuse entre ellos y cogí del brazo al primero que se adelantó. Les expliqué que no había más que un solo culpable y que éste se había ido; que la muerte del muchacho había ocurrido mucho tiempo después de haber sido golpeado; que luego había sido tratado bondadosamente por todos los que estaban allí y que no había por qué atacar a personas inocentes. Me escucharon un momento y luego se dirigieron al sitio donde estaban esperando los otros indios. Seis de éstos, los principales actores, tenían grandes piedras redondas en las manos. Meakol, por ser hijo de una hermana de Cowilij, era, en ausencia de éste, el principal objeto de atención. Separándose de sus compañeros se presentó ante ellos. Los vengadores se adelantaron hacia él y le tiraron piedras desde todos lados. Meakol con sus manos colocadas contra sus orejas las evitaba saltando ágilmente. Después que hubieron tirado

---

llegado a la deriva hasta la orilla después de haber sucumbido en aguas profundas víctimas de los cazadores de ballenas, bien a causa de sus esfuerzos desesperados por escapar a los feroces perseguidores. Mi padre sólo oyó de un caso en que una ballena fuese muerta por los yaganes; en esa ocasión se empleó toda una flota de canoas y el ataque duró más de veinticuatro horas.

todas las piedras se juntaron los dos grupos. Los vengadores, siempre en actitud amenazante; los otros, listos para defenderse si fuera necesario. Sólo tres personas fueron levemente heridas y después de un gran tumulto y de fingido alboroto, todo terminó, con gran alivio de nuestra parte.

"Los vengadores reclamaron airadamente su botín; los otros, especialmente Meakol, se vieron obligados, para apaciguarlos, a cederles todo aquello que codiciaban y de lo que se apoderaban como si les correspondiera por derecho.

"En lo concerniente a la familia, el asunto estaba terminado, pero Cowilij estaría expuesto durante años a ser atacado, si se encontraba con algún pariente cercano del muchacho asesinado, aunque no llegarían al extremo de atentar contra su vida."

Cuando los ánimos se calmaron y algunos visitantes se hubieron retirado en sus canoas, mi padre fué a su casa y decidió dar asueto por el resto del día. Aún había algunos visitantes pero quedaron como huéspedes, y las cosas estaban ya suficientemente tranquilas como para que mi padre llevara a los leñadores a la orilla opuesta y pasara con ellos el día siguiente en el bosque.

Algo más serio iba a acontecer. Nos avisaron que otro grupo, proveniente del lugar donde vivía el muchacho asesinado, se aproximaba por tierra a Ushuaia. Mi padre abandonó su trabajo y, acompañado por algunos yaganes del establecimiento, se enfrentó con el grupo de encolerizados indios que avanzaba; uno de ellos se adelantó con su lanza y en una violenta arremetida alcanzó a tocar a mi padre en el pecho, con la intención de intimidarlo a fin de que no interviniera.

Mi padre, sin embargo, no se amilanó, y las cosas amenazaban tomar un mal cariz, cuando, afortunadamente, uno de los indios de Ushuaia, que nada tenía que ver con la familia del asesinado, persuadió a los agresores, con algún riesgo de su parte, que abandonasen el proyectado ataque.

En otra ocasión mi padre estuvo muy cerca de perecer. El hecho aconteció en el bosque frente al puerto. Tenía en esa época un perro Terranova que era su compañero inseparable. Uno de los leñadores, un fuerte muchachón llamado Tom Post, a quien mi padre menciona frecuentemente en sus memorias, se distinguía por su carácter violento y pendenciero; era muy poco inclinado al trabajo y sobre no trabajar él se complacía en impedir que los otros lo hicieran. En esta oportunidad mi padre lo reprendió severamente y ya iba a retirarse cuando el perro inesperadamente se abalanzó contra el indio. Mi padre, indignado, arrastró al perro propinándole fuertes puñetazos. Pero después los otros trabajadores le dijeron que había hecho mal

en castigar al perro, pues Tom Post se disponía a matarlo con su hacha cuando fué atacado por el animal.

Tom Post no era en el establecimiento el único indio con inclinación sanguinaria. Harrapuwaian era feo, fuerte y aun entre los yaganes tenía fama de pendenciero; a pesar de tener ya varias mujeres había robado otra a un hombre que le temía mucho. Mi padre, para castigarlo, lo reprobó severamente, y apoyado por la mayoría de los indios lo obligó a devolver su última adquisición.

Harrapuwaian se puso furioso y planeó una venganza. Mi padre fué informado de que el fueguino tenía la intención de presentarse ante la puerta principal de su casa con un hacha escondida debajo de la piel de nutria que usaba. El pretexto que invocaría para llamar a la puerta era pedir una galleta. Tenía la intención de atacar a mi padre de improviso mientras buscaba la galleta, asestándole un golpe mortal en la cabeza.

Con su habitual optimismo mi padre dudó de la veracidad del aviso y pensó que su informante podía tener motivos de rencor contra el acusado o que éste se había estado jactando. Bruscamente se disiparon sus dudas al presentarse Harrapuwaian ante su puerta para reclamar una galleta. Mi padre por toda contestación asió al supuesto asaltante por la muñeca y le dijo:

—¿Por qué viene Ud. aquí con un hacha? ¡Démela!

Sin contestar palabra, el indio se la entregó. El hacha había sido cuidadosamente afilada. Mi padre, después de hablar un rato con Harrapuwaian, se la devolvió recomendándole que en adelante cuando viniera de visita, la dejara en su casa.

3

A diferencia de los onas que viven detrás de las montañas, los yaganes reprobaban el homicidio, y la palabra *walapatuj* (asesino) era entre ellos considerada un insulto. Un yagán podía matar a su adversario en una pelea pero el asesinato premeditado era poco común. Recuerdo un solo caso de un indio que fué acusado de haber cortado, mientras cazaban pájaros, una guasca a la que estaba atado su compañero, haciendo que éste se estrellara desde lo alto del acantilado. Parece que el culpable cometió el crimen para quedarse con la mujer de la víctima; era un indio excepcionalmente fuerte y por extraña coincidencia se llamaba Sassan, palabra parecida a la inglesa *assassin*.[1]

[1] Asesino.

Es difícil que una pelea, aun entre los hombres más civilizados, pueda proseguirse con equidad, y ciertamente la primera pelea que presencié entre los yaganes no era un ejemplo de corrección.

Recuerdo que siendo niño, en Ushuaia, me encontraba sobre el tejado de una dependencia cuando mi atención fué atraída por dos indígenas que disputaban en el camino. Uno de ellos era Lory (bautizado con el nombre de Enrique), un amigo nuestro al que me referiré más adelante. Después de insultarse a gritos, comenzaron a apalearse. Poco tardó Lory en empezar a sangrar; su adversario había introducido en su garrote un afilado clavo, que sobresalía bien puntiagudo. Una muchedumbre enardecida los rodeaba. Lory manaba abundante sangre, su aspecto era lamentable. Entonces apareció mi padre. Difícilmente un escuadrón de seguridad hubiera apaciguado más prontamente el alboroto. Ordenó a los dos hombres encolerizados que cesaran en la lucha, los reprendió con severidad, especialmente al que había usado el clavo. Y reprochó después a los mirones no haber intervenido en esta lucha tan desigual, aunque de haberlo hecho probablemente hubieran sido parciales y la pelea se hubiera generalizado.

Esta lucha fué un asunto puramente personal, sin premeditación. En general los yaganes dirimían sus diferencias de manera ceremoniosa, observando un rito antiguo. El diario de mi padre, con fecha sábado 2 de mayo de 1874, lo describe minuciosamente. Parece ser que había acaecido un accidente a un miembro de la comunidad y se sospechaba que uno de los indios de Ushuaia era el responsable.

"Día frío, de gran calma, anoche heló, escribe mi padre. Hoy desembarcó de diecisiete canoas una cantidad de gente desconocida aquí. Hubo un poco de tumulto y algunos temieron que resultara algo serio. Habían llegado anoche y se instalaron en Hamacoalikirh [1]. Algunas personas oyeron varios *shadatoo*, es decir largos y trémulos alaridos característicos de aquellos que tienen que vengar sangre. No sabiendo qué podía haber ocurrido en otro lado y quiénes podían estar infortunadamente comprometidos, eran muchos lo que sentían inquietud. Sin embargo, antes de que esta gente desembarcara supimos por un hombre que venía en una canoa pesquera que no había nada que temer.

"Los hombres se habían desfigurado con pinturas y carbón. Las mujeres y los niños se quedaron en las canoas, un poco apartados de la costa, y empezaron a moverse muy lentamente. Avanzaron los hombres, muchos armados con cachiporras. Uno de ellos, Lasapowloom (o Lasapa), un

[1] La punta de la península que separa el puerto de Ushuaia del Canal de Beagle. Por sí solo *ikirh* no tiene sentido, pero como afijo significa punta o promontorio.

vigoroso y activo muchacho, actuaba como paladín desafiador. Se adelantó, listo para afrontar al primero y más animoso contrincante del bando contrario. Tanto él como el hombre que le hacía frente lucían una ancha banda blanca desde la barbilla hasta abajo y tenían la cabeza ceñida por una piel de ganso marino con otra banda blanca por encima. El pelo también estaba pintado de blanco. Lasapowloom traía una piedra blanca en cada mano. El contrario, armado de un garrote, se acercaba saltando y haciendo mucho alboroto. Pedía insistentemente que Iacasi [1] lo dejara matar a alguien, como si estuviera sediento de sangre. Levantaba el garrote en actitud amenazadora. Ambos hablaban animosamente dando fuertes voces. Luego Lasapa tiró una de sus piedras en dirección a su contrario a más de un metro detrás de éste y corrió hacia la piedra para levantarla de nuevo. En otro lugar vi a otros dos indios muy pintados que vociferaban y gesticulaban animadamente. Cada uno de ellos rodeaba con el brazo el cuello del otro; ambos meneaban la cabeza. Los demás miraban tranquilamente y luego se dispersaron para dirigirse hacia distintos sectores adonde habían sido invitados.

"Me divirtió mucho, termina mi padre, oír que a Lasapa, debido al papel que desempeñaba, se le llamaba según la costumbre *Towwora* o sea 'Tormenta de viento' y a su contrincante *Tumutowwora* o sea 'Aquel que invita a la tormenta a bracear contra él'."

Pero la ejecución de las venganzas no era siempre una farsa. Un grupo de indígenas tenía sus chozas en un lugar llamado Ushaij, a una distancia de unos cuatro kilómetros del campamento de la Misión, en medio de unas colinas bajas cubiertas de fachinales. En este lugar, situado al sudoeste de la península, cerca de la playa frente al canal de Beagle, alguien había sido asesinado, y nuestros indígenas merecidamente o no eran culpados de este crimen. A mi padre le avisaron que se acercaba por el Oeste y por el Sur la consabida flotilla de canoas y que sus tripulantes no traían intenciones amistosas. Un grupo de yaganes había salido ya de Ushuaia para atacar a los adversarios. Mi padre se apresuró a salir en pos de ellos con la esperanza de evitar derramamiento de sangre, y como pasaban las horas y no regresaba, mi madre no pudo aguantar más la ansiedad. Tomó un revólver, que nunca había usado y que le inspiraba mucho temor, nos encomendó a nosotros, que éramos niños, al cuidado de Yekadahby y del matrimonio Lawrence y se encaminó hacia la sombría asamblea.

A poco más de un kilómetro de la Misión y cerca del camino

[1] Un vocablo genérico que se aplica a focas, pingüinos, albatros y otros pájaros marinos, y también a peces de aguas profundas, que llegaban en otoño persiguiendo al cardumen de sardinetas. Era una época de superabundancia para los aborígenes. La llegada del Iacasi era celebrada con un festival de cosecha que podía durar hasta dos meses.

había una enorme roca; después de haber pasado, mi madre vió acercarse a unos indígenas con sus antorchas primitivas. Aullaban como solían hacerlo cuando había un muerto. Mi madre se dió cuenta de que llevaban un cadáver. Temió que lo peor hubiera sucedido; sus rodillas se aflojaron; ya no podía sostenerse en pie. Uno de los deudos, un yagán llamado Juan Marsh (nombre que le había puesto probablemente algún benefactor de Inglaterra) que hablaba algo de inglés, se adelantó a tranquilizarla diciéndole:

—Él no morir, Mam, él volver mañana.

Le entregó una hoja de papel arrancada de la libreta de mi padre que ella leyó a la luz de la antorcha. En la nota le decía que no debía preocuparse, que había resuelto quedarse a pasar la noche allí donde estaba porque temía que volvieran a pelearse si él se ausentaba.

La comitiva, formada por algunos de nuestros indios de Ushuaia volvía al establecimiento llevando a uno de los suyos a quien le habían quebrado el pescuezo en una lucha salvaje. Después de haber leído con gran alivio la nota de mi padre, mi madre volvió a Ushuaia con los aborígenes.

4

A medida que transcurrían los años iba creciendo nuestro establecimiento, no sólo en tamaño, sino también en la esfera de sus actividades. La influencia moral de la Misión sobre los indios se hacía más notoria. Eran frecuentes los casos de arrepentimiento y de confesión y no por temor al castigo en este mundo o en el otro. Los yaganes viven al día, sin pensar en el mañana; mucho menos se preocuparían por algo que pudiera ocurrirles después de muertos. Mi padre, a fin de atraer a su redil a estos pecadores, nunca los amenazó con los terribles tormentos que les aguardarían en la vida futura; tampoco los mimó o alabó indebidamente, ni mucho menos les dió recompensas por actos de confesión o de arrepentimiento. Sin embargo, estos actos de humildad ocurrían. Un tal Iaminaze vino desde muy lejos a devolver una cacerola que había robado ¡Quién sabe qué luchas internas le habían quitado el sueño a este pícaro antes de resolverse a tomar su canoa, hacer un viaje de varios días y devolver su tesoro!

Es interesante la historia de Usiagu, culpable del robo de un cuchillo. Sobre él escribió mi padre en su diario:

"El viernes por la tarde, inmediatamente después del té, fuí a visitar a varios indios que viven en la playa, conocidos como *paiakoala* (gente de la

playa), nombre que se daba a los que iban y venían para distinguirlos de aquellos otros, mejor considerados, que estaban ya establecidos y tenían sus huertos. Visité la choza de Usiagu, la última de todas. Una de sus tres mujeres tenía un poco de pescado para mí, y yo le pedí a Usiagu que me lo llevara. Así, después de una conversación muy amistosa, llegamos a la casa. Era ya de noche y dejé al indio en la cocina para ir en busca de una luz; volví tan pronto como pude, le di unas galletas a cambio de su pescado y lo despedí. Poco después tuve necesidad de usar el cuchillo y no lo encontré."

Uno o dos días después sucedió el feliz epílogo. Escribe mi padre:

"...Usiagu se acercó a la puerta quejándose de un terrible dolor de estómago. Le hice entrar e inmediatamente empezó a dar violentas arcadas; antes de que yo pudiera acercarme con una luz, me entregó el cuchillo que me había robado el viernes anterior. Aparentó haberlo vomitado; naturalmente, yo no lo creí. Cuando volví a la cocina vi, sin embargo, que las violentas arcadas le habían hecho brotar lágrimas que corrían en profusión por sus mejillas."

Este incidente ocurrió mientras mi madre estaba aún en las Malvinas; mi padre vivía solo en la Casa Stirling, aún sin terminar, con Jacobo Resyck, el único hombre civilizado de la región. Otro episodio semejante ocurrió en esa época. Lukka, uno de los cuatro primeros yaganes establecidos en Laiwaia, vivía entonces con su mujer e hijos y visitaba frecuentemente Ushuaia. En una oportunidad discutió violentamente delante de la Casa Stirling con otro indio llamado Meekungaze y se trabaron en lucha; mi padre se interpuso, hizo entrar a Lukka en su cuarto y alejó al otro. Este último, furioso, no quiso oír razones y se condujo como un loco. Al día siguiente, sin embargo, con el pretexto de que su hijito no estaba bien, Meekungaze vino a hacer las paces y rogó encarecidamente le dieran medicamentos; mi padre le dió jugo de frambuesas azucarado. El indio se alejó encantado. El niño mejoró, por cierto.

5

Se recordará que cuarenta años antes de la fundación de la Misión en Ushuaia el capitán Fitzroy había llevado a cuatro fueguinos de vacaciones a Inglaterra. Uno de ellos había muerto, y los tres restantes habían sido traídos de vuelta a la Tierra del Fuego: York Minster y Fuegia Basket, quienes se habían casado en Wulaia, y el canalla Jimmy Button.

Un grupo de yaganes de la costa exterior entre el brazo sudoeste y la península de Brecknock vinieron de visita a Ushuaia. Estos alisimoonoala, como se llamaba la gente de esa desolada y tormentosa región, miraban despectivamente, quizás con cierta razón, a los wiisinoala (gente de la ensenada), que vivían entre aguas más tranquilas. Los consideraban de menos aguante que ellos e inferiores en fuerza y vigor.

En este grupo de apariencia salvaje estaba nada menos que Fuegia Basket. Mi padre la veía entonces por primera vez y le impresionó como una persona fuerte y sana; era gruesa, de baja estatura y con una boca muy grande, más de lo que es común aun entre los fueguinos. Le faltaban muchos dientes. Cuando mi padre intentó refrescarle la memoria, ella recordó *London* y también a *Miss Jenkins*, que se había ocupado especialmente de ella. Conservaba, además, el recuerdo del capitán Fitzroy y del buen barco *Beagle* y de ciertas palabras como cuchillo, tenedor, cuentas. Cuando mi madre le mostró a sus dos hijos María y Tomás, Fuegia Basket pareció muy complacida y dijo: "Little boy, little girl".[1] Parecía haber olvidado todo lo demás, incluso el arte de sentarse en una silla, pues cuando le ofrecieron una, se acomodó al lado en cuclillas.

Mi padre le habló en yagán y así se enteró que habían muerto a su marido, York Minster, en represalia por el asesinato de un hombre, y que ella se había casado después con un joven de unos dieciocho años que estaba allí a su lado. Ella tenía más de cincuenta años. Esta diferencia de edad era corriente en los matrimonios yaganes; hasta se aconsejaba, no sólo para conveniencia de los hombres viejos, sino también para la de los maridos jóvenes, que disponían así de mujeres de gran experiencia que sabían atender a sus necesidades, aconsejarlos bien, manejar las canoas y ayudarles de muchos modos, en circunstancias en que las jovencitas hubieran fracasado.

Fuegia Basket, mientras estuvo en Inglaterra, había recibido instrucción religiosa, pero ahora aunque mi padre hizo todo lo posible para reavivar sus recuerdos, éstos se habían borrado completamente de su mente.

Había vivido mucho tiempo entre los alacalufes y hablaba la lengua de éstos tan bien como la propia. Exceptuando esta visita a Ushuaia, probablemente no había oído ni una sola palabra de inglés desde el día en que desembarcó en Wulaia como novia de York Minster. Cuando mi padre la encontró, los dos hijos que había tenido con

[1] Pequeño niño, pequeña niña.

Jork Minster eran mayores, pero, con todo, la madre clamaba por ellos. Como todos los alisimoonoala echaba de menos su región natal; una semana después emprendieron el regreso.

Pasaron diez años antes que mi padre encontrara nuevamente a Fuegia Basket. Fué el 19 de febrero de 1883, cuando, en el curso de una expedición hacia el Oeste, se enteró por unos indígenas de la isla London de que ella vivía aún. Fué a visitarla. Debía de tener entonces de sesenta a sesenta y dos años y su fin estaba próximo. Mi padre la encontró muy debilitada e intranquila; hizo todo lo posible para confortarla con las bellas promesas bíblicas en las que él creía tan firmemente.

Finalmente mi padre tuvo que alejarse, pero se fué tranquilo sabiendo que estaría bien cuidada; además de su hija, que la atendía cariñosamente, estaba rodeada de su gente: sus dos hermanos y los hijos de éstos; no le faltaría nada de lo que podría necesitar en esas circunstancias, y era poco probable que fuera víctima del *Tabacana*. El *Tabacana* era un acto de misericordia, que consistía en apresurar el fin de los parientes enfermos, por medio de la estrangulación. Se practicaba abiertamente y con la aprobación de todos, pero sólo en los casos de extrema debilidad o prolongada insensibilidad que preceden a la muerte.

CAPÍTULO VI

LOS YAGANES HACEN REGALOS Y RECIBEN RECOMPENSAS POR SERVICIOS PRESTADOS. EL NAUFRAGIO DEL "SAN RAFAEL".

PERSONAS generosas de Inglaterra nos enviaban regularmente gran cantidad de ropa usada para ser distribuída entre los fueguinos. Algunas prendas tales como zapatos de tacón alto o vestidos para señoras de talle fino no se adaptaban a la constitución robusta de las mujeres yaganas. La ropa útil era distribuída a su debido tiempo entre los indios, que para esas ocasiones se reunían en gran número en Ushuaia.[1]

Aunque mi madre y las otras señoras de la misión hiciesen todo lo posible para adaptar esa ropa, algunas modas extravagantes debieron aparecer en la vecindad. Es asombroso que estas buenas señoras hayan podido además de atender a las necesidades de sus maridos e hijos, reunir continuamente mujeres yaganas y enseñarles a coser, zurcir y tejer.

Una de estas mujeres cayó enferma y, en una de las visitas que le hizo mi madre poco antes de que muriera, aquélla sacó de entre el montón de cosas que le servía de almohada algo que evidentemente apreciaba como un tesoro. Era una bolsita llena de botones de todos colores y tamaños que había juntado en el transcurso de los años y conservaba con celoso cuidado. Ella entregó estos botones a mi madre con el ademán de quien confía algo que no puede llevar en su postrer viaje.

Este acto patético conmovió a mi madre; recuerdo que muchos años después me fué mostrada esta bolsita con todo su contenido.

Otro ejemplo de la generosidad espontánea de los yaganes, sin esperar recompensa, fueron los regalos que envió Jaime Cushinjiz a las señoras de la isla de Keppel.

No hay que pensar que se daban a los fueguinos regalos única-

[1] Relacionado con estas dádivas enviadas desde Inglaterra es interesante consignar el hecho de que un día apareciera un fino césped no originario de la región, que se fué esparciendo rápidamente alrededor del campamento yagán. Mi padre estaba convencido de que la semilla había venido adherida a la suela de unas zapatillas de tennis.

1. Lanzando un arpón. El indio que aparece en la fotografía era un yagán excepcionalmente bien desarrollado, proveniente de la costa. Cortesía del Dr. Armando Braun Menéndez. Fotografía tomada por la Expedición Científica Francesa de 1882.

2. Yagán atando la punta del arpón a la vara. Cortesía del Dr. Armando Braun Menéndez. Fotografía tomada por la Expedición Científica Francesa de 1882.

Fotografía tomada durante nuestra visita a Inglaterra en 1880. De izquierda a derecha: Despard, Will, mi madre, Berta, mi padre, el autor, María.

mente por motivos filantrópicos; a veces los mandaban de Inglaterra para ser distribuídos entre un grupo de indígenas como recompensa por servicios prestados a la tripulación de algún barco naufragado.

Otras de mis primeras impresiones están asociadas a unos cajones que me parecieron enormes y que contenían pequeñas hachas, cuchillos, anzuelos y tabletas grandes de cacao. ¡Qué bien recuerdo cómo mi padre dividía con un serrucho las tabletas de cacao y el entusiasmo con que recogíamos y comíamos el delicioso aserrín!

Mi padre convocó a un grupo de yaganes y distribuyó los regalos entre aquellos que habían traído la noticia de un naufragio, exhortando al mismo tiempo a todos los otros a que hicieran cuanto les fuera posible para ayudar a marinos en peligro. Les dijo que los poderosos parientes y amigos de estos marinos, que habían enviado en señal de gratitud estos regalos tan costosos desde su lejana tierra, podían también mandar una expedición muy diferente, si cualquiera de los indios se portaba alguna vez mal con los marinos de los barcos naufragados. Los yaganes apreciaron las pequeñas hachas y los cuchillos, pero se negaron a usar los anzuelos, pues tenían sus propios métodos para pescar. Como prueba de la eficaz ayuda que podían prestar los yaganes relataré una anécdota, ya que tengo ante mí, mientras escribo, la correspondencia de mi padre referente al hecho.

El cuatro de enero de 1876 el *San Rafael*, barco que debía realizar la travesía entre Liverpool y Valparaíso con un cargamento de carbón, se incendió y fué abandonado al sudeste del cabo de Hornos. La tripulación se lanzó a los dos botes que se separaron desde la primera noche. Veintisiete días después, el bote del segundo de a bordo, con once sobrevivientes, fué recogido por un navío de Nueva Zelandia que se dirigía a Inglaterra. Los náufragos habían sufrido mucho por haber estado tanto tiempo expuestos a la intemperie, y uno de ellos murió.

El bote que llevaba al patrón, capitán Jaime McAdam, con su mujer y otros ocho tripulantes, se dirigió hacia la costa sudeste de la isla de Hoste, no lejos del falso Cabo de Hornos.

He aquí unos extractos del informe que mi padre remitió al gobernador de las islas Malvinas y que se publicó en Londres. Lo escribió el 22 de mayo de 1876 a bordo del *Allen Gardiner* al regresar del viaje cuyos incidentes relata.

"El 22 de abril llegó a Ushuaia desde New Years Sound, un grupo de indios portadores de la noticia de la muerte por hambre de nueve hombres

y una mujer, en un lugar muy peligroso de la costa... Prueba de lo que decían era la ropa que traían puesta y una moneda inglesa que ofrecían en venta. El breve informe dice así: El indio Cushooyif había visto desde su canoa señales de la presencia de extraños en una isla escabrosa. Sin acompañante que le pudiera ayudar, salvo su mujer, tuvo miedo de desembarcar o simplemente acercarse y fué hacia el Este en busca de ayuda. Poco después unos pocos indios, en una o dos canoas, se acercaron al lugar, desembarcaron, caminaron tierra adentro y encontraron un grupo de náufragos de los cuales sólo dos todavía con vida, pero muy débiles, con los miembros rígidos, enflaquecidos y sin poder andar ni tenerse en pie. Los indígenas, enternecidos hasta saltárseles las lágrimas, encendieron fuego para estos dos infortunados; uno de ellos estaba más fuerte que el otro y no había perdido el conocimiento. Los pobres hombres no tenían ni fuego, ni agua, ni comida y su cuerpo estaba en gran parte despellejado. Los indios les trajeron agua, les dieron un *shag* (pájaro del mar) y se alejaron llevándose alguna ropa, pero solamente aquella que encontraron tirada alrededor. Luego supimos que lo que se habían llevado les fué regalado por el hombre a quien dieron de comer y de beber, a quien auxiliaron tratando de enderezarle las piernas y ofreciéndole llevarlo en sus canoas, pero en vano. El hombre bebió dos veces y probó el shag, pero no pudo comerlo pues estaba ya demasiado extenuado y débil como para que la bondad de los aborígenes le fuera de utilidad. A pesar de todo, él les regaló muchas cosas, haciéndoles señas para que se llevaran lo que quisieran. Los fueguinos se fueron entonces, ya que no podían anclar allí sus canoas ni llevarlas a tierra en la costa abrupta y escabrosa.

"Oímos decir que el mal tiempo les impidió volver a la isla durante algunos días y cuando al fin pudieron desembarcar encontraron a todos los hombres muertos. Los indios se llevaron todo lo que quisieron, pero no desnudaron a los muertos."

El *Allen Gardiner* estaba en Ushuaia en esa época; zarpó, pues, inmediatamente hacia el lugar del desastre. Su viaje hacia la costa externa fué extremadamente tormentoso, hasta que encontraron, a cierta distancia del lugar de la tragedia, un refugio seguro donde el velero podía permanecer anclado. Desde allí, mi padre, el capitán Willis, dos marineros y cuatro indios siguieron en bote. Los dos marineros se quedaron en el bote para mantenerlo alejado de la costa mientras que los otros aprovecharon el momento oportuno para saltar a tierra y trepar por las empinadas rocas. Allí encontraron los cadáveres de la mujer y de los nueve hombres.

"Los muertos, escribe mi padre, yacían alineados; algunos habían sido colocados así por sus pobres compañeros; y se cree que luego los fueguinos, dispusieron los restantes cadáveres en la misma forma."

En busca de algún signo para identificar los cuerpos, el capitán

Willis halló cuatro hojas sueltas dentro de una libretita: era una nota escrita por el capitán McAdam, e iba dirigida a Juan Fleming, su yerno, calle Canterbury número, 84, Everton, Liverpool.

"En latitud 54° 30' S, Longitud 71° O, 15 de febrero de 1876 [1].

"QUERIDO JUAN. Cuando recibas ésta tu madre y yo ya no existiremos hemos estado cuarenta y un días en esta isla desolada a una dieta muy estricta tu madre está muy débil y yo estoy casi ciego apenas puedo ver el papel donde escribo. Mi reloj y la cadena de tu madre se las dejo a Willie mi otro reloj para ti y debes usar el anillo de tu madre. Los pendientes para Jessey Mis instrumentos ropa y reloj de oro y tres libras doce chelines para ayudar a mantener a Willie, y espero que serás para él un padre cariñoso y le darás buenos consejos, los muebles para ti hay también dos cronómetros un telescopio un cronómetro de noche marca Webster y un telescopio que tienes que llevar a la oficina puedes ver si hay allí algún dinero que me corresponda si hay tendrá que emplearse para la manutención de Williams y su madre se une a mí deseando que sea un niño bueno y que no olvide a Dios y esperamos que tú y Jessie viváis por mucho tiempo juntos y felices en paz con temor de Dios y ahora os enviamos nuestra última y cariñosa bendición que Dios os bendiga a todos es el sincero deseo de vuestros padres.

"JAIME MCADAM a JUAN FLEMING."

Se halló también un aviso oficial a los marineros instruyéndoles sobre la manera de llegar a Ushuaia y los lugares del archipiélago fueguino en que los aborígenes eran de confianza y aquellos en que era conveniente evitarlos.

El primero de marzo de 1877 se realizó en Londres una reunión de misioneros; en una crónica de la misma aparece el siguiente párrafo:

"El obispo Stirling, que escribe desde Stanley, nos envía la grata noticia de que Su Majestad la Reina tiene el placer de transmitir al reverendo Tomás Bridges y al capitán Willis su más expresivo agradecimiento por la asistencia prestada a la infortunada tripulación del *San Rafael*. Los lectores recordarán que esta tripulación murió por hambre en la península Rous de la isla de Hoste. Por consejo de lord Carnarvon el Comité de Comercio ha ordenado que se entregue una libra a cada uno de los indios que intervinieron en el descubrimiento y auxilio de los náufragos. El obispo, por intermedio del gobernador de las Malvinas, recomienda se entregue al señor Bridges la suma de veinte libras para adquirir los regalos que distribuirá entre quienes, a su juicio, lo merezcan. El gobernador ha hecho suya esta recomendación..."

[1] Al traducir esta carta se ha respetado la puntuación del original inglés.

CAPÍTULO VII

MI PADRE CAE ENFERMO. NUESTRO VIAJE A INGLATERRA. DESPUÉS DE QUINCE MESES DE ESTADA VOLVEMOS A USHUAIA. LA EXPLOSIÓN DEL "DOTTEREL" EN EL PUERTO DE PUNTA ARENAS. EL "ALLEN GARDINER" ES LEVEMENTE DAÑADO, PERO PODEMOS PROSEGUIR EL VIAJE HASTA NUESTRO HOGAR.

SIENDO yo niño de cinco años, mi padre cayó gravemente enfermo; pero a pesar de ello continuó trabajando todo lo humanamente posible. Al fin, sin embargo, se vió obligado a ir a Punta Arenas a consultar al médico de allí, el doctor Fenton. El diagnóstico fué un posible cáncer del estómago. Al saber esto, el obispo Stirling decidió que el enfermo fuese a Inglaterra sin pérdida de tiempo.

A fines de septiembre de 1879 toda nuestra familia se acomodó en el camarote del pequeño velero de la Misión, rumbo a Punta Arenas. Allí nos embarcamos para Inglaterra en el *Galicia*, un palacio flotante de 3829 toneladas, perteneciente a la Compañía Pacific Steam Navigation.

El médico de a bordo, hombre alto, robusto, nos vacunó a todos. Todavía recuerdo con horror esa operación; mis sentimientos hacia el doctor no mejoraron durante el viaje.

Nuestro camarote estaba en la popa del navío; cerca de la proa había algunos pasajeros de tercera clase que parecían alimentarse exclusivamente de patatas cocidas que se les servían con su propia cáscara; los marineros se las traían de la cocina en ollas o baldes, volcaban el agua, la gente se amontonaba alrededor y cada uno tomaba su parte. A pesar de todo, parecían muy alegres y hasta bailaban. Esto era algo nuevo y desconocido para mí. Los yaganes nunca bailaban; sentados, balanceaban su cuerpo al compás de unos cantos monótonos que ni siquiera merecían tal nombre.

Llevábamos a bordo animales y pollos, para ser sacrificados durante el viaje, y también una vaca lechera.

Antes de nuestra partida de la Tierra del Fuego, Juan Marsh, aquel yagán que había tranquilizado a mi madre al encontrarse con ellos en la procesión de antorchas, me construyó un bote de juguete,

obra de su propia iniciativa. Durante el viaje se resolvió que yo, en agradecimiento, le hiciera una abrigada bufanda de punto que debía comenzar en seguida. "Abajo, arriba, abajo, afuera. ¡Qué movimiento más monótono para que un niño de cinco años lo repitiera indefinidamente! Creo que llegué a odiar a Juan Marsh y a su maldito bote. Cuando se me escapaba un punto, mamá o tía lo enganchaban, y, tal vez para animarme, me hacían una vuelta con gran rapidez, pero de haberme ayudado más, hubiera sido perjudicial para mi carácter; debía yo, pues, proseguir solo. Afortunadamente, una bella jovencita de quince años, que no se preocupaba de la formación de mi carácter, al conocer el objetivo de mis esfuerzos, me tuvo lástima, y de cuando en cuando añadía varios centímetros a mi bufanda. Por fin, salvo algunos nudos y unos pedazos desiguales, confeccioné una bonita prenda que orgullosamente regalé a mi viejo amigo al regresar a Ushuaia.

Dos meses después de zarpar de Ushuaia llegamos a Birkenhead. Tuve la impresión de que en ese lugar debía de llover continuamente, pues mientras estuvimos en Liverpool diluvió.

Recuerdo que nuestro padre nos llevó a una estación de ferrocarril donde estaban ensayando una nueva clase de iluminación. La gente decía que era demasiado brillante y sería perjudicial para la vista; yo esperaba sinceramente que la nuestra no hubiera sido ya afectada. Mi padre nos explicó que esta luz era similar a los relámpagos, de los cuales habíamos visto bastantes cuando cruzamos los trópicos; la llamaban luz eléctrica.

Fuimos a la casa de mi abuelo en el condado de Devon, donde conocimos a varios tíos y tías. Recuerdo un gran corral con vacas, cerdos, pollos, patos, gansos y pavos; un huerto, una herrería y el aserradero, que tenía una sierra circular impelida por un molino. Los niños lo considerábamos un lugar encantador.

Un día fuimos a visitar la granja de una de mis tías y de mis primos. Ya oscurecido, regresamos a casa en un coche tirado por un caballito; recuerdo haber tenido la sensación de que las nubes estaban fijas mientras que la luna corría a través de ellas. Esta observación me llenó de gran ansiedad.

Ya en esa temprana edad empezó a acentuarse en mí la extrema prudencia que me caracteriza. Al oír mencionar la palabra tétano, averigüé su significado; alguien me dijo que las personas atacadas no podían ni hablar ni comer y morían lentamente por inanición. Al observar mi madre que yo abría frecuentemente la boca hasta el máximo, me preguntó la razón, y cuando yo se la conté, se rió de

mí y me dijo que al abrir así la boca podía dislocarme la mandíbula y en ese caso el resultado sería el mismo. Acechado por el peligro en ambos casos, no sabía qué actitud tomar, hasta que una tía me quitó el miedo asegurándome que el tétano no atacaba nunca antes de los cuarenta y cinco años.

Mi padre no quiso complacer a los médicos, muriendo como ellos lo habían pronosticado; en cambio viajó dando conferencias por todos lados sobre los indios de la Tierra del Fuego.

Mi hermano Despard y yo fuimos internados en un jardín de infantes y mi hermana María en un colegio de niñas en Bristol.

Después de haber pasado quince meses en Inglaterra, mi padre había mejorado tanto que nos fué posible partir para Ushuaia; el 23 de mayo de 1881 nos embarcamos en el *Iberia*, otro palacio flotante, de 4671 toneladas. Mi hermana María quedó en Inglaterra en un colegio. Los amigos de mis padres insistieron para que los varones nos quedáramos también a fin de recibir una educación apropiada y hasta ofrecieron sufragar ellos los gastos.

Era un serio problema para mis padres; creyeron, sin embargo, que no debían dejarnos, y así fué como regresamos a nuestra tierra natal.

Recuerdo muy poco de nuestro viaje de vuelta, salvo que en algunos puertos de parada vimos zambullirse en el agua a los negros en busca de monedas. El 23 de abril llegamos a Punta Arenas, donde el *Iberia* nos dejó y prosiguió su derrotero remontando la costa oeste.

Al acercarnos al estrecho de Magallanes, divisamos al *Dotterel*, un crucero británico, que realizaba uno de sus periódicos viajes. A poco vimos al *Allen Gardiner* navegando pesadamente por los estrechos. Cuando el *Dotterel* alcanzó al pequeño velero lo llevó a remolque y ambos llegaron a Punta Arenas la noche del 24.

Más de una vez, en su breve y sanguinaria historia, Punta Arenas fué prácticamente barrida del mapa por lo que se podría llamar una combustión interna. En 1842, el antiguo establecimiento penal, un grupo de casuchas rodeado por una alta empalizada de madera, contaba con una población aproximada de seiscientas almas, a pesar de haber sufrido una sublevación de penados. Después de un largo período sin ser visitado por ningún habitante del Norte, un nuevo gobernador había llegado y encontrado el lugar reducido a cenizas y cubierto de cadáveres; no había un solo ser viviente: el lugar parecía haber sido arrasado por una horda de vándalos. Los indios tehuelches de la Patagonia habían completado el saqueo.

Se formó un nuevo establecimiento, y la población alcanzó a unas mil almas, en su mayor parte penados y guardianes. En 1877 hubo

una tercera sublevación, en la que, sin lugar a dudas, cooperaron también los guardianes. Naturalmente, corrió sangre; los sediciosos y los penados, temiendo futuras represalias, se desparramaron en dirección norte hacia la Patagonia, ¡Qué inmigrantes indeseables y de tan mala influencia para los tehuelches! La gran mayoría de los fugitivos fueron capturados; otros, como suele suceder con esta clase de gente, terminaron matándose entre ellos.

Punta Arenas había sobrevivido a este tercer golpe, y cuatro años después se había formado un pequeño pueblo, el más austral del mundo; su población alcanzaba a dos mil almas; contaba con una iglesia, un fuerte diminuto, un barrio de casitas y, naturalmente, la prisión. Este progreso de Punta Arenas se debió al movimiento de barcos, de la línea P.S.N.C., que efectuaban al menos cuatro viajes mensuales tocando dicho puerto, procedentes ya sea del Este o del Oeste. Era casi el único sitio en toda la Patagonia donde los tehuelches podían negociar sus cueros y plumas. Y además, y no tal vez, lo más importante: fué en esa época cuando por primera vez se mencionó el vocablo mágico: Oro [1].

Nos alojamos en casa de unos viejos amigos de mi padre; nuestro dormitorio, situado en el piso superior de la casa, daba a la fachada principal, y a través del campo abierto se divisaba el mar.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, viendo que el velero de la Misión estaba anclado en el puerto, mi padre y mi tía fueron temprano a bordo a desayunarse con el capitán Willis. Mientras tanto, el *Allen Gardiner* fué amarrado a un casco viejo para ser cargado; el *Dotterel* fué anclado allí cerca.

Los cuatro niños: Despard, Will, Berta y yo estábamos en el dormitorio con nuestra madre observando el movimiento del puerto, cuando, de repente, a las nueve de la mañana, se produjo una terrible explosión; seguidamente, se abrieron de par en par nuestras ventanas y una nube inmensa de humo negro salpicada por lenguas de fuego y formas humanas lanzadas al aire, ascendió al cielo. ¡Ante nuestra vista horrorizada el buque de Su Majestad *Dotterel* había estallado!

Hubo un silencio de muerte en el puerto, y durante algún tiempo el humo lo cubría todo con una sombra oscura; nosotros forzábamos la vista para ver el *Allen Gardiner*, temiendo que hubiera corrido

[1] La apertura del Canal de Panamá perjudicó mucho a Punta Arenas, pues desvió la ruta de navegación hacia ese puerto. La exportación de lana y carnero congelado le devolvió su perdida prosperidad; en nuestros días los trabajadores de esa región son los mejor pagados y los más descontentos de todo Chile. La población en 1946 era aproximadamente de 35.000 habitantes.

la misma suerte que el otro barco. Al fin se desvaneció el humo; allí estaba anclado nuestro pequeño velero tan seguro como antes. Sus dos chinchorros se alejaban rápidamente de su lado; otros botes salían de la costa también en dirección al lugar donde momentos antes descansaba plácidamente el hermoso crucero.

Doce hombres fueron sacados del agua; el bote de la Misión recogió a cuatro de ellos; todos resultaron ser oficiales. Entre ellos estaba el capitán, que fué llevado al camarote del *Gardiner*, donde le dieron algunas ropas. Debido a su gran estatura, su cabeza chamuscada dejó manchas negras en el techo del camarote. Ulteriormente, el camarero nos enseñó estas manchas a los niños, que las miramos con cierto temor. Ni las ropas del capitán Willis, ni aun las de mi padre le hubieran servido.

El capitán, que se estaba bañando cuando ocurrió la primera explosión, se había tirado al mar pasando por el ojo de buey. Cuando apareció en la superficie, se produjo la explosión definitiva; algunas llamas llegaron a chamuscarle el cabello. Al enterarse de la pérdida de sus hombres y de su barco, y darse cuenta de que él estaba vivo y sano, el pobre hombre se echó a llorar. Varios trozos sueltos de metal habían caído sobre la cubierta del *Allen Gardiner*, mellándola en parte; también el casco presentaba abolladuras producidas por la fuerte marejada que sacudió todos los barcos, al producirse el hundimiento del *Dotterel*.

En memoria de unos doscientos hombres que fallecieron aquella mañana, se colocó una piedra en el cementerio de Punta Arenas.

El 27 de abril zarpamos de dicho puerto en el velero de la Misión, de 41 toneladas, pero en vez de llegar a Ushuaia en pocos días (una vez se hizo el viaje en sesenta horas), tardamos diecisiete días. Mi padre, que no era dado a exagerar en materia de tiempo, explicaba, en una carta dirigida al comité, que la razón de nuestro retraso estribaba en el "tiempo excepcionalmente malo, con fuertes vientos de frente, nieve y cellisca constantes" y que "una noche oscura y tormentosa con violentos chubascos nos impidió llegar al puerto obligándonos a esperar el día inquietos en alta mar".

El capitán Willis da en su informe una descripción mucho más gráfica de las dificultades pasadas: "Cegados por el granizo y la nieve, con velas doblemente rizadas, el mar estaba tan agitado y las ráfagas eran tan fuertes, que tuvimos que virar el barco y buscar refugio en el canal de Cockburn. La oscuridad reinante nos impidió encontrarlo y tuvimos que seguir navegando a sotavento entre las rocas de Kirke hasta las diez horas de la mañana siguiente."

Descubrimos, en esos momentos de ansiedad, cómo se las arreglaba el capitán Willis para mantener recortado su erizado bigote y su barba. Ferozmente arrancaba, masticaba y aparentemente tragaba tanto de ellos como su lengua podía alcanzar. Nunca se le vió escupirlo después, por lo que le deseamos buena digestión.

Aunque era un hombre diminuto, cuando bajaba con mi padre a estudiar el mapa parecía, vestido como estaba con un gran capote encerado, chorreando agua, llenar el pequeño camarote. Nosotros admirábamos tanto su vestimenta como su expresión resuelta, y no hay duda de que la compañía de mi padre, con su ponderada calma, le servía de sedante para sus alterados nervios.

El 14 de mayo llegamos de vuelta sanos y salvos a mi tierra natal.

CAPÍTULO VIII

DISCIPLINA FAMILIAR. AVENTURAS JUVENILES. DESPARD RECIBE UNA ESCOPETA. JUEGOS CON NIÑOS INDÍGENAS. MÉTODOS YAGANES PARA PESCAR Y PARA CAZAR PÁJAROS. EL OBSEQUIO DE LEELOOM. SE LLEVAN CONEJOS A LAS ISLAS DEL CANAL. CACERÍAS, CON PERROS, DE NUTRIAS DE MAR Y GUANACOS.

I

A pesar de varios meses de estada en Inglaterra, en un ambiente que nos era extraño, poco tardamos, al volver a Ushuaia, en reanudar nuestra vida habitual.

Papá y mamá eran los mejores padres del mundo. Mi madre supo educarnos muy bien desde nuestros primeros años, pues la obediencia instantánea nos era natural a todos. Recuerdo a mi padre cuando le decía:

—Nunca digas a los niños que se den prisa. El solo hecho de que tú los llames o los mandes a algún lado debe bastarles para ir o venir lo más rápidamente que puedan.

Idolatrábamos a nuestro padre, aunque no dejábamos de temerle, pues, si bien nunca castigó con violencia a ninguno de nosotros, tenía una costumbre que no aprobábamos: cuando consideraba que una reprimenda era insuficiente nos condenaba a pan y agua hasta por un día entero. Otras veces se nos castigaba con servicios penales y trabajos forzados. Éstos consistían en llenar cubos de piedras en el huerto o escardar o recolectar patatas, durante las horas que hubieran debido ser de recreo. Creo que lo que más me dolía era la condena a pan y agua, pues era yo muy comilón.

Mi madre era demasiado buena esposa para darnos comida o consuelo cuando estábamos en penitencia, cualesquiera que fuesen sus sentimientos, pero su modo triste de mirarnos, en estas ocasiones, era más castigo para nosotros que el pan y agua. No nos obligaban a comer sin apetito, pero el alimento despreciado en una comida, con seguridad, aparecía en la comida siguiente en el plato del desdeñoso. El criminal debía estar de buen humor en estas tristes ocasiones y tomar parte en la conversación general, sin mostrarse ceñudo ni enojado. Este sistema era por cierto desagradable para el resto de la

familia, pero no tanto como saber que en el cuarto vecino alguien que uno quiere está sufriendo otra clase de castigo.

Cuando deseábamos algo especial, solíamos confiarlo a nuestra madre, quien, si lo encontraba razonable, o bien nos animaba a pedirlo directamente a nuestro padre o bien lo gestionaba ella misma, generalmente con éxito.

Nuestro padre nos daba muchísima libertad y se abstenía de recomendarnos continuamente que no nos mojásemos, ni fuésemos imprudentes. Estábamos obligados a estudiar cuatro horas por día además de trabajar en la huerta o cortar y llevar leña para el fuego, pero del resto del tiempo, siempre que no estuviésemos castigados con servicios penales, podíamos disponer a nuestro antojo.

Despard poseía herramientas de carpintería que guardaba celosamente en orden perfecto y con las cuales hacía botecitos, marcos para retratos y, más adelante, artículos útiles para el hogar. Nunca quedaba satisfecho con su obra; buscaba siempre perfeccionarla.

Will era un muchachito resuelto, activo e intrépido. Trepaba a los árboles, subía a las garitas o a las crucetas de las goletas ancladas en el puerto y hasta se encaramaba a la punta de un mástil. Recuerdo que realizó una vez la hazaña de Blondin, pues dió la vuelta a un barco por las amuradas, sujetándose con las manos sólo para atravesar las escotillas. Era sumamente independiente y no me tenía ningún respeto a pesar de la diferencia de edad y tamaño. Si hubiese querido castigarlo por su propio bien, amén de ser presa difícil de capturar, habría tenido que vérmelas también con Despard. Will tenía otra ardiente defensora, la pequeña Minnie, la hija menor de los Lawrence. Cuando Will y yo nos preparábamos para hacer alguna travesura, Minnie nos observaba detrás de los cristales de una ventana y su mirada seguía siempre a Will; a mí no me manifestaba ninguna conmiseración si llegaba a ser vencido en una pelea, ni tampoco admiración si resultaba vencedor. Así es que Will siguió sin freno alguno su mal camino.

En una ocasión me empujó desde la galería de la Casa Stirling sobre los arbustos de grosellas espinosas que crecían abajo. Mis gritos de dolor y de rabia atrajeron la atención de mi madre, que lo reprendió severamente diciéndole:

—Podías haber muerto a tu hermano.

Esto causó una impresión duradera en el chiquilín, quien, a menudo, cuando se creía a salvo sobre una rama alta o el techo de algún cobertizo, se mofaba gritándome:

—¡Ja, ja, ja!, te podía haber muerto si hubiera querido. Lo ha dicho mamá.

¡Will era realmente terrible!

Uno de nuestros sitios preferidos para jugar, en esos lejanos días, era un pantano. El puerto interior de Ushuaia tenía muy poca profundidad. Con marea baja más de la mitad era una superficie barrosa cubierta de algas podridas y restos de cardúmenes de sardinetas encallados, en estado de descomposición. Al bajar la marea, esta mezcla de elementos despedía un gas de fuerte olor, que los científicos modernos llaman, según creo, ozono. Avanzando más de un kilómetro hacia el Oeste desde la ensenada norte, que formaba el puerto interior, había un gran pantano, cubierto por una excrecencia esponjosa llamada *shana* por los indios; se formaban charcos, y en él desembocaban innumerables arroyuelos que serpenteaban hasta perderse en la ensenada. En esos charcos y arroyuelos había pececillos del tamaño de los boquerones, llamados en lengua indígena *yeemush*. Solíamos pescarlos con redes de arpillera de tejido abierto. Además recogíamos en el pantano huevos de pájaros, escarabajos o imaginarios tesoros. A veces encontrábamos nidos de patos, aunque, por lo general, el lugar ya había sido recorrido por algún yagán de mirada de lince. Estas correrías nos dejaban invariablemente en un estado lamentable de suciedad; un enérgico baño en una bañera de madera frente a la cocina familiar se hacía imprescindible antes que nos fuera permitido meternos en cama.

2

Íbamos creciendo y, después de pasar por las etapas del arco y las flechas, de las hondas y las catapultas, nos dieron a los varones rifles *Star* de aire comprimido, que recibimos con gran alegría. Miles de gorriones, pinzones y hasta algunos zorzales venían del bosque vecino a picotear nuestras fresas y grosellas, así que se nos permitió perseguirlos por dañinos. Cuando traíamos bastantes, bien desplumados y limpios, mi madre o mi tía hacían con ellos un delicioso pastel que nos sabía aun mejor por ser producto de nuestra caza. Otras veces hacíamos un festín asándolos, nosotros mismos, en una fogata fuera de la casa.

Así aprendimos desde muy niños a manejar el fusil y también a acechar la caza. Despard nos aventajaba pues era muy hombrecito para su edad, mientras que yo era todo lo contrario. Armado con la escopeta que nuestro padre le regaló en su décimo cumpleaños y

seguido de cerca por mí, su fiel secuaz, recorría la región en un radio de cinco o seis kilómetros, en busca de caza, con preferencia patos y gansos.

En verano hay en estas regiones cuatro clases distintas de gansos, y muchas de patos, sin contar pitorras, tijeretas, perdices, y otras aves lo suficientemente escasas y salvajes para hacer de su caza un deporte interesante. Nunca en mi vida me he sentido tan orgulloso como cuando llegaba a casa, en pos de este gran cazador, cargado con una variedad de aves convenientemente clasificadas por especies.

Además de jugar y cazar por nuestra cuenta, se nos permitía convivir con los yaganes. Sus juegos eran sencillos, pero requerían gran habilidad. A veces, al atardecer, un chico indio corría arrastrando una vieja canasta del tamaño aproximado de un casco de acero aunque mucho más profunda; nosotros, con arpones, tratábamos de perseguirlo y acertar en el movible blanco. Llegamos a ser bastante diestros en este juego que nos divertía muchísimo.

Algo que nunca conseguimos hacer fué arponear peces en el agua. Muchas veces he remado mientras un yagán de pie, en la proa, con su arpón en la mano, seguía la leve oleada producida por un pez que nadaba a buena distancia de la superficie; cuando el arpón hería el agua, la refracción me hacía creer invariablemente que había errado el golpe, pero allí estaba el pez, quizás tan grande como un salmón, traspasado y debatiéndose sin esperanza en la punta del arma.

Para cazar pájaros y pescar, los yaganes usaban arpones de punta de hueso, a veces de más de treinta centímetros de largo, con muchas barbas como se ve en la fotografía frente a página 80. Para despegar mariscos, lapas y a veces para buscar cangrejos, usaban arpones de madera de cuatro puntas firmemente unidas a la vara. Pero para caza mayor utilizaban un gran arpón de hueso de cuarenta centímetros de longitud, provisto de una enorme púa y fijado en una ranura, medio suelta, en el extremo de una sólida caña de unos cinco metros de largo, bien pulida y terminada en punta. Al arpón estaba atada una correa firmemente sujeta a la caña a la altura del tercio de su largo, del lado de la púa, de manera que cuando el arma entraba en el cuerpo de la foca, de la marsopa, y alguna vez en el de una ballena diminuta, y el animal se lanzaba hacia adelante, la caña se soltaba y, arrastrada por la correa, giraba formando ángulo casi recto con la dirección en que nadaba la víctima, cuya velocidad, por consiguiente, se reducía mucho y permitía al perseguidor alcanzar en su canoa al exhausto animal y atravesarlo con otros lanzazos que ponían fin a la lucha.

Los ardides que usaban los indios para obtener alimentos eran diversos e ingeniosos, variaban mucho según la época y el lugar. Sólo tengo espacio para describir algunos.

Un sistema para cazar *alacush*, pato a vapor, una enorme ave que pesa a menudo más de diez kilos, era el siguiente: el hombre construía una enramada o simplemente se escondía entre los matorrales, en la playa, a la entrada del bosque. Cuando veía pájaros cerca, si no tenía uno que le sirviera de señuelo, imitaba con exactitud el grito del ánade repitiéndolo hasta que los otros, llenos de curiosidad, se acercaban más y más; el cazador tenía una caña fina y larga provista de un lazo corredizo en la punta, que usaba con destreza; no pasaba mucho tiempo sin que alguno de los pájaros metiera en el lazo la pata o la cabeza y quedara preso. Los demás se asustaban, pero al oír de nuevo al pájaro señuelo y no ver enemigo alguno, su curiosidad insatisfecha les hacía volver, y así caían nuevas víctimas.

Los indios tenían una ingeniosa manera de atrapar corvejones. Ataban en estacas cortas unas cañas de pescar cuya carnada era un pececillo; sabido es que aquellos pájaros los engullen empezando invariablemente por la cabeza. Sólidamente atados a la carnada o dentro de ella, cerca de la cola, ponían tres o cuatro trozos de madera dura de unos cuatro centímetros de largo, con acerada punta, colocados hacia atrás y algo hacia afuera. Estas púas se cerraban al ser tragadas junto con la carnada; el infortunado animal, al sentir el cuerpo extraño, trataba de vomitar la presa sin conseguirlo, pues las finas puntas entonces se abrían y se clavaban en su garganta.

Otro medio de cazar estas aves consistía en acercarse en la obscuridad de la noche a los acantilados donde dormían. Los indios cubrían previamente el fuego en su canoas y preparaban teas de corteza; de repente las encendían al mismo tiempo que destapaban las fogatas. Las aves, súbitamente despertadas de su profundo sueño, caían encandiladas al mar, donde los ocupantes de las canoas mataban cuantas podían.

Existía un tercer método; antes que los corvejones volvieran al lejano islote donde se reúnen en gran número para pasar la noche, dos o más yaganes se escondían allí entre las piedras, provistos de agua fresca y leña por si a causa del mal tiempo (pues siempre se elegía tiempo nublado o lluvioso) no pudieran volver las canoas a buscarlos al día siguiente. Caída la noche y congregadas las aves, salían los hombres de su escondite con las mayores precauciones. Cogían a un desprevenido durmiente por las alas y con ellas, para evitar todo ruido o grito, le apretaban la cabeza, mordiéndosela hasta

matarlo. Repetían la misma operación con otro y otro, hasta que por alguna torpeza cundía la alarma y las aves levantaban el vuelo. Estos corvejones duermen muy profundamente, con la cabeza debajo de las alas; a veces pueden atraparse de esta manera centenares. He oído decir que algunos fueguinos estuvieron retenidos durante varios días en estos peligrosos islotes donde se congregan las aves acuáticas, pues las malas condiciones del tiempo no permitían a las canoas volver en busca de ellos.

Las mujeres tenían métodos propios para pescar. Usaban sedales hechos con sus propios cabellos trenzados; cerca de la carnada ataban a la caña una piedra perfectamente redondeada con un pequeña ranura hecha ex profeso para sujetar la línea. Ni mi padre ni yo vimos nunca a los indígenas labrar estas piedras, ni les oímos decir que lo hicieran en nuestra época; probablemente, anteriores generaciones de aborígenes deben haberlas dejado en tal cantidad en las chozas abandonadas que resultaba innecesario el enorme trabajo de tallar nuevas piedras.

La canoa, sólidamente amarrada a una mata de algas, tenía una borda casi al nivel del agua, sobre la cual las mujeres tendían sus cañas. Usaban como carnada colas de pececillos, y una vez engullida por la infortunada víctima, la caña era recogida sin sacudidas. Inconsciente del peligro y sin querer abandonar su alimento, el pez se prendía en él, y en cuanto estaba a algunos centímetros de la superficie la diestra mano de la pescadora lo agarraba y lo depositaba en la cesta destinada a ese objeto. Se le sacaba la carnada de la boca y se echaba nuevamente el anzuelo a la espera de otra víctima.

Para atrapar peces como el pejerrey y el róbalo tenían otro sistema, en el que participaban todos los indígenas con gran alegría. Durante la pleamar esos peces se internan en las angostas ensenadas, que abundan en la región; cerca de donde desembocan hay murallas de piedra construídas por los antiguos moradores del país, interrumpidas por espacios en el centro. Estas murallas están a un metro poco más o menos por debajo del agua durante la marea alta. Días antes de la pesca los indios recogen gran cantidad de ramas, y cuando el agua sube, con mucho cuidado para no alarmar a los peces, las colocan tupidamente sobre las murallas y las sujetan con piedras. El agua pasa a través de las ramas al bajar la marea; en el centro de la muralla siempre hay una brecha que obstruyen con una red de fibra o con ramas. Los peces, impedidos de avanzar, buscan para huir la falla en la barricada, pero allí un indígena los espera con su arpón para impedirles escapar. Por este procedimiento puede obtenerse una

tonelada o más de pescado de una sola vez, pero pasará mucho tiempo antes que tal cantidad de peces se junten de nuevo en la misma ensenada.

Dos clases de anguila-congrio se encuentran en las cavidades de las lagunas que se forman en la playa en la marea baja; los indios las localizan por los desechos de sus comidas en la entrada de sus cubiles. Meten en ellos los arpones buscando al animal, el cual hace frente al enemigo; los pescadores repiten el golpe hasta que los sacan finalmente con la cabeza atravesada por el arpón. Donde se encuentra uno hay seguridad de encontrar al compañero. Estos peces, desprovistos de escamas, sólo viven en sus cubiles en verano, probablemente para cuidar a sus crías. Son gordos y proporcionan buen alimento.

Dos especies de caracoles viven entre los lechos de algas alimentándose con las hojas de estas plantas. Pueden cambiar de lugar a voluntad y se mueven a sacudidas abriendo y cerrando alternativamente sus valvas, que son semitransparentes. Son muy sabrosos. La especie más importante es la llamada *shaapi* por los yaganes. A veces se encuentra en grandes cantidades, pero durante largos períodos escasean mucho.

3

En 1880, un grupo de señoras, en su mayor parte de Lee, cerca de Gosport, hizo una colecta para regalar a mi padre una embarcación. Llegó a su debido tiempo a Ushuaia un hermoso bote ballenero de nueve metros de largo, cincuenta centímetros más que la ballenera americana. Era la mayor de su clase que habíamos visto. Tenía una orza de deriva y amplia manga con capacidad para dobles o triples bancos de remeros. Estaba provista de cinco largos remos y un sexto aun más largo para timonear, el que podía ser sustituído por un timón de caña o yugo. Tenia además un mástil con vela mayor y foque. Se le bautizó con el nombre de *Leeloom*, que significa en lengua yagán venido de Lee.

El obsequio del *Leeloom* fué muy apreciado por mi padre y le prestó innumerables servicios. Lo utilizaba con frecuencia para visitar establecimientos yaganes apartados. Generalmente Despard y yo lo acompañábamos; así fuimos aprendiendo a manejar un barco velero lo mismo con mar tranquilo que con mar borrascoso.

En algunos de estos viajes mi padre llevaba otra clase de pasajeros. En el canal de Beagle y en otros aun más australes existen innumerables islas, casi todas rocosas, pero, sin embargo, con abundante maleza,

hierba y apio silvestre. Mi padre tuvo la idea de llevar allí conejos a fin de que sirvieran de buen alimento a los aborígenes o a los náufragos de buques que eventualmente encallaran en sus costas. Los trajo de las Malvinas y tuvo sumo cuidado de que no escaparan a la isla principal; tampoco los soltó en las islas más grandes del canal por temor de que resultaran una plaga para los futuros granjeros. Pero en todas las islas pequeñas que le parecían apropiadas desembarcaba dos o tres parejas. Allí donde encontraron buena tierra arenosa y vegetación suficiente los conejos prosperaron y se multiplicaron en cantidad. Algunos años después, el crucero de Su Majestad Británica *Sirius* ancló frente a una de estas islas, y la tripulación entera del barco descendió a tierra en dos grupos en días consecutivos. La caza de los descendientes de las dos parejas de conejos dejadas allí por mi padre les proporcionó un saludable ejercicio; cobraron más de seiscientos, uno para cada hombre del barco.

En otras islas los resultados no fueron tan espectaculares: sea porque los conejos fueran devorados por las aves de rapiña, antes de que llegaran a multiplicarse; sea por el suelo demasiado húmedo o pedregroso para sus madrigueras; sea porque los indios los cazaran con sus perros hasta exterminarlos.

Los perros de los yaganes eran pequeños, de otra manera no hubieran sido apropiados para acompañarlos en sus travesías en canoas. Quizás por esta razón los perros yaganes eran poco más o menos del tamaño de un foxterrier grande. Pero eran fuertes, feroces y de una raza muy mezclada; algunos mucho más lanudos que otros. Todos tenían orejas puntiagudas y parecían el producto raquítico del cruce entre un perro de policía y un lobo. Casi todos eran blancos, negros, o grises; muy pocos eran castaños. Indisciplinados, poco dóciles, peleadores, aunque temerosos siempre de recibir un golpe, se acomodaban con la familia cerca del fuego o se acurrucaban entre los niños en las canoas a veces repletas.

En algunos lugares de la expuesta costa, donde el suelo está abonado por algas y otros desechos del océano, hay matorrales favorecidos por la copiosa humedad y azotados por los continuos vendavales. Son a menudo tan espesos que una persona puede andar sobre ellos y llevarse una sorpresa cuando, después de andar treinta o cuarenta metros desde la playa, sobre lo que parece ser un mullido y tupido césped, descubre que está andando en realidad sobre copas de árboles a más de dos metros del suelo. El equívoco se justifica por el musgo y las hierbas crecidos en las ramas de los árboles mientras éstos luchan por elevarse buscando la luz. En estos espesos matorrales, cuyo suelo

es inadecuado para madrigueras se esconden las nutrias de mar, de carne y piel muy apreciadas por los yaganes. Los perros se meten afanosamente en ellos para darles caza. La nutria es fuerte, pero sólo se siente segura en el agua. El indio, que calcula por los agitados ladridos el lugar por donde saldrá del matorral, la arponea o la hiere con un palo, y aunque la víctima consiga llegar al agua, como está sin aliento, su primera zambullida será corta y es nuevamente arponeada al salir a la superficie para respirar.

En los sitios donde la costa no era demasiado abrupta y las canoas podían navegar cerca de ella, los perros corrían a menudo por la playa con la esperanza de encontrar algo para comer; podían levantar un pájaro, o una nutria y hasta algún guanaco; en la persecución de este último los perros eran perseverantes y feroces, pero rara vez le daban caza a menos que la nieve fuera abundante y estuviera recubierta por una capa de hielo que pudiese soportar el peso de un perro pero no el de un guanaco. Cuando tenían al animal acorralado, los perros no se tomaban el trabajo de matarlo; la hambrienta jauría empezaba a devorarlo vivo y los indios debían apresurarse si querían participar de la presa.

En algunos lugares del canal de Beagle y de la isla de Navarino la selva espesa tapiza las laderas de las montañas desde la zona nevada hasta el nivel del agua alta, y en invierno los guanacos se ven forzados a buscar su alimento en estas espesuras. Los árboles pesados caen generalmente barranca abajo, pocas veces quedan atravesados; por eso es más fácil, en las partes cubiertas de bosques, subir y bajar por esas montañas que andar por las laderas. En invierno, cuando hay mucha nieve, los aborígenes desembarcan sus perros en esos lugares y los asustados guanacos comienzan a escalar los cerros llevándoles una buena ventaja. Pronto, sin embargo, la nieve se hace más espesa, y los animales, no pudiendo seguir adelante, descienden la ladera a toda velocidad hasta llegar a la playa; pero algún promontorio rocoso les cierra el camino, y deben elegir entre escalarlo, repetir su reciente experiencia o lanzarse al agua. Los guanacos son buenos nadadores y a menudo eligen esto último; decisión que les resulta fatal, porque las canoas están próximas y muchos son arponeados por los contentos indios.

A diferencia del ganado salvaje, los guanacos nunca se unen para defenderse; uno solo a veces hace frente y se defiende con éxito contra uno y hasta dos perros no muy grandes, valido de sus dientes, tan fuertes como los de sus adversarios, y de sus patas, que usa con

mucha eficiencia para el caso. Atacado por muchos perros, es presa de tal pánico que no puede resistir mucho y pronto cae exhausto.

Los cachorros de perras buenas cazadoras eran muy codiciados por los yaganes, quienes esperaban que los hijos se parecieran a la madre, pero nunca intentaron mejorar la raza seleccionando a ambos padres. Se sabe de algunos indios que han domesticado nutrias, zorros, pájaros y algún pato que aprovechaban como señuelo; pero estos animales morían a menudo por los malos tratos de los niños, o la persecución de los perros.

Los mismos perros eran víctimas a veces del hambre y se aventuraban por los huertos donde roían nabos helados o troncos de repollo, pero a diferencia de los perros de ciertas expediciones polares, sólo he oído de un caso en que hayan atacado en masa a uno de su especie para devorarlo.

CAPÍTULO IX

CIENTÍFICOS ITALIANOS VISITAN A USHUAIA. MI PADRE, DESPARD Y YO LOS ACOMPAÑAMOS A BORDO DE SU BARCO, EL "GOLDEN WEST". NAUFRAGIO EN LA BAHÍA SLOGGETT. DESEMBARCAMOS Y LEVANTAMOS NUESTRAS TIENDAS DE CAMPAÑA SOBRE LA NIEVE. INDIOS ONAS ORIENTALES LLEGAN DE VISITA. SOMOS AUXILIADOS POR EL "ALLEN GARDINER". LA HISTORIA DE JOE, EL ESPAÑOL. DOS DE LOS INDIOS ONAS ORIENTALES VUELVEN CON NOSOTROS A USHUAIA. MI PADRE INTENTA CRUZAR LAS MONTAÑAS PARA INTERNARSE EN LA TIERRA DE LOS ONAS.

I

En mayo de 1882 llegó una expedición científica italiana en la goleta *Golden West*, que había sido fletada en Punta Arenas. El barco estaba bajo el mando de un inglés de barba canosa, el capitán Prichard, y de dos fornidos portugueses, Moustache y Gerryman, como primero y segundo piloto. El teniente Bove, oficial de la armada italiana, era un hombre alto e imponente, como corresponde al jefe de una expedición; el signor Lovisato, que pasaba por ser mineralogista, era bajo, moreno y dinámico; el signor Spegazzini, el botánico, con su magnífica barba y su descomunal equipo causó gran impresión en nuestros ánimos juveniles; el sirviente de Bove, Reverdito, completaba el grupo de los visitantes.

Cuando manifestaron el deseo de visitar algunas de las zonas apartadas de la región, mi padre se ofreció a acompañarlos; esto le proporcionaba una oportunidad para visitar grupos distantes de indígenas, sin peligro de hostilidad. Mi padre llevó consigo a Despard, a mí, y a dos yaganes de Ushuaia.

Al principio reinó buen tiempo y la falta de viento nos impidió a veces navegar; desembarcamos en distintos lugares para visitar a indígenas o para complacer a nuestros visitantes. Uno de los sitios donde anclamos fué la ensenada de Banner, donde tiempo después se nos unió el *Allen Gardiner*, en viaje desde las Malvinas a Ushuaia; por lo tanto, esa noche mi padre estuvo ocupado con su correspondencia. Cerca de la ensenada de Banner, recogimos a un yagán de esos parajes, llamado Paiwan, que hablaba algo de aush (ona

oriental) y que conocía los alrededores de la bahía de Sloggett, hacia donde nos dirigíamos.

Cuando por fin llegamos, había una fuerte marejada proveniente del Sur. Estábamos en invierno, cuando son frecuentes los fuertes temporales del Sur, que soplan directamente desde los hielos polares. Era imposible desembarcar a causa de la rompiente, así que anclamos al reparo de una isleta rocosa que esperábamos nos protegiera. Sin embargo, en vez de mejorar, el tiempo empeoró, y por espacio de tres días estuvimos en ese lugar batidos por las olas.

El barco estaba haciendo mucha agua a causa del fuerte oleaje, y mi padre, instó al capitán que saliera bordeando. Este contestó: "Le arrancaría hasta los palos." Sin duda, se refería a los mástiles.

Si por seguir los consejos de mi padre, el capitán hubiese fracasado, no estaría yo escribiendo este relato, pues hay en los extremos de esta bahía abierta unos promontorios donde las poderosas rompientes hubiesen reducido a añicos al pequeño barco y ni una vida se hubiese salvado. Uno de estos promontorios se llama con razón Devil's Yacht [1].

Las olas, que golpeaban a ambos lados de la isleta detrás de la cual habíamos buscado reparo, eran tan arrolladoras que los canales de los escobenes se desprendieron y el barco comenzó a astillarse al tirar de las cadenas. Estas debían ser muy resistentes; pues bien, recuerdo la tremenda fuerza con que el barco se enderezaba después de un cabeceo extraordinariamente violento. No pudiendo permanecer allí otra noche, decidimos, al caer la tarde, dirigirnos a la costa izando sólo la vela de estay. A través de una tormenta de nieve divisamos una línea de acantilados escarpados; el mar rompía sobre la playa, y no contra ellos, como hubiera sucedido en marea alta.

El *Golden West* era una goleta americana, con un largo tajamar sobresaliente. Sólo calaba alrededor de metro y medio en la proa; encallamos en mar fuerte. Mi padre permaneció en el camarote con Despard y conmigo el mayor tiempo y luego nos llevó sin impaciencia ni agitación hacia la proa, donde estaba apiñada la tripulación. Algunos hombres habían trepado al bauprés, desde donde se arrojaron al mar y ganaron la playa; Moustache y Gerriman hacían esfuerzos heroicos para ayudar a compañeros menos fuertes que luchaban en la contracorriente, demasiado poderosa para algunos de ellos. El timonel, que había sido atado al timón y tenía un cuchillo para soltarse, pasó corriendo al lado nuestro y saltó a tierra con gran estilo.

[1] Yate del Diablo.

Cuando llegamos a la proa, mi padre me cogió de las muñecas y me sostuvo en el aire lo más lejos posible de la borda, hacia Reverdito y Gerriman, que habían venido corriendo para ayudarle. Caí en un mar revuelto de algas, piedras y espuma; en seguida me agarraron y arrastraron hasta un lugar relativamente seguro al pie del acantilado. Mi padre y Despard, los únicos que quedaban a bordo, se hallaban ahora en gran peligro, pues el barco había sido arrastrado mar adentro y se había inclinado completamente hacia un costado. Mi padre enrolló alrededor de su brazo una cuerda que colgaba del palo del trinquete, y con Despard asido a él se descolgó hacia la playa, pero sólo Despard cayó bien. La cuerda debió de cimbrar, y mi padre no pudo soltarse en el momento oportuno, pues fué llevado otra vez contra el aparejo. Al volcarse nuevamente el barco hacia la orilla, mi padre describió una amplia trayectoria y llegó salvo a la playa. La mano y el brazo, sin embargo, se le hincharon mucho y debido al esfuerzo la muñeca le quedó resentida para siempre.

Creyendo que la marea podría continuar subiendo, y pensando, probablemente, que sus vidas eran de mayor valor para la humanidad que las del rebaño, algunos de los hombres más importantes se amontonaron sobre una roca del acantilado, que sobresalía casi dos metros por encima de la playa, amenazando con sus revólveres. En ese momento no pude darme bien cuenta del significado de esa actitud, pero noté que el espectáculo desagradaba mucho a mi padre, pues cuando volvió a reunirse con nuestro grupo, instó a aquéllos en forma poco amistosa a que descendieran porque la marea ya bajaba.

Al leer la versión que da mi padre sobre el naufragio del *Golden West*, comprendo que estuve equivocado al juzgarlo como un divertido picnic. Sobre el desembarco escribe así:

"La embarcación, que tiraba constantemente de las anclas, hacía mucha agua. Temiendo que la tensión sobre el cable pudiera provocar su rotura si pasábamos otra noche como la última, se decidió vararla en tierra. Así se hizo, y a tiempo; el oleaje, que era bastante fuerte, destrozó las amuradas y rompió el bote que estaba a barlovento. Mis queridos hijos fueron cuidados por todos, y se les ayudó a llegar a la playa cuando yo los arrojé por encima de la borda."

Después de haber desembarcado me hicieron correr de un lado a otro al pie del acantilado; me sentía muy angustiado, hasta que algunos de los hombres pudieron llegar hasta la embarcación, obtener combustible y encender una hoguera en la playa. Debido a fuertes temporales del Sur sopló durante varios días un aire helado prove-

niente del polo glacial. Este viento levantó la espuma del mar, empapándonos durante casi dos horas, hasta que uno de los tres indios, que había estado explorando, volvió a decirnos que la marea había bajado lo suficiente como para que pudiéramos llegar a un sitio desde dónde se podía escalar el acantilado. Sus compañeros ya se habían adelantado para elegir un lugar donde acampar.

El indio nos condujo cerca de un arroyito en medio de una hondonada. Allí se habían formado grandes carámbanos, pero teníamos las linternas del barco además de la claridad de la nieve para iluminar nuestro camino. Los otros dos exploradores yaganes ya habían encendido fuego en los matorrales cubiertos de nieve; yo me había despojado de mi ropa mojada, y me daba vueltas y vueltas tostándome al agradable calor de la lumbre. Mis cuitas ya habían terminado, pues además del calor había de sobra para comer. Un saco de harina tiene que estar empapada durante mucho tiempo antes de que el agua penetre hasta el centro; también se habían salvado del naufragio muchas latas de provisiones en buen estado.

Algunos días después se decidió que saliera una expedición en el único bote ballenero que nos quedaba y que había sido remendado con lona y alquitrán para buscar auxilio en Ushuaia. Moustache, jefe del grupo, se sintió muy halagado cuando mi padre puso a Despard a sus órdenes. Mi padre obró de este modo porque no confiaba en los hombres blancos que estaban armados, y que podrían asustarse y comenzar a hacer disparos si aparecían yaganes en crecido número. Sabía que éstos reconocerían a Despard, quien les podría hablar en su propia lengua e impedir que se produjera un conflicto.

El tiempo ahora estaba bueno pero frío; y aun durante el día el termómetro no subía más de cero grados. Sin embargo, el mar se había calmado lo suficiente como para intentar la botadura del barco.

Había aún bastante marejada en la playa, y aunque muchos se ofrecieron para echar el bote al agua en el momento más oportuno, éste estuvo a punto de hundirse, y algunos hombres se vieron obligados a nadar a su lado para llevarlo más allá de las rompientes. Luego todos ayudaron a achicar, utilizando algunos sus botas. Cuando hubieron aligerado el bote, se alejaron remando entre los vivas del grupo reunido en la playa.

Esa noche pudieron llegar remando hasta la ensenada de Banner, pero al día siguiente no habían adelantado mucho, cuando empezó a soplar el viento, y los navegantes tuvieron que refugiarse en una pequeña ensenada cerca de la extremidad nordeste de la isla de Navarino.

Al tercer día, pese a un leve viento de frente, lograron llegar a Ushuaia antes de medianoche. Los remeros estaban completamente exhaustos y uno o dos de ellos tuvieron que ser llevados en brazos a tierra. El *Allen Gardiner*, que por suerte todavía estaba allí, se dispuso inmediatamente a salir en busca de los que aún quedábamos, pero fué detenido por vientos adversos.

En los días de espera en la bahía de Sloggett tuvimos mucho que hacer, pues aunque la embarcación se deshacía a pedazos bajo el rigor de las sucesivas mareas, pasábamos el tiempo recuperando provisiones, sogas y velas; gracias a estas últimas pudimos transformar nuestro campamento en una ordenada aldea de tiendas de campaña.

Cuando mi padre escribe cuatro días después de desembarcar, revela inadvertidamente el hecho de que nos mojamos mucho, pues dice: "Hemos conseguido que nuestro campamento resulte bastante cómodo y por fin logramos secar nuestra ropa y nuestras mantas." Uno o dos días después vimos señales de humo a unos cinco kilómetros más allá de la desembocadura del río en la bahía y a kilómetro y medio al Este de nuestro campamento.

Dichas señales podrían haber sido hechas por alguna otra tripulación naufragada, pero se creyó que serían de onas orientales. En consecuencia, mi padre partió acompañado por Paiwan y otro yagán para ponerse en contacto con ellos. Pero al llegar al río no se animaron a cruzarlo por estar helado desigualmente y regresaron al campamento.

A la tarde siguiente, dos figuras altas vestidas con pieles de guanaco se hicieron presentes caminando rápidamente hacia nuestro campamento. Debían de ser unos sujetos audaces pues muy bien se los podría haber recibido con una lluvia de balas; yo observé la premura con que los marineros se distribuyeron las armas de fuego y las municiones cuando avistaron a los indios.

Mi padre dijo unas palabras de advertencia al capitán y luego se apresuró a salir con Paiwan a recibir a los visitantes y a escoltarles hasta nuestra hoguera. Poco después se les unieron otros nueve, quienes sin duda habían estado observando para ver cómo eran recibidos sus compañeros. Estos indios habían cruzado el río sobre el hielo, cosa que mi padre y los yaganes no se habían animado a hacer el día anterior. Los onas venían de gala, pintados a su modo, y con su mejor vestimenta. Cada hombre tenía sobre la frente una pieza cónica de cuero de cabeza de guanaco, que con su piel corta y espesa, de color gris azulado, les daba un aspecto agradable e imponente. Venían provistos de arcos y flechas en carcajes de piel; rápidamente

los canjearon por cuchillos. Mi padre les distribuyó una barrica de pan; se sentó con ellos alrededor del fuego de nuestro campamento y conversaron durante largo rato. Él los describe como hombres fuertes, altos, muy bien formados. Sus pies estaban calzados con mocasines hechos con el cuero de las patas del guanaco. Algunos de los visitantes entendían bastante yagán como para traducir lo que nosotros decíamos a aquellos que no entendían nada. Paiwan tenía algunos conocimientos de ona, que también fueron útiles. Algunos de los onas tenían las piernas cubiertas de profundos rasguños que parecían haber sangrado en abundancia; nosotros creíamos que se los habían hecho cazando guanacos en tierras de arbustos espinosos. Más adelante supimos que esas heridas se las hacían ellos mismos en señal de duelo.

Mientras esperábamos el *Allen Gardiner* me entretuve jugando en la playa; llevaba un imán en el bolsillo y con él recogí un montón de arena con hierro magnético que a su vez se imantó formando una masa compacta. A su debido tiempo incorporé el imán, con la arena pegada a él, a mi cofre de tesoros en Ushuaia. Este hecho tuvo interesantes consecuencias, las cuales describiré en un próximo capítulo.

Cuando al fin apareció el *Allen Gardiner*, fuí uno de los primeros en ser subido a bordo; durante dos días anduvimos arrimándonos, y alejándonos, pues el capitán se negaba a anclar, y mucho menos a pasar la noche en el lugar que él llamaba "Puerto Suicidio". Mientras tanto, el chinchorro del *Gardiner* iba y venía cargando la mercadería que habíamos podido rescatar del *Golden West*. El tiempo se mantuvo frío y desagradable. Por fin, todo estuvo listo y zarpamos para Ushuaia. Aceptando la invitación de mi padre, dos de los onas, que habían tomado confianza y se habían hecho muy amigos, se embarcaron con nosotros.

Durante los dos días que estuvimos en la bahía Sloggett y durante nuestro viaje de retorno a Ushuaia el cocinero del *Allen Gardiner* estuvo muy atareado pues había en el barco treinta personas en vez de las seis o siete que llevaba normalmente. A este diminuto y vivaracho hombrecillo, que era al mismo tiempo camarero de a bordo, se le llamaba Joe, el español; a pesar de estar recargado de trabajo me permitió que me acomodase en sus reducidos dominios, sentado sobre una caja de madera al lado de la estufa. Hasta me dió pedacitos de carne que yo asé sobre la plancha de su ahorrumbrada cocina; fué el mejor modo de conquistar mi corazón.

2

Cincuenta años después, al cruzar una zona muy poco poblada de la Patagonia, me detuve en una pequeña granja, donde, según me informaron, se había presentado un anciano vagabundo que aseguraba haber conocido a mi padre. Tal noticia despertó mi curiosidad y me apresuré a visitarle en su habitación. Al acercarme, un hombrecillo de pelo blanco y aire picaresco me salió al encuentro. Estaba muy agitado y hablaba una mezcla de inglés y español matizada con malas palabras, en ambos idiomas, siendo muy difícil entenderle. Parecía sorprendido, casi ofendido de que yo no lo reconociera y me dijo que su nombre era Joe, el español.

De un pasado casi olvidado volvió a surgir en mi memoria el velero con su fría cubierta abarrotada de pasajeros, y sobre todo revivió con la claridad de un cuadro aquel ambiente caldeado de la cocina donde se me había recibido tan cariñosamente. Profundamente conmovido con la charla excitada del hombrecillo y el recuerdo de su gran bondad, sentí que mi deuda hacia él había acumulado intereses durante cincuenta años.

Al regresar a mi casa, distante unos sesenta kilómetros en el interior de las montañas, mandé un camión a la granja para buscarlo a él y al paquete que contenía todos sus bienes terrenales. En mi casa, se le asignó un cuartito y un asiento, no en el comedor de los demás hombres, sino junto al fuego de la cocina. Cuando tenía ganas de trabajar, cortaba un poco de leña para la cocina, y como manejaba hábilmente, cual todo buen marinero, la aguja y el hilo, pronto se vistió lujosamente con mi ropa usada, que supo ajustar a su pequeña estatura.

Cuando relaté su historia a los peones, éstos se encariñaron con el bondadoso cocinero y lo trataron como a un ídolo chino. Una mañana de invierno algunos años después de su llegada, no fué a la cocina a tomar su café y sus costillitas de cordero; lo hallamos tendido en su cama, muerto.

Relato esta anécdota al pasar; ahora debo volver a los días de mi juventud.

3

Después que el *Allen Gardiner* nos hubo desembarcado en Ushuaia, los italianos prosiguieron con su labor; una vez que consiguieron de nosotros toda la información deseada se alejaron.

Mi padre pasó largas horas conversando con los dos indios aush; el lenguaje de éstos era notable por lo cortante y lo gutural, y los vocablos, aunque de estructura sencilla, resultaban difíciles de pronunciar y más aún de escribir. Con todo, mi padre consiguió anotar gran número de palabras.

El espectáculo y la proximidad de estos hombres fuertes ataviados con pieles de guanaco y gorros de la misma piel me fascinaba. Un día desaparecieron sin una palabra de despedida, mas yo les seguí con el pensamiento a través de su viaje de retorno. Habían inflamado mi imaginación y el deseo de unirme a ellos siempre me acució. Los cuentos de niños adoptados por lobos oídos en la niñez me habían impresionado. Y en una ocasión en que un zorro se quedó mirándome en el lindero del bosque, para luego desaparecer silenciosamente en la espesura, tuve deseos de acompañarlo. Mi padre nos había leído un cuento titulado *Pobladores del Canadá*, en el que un jefe piel roja llamado *Víbora Furiosa* había raptado y luego adoptado a un joven. ¡Esa era la suerte que yo anhelaba: ser el héroe de una aventura similar! Quería vivir en el bosque, lejos de las ataduras de la civilización que existía en Ushuaia.

No es de extrañar, pues, que yo estuviese furioso, cuando a los veinte meses del naufragio del *Golden West*, mi padre realizó una expedición por las montañas y no me permitió acompañarlo. Sin embargo, llevó a Despard y a cinco yaganes; cruzaron en bote el puerto de Ushuaia y con gran desesperación de mi parte los vi desaparecer en el bosque.

Mi padre intentaba explorar un valle renombrado entre todos los yaganes, porque se encontraban allí pedernales y ágatas que los indígenas empleaban para hacer puntas de flechas o instrumentos cortantes. Sobre todo, quería penetrar lo más posible en el interior para explorar las tierras detrás de la costa a fin de ponerse en contacto con los onas, esa tribu esquiva y misteriosa tan temida por los yaganes y los aush.

No era la primera vez que mi padre intentaba cruzar las montañas desde Ushuaia. Una vez lo había hecho antes de mi nacimiento y

tuvo entonces que desistir por el temor que sentían sus compañeros yaganes.

Tampoco esta segunda tentativa tuvo éxito.

Al llegar a lo alto de una meseta encontraron el camino completamente bloqueado por un ventisquero, lo que les obligó a volver sobre sus pasos y escalar hasta el tope la montaña. Allí encontraron que una quebrada profunda e infranqueable los separaba de la tierra allende. Lo que buscaban ahora era echar un vistazo a la tierra del lado norte, pero la lluvia y las nubes impidieron la visibilidad.

Durante ese viaje mi padre se desmayó dos veces. ¡Nunca debió de haber emprendido tan penosa expedición!

Al llegar a lo alto de la montaña, cuando todos los esfuerzos parecían inútiles deseaba aún intentar nuevamente, pero fué obligado por sus fieles yaganes a regresar; éstos, indudablemente, sumaban a la inquietud que les causaba la mala salud de su jefe el tradicional terror no sólo a sus legendarios habitantes, sino también a unos tipos especiales de hombres salvajes de los bosques, producto exclusivo de su imaginación.

A los cinco días de su salida de Ushuaia regresaron a casa; mi padre escribe en su diario: "Así terminó nuestro proyecto de ponernos en comunicación con los onas y su tierra."

Los futuros acontecimientos probaron que el fracaso fué para bien, puesto que aquellos montañeses no hubieran recibido complacidos una invasión a la entraña misma de sus santuarios, ni hubieran tenido escrúpulos en deshacerse de todos los miembros de la expedición, derribándolos con sus flechas, mientras ellos permanecían ocultos en el bosque.

En ese mismo año (1884) llegó la goleta *Rescue* trayendo a nuestro viejo amigo Bove, ahora capitán, a su joven esposa, y a un oficial argentino llamado Nogueira. Este último había sido enviado por su gobierno para inspeccionar aquella tierra, cuya concesión había sido pedida por la *Sociedad Misión Sudamericana*; además, debía levantar un plano general de los alrededores de Ushuaia. Estos visitantes fueron huéspedes, y al día siguiente el *Rescue* prosiguió su viaje.

En marzo el capitán Bove y Nogueira emprendieron una expedición tierra adentro. Llevaron de guías a los mismos cinco yaganes que habían acompañado a mi padre dos meses atrás. Antes de emprender la expedición mi padre, gracias a la experiencia adquirida en las dos intentonas anteriores, pudo aconsejarles sobre la ruta más propicia.

El grupo desembarcó en la orilla austral del río Hushan; allí

almorzaron y luego siguieron viaje. El itinerario comprendía el valle de Apaca y desde allí hacia el noroeste. A su debido tiempo consiguieron internarse algo más de lo que mi padre había alcanzado, pero estuvieron siempre trabados en su marcha por el bosque, las montañas escabrosas y un tiempo tan nublado, con una visibilidad tan pobre, que no podían distinguir lo que tenían debajo. A su regreso, ocho días después, manifestaron que no habían visto ningún guanaco ni otros animales, ni vestigios de la tribu ona.

CAPÍTULO X

CIENTÍFICOS FRANCESES LLEGAN A LA ISLA DE HOSTE PARA TOMAR FOTOGRAFÍAS DEL TRÁNSITO DE VENUS. EL DOCTOR HYADES CURA ENFERMOS EN USHUAIA Y OPERA SIN ANESTESIA. MIS HERMANOS Y YO AYUDAMOS A LOS CIENTÍFICOS. YEKAIFWAIANJIZ IMITA A LOS FRANCESES. MI PADRE CAE GRAVEMENTE ENFERMO Y ES ATENDIDO POR EL DOCTOR HYADES. SE LEVANTA DESPUÉS DE PASAR DOS DÍAS EN CAMA. NÁUFRAGOS GERMANOS. AVENTURA EN UNA BARCAZA ALEMANA. OBLIGADOS A DETENERNOS EN LAPA-YUSHA, SUFRO HAMBRE POR PRIMERA VEZ. ROBADOS POR LOS YAGANES. LOS CAZADORES DE FOCAS DE DIEGO RAMÍREZ.

I

A la expedición italiana de 1882 sucedió una misión científica enviada por el Ministerio de Marina de Francia; llegaron a aguas fueguinas en un cañonero, el *Romanche*, y se instalaron provisionalmente en la bahía de Orange, en la extremidad sur de la península de la isla de Hoste, uno de los lugares más desolados de esa tierra escarpada, bañada por incesantes lluvias.

En la costa de esta ensenada bien guarecida, a unos dieciséis kilómetros de distancia del falso cabo de Hornos, los franceses construyeron rápidamente barracas con las armazones, tablas, ventanas y chapas de cinc, que habían traído a bordo del *Romanche*; también levantaron refugios para sus telescopios y otros instrumentos.

El motivo principal de esta visita era observar y fotografiar el tránsito de Venus, que debía ocurrir al año siguiente. Además de su ocupación en dicha empresa, esos hombres de ciencia trabajaban como hormigas. Estos valientes hombres no intentaban vivir aventuras extraordinarias ni recoger laureles de gloria; sólo aspiraban a trabajar incesantemente, y en las condiciones climatológicas reinantes esa labor debió de resultarles particularmente penosa. No obstante, supieron realizarla con ánimo y energía. Poseían un buen observatorio meteorológico, estudiaron las condiciones climatológicas, la vegetación terrestre y marítima y la variada vida animal de la zona. Para cada rama del saber, había profesores o estudiantes. En el grupo figura-

ban dos doctores en medicina, que hicieron un estudio de los yaganes, para lo cual la ayuda de mi padre les fué muy valiosa.

Los franceses no tardaron en retribuirle su atención con actos bondadosos. En la época de su llegada había habido muchas enfermedades en Ushuaia. En un mes murieron ocho personas de nuestra pequeña población; de modo que cuando llegó el *Allen Gardiner*, procedente de las Malvinas, mi padre, que había oído a los nativos comentar el arribo de esos extranjeros, fué en esa embarcación a la bahía de Orange con la esperanza de encontrar un médico que estuviera dispuesto a ir con él a Ushuaia.

Mi padre fué bien recibido; ellos decidieron que uno de los dos médicos, el doctor Hyades acompañase sin demora a mi padre. Zarparon de la bahía Orange esa misma tarde. El doctor permaneció en Ushuaia cuatro días visitando a los yaganes desde la mañana hasta la medianoche. Durante ese tiempo realizó cuatro operaciones quirúrgicas sin anestesia; uno de los casos fué el del viejo Palajlian, a quien le operó ambos ojos, extrayéndole uno con la esperanza de salvar en parte su vista. Mi padre recuerda que el paciente le apretaba la mano convulsivamente, pero se abstuvo de manifestar su dolor ni aun con un quejido. El doctor Hyades volvió a la bahía Orange con la satisfacción del deber cumplido.

2

Cuando visitamos a los franceses, los niños pronto descubrimos que sus viviendas de madera, con las planchadas para cruzar los pantanos, eran un lugar ideal para jugar. Al encontrarme por primera vez con esos extranjeros, su aspecto de sabios, realzado por sus gafas ahumadas y variadas barbas llenó de admiración mi mente juvenil, pero no tardamos en descubrir que los temidos hombres de ciencia tenían un gran sentido del humor. Ellos a su vez encontraron que podíamos serles útiles. Querían ejemplares de todo: plantas, piedras, huevos de pájaros e insectos; nos dieron unas botellas con alcohol para matar sabandijas, gorgojos, escarabajos y arañas; a Despard se le confió un polvo blanco aun más mortífero para matar mariposas, polillas y otros insectos alados antes de clavarlos en un tablero. ¡Cómo nos divertíamos! Despard, con su escopeta, podía obtener muchos ejemplares de pájaros. Se le instruyó en el arte de disecar estas aves; también ayudamos a los científicos a superar las dificultades del idioma. Varios entre ellos hablaban inglés pero ninguno el idioma yagán;

nosotros los niños nos sentíamos orgullosos de traducirles lo que un aborigen trataba en vano de hacerles entender.

Mi padre también les prestó toda la ayuda posible. Los científicos tenían mucho deseo de conseguir moldes en yeso de los aborígenes, pero necesitaron de la influencia de mi padre para que los indios elegidos permitieran que se les cubriera con esa sustancia. Recuerdo que mi padre contaba cómo uno de ellos se había aferrado a su mano mientras su cara estaba recubierta de yeso, y con dos canutos introducidos en la nariz para respirar.

No se crea, sin embargo, que los franceses tenían el monopolio de las observaciones interesantes. Si ellos estudiaron la modalidad de los indios, éstos demostraron igual curiosidad por los visitantes. Muchos de los indígenas eran grandes mimos, que imitaron a la perfección los para ellos extraños modales y gestos de los extranjeros. Uno de ellos era Yekaifwaianjiz. No era un indio buen mozo, pero se distinguía, aun entre los yaganes de las costas más lejanas, por ser muy fornido y resistente. Los blancos lo llamaban *Jack-knife* (Jack-cuchillo), pero el prefería el nombre Jekaif; abreviatura que le parecía más distinguida. En varias ocasiones había salido en goleta a cazar focas, y finalizada la temporada volvía enriquecido con regalos y gran cantidad de grasa y aceite de foca. En estos viajes había aprendido una increíble mezcla de palabras españolas e inglesas que usaba, sin duda para mostrar su superioridad y dar mayor énfasis a sus peroratas, aun cuando hablaba en lengua nativa con su propia gente.

Era servicial e inteligente y muy útil a los franceses como guía e intérprete. Así no tardó mucho en aprender una serie de picantes interjecciones francesas que agregaba a su mezcolanza de yagán, español e inglés. Algunas de las costumbres y modos de hablar de los visitantes que imitó al principio para su propia diversión y la de sus compañeros, le quedaron después como propias. Cada vez que hablaba abría las manos, y mostrando las palmas señalaba a su interlocutor, luego retrocediendo elevaba los hombros en un movimiento tan cómico que bien podía ser envidiado por un comediante. Esos ademanes ultrafranceses llegaron a ser en él tan naturales que los hacía involuntariamente, sin darse cuenta.

3

El doctor Hyades dió pruebas de su amistad. Mi padre se sintió muy enfermo; sufría del mismo mal que lo había llevado a Inglaterra cuatro años antes; fué una feliz coincidencia que al sufrir este ataque estuviese en viaje a la bahía de Orange en el *Romanche*. Hizo la siguiente anotación en su diario, fecha 30 de agosto de 1883:

"Tiempo feo, me había propuesto desembarcar después de comer, pero no me fué posible. Mientras leía junto al fuego, me sentí con ganas de vomitar y a punto de desvanecerme. Me recosté, pero tuve que levantarme para vomitar. Escupí sangre, y sintiéndome más débil volví apresuradamente al salón, toqué el timbre y me tiré en el suelo, con el tiempo justo para gritar "le docteur" antes de perder el conocimiento... Cuando recuperé el sentido, el buen médico se hallaba a mi lado; mi cabeza descansaba en una almohada y tenía un paño húmedo sobre la frente. Durante cinco minutos no se pudo percibir mi pulso. Veinte minutos después fuí llevado a la cama, pues estuve a punto de desmayarme nuevamente. El pulso cesó durante catorce minutos. Para contener la hemorragia tomé peróxido de hierro y hielo. Me pusieron emplastos de mostaza sobre el estómago y en cada pantorrilla. Agradezco a Dios y a su Divina Providencia el haberme hecho esta oportuna advertencia cuando yo disponía de buena ayuda médica. Recibí los más solícitos cuidados."

A la mañana siguiente, a pesar de su extrema debilidad, mi padre desembarcó y fué a hablar con los indígenas. El médico francés lo acompañó bondadosamente, y dos horas después, como el enfermo se sintiera desfallecer, retornaron al buque y mi padre tuvo que acostarse. Después de este ataque, los únicos alimentos que pudo tomar durante seis semanas consecutivas fueron leche, jugo de carne y limonada, pero sólo guardó cama dos días.

4

El paso de Venus sobre el Sol fué bien observado por los científicos franceses. Afortunadamente, aunque lluvias y nubes son habituales en esta región, cuando llegó la hora que ellos aguardaban, el cielo estaba límpido, y pudieron observar el planeta a través de sus anteojos y fotografiarlo cuando cruzaba la faz del Sol.

Terminada esta labor se alistaron para regresar a Francia; más adelante publicaron nueve o diez voluminosos tomos sobre la Tierra del Fuego; son documentos cuyo valor está destinado a aumentar a medida que pasen los años.

Mientras los franceses ultimaban sus preparativos para zarpar de la bahía Orange, en Ushuaia nos sentimos un día muy agitados cuando vimos al amanecer aproximarse tres botes por el Este, como los tres osos del cuento que mi madre y Yekadahby nos habían relatado en nuestra niñez: uno de ellos parecía enorme y estar repleto de tripulantes (nosotros nos preguntábamos si serían piratas); el otro era algo menor, y el tercero más pequeño todavía. Nuestra juvenil expectación fué defraudada, pues los botes sólo llevaban veintitrés hombres en total y no eran piratas, sino veintidós tripulantes alemanes del *Erwin*, que había naufragado, y nuestro viejo amigo Jaime Cushinjiz. El barco, de 1300 toneladas, salió de Liverpool rumbo a San Francisco, con un cargamento de carbón y se había incendiado después de doblar el cabo de Hornos.

A muchas millas al sudoeste de las islas Ildefonso, la tripulación abandonó la embarcación en momento muy oportuno, pues diez minutos después de haberse alejado en los botes, una explosión en las bodegas hizo volar las cubiertas e inmediatamente el barco se transformó en una hoguera.

Desde la cubierta del barco la tripulación había visto los picos nevados de la Tierra del Fuego recortarse contra el horizonte y por consiguiente fijaron el rumbo hacia el nordeste. En el mes de julio, que corresponde al mes de enero en Inglaterra, con su cielo invernal color plomizo, aun cuando el tiempo sea apacible y las olas del cabo de Hornos no tengan sus habituales barbas blancas, el Pacífico Sur ofrece un espectáculo nada alentador; vistos desde un bote abierto, inquietan ese inmenso piélago de aguas frías y la lejana costa habitada por salvajes.

El día que abandonaron el barco, uno de los oficiales observó en la carta marina una referencia al establecimiento de Ushuaia, con instrucciones a las tripulaciones naufragadas sobre la mejor ruta para llegar a ese puerto.

Siguiendo dichas instrucciones, avanzaron junto a la costa externa de la isla de Hoste, más allá del falso cabo de Hornos, se dirigieron luego hacia el Norte a través de las bocas del Tekenika y del Ponsonby Sounds y pasaron sin ser vistos bastante cerca de la población de la bahía de Orange, donde los hombres de ciencia franceses se preparaban para zarpar de regreso a su tierra.

La tripulación alemana no podía encontrar la entrada meridional de los estrechos de Murray, pues las escarpadas montañas parecían impedir su paso, y entre los muchos riachuelos y canales por donde intentaron penetrar no hallaron el que los conduciría hasta el canal de Beagle. Estaban a menos de veinte millas de Ushuaia, en aguas relativamente tranquilas, cuando se dieron por vencidos. Llegaron a la conclusión de que la carta marina estaba equivocada; hicieron rumbo hacia el sudeste a través de la bahía de Nassau, alrededor de la isla de Navarino y penetraron en el canal de Beagle desde el Este.

El piloto era el único de los alemanes que hablaba inglés, y al ser saludado por un indio en ese idioma, pudo entenderlo. Este indio, Jaime Cushinjiz, fué para ellos un buen guía, y los piloteó hasta Ushuaia.

Durante esos diez días, desde que abandonaron el *Erwin*, sólo se habían aventurado a desembarcar tres veces para encender fuego y entrar en calor; afortunadamente el tiempo se había mantenido extraordinariamente bueno, pues de otro modo lo más probable es que se hubieran perdido, como ocurrió a muchos en esa parte tan expuesta de la costa. ¡Qué espectáculo confortante para estos náufragos debió ofrecer nuestro establecimiento sobre la barranca!

Se hizo todo lo posible para dar comodidades a este numeroso grupo; habían sufrido intensamente a causa del frío y muchos de ellos tenían los pies helados. El contramaestre se había lastimado antes de dejar el barco, y su estado era bastante delicado cuando fué bajado a tierra.

Durante la larga temporada que pasaron en Ushuaia antes de ser llevados a Punta Arenas, estos náufragos fueron útiles al establecimiento. El carpintero del barco, hábil y laborioso, no tardó en comenzar a trabajar con su auxiliar en la reparación del *Leeloom*, que había sufrido daños considerables, y de los otros botes que también necesitaban arreglo.

El piloto, hombre bondadoso, alto y rubio, poseía un enorme libro de historia natural con interesantes láminas de animales, tanto modernos como prehistóricos. Debía de apreciarlo mucho para haberlo salvado del incendio del barco. Antes de partir de Ushuaia me regaló el precioso volumen, y durante muchos años fué éste uno de mis tesoros más queridos.

Debo decir que no todos los hombres eran tan simpáticos como el piloto. Un día, cuando un grupo de ellos cortaba leña, el piloto, señalando a uno de los tripulantes, un hombrón de barba roja, dijo:

"None zo bad ahss jee".[1] Su voz gutural y su tono convincente nos hicieron gracia y la palabra *"Nonezobadahsjee"* fué incorporada a nuestro vocabulario anglo-yagán para expresar un profundo desprecio.

Cuando llegó el momento de transportar la tripulación náufraga a Punta Arenas en el *Allen Gardiner*, éste resultó demasiado pequeño para llevar también los botes, de modo que fueron dejados; así quedó cancelada, en parte, la deuda de esa gente por el viaje y por las provisiones que habían consumido durante su larga estada entre nosotros.

El lanchón que nos dejaron era una embarcación grande y pesada en comparación con el *Leeloom*, pero un día que queríamos traer una buena carga de pasto para los terneros desde una de las islas y dejar allí algunos conejos, la utilizamos debido a su mayor capacidad.

No tenía orza de deriva, y en vez de vela mayor y foque como el *Leeloom*, estaba provista de una gran vela de tercio a la que nosotros no estábamos acostumbrados.

Desembarcamos los conejos en una isla en medio del canal de Beagle, a unas siete millas de Ushuaia, y llenamos de pasto muchos sacos, que cargamos a bordo del lanchón, pero no volvimos inmediatamente a Ushuaia pues soplaba un fuerte viento contrario. Permanecimos todo el día en un lugar resguardado y, como ocurre frecuentemente, a la tarde comenzó a amainar el viento, lo que aprovechamos para zarpar y tratar de remontar el canal. Pero el asunto no fué tan fácil debido a que después de esa calma que nos había tentado a hacernos a la mar, volvió a soplar el viento con igual fuerza que antes. Llegaba la noche, oscura y tormentosa, y con la vela arrizada no podíamos volver a la isla de donde habíamos partido. Entre nosotros y la isla de Navarino furiosas olas barrían el canal abierto. Nos dirigimos, pues, hacia la costa rocosa del norte. Las montañas se elevaban abruptamente desde el mar como una infranqueable muralla y la noche se hizo tan oscura que no alcanzábamos a divisar su perfil contra el cielo.

El bote hacía ya bastante agua, y era urgente encontrar algún lugar resguardado para desembarcar y pasar la noche, o de lo contrario navegar a favor del viento hacia Shumacush[2], aproximadamente ocho millas al Este. Esta alternativa, además de llevarnos a aguas aun más peligrosas, hubiera significado un largo viaje de retorno al día siguiente o cuando el viento amainase. No había indicios de una abertura en la rocosa muralla; mi padre consultó con los indios, y como uno de ellos, natural de ese lugar, insistiera en señalar un punto que nosotros no podíamos distinguir, mi padre prudentemente le confió

[1] Pronunciación defectuosa de: *None so bad as he* (Ninguno tan malo como él).
[2] Ahora llamada Punta Remolino, nombre bien justificado.

el timón. Los yaganes, diestros cazadores de pájaros dormidos y hábiles pescadores, están habituados a navegar de noche, pues generalmente hay menos viento a esa hora que durante el día; su vista en la oscuridad es sorprendente.

Tomado el timón, el indio cambió el curso en uno o dos grados, lo cual hizo aumentar nuestra velocidad y pareció llevarnos a un desastre seguro, pues contra la costa abrupta se destacaba muy blanca una línea continua de furiosos rompientes.

Surgieron de repente como lomos de ballenas dos rocas a ambos lados del bote. Nos inundó la espuma cuando aún impelidos por la vela nos deslizábamos entre ellas y entramos en una resguardada bahía; allí, sobre la angosta playa de arenilla, se encontró en el extremo más apartado una choza desierta.

Sin pérdida de tiempo encendimos una fogata, y aunque calados hasta los huesos pronto nos sentimos bastante confortados. Al día siguiente llegamos a casa. ¡Qué alivio para nuestra madre y nuestros amigos, quienes habían avistado nuestro bote el día anterior, después de la puesta de sol, al tomar la primera virada antes de ser arrastrados por la tormenta!

He vuelto otras veces a Simachi, nuestro refugio en esa memorable ocasión, y lo pensaría dos veces antes de hacer pasar un bote velero entre aquellas rocas en pleno día. ¡Cuanto más en una noche como la que acabo de describir!

5

A principios de la primavera siguiente, mi padre hizo a bordo del *Leeloom* un viaje a la parte oriental del país; Despard y yo lo acompañamos nuevamente. Habíamos estado fuera casi una semana, y ya volvíamos, cuando llegamos a Lapa-Yusha (la costa de las conchas), un lugar del sur del canal de Beagle, a unas treinta millas de Ushuaia. Allí encontramos una población bastante numerosa de indios yaganes.

Habíamos armado nuestra tienda de campaña en un lugar resguardado y desembarcado nuestras provisiones, cuando estos indios nos avisaron que había una foca en una laguna cercana. Mi padre tomó un pequeño rifle comprado a los expedicionarios franceses, y salió a cazar el animal para los indígenas. Mi hermano y yo, con nuestra tripulación de indios, le seguimos esperando ver algo interesante y deseosos también de probar la carne. Pero la foca nos defraudó, pues se zambulló en el canal que unía la laguna con el mar. Cuando retornamos con las manos vacías, hallamos que nuestro campamento había

sido saqueado; nos habían robado todas nuestras provisiones y mantas. Lo único que quedaba era una latita con medio kilo de azúcar, inadvertida por los ladrones. Mi padre se dirigió a las chozas vecinas y acusó a los yaganes del robo. Pero ellos negaron tener conocimiento del asunto y echaron la culpa a un pequeño grupo proveniente de otro lado, a quienes, según dijeron, habían visto pasar mientras nosotros estábamos fuera. Fué el único robo que recuerdo, aunque los aborígenes tuvieron incontables oportunidades y habrán sufrido sin duda fuertes tentaciones.

La situación era difícil, el tiempo había empeorado y no podíamos zarpar de Lapa-Yusha debido al continuo ventarrón del Oeste; la marea, que también estuvo contra nosotros la mayor parte del tiempo, no bajó lo suficiente como para permitirnos buscar mariscos; no teníamos nada para comer excepto el medio kilo de azúcar, que dividimos equitativamente entre nosotros ocho; en el segundo día tuvimos la suerte de que uno de nuestros hombres cazara un pingüino que temerariamente se había alejado demasiado del mar, pero con un pingüino no pueden mantenerse mucho tiempo ocho personas. La dificultad en Lapa-Yusha no estribaba en no poder zarpar, sino en la dirección y la fuerza del viento una vez mar afuera. Partimos en la noche del segundo día, y tuvimos que navegar durante todo el trayecto hasta Ushuaia con viento contrario. Tardamos tres días en cubrir las treinta millas que nos separaban de casa, ya bordeando en el canal, cuando las condiciones climatológicas lo permitían, ya remando junto a la costa que más reparo nos ofreciera. Esa fué la primera vez en mis pocos años de vida que sentía los tormentos del hambre.

6

Las tripulaciones del *Golden West* y del *Erwin* no fueron las únicas que solicitaron ayuda a la Misión del establecimiento, ni las únicas que se beneficiaron con el trato amistoso de los aborígenes para con los blancos. Poco después de la salida del *Erwin* apareció en Ushuaia un barco ballenero manejado por una tripulación de aspecto fornido. Una goleta ballenera los había depositado en Diego Ramírez, solitaria isla bañada por las lluvias, situada a sesenta millas al sur del cabo de Hornos y que no pertenecía al archipiélago de la Tierra del Fuego. El objetivo de estos hombres había sido cazar focas en Diego Ramírez, pero el barco se había retrasado, y ellos, aprovechando el buen tiempo reinante, cruzaron la ancha franja de océano con el propósito de

esperar, en Ushuaia, a la goleta. En Diego Ramírez habían dejado una nota dirigida al capitán del barco llamado, si mal no recuerdo, *Surprise*.

El principal de la tripulación era el piloto Smith. Otro de los tripulantes, del mismo apellido, era un muchacho joven, simpático, bien parecido, conocido por el sobrenombre de Chips. Mientras esperaba el barco, el cual llegó a su debido tiempo y los recogió, Chips y Despard trabajaron juntos en la construcción de una batea de 2m.70 de largo. Nosotros los muchachos afirmamos que Despard la había construído con la ayuda del joven Smith; probablemente la versión de este hábil artesano habrá sido la contraria, si es que aceptó reconocer que Despard lo había ayudado algo. Sea como fuere, la batea resultó de gran utilidad como comprobaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

POR FIN LA ARGENTINA SE INTERESA POR LA REGIÓN AUSTRAL DE SU TERRITORIO. MI PADRE IZA LA BANDERA ARGENTINA. SE ESTABLECE UNA SUBPREFECTURA. PROPAGACIÓN DE UNA TERRIBLE EPIDEMIA. MIS HERMANOS Y YO PROVEEMOS DE PESCADO A LOS IMPEDIDOS YAGANES.

I

El archipiélago fueguino, de una superficie aproximada de 44.160 kilómetros cuadrados, está repartido entre Chile y la Argentina en la proporción de dos a uno, respectivamente. La región chilena comprende: primeramente, toda la parte de la isla principal contenida al Oeste de una línea que empieza a cierta altura del canal de Beagle, a diecinueve kilómetros al Oeste de Ushuaia y que se extiende hacia el Norte hasta el cabo Santo Espíritu por la entrada Este del estrecho de Magallanes; segundo, todas las islas del Sur del canal de Beagle. El resto, o sea una tercera parte de la Tierra del Fuego, incluída la isla de los Estados, pertenece a la Argentina.

En la época a que me refiero, ni Chile ni la Argentina habían demostrado activo interés por estas regiones australes de su territorio. Mi padre había temido el avance de la civilización pensando más en los aborígenes que en él mismo, pero comprendía que tarde o temprano ambos países llegarían a establecer su autoridad en sus propias tierras. Teniendo presente esta idea, había incluído, desde hacía algún tiempo, el idioma español entre nuestras asignaturas.

En la tarde de un domingo de setiembre de 1884, dieciséis años después de haber iniciado la Misión su obra en Ushuaia, no podíamos dar crédito a nuestros ojos, al ver acercarse por el canal de Beagle a cuatro barcos, evidentemente destinados a nuestro puerto. Tres de ellos eran de vapor y uno llevaba un cúter de vela a remolque.

Inmediatamente se armó en nuestro tranquilo pueblecito un gran alboroto, pues nunca hasta entonces se había presenciado tal espectáculo; los excitados indígenas se agruparon alrededor de mi padre y de Lawrence preguntándoles qué amenaza les traería aquello. La sensación de un ataque inminente a nuestra querida tierra llenó de terror a algunos de los miembros más jóvenes del grupo.

Los barcos seguían su siniestro avance, hasta que por fin echaron

anclas en el puerto. El mayor de ellos era el buque transporte *Villarino*, el segundo el cañonero *Paraná*, y el tercero un ténder del gobierno, el *Comodoro Py*, todos pertenecientes a la flota argentina.

Mi padre salió a recibirlos a bordo de su ballenero, acompañado por Lawrence, Whaits y su tripulación yagana. Al acercarse el *Villarino*, su comandante, el capitán Spurr, gritó en inglés:

—El otro barco, Mister Bridges.

Y le señaló al cañonero *Paraná*, donde fueron muy amablemente recibidos por el jefe de la expedición, el coronel Augusto Lasserre. El objeto de esta expedición era establecer una subprefectura en Ushuaia y de este modo poner en vigor las leyes argentinas en el confín más austral de la república.

Los visitantes desembarcaron y quedaron encantados con todo lo que vieron, pues habían pasado los seis meses anteriores en el cabo San Juan, en la isla de los Estados, construyendo un faro y estableciendo una subprefectura; la isla de los Estados es probablemente la avanzada más húmeda y desolada del archipiélago fueguino, y ese invierno había sido especialmente riguroso. Nuestra alegre Misión en Ushuaia, con sus aborígenes ya adiestrados en la horticultura, muchos de ellos ocupados en trabajos de granja, ordeñando sus vacas, y cuidando sus terneros, debió ofrecer un notable contraste con el sombrío lugar que acababan de dejar.

El coronel Lasserre puso una bandera argentina en manos de mi padre, éste arrió la bandera que había dado la bienvenida durante tantos años [1] a todos los que llegaban, e izó en su lugar la bandera del país donde él había establecido su hogar. Los barcos anclados en el puerto dieron una salva de veintiún cañonazos; y los yaganes en tierra contestaron con vibrantes hurras a su estilo.

Los yaganes de los alrededores asistieron en masa a la ceremonia inaugural. Mi padre, en nombre de la Misión, prometió cordial ayuda al Gobierno Argentino, y en el de los indígenas allí reunidos, expresó la adhesión de los mismos al país que los había tomado bajo su protección, y su anhelo por tener paz y orden.

El coronel Lasserre respondió asegurando que nuestra Misión seguiría gozando de la misma independencia, y contaría con el apoyo del Gobierno, que reconocía oficialmente el mérito de la cristiana y humanitaria labor realizada por los misioneros ingleses.

[1] Esta bandera era algo parecida a la Unión Jack para evitar que se supusiera que la Misión tenía aspiraciones imperialistas.

2

Después de deliberar, fué elegido el sitio para la subprefectura en Alakushwaia (bahía del pato biguá); está situado en la orilla norte del puerto. Inmediatamente se iniciaron las construcciones. Un faro fué instalado cerca de la subprefectura y otro en nuestro lado del puerto, estando el cuidado del mismo a cargo de nuestro yagán Juan Marsh.

El subprefecto señor Virasoro y Calvo, acertadamente elegido, había sido educado en Inglaterra. Tenía bajo sus órdenes veinte hombres, algunos de ellos eran marineros ingleses, lo que facilitó las comunicaciones entre la subprefectura y la Misión. Nosotros los muchachos también nos esforzábamos en ayudar, y con nuestro superficial conocimiento del español estábamos encantados de servir de intérpretes entre estos elegantes recién llegados y nuestros viejos amigos los desaliñados yaganes. Recuerdo a Fred Greethurst, uno de esos marineros ingleses, un rubio bondadoso que medía más de un metro ochenta, a quien llamábamos Longfellow [1].

El 4 de octubre, el buque transporte *Villarino* zarpó de Ushuaia para internarse por los canales del oeste. El capitán Spurr estaba contento de poder valerse de dos yaganes para el servicio de pilotos. Luego de haber cumplido su misión, el coronel Lasserre partió dos semanas después en el cañonero *Paraná*, con rumbo a Punta Arenas. Deseando navegar por los intrincados, y en esos días poco conocidos canales que mi padre había recorrido tantas veces, pidió a éste que lo acompañara. Mi padre aceptó complacido, pues necesitábamos provisiones de Punta Arenas. El ténder *Comodoro Py*, que efectuaría la travesía de Punta Arenas con el cañonero, debía volver desde allí a Ushuaia con mercaderías para la subprefectura, de modo que mi padre podía, al mismo tiempo, traer sus provisiones. El *Comodoro Py*, de más de cien toneladas de registro, que tenía comodidades para el capitán, el piloto y la tripulación, contaba también con camarotes para varios pasajeros.

Cuando los barcos zarparon de Ushuaia, el *Paraná* llevaba a bordo, además de mi padre, a nuestro viejo amigo yagán Enrique Lory y seis jóvenes de la misma tribu.

[1] Hombre largo.

A medida que se avanza hacia el Oeste, desde Ushuaia, el paisaje se vuelve en ambos lados cada vez más salvaje y desolado, y al acercarse a la isla de Gordon se torna grandioso, pues en la costa norte del brazo noroeste que separa esta isla de la parte principal de la Tierra del Fuego, aparecen inmensos glaciares. Estos glaciares se originan tierra adentro, inundan los valles que cruzan el cordón de Marshall y terminan en precipicios de hielo que son bañados por el mar, tanto en invierno como en verano.

Flotan en estos lugares grandes témpanos que se desprenden de los glaciares, a veces en tal cantidad que impiden la circulación de navíos en el brazo noroeste. Ha habido casos en que los barcos, no pudiendo avanzar, se han visto obligados a pasar por el brazo sudoeste del otro lado de la isla de Gordon. El *Paraná* y el *Comodoro Py* no se vieron obligados a seguir esta ruta, sin embargo muchos bloques de hielo les salieron al encuentro, y durante un viaje de exploración la lancha de vapor del cañonero fué seriamente averiada, pero por fortuna no hubo desgracias que lamentar.

Había a bordo del *Paraná* dos oficiales pilotos, pero ninguno de ellos había navegado antes por estos intrincados canales. La navegación, pues, estaba a cargo de mi padre y del yagán Enrique Lory, quienes durante un tiempo alternaron en esta tarea. Luego Lory fué atacado por una fiebre violenta, y mi padre debió arreglarse solo; permaneció continuamente en el puente de mando. Al cruzar por algunos canales donde el fuerte oleaje provocado por el barco bañaba los precipicios de roca, los oficiales llegaron a sentir gran inquietud; después de una semana de mal tiempo el *Paraná* y su ténder llegaron a salvo a Punta Arenas.

Con respecto a los indios, las cosas, desgraciadamente, no iban tan bien; durante el viaje otros seis jóvenes yaganes fueron atacados por la misma fiebre mortal que padeció Enrique Lory. El doctor Alvarez, cirujano de a bordo, diagnosticó el caso como tifoidea neumónica, y en Punta Arenas el doctor Fenton confirmó esa opinión. Se alquiló una choza para los pacientes, y mi padre, ayudado por un marinero de uno de los barcos, se quedó para atenderlos; a pesar de los solícitos cuidados y de la atención médica, sólo uno de los enfermos sobrevivió, y el pobre Enrique Lory figuraba entre los muertos.

Estas seis muertes causadas por tan virulenta enfermedad inquietaron sobremanera a mi padre, pues antes de zarpar de Ushuaia, en el *Paraná*, varios aborígenes habían caído enfermos con los mismos síntomas, aunque nadie pudo suponer entonces que esta epidemia se desarrollaría con tal intensidad. El doctor Alvarez había dejado a

Whaits recetas e instrucciones para su uso. Teniendo en cuenta que los medicamentos no habían salvado a Enrique Lory y a los cinco yaganes, mi padre sentía gran ansidad por lo que pudiera estar aconteciéndonos en Ushuaia.

Sin embargo, no era posible regresar inmediatamente; el *Comodoro Py* debió prestar ayuda a un vapor francés que había naufragado cerca de la entrada este del estrecho de Magallanes y mi padre tuvo que aguardar su regreso con una impaciencia e inquietud que aumentaban día a día.

3

Mientras tanto, en Ushuaia los acontecimientos dieron razón a sus temores. Después de la salida del *Paraná* y el *Comodoro Py*, uno tras otro los indígenas enfermaron de esa fiebre, y en pocos días murieron en tal cantidad, que no había tiempo para cavar sus fosas, y los muertos de los distritos eran simplemente sacados de sus chozas o, cuando los otros ocupantes tenían suficientes fuerzas, arrastrados hasta los arbustos más cercanos.

En la Casa Stirling y en la de los Lawrence, sobre el camino, todos los niños enfermaron al mismo tiempo. En el orfanato la señora Whaits debía atender treinta niños yaganes atacados de la misma epidemia. Mi madre y Yekadahby, no sabiendo nada de tifoidea neumónica, se formaron una opinión diferente a la de los doctores Alvarez y Fenton, y nos prestaron los cuidados que consideraron adecuados. La señora Lawrence y su hermana, la señorita Martin, que se había venido a vivir con ellos a la Misión, estaban de acuerdo con ese diagnóstico, y la señora Whaits lo confirmó. Todas decidieron que era sarampión.

Afortunadamente, ninguna de las personas mayores de la Misión, que ya habían tenido sarampión en su juventud, se contagió, lo que prueba que esta vez las señoras conocieron el caso mejor que los médicos. Es, sin embargo, extraordinario que esta enfermedad, propia de los niños, tan contagiosa en los centros civilizados y que rara vez es fatal, lo fuera para más de la mitad de la población de un distrito, y, que la mitad restante quedara tan reducida en su vitalidad que un cincuenta por ciento de los que quedaron sucumbieron entre el primero y el segundo año, debido, aparentemente, a los efectos posteriores del mal. Como nuestros antepasados, a través de varias generaciones, han padecido periódicas epidemias, nosotros, en consecuencia, tenemos un cierto grado de inmunidad contra sus estragos.

En cambio, los yaganes, aunque increíblemente fuertes para soportar el frío y toda clase de molestias y aun para sobrevivir a sus heridas, no habiendo tenido nunca en el curso de su historia que enfrentar este mal, carecían de defensa para contrarrestarlo. No es difícil comprender cómo los médicos no hayan podido reconocer esta enfermedad, al manifestarse en forma tan virulenta.

Cuando mi padre regresó de Punta Arenas, lo peor había pasado, aunque los yaganes seguían muriendo en gran cantidad; recuerdo haberlo visto salir, tanto los domingos como los días de semana, con un pico y una pala al hombro y luego regresar extenuado muy tarde por la noche. A poca distancia, en un establecimiento aislado, encontraron a una familia entera muerta, salvo un niñito que mi padre trajo a casa y que mi madre y mi tía cuidaron hasta que una mujer indígena pudo hacerse cargo de él.

El bondadoso subprefecto Virasoro y Calvo puso a disposición de mi padre a Fred Greethurst, Longfellow, quien lo secundó en la dolorosa tarea de enterrar a los muertos.

4

Los indios sobrevivientes estaban aún muy débiles, y en el mes de noviembre, que corresponde a mayo en Inglaterra, las huertas no produjeron nada, a no ser algunas raíces o patatas que habían sido protegidas contra las heladas del invierno y guardadas de la cosecha anterior, lo que no era común entre esta gente tan poco previsora y de generosidad comunista. La Misión daba todo lo que podía, pero entre tantos la ración era necesariamente muy reducida. Afortunadamente, en esta emergencia los muchachos podíamos ahora prestar ayuda.

Había en Ushuaia una red trabada para pescar, de ingenioso plan, que se dejaba anclada en la orilla, y los peces grandes y pequeños tarde o temprano quedaban atrapados en sus mallas. Tiene que ser colocada en aguas tranquilas; si los flotadores de corcho están fuera de la línea o si alguno de los corchos se ha hundido, es lo más probable que uno o más peces grandes estén aprisionados.

Mientras los yaganes se sentían aún imposibilitados para andar, nosotros los tres hermanos ya habíamos mejorado de un ataque benigno de sarampión y podíamos ocuparnos de la red. Usábamos la batea que Despard y Chips Smith habían construído algunos meses antes. Cuando el tiempo lo permitía salíamos en ella e inspeccionábamos la red al

menos dos veces por día. Generalmente, conseguíamos una cantidad poco común de pescado. Casi todos eran róbalos y medían a veces más de medio metro. Pescábamos también una buena clase de pejerrey, llamada en yagán *yeemacaia*. Entrada la estación y persiguiendo al cardumen de sardinetas conseguíamos un voraz pez marino llamado *habpaim* de la familia de los escombros, que apreciábamos mucho; era un pez muy veloz y medía casi un metro desde su cola de golondrina hasta su afilada nariz. Éstos y otros poderosos de las profundidades marinas rompían a veces la red y hasta arrastraban su pequeña ancla a alguna distancia.

De cada viaje en batea volvíamos con más pescado de lo que podíamos llevar entre dos colgado de un remo puesto sobre los hombros; a menudo necesitábamos hacer tres o más viajes desde la playa con nuestro botín. Después de haber separado el pescado necesario para la Misión dividíamos el resto entre los aborígenes y nos sentíamos muy satisfechos de haber proporcionado este alimento vital a los pocos de nuestros infortunados amigos que habían sobrevivido.

CAPÍTULO XII

EL GOBERNADOR FÉLIX PAZ. HORAS DE ESTUDIO. SERAFÍN AGUIRRE, NUESTRO ÍDOLO. MI PADRE Y YO EXPLORAMOS LA TIERRA DE LOS ALACALUFES. UN CURIOSO ENCUENTRO CERCA DE LA ISLA DE WELLINGTON. LOS ELEGANTES INDIOS CHONOS. EXTRAÑA COINCIDENCIA. DÍAS DE ENSUEÑO EN USHUAIA.

I

El año siguiente, 1885, fué memorable para Despard, para Will y para mí, pues durante el transcurso del mismo llegaron a Ushuaia tres personajes importantes: un gobernador oficial, un maestro y un condenado por asesinato.

El personaje oficial era el capitán Félix Paz, de la Armada Argentina, a quien nombraron jefe de administración cuando a la subprefectura sucedió una gobernación. Era más bien rubio, de estatura menos que mediana y rápido de acción y de temperamento. Trajo consigo algunos caballos; a mi padre le regaló un colorado de distinguido perfil romano. El gobernador Paz era muy cariñoso con nosotros. Había elegido a Despard de compañero y solía llevarlo a navegar en su pequeña canoa. Otras veces salían en un barco mayor, de dos palos, y Despard y yo componíamos su tripulación; manejábamos las velas bajo su dirección, y como él era oficial naval, el aprendizaje fué excelente. Will no era aficionado a navegar, y a pesar de ser tan osado para las otras cosas, en esa época se sentía más bien nervioso en un velero. Tiempo después, sin embargo, como oirán luego, tuvo que navegar más que Despard o yo.

El maestro se llamaba Armstrong, llegó en el *Allen Gardiner* el 4 de marzo de 1885. Medía más de un metro ochenta, y cuando supimos que íbamos a ser sus alumnos, su terrorífico nombre Armstrong [1] y su elevada estatura nos llenaron de pavor. Con su llegada la vida en Ushuaia cambió, para mal nuestro. Teníamos que estudiar a horas fijas, por la mañana y por la tarde, y debíamos observar cierta corrección en nuestra vestimenta.

A mí personalmente nunca me estusiasmó Mr. Armstrong; reco-

[1] Armstrong: brazo fuerte.

nozco que era universitario y buen deportista, sin embargo él y yo pocas veces estábamos de acuerdo. Odiaba a los chicos serviles y "maricas", y si yo hubiera ido a un colegio inglés sin duda me hubieran llamado "marica" o algo peor, si es que existe alguna expresión peor que ésa. Uno de los marineros del *Allen Gardiner*, comparando desfavorablemente mi gran tamaño y extremada cautela con la osadía y malicia del pequeño Will, me había bautizado "Doña Juana". Este apodo, lleno de indecible desdén, se me pegó como brea. ¡Aun Mr. Armstrong se rebajaba a usarlo! Hasta que me reivindiqué en una pelea. El conflicto ocurrió en pleno invierno; un día estábamos jugando con los muchachos nativos, y uno de ellos tiró una bola de nieve con una piedra dentro a uno de mis compañeros más pequeños y lo lastimó. No pude evitar pelearme con el indio, y éste fué derrotado. Mi nariz sangró hermosamente; Mr. Armstrong debió presenciar la lucha desde alguna ventana o quizás viera en mi cara marcas de la pelea aun después de habérmela limpiado, pues esa mañana en la escuela, después de echarme un sermón muy poco convincente sobre la maldad de reñir, anunció que no me llamaría más "Doña Juana".

Quedó en Ushuaia más de un año; antes de partir se casó con la señorita Martin, hermana de la señora de Lawrence. Más adelante se hizo pastor. Es indudable que su influencia sobre nosotros fué benéfica, pero confieso que me alegré al verlo desaparecer.

El tercer personaje importante, el condenado por asesinato, fué mucho más atrayente y romántico. Era un gaucho llamado Serafín Aguirre; llegó a Ushuaia con el gobernador Paz. Debía ser un protegido de éste, pues aunque estaba cumpliendo una condena por asesinato gozaba de gran libertad. Oriundo de la provincia de Tucumán, era muy entendido en ganado vacuno y caballar, pero despreciaba el trabajo fijo. De tez morena, de aspecto digno, medía cerca de un metro ochenta de altura y combinaba una gran fuerza muscular con una sorprendente habilidad; podía fácilmente voltear una vaca sujetándola con una mano de la quijada inferior y con la otra de un cuerno. Con él aprendimos mucho castellano, aunque la mayor parte de esas palabras hubieran hecho que nos expulsaran de un salón respetable y aun de un establo. Este romántico forastero nos fascinaba, y todos, decididos a ser gauchos cuando mayores, nos procuramos pequeños lazos y boleadoras con los que practicábamos en gallinas, perros y cualquier otro infortunado animal que se nos pusiera a tiro.

Cuando fuimos mayores, mayores fueron también nuestras fechorías; hacíamos que los terneros se escaparan por el portón o por alguna brecha en el cercado y nos dábamos el placer de perseguirlos

tratando de enlazarlos y encerrarlos de nuevo. Estas travesuras ocupaban el lugar de los partidos de fútbol, cricket y boxeo que encantan a los colegiales de otras partes del mundo.

Otra de nuestras travesuras infantiles era fumar a escondidas; como no teníamos cigarrillos, ni siquiera tabaco para nuestras pipas, usábamos cualquier basura: hojas de té secas, líquenes de los árboles, y hasta la bosta seca de caballo nos parecía preferible a privarnos de esta diversión tan varonil. Nuestro "Club de Fumadores" estaba en el cobertizo donde se almacenaba la paja. Si conseguíamos algún cigarrillo, lo escondíamos entre las vigas junto con nuestros útiles de fumar. Un pequeño nabo agujereado, con una pajita introducida por un lado, hacía una excelente pipa; y uno más grande con tres o cuatro pajas según el número de guerreros presentes, constituía la "pipa de la paz", que fumábamos ceremoniosamente después de acaloradas discusiones. Despard tenía demasiado sentido común como para participar en estas extravagancias, aunque estaba enterado de ellas. El enemigo público número uno en ésta y en otras travesuras era Will. Aparte Fred Lawrence (otro miembro de la familia de nuestros vecinos que no he mencionado aún), Will era el menor de la pandilla; sin embargo era el "leader", pero tenía la habilidad de escapar cuando las cosas andaban mal, dejando suponer que eran los otros quienes lo habían arrastrado.

Nunca nos descubrieron, aunque nuestra afición por la menta, que comíamos para disimular el olor a tabaco o a las otras porquerías con que lo sustituíamos, no dejaba de sorprender a nuestra madre. Esta inmunidad se debía en parte a nuestra buena suerte y en parte a nuestra natural aptitud para cuidarnos solos. Una vez el gobernador atravesó el puerto para protestar porque se nos había permitido salir solos en el *Leeloom* en un día de viento; mi padre le contestó que teníamos muy bien desarrollado el instinto de conservación, apreciación muy exacta.

Como Despard era el mayor, tenía más oportunidades para montar a caballo. Nosotros los más chicos debíamos contentarnos con montar terneros. Me alegra poder afirmar que desdeñábamos montar terneros aún no suficientemente fuertes como para poder saltar y tirarnos. Aprendimos así que la única manera de quedar montados durante cierto tiempo consistía en sentarse de frente a la cola y asirse a ella.

Más adelante, y gracias a las enseñanzas de Aguirre, nos hicimos hombres de a caballo. Will, por su osadía y seguridad, fué naturalmente el preferido de Aguirre. Al principio, como nuestro héroe era

tan pequeño lo montaba a las ancas. Muy pronto montó solo y no hubo entonces caballo bastante ligero para su gusto.

Yo, en cambio, buscaba diversiones menos turbulentas, más de acuerdo con mi plácida naturaleza, inclinada a la meditación. Me entretenía trenzando tientos y haciendo botones; éstas y otras labores manuales me fueron enseñadas por Aguirre. Creo que a pesar del horrible lenguaje que nos enseñó, sacamos más provecho que daño de este perfecto tunante.

2

Mi padre siempre había deseado conocer más íntimamente a los alacalufes y a los onas, no sólo con la esperanza de llevarles los beneficios del cristianismo, sino también para estudiar los dos idiomas, tan diferentes entre sí. Después de la reciente inauguración, en que se impuso la ley argentina en la parte oriental de la región, y la creciente afluencia de población blanca, mi padre comprendió que una u otra civilización inevitablemente llegaría a los aborígenes en un futuro cercano; ya fuese la de la Biblia, ya la de la botella de ginebra y el rifle, ciertamente la primera era la mejor. Con ese propósito zarpó en el *Allen Gardiner* para explorar los desconocidos canales de las islas occidentales, hogar de los alacalufes. Con gran alegría de mi parte me llevó consigo.

Este *Allen Gardiner* no era el mismo velero que conocimos, sino su sucesor, el tercer barco que llevaba el nombre del honorable marino. Era una diminuta goleta aparejada con una hélice auxiliar a vapor, no tan marinera como su predecesor, pero mucho más gobernable, con tiempo apacible o a través de los estrechos e intrincados canales donde soplan los vientos que vienen de las montañas.

Teníamos a bordo dos yaganes oriundos de la abrupta región cercana a las costas de la península de Brecknock; uno se llamaba Acualisnan, de apodo Wapisa o Ballena, por su enorme cintura, y Sailapaiyinij el otro, un hombre pequeño y activo de madre alacalufe. Ambos hablaban con fluidez los dos idiomas.

Desde que los primeros exploradores pisaron la Tierra del Fuego había habido choques sangrientos entre los indios alacalufes y los blancos; de modo que cuando navegábamos por las aguas interiores, si bien veíamos a la distancia humo y canoas, ningún indígena se dignó acercarse.

A fin de vencer estos recelos, mi padre, en cuanto avistaba un campamento alacalufe, desembarcaba con sus dos yaganes en el chin-

chorro y desarmado por supuesto; siempre me llevaba consigo, tal era su confianza, justificada por cierto, pues sólo recibíamos testimonios de amistad y cariño de aquellas gentes con las que nos entendíamos por medio de nuestros intérpretes. En un lugar convencimos a tres jóvenes aborígenes (parientes lejanos de Acualisnan, según creo), que acabaron por reunirse con nosotros en el *Allen Gardiner*.

Después de explorar los grandes pero sombríos canales del sur del estrecho de Magallanes, nos dirigimos hacia el Norte, donde encontramos menos viento y mejor tiempo. Los canales que atravesábamos en algunas partes no eran más que hendiduras entre las rocas que se elevaban a más de mil metros de altura a cada lado como irregulares murallas. El clima es tan húmedo que el musgo y los árboles se adhieren a estos peñascos casi perpendiculares. En las noches serenas y claras, las estrellas brillan con doble fulgor en la angosta faja de cielo que se divisa y sus reflejos se multiplican en las sombrías profundidades.

En uno de estos fiordos, cerca de la isla de Wellington, se nos acercó una canoa. Sus ocupantes no vestían ni siquiera el parco delantal que era costumbre entre esos indígenas al igual que entre los yaganes. Un hombre, sin embargo, tenía un sombrero de copa por única vestimenta, y otro un cuello, que pudo ser blanco alguna vez, sujeto con un pedazo de cuero a falta de botón. Ni Acualisnan ni Sailapaiyinij los entendieron, pero sí uno de nuestros jóvenes alacalufes; en esa forma poco usual, a través de una doble interpretación, supimos que eran chonos de más al norte. Mi padre se sorprendió mucho de encontrarlos en esas altas latitudes.

Para impresionar a nuestros huéspedes acerca del poder y de la importancia de los blancos, mi padre resolvió dirigirse hacia el Sur y recalar en Punta Arenas, donde desembarcamos con Acualisnan, Sailapaiyinij y los tres alacalufes. Mi padre y yo, con nuestros cinco indios, todos vestidos con ropas civilizadas, fuimos a dar un paseo por el pueblo más meridional del mundo. Nuestra pequeña banda atrajo mucho la atención, y algunas personas bien vestidas, que hubieran debido tener más discreción, hicieron comentarios en alta voz; de pie en un umbral nos señalaban y aludían en español a la apariencia de nuestros compañeros los indios. Mi padre, que no era ningún tímido, hizo alto, y señalándolos a su vez, se refirió en yagán a los vivos colores de sus vestimentas y al tamaño de uno de ellos que era aun más obeso que nuestro campeón de gordura Acualisnan; comparó a aquél con un gordo pingüino y a Acualisnan con un elegante corvejón; sus palabras fueron inmediatamente traducidas al alacalufe

y provocaron tal estallido de risa burlona, que el enemigo se retiró derrotado.

En nuestro viaje de vuelta desde Punta Arenas a Ushuaia nos acercamos a un macizo de montañas llamado isla de Clarence. Acualisnan nos dijo que no era una sola isla, pues estaba dividida en dos o tres partes con un canal que la atravesaba. Con ese hábil piloto dimos intrincadas vueltas, y el canal Acualisnan puede verse ahora, perpetuando su nombre, en los mapas del Almirantazgo.

Después de dejar a nuestros tres amigos alacalufes entre los suyos, con muchos obsequios y una calurosa invitación para que nos visitaran en Ushuaia, emprendimos el regreso.

En este viaje, antes de encontrarnos por primera vez con los alacalufes, ocurrió un accidente que pudo haber tenido consecuencias fatales. Teníamos a bordo del *Allen Gardiner* una vieja arma traicionera que estaba cargada con cartuchos de bala. Avistamos unos cuantos patos silvestres y la escopeta fué recargada con municiones; uno de los cartuchos se atascó, y cuando mi padre trató de sacarlo con un cuchillo, estalló. La bala quedó sobre la cubierta, donde había apoyado el caño de la escopeta, pero la cápsula de metal se disparó hacia atrás con tal violencia que dejó una fea cicatriz en la sien izquierda de mi padre. Su cara fué tan seriamente quemada por la pólvora que temimos al principio que pudiera quedar ciego. Afortunadamente, no fué así. Se le chamuscaron las cejas y la mayor parte del cabello; y la piel y hasta las córneas quedaron manchadas con granos de pólvora, pero no hubo mayores daños.

Al llegar a Ushuaia encontramos a Despard en idénticas condiciones. Mientras fabricaba cohetes la mezcla estalló sobre su cara. El mismo día y a la misma hora, separados por una distancia de quinientos kilómetros, padre e hijo fueron víctimas de igual accidente, el único de esta clase que les ocurrió en toda su vida. ¡Qué extraña coincidencia!

3

Arriba, sobre la montaña, frente al pueblo de la Misión, había en el bosque un rincón muy verde y muy claro, atravesado por un arroyuelo. Era tan sólo un cuadrado de musgo saturado de humedad, pero a mí me parecía mucho más romántico imaginarlo un paraíso con césped y flores silvestres. Mi sueño era irme a vivir allí, lejos del bullicio del poblado, tener unas cuantas cabras y cultivar una huertecita. Desde esa altura podría divisar la lejana Misión y aun

bajar de cuando en cuando a trocar mi queso de cabra por azúcar y otros refinamientos. Pan no necesitaría, pues ya había comido suficiente durante mis penitencias.

Con el correr del tiempo creció mi ambición y decidí que la isla de Gough, al sur de Tristán da Cunha, fuera el sitio de mi residencia, y una encantadora damisela náufraga se deslizó en mis ensueños. Pero eso mucho después. En aquel entonces, como ya dije, mis sueños juveniles giraban alrededor de esa hondonada verde en el bosque, frente al puerto, y de las laderas asoleadas de las montañas del norte, que semana tras semana, en invierno, proyectaban sus sombras gélidas sobre nuestro hogar.

No era yo el único que ambicionaba transponer los límites familiares en busca de una vida más amplia; Tomás Bridges, mi padre, ese hombre indómito, aunque enfermo, había posado su intrépida mirada sobre un nuevo horizonte.

CAPÍTULO XIII

MI PADRE PLANEA UNA NUEVA AVENTURA. RENUNCIA A SU PUESTO DE INTENDENTE DE LA MISIÓN. VISITA AL PRESIDENTE ROCA EN BUENOS AIRES Y CONSIGUE UN LOTE DE TIERRAS. VIAJA A INGLATERRA Y DE VUELTA TRAE PROVISIONES PARA NUESTRO HOGAR. NOS TRASLADAMOS DE USHUAIA A HARBERTON.

I

RESUMAMOS brevemente la obra realizada entre los aborígenes. En el transcurso de veinte años, unos pocos misioneros transformaron a estos salvajes irresponsables en una comunidad respetuosa de la ley. No sólo en Ushuaia, sino también en muchas pequeñas y escondidas ensenadas de la costa vivían yaganes agrupados en colonias provistas de huertas, cercadas algunas, y ganado. Un indio llamado Samuel Mahteen era dueño de veinte animales. En la orilla de un bosque resguardado cerca del río Ushaij, a unos tres kilómetros al oeste de Ushuaia había construído una modesta casita y cercado una huerta, donde crecían frutales y hortalizas apropiados al clima. En una oportunidad él y su alegre mujercita nos recibieron en su casa a toda la familia incluso mi madre y Yekadahby y nos sirvieron en su rústica mesa frutillas con crema.

En otros órdenes también se notaba progreso, por ejemplo, en las canoas. Durante muchas generaciones los yaganes habían construído sus canoas con corteza de árbol [1]. Estas, al cabo de un año poco más o menos, se pudrían y los aborígenes se veían obligados a construir nuevas, o correr el riesgo que se les desfondaran en medio de una tormenta. Ahora, gracias a las herramientas que la Misión les proporcionaba, las hacían de troncos; no eran tan marineras, pero tenían la ventaja de su larga duración, y podían ser encalladas sobre costas pedregosas, mientras que las de corteza debían ser ancladas lejos de la costa.

Mi padre y sus colaboradores, a fuerza de constancia, habían desarrollado en los yaganes el sentido exacto de la ley, del orden y de

[1] Generalmente el haya siempreverde (*Nothofabus betuloides*), llamado "shushchi" por los yaganes.

los derechos de la propiedad. Debido al poder de la opinión pública y a un mayor grado de conciencia cívica los casos de asesinato eran prácticamente desconocidos y los delitos menores habían disminuído notablemente. No existían fuerzas de policía ni eran necesarias, pues las leyes, aunque no escritas, habían sido inculcadas por la Misión y eran respetadas por todos.

Este era el pueblo que Carlos Darwin había clasificado si no como eslabón perdido, como algo muy parecido.

A pesar de toda esta obra, es comprensible que al llegar los hombres blancos de una categoría muy distinta a la de aquellos que habían vivido tan felices entre los aborígenes, estos hijos de la naturaleza no supieran conservar lo que tenían; se introdujo el alcohol, y los pobres fueguinos, incapaces de continuar su vida sencilla, se dieron por vencidos.

Durante años mi padre había insistido ante la Misión para que se tratara de obtener un lugar en donde los indios dispuestos a trabajar pudieran establecerse. Aspiraba a que la sociedad, de la cual era intendente en las Malvinas y en la Tierra del Fuego, consiguiera del Gobierno Argentino una concesión de tierra donde establecer a los indios para enseñarles su cultivo y otros trabajos. Sometió su proyecto al comité en Londres, pero éste no fué aprobado unánimemente; muchos consideraban que la Misión Anglicana debía limitar su acción a la obra de evangelización. Se supo, además, que las autoridades argentinas estarían poco dispuestas a otorgar una concesión a una sociedad extranjera con asiento en Londres.

Mi padre se sintió defraudado pero no vencido; comprendió que la época de la primera faz de la Misión había pasado, y ya que el comité no quería, o no podía, seguir la única línea de conducta que protegería a los indios contra la invasión prevista por él, debía renunciar y tomar el asunto por su cuenta.

En esa época se realizó la inesperada visita del coronel Lasserre, de Buenos Aires, y sobrevino la devastadora epidemia de sarampión. ¡Qué cambio se produjo! Caseríos abandonados, huertas invadidas por la maleza, ganado carneado por hambre o vendido por alcohol o escopetas de tercera categoría, y lo peor de todo, un pueblo temeroso, debilitado por la enfermedad y asolado por la muerte.

La obra de la Misión estaba condenada a morir. Otra consideración muy humana debe de haber pesado en la decisión de mi padre: tenía seis hijos, todos capaces de ganarse el sustento en la tierra de su nacimiento, pero indefensos contra la competencia de seres criados en ambientes más civilizados.

Mi padre estaba convencido de que el Gobierno Argentino, si bien podría juzgar inconveniente la concesión de tierras a una entidad inglesa, no la negaría a un individuo que había pasado toda su vida en la Tierra del Fuego, máxime teniendo hijos que por ley eran ciudadanos argentinos y que por el hecho de hablar los idiomas inglés, yagán y español constituían útiles lazos de unión entre los fueguinos y las autoridades argentinas.

Después de arribar a estas conclusiones, mi padre se puso en busca de un sitio adecuado para el nuevo establecimiento. Se decidió por un lugar a unos sesenta y cuatro kilómetros al este de Ushuaia que abarcaba una extensión de veinte mil hectáreas e incluía algunas islas sobre el canal de Beagle, siendo la de Gable la mayor de ellas.

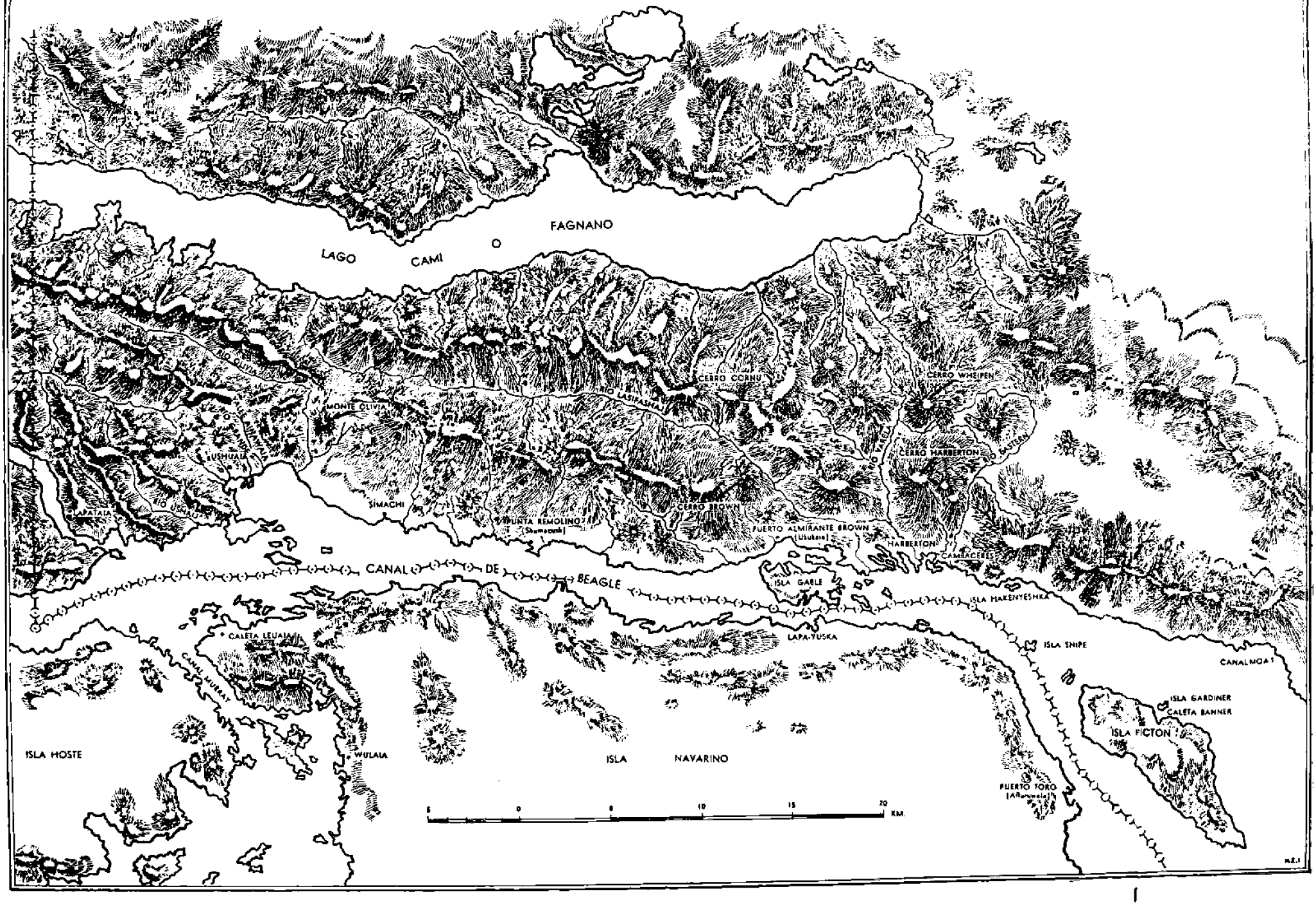
Durante muchos años mi padre había mantenido correspondencia con estudiosos y hombres de ciencia de diferentes partes del mundo, pero desde el establecimiento de la subprefectura y la instalación del gobernador en Ushuaia (1884-1885), su correspondencia con las autoridades del Museo de la Plata, cerca de Buenos Aires, aumentó considerablemente. Además de estas relaciones tan útiles, mi padre contaba con buenos amigos entre los oficiales navales que nos habían visitado en Ushuaia, y su nombre era conocido por numerosas personas influyentes en Buenos Aires. Se valió de estos conductos para hacer averiguaciones. La respuesta fué alentadora: era muy improbable que el Gobierno le negase la concesión de la parcela de tierra que él formalmente pidiese.

Tan convencido estaba mi padre de lo justiciero de su petición y de la generosidad de las autoridades, que, alentado solamente por las promesas verbales de algunos particulares, dió el paso más atrevido de su vida, tan llena de aventuras, renunciando a su cargo de superintendente de la Misión.

Al conocerse la noticia hubo una protesta general. Sus amigos de las Malvinas y de otras partes no dudaban que esta decisión le llevaría derecho a la bancarrota y se sentían realmente apenados por su infortunada esposa e hijos. Señalaban, además, con gran fruición, que aun si la tierra llegaba a ser suya, lo que no era un hecho todavía, era muy arriesgado intentar lo que ningún hombre había osado en esa región al sur del estrecho de Magallanes: es decir, asegurarse la subsistencia sin contar con la ayuda del suelo.

En una reunión del directorio en Londres un miembro prominente de la Sociedad no sólo comparó a mi padre a una rata escapando de un barco náufrago, sino que piadosamente agregó que indudablemente el Diablo lo había seducido para arruinarlo.

USHUAIA Y EL CANAL DE BEAGLE



No todos, sin embargo, fueron contrarios a su proyecto. Compartieron su opinión los miembros de su familia. Willis, el enérgico hombrecillo capitán del *Allen Gardiner*, se adelantó a prestarle setecientas libras (los ahorros de toda su vida) a un interés fijo, cuando nadie quería financiar lo que consideraban una alocada aventura.

Un vez decidido, mi padre no perdió tiempo. Salió a bordo de su ballenero llevándonos a Despard y a mí, y navegando por el canal de Beagle inspeccionó la tierra que nosotros llamábamos Downeast. Al este de la isla de Gable, sobre aguas relativamente resguardadas, existe un grupo de ensenadas. Una de ellas fué elegida provisionalmente, pero una segunda situada un poco hacia el Este fué luego considerada más apropiada. Llamamos a la primera Thought Of [1], por razones obvias; la otra era conocida por los yaganes con el nombre de Ukatush, cuyo exacto significado nunca supimos, y fué bautizada Harberton por mi padre, en recuerdo del lugar de nacimiento de mi madre.

En los alrededores de las costas de este puerto existían muchos lugares que habían sido ocupados anteriormente por poblaciones yaganes, y uno de ellos fué elegido para nuestro futuro hogar. Su nombre yagán era Tuwujlumbiwaia (el puerto de la Garza Negra).

A pedido de mi padre, Jaime Cushinjiz, que había nacido en los alrededores de Downeast, se hizo cargo de esta nueva empresa. Se le dejaron provisiones y suficiente autoridad para emplear a seis de sus compañeros; debían levantar un cerco para la hacienda y otro mayor alrededor del istmo para evitar que los animales escaparan fuera de la península y se internaran en los extendidos bosques del fondo. Este indio recibió también instrucciones para construir chozas para él y sus ayudantes y cultivar más tierra. Mi padre compró ocho vacas y un toro a unos aborígenes.

El 10 de julio de 1886 escribe en su diario:

"Salgo de Ushuaia en el *Allen Gardiner* para Punta Arenas. Me propongo tomar allí pasaje para Buenos Aires y presentar mi solicitud de tierras; una vez obtenidas, seguiré, Dios mediante, a Inglaterra, donde fletaré un buque para traer todo lo necesario para mi instalación. Siento mucho dejar a mi gente. Fui a despedirme de todos y espero volverlos a ver dentro de seis meses y vivir entre ellos por muchos años. Me complacieron mucho sus buenos deseos."

[1] Pensada en.

Llegó a Buenos Aires el 23 de ese mismo mes. Durante su estada en la capital fué huésped del doctor Moreno, director del museo de La Plata, quien lo trató con todo cariño, y le presentó muchos amigos influyentes, incluso a su tío Antonio Cambaceres, presidente del Congreso. También conoció a Rufino Varela, suegro del doctor Moreno, de quien dice mi padre en su diario: "hablaba bien el inglés e hizo cuanto pudo por defender mi causa".

Antonio Cambaceres lo acompañó repetidas veces a la Casa de Gobierno y le presentó a varios ministros, senadores y diputados, entre ellos al ex presidente Bartolomé Mitre y al entonces presidente Julio Argentino Roca.

El general Roca, brillante y progresista hombre de Estado, había sido soldado y político. En sus días de juventud había capitaneado más de una expedición punitiva contra los turbulentos indios pampas, que vivían en las inconmensurables planicies situadas entre los Andes y el Atlántico. Más que cualquiera de sus contemporáneos se había distinguido en la campaña de reducir al orden a esas fieras tribus. Era, pues, capaz de apreciar el valor de este humilde soldado que había actuado en el territorio de un pueblo igualmente salvaje, generalmente solo y siempre desarmado y sin más sostén que una fe inquebrantable en su divina misión.

El presidente Roca recibió con gran simpatía a mi padre. Ambos tenían rasgos comunes: poco más o menos de la misma estatura, delgados y nerviosos, de mirada ardiente y ansiosa y cara pequeña, dominada por una frente alta y ancha. Ambos usaban barba y bigote cuidadosamente recortados. Ahí terminaba el parecido. Roca era completamente calvo, rubio y de ojos claros de un azul grisáceo; en cambio mi padre tenía una espesa cabellera negra como el azabache, entonces veteada de blanco y sus ojos eran castaños muy oscuros.

El presidente hablaba bastante inglés. Por supuesto, estaba enterado del objeto de la visita, pero hizo muchas preguntas a mi padre respecto a esa región del Sur, tan poco conocida, y a sus habitantes, y, finalmente, considerando a su interlocutor no como a un mero solicitante, sino como un valor ya acreditado, le preguntó:

—¿Cómo podría mi gobierno recompensar, de algún modo, la vida de sacrificio que usted ha llevado y la humanitaria tarea que ha realizado?

—Dándome una parcela de tierra —respondió mi padre— donde pueda establecerme y crear un hogar para mis hijos nacidos en este país.

Trajeron un mapa y se marcó el terreno solicitado por mi padre,

con una extensión de ocho leguas cuadradas, poco más o menos veinte mil hectáreas, valuadas en esa época en cincuenta libras esterlinas por legua cuadrada. Roca creyó que con el consentimiento del ministro del Interior y del ministro de Tierras y Colonias podría otorgar directamente el terreno sin llevar el asunto al Congreso, y por consiguiente aseguró a mi padre que esa tierra sería tan suya como la chaqueta que llevaba puesta.

Resultó que el presidente, aun respaldado por sus ministros, no podía hacer donación de tierras, así que el asunto tuvo que someterse al Congreso. Allí, apoyado por los buenos y eficientes amigos de mi padre, pasó por ambas Cámaras en tres horas, con muy poca oposición. Aún había mucho que hacer antes de que la escritura pudiera ser extendida. Hubo que localizar el terreno, medirlo, y trazar de él un plano exacto. Resultó una enorme tarea, que ocupó durante mucho tiempo al agrimensor del Gobierno, por el difícil acceso a la tierra y sus innumerables bahías y ensenadas pantanosas e islotes irregulares.

El presidente Roca prometió a mi padre firmar las escrituras preliminares en cuanto estuvieran listas; y así fué cómo, el 1º de octubre, dos meses después de su llegada a Buenos Aires, mi padre, en la creencia de que el asunto estaba bien encaminado, se embarcó rumbo a Inglaterra a fin de comprar materiales y provisiones para nuestro nuevo hogar.

2

Doce años después, Roca fué reelegido presidente, y durante un viaje al límite sur de sus dominios nos hizo a nosotros y a la memoria de nuestro padre, que había muerto poco tiempo antes, el honor de visitar a Harberton.

El séquito del presidente se componía de casi cincuenta personas. Mi madre recibió a todos en su casa, y les sirvió té y frutillas con crema a la usanza del condado de Devon. El presidente habló de mi padre en los términos más elogiosos, y nos dijo que recordando su promesa había insistido para que el decreto que garantizaba la tierra a mi padre le fuese sometido a su firma; había aparecido sobre su escritorio el último día de su gobierno y fué, añadió, el último decreto firmado por él durante su primera presidencia y el que le había proporcionado mayor satisfacción.

Aproximadamente por la misma época de la visita de Roca a Harberton, fueron concedidas a Lawrence, leal y constante amigo de mi padre, poco menos de ocho mil hectáreas, o sea tres leguas, en Punta

Remolino (Shumacush), en el canal de Beagle. Allí se estableció con su familia aunque permaneció al servicio de la Misión hasta su muerte, ocurrida a una edad avanzada.

Julio Roca fué un gran jefe de Estado, sabio y bondadoso. Su mayor hazaña, en mi opinión, la realizó en un litigio de fronteras con nuestro vecino Chile, hacia el final de su último período como presidente.

He vivido durante años a ambos lados de esa frontera y la he cruzado en cien lugares diferentes, muy lejanos unos de otros, y desde mi punto de vista de ganadero considero que el terreno disputado valía menos que una mediana estancia en la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, ensoberbecidos con la "dignidad nacional" y roncos de clamar "nuestros derechos soberanos" sobre desiertos, pantanos, rocas y ventisqueros, estábamos dispuestos los pueblos de Argentina y Chile a saltar uno sobre otro y deshacernos mutuamente. La guerra parecía inevitable cuando Roca, dejando de lado su orgullo, concertó una entrevista con el presidente Errázuriz en la pequeña población chilena de Punta Arenas, en la cual los dos hombres pudieron solucionar la cuestión como todas estas disputas debieran serlo: ¡beneficiando a sus pueblos con muchas décadas de paz y amistad, en lugar de quién sabe cuántas contiendas y amarguras!

En la ciudad de Buenos Aires, sobre un pedestal de mármol gris, se levanta una gran estatua de bronce del presidente Roca. Está con su uniforme de general, montado en un vigoroso corcel, pero, aunque imponente, parece cansado; también su caballo, en lugar de corcovear en alguna postura imposible, parece marchar tranquilamente, y si bien su arqueado pescuezo y las tirantes riendas indican que tiene aún fuerza y ardor para proseguir, algo en su actitud denuncia que el animal ha soportado un largo día de trabajo.

Corrobora la sencillez de este monumento el hecho de no ostentar inscripciones elogiosas en dorados caracteres; sólo están grabadas en el mármol desnudo las cuatro letras: ROCA.

3

Mi padre adquirió en Inglaterra todo lo que nosotros podíamos necesitar por mucho tiempo. Hizo construir las armazones para una gran casa de madera en la carpintería de mi abuelo, en el condado de Devon. Lo más necesario era un buen barco, y su elección fué motivo de angustia y preocupación. Después de muchas dificultades

consiguió fletar el *Shepherdess*, un bergantín de unas trescientas sesenta toneladas de carga que le costaba a razón de dos libras esterlinas y media diarias. Su capitán no era hombre de carácter fácil. Pertenecía a una secta religiosa muy peculiar y pretendió, después de haber pasado una desenfrenada juventud, haberse dado cuenta de lo reprobable de su conducta; con lágrimas de arrepentimiento había prometido rehabilitarse y en prueba de ello llevaba cosida en la solapa de su chaqueta una cinta blanca y celeste.

Se completó la carga del bergantín con ladrillos, piedra caliza y un poco de carbón para ser vendido en Harberton a los vapores que pasaban; así el barco equipado zarpó para Tierra del Fuego. Viajaban a bordo dos carpinteros del condado de Devon y el señor Eduardo Aspinall, que debía reemplazar a mi padre en el cargo de superintendente de la Misión; llevaba también como pasajeros un toro del sur de Devon, cuatro carneros Romney Marsh, una pareja de cerdos del condado de Devon y dos perros ovejeros.

El capitán, pese a sus principios tan estrictos, se sintió inclinado a aumentar sus ingresos a expensas de mi padre, y sabiendo que la paga se calculaba por día y no por milla, procuró prolongar el viaje lo más posible.

4

Mi padre había anunciado que volvería a los seis meses, pero pasó este tiempo y él no regresaba. En Harberton, Jaime Cushinjiz y sus compañeros habían consumido todas las provisiones y trabajado muy poco. Esta indolencia era debida en gran parte a los efectos del sarampión que había afectado al benévolo capataz. Cushinjiz se contentó con mantener la hacienda mansa, aumentada con el nacimiento de algunos terneros.

Mientras tanto, la familia aguardaba ansiosa el regreso. Los seis meses se fueron alargando a siete, ocho, nueve, hasta que mi madre, no pudiendo aguantar más, dejó a mis hermanas Berta y Alicia al cuidado de Yekadahby y se embarcó en el *Allen Gardiner*, que casualmente se hallaba en el puerto, con rumbo a Harberton llevándonos a los tres varones.

Viajamos con la esperanza de encontrar a mi padre en Harberton, pero no tuvimos esa felicidad. Como el *Allen Gardiner* no podía quedar mucho tiempo allí y mi madre no estaba dispuesta a regresar a Ushuaia, Robbins, el ingeniero de a bordo, nos ayudó en esta emergencia; valiéndose de unas tablas y unas chapas de cinc que

habían quedado al cuidado de Jaime Cushinjiz en un viaje anterior, nos construyó en dos días una casilla de dos piezas. La llamamos la "Cabaña de Robbins".

Habíamos planeado ocuparla al día siguiente y vivir allí hasta la llegada de mi padre, o, idea funesta, hasta que lo diéramos por perdido. Pasamos esa noche a bordo del *Allen Gardiner*.

La mañana siguiente amaneció fría; bajo un cielo despejado, mar afuera, a tres millas de distancia, divisamos al bergantín, que aparentaba ser de gran tamaño bajo sus velas cuadradas. Había tardado ciento ochenta días en su travesía desde Inglaterra.

Así fué cómo, reunidos después de tantos meses de angustiosa espera, iniciamos en Harberton nuestra nueva vida.

II

HARBERTON

1887 - 1899

CAPÍTULO XIV

NUESTRO NUEVO HOGAR EN HARBERTON. FAENAMOS CERDOS. VELADAS HOGAREÑAS. DIVERSOS ENTRETENIMIENTOS. LLEGAN LIBROS DE INGLATERRA. PATINANDO EN LOS LAGOS. ENCUENTRO UN PRETEXTO PARA PATINAR LOS DOMINGOS. EL "SHEPHERDESS" LLEVA POSTES A LAS MALVINAS. DESPARD ENFERMA DE FIEBRE TIFOIDEA.

I

HACE siglos el nivel del mar en Ushuaia debió estar unos seis metros más alto que hoy. En muchos lugares de formación arcillosa hay colinas de suave declive que terminan bruscamente en bancos muy escarpados. Al pie de estos bancos la tierra, generalmente rocallosa, baja en declive más suave hasta el mar. No hay duda de que las innumerables penínsulas que ahora forman parte de la tierra fueguina eran, en otros tiempos, islas separadas. Existe en Ushuaia un istmo de medio kilómetro de extensión que los indios llaman *Yaiyuashaga*. Está cubierto de vegetación y se alzó sobre el nivel del agua quizás por miles de años; sin embargo, *ashaga* quiere decir en yagán canal y no promontorio. Este hecho no sólo confirma que el nivel del mar bajó durante el transcurso de los siglos, sino que indica, además, que los aborígenes habitaban ya esta tierra antes de que se produjera ese cambio geológico.

Una de estas penínsulas fué el sitio elegido para nuestra finca y cerca de la playa, sobre una de las mencionadas colinas instalamos nuestro nuevo establecimiento. Detrás se levantaba un banco escarpado de unos cuatro metros y medio de altura, cuya colina estaba coronada por un espeso monte de árboles de hoja perenne y especies, de ocho hectáreas poco más o menos de extensión. Las expuestas colinas de los alrededores estaban cubiertas de hierba, pequeñas hayas antárticas [1] y arbustos espinosos con cuyas frutas hacíamos deliciosos budines.

Las ensenadas estaban cubiertas de bosques y sus playas eran intransitables para los caballos y de difícil acceso para el hombre de a pie, por los muchos árboles caídos y sumergidos en el barro, blando

[1] *Nothofagus pumilio*. Este árbol rara vez alcanza más de 13m.50 de altura ni de 2m.50 de circunferencia. Crece como un arbusto en tierra seca o pantanosa y queda sin hojas durante siete meses al año.

como crema y profundísimo. Los árboles llegaban hasta el borde mismo del agua, lo que nos evitaba la pesada tarea del arrastre. Los troncos que utilizábamos como combustible y para carpintería podían, durante la marea alta, ser cargados directamente al barco o, armados como balsas, remolcados hasta nuestra finca. La tala cumplía una doble finalidad: abastecer al campamento y abrir camino a través del bosque.

Durante todo ese invierno, que fué muy riguroso, el *Shepherdess* quedó fondeado en el puerto entretanto se trabajaba en la descarga. Como no había muelles ni desembarcaderos, ni guías, ni barcazas, todo debía ser transportado en botes o arrastrado por la playa pedregosa. La tierra estaba helada y dura como roca y se corría el riesgo de que en una sola noche quedara sepultado bajo medio metro de nieve. Los marinos del *Shepherdess* consideraron terminadas sus obligaciones una vez desembarcada la carga. Los dos carpinteros del condado de Devon, que quedaron cierto tiempo en Harberton, eran excelentes personas, pero poco prácticos como estibadores y sin gusto por ese oficio; los yaganes en cambio, demostraban buena voluntad, pero eran indolentes para un trabajo fijo; pertenecían a una raza en decadencia y parecían estar compenetrados de ello. Sin duda, se esforzaban cuanto podían. El romántico gaucho Serafín Aguirre, que nos había acompañado desde Ushuaia, era muy eficiente en materia de caballos y demás ganado, pero detestaba el trabajo como obligación, era demasiado orgulloso. Quedaban, pues, mi padre, un hombre ya muy enfermo, y sus hijos, que aunque jóvenes éramos muy vigorosos.

Era imprescindible poner bajo techo el material perecedero descargado del *Shepherdess*; fué, pues, necesario emplear gran parte de la madera procedente de la carpintería de mi abuelo en el condado de Devon y que estaba destinada al armazón de nuestra casa. Con gran pesar de mi padre, la nueva finca no pudo ser construída enteramente con ese material y debió completarse con madera del lugar. Vivimos en la cabaña de Robbins hasta la primavera, época en que pudimos habitar tres dormitorios de la nueva casa. Pasó más de un año antes de que se terminara la construcción.

Nuestro puerto, dada su orientación, estaba bien protegido por las tierras que se levantaban detrás de él hacia el noreste; la nueva casa recibía el sol en verano hasta bien entrada la tarde, cuando las pesadas sombras de la colina protectora del fondo invadían el lugar. La luz crepuscular lucía sus últimos destellos en las colinas y en los bosques de los alrededores del puerto. Era la hora en que mis padres,

cogidos de brazo, daban su paseo vespertino hasta que caía la noche y el aire se tornaba frío; luego, al reflejarse las colinas en las oscuras aguas tranquilas, el paisaje adquiría un plácido encanto, tan especial, que no encuentro palabras para describirlo.

Fué en abril de 1887 cuando nos mudamos de Ushuaia a Harberton. Mis padres tenían ambos cuarenta y cuatro años de edad. Despard tenía catorce, yo doce, Will diez, Berta ocho y Alicia, la menor, cinco. Yekadahby, naturalmente, vino con nosotros a Harberton. Aguirre se trajo una rolliza mujer yagana con quien había condescendido en casarse. No hay duda que fué por favorecerla a ella que mi padre dió trabajo a Aguirre, y nosotros los muchachos estábamos encantados de tener otra vez a nuestro héroe cerca.

De Ushuaia vinieron también algunas familias yaganes, muy contentas de poder establecerse en un lugar donde seguirían gozando de la protección de un amigo como mi padre. Variaban en número pero a veces eran más de sesenta. A todos los que deseaban trabajar se les daba ocupación a cambio de pan, café, azúcar y ropa. A los más expertos, en especial a los que habían aprendido a manejar la sierra, se les entregaba un vale para comprar otros productos, a cuyo consumo se habían acostumbrado después de vivir en contacto con los blancos. En la época de *lacasi*, cuando un cardumen de sardinetas, seguido de voraces peces y pingüinos, venía desde el océano, los yaganes volvían a su vida primitiva. Quedaban todo el día afuera en sus canoas arponeando pingüinos y sólo uno o dos de ellos seguían trabajando en el establecimiento. Pero en época en que escaseaba la comida contábamos con más de veinte ayudantes; unos trabajaban en la tierra que estábamos obligados a cultivar para atender las necesidades de esta numerosa familia, otros aserraban tablas y tirantes para construcción. Algunos habían aprendido en Ushuaia a usar la sierra abrazadera, y pronto enseñaron a otros, de manera que poco tardamos en tener tres sierras en marcha en Harberton.

A los cerdos del condado de Devon —entre ellos había una hembra blanca— se los juntó con dos hembras negras: Mayorca y Minorca, de Ushuaia. En las primeras tres pariciones: Mayorca tuvo dieciocho, Minorca catorce, y la cerda blanca de Devon se contentó con una modesta familia de ocho. Estos animales se bastaban a sí mismos durante el verano, pero en invierno había que alimentarlos. Debíamos arrancar arbustos y cultivar nabos para satisfacer su apetito. Con el correr del tiempo los cuatro primitivos aumentaron a más de ciento, que no tardaron en volverse salvajes y devoraron gran parte de nuestros cultivos. Esto no disgustó a mi padre, pues le permitió

emplear a todos los yaganes, aun a los menos inclinados al trabajo; pero parte de la tarea del cultivo de la tierra recaía sobre mis hermanos y sobre mí, y nosotros no compartíamos la satisfacción de nuestro padre. Preferíamos mil veces cazar guanacos y pájaros o pescar con redes que cultivar verduras y cocinarlas para los cerdos. Fué, pues, un alivio para nosotros y motivo de alegría la nueva decisión de nuestro padre, de reducir la piara. La faena fué una tarea muy divertida. Pronto hubo gran abundancia de jamones ahumados y salados no sólo en el establecimiento, sino también en las chozas de los yaganes.

Los carneros Romney Marsh que mi padre había traído en el *Shepherdess* eran animales grandes, pero de lana gruesa y ordinaria, y como la lana y no la carne era el principal producto para el mercado, no resultaron una buena inversión; mi padre tenía la intención de conseguir más ovejas de las Malvinas. El toro colorado de cuernos cortos de la cría del sur de Devon era sumamente manso y pronto alcanzó un tamaño enorme. Nuestro rebaño aumentaba, y los guampudos toros criollos rodeaban al extranjero, mugiendo con odio, pero prontos a retroceder humildemente apenas aquél ofreciera combate. Sus descendientes mestizos, especialmente las vacas todas buenas lecheras, resultaron una excelente raza que hoy todavía existe en esas regiones.

2

En Harberton hacíamos casi la misma vida que en Ushuaia, aunque nuestra labor diaria era mucho más pesada. Durante las veladas comentábamos los trabajos de la jornada y los que preparábamos para el día siguiente. Solíamos jugar al dominó y al snap, un juego de cartas muy entretenido, en el que todos participábamos. Despard jugaba a las damas o al ajedrez con mi padre. Mi pasatiempo favorito eran los problemas matemáticos, a los que me dedicaba, no con el ánimo de mejorar mi inteligencia, sino para mi propio deleite. Estos entretenimientos y otros similares se sucedían en la sala; también pasábamos parte del tiempo en la cocina ocupados en otros quehaceres: limpiar y aceitar las escopetas, hacer riendas para los caballos, trenzar tientos, confeccionar botones y mocasines, calzado éste de tan poca duración que no servía más de una semana.

Mis padres poseían una colección de libros bastante importante. Un amigo bien intencionado legó en su testamento a mi padre la suma de veinte libras para ser invertida en literatura destinada a

alegrar nuestras largas noches de invierno. La persona encargada de comprar los libros adecuados tenía ideas raras respecto a nuestras necesidades. El cajón llegó a su debido tiempo, y al abrirlo descubrimos, ¡ay!, que contenía el *Reposo de los santos* de Baxter, la *Concordancia* de Cruden y otros oscuros volúmenes igualmente edificantes y aburridos. Afortunadamente, nuestra biblioteca contaba con libros amenos. Teníamos la colección anual encuadernada de *The Leisure Hour* [1] y *Sunday at Home* [2], muchos de cuyos cuentos leíamos en alta voz. Mi padre, de carácter fuerte y resuelto hasta la obstinación, se enternecía sin embargo con los cuentos emotivos; su voz se tornaba ronca y debía interrumpir su lectura. En cambio, mi madre podía seguir leyendo, serena aún, los más emocionantes episodios.

De tiempo en tiempo, los niños recibíamos de nuestros buenos amigos de Inglaterra *The boys' Own Paper* [3] y *Chums* [4]. Los relatos que preferíamos eran aquellos en que niños de nuestra misma edad clavaban sus puñales en los cuerpos de los malvados piratas o perseguidos por pieles rojas sedientos de sangre recorrían a galope increíbles distancias en caballos incansables. Mi padre desdeñaba estos relatos maravillosos, así que no los leíamos en voz alta, porque nos daba pena que se desperdiciara tan buena literatura en oídos incrédulos.

Al finalizar la velada, nuestro padre nos leía un capítulo de la Biblia, que a veces comentaba. Luego recitaba una corta oración, generalmente de acción de gracias, después de la cual nos íbamos a dormir.

3

Nuestro deporte de invierno preferido era el patinaje. Cerca de Harberton había varios lagos, y cuando el viento barría la nieve que los cubría podíamos darnos el gusto de patinar. No tenía yo especial habilidad para saltar o correr, pero podía realmente patinar de prisa; nunca me enfrenté allí o en otros sitios con nadie capaz de ganarme. Mientras los demás giraban con elegancia, yo me deslizaba lo más rápidamente que podía; la velocidad era mi pasión. Mis patines favoritos tenían correderas largas y estrechas, con un gancho encorvado hacia arriba en la punta. Un capitán de Terranova que patinó con nosotros en una ocasión y parecía entender mucho de este deporte, me aconsejó que fuera a alguna parte a disputar un campeonato de

[1] Las Horas de Ocio.
[2] Los Domingos en Casa.
[3] El diario de los niños.
[4] Compañeros.

velocidad. Años después alguien encontró un Almanaque Whitaker, donde estaban consignados los *records* de patinaje y me empeñé en igualar el tiempo del campeón mundial de la milla. Si el reloj de carreras que teníamos entonces merece crédito, resulta que no hubo diferencia entre nosotros dos.

Cuando éramos muchachos en Harberton, nos gustaba jugar a la *mancha* y a "vigilantes y ladrones"; señalábamos un límite en el lago más extenso, que no debíamos traspasar; en estos juegos yo siempre sacaba ventaja. Patinábamos a menudo por la noche, y nunca olvidaré la belleza de la luz lunar reflejada en el lago, en medio de la inmensa selva silenciosa.

A mi madre no le agradaba que patináramos los domingos, pero yo encontré el medio de superar esa dificultad. En esa época abundaban los zorros y para atraparlos no utilizábamos trampas con resortes, porque, además de ser costosas, eran consideradas crueles. Usábamos una caja, que armábamos en casa, llamada "Iglesia Maltesa". Para empezar, yo colocaba las trampas en el confín de uno de los lagos y todos los días durante una semana me iba patinando a buscar los zorros que se hubiesen capturado. Cuando llegaban los domingos yo me mostraba afligido por el infortunado animal que podía haber caído en la trampa durante la noche; mi madre estaba conforme en que fuera a revisar las trampas; yo le explicaba entonces que haría el camino mucho más rápidamente y con menos esfuerzo, en patines, como lo hacía durante la semana; así fué cómo empezamos a patinar los domingos.

4

Cada día de invierno que el *Shepherdess* quedase anclado en el puerto de Harberton nos costaba quince chelines. Al llegar la primavera, mi padre, viendo la oportunidad de ganar dinero, que tanta falta nos hacía, y de procurar al mismo tiempo una ocupación remuneradora a sus queridos yaganes, decidió utilizar el barco para llevar una carga de postes a las islas Malvinas, donde no existían bosques naturales y en consecuencia se pagaban a buen precio.

En esa oportunidad volvió a sentir mi padre la oposición del capitán. Sabiendo que se seguía pagando invariablemente a la embarcación dos libras y medias diarias, éste continuó su política de dilación negándose a zarpar de Harberton hacia ningún puerto que no estuviese marcado en el mapa del Almirantazgo. Esto significaba que el *Shepherdess* no podía ser utilizado para cargar madera apropiada

para postes desde distintos puntos a lo largo de la costa. Mi padre explicó al capitán que podía explorar antes en un bote los lugares donde había de llevar el bergantín, pero el hombre se negó rotundamente. El resultado fué que en lugar de zarpar rumbo a las Malvinas con una carga completa de unos treinta mil postes, el *Shepherdess* partió con menos de cuatro mil en su bodega.

Poco antes de ese viaje, Despard había ido hacia el Este con la esperanza de cazar un guanaco. Al hallar un lago de agua límpida, se detuvo a beber unos tragos, pero observó que el agua tenía mal gusto. Llegó de vuelta a casa el día de la partida del *Shepherdess*, con síntomas de indisposición y fué derecho a la cama. Al principio supusimos que se había resfriado, pero empeoró rápidamente. Mi madre, muy afligida, decidió solicitar ayuda médica a Ushuaia. Envió a Jaime Cushinjiz con una carta urgente para el señor Aspinall, el nuevo intendente de la Misión.

Jaime, con unos cuantos compañeros yaganes, zarpó en el *Berta*, un buen barco que mi padre había comprado en Inglaterra, pero ese día el mar estaba demasiado embravecido como para que un bote abierto intentara remontar el canal.

El tiempo siguió tormentoso y pasaron varios días antes de que el *Berta* volviera a Harberton. Agotada por la ansiedad, mi madre recibió a Jaime, quien le dijo tristemente:

—Demasiado viento, muy fuerte, señora. Todo el día, toda la noche nosotros no venir a Ushuaia.

—¡Oh Jaime! —dijo mi madre—. ¿Cómo ha podido venir a decirme eso?

Se iluminó el semblante del indio y contestó:

—Vapor muy cerca señora, venir ahora.

Y así fué. Mientras hablaba apareció el *Comodoro Py* contorneando la punta, a la entrada del puerto.

La primera observación de Jaime había sido exacta, y con ella deseaba no sólo excusarse por haber tardado tanto, sino también impresionarla con los heroicos esfuerzos que habían realizado él y sus compañeros. El mal tiempo les había impedido acercarse a más de diez millas de distancia de Ushuaia. Desembarcaron en la Punta de Jones e hicieron tres señales de humo, que fueron vistas desde Ushuaia. El *Comodoro Py* fué enviado para averiguar y llevó de vuelta la carta de mi madre al señor Aspinall. Luego este barco zarpó para Harberton llevando a bordo al médico del Gobierno. Jaime Cushinjiz encabezó la marcha con el bote y gracias al fuerte viento conservó la delantera hasta llegar a casa.

En estos lugares apartados, cuando al fin llega el médico, el paciente ya ha muerto o se ha restablecido, y Despard no estaba muerto. El doctor diagnosticó fiebre tifoidea, motivada por el agua del lago; tenía razón. En el invierno anterior un enorme pescado muerto, probablemente un tiburón, fué arrastrado hasta la playa al Este de Lanushwaia (Puerto Pájaro Carpintero). Un grupo de indios aush se dió con él un gran banquete, con el resultado de que muchos de ellos y algunos de sus perros murieron. Durante uno de los viajes que efectuaba el *Comodoro Py* para suministrar ayuda, se comprobó que los sobrevivientes habían arrojado los cadáveres al lago, debido a que el suelo estaba demasiado endurecido como para cavar fosas.

No es de extrañar, entonces, que Despard contrajera la enfermedad.

CAPÍTULO XV

MI PADRE COMPRA GANADO VACUNO EN LAS MALVINAS. EL GOBERNADOR PAZ NOS VENDE CABALLOS. LA PROEZA DE COSMOS ESPIRO Y JUAN FARIÑA. UN VIAJE TORMENTOSO A BORDO DEL "BERTA". MI PADRE COMPRA MÁS OVEJAS. LAS DESEMBARCA EN LA ISLA DE GABLE. ZORROS FUEGUINOS. DESPARD Y YO CONSTRUIMOS UN BOTE.

I

CUANDO el *Shepherdess* arribó a las Malvinas, el capitán, ya seguro al parecer de su salvación eterna, comenzó a divertirse como suelen hacerlo los marinos, y a causa de ello se retrasó la salida. No obstante, los cuatro mil postes fueron vendidos a buen precio, y si se hubiese podido cargar la embarcación hasta el tope, mi padre hubiera hecho pingües ganancias en ese viaje.

Había sido su intención traer ovejas en su viaje de vuelta a Harberton, pero tuvo inconvenientes para obtenerlas. Padece el ganado lanar una enfermedad llamada escabro, motivada por un parásito apenas visible para el ojo humano. Cuando se propaga en un rebaño, es sumamente difícil exterminarlo. Al llegar mi padre a las Malvinas se enteró de la existencia de esa plaga y no quiso correr ni el menor riesgo de importarla a una tierra donde aún no se conocía, no obstante el excelente precio de cuatro chelines por oveja que le cotizaban.

En las dos únicas islas en que estaba seguro de que no había sarna, el precio oscilaba entre dieciocho chelines y una libra por cada hembra y cinco libras por cada macho. Aun así mi padre sólo pudo conseguir entre trescientos y cuatrocientos de esos animales. Uno de los criadores, a fin de dejar más lugar para las ovejas, estaba matando el ganado vacuno, que se le había vuelto bagual tiempo atrás. Mi padre adquirió unos setenta de esos animales, al precio de una libra y media cada uno, entregados en el agua, al lado del barco.

El *Shepherdess* zarpó para Harberton llevando a bordo el ganado lanar y vacuno. Las previsiones de mi padre dieron sus frutos. La crianza de ovejas en Harberton comenzó con animales absolutamente sanos. Durante más de cincuenta años no hubo necesidad de bañar las

ovejas allí, y gracias al mar y a las montañas que las aislaban, nunca fueron contaminadas por rebaños vecinos.

Las ovejas fueron desembarcadas del *Shepherdess* en las islas menores del canal. La mitad del rebaño desembarcó en Walanika (la isla de los Conejos) sita bien adentro del Canal y desde donde no podían escapar los animales. La otra mitad siguió hasta Harberton, donde fué desembarcada. Un cerco levantado alrededor del istmo unía la península con la tierra principal y formaba un seguro corral para los animales. El ganado, debilitado por las penurias del viaje, no tardó en tierra firme en tornarse fuerte y hasta peligroso.

El cuidado de estos animales hacía necesario tener caballos: el ganado bravío no respeta a los hombres de a pie. El único caballo que poseíamos era aquel zaino de perfil romano que el gobernador Paz regaló a mi padre. En otras épocas ese animal había pertenecido a los indios tehuelches de la Patagonia, quienes, por su gran velocidad, lo usaban para cazar guanacos; apenas sentía un jinete sobre el lomo, partía como una flecha.

Mi padre compró al gobernador Paz diez animales más; cuatro de silla, dos yeguas y los restantes potrillos. Posteriormente se agregaron otros siete como consecuencia de la extraordinaria conducta de dos hombres muy guapos.

Un día tuvimos la gran sorpresa de ver un jinete solitario que cabalgaba por la orilla norte del puerto de Harberton, proveniente del Este. Era esto tan inesperado, que nuestra sorpresa no hubiera sido mayor si el jinete y su caballo hubieran llegado nadando por el océano. Cruzamos el puerto en un bote para salir al encuentro de este hombre alto y delgado. Se presentó como Cosmos Erasmus Espiro, de nacionalidad griega. Poco después se le unió su compañero, llamado Juan Fariña, que llegó con cinco caballos y una yegua.

Espiro y Fariña, este último chileno o quizás uruguayo, habían cabalgado por la costa noroeste de la Tierra del Fuego, y cruzando más hacia el Este, donde las montañas son menos elevadas, habían llegado, cortando camino, hasta Harberton. Este viaje, que había durado tres meses, tenía por objeto la busca de oro. Nos dijeron que habían tenido que hacer fuego sobre los indios onas a primera vista, pues habría sido peligroso dejarles aproximarse demasiado.

Las tierras que habían atravesado son menos boscosas y sus montañas menos abruptas que las del Oeste, pero hay leguas y leguas de terrenos fangosos donde sólo se puede avanzar con los caballos siguiendo los arroyos que zigzaguean entre el lodo. Por lo general estos arroyos tienen lechos de piedra, pero sus altas riberas de turba, cu-

biertas de espesos arbustos impiden el cruce a caballo en muchos sitios.

Estos dos hombres habían hecho un viaje extraordinario, y fueron los primeros y únicos seres humanos que trajeron caballos por esa ruta. Con gusto los vendieron a mi padre y volvieron a la vida civilizada que ofrecía Ushuaia.

2

En una ocasión el *Allen Gardiner* llegó a Harberton con la urgente necesidad de conseguir carne, y mi padre le facilitó veinte carneros capones, con la condición de que cuando volviera de la isla de Keppel, donde no había escabro, le trajera el mismo número de hembras panzonas. Cuando la embarcación volvió a anclar en el puerto y nos avisaron que tenían a bordo las ovejas que nos debían, era tanta nuestra inquietud ante el peligro de propagar la plaga a estas tierras, que mi padre decidió desembarcar a esos animales en una isla apartada y mantenerlos ahí en cuarentena durante un año.

Esa misma tarde, aunque el tiempo no ofrecía perspectivas nada halagadoras, hicimos subir las veinte recién llegadas a bordo de nuestro mejor bote, el *Berta*, y partimos rumbo a Yekhamuka, una isla adecuada en el canal interior del Gable, a unas ocho millas de Harberton. Los tripulantes éramos: Despard, un par de yaganes, un joven marinero del *Allen Gardiner*, que estaba encantado con la idea del viaje, y yo.

Avanzamos luchando contra el viento noroeste, que soplaba siempre más fuerte, y desembarcamos las ovejas al atardecer. Mientras mi padre se cercioraba de que había agua en una pequeña hondonada, nos apresuramos a colocar piedras chatas como lastre en el fondo del bote y arrizamos la vela mayor, pues veíamos pasar grandes cúmulos por encima de las montañas del norte, y sabíamos que el viento iba a aumentar su violencia.

Mi padre volvió, y tomando el timón nos dijo que soltáramos amarras y que izáramos las velas. Luego, disgustado al ver que habíamos tomado un rizo sin su orden, nos hizo soltarlo inmediatamente, de modo que con el viento a nuestra cuarta avanzábamos a toda vela, a gran velocidad, en dirección a casa. A mitad de nuestro camino, la barra de la boca del río Lasifharshaj nos obligó a mantenernos a buena distancia de la costa. Ya era de noche, pero mi hermano y yo vimos una línea blanca que se aproximaba rápidamente de barlovento, y ya teníamos los rizos en la mano, listos para soltar. Mi padre aguardó obstinadamente hasta el último momento para decidir que

tomáramos un rizo e inmediatamente después ordenó dos rizos. Luego, casi en el mismo instante, cuando ya estábamos cubiertos de espuma, mandó: "Abajo la mayor". Yo creo que obedecimos la orden antes de que fuera dada, pero era tal la fuerza del viento que sin tiempo para estibar la mayor, se nos ordenó bajar también el foque. Con sólo un rinconcito de éste a la vista, volamos por el agua y pudimos alcanzar el refugio de la isla de Walanika, donde se podía amarrar el bote sin peligro. Estábamos empapados, pero, por suerte, uno de nosotros tenía fósforos. Con hierba y unos maderos hicimos fuego, aunque el viento hacía volar la mayor parte de las brasas y nos privaba del calor. Asamos lo mejor que pudimos un ganso silvestre que habíamos llevado. No había árboles en la isla y no teníamos mantas, de manera que después de comer el ave, a medio cocinar, nos recostamos junto al fuego tales como estábamos e intentamos dormir un rato. A la mañana siguiente amainó el temporal y volvimos a Harberton, cuyos habitantes tuvieron la alegría de vernos regresar sanos y salvos; el viento, que sopló con fuerza durante la noche, había estropeado parte de la casa, que estaba aún sin terminar, arrancado el techo de nuestra leñera y tumbado uno de los botes, que estaba dado vuelta cerca de la playa.

3

Cuando el *Shepherdess* retornó a Inglaterra, la situación financiera de mi padre era muy mala. Había abundante provisión de alimentos, ropas, materiales de construcción y herramientas, además del carbón que había comprado en Inglaterra con la esperanza de venderlo a las embarcaciones que pasaran frente a nuestro puerto. También figuraban en el activo algunas ovejas, vacunos y caballos. Pero el pasivo era gravoso. Los abastecimientos no durarían eternamente y nuestras pérdidas en ganado vacuno y lanar habían sido considerables durante ese riguroso invierno. El precio de la lana en el mercado más próximo, Londres, era poco más o menos de cuatro peniques la libra, y el mercado local, para la carne, era libre e incierto; nuestras reservas disminuían en forma alarmante.

Pero mi padre no era hombre de amilanarse fácilmente. Se había propuesto que la empresa de Harberton tuviera éxito; para conseguirlo había vencido muchas dificultades y estaba dispuesto a afrontar otras. Con un remanente muy importante de las fortunas del capitán Willis y de la suya propia fletó una goleta llamada *Ripling Wave*. Esta embarcación ya había transportado ovejas desde las Malvinas

hasta el estrecho de Magallanes y Río Gallegos, en la Argentina; fué perfectamente desinfectada y en ella se trajeron desde las islas Malvinas mil quinientas ovejas libres de escabro, que fueron desembarcadas en Gable, que era la más grande de nuestras islas, pues tiene casi diez kilómetros de largo y en algunas partes casi cinco de ancho. A todo lo largo de su costa oeste los peñascos se levantan a una altura de más de noventa metros semejando una sucesión de gigantescas casas de tejados puntiagudos, de ahí el nombre de las isla.[1] En esa época había en ella bastantes zorros y mi padre estaba muy inquieto por la seguridad de nuestras ovejas, pues esta manada era la primera que íbamos a desembarcar allí. Sin embargo, al surgir las mil quinientas ruidosas forasteras parece que los zorros sintieron miedo, y aterrados nadaron hacia el continente. Ninguno volvió a aparecer en la isla de Gable durante doce años.

El tamaño de los zorros fueguinos es aproximadamente cuatro veces mayor que el de sus hermanos de la Patagonia, los cuales a su vez son algo menores que el zorro inglés. Sin embargo, la raza mayor se encuentra mucho más al Norte, en la cordillera de los Andes. Cuando los grandes zorros fueguinos eventualmente regresaron a la isla de Gable y descubrieron lo inofensivas que eran esas bulliciosas invasoras de la isla principal, comenzaron a hacer estragos en la manada; con suma facilidad degollaban a la oveja más robusta. Mi padre mató una vez en esa isla una zorra que llevaba en la boca un nido de pajaritos vivos, posiblemente para que sus cachorros se entretuvieran matándolos.

Hicimos cuanto pudimos para exterminar los zorros. En cierta ocasión mandamos a Londres más de trescientas pieles de zorro seleccionadas, y allí fueron clasificadas como cuero de lobo y vendidas en remate al precio de dos o dos chelines y medio cada una. Evidentemente alguien hizo un buen negocio.

4

Los trabajos de carpintería habían sido siempre la diversión favorita de Despard. De haber seguido su inclinación se hubiera pasado todo el día en su banco de carpintero, como si de ello hubiese dependido su subsistencia. Había construído un sinnúmero de botes de juguete; ahora aspiraba a construir un verdadero bote tingladillo

[1] Gable: caballete, remate en forma triangular.

con remates de cobre. Cuando pidió permiso a mi padre para hacerlo, éste le contestó:

—Será una pérdida de tiempo, de tablas y de clavos, Despard; para llevar a cabo tal obra necesitarás por lo menos un año de aprendizaje bajo la dirección de un experto constructor de barcos.

Además, mi padre necesitaba la ayuda de Despard y no podía prescindir de ella; pero mi hermano, seguro de sí mismo y deseoso de probar su habilidad, prometió hacer todos los trabajos de costumbre y estar siempre dispuesto cuando mi padre lo necesitara, y se comprometió a aserrar él mismo las tablas sin pedir ayuda a los yaganes y a pagar los clavos de cobre. Por fin, mi padre cedió.

Despard y yo sabíamos manejar la sierra abrazadera, una herramienta que se usa poco en nuestros días. Se necesitan dos aserradores: colocado el tronco sobre unos tablones encima de un pozo, el que maneja el mango superior de la sierra sirve de guía, mientras que el ayudante permanece en el pozo y tragará aserrín hasta por los ojos y las orejas. La sierra corta en el movimiento descendente y hay que levantarla fuera del corte para iniciar el próximo. El trabajo de sierra es considerado una tarea pesada aun para hombres adultos; sin embargo, Despard y yo nos dimos maña para aserrar una buena cantidad de tablas que mi hermano luego cepilló.

El tipo de bote que construimos (el lector habrá notado que insisto en reclamar mi parte) se asienta sobre dos o tres sólidos marcos. Las varillas del costillar se encorvan a vapor, luego se colocan junto con los bancos de los remeros y por último se retiran los marcos.

Muy acertadamente mi padre nos había dejado por último hacer solos nuestra tarea, y seguía con interés nuestros trabajos. Un día, después de observarnos en silencio, largo rato, dijo, dirigiéndose a Despard:

—No te voy a necesitar más, hijito, hasta que termines este bote; estoy seguro de que va a resultar muy bueno y espero que me lo dejarás usar de cuando en cuando.

Y efectivamente, resultó bueno nuestro bote. Lo enjarciamos con un mástil corredizo sobre el palo mayor. Los viejos marinos de los buques de guerra se acordarán de ese aparejo, que no se ve a menudo hoy en día. Bautizamos nuestro bote con el nombre *Esperanza*.

CAPÍTULO XVI

MARÍA VUELVE A TIERRA DEL FUEGO. ENCUENTRO CON SU FUTURO MARIDO EN LA ISLA DE KEPPEL. CAZAMOS GUANACOS. LEYENDAS CONTADAS ALREDEDOR DEL FUEGO EN EL CAMPAMENTO. EL HIJO DEL LOBO MARINO. WASANA SE CONVIERTE EN RATÓN. ESPÍRITUS DE LOS DIFUNTOS. LA GUARDIA DEL TEMIDO LAKOONA. LA ISLA FLOTANTE. TERMINA EL DOMINIO DE LAS MUJERES. ESCRIBO PARA LA PRENSA.

I

EN 1888, es decir al año siguiente de nuestro traslado de Ushuaia a Harberton, mi hermana María volvió a Tierra del Fuego. Viajó en compañía de una señora que venía a hacerse cargo del orfanato de Ushuaia. Después de los acostumbrados retrasos y trasbordos, llegaron a la Misión de la isla de Keppel, donde esperaron al *Allen Gardiner* para cumplir la última etapa de su viaje.

En esa época, además del matrimonio Bartlett e hijos y unos cuantos yaganes, vivía en Keppel un joven misionero escocés llamado Wilfred Barbrook Grubb. No era catequista ni clérigo, sino un cristiano, inveterado aventurero y explorador nato. Era del mismo alto que María, quien tenía la estatura de mi padre; ni rubio ni moreno, su boca y su mandíbula le hubieran dado el aspecto de un criminal de los peores, de no haber sido por la bondadosa y a la vez picaresca expresión que irradiaba su sonrisa y el alegre brillo de sus ojos.

Los dos jóvenes se vieron constantemente durante más de cinco semanas en esa isla casi desierta, hasta que llegó el *Allen Gardiner* para llevarse a María y a su acompañanta a Tierra del Fuego.

Despard y yo habíamos dado fin a nuestra "educación" antes que la familia partiese de Ushuaia, y ahora nos considerábamos, con mucha razón, trabajadores, pero Will, Berta y Alicia podían aún aprovechar las enseñanzas que María era capaz de impartirles. Las dos niñas eran alumnas muy aplicadas, especialmente Alicia, que siempre tuvo afán por estudiar. Le encantaba leer y se deleitaba con los pasajes descriptivos de escenas salvajes tales como los que se encuentran en la obra poética de Scott, aunque, a decir verdad, lo que tanto a ella como a Berta les gustaba más era corretear al aire libre, ayudando a sus hermanos.

Si esto pasaba con las niñas, era insensato pretender que Will se sintiera contento sujeto a una mesa manejando el lápiz o la pluma, con la esperanza egoísta de beneficiarse en un futuro lejano. Afuera había caballos para montar, ganado extraviado que buscar, canoas para remar, pájaros para cazar, peces para pescar, todo de beneficio inmediato para la familia. Fácil será deducir que generosamente eligió esto último; terminó su educación en la mitad del tiempo necesario, y varonilmente se incorporó al grupo que trabajaba al aire libre.

Todos queríamos y admirábamos a María por el valor con que soportaba una vida que debía parecerle terrible después del confort y la seguridad de Inglaterra. Guardó celosamente su secreto. Ni siquiera nuestra madre pudo adivinarlo hasta el siguiente viaje del *Allen Gardiner*, poco más o menos tres meses después de su llegada. Fué entonces cuando mis padres recibieron una carta de Wilfred Grubb en la que les rogaba consintieran su noviazgo con María y en caso afirmativo le entregaran la esquela que para ella incluía en el mismo sobre. La carta de Wilfred debió parecerles tan correcta y sincera como su autor, ya que después de conversar con María mis padres le entregaron la que a ella iba dirigida.

Esto dió lugar a que los novios se escribieran todo lo regularmente que permitía nuestro correo intermitente. En seguida de su compromiso, Wilfred decidió trabajar entre una tribu de indios aislados de toda civilización, que vivían en el Alto Chaco paraguayo. En otras páginas relataré el resto de la heroica aventura de María y Wilfred.

2

En Harberton se sucedieron los años. Desde pequeños, nuestro padre nos había enseñado que nuestro futuro dependía exclusivamente de nosotros mismos, y que debíamos elegir entre cargar con el fardo de trabajar duro y ser independientes o resignarnos a trabajar a sueldo el resto de nuestra vida. Nos dió un magnífico ejemplo; aunque no podía ocultarnos su pésimo estado de salud, estaba siempre alegre y jamás tuvo lástima de sí mismo. Durante los largos días de verano trabajábamos sin tregua de la mañana a la noche, y cuando llegaba la hora de acostarnos nos sentíamos realmente cansados, aunque no lo admitiésemos ni siquiera en pensamiento. Al llegar el invierno el trabajo disminuía, porque aunque nos levantábamos y desayunábamos a la luz de las velas, sólo podíamos trabajar seis o siete horas antes de que volviese a oscurecer. Además de este relativo descanso, había

Indios onas. Primeros dueños de la tierra. Estos cinco hombres no figuran en mi relato. La fotografía fué tomada por Mr. A. A. Cameron, con cuya autorización se reproduce aquí.

Aneki (El zurdo), Koniyolh, Ishiaten (Muslos arañados), Kostelen (Cara angosta), Shilchan (Voz suave), hermano de Aneki. De *Los Onas*. Cortesía del Director de la Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires.

otros motivos que nos hacían agradable la llegada de los meses invernales.

Cuando las montañas se tornaban blancas y la nieve descendía desde las cumbres a los valles, con profundidad cada vez mayor, sabíamos que los guanacos bajarían a sus guaridas de invierno, y esto quería decir que podríamos darles caza a una distancia razonable de la playa, desde donde se podía trasportar la carne a casa en bote. Hasta ya pasada la mitad del invierno los guanacos se conservaban bastante gordos por lo que esperábamos con ansia esos primeros meses invernales, durante los cuales su estado era mejor y abundaba la nieve que amortiguaría nuestros pasos a través de los bosques. Era esto nuestro deporte predilecto.

La caza de guanacos en los bosques frondosos era un arte. Si el cazador no andaba con sumo cuidado podía ser visto por esos seres tímidos y vigilantes siempre alerta, que lo precederían por los bosques con sus gritos semejantes a risas sarcásticas, poniendo de esa manera en guardia a todos sus congéneres.

Una mañana, después de haber dormido a la intemperie, Despard y yo salimos temprano a cazar en un terreno escarpado situado a unos veintidós kilómetros al oeste de Harberton. Pronto descubrimos a un guanaco sobre un montículo a menos de un kilómetro de distancia. Lo distinguíamos entre unos árboles quemados y evidentemente debió vernos y estaba en guardia, pues permaneció tanto tiempo inmóvil que era imposible creer que su largo cogote no fuera un tronco seco que apuntaba al cielo entre las demás ramas chamuscadas. Finalmente, sin mover el cuerpo, volvió la cabeza un instante, tal vez como aviso, pues poco después otros dos animales se le acercaron. Los tres permanecieron alerta un momento y luego desaparecieron. Estábamos demasiado lejos para poder oír el llamado de alarma, pero en cambio pudimos ver en lontananza una larga procesión de guanacos que ascendía lentamente por la ladera de una montaña.

Actualmente los guanacos no son tan ariscos. Se han acostumbrado a las ovejas, caballos y vacas y a los pastores inofensivos, y en algunos lugares, aun a los automóviles. Pero hace cincuenta años, cuando los indios y los hombres blancos los cazaban para aprovechar la carne, eran sumamente tímidos. Siempre que pastaban en un valle había un centinela que en vez de comer con los demás vigilaba los alrededores desde alguna prominencia del terreno.

A menudo salíamos en bote con varios yaganes hacia una de las muchas ensenadas de la isla principal o de las islas de Navarino. Desembarcábamos antes que anocheciera, nos cobijábamos durante la

noche bajo las velas de los botes y al día siguiente nos dividíamos en grupos para ir por los bosques en busca de guanacos. Al principio contábamos con anticuadas escopetas para cazar aves y con las balas que fabricábamos con el plomo que los indios rescataban de los barcos naufragados. Cazábamos por lo menos tres guanacos diarios. Estas cacerías resultaban doblemente interesantes porque sabíamos que la carne se necesitaba urgentemente en casa, donde había muchas bocas que alimentar, además de la familia. A principios del invierno salábamos y ahumábamos los perniles para consumirlos en primavera y en verano, épocas en que los guanacos disminuían o merodeaban por las montañas.

Cuando los yaganes creían que la naturaleza del terreno o la profundidad de la nieve darían ventaja a los perros sobre los guanacos más veloces, llevaban varios consigo; pero rara vez con éxito; generalmente los perros sólo conseguían ahuyentar la presa. Cuando la cacería del día había llegado a su fin, se los ataba cerca del campamento. Si alguno aullaba durante la noche, los yaganes se ponían muy contentos, pues el que un perro cazara en sueños era señal de buena suerte para los cazadores al día siguiente.

Otro presagio, aun más propicio, era el grito agudo y penetrante de la pequeña lechuza llamada *Lufeuia*. Parecida a una pelotita de lana, solía posarse sobre alguna rama apenas iluminada por el fuego y desde allí, con su mirada, tan notablemente humana, aparentaba interesarse sobremanera por cuanto ocurría en el campamento. En seguida dejaba oír una serie de gorjeos metálicos semejantes al chirrido de un cuchillo afilado contra la piedra.

—Ella sabe —decían los yaganes—. Mañana tendremos carne.

No se incomodaba al pequeño profeta, que a menudo acertaba.

¡Aquellos largos atardeceres alrededor del fuego del campamento, hace cincuenta años!... Después de haber discutido la cacería del día y planeado la del día siguiente, llegaba la hora de contar leyendas. Cuando los yaganes encontraban un oyente interesado, solían hacer memoria para recordar esos relatos que habían oído hacía mucho tiempo y en los que aún creían a pie juntillas, y que, estoy seguro, no eran inventados para entretenerme.

Una de las leyendas se refería a la causa por la que a *Syuna*, el pescado de las rocas, se le acható la cabeza. A algunos kilómetros de distancia, al este de Lanushwaia (puerto del Pájaro Carpintero) hay una meseta de ripio y aun más al este una costa rocosa y escarpada en la que se encuentran algunas ensenadas resguardadas, aptas para las canoas. El mejor de estos pequeños puertos es el de Wujyasima (Agua

en la entrada), que fué en una oportunidad el sitio elegido por los yaganes para levantar sus chozas.

Había una vez una muchacha joven que se alejó de su casa en Wujyasima y se encaminó sola hacia la meseta, donde se puso a jugar, corriendo tras las olas en resaca y retrocediendo ante los rompientes. Un viejo lobo marino enamorado la observaba sin ser visto, y cuando una ola grande la volteó, se encontró ella con el animal a su lado. Como todas las mujeres yaganes, la muchacha era una gran nadadora, y por lo tanto intentó escapar. Pero manteniéndose entre ella y la playa y obligándola a alejarse cada vez más de la costa, el lobo marino consiguió por fin extenuarla y ella se vió obligada entonces a apoyarse en el pescuezo del animal.

Ahora que su vida dependía de él, la muchacha empezó a sentir simpatía por su extraña escolta. Nadaron juntos durante muchas millas, hasta que llegaron a una gran roca donde había una caverna. La mujer sabía que no podría volver jamás a su casa por sus propios medios, así que decidió aceptar lo inevitable y convivió con el lobo marino en la caverna. Este le traía peces en abundancia, y como no había fuego, ella se los comía crudos.

Después de un tiempo tuvieron un hijo. Parecía un ser humano, pero estaba cubierto de pelos, como las focas. El niño creció rápidamente, y era un buen compañero para su madre, especialmente después que aprendió a hablar, cosa que nunca consiguió el viejo lobo marino. Sin embargo, era tan bueno y amable que la mujer había llegado a quererlo mucho.

No obstante, ella deseaba con toda su alma ver una vez más su tierra y su gente. Se las arregló para que él entendiera su deseo, y un buen día los tres partieron para Wujyasima. A veces la madre y el hijo nadaban al lado de su protector, otras, él los empujaba por el agua a gran velocidad y a ratos iban montados sobre su lomo.

Por fin, llegaron a la meseta de ripio. El lobo marino se arrastró fuera del agua y se echó a descansar bajo los templados rayos del sol, en tanto que la madre, con su extraño hijito de la mano se encaminó a Wujyasima. En el pueblo se encontró con algunos parientes, que desde hacía mucho la daban por muerta. Grande fué su sorpresa cuando la mujer les contó su historia y el absurdo pequeñuelo les interesó sobremanera.

Después que se hubo tranquilizado el ambiente, las mujeres del pueblo propusieron ir en canoa hacia el Este en busca de mejillones de aguas profundas y de esos erizos de mar, que tienen el tamaño y la forma de manzanas achatadas y cuyo duro cascarón está cubierto

de rígidas púas que parecen clavos. La joven madre las acompañó en la excursión, en tanto que los hombres y los niños quedaban en el campamento.

Los niños empezaron a jugar y el pequeño visitante se unió a ellos con orgullo. Los hombres, sin embargo, deseaban comer carne, y como sabían que había una foca en la playa, uno dijo:

—¿Por qué esperamos aquí, hambrientos?

Así es que tomaron sus lanzas, se acercaron al viejo lobo marino y lo mataron. Cargados de carne, volvieron al poblado y asaron la carne. Los niños olfatearon el delicioso aroma de foca asada y no tardaron en reunirse alrededor del fuego. Cuando llegó el momento de distribuir la carne, se le dió también un pedazo al joven visitante, quien, después de probarla, gritó encantado:

—Amma sum undupa. (Es carne de foca.)

Comiendo aún, echó a correr por el camino para reunirse con su madre, que volvía en ese preciso momento. Las canoas atracaron a lo largo de una roca abrupta que en la marea alta servía de desembarcadero y las mujeres desembarcaron con sus canastas llenas de erizos de mar. El niño corrió hacia su madre y le ofreció el último pedazo de carne que le quedaba diciendo que era muy sabrosa. Ella inmediatamente se dió cuenta de lo que había sucedido. Sacó un erizo de su canasta y golpeó con él a su hijo en la frente. El niño cayó en el agua profunda, e instantáneamente transformado en *syuna*, el pez de las rocas, se alejó nadando.

Las demás mujeres se dirigieron a las chozas para saborear la carne de foca asada, pero la madre se negó a comer y sola lloró al hijo perdido y al viejo y bondadoso compañero. Nunca volvió a casarse con ninguno de los de su raza.

Si se examina un *syuna* se advertirá que su cabeza es achatada y está marcada con los hoyitos que dejaron las púas del erizo de mar, lo cual basta y sobra para probar la veracidad del cuento.

3

Otra leyenda con metamorfosis se refiere a un yagán muy pequeño llamado Wasana. En sus asambleas estas gentes peleadoras aunque no guerreras se gritaban y amenazaban furiosamente, y el alboroto a menudo acababa en pelea. Durante una de estas reuniones en la que Wasana se hacía notar por sus chillidos y ridículas amenazas, un movimiento de su adversario le advirtió de pronto que había ido de-

masiado lejos. Presa de pánico, intentó huir de la choza, pero al agacharse para pasar a través de una puerta trasera muy baja, su enemigo no pudo resistir la tentación y golpeó violentamente a Wasana con su lanza de pescar. Wasana huyó profiriendo agudos gritos y arrastrando la lanza. Se convirtió en ratón, y la lanza fué su cola.

Como he dicho anteriormente, los yaganes creían en los hombres salvajes de los bosques, cuyos dos jefes principales, los Hanush y los Cushpij [1] eran sumamente fuertes. Se decía que tenían una región calva en la parte posterior de la cabeza debido a que se frotaban contra la áspera corteza de los árboles. Los yaganes creían también en la existencia de fantasmas, que eran los espíritus de los muertos y se parecían más a los concebidos por los seres civilizados que a los fantasmas onas, de cuya existencia debía enterarme más adelante.

Cuando los tripulantes de alguna canoa se ahogaban no muy lejos de la costa, uno de sus parientes acudía al lugar de la playa más cercano al del accidente, encendía una fogata cerca del agua y esperaba, sentado. Cuando las llamas se extinguían, los espíritus de los ahogados, transparentes pero reconocibles salían del mar en perfecto silencio, a calentarse junto a los rescoldos.

Es probable que un indio supersticioso, solo junto al fuego moribundo y pensando en sus parientes desaparecidos, los conjurase en su mente y creyese firmemente haberlos visto, o que, al comprobar el fracaso de su experimento inventaría una historia para no defraudar a los amigos que le esperaban en las chozas, historia que con el correr del tiempo, él mismo llegaría a creer.

4

Existen ciertas cuevas, lagos y bahías donde, según la creencia de los yaganes, los monstruos, llamados *Lakooma*, esperaban a los hombres incautos y eran muchos los extraños relatos que al respecto circulaban.

A unos diez kilómetros al este de Harberton se hallan los montes llamados Guanacos, escarpados peñascos de unos ciento cincuenta metros de altura, entre los cuales hay numerosos lagos, cinco de ellos bastante extensos. Estos lagos se hielan en invierno y durante dos o tres meses pueden ser atravesados sin peligro por lo rebaños.

En uno de estos lagos merodeaba un *Lakooma*. Los yaganes decían

[1] La "j" final se pronuncia en forma fuerte y gutural.

que cualquiera que se aventurase cerca de la ribera corría el riesgo de ser atrapado por una mano gigantesca que salía del lago y arrastrado dentro del mismo para ser devorado.

Un invierno crucé solo ese mismo lago, cargado de carne de guanaco y convencido de que todavía la superficie debía estar endurecida y sólida. Pronto advertí que caminaba sobre una delgada capa de hielo y que a mi frente se abría un gran agujero. Hice un largo rodeo y crucé el resto del lago con la mayor precaución. Había estado al borde de la guarida del *Lakooma.*

Contrariamente a la del lobo marino, la leyenda del *Lakooma* puede estar fundada en causas naturales. En la Tierra del Fuego no existen fuentes termales, pero sí profundos manantiales templados en invierno y helados en verano. Es muy probable que bajo el lago *Lakooma* haya una poderosa fuente que al levantar agua de temperatura más elevada impida que se forme hielo parejo en la superficie.

Quizá la leyenda local se deba a que algunos indios, menos afortunados que yo, se hayan ahogado allí; también puede ser que a algún indio, de fácil imaginación, al ver un agujero en medio del hielo se le haya ocurrido que era el respiradero de algún monstruo submarino.

Hay muchos otros lugares en la tierra de los yaganes donde se dice que habitan los *Lakooma.* Yo conozco uno alrededor de una roca, donde la corriente forma un remolino. No es difícil que en alguna oportunidad se haya perdido allí una canoa con toda su tripulación

5

Se ha dicho que todas las tribus primitivas tienen alguna leyenda sobre el diluvio. He buscado diligentemente una leyenda ona a este respecto pero sin resultado. Los yaganes, en cambio, tienen más de una, diferente, según la localidad, ya que cada narrador sitúa la escena en su distrito. Sin duda, algunas de estas leyendas han sido influídas por nuestra versión bíblica o por insinuaciones y comentarios de algunos oyentes después de oír las pláticas de los misioneros. Sin embargo, estoy seguro de que por lo menos una conserva su forma originaria. Me la contaron los yaganes que vivían en el extremo oriental del canal de Beagle.

Decían que hace mucho tiempo la luna cayó al mar, el cual a consecuencia de ello, se levantó en gran tumulto, tal como se levanta el agua de un cubo, cuando una gran piedra cae dentro. Los únicos sobrevivientes de la inundación fueron los afortunados habitantes de la

isla Gable, que se desprendió del lecho del océano y flotó sobre el mar. Pronto se sumergieron las montañas de los alrededores, y los pobladores de la isla Gable, al mirar en derredor no vieron más que océano hasta el confín del horizonte. La isla no fué a la deriva, debió anclarse de alguna manera; y cuando eventualmente apareció la Luna, la isla emergió en el mismo lugar de antes, y con su carga de seres humanos, guanacos y zorros se pobló nuevamente el mundo.

Los yaganes estaban seguros de ser la única tribu fueguina que descendía de los sobrevivientes del diluvio. No trataban de explicar cómo los alacalufes, aush y onas habían sobrevivido al desastre.

Esta leyenda es particularmente interesante, pues demuestra que los indios intuían en alguna forma el enorme tamaño de la Luna. Sin que los hombres blancos se lo dijeran, ellos ya tenían conocimientos de que la Luna ejerce influencia sobre las mareas.

6

Igual que muchas otras tribus indígenas, los yaganes creían que en el pasado las mujeres habían gobernado por su magia y astucia. Según lo que ellos mismos contaban, hacía relativamente poco tiempo que los hombres habían asumido el mando. Parece que se había llegado a esto por mutuo acuerdo; no hay indicio alguno de una matanza total de las mujeres como la que ocurrió entre los onas, a juzgar por la mitología de esa tribu. No muy lejos de Ushuaia quedan restos de lo que una vez fué una vasta población, donde, según se dice, se efectuó una asamblea de indígenas como jamás se vió ni se verá igual. Las canoas llegaban de todos los confines de la tierra de los yaganes. Fué durante esa trascendental reunión cuando los hombres decidieron hacerse cargo del mando.

Esta leyenda sobre la pérdida del poderío de las mujeres, de grado o por fuerza, no puede ser ignorada, pues se ha difundido ampliamente por el mundo.

7

Conozco otro cuento, aunque de índole muy distinta. Una vez salí con algunos indígenas a cazar guanacos. A la hora de comer compartimos algunos emparedados que mi madre había envuelto en un ejemplar del *Liverpool Weekly News*. Al echar un vistazo sobre el periódico descubrí un artículo acerca de la Tierra del Fuego y sus pobla-

dores, con algunas noticias interesantes. Según ese informe, en el cabo de Hornos, o en alguna otra isla cercana, había un pesado barril provisto de candado. Los pobladores y los capitanes de algunos barcos tenían la llave correspondiente. Nosotros los pobladores colocábamos toda nuestra correspondencia en el barril, y cuando los barcos pasaban por allí, los capitanes la recogían para despacharla en el primer puerto de arribo y dejaban en cambio las cartas que nos enviaban del exterior. Sólo de esa manera, afirmaba el autor, podíamos mantener contacto con el resto del mundo.

Más notable aún era una descripción de las orgías canibalescas de los indígenas durante las cuales se comían a las ancianas mujeres inútiles. Este relato macabro no perdió nada de su horror cuando lo traduje a mis compañeros indios, quienes rieron a carcajadas. Finalmente uno de ellos, Halupaianjiz se puso serio y me preguntó:

—¿Por qué miente esa gente acerca de nosotros? Nosotros no decimos nada malo de ellos. Usted debería escribirles y decirles la verdad.

Prometí hacerlo y cumplí mi palabra. El invierno siguiente recibí algunos ejemplares del *Liverpool Weekly News*. Allí estaba mi artículo, que leí a mis amigos indios, quienes quedaron encantados al oír el relato de sus virtudes, traducido de un periódico inglés. El editor me mandó también unas líneas amables, por las que me solicitaba otras colaboraciones, y con sorpresa y alegría descubrí además un cheque. Esta remuneración, resultado de un primer esfuerzo literario, fué a engrosar los agotados recursos de la fortuna familiar.

CAPÍTULO XVII

EL TORO SALVAJE DE LA ISLA DE GABLE Y CÓMO SE LO MATA FINALMENTE. EL CASO DEL GANADO DESACLIMATADO. EJEMPLOS QUE DEMUESTRAN QUE LA VACA ES MÁS INTELIGENTE QUE EL CABALLO.

I

UNOS doce años antes de la época a la que me referiré en este capítulo, la Misión de Ushuaia trajo ganado a la isla de Gable y entregó algunas cabezas a ciertos yaganes que vivían allí. Como consecuencia nació la discordia que a veces engendra la riqueza. Las pujas por la posesión del ganado provocaron peleas, y hasta un crimen. Por esa causa tres años antes de que llegáramos a Harberton, los animales fueron eliminados de la isla. Sólo dos, una vaquillona y un toro joven, eludieron la captura. Después de un tiempo desapareció la vaquillona, y el toro adquirió siniestra fama de astucia y ferocidad.

En una ocasión que faltó la carne en Harberton se envió a Despard y al gaucho Aguirre a que lo matasen. Mi hermano iba armado con su rifle y Aguirre con lazo y cuchillo, y llevaron además nuestros mejores caballos. Pasaron allí varios días y no consiguieron dar con el toro, que había trasladado sus dominios al extremo oriental de la isla, terreno sumamente quebrado por peñascos y pequeños pantanos, y cubierto en gran parte por espesos matorrales que hacían dificilísimo el andar de prisa a caballo.

Volvieron a Harberton sin haber cumplido su cometido. Al poco tiempo Aguirre fué atacado por la fiebre del oro y se unió a una banda de mineros. Tuvo un trágico fin, después de más de una aventura sangrienta.

Llegó el otoño, pero aunque en los lugares sin sol la tierra ya estaba completamente helada, los guanacos no habían bajado aún de sus montañas. Agotada la carne fresca en Harberton, un día Will, Despard y yo recibimos con enorme alegría la orden de nuestro padre de matar al toro. ¡Qué ocasión! Hicimos cruzar a nado hasta la isla a la yegua madrina y a unos cuantos caballos, y después de elegir los tres más fogosos iniciamos la pesquisa.

Will y yo dejamos de lado nuestras escopetas. Sabíamos que los redondos balines de fabricación casera se aplastarían contra el cráneo

del toro y que las armas inútiles nos entorpecerían la persecución de aquel monstruo legendario, o la huída en caso de necesidad. Por el contrario, hicimos de batidores, y ciframos nuestras esperanzas de éxito en Despard, que iba armado con su winchester.

Nos dirigimos hacia el Este. Gracias a una nevada reciente descubrimos la huella del toro, pero en algunos lugares hubimos de seguirla a pie, por la espesura. Transcurrió todo el día antes de que pudiésemos verlo y comprobar que el animal, más astuto que feroz, en realidad nos perseguía a nosotros. La diversión duró varios días. Cuando nosotros no lo perseguíamos, era él quien nos seguía. Habíamos iniciado la cacería con pocas municiones y debíamos cuidarlas. Era necesario hacer buena puntería para derribar un toro a la defensiva con las balas de plomo del winchester de aquella época. Andando sobre esa clase de terreno es probable que un jinete nervioso sobre un caballo igualmente excitado deba gastar muchas municiones antes de acertar el tiro. De manera que Despard ahorraba disparos.

Continuamos con esa táctica hasta que el toro, harto sin duda de que molestaran su tranquila existencia, se echó al agua en un lugar situado a un kilómetro y medio de la isla principal. Dejamos a Will vigilándolo; Despard y yo corrimos hacia el Norte, felices ante la perspectiva, tan poco deportiva, de tirarle desde el agua a muy poca distancia. Remábamos frenéticamente con la esperanza de atajarlo, cuando llegó Will a caballo por la costa gritándonos que el toro había vuelto a internarse en el tupido monte.

Volvimos a la playa, y desde nuestros caballos vigilamos los alrededores; luego Despard se subió a una rama baja de un enorme árbol de hoja perenne, en tanto que Will y yo, una vez que hubimos puesto a salvo su caballo, continuamos hostigando al toro. Will, que era un experto en este arte, pronto consiguió provocar la ira del animal, y perseguido de cerca por la bestia furiosa, galopó hasta colocarse debajo de la rama sobre la que se había subido Despard. Un tiro certero en el espinazo abatió al animal y otro en el cerebro puso fin a sus padecimientos.

Llegamos a Harberton a medianoche con el bote pesadamente cargado de carne y nuestras ropas duras de lodo y sangre, pero orgullosos como reyes.

2

Como ya he dicho, llegaron a la península de Harberton varias cabezas de ganado bravío proveniente de las islas Malvinas. Un día nos informaron que faltaban cuatro de estos animales. Había en la península varios montes espesos que fueron revisados en vano una y otra vez. Como los cercos que atraviesan el istmo llegan hasta el agua por ambos lados, se pensó también en la posibilidad de que el ganado perdido hubiera escapado a nado. Sólo tres días después unas huellas reveladoras nos indicaron que los animales no habían atravesado el cerco, sino que habían cruzado a nado el puerto por su embocadura, cuyo ancho es superior a medio kilómetro, y huído luego a la gran selva del otro lado.

A juzgar por la dirección de sus huellas, que seguimos hasta que la lluvia copiosa las borró, obligándonos a volver a casa, los cuatro animales iban directamente a las islas Malvinas. Unos informes recibidos varios años después confirmaron la sospecha. Uno de ellos debió morir durante la travesía, pero los otros tres consiguieron alcanzar la piedra arenisca cercana a los peñascos que protegen la costa del Atlántico. De allí no pudieron proseguir hasta las Malvinas y pronto cayeron víctimas de las flechas de los indios onas.

En su viaje de las Malvinas a la Tierra del Fuego ese ganado fué arrastrado a bordo y metido en la oscura bodega de un velero, que debido a los vientos contrarios viraba en todas direcciones. Después de una semana larga de encierro, se había izado a los animales por los cuernos y se los había arrojado al mar para que nadaran hasta la costa. ¿Cómo supieron en Harberton la dirección exacta de su querencia en las Malvinas? En línea recta la distancia es de más de cuatrocientos ochenta kilómetros. Calcular las vueltas del *Shepherdess* desde la profundidad de su bodega hubiera sido difícil aun para un experto matemático dueño de la mejor brújula magnética. Sin embargo, los animales supieron qué rumbo seguir y sólo el Atlántico pudo impedir que continuaran su camino. No hay duda de que los animales poseen un sentido de la orientación que supera la brújula magnética. El hombre primitivo poseía el mismo instinto, aunque tal vez menos desarrollado, pero el hombre civilizado lo ha perdido ya casi por completo.

En la isla Picton he cazado caballos cimarrones y hacienda salvaje. Los caballos fueron atrapados sin demasiada dificultad, pero los va-

cunos me dieron muchas pruebas de astucia, casi diría de raciocinio. De una corrida desaparecían detrás de una cuesta, y una vez que estaban fuera del alcance de sus perseguidores, volvían y espiaban desde otro lugar para ver si aún se los seguía. Si perseguidos hasta la desesperación se veían obligados a hacer frente a sus verdugos, jamás se volvían sobre sus huellas ni esperaban, sino que elegían con prudencia el punto que les conviniese para defenderse o para seguir huyendo, colocando a sus perseguidores en desventaja.

Los animales mansos son igualmente inteligentes. Si una vaca en medio de un potrero de doscientas hectáreas no quiere que se la separe de su ternero recién nacido lo esconderá entre los matorrales, pasará varios días en el extremo más opuesto del campo, e irá a atender a su cría sólo durante la noche. Si la vaca es retenida deliberadamente durante veinticuatro horas por un ganadero deseoso de encontrar el ternero, no correrá hacia su cría en cuanto la suelten, sino que permanecerá un día entero tan lejos de ella como le sea posible y no se acercará al matorral donde lo ha escondido hasta bien entrada la segunda noche. Entretanto, el ternero, aun siendo capaz de corretear, permanecerá donde lo dejó su madre, hasta morirse de hambre, según creo, en caso de que la vaca no llegue.

En cuanto a los bueyes de trabajo, que arrastran pesados troncos por sendas tortuosas y los levantan por encima de los maderos caídos, son de una habilidad increíble.

Cuando se extraviaba la hacienda en la Tierra del Fuego, se la encontraba generalmente dispersa en pequeños grupos alrededor de un macizo de *leña dura*,[1] un arbusto perenne muy apetecido por los animales. Este arbusto alcanza algunas veces una altura de seis metros y un diámetro de hasta treinta centímetros.

Los animales más grandes solían enganchar sus cuernos a una rama a veces tan gruesa como el brazo de un hombre y haciendo palanca con la cabeza, la bajaban luego; los animales más pequeños comían cuanto podían hasta que se rompiese la rama. Entonces el más grande los echaba, y una vez que había comido las mejores hojas se retiraba en busca de otro árbol conveniente seguido por su juvenil cortejo.

Durante la primavera la hacienda errante pasa hambre. El pasto de la estación anterior está tan enmohecido y empapado que no sirve

[1] En español en el original. Llamado *lacu* por los yaganes. Ignoro el nombre inglés o latino. Alimenta y hace engordar al ganado y a los guanacos durante todo el invierno y la primavera. Los caballos y las ovejas sólo lo comen cuando no tienen otra cosa mejor. La flor es insignificante y la semilla es como una pequeña bellota de color muy vivo (rojo y amarillo). Casi nunca llega a una altura de seis metros, generalmente es de tamaño pequeño. Mi padre lo describe como un arbusto.

para comer, y aún no ha crecido pasto nuevo. Es entonces cuando el ganado come las tiernas hojas de las hayas,[1] que florecen en esa estación; como ese árbol crece mucho, sus hojas quedan muy altas. Un animal fuerte, en general un novillo o un toro, suele elegir un árbol joven, engancharlo con los cuernos y empujarlo con todas sus fuerzas. Se creería que baja la cabeza, pero es lo bastante astuto como para levantarla lo más posible; algunas veces casi llega a alzarse sobre sus patas traseras, en su esfuerzo por doblar el árbol. En cuanto éste comienza a inclinarse, lo monta, sujetándolo hacia abajo con el cuerpo, y va lentamente hacia adelante, comiendo por el camino hasta alcanzar la copa, donde los animales que lo siguen, al cosechar el fruto de su ardua tarea, disfrutan de un rápido almuerzo. Una vez que ha comido hasta hartarse, retrocede hasta desmontarse, lo que permite al árbol volver a su posición primitiva y quedar casi tan derecho como antes.

[1] *Nothofagus antarctica.* Este árbol, conocido por los yaganes con el nombre de *Hanis*, alcanza raras veces una altura de treinta metros hasta la rama más alta y su periferia es de seis metros. Se lo encuentra en mayor cantidad en los valles secos de las colinas orientales, mientras que el haya perenne (*Nothofagus betuloides*) abunda en zonas más lluviosas. Las hojas de ambos se parecen, pero las del haya perenne son de contextura más firme y de un color verde más oscuro. El haya perenne es más aromática y a veces se la encuentra formando grupos entre selvas de hayas de hoja caduca. Los tres tipos de haya; perenne, caduca y enana, el ciprés fueguino y el tronco de Winter, son los únicos árboles que pueden subsistir en la Tierra del Fuego. Los tallos del ciprés, que crece solamente en la región húmeda y templada del país, son apreciados por los yaganes y los alacalufes que los usan a guisa de lanzas.

El tronco de Winter, llamado así en recuerdo del capitán John Winter, que fué el primero en llevarlo del estrecho de Magallanes a Inglaterra en 1579, era llamado *ushcuta* por los yaganes. En español se llama canelo, pero creo que debe haber algún error pues no corresponde a la planta denominada canelo. En la tierra de los onas es desconocido. Llega a una altura de más de doce metros y su periferia es de tres metros. Jamás se lo halla solo en el bosque, y es en realidad una maleza, en medio de la selva de hojas caducas o perennes. Este hermoso árbol cónico con sus grandes hojas correosas de un verde brillante queda bastante fuera de lugar entre sus toscos compañeros de hojas pequeñas. Parece que se hubiera extraviado y hubiera llegado allí desde algún clima más cálido. Esta idea está corroborada por el hecho de que sus flores, parecidas a las margaritas, se abren ya muy entrado el verano, como también por las pequeñas frutas que caen maduras en la estación siguiente, de manera que en la misma rama pueden verse las flores de una estación junto a las semillas de otra; ambas caen al mismo tiempo en otoño. La madera es poco resistente, y por ser de naturaleza porosa sólo se sumerge mientras está verde, pero cuando se seca es extremadamente liviana. Los árboles jóvenes crecen delgados y derechos hasta una altura considerable y al igual que el ciprés se usan a menudo como lanzas. La corteza es lisa, de un espesor de dos centímetros y medio aproximadamente; por fuera es verdoso y por dentro rojo. Es muy picante y se lo puede moler y emplear en lugar de la pimienta. Al atravesar cerca de un grupo de troncos de Winter se suele lagrimear, y si se echa la madera al fuego, es probable que llore el cocinero. Si se extrae del fruto maduro la semilla negra, más pequeña que un grano de arroz, y se la aplasta, se obtiene una gota de líquido blanco que al tocar la lengua hace pensar que uno se ha metido una cucharada de mostaza en la boca.

Estos árboles jóvenes miden alrededor de diez o doce centímetros de diámetro en la base del tronco, y su altura hasta la rama más alta llega a ser de unos nueve metros; generalmente, no se recobran del duro trato. No siempre se puede culpar al ganado de la inclinación de los árboles, a veces una cantidad de nieve se hiela sobre sus ramas y echa las copas al suelo, reteniéndolas allí durante todo el invierno, o hasta que un deshielo las libre.

El ganado con cuernos no es el único que se ingenia para comer hayas. Es notable cómo los Polled Angus y otras razas mochas usan sus fuertes pescuezos para derribar las ramas.

Los defensores de los caballos o más bien sus fanáticos, en especial las mujeres, a menudo se han indignado cuando he sido lo bastante audaz como para declarar que las vacas poseen mucho más sentido común que los caballos. Sin embargo, cualquiera que haya cazado tantos caballos cimarrones como vacunos salvajes estará de acuerdo conmigo; y los ejemplos que acabo de citar ayudarán a demostrar que tenemos razón.

CAPÍTULO XVIII

LA BÚSQUEDA DE ORO EN LA BAHÍA SLOGGETT. ¿DE QUÉ MANERA LLEGÓ EL ORO A TIERRA DEL FUEGO? VENDEMOS CARNE A LOS MINEROS. DESPARD Y WILL VENCEN A LOS COMERCIANTES RIVALES. TRAGEDIA EN LA ENSENADA DE LENNOX. SE ME PRESENTA UNA APARICIÓN Y SACO PROVECHO DEL ENCUENTRO.

I

SE recordará que mientras esperábamos el barco que había de llevarnos después del naufragio del *Golden West*, yo jugaba solo en la playa de la bahía de Sloggett, y llegué a juntar un montón de polvo de hierro magnético que se adhirió a mi imán de juguete formando una masa compacta. El capitán Félix Paz, de la Armada Argentina, primer gobernador del territorio, cariñosamente se interesó por los niños y por nuestros relatos acerca de la Tierra del Fuego. Un día, como quien otorga un favor especial, yo le mostré mi caja de tesoros. Cuando vió la arena negra adherida a mi imán manifestó gran interés, y quiso saber dónde la había encontrado. Al oír mi respuesta, mandó en seguida el *Comodoro Py* a la bahía de Sloggett. El barco volvió cargado de bolsas de lodo en el que se encontró oro.

Este fué el primer hallazgo de oro en la costa sur de la Tierra del Fuego, aunque ya habían llegado muchos mineros esperanzados a la costa norte, cerca de la embocadura del estrecho de Magallanes.

La noticia de este descubrimiento cundió lentamente, porque en esa época los medios de comunicación eran muy escasos, pero poco a poco la costa se fué poblando de pescadores y mineros. Exploraban las costas australes de la isla Grande, Lennox, Navarino y las islas Nuevas. En algunos lugares encontraron oro suficiente como para compensar su trabajo, pero es probable que ningún otro lugar fuese tan rico como la playa donde llegó el *Golden West*. Sólo en una mañana un grupo de mineros recogió allí un montón de lodo que contenía oro por valor de más de cien libras esterlinas.

En esa época algún malintencionado dotado de gran imaginación inventó un cuento interesante que pronto llegó a la imprenta. Parece que mi padre no era más que un aventurero avaro, mal encubierto bajo el disfraz de misionero, que desde hacía mucho había encontrado

oro; secundado por los inocentes aborígenes, que desconocían su valor, había juntado más de una tonelada del metal precioso y lo había transportado en su barco ballenero a algún lugar cerca de Harberton, donde lo había escondido con ayuda de sus pícaros hijitos, en lugares desconocidos hasta para los yaganes. Con esta espléndida reserva de que echar mano, la familia Bridges no había tenido dificultad en crearse una cómoda situación. Esta historia explicaba, para satisfacción de quienes nos envidiaban, el éxito que ya empezaba a coronar los esfuerzos de mi padre por formar un hogar en Harberton frente a dificultades casi invencibles.

Habíamos leído y oído acerca de la poco recomendable conducta de los buscadores de oro en otros sitios, pero los que llegaron a nuestra región nos impresionaron bien. Formaban un grupo inofensivo de hombres provenientes de todas partes del mundo. Muchos eran marinos de la costa dálmata, hoy yugoeslavos. Acostumbrados a un régimen de pan negro, tomates, cebollas, aceitunas y vino, algunos soportaban mal la carne salada y las habas y enfermaron de escorbuto. En general parecían honrados, y sus relaciones de familia nos llamaron la atención, sobre todo al ver que un enorme muchachote de veinte años se doblegaba ante la amenaza de una paliza que le propinaría su tío, un anciano pequeñito que triplicaba su edad.

La industria de las minas de oro en el sur de la Tierra del Fuego llegó a su apogeo alrededor de 1893. Había entonces unos ochocientos hombres que trabajaban en ella, diseminados en pequeños grupos a lo largo de varias playas, casi siempre a merced de las inclemencias del mar. En efecto, sólo valía la pena trabajar en lugares donde el océano mismo había realizado la mayor parte del lavado. Al pie de las rocas conglomeradas, donde las olas rompen, o rompieron en otra época, muy alto, había depósitos de ripio y arena. De ahí se sacaba tan poco oro, que no valía la pena efectuar el lavado, de manera que se desechaba. De treinta centímetros a seis metros debajo de estos depósitos superficiales, se hallaba el lecho de la roca, en el cual el oro se mezclaba con el negro polvo de hierro. Este lodo se recogía cuidadosamente, y se escarbaban todas las cavidades y hendiduras con una cuchara de té o con un cortaplumas. A veces se encontraban pepitas del tamaño de dos o tres libras esterlinas, pero la mayor parte del oro se presentaba en laminillas como escamas de sardina y no mucho más pesadas que éstas. Un centenar de estos "colores" (como se las llamaba) llegaba a valer poco más de un chelín. A veces la cubierta de ripio suelto era tan profunda, que un grupo numeroso de mineros conseguía apenas alcanzar el lecho de la roca antes de

Yekadahby.
Miss Joanna Vardee.

Un ona del norte.
De la colección del señor Franciscovic, Punta Arenas. Cortesía del señor Francisco Campos Menéndez.

que la marea creciente arruinase su trabajo y les impidiese continuar. Un pozo profundo con fondo aurífero despertaba la tentación de minar sus paredes, y más de un minero perdió la vida en esa tarea.

2

Muchos ingenieros de minas y buscadores experimentados que habían venido de las nieves de Alaska y de las arenas australianas hallaron lodo aurífero cerca de las desembocaduras de los ríos de la Tierra del Fuego. Fijaron su meta en las montañas donde nacen estos ríos, y cargados con sus mochilas y palas, henchidos de esperanzas, se encaminaron hacia las colinas. Sin embargo, al dejar detrás los depósitos aluviales de conglomerado perdieron todo rastro del metal precioso. Que yo sepa no se ha descubierto, hasta la fecha, en esas cadenas de montañas ningún cuarzo aurífero.

¿De dónde provenía este oro que encontraron? No de tierra adentro, tampoco de los canales resguardados ni de las costas o islas situadas al oeste del cabo Hornos. Es probable que las corrientes marinas, distintas de las de hoy, hayan llevado grandes bloques de hielo desde la Antártida o desde el extremo sur del continente americano hacia la zona austral de la isla Navarino, las costas externas de las islas Nuevas y de Lennox y la bahía de Sloggett. Cuando se forma hielo en las ensenadas poco profundas o en las embocaduras de los ríos varias pulgadas de fango y arena se congelan en el fondo. Las mareas altas de la primavera quiebran este hielo formando bloques que van a flotar al mar. Algunos se desintegran, pero otros caen en corrientes que los llevan y dejan encallados en costas lejanas. A medida que avanza el verano el bloque de hielo se derrite, y más de una tonelada de fango es depositada en la playa, a muchas millas de su lugar de origen.

Y si ese lugar de origen hubiese sido un extenso banco de arena aurífera del océano meridional, ¿no fué así como el lodo encontró su camino hacia Tierra del Fuego?

3

La llegada de los mineros fué para nosotros un envío del cielo. Al aportar comercio ayudaron a mi padre a costear el establecimiento de Harberton con algo más que los ahorros del magro sueldo de mi-

sionero. Les vendíamos carne. Podríamos haberles vendido mucha más cantidad en razón de la demanda, pero debíamos limitar el sacrificio de reses para no acabar con nuestro pequeño rebaño.

El precio de la carne de nuestro establecimiento nunca pasó de seis peniques la libra, ni aun en la época de apogeo de la búsqueda de oro. Muchos mineros poseían botes con los cuales podrían haber buscado la carne, pero no se animaban a manejarlos en esas aguas traicioneras. Preferían que nosotros se la enviáramos. No recuerdo los fletes que cobrábamos a las distintas playas, pero sé que no eran exorbitantes. Estábamos lejos de ser buenos negociantes y mi padre tenía prejuicios peculiares y anticuados de no aprovecharse del prójimo.

Despard y Will eran los encargados de entregar la carne. Después de un naufragio habíamos adquirido un bote salvavidas muy práctico. Medía treinta pies de largo, tenía dos palos aparejados con velas y se acomodaba perfectamente al uso que le dimos. Mis hermanos, con una tripulación de yaganes, viajaban con regularidad a los campos mineros transportando carne.

No carecían de rivales frente a sus clientes mineros. Una vez llegaron hasta la bahía Sloggett y vieron que una goleta de Punta Arenas había realizado el viaje con fines comerciales. Estaba anclada con sus reses colgadas del cordaje, al abrigo inseguro de la misma isleta, que resultó protección tan inestable para el *Golden West*, diez años antes. El fuerte oleaje de la playa impedía a la goleta llegar hasta la costa.

Mis hermanos se acercaron lo más posible a la rompiente, y echaron al agua una pequeña boya atada a una soga. La boya flotó hasta la playa, donde fué recogida por los ansiosos mineros, que allí se habían congregado. Éstos consiguieron asegurar una soga sinfín, a la cual ataron las reses, que llegaron así sanas y salvas a la playa, a través de la arena y de la resaca.

Entretanto, la goleta rival, cansada de esperar en vano que bajase la marea, se dirigió a playas menos peligrosas con su provisión de carne sin vender, colgando aún del cordaje.

4

Cerca de cien mineros trabajaban en el refugio Lennox, donde el ripio que cubría el lecho de la roca no sólo tenía muchos metros de profundidad, sino que además era tan resbaloso que resultaba muy difícil sostener las paredes de los pozos que se iban cavando. Sin

embargo, su tarea fué premiada; la capa de fango era tan rica en oro, que un grupo de diecisiete hombres extrajo en tres meses setenta kilos de oro, de un valor superior a siete mil libras esterlinas. Supimos que el grupo partiría con su botín hacia Punta Arenas. Al empezar sus trabajos se habían endeudado algo con nosotros, y como nunca pagaron, Despard se fué en bote hasta Lennox a cobrarles lo que nos debían antes de que los afortunados mineros tuvieran tiempo de malgastar, en las diversiones primitivas que Punta Arenas podría ofrecerles, el oro que habían ganado después de tan arduos esfuerzos.

Amenazaba tormenta, y como la costa exterior de la isla de Lennox está expuesta a la furia del mar, Despard entró en una ensenada de la costa resguardada. Dejó el bote a la tripulación yagana y atravesó a pie la isla, que en su mayor parte está cubierta de pantanos y malezas, en dirección a la ensenada de Lennox. Fué bien recibido por un alegre grupo de hombres, algunos de los cuales ya estaban por partir en una goleta anclada mar afuera. Con gusto pagaron su deuda.

Los hombres del grupo que estaban por partir, unos ocho o nueve, no podían llegar hasta la goleta. Fallaron varias tentativas de echar al agua un barco ballenero. Por fin, el capitán se zambulló y nadó hasta la costa llevando un cable. En seguida se ató una soga fuerte a la popa del barco ballenero, que no tardó en llenarse de agua. A pesar de esto fué halado sobre la resaca llevando a la rastra a los mineros y al valiente capitán. Una vez que todos estuvieron a salvo a bordo, el barco zarpó hacia Punta Arenas.

Al día siguiente, el mar se había apaciguado un poco, y los demás mineros, impacientes por gastar su oro, decidieron partir en un ballenero; ofrecieron a Despard transportarlo hasta el sitio donde él había dejado a los indígenas. Soplaba entonces viento del Oeste, y sólo estarían seguros si se acercaban a la isla por el Este, pues del otro lado el viento soplaba fuerte. Despard los previno, pero los hombres estaban demasiado contentos con la fortuna adquirida y embriagados pensando en su futura felicidad, de modo que no lo escucharon. Insistieron en su invitación, y mi hermano respondió que iría con ellos con la condición de ser el capitán. Debió parecerles un muchachuelo presuntuoso, pues le contestaron riendo que estaban muy satisfechos del capitán que llevaban, un excelente hombre diplomado de piloto. Entonces Despard quedó atrás viéndolos partir.

Al virar a toda vela delante del viento, el ballenero rolló y al fin zozobró. Despard vió a seis de los hombres encaramados sobre el barco luchando por mantenerse a flote. A la distancia parecían pájaros

sobre un tronco a la deriva. No pudieron mantenerse mucho tiempo; el viento tomó a la vela por debajo y tumbó completamente al barco una vez más. Después de eso, mi hermano sólo pudo ver una figura solitaria agarrada al bote volcado que bogaba mar adentro a la deriva. Nada podía hacerse para salvarlo, y por más fuerte que haya sido el náufrago no pudo haber sobrevivido en esas aguas heladas.

Estos infortunados deben haberse hundido como piedras; es probable que cada uno llevara cosido a sus ropas más de cinco kilos de peso en oro.

5

Un anochecer volvía yo a casa bordeando un bosque, cuando de pronto me estremeció una extraña aparición. Su parte inferior era blanca, y se acercaba a mí por el sendero. Me escondí detrás de un arbusto, y permanecí inmóvil. El fantasma se acercó hasta que pude darme cuenta de lo que era: un hombrecito en calzoncillos. Había envuelto sus pies con los restos de sus pantalones; nunca vi mocasines más rústicos.

Era un español; cuando le hablé me contó que había llegado con otros buscadores de oro en un cúter de ocho toneladas, naufragado en una región rocallosa de la bahía Moat, a poco más o menos veinte millas de distancia del lugar en que nos hallábamos. Toda la tripulación había conseguido desembarcar a salvo, pero el cúter se había hecho añicos contra las rocas, hundiéndose cerca de la costa. Los demás habían decidido llegar a pie hasta la bahía Sloggett, donde estaban los campamentos mineros, pero este pobre hombrecillo había preferido dirigirse a Harberton. Creyendo que podía llegar a nuestro establecimiento en un día, había salido casi sin provisiones. Al sorprenderlo la noche en el camino, empapado y hambriento, había gastado su último fósforo en encender una fogata, y después de poner sus botas a secar, se había echado a dormir. A la mañana siguiente, al intentar ponerse las botas le fué imposible hacerlo, pues el cuero estaba completamente tostado.

Le pregunté a quién pertenecía el cúter naufragado y su respuesta me interesó sobremanera.

Volvió a Harberton conmigo. Mientras él comía opíparamente, llamé a mi hermano Despard y le conté lo que sabía, le expliqué que a ningún tripulante se le ocurriría que podría recuperar algo del cúter en esa costa expuesta y rocallosa. Con buen tiempo y provistos de bicheros y de un garfio de hierro, un par de hombres —por ejem-

plo, nosotros— podrían pescar algunos objetos muy útiles sin que nadie sufriera por ello. Despard estuvo muy de acuerdo conmigo, y así fué cómo el primer día de calma partimos hacia la bahía Moat antes de que amaneciera.

Precisamente en el lugar del naufragio, una muralla de rocas contra la cual las olas se hinchaban y luego caían en vez de romperse pesadamente como sucedía más al este, donde las aguas son menos profundas; a este sitio sobre la orilla habían llegado a la deriva algunos restos del naufragio.

Los objetos más codiciados yacían junto a los restos destrozados del navío en el fondo de ripio, cerca del pie de la muralla. Aunque el agua tenía una profundidad de seis metros, podíamos distinguirlos perfectamente desde el bote. Con ayuda del bichero enganchamos varios largos de soga, una compuerta suelta, y una gran marmita de hierro. Más allá vimos una pequeña ancla, que buena falta nos hacía. Después de varias tentativas infructuosas conseguimos izar todo a bordo junto con un trozo de cadena.

Recogimos otros objetos útiles que encontramos en la costa y emprendimos el regreso a Harberton tan sobrecargados por el botín, que la borda quedó a menos de veinte centímetros del agua. Debíamos recorrer veinte millas, pero no nos importaba. Ese cúter había pertenecido a nuestros más inescrupulosos rivales en el comercio con los buscadores de oro.

CAPÍTULO XIX

LA CASA DE CAMBACERES. VIGILO AL GANADO. CASI ME ATRAPA UN TORO. LEVANTO CERCOS EN LA MONTAÑA NO TUP. PIERDO NUEVE KILOS DE PESO.

I

PARTE de la hacienda semisalvaje que mi padre compró en las islas Malvinas fué desembarcada en Walanika (la isla de los Conejos) a fin de que no pudiera escapar y se perdiera en los bosques de la isla principal o se ahogara en aquellos peligrosos pantanos que tanto abundaban. A esta hacienda se le había juntado el torito de Devonshire y ocho o diez terneros de Harberton. Muy pronto, sin embargo, se hizo evidente que por el aumento de los conejos, la hacienda no encontraba en la isla suficiente comida.

Decidimos pues trasladarlos a la isla principal. El lugar elegido fué una doble península situada a unos tres kilómetros a vuelo de pájaro de Harberton, que se alargaban a cinco por mar y a ocho contorneando pantanos y ensenadas. La larga ensenada interior que formaba esta península era conocida por los yaganes con el nombre de Lanushwaia [1] (ensenada del Pájaro Carpintero). En 1851 el capitán Allen Gardiner y su pequeña e infortunada tripulación la llamaron Puerto Bloomfield. Mi padre le dió el nombre de Cambaceres, en homenaje a su buen amigo Antonio Cambaceres, el Presidente del Congreso.

Antes que Serafín Aguirre padeciera de la fiebre del oro, aprovechamos su gran fuerza y destreza en el manejo del lazo para atrapar la hacienda en Walanika. Por una pequeña suma de dinero una goleta transportaba los animales a Cambaceres. El istmo que unía la doble península a la isla principal tenía poco más o menos cien metros de ancho; un yagán y su mujer estaban instalados allí para impedir que la hacienda escapara y se perdiera.

Aguirre se fué en busca de oro y mi padre tuvo que viajar por negocios a Punta Arenas. A los quince días de ser desembarcada la hacienda, el cuidador yagán nos vino a avisar que se había esca-

[1] Aparece con este nombre en los mapas, pero debe pronunciarse Ooshoowaia.

pado toda, y que a pesar de sus esfuerzos no pudo hacerla volver. Según parece, él se había ido de vacaciones por dos días y la hacienda había aprovechado su ausencia.

¡Qué gran ocasión para nosotros, con lo que nos gustaba montar a caballo! Los animales se habían dispersado y nos tomó varios días traerlos de vuelta. Era ésta mi oportunidad: al yagán había que despedirlo y no tendrían más remedio que permitirme ocupar su lugar. Mi padre, a su regreso, aprobó esta decisión.

Cambaceres se inició con una choza resquebrajada y una carpa. Más adelante tuvimos un rancho de dos piezas y cuando instalamos el tambo, Despard, con la ayuda de Will y mía, construyó una casita de regular tamaño con tablones aserrados y techo de chapas de cinc. También levantamos un galpón para las vacas y corrales que atravesaban el istmo.

La tierra situada detrás de Cambaceres fué el lugar elegido para criar nuestra hacienda. Con el correr del tiempo mis visitas a Harberton se fueron espaciando cada vez más, vivía casi todo el tiempo en Cambaceres o en medio del monte. También Will trabajaba a la intemperie, tenía a su cargo las ovejas en las distintas islas y en la región oeste de nuestras tierras. Despard tenía todo su tiempo ocupado en Harberton, durante el día (y a veces a la luz de la lámpara), trabajaba en su carpintería o estaba ocupado en otras tareas en la finca y por las tardes ayudaba a mi padre revisando la contabilidad y atendiendo la parte comercial del creciente negocio.

Mis padres deben haber temido que yo me fuera a vivir para siempre al bosque, pues durante dos veranos consecutivos me ordenaron que volviese a Harberton para ocuparme de la hacienda de ese lugar mientras Despard y Will me reemplazaban en Cambaceres.

La primavera era la estación en que yo estaba más ocupado, pues los animales habían pasado todo el invierno librados a ellos mismos. Rápidamente aumentaban en número, y en esa época yo debía cuidar arriba de trescientas cabezas. Nuestros animales estaban dispersos en una extensión superior a mil hectáreas; más de la mitad de esa superficie estaba cubierta de espesos bosques cortados por innumerables valles tan pantanosos o tan cubiertos de árboles caídos, que en algunos sitios apenas era posible el paso del ganado. Se hubiera necesitado un ejército de hombres acostumbrados al trabajo en el bosque para hacer en una sola vez el rodeo de esa grey. Yo solo podía ocuparme del setenta por ciento de toda la hacienda, que en el año 1898 alcanzaba a seiscientas cabezas. Había clasificado a los animales en poco más o menos cuarenta grupos teniendo en cuenta el sexo, la edad

aproximada, la disposición de los cuernos, el color (colorados, oscuros, negros, rosillos, manchados o abigarrados). Como se presentó una o dos veces el caso de animales tan parecidos que era difícil distinguirlos, yo los marcaba, ya en el cuerno, ya en la oreja. Luego en el rodeo confrontaba los animales, a los que había pasado lista en el corral y marcaba con lápiz los que faltaban, borrándolos posteriormente si aparecían.

Algunos de los ausentes habían muerto en los pantanos o por el mal tiempo. Otros fueron robados. No pude probar nada, pero era significativo que el ganado desaparecido fuera aquel que andaba cerca del límite este de nuestro campo. Los animales no podían, por sus propios medios, trasponer estos límites debido a un cerco que volveré a mencionar, y estaba seguro que ni los aush ni los onas eran responsables. Tenía motivo para atribuir estas raterías a algunos hombres blancos que solían llevar carne a los mineros; registré las pérdidas con cargo a una marmita de hierro, un largo de cadena y una pequeña ancla, cuyo origen ya ha sido relatado, y que prestaron muy buenos servicios.

En mi tarea de cuidar el ganado en Cambaceres contaba con la ayuda de un muchacho yagán llamado Tom. También me acompañaban mis hermanas, cuando podían venir; además mi tía Yekadahby se encontraba a menudo en Cambaceres. Les encantaba la vida al aire libre y montar a caballo, sobre todo cuando había que perseguir el ganado. Berta se hizo experta en rodeos, y podía identificar uno por uno a todos los animales, cosa que, salvo yo, sólo Tom era capaz de hacerlo. Después de pasar un día en el bosque, me detallaba todos los animales que había encontrado, y esos datos me permitían borrar algunas marcas en mi lista de animales.

2

Parte del ganado se internó profundamente en el bosque al fondo de Cambaceres y algunos terneros se criaron allí completamente salvajes. Si alguno volvía a aparecer hacíamos todo lo posible por atraparlo. Algunos tenían más de dos años y eran muy ariscos, hasta feroces.

En una oportunidad en que Yekadahby y Will estaban conmigo en Cambaceres, Will y yo enlazamos, fuera del corral, uno de estos cimarrones, un torito joven y decidimos ultimarlo. Generalmente para matar a un animal lo baleábamos o lo acogotábamos, es decir le cor-

tábamos con un cuchillo el cordón espinal, lo cual provoca una muerte casi instantánea. Para realizar esta tarea usábamos dos postes sólidamente plantados a pocos centímetros uno de otro, cerca del corral.

Cuando Will hubo enlazado el toro, manteniendo el lazo atado a su fuerte cincha de cuero de vaca, lo hizo pasar entre los postes, apuró su caballo y arrastró al toro. Una vez que la cabeza del animal estuvo cerca de los postes había llegado el momento en que yo le aplicase el "coup de grâce". El toro estaba furioso de verse tratado de esa manera por primera vez en su vida. Como el lazo era excepcionalmente fuerte, pensé que sería una brillante idea demostrar mi valentía decapitándolo.

Al acercarme a él caminando, con el cuchillo en la mano, dió un violento brinco en mi dirección y el lazo se cerró de golpe cerca de la argolla. Como relámpago se abalanzó sobre mí, no tuve tiempo de escabullirme ni tampoco de tirarme boca abajo a tierra. Me eché hacia atrás para evitar sus cuernos, pero asimismo recibí un golpe de su belfo en la última costilla. Quedé cabeza abajo y mareado completamente.

Me pareció muy largo el tiempo que pasó antes de que mis pies volvieran a tocar tierra. Cuando me incorporé; aturdido y tembloroso, el toro estaba a cien metros de distancia cargando contra un bote en la playa, y a veinte metros de la casa, en campo abierto, estaba Yekadahby con una escoba en la mano. Había estado observando desde la casa, me había visto caer y tomando el arma que tenía más cerca, corrió con toda furia a auxiliarme. ¡Estas mujeres! Dudo que yo tuviera el coraje de arremeter con una escoba contra un toro bravo.

El animal se dirigió hacia el mar y nadó hasta la entrada del puerto interior. Esa noche lo matamos cerca del río.

3

En el otoño de 1894, Will con Teddy, su muchacho yagán, y un joven español robusto y jovial llamado Modesto Pernas, habían dividido la isla de Gable en tres partes. Aprovechando ciertos lagos que utilizaron como cercos naturales, habían conseguido ahorrar tiempo y material. Como es de suponer, cuando los lagos se helaban no servían de barrera para las ovejas, pero durante esa época del año no eran muy necesarias las barreras.

Además prepararon potreros para las ovejas y corrales para juntarlas en el tiempo de la esquila. Los cercos se levantaron con postes

y varillas que había que cortar y traer del bosque. En invierno la tierra estaba helada y como piedra, de modo que el trabajo de cavar los pozos para los postes debía hacerse en verano. Aun entonces la tarea era pesada y fastidiosa, pues el terreno, excepto en los pantanos, era duro y escabroso.

Nosotros también habíamos levantado cercos en la isla principal. Habíamos cerrado las diversas penínsulas cercando sus istmos; una línea se extendía desde el puerto interior de Cambaceres hasta la costa opuesta al establecimiento de Harberton y alrededor de las tres ensenadas del oeste, cruzando la península de Thought Of hasta el río Lasifharshaj. Siempre que disponíamos de árboles apropiados, construíamos cercos de troncos para las ovejas, disponiéndolos como lo hacen los niños con sus mosaicos de madera, por lo que no necesitamos clavos; como no había que cavar pozos para los postes, proseguimos todo el invierno usando como única herramienta nuestras afiladas hachas. En esta forma cercamos alrededor de ochenta mil áreas con sólo tres mil doscientos metros de cerco.

En el invierno de 1894, que corresponde al verano de Inglaterra, Willy y yo planeamos dos nuevos cercos. Para esto debíamos dividir nuestras fuerzas, él debía trabajar en el oeste mientras yo lo haría en el este. Will, ayudado por Teddy y el valiente Modesto Pernas, se proponía hacer un largo cerco en el límite interior del bosque, al margen oeste de nuestra granja. Cuando estuviera terminado podríamos traer ovejas de las islas, donde había demasiadas.

Tom, el otro muchacho yagán, debía ser mi ayudante. Considerando todo el trabajo por realizar parecía una tremenda empresa.

La colina No Tup se erguía a dieciséis kilómetros de Harberton sobre un terreno escabroso, largo y angosto, con laderas arboladas en fuerte declive sin ser escarpado. Por encima de la hilera de árboles estaban los redondos páramos; de ahí su nombre, cubiertos de lagos, salientes de rocas y parches de cortante pedregullo mezclado con barro y musgo empapado. El límite de nuestra tierra corría de Norte a Sur a través del centro de No Tup, y era mi intención levantar una barrera para impedir que nuestro ganado se alejara hacia el Oeste.

Acompañado por Tom, partí en el *Esperanza*, el bote de Despard, llevando una pequeña carpa, ropa de cama y provisiones: bizcochos, harina, arroz, azúcar, sal, café, y gran cantidad de nabos y zanahorias de la huerta. Durante estos viajes lejos de casa observábamos siempre una dieta espartana y considerando la mayoría de estos alimentos como lujos, me propuse, antes de partir, vivir casi exclusivamente del producto de la huerta y de la carne de guanaco que consiguiéramos.

El día que partimos a remo de Harberton recorrimos dieciséis kilómetros y desembarcamos en la playa de ripio, cerca del promontorio rocoso. Era un día ideal de invierno, calmo y glacial. Desembarcamos nuestro equipaje y pusimos el vagón en la orilla para deslizar el bote sobre él y así transportarlo a un lugar donde no estuviera al alcance de la marea más alta. Lo dimos vuelta para que no se llenara de nieve y de hielo. Una vez hecho esto, abrimos un sendero angosto a través del monte tupido al pie del No Tup y llevamos todas nuestras provisiones a un sitio por donde yo calculaba debía pasar el cerco, y de inmediato comenzamos a derribar árboles.

Teníamos que trabajar con cuidado para que los árboles cayeran uno sobre otro y así entrelazados formaran un cerco natural de troncos porque, para un hombre y un muchacho, mover pesados troncos, aun con la ayuda de una palanca, significa un tremendo esfuerzo. Dejando que las ramas fueran aplastadas por el peso de otros árboles formábamos una barrera infranqueable para el ganado; ni un guanaco intentaría cruzarla.

La dirección del cerco, en un trecho de unos ochenta metros, no tenía importancia, de manera que Tom y yo pudimos elegir el lugar del bosque donde los árboles estaban dispuestos convenientemente para nuestro propósito. A medida que ascendíamos el No Tup, los árboles se hacían más achaparrados y nuestro progreso más lento. A veces teníamos que arrastrar o hacer rodar los troncos barranca abajo para colocarlos en lugares donde el fuego había quemado el bosque tiempo atrás. En algunas hondonadas, donde la nieve era muy profunda, debíamos construir el cerco en tal forma que cuando la nieve se derritiera el cerco se hundiera entrelazado sin desmoronarse. Nuestra única herramienta era también esta vez el hacha, y debido a que no usábamos clavos se nos presentaban difíciles problemas que requerían toda nuestra pericia.

Una de las normas de mi padre era que un cambio de trabajo era tan bueno como un descanso. Los domingos en vez de cercar nos dedicábamos con Tom a buscar carne de guanaco o a inspeccionar el ganado. A propósito había dejado yo mis perros en Harberton para que su ladrido no ahuyentara a los guanacos y no necesitáramos ir muy lejos para conseguir carne.

La ladera de la montaña que estábamos cercando enfrentaba el Sur y era tan escarpada que durante cuatro largos meses de invierno no veía el sol; en consecuencia el lugar era extremadamente frío. A unos dos kilómetros de donde trabajábamos sobre una roca puntiaguda que sobresalía de los bosques, muy alto en la montaña daba el sol

un rato en las primeras horas de la tarde. Un domingo que no necesitábamos carne subí allí y me trepé a la roca para echar un vistazo a nuestro viejo amigo. Su calor era apenas perceptible pero de todos modos la experiencia me resultó muy agradable.

Habiendo llevado nuestro cerco hasta el pie de un acantilado sobre el cual era muy difícil que el ganado pasara, botamos el *Esperanza* y remamos hasta Harberton para descansar allí algunos días. Después de este bienvenido descanso, durante el cual gozamos las delicias de comidas bien preparadas, camas confortables y sillas donde sentarnos, regresamos con Tom a No Tup para iniciar la tarea de levantar un cerco muy largo sobre la orilla oeste. Una vez cerrada la brecha entre la montaña y el río este tendríamos un gran triángulo limitado por el mar, la montaña y el río. Los dos últimos no eran absolutamente infranqueables, pero prestarían gran utilidad para detener las andanzas de los animales.

Sobre la tierra había una capa regular de nieve. Al llegar al lugar elegido para nuestro campamento, Tom y yo construimos con postes una choza cónica, de paredes muy inclinadas. Los vientos prevalecientes eran los del oeste; en consecuencia la abertura de entrada miraba hacia el este. Contra las paredes amontonamos ramas y cortezas de árboles dejando una pequeña abertura en lo alto. Estas chozas no son sino grandes chimeneas, y cuando el viento no sopla con demasiada violencia se puede disfrutar en su interior del calor del fuego sin ser molestado por el humo.

Yo tenía un reloj despertador que me fué regalado por un ex minero llamado Bertram, que trabajó algún tiempo con nosotros en Harberton. El reloj nos despertaba dos o tres horas antes de amanecer, poníamos a hervir unas presas de guanaco con un puñado de arroz y unos nabos picados para sazonar el jugo. El caldo lo tomábamos como desayuno, y reservábamos la carne para nuestro almuerzo, a fin de no desperdiciar las preciosas horas de luz de día en la preparación de comida. A menos que el tiempo fuera húmedo y pesado, lo que ocurría rara vez, la carne estaba helada a la hora del almuerzo. Encendíamos fuego para descongelarla y la comíamos de pie delante del fuego. No tardábamos más de diez minutos, y en cuanto concluíamos volvíamos a tomar nuestras hachas hasta el oscurecer. Luego regresábamos a la choza y asábamos carne de la que comíamos enormes cantidades. Las galletas las teníamos racionadas, y disponíamos sólo de una por día; lo mismo ocurría con el té y el café, que tomábamos por la mañana o por la noche. Por las tardes a veces debíamos secar nuestras ropas y otras también remendarla. Yo confeccionaba

todas las semanas un par de mocasines y con un suplemento de cuero que habíamos traído trenzábamos cabezadas y riendas hasta caer vencidos por el sueño.

Desde la ladera de la montaña veíamos a unos diez kilómetros de distancia, a través del bosque, el establecimiento de Harberton, vista que nos regocijaba. En los días tranquilos oíamos el canto de los gallos; una mañana apacible nos llegaron flotando por los aires los acordes de una música, el sonido era tan nítido que reconocí la tonada: era el himno nacional austríaco, que más adelante fué adoptado por Alemania. Tom y yo nos miramos atónitos al oír esa música en tal paraje. Al regresar al hogar, unas semanas después, averigüé y supe que no había habido cantos en Harberton en esa fecha, pero que un grupo numeroso de mineros austríacos se habían reunido al aire libre en Puerto Toro en el extremo este de Navarino y en celebración de una fiesta patria habían cantado su himno nacional. La distancia desde ese lugar a través de bosques y agua era de más de veintinueve kilómetros.

Durante ese invierno trabajé todos los días de la semana aun con mal tiempo, pero en esos días me abstenía de llevar a Tom; no sólo por el hecho de que por ser un muchacho joven no tenía el mismo incentivo que yo para trabajar, sino también porque yo deseaba al volver poderme calentar ante un hermoso fuego. A veces el viento cargado de nieve rugía en los bosques, otras la nieve caía pausadamente durante toda la noche y las ramas se doblegaban bajo su peso. Al comenzar los deshielos, podía ocurrir que las masas de nieve arrastraran al caer trozos de hielo formados entre las ramas bajas. Por eso en tales días llevaba yo una bolsa para proteger mis espaldas de posibles lastimaduras y salía a trabajar sin más indumentaria que los mocasines y un par de pantalones. Trabajaba furiosamente hasta que el ejercicio ya no me daba más calor y me sentía congelado por la cantidad de nieve derretida que había caído sobre mí; corriendo volvía a calentarme ante el fuego, feliz con el convencimiento de haberme ganado el día.

Un domingo por la mañana, antes del amanecer, oímos una extraña llamada. Al principio creímos que sería un torito que se había alejado de su manada, pero muy pronto comprendimos que era alguien que buscaba nuestro campamento. Contesté al llamamiento con voz *potente* y de *repente* aparecieron a la luz de la luna las siluetas de Despard y mis hermanas Berta y Alicia; yo estaba encantado de verlos, no solo a ellos, sino también al enorme fardo que traía Despard sobre sus espaldas y que me resultaba muy promisorio.

Sabiendo que yo salía al amanecer, ya sea a cazar o a vigilar la hacienda, ellos habían dejado Harberton el sábado por la tarde; en Cambaceres habían dormido algunas horas y se habían internado nuevamente en el bosque después de medianoche.

Me dijeron que en Harberton seguían la brecha que nosotros habíamos abierto en el bosque, la línea oscura del cerco se destacaba contra la nieve y se iba alargando conforme ascendía la ladera de la montaña hasta llegar al pie del acantilado.

Olvidando nuestro propósito de economía festejamos ese día principescamente con las exquisiteces que nos había enviado mi madre: pan, manteca, mermelada de Yekadahby, café y leche condensada. Con gran alegría de mi parte, Despard sacó a relucir de su atado algo que era muy raro en Harberton, para qué decir en No Tup: ¡una ristra de cebollas! ¡Qué agradable mejora para nuestro guiso de guanaco!

Después que hubimos comido y conversado, y que ellos hubieron admirado la línea del cerco próximo al campamento, se despidieron y regresaron a Cambaceres. Antes de separarnos, anuncié a Despard que mudaría mi campamento más hacia el Sur, pues el cerco adelantaba en esa dirección y cada día Tom y yo debíamos caminar más lejos para llegar a nuestro trabajo. Tenía intención, le dije, de construir una choza de costaneras y techarla con pieles de guanaco. Sugerí a Berta y a Alicia que cuando estuviera lista, vinieran a pasar una o dos semanas en el bosque conmigo; mis hermanas acogieron la idea con júbilo.

La choza de madera fué debidamente construída por Tom y por mí cerca de un lago helado; su tamaño no era mucho mayor que un gran cajón de embalar. Una vez concluída, partí a Harberton a buscar a mis hermanas. Mi madre consintió que ellas se tomaran estas vacaciones, y ambas vinieron conmigo a No Tup. Trajimos nuestros perros, a los que después todas las noches veíamos correr sobre el lago helado detrás de zorros imaginarios, cacería que nos divertía tanto a mis hermanas y a mí como a los mismos perros.

Gracias a estas y otras diversiones, el trabajo fué más placentero, y por fin en el término de dos semanas Tom y yo concluimos nuestra tarea de invierno llevando el cerco hasta una zanja honda a la orilla del río.

Will terminó su cerco en el lado oeste más o menos al mismo tiempo, y mientras tanto, Despard no había quedado ocioso. Había construído una barcaza de ocho toneladas sobre la cual pudimos, más adelante, transportar hasta una docena de caballos o más de cien ovejas

en un solo viaje. Creo que Despard, a su modo, trabajó más que nosotros sus hermanos, pero prefirió un ambiente más civilizado. Se sentaba a la mesa a comer comidas bien preparadas, dormía entre sábanas, y no compartió nuestra vida despreocupada en el bosque. No siendo celoso por naturaleza, no creo que nos envidiara, pero de lo que estoy convencido es de que ninguno de nosotros dos lo envidiábamos a él.

Poco después de mi regreso a Harberton comencé a sentir los efectos de mi estricto régimen de economías en No Tup. Había perdido fuerzas y energía y mi peso había bajado de más de noventa kilos a ochenta. El gasto de provisiones para Tom y para mí, durante tres meses, ascendió a seis chelines mensuales cada uno. ¡Cómo no adelgazar con una dieta de carne magra de guanaco y un trabajo excesivo!

CAPÍTULO XX

MI PADRE OBTIENE AUTORIZACIÓN PARA OCUPAR LA ISLA DE PICTON. WILL Y YO CAZAMOS GANADO SALVAJE. CHRISTIAN PETERSEN NOS PREPARA EL DESAYUNO ANTES DE HORA. NUESTRA ESPLÉNDIDA CHOZA REDUCIDA A CENIZAS. TOM SUFRE UN ACCIDENTE Y ME ACUSAN DE INTENTO DE ASESINATO.

I

UN otoño, dos años después de los incidentes relatados en el capítulo anterior, Will y yo estábamos planeando nuestra campaña de invierno que incluía el cercado de bosques, cuando mi padre, de regreso de un viaje a Inglaterra que hizo con mi madre, nos dió una sorpresa. Nos dijo que había comprado cuarenta hectáreas de tierra en la isla de Picton para fundar allí un establecimiento, y que tenía, además, una carta oficial del gobernador de Punta Arenas que lo autorizaba a ocupar toda la isla.

Mi padre había decidido que yo me trasladara ese invierno a la ensenada de Banner, en nuestro bote salvavidas, con hombres, provisiones y herramientas para iniciar el establecimiento; tendría que cercar toda la tierra posible para los animales que desembarcaríamos el próximo verano; también debía ocuparme de atrapar animales salvajes de los que abundaban en la isla. Años antes el gobernador chileno, deseando establecer su derecho sobre la isla, había desembarcado ganado y algunas yeguas y designado un prefecto del Puerto, a cuyo cargo quedó la isla, y que no tardó en abandonarla: los animales se desbandaron por toda la isla, y se volvieron completamente salvajes. Chile, aparentemente, se desinteresó por completo de la empresa. Mi padre había hablado de esos animales al gobernador, y éste le dijo que serían nuestros si conseguíamos atraparlos.

Despard se hizo cargo de nuestros planteles de lanares y vacunos, y permitió a Will que me acompañara en esta nueva empresa. Cruzamos hacia la ensenada de Banner, distante unas dieciocho millas, a fines del mes de abril, después de dejar el ganado bien instalado en sus cuarteles de invierno. Teníamos cinco compañeros: dos de ellos eran Tom y Teddy, nuestros muchachos yaganes; el tercero era José Radic, un minero austríaco fuerte y trabajador, pero medio sal-

vaje, que se había peleado violentamente con sus compañeros, y por ello quería pasar un invierno tranquilo trabajando únicamente para asegurar su subsistencia; a pesar de su falta de educación no era un mal sujeto y con el hacha en la mano era un gran hombre.

Nuestro cuarto compañero era un capitán noruego, Olaf Aslaksen, que había hecho algunos viajes al mando del *Allen Gardiner*. Había contraído enlace poco tiempo antes en las islas Malvinas y deseaba abandonar el mar y establecerse en tierra con su joven esposa. Mi padre pensaba que sería el hombre indicado para hacerse cargo de la isla después de terminados los trabajos preliminares. Era menudo y de estatura mediana, aunque muy activo y fuerte.

El quinto era Christian Petersen, un alto y encorvado marinero danés que había trabajado en los campamentos mineros del Norte; viejo, casi pelado, tenía una frente noble, pálidos ojos azules de mirada ansiosa y una barba blanca de treinta centímetros de largo. Debió haber conocido tiempos mejores. Con pocos trazos de lápiz hacía retratos de parecido perfecto. Su otro "hobby" era la concertina, que tocaba constantemente. Solía hablar con aparente conocimiento de rubíes y otras piedras preciosas, de las cuales decía haber encontrado rastros en distintas partes de la Tierra del Fuego, pero la fortuna, que en sus sueños tenía casi a su alcance, no le sonreía. En los últimos años, según nos dijo, había sido cocinero en varios barcos. A mi padre le daba lástima el viejo, y quiso que lo lleváramos a Picton para ocupar igual cargo. Yo me opuse, pues Petersen no podía vivir mucho y yo sabía lo difícil que es cavar una sepultura en la tierra helada, pero mi padre se impuso.

Izamos nuestro bote del agua en la ensenada Banner, y levantamos allí la mejor choza que he visto en mi vida. Empleamos postes de casi nueve metros de alto y techamos con una enramada de más de treinta centímetros de espesor de *shushchi*, follaje siempre verde, capaz de atajar hasta la lluvia de la isla de Picton, que era dos veces más fuerte que la de Harberton. Aseguramos las ramas del techo con pesados troncos. Con los mismos materiales hicimos por separado —y más adelante hubimos de alegrarnos de ello— un dormitorio con literas de ramas, y en lugar de colchones pusimos abundante follaje. Esto era un verdadero lujo, porque las ramas de *shushchi* que empleábamos despiden, al secarse, un agradable aroma.

Cruzamos un tronco en el suelo de la choza, y le dije a Petersen que el espacio del otro lado del tronco le pertenecía exclusivamente, y si cualquiera, incluso yo, lo cruzaba y lo molestaba, él tenía derecho a echarlo de sus dominios. Habíamos llevado mi veterano des-

pertador y el viejo recibió la orden de preparar el desayuno con tiempo suficiente como para que nosotros tuviéramos calor y comida antes de empezar a trabajar al amanecer.

Hechos estos arreglos preliminares, nos dedicamos a nuestro trabajo del invierno. Pasé un día entero en los bosques delineando el trazado de un cerco de madera, y en seguida Radic, Aslaksen, los dos muchachos yaganes, Will y yo nos pusimos a trabajar activamente en el derribo de árboles, mientras nuestro anciano "chef" se afanaba en su cocina por elaborar las peores comidas que en mi mayor desgracia haya tenido jamás delante de mí.

El plato fuerte era la carne, que merced a la cortesía del gobierno chileno abundaba en la isla de Picton. Procurársela, sin embargo, no dejaba de ser empresa arriesgada y excitante. Una vez que se necesitó carne, Will y yo, vestidos únicamente con pantalones, camisa y mocasines, salimos al despuntar el alba. Apenas habíamos recorrido tres kilómetros, cuando encontramos huellas de ganado, y al poco tiempo, al escalar un cerro, divisamos dos toros y dos vacas que se alejaban apresuradamente. Era inútil tratar de tirarles desde atrás con mi winchester anticuado, pero la vaca que llevaba la delantera se volvió un poco, permitiéndome así, apuntarle al corazón, y derribarla de un tiro certero. La otra vaca pareció no haber oído el disparo, pero al ver caer a su compañera, en su excitación cargó contra ella que estaba agonizante, y entonces Will pudo matarla también.

Los toros, evidentemente se escapaban, porque habían cruzado un arroyuelo al pie de la loma y estaban subiendo por la orilla opuesta.

Hay un lugar, entre los cuernos, justo entre la cabeza y el pescuezo, donde una bala de pequeño calibre es suficiente para matar a un toro, pero el área no es mayor que un huevo de gallina y hay que apuntar bien; a la distancia que yo me encontraba, preferí elegir la espina dorsal, que ofrecía mejor blanco, y con gran sorpresa mía, el toro que iba delante cayó como una piedra.

Su compañero, un magnífico ejemplar negro azabache, se volvió furioso para indagar la causa de tanta molestia, y al divisarnos a Will y a mí, cargó contra nosotros, subiendo la colina. Contuvimos nuestro fuego y esperamos; cuando el toro se hallaba a treinta y cinco metros abrimos fuego. Todas nuestras balas debieron alcanzarlo, pero no se detuvo. Se acercaba peligrosamente y ya habíamos decidido treparnos al árbol más cercano, cuando cayó sin conocimiento. A pesar de nuestro orgullo por la magnífica presa, no dejamos de sentir pena y admiración por el héroe caído.

2

Además de la lluvia y el mal tiempo, hubo varios incidentes que estropearon nuestra estada en Picton. Una vez, después de habernos acostado tras un día de fuerte trabajo, nos despertó el viejo cocinero danés, golpeando una olla con su llamado habitual: "Desayuno listo."

Estaba completamente oscuro y caía una fina llovizna helada cuando nos apretujamos en la cocina, con mucho más sueño que hambre. Había que probar la comida de Petersen para saber lo que era. Como se lo dije una vez, yo ponía en duda que hubiese sido nunca cocinero de un barco, pues seguramente los marineros, aun los de un barco misionero, lo hubieran tirado por la borda. A pesar de su mala calidad y de nuestra evidente falta de ánimo, conseguimos ingerir el desayuno y esperamos la llegada del alba. Al fin, como no amanecía y el despertador señalaba más de las nueve, me acordé de que podía consultar otro guardián de la hora, la marea. Tomando una antorcha del fuego, fuí hasta la orilla del mar, pues sabía que la marea alta se producía a las ocho de la mañana, pero con gran sorpresa comprobé que todavía estaba bien baja, de modo que después de reprender severamente al cocinero, volvimos a la cama.

Debíamos haber escarmentado con esta experiencia, pero la segunda vez que ocurrió lo mismo, la olvidamos y fuimos al lugar de nuestro trabajo, a más de un kilómetro de distancia donde tuvimos que esperar más de dos horas sentados alrededor de una fogata hasta que hubiera luz suficiente para empuñar el hacha. No cabía duda de que alguien había cambiado la hora del reloj mientras dormíamos. Sospechábamos de Radic, el austríaco, quien tenía el más extraño sentido de lo cómico. Lo que más le divertía era hacer quedar mal a Petersen, a quien odiaba por las malas comidas que nos servía y por su pereza; siempre estaba listo para molestar al viejo y ponerlo en apuros. Yo sostuve una acalorada discusión con Radic sobre el asunto, pero nunca pude saber realmente si era o no culpable.

Todavía faltaba lo peor; una noche, de regreso al campamento con la esperanza de una buena cena alrededor del fuego, encontramos a Petersen en actitud que daba verdadera lástima, de pie, inmóvil al lado de lo que una vez había sido nuestra choza palaciega, y ahora no era más que un montón de cenizas. Había volcado grasa sobre el fuego con resultados catastróficos. Pero más serio que la pérdida de la cocina era el hecho de que todas nuestras provisiones se habían

quemado o estaban completamente inutilizables. Lo único que el pobre hombre había podido salvar era su adorada concertina.

Después de este desastre, nuestros compañeros quisieron volver a Harberton, pero Will y yo nos opusimos resueltamente; habíamos venido a realizar un trabajo y no volveríamos hasta verlo concluído. Si no contábamos con otras provisiones, por lo menos teníamos carne. Los otros accedieron de mala gana y el trabajo en los cercados continuó en una atmósfera de mutua hostilidad hasta que quince días después se produjo el desastre culminante.

Llegamos una mañana al lugar donde habíamos dejado nuestras hachas la noche anterior. Tom, el yagán, cogió la suya y descuidadamente intentó un corte en una rama que tenía sobre la cabeza. Erró el golpe, el hacha se le escapó de la mano, describió una vuelta entera en el aire y, filosa como una navaja, se le clavó profundamente en el esternón. El pobre muchacho se cubrió el pecho con ambas manos sin pronunciar exclamación alguna. Nos quitamos las camisas y con ellas lo vendamos lo mejor que pudimos, juntando sus hombros hacia adelante lo más posible de modo que la herida permaneciera cerrada. Lo depositamos en el bote, en el cual cargamos todo nuestro equipo, y después de un día de temporal llegamos a Harberton esa misma noche.

Durante el viaje Tom se había desvanecido varias veces. Mi padre hizo cuanto pudo por él y muchas noches Despard, Will y yo nos turnamos para velarlo. El hacha había atravesado el hueso, salvo la membrana, y una congestión pulmonar parecía inevitable; no obstante, mejoró rápidamente y se cerró la herida, aunque el pecho quedó un poco hundido. Cuando un barco en ruta a Ushuaia hizo escala en Harberton, le pedimos al médico de a bordo que revisase al paciente. Después de hacerlo, el doctor juzgó necesario operarlo y resolvió llevarlo a Ushuaia. Ninguno de nosotros creyó indispensable esta operación, pero tampoco podíamos discutir la autoridad del médico; por lo tanto Tom tuvo que irse. Quince días después nos avisaron que podíamos ir a buscarlo, pues estaba mejor. Fuimos y nos encontramos con una cuenta que nos pareció exorbitante y nos explicó el urgente viaje de Tom a Ushuaia, aunque no encontráramos mejora alguna en su tórax.

La noticia de este accidente empezó a divulgarse, citándose al médico como autoridad para dar detalles. Una herida de esta naturaleza, se decía, nunca pudo hacerse con un hacha. Tenía que haber sido una puñalada, y mía la mano asesina.

CAPÍTULO XXI

LOS AUSH DIFAMAN A LOS ONAS. TENEMOS NOTICIAS DE KAUSHEL, EL ASESINO. MIS HERMANOS Y YO TRATAMOS DE CRUZAR LAS MONTAÑAS. NUEVA TENTATIVA DE DESPARD Y MÍA. ME VISITAN LOS ONAS EN CAMBACERES. TRABO RELACIÓN CON EL FAMOSO KAUSHEL. AMENAZO A BERTRAM. ASÍ ES LA JUVENTUD.

I

DURANTE los primeros años que pasamos en Harberton, fuimos visitados varias veces por un pequeño grupo de aush, algunos de los cuales conocimos en la bahía de Sloggett cuando el *Golden West* yacía averiado en la playa. Dos o tres de ellos hablaban bastante yagán, y una de las mujeres, llamada Weetklh, de origen yagán, tenía una numerosa familia y más adelante se estableció con ella y con su marido, llamado Missmiyolh, en Harberton.

Estos aush temían a los onas, sus vecinos del norte y del oeste, más aún que a los yaganes, y con fundado motivo. Durante varias generaciones habían sido obligados a evacuar una tierra buena, huir hacia el extremo sudeste del territorio, y reducirse a vivir en medio de la selva y la ciénaga. Por miedo a los onas, cada vez que los aush nos visitaban cruzaban las cadenas de montañas del este y llegaban por la costa. Nos decían que los onas, nuestros vecinos del Norte, eran hombres muy malos y que habían muerto a muchos de su tribu. Nos hablaban de un hombre terrible, un asesino de fuerza y audacia extraordinarias, que se llamaba Kaushel. Además nos informaron que en la tierra de los onas había un lago tan largo y tan ancho como el canal de Beagle, aunque pocos de ellos lo conocían.

A pesar de nuestro buen entendimiento con estos raros visitantes, ellos parecían siempre inquietos y sólo se quedaban pocos días con nosotros. Intercambiaban con nuestros yaganes sus pieles de zorro y otros artículos por cuchillos y hachas.

Al retirarse un grupo de aush a fines del otoño, dos mujeres decidieron quedarse a pasar el invierno en Harberton. Ambas estaban igualmente llenas de arrugas y era difícil deducir cuál de las dos era más anciana; resultó que Yoiyimmi, la más baja, era la madre de Saklhbarra. Cuando no llevaban cargas estas mujeres a pesar de su

edad, marchaban erguidas y con el andar gracioso peculiar de las gitanas. Yoiyimmi tenía el privilegio, raro entre estas gentes, de ser bisabuela; nos ocuparemos mucho, en las páginas siguientes, de su nieto y de su familia.

Ambas ancianas conservaban completas las dos filas de su dentadura, no obstante que la de más edad, Yoiyimmi, por su cara tan arrugada, daba la impresión de no tener un solo diente. Era una viejita muy alegre, y al reír no mostraba incisivos ni caninos, sino dos filas completas de molares tan pulidos y gastados que parecían estar al mismo nivel de las encías.

La mayor parte de las ancianas de las tribus fueguinas conservan sus dientes en las mismas condiciones. Nunca oí decir en esos lejanos días que un indio sufriera dolor de muelas; creo que esa dolencia era desconocida.

Yo me pasaba todo el tiempo posible con Yoiyimmi y Sakllhbarra a fin de aprender su idioma. Si hubiese sabido en aquella época que el aush era hablado sólo por sesenta indígenas en toda la Tierra del Fuego, no me hubiera tomado semejante trabajo. Los domingos yo salía a cazar, generalmente mataba un guanaco y les daba una buena porción de carne. Las mujeres miraban mi rifle con la mayor desconfianza, como si fuera un ser viviente endiablado y hasta se tapaban la cara para expresar su horror, de modo que yo me acostumbré a esconderlo cada vez que me sentaba a hablar con ellas.

Nos llevábamos muy bien, y antes de la primavera, con la ayuda de algunas palabras que mi padre había anotado hacía tiempo y las que yo había aprendido de esas mujeres empezaba a hacerme comprender por ellas. Ya entrada la primavera, la anciana madre y su hija desaparecieron un día sin despedirse de nadie, pero no había que temer por ellas, pues llevaban una buena provisión de carne medio seca; además se sentían tan a gusto en el bosque como los mismos zorros.

Poco después estas visitas de los aush cesaron por completo; probablemente debieron sufrir un choque sangriento con los onas, porque durante varios años nada supimos de ellos.

2

A menudo, cuando soplaba viento del Norte, percibíamos el agradable olor de fogatas que venía de los bosques, y veíamos cómo el humo se entremezclaba con las nubes obscureciendo el brillo del sol y dándole la apariencia de un disco rojo. Otras veces veíamos flotar en el aire límpido finas espirales de humo provenientes de algún valle distante o del medio del bosque; encontrábamos en lugares cercanos a nuestra finca restos de fogatas, que habían sido encendidas por grupos de cazadores o de solitarios paseantes onas.

Otra señal de que, a pesar de que no los veíamos, los onas no se hallaban lejos, era la de que el ganado que acostumbraba alejarse del campamento, volvía en ocasiones aterrado para no moverse del corral durante semanas.

También teníamos noticias poco tranquilizadoras sobre encuentros fatales entre los onas y mineros o paisanos que se habían aventurado en sus dominios al norte de la isla. Se hacía evidente que tarde o temprano íbamos a tener una agarrada con esos misteriosos fantasmas.

Sabíamos que en invierno, cuando la capa de nieve es tan espesa entre las montañas que el guanaco corre hacia la costa, no había nada que temer porque los onas no encontrarían allí nada para comer. Pero durante el verano, cuando los guanacos volvían a sus guaridas, era diferente. Esperábamos que no nos dieran señales de vida lanzándonos una flecha por la espalda mientras abatíamos árboles o caminábamos tranquilamente por el bosque.

Aunque no nos agradaba la idea de ser espiados continuamente, no llegaba a inquietarnos demasiado, pero nos afligían las peleas entre los onas y los invasores blancos. Nuestras intenciones hacia los indios eran amistosas, pero esas luchas sangrientas con gente de nuestra raza haría ciertamente que nos consideraran sus enemigos. Obsesionado por esta idea yo insistía continuamente ante mis hermanos para que tratáramos de ponernos en contacto con estos indios esquivos; estaba seguro de que con las pocas palabras de ona que había aprendido podría persuadirlos de que nosotros no vivíamos en Harberton para terminar con ellos, sino para hacerlos nuestros amigos. Por fin mis hermanos se convencieron.

La excursión era imposible durante los meses de verano, pues teníamos muchas obligaciones en casa, pero al fin del otoño, cuando nuestro ganado lanar y vacuno estuvo instalado en sus campos de

invierno, Despard, Will y yo emprendimos viaje al Norte, bien entrenados después de nuestra tarea de verano. Llevábamos rifles (cada uno tenía por entonces su propio winchester), una pequeña tienda de campaña, jarras, cucharas, un poco de azúcar, sal, galleta, té y una buena cantidad de arroz. Siempre me ha parecido que el arroz es la comida que, en proporción a su peso, tiene mayor valor alimenticio. Con un puñado de arroz, un tordo o cualquier otro pájaro, un poco de apio salvaje y sal se puede preparar un excelente guiso, y con unas bayas y una pizca de azúcar un buen postre, aptos para satisfacer el estómago más hambriento.

El primer día recorrimos más de quince kilómetros de bosque enmarañado y de pantanos todavía no helados. Llovió casi todo el tiempo y avanzamos con dificultad, completamente empapados. Al pie de una segunda cadena de montañas encontramos, en medio de un bosque más limpio, una loma seca con un lago hacia el lado norte. Pensamos que era un buen sitio para acampar; al poco rato nos dimos cuenta de que poco antes otros habían tenido la misma idea. Había señales de un gran campamento de onas, en el que se habían encendido más de una docena de fogatas. Entre las cenizas descubrimos huesos de guanacos que habían sido partidos para sacarles el tuétano. Los indios siempre arrojaban los huesos al fuego, para que sus hambrientos perros no se atragantaran ni se rompiesen los dientes con ellos.

No vimos indios onas, pero teníamos la sensación de que nos estaban espiando; así que decidimos turnarnos toda la noche para montar guardia. La tienda de campaña nos resultó útil, pues llovió continuamente, y como no pudimos secar nuestra ropa tuvimos que dormir con mucho frío y humedad. A la mañana siguiente contorneamos el lago y la ladera de la montaña, cuya cima estaba escondida entre las nubes. Poco después la lluvia se transformó en nevada y muy pronto se levantó un ventarrón que impidió la visibilidad a pocos metros alrededor. Era de temer que el mal tiempo persistiera porque el invierno estaba cerca, y en esas condiciones hubiera sido una locura internarse en tierras escabrosas y desconocidas. Despard y Will resolvieron regresar; aunque yo sabía muy bien que esta decisión, amén de ser la más prudente, era también irrevocable, protesté con energía, pero fueron inflexibles, y cuando Despard me amenazó no tuve más remedio que retornar con ellos a Harberton.

3

Aproximadamente quince meses después de esta tentativa de cruzar la cadena de montañas, Despard y yo emprendimos viaje nuevamente hacia un lugar situado algunos kilómetros más al Oeste que el anterior. Era pleno invierno, y desde las colinas cercanas a nuestra finca podíamos ver un extenso erial que lucía su blancura de nieve salpicada con algunos manchones obscuros de árboles de hojas perennes. Esperábamos encontrar la nieve ya helada y de un espesor suficiente para andar sobre ella, y que la caza sería buena. Esto último fué lo que tentó a Despard más que el afán de saber lo que había detrás de la cadena de montañas.

Avanzamos unos ocho kilómetros por montes tupidos, encontramos los matorrales doblegados por el peso de la nieve que en las ciénagas era profunda y quebradiza. En muchas partes nos hundíamos hasta la cintura. Por la tarde, sin embargo, llegamos a un excelente lugar para acampar. En medio de una isla tupida de árboles de hoja perenne había un claro circular de unos cuantos metros de diámetro, rodeado de árboles secos y erguidos, pero carcomidos en la base, por la acción de la humedad del suelo. Esto nos permitió aprovisionarnos con facilidad de combustible, pues pudimos sin mayor esfuerzo quebrar troncos del grosor del cuerpo de un hombre, y obtener gran cantidad de leña seca. Elegimos para la fogata un lugar donde supusimos que el suelo estaría bien helado, barrimos la nieve y sobre una base de ramas verdes apilamos leña seca y le prendimos fuego.

Esta vez viajábamos aliviados de carga, ya que no llevábamos tienda de campaña; sólo teníamos nuestros rifles, un poco de charqui (carne secada al sol) y galletas. No habíamos visto ningún guanaco ese día, así que después de comer parcamente de nuestras raciones, nos envolvimos en nuestras mantas, cerca del fuego, proponiéndonos mantenerlo vivo toda la noche; alrededor de las dos de la mañana me levanté a alimentarlo y me sorprendió ver tanta agua alrededor. Levanté al hombro un tronco grande de nuestra pila de leña y estaba ya por arrojarlo al fuego cuando el suelo cedió bajo mis pies y me encontré en el agua hasta la cintura. La fogata se hundió conmigo; mientras las brasas se iban apagando, dejándonos en la obscuridad, yo me hundía cada vez más en un barro blando.

El precioso terreno despejado que habíamos elegido resultó ser una laguna profunda tan protegida por los árboles y la nieve que

sólo estaba ligeramente helada; con nuestro fuego habíamos derretido tanto la capa de hielo que no resistió mi peso y el del tronco que llevaba. Conseguí salir del estanque con la ayuda de Despard, y a pesar de la obscuridad encontramos la pila de leña y pronto encendimos otro fuego en terreno más firme; allí intenté durante el resto de la noche secar mi ropa sin quemarla. A la mañana siguiente Despard declaró enérgicamente que ya habíamos ido suficientemente lejos. Yo sabía que tenía razón, pero le repliqué con altanería que no habíamos cumplido el objetivo de nuestro viaje; como en otras ocasiones, no me escuchó. Me ofrecí para seguir solo, pero no quiso oírme, de manera que emprendimos el viaje de regreso a Harberton.

En todo ese páramo cubierto de nieve no habíamos visto ninguna huella de zorro ni de guanaco; pero tres kilómetros antes de llegar a casa, Despard cobró un notable ejemplar del último, de modo que si bien yo fracasé en mi propósito, él logró en parte el suyo.

4

Una agradable tarde de fines de 1894 aparecieron en Cambaceres dos erguidas siluetas en lo alto de una colina, a unos cuatrocientos metros de la casa. Estaban conmigo a la sazón mis hermanas Berta y Alicia, y como ambas manejaban muy bien el rifle, les dejé el mío y salí al encuentro de los forasteros; llevaba un pequeño revólver y un pañuelo lleno de galletas.

Para demostrar sus intenciones pacíficas los dos hombres habían dejado sus arcos y aljabas entre unos arbustos. Ambos eran fuertes, bien constituídos, de actitud resuelta. Sus vestimentas de piel de guanaco, sus tocados triangulares y sus pinturas, les hacían parecer aún más grandes de lo que eran en realidad. El más alto, de un metro ochenta aproximadamente, se llamaba, según supe después, Chalshoat. Aunque su compañero era cinco centímetros más bajo, no vacilé en dirigirme a él, pues adiviné en seguida que era el famoso Kaushel. Aunque sonreía cordialmente, en respuesta a mis demostraciones de amistad, tenía el hombre un aire de dignidad que me resultaba imponente.

Nos sentamos los tres y los convidé con galleta, comiendo yo también. Había oído cuentos de onas envenenados, por eso adopté la costumbre de compartir siempre cualquier comida que les diera, para que no pudiesen sospechar de mí, si acaso llegara a enfermar alguno después de comer.

Nos esforzamos por conversar, pero lo único que pudimos comprender en concreto fué que todos deseábamos ser amigos. Kaushel tenía una voz agradable, no obstante el áspero lenguaje gutural que hablaba. Por fin, les sugerí que regresaran a la mañana siguiente ya que el sol se había puesto y era hora de dormir. No sé hasta qué punto me entendieron, pero nos levantamos y ellos, después de componer sus vestimentas con un movimiento inimitable, tan natural como elegante, y recoger sus arcos y aljabas, echaron a andar.

A pesar de que el encuentro había sido amistoso, juzgué más prudente hacer volver a mis hermanas a Harberton. Como la noche estaba serena, después de obscurecer salieron en un pequeño bote. A la mañana siguiente, antes del alba, llegó con el bote de vuelta Bertram, el ex minero que me había regalado el reloj despertador; se hallaba a la sazón en Harberton y me traía unas líneas alentadoras de mi padre.

Como de costumbre salí temprano a caballo a retirar las vacas de las colinas cercanas; pero me alejé un poco más de lo indispensable para ver si andaban los onas por los alrededores o alcanzaba a distinguir el humo de las fogatas de su campamento. Como era de esperar, Kaushel, Chalshoat y otros estaban desparramados en grupos de dos y tres, todos armados con arcos y aljabas. Desmonté y me aproximé a un pequeño grupo llevando mi caballo de la brida. Pronto me rodearon como veinte indios, y nos sentamos todos en círculo. Esta vez había dejado mi revólver en casa, a propósito, pues me daba cuenta de que me serviría de poco el arma, si era atacado de cerca por aquellos fuertes hombretones.

Eran todos de muy buena presencia, de rostro severo pero amistoso; comenzaron a hablar entre sí y adiviné que se estaba desarrollando un serio debate. Algunos de los más viejos decían una palabra de cuando en cuando, pero los portavoces que tenían opiniones contrarias eran, indudablemente, por un lado Kaushel y por el otro Kushhalimink, el indio ona más gigantesco que jamás haya visto. Todos hablaban en voz baja, pero cuando querían dar énfasis a sus palabras el acento se tornaba más áspero. No movían la cabeza para asentir o negar, pues esas modalidades eran desconocidas entre los onas. Nadie interrumpía al que tenía la palabra. Se mantenía, en un tono grave y digno, un debate cuyo tema, evidentemente, era yo. Años después me lo contaron con detalle.

Parece que el grandote y bonachón Kushhalimink quería llevarme con ellos, pues además de haberse encariñado conmigo, como podía ocurrirle a un niño con una ardilla, pensaba que yo sería capaz de

proporcionarles rifles y municiones y ayudarles así a defender su tierra y vencer a sus enemigos. Kaushel se oponía a esta propuesta alegando que yo probablemente no tendría ni los medios ni los conocimientos para fabricar los artículos que ellos necesitaban. Sostenía que en aquel entonces yo me mostraba muy amistoso hacia ellos, pero que tanto a mí, como a mi gente, nos disgustaría el rapto, de modo que al hacerlo se acarrearían enemigos en ambos lados de las montañas. Los argumentos de Kaushel resultaron ser los más convincentes y el debate concluyó.

Como yo tenía que atender mi trabajo matutino, me despedí con un ademán cordial, monté a caballo y regresé a Cambaceres. Al volver a mi casa encontré a Bertram, muy ansioso, esperándome, pues había visto gran número de indios en la lejana colina. Antes de venir al Sur, Bertram había vivido en el norte de la Tierra del Fuego buscando oro, y su experiencia con los onas lo hacían desconfiar de ellos; Bertram creía firmemente en el viejo adagio según el cual el único indio bueno es el indio muerto.

Varias horas después de haberme alejado yo de la reunión en la colina apareció Kaushel seguido de una banda de más de veinte hombres y muchachos, caminando rápidamente hacia la casa. Después de las dos reuniones conmigo los indios adoptaron una actitud tan amigable y confiada que llevaban sus arcos y aljabas con la misma naturalidad con que un inglés llevaría un paraguas. Sin embargo, adornados y pintados como lo estaban, ofrecían un espectáculo impresionante. Bertram, lleno de inquietud los acechaba conmigo desde una ventana. Al fin no pudo aguantar más y muy agitado, amartillando su rifle, exclamó:

—Voy a disparar sobre ese diablo que va delante. Quieren hacernos daño.

Yo no tenía todavía veinte años, pero en ese instante, dejé de ser un muchacho. También mi rifle estaba listo y le dije:

—Bertram, si usted lo hace es hombre muerto.

Comprendió que yo decía la verdad.

Recomendándole que se quedase en el fondo de la casa y no disparase mientras no me atacaran dejé mi rifle y salí a recibir a nuestros visitantes. No era un acto de valentía, porque después de haber estado con ellos por la mañana, imaginaba que no había el menor peligro.

Este incidente demuestra con qué facilidad una acción precipitada pudo haber malogrado nuestras buenas relaciones con los onas y quizá no hubiéramos podido recobrar ya nunca su confianza y afecto.

Permanecí un rato con ellos fuera de la casa; nos sentamos sobre

el césped y tratamos de mantener una conversación. Kaushel sabía dos o tres palabras de yagán y las repetía sin cesar como un loro, y aunque no significaban nada para él, probaban su amistad. Yo ensayé mis superficiales nociones de aush, que causaron mucha gracia a los indios, y aunque no parecían entender, comprendieron qué idioma estaba tratando de hablar.

Bertram, que se había mantenido prudentemente apartado de la reunión, tuvo la impresión que todo iba bien; no obstante, no abandonó su rifle. Luego apareció en el umbral, por suerte sin mostrarlo, y los onas se sintieron aliviados, pues hasta entonces habían estado algo nerviosos, sabiendo que había alguien escondido en la casa, sospechando quizás que hubiera otros e ignorando nuestros planes con respecto a ellos.

Les hice señas para que se quedasen donde estaban y entré en la casa a buscar un cubo de leche y galletas. No quisieron probar la leche sino después que yo bebí un buen trago, y aun entonces apenas mojaron sus labios hasta que por sugestión de Bertram, le añadí azúcar y agua hirviendo.

Más tarde ese mismo día vimos aparecer una larga y desordenada fila de mujeres, con grandes y prolijos fardos en forma de cigarros, que traían también a sus hijos y a sus perros, estos últimos atados. Se detuvieron a descansar cerca de nosotros, tomaron leche y galletas, y luego todos juntos se fueron a Harberton, donde acamparon a la orilla del bosque, frente a nuestro establecimiento.

Me abstuve de visitarlos allí, porque pensé que era conveniente cuidar más de cerca el ganado mientras esa gente andaba por los alrededores. Al cabo de unos días de intercambio amistoso con los yaganes y con nosotros, los onas partieron tranquilamente para su selva natal, sin volver a Cambaceres.

A la madrugada siguiente, al ver, desde lo alto de una colina, el humo del campamento de los indios levantarse a la distancia sobre la copa de los árboles, ansié huir de mi monótona existencia y unirme a ellos en sus perpetuas cacerías. Nada sabía yo entonces de sus traiciones y de sus sanguinarios ataques. En mi ardor juvenil, hubiera deseado reunirme con ellos, llevarles armas y compartir su lucha contra los avances de la mal llamada civilización, en el romántico país que les pertenecía. ¡Así es la juventud!

CAPÍTULO XXII

EL ONA CAPELO VA A BUENOS AIRES. AL VOLVER, SE ENTERA DE QUE SU MUJER HA DESAPARECIDO Y PLANEA VENGARSE. LA MATANZA DE LOS MINEROS. CAPELO VIENE A CAMBACERES. PROSIGUE LUEGO A HARBERTON. DON LAVINO BALMACEDA DA PARTE A LA POLICÍA. EL FIN DE CAPELO. MIS HERMANOS Y YO TEMEMOS REPRESALIAS.

I

DURANTE varios años una subprefectura marítima estuvo establecida en la bahía Thetis, cerca del cabo San Diego. El oficial que estaba a su frente era muy bueno con los indios y en una ocasión había enviado a un joven aush, con el consentimiento de su padre, a hacer un viaje a Buenos Aires en el transporte del gobierno que hacía el recorrido más o menos cada dos meses. Le dieron el nombre de Emilio; a su regreso, hablaba bastante español y parecía muy impresionado por las cosas maravillosas y las innumerables personas que había visto.

Se le ocurrió al subprefecto, que vivía con su esposa en la bahía Thetis, hacer el mismo experimento con un joven ona llamado Capelo.[1] Sabiendo lo bien que le había ido a Emilio, Capelo estaba tentado de hacer el viaje. Dudaba, sin embargo, pues tenía una mujer joven y temía perderla; la esposa del subprefecto prometió entonces cuidarla hasta su regreso.

Capelo se fué muy contento, pero al volver algunos meses después, su mujer había desaparecido. Según le dijeron, otros indios habían planeado raptarla y a fin de que estuviera más segura la habían llevado a la isla de los Estados, de donde debía regresar en el próximo viaje del vapor; Capelo no quedó satisfecho con esta explicación; cuando volvió el barco y comprobó que su mujer no estaba a bordo, se alejó protestando. Por algún tiempo quedó en acecho en la vecindad, con algunos miembros de su tribu, esperando la oportunidad de apoderarse de la mujer del subprefecto para guardarla en rehén hasta que la suya le fuera devuelta. La gente de la subprefectura sospechó el peligro y

[1] El capelo es el sombrero de los cardenales; probablemente lo llamaron así a causa del gorro cónico usado por los onas.

se mantuvo alerta. Un día, un muchacho blanco salió a cazar pájaros con su escopeta; Capelo le lanzó una flecha por sorpresa y se apoderó de su arma, de los pocos cartuchos que tenía y de su ropa. Hecho esto, Capelo y los suyos se alejaron por la costa en dirección Noroeste, donde se encontraron con un grupo de onas de las montañas, siempre dispuestos para empresas temerarias. Entre ellos se hallaban Chalshoat, aquel que había venido con Kaushel a Cambaceres, y Halimink, a quien me referiré a menudo antes de concluir este relato.

Acompañado de una banda de más de veinte voluntarios, Capelo atacó a un grupo de mineros que había acampado debajo de una arboleda, cerca de un arroyuelo que corría entre colinas cubiertas de bosques. Los mineros tenían solamente tres caballos, dos de los cuales pastaban sueltos; sólo uno estaba atado cerca. Estaban reunidos alrededor del fuego, mientras Capelo y su grupo, internados en el bosque, los espiaban a unos doscientos cincuenta metros de distancia. Entonces Capelo, vestido con ropas de hombre civilizado se encaminó solo y sin armas por el sendero abierto y se presentó ante los mineros en actitud amistosa. Éstos lo recibieron muy bien. El jefe se llamaba San Martín y creo que era español; los demás eran un gauchito moreno, argentino, y cuatro dálmatas provenientes de una colonia de Punta Arenas de la misma nacionalidad, como casi todos los primeros mineros de esa región. Estos dálmatas eran de huesos largos y músculos fuertes, pero muy pacíficos, y rara vez llevaban puñales o revólveres. San Martín tenía un revólver y el gauchito un largo cuchillo en el cinturón. El indio les contó que estaba con cinco compañeros y que todos se encontraban hambrientos, porque no habían tenido suerte en la caza. El jefe de los mineros le contestó que podía ir en busca de sus compañeros siempre que vinieran desarmados, y que se les daría comida. Capelo volvió al bosque, eligió a cinco compañeros de los más fuertes, entre ellos a Chalshoat, que era muy resistente, pero lento de acción y de inteligencia; Capelo, después de recomendar a los otros indios que se quedasen en el bosque lo más cerca posible de la tienda de campaña de los blancos, y que se presentaran con sus armas apenas empezara el disturbio, regresó con los elegidos, todos desarmados.

Los mineros estaban preparando un guiso para sus visitas, cuando Capelo dió la señal y cada ona asió al hombre que le había asignado. Capelo eligió a San Martín, y lo derribó antes de que pudiera desenfundar su revólver. Chalshoat atacó al gauchito, que se escabulló y escapó hacia el caballo. Sacando a relucir el cuchillo de su cinturón, cortó la soga con la cual estaba atado el animal y montando en pelo, emprendió la fuga. Mientras tanto, los onas restantes armados de arcos

y flechas se unieron a los combatientes. Tres de los blancos fueron exterminados a flechazos en el acto. Uno de los mineros consiguió huir y llegar hasta la playa; la marea estaba crecida y presa del pánico, iba a lanzarse al agua, cuando una flecha terminó con sus tribulaciones. San Martín fué atado de pies y manos, y aunque imploró por su vida, Capelo, después de pensarlo, le cortó la cabeza.

El botín fué repartido entre los indios, quedándose Capelo con la parte del león. Después se alejaron unos veinte kilómetros en dirección Noroeste y acamparon en un lugar llamado Najmishk, bien elegido por razones estratégicas. Allí se les unieron otros indígenas, con lo que el grupo sumó más de ochenta personas. Sabían que un hombre blanco había escapado y que informaría sobre la matanza, de modo que se preparaban a recibir a los vengadores. Apostaron espías en lugares convenientes y Capelo eligió para su emboscada un lugar frente a un lote de tierra tan blanda que era casi intransitable para los caballos. Por un lado había un precipicio y por el otro un matorral impenetrable que bordeaba el gran bosque. En los matorrales los indios limpiaron el terreno para abrir caminos por donde poder correr sin ser vistos desde afuera y en otros sitios levantaron parapetos con ramas. A sus armas habituales, arcos y flechas, los indios sumaban ahora por lo menos, cinco armas de fuego, cada una de las cuales había costado una vida humana.

Más de dos semanas transcurrieron sin novedades. Capelo, que había asumido el mando supremo sobre sus fieros compañeros, se había vuelto despótico y era tan odiado como temido. Los impacientes guerreros tuvieron tiempo de recordar sus antiguas riñas y los ánimos se exaltaron hasta tal punto que es extraño que no pelearan unos contra otros. Muy pronto se dividieron en grupos pequeños, y la mayoría volvió a sus atávicas correrías de caza, mientras Capelo, esperando aumentar su disminuído acopio de municiones, se dirigió hacia el Sur. Ésta es la versión de los acontecimientos que recogí de los onas, años después.

2

Una tarde, en Cambaceres, alrededor de dos meses después de la visita de Kaushel, los perros nos denunciaron la llegada de extraños. Estaban entonces conmigo mi tía Yakadahby y mi dos hermanas Berta y Alicia. Mirando a través de la ventana vimos acercarse en dirección a la casa a dos onas desarmados. Uno de ellos, Chalshoat, me impresionó bien con su vestimenta y pinturas típicas; el otro, un hombre

fuerte, de estatura mediana, me atrajo la atención por estar vestido con un traje completo de hombre civilizado, pero su aspecto no me gustó. Se presentó a sí mismo, en mal español, diciendo que su nombre era Capelo, que había estado en Buenos Aires y que tenía el propósito de acampar en la orilla del bosque, a menos de un kilómetro de distancia, frente al puerto interno.

Mientras hablaba vi que otros indios salían del bosque y elegían sitios para levantar sus refugios. Naturalmente, no opuse objeción a eso, pero no me gustaba tenerlos tan cerca de la casa a esa hora tardía, de modo que tomé una bolsa pequeña de galletas y me dirigí, acompañado de mis dos visitantes, al campamento de los recién venidos. Eran ocho en total, dos de los cuales, además de Chalshoat, nos habían visitado anteriormente. Había también algunas mujeres y varios niños. Todos, con excepción de Capelo, usaban la vestimenta habitual de piel de guanaco y estaban pintados. Noté, sin embargo, un atado de ropa, un rifle, un revólver, una escopeta, anteojos de larga vista y dos perros de caza de una raza desconocida entre los onas, por lo cual deduje que habían saqueado algún campamento de blancos y posiblemente cometido un crimen; volví a casa, al caer la tarde, con sombríos presentimientos.

Mi tía y mis dos hermanas regresaron a Harberton tan pronto como anocheció. Como de costumbre, el bote estaba amarrado en la costa oeste del segundo istmo, en un sitio invisible desde la casa y también desde el sitio donde los onas habían acampado.

Esa noche me acosté completamente vestido, hasta con cinturón y revólver y mi rifle quedó en su lugar habitual al lado de mi cama. Al despuntar el día oí ladrar a los perros y luego fuertes golpes en mi puerta. Me acerqué sigilosamente, abrí y esperé en la oscuridad de mi cuarto, revólver en mano. Una gran silueta se destacó en la penumbra; afortunadamente el visitante habló antes de entrar en la casa porque yo estaba asustado y un hombre armado en esas condiciones es doblemente peligroso. "Ich shvimmed it", dijo. Yo me di cuenta de que era el nuevo empleado alemán a quien yo no conocía todavía, que mi padre me enviaba para acompañarme. Se llamaba Roberto Schmidt.

Mis hermanas debían haber dejado su bote en Puerto Varela, y Schmidt, que había llegado de noche, no lo pudo encontrar. El alemán, en vez de caminar alrededor del puerto interior de Cambaceres, cuyo monte tupido llegaba hasta la playa misma, había aprovechado la marea alta y cruzado a nado el río Varela en su desembocadura, luego había andado hasta la punta y cruzado otra vez a nado la entrada del puerto interior hasta llegar a mi casa.

Schmidt era uno de los hombres de aspecto más fuerte que he conocido, y me alegré de tenerlo conmigo en esos momentos. A la mañana siguiente Capelo y alguno de sus compañeros vinieron a mi casa; yo salí a recibirlos y recomendé a Schmidt que no se pusiera nervioso, y no empezara a disparar a menos que me atacaran, y en ese caso, con sumo cuidado para no darme a mí y sí a los atacantes.

Capelo, después de explicarme lo hambrienta que estaba siempre su gente y lo difícil que era suministrar carne de guanaco al campamento sin tener municiones para su rifle, me pidió que le diera algunas a cambio de arcos, flechas y cueros. Su relato no me pareció verídico y le contesté que no podía darle municiones porque tenía muy pocas para mi propio uso. Al oír mi negativa, fué tal la expresión de sus ojos que me alegré de tener a Schmidt detrás de mí y de que los indígenas no ignorasen su presencia.

Los onas se quedaron poco tiempo en Cambaceres. Pronto levantaron el campamento y se instalaron en la península de Harberton a menos de un kilómetro de la finca y a medio del bosque principal. Eso me impresionó favorablemente, pues si hubiesen tenido malas intenciones, seguramente habrían acampado en el bosque y no en el sitio que eligieron, donde era tan fácil cortarles la retirada. No tardaron en ponerse en contacto con mi padre, que les obsequió con alimentos y, valiéndose de Capelo como intérprete, convenció a los cuatro hombres más jóvenes del grupo que ayudasen a los yaganes en la tarea de limpiar un terreno cerca de nuestra finca.

En un puerto resguardado de la isla de Navarino, a diez kilómetros del canal de Beagle, se había instalado temporariamente don Lavino Balmaceda, un caballero con veleidades de aventurero, desterrado de Buenos Aires por actividades políticas. Poseía unas cuantas ovejas y se dedicaba a hachar árboles y cazar focas, firmemente convencido de que este último era un medio rápido y seguro de hacer fortuna.

Un domingo, una semana después de la llegada de Capelo a Harberton, el señor Balmaceda nos hizo una visita. Yo pasaba con frecuencia los domingos en la finca y ese día fuimos mi padre, mis hermanos, el visitante y yo al campamento ona.

Yo estaba deseoso de aprender su idioma, de manera que no perdía oportunidad de acercarme a los onas. Conversamos amigablemente con ellos, y mis hermanos los asombraron por su habilidad en el manejo del arco y la flecha.

Estábamos convencidos de que se había cometido un crimen, pero sabiendo cuánto habían sufrido los aborígenes por culpa de algunos blancos, habíamos decidido conservar una actitud neutral. Personal-

mente mis simpatías estaban del lado de los primitivos dueños de la tierra, y Balmaceda, adivinando probablemente mis sentimientos, se abstuvo de manifestar su parecer. Al anochecer, como se mantenía el buen tiempo, él se retiró; aparentemente se dirigió a su campamento mientras yo volvía al mío, donde Schmidt me aguardaba.

Pocos días después un tiroteo de rifles alteró de repente la tranquilidad de Harberton, y los cuatro onas que estaban limpiando matorrales cerca de nuestra casa se escabulleron entre la maleza. Afortunadamente, mi padre, según lo supe después, había ido en ese momento a inspeccionar el trabajo de los indios y éstos se dieron cuenta de que él estaba tan sorprendido como ellos por las detonaciones. Parece que Balmaceda, al retirarse ostensiblemente para volver a Navarino, en realidad se había dirigido a Ushuaia para avisar a las autoridades de lo que había visto en Harberton.

Casi al mismo tiempo llegó a Ushuaia, vía Punta Arenas, la noticia de la matanza de San Martín y sus compañeros. Sin montura y sin freno el gauchito había galopado sesenta y cinco kilómetros hacia el Noroeste por la costa atlántica hasta Río Grande, donde acababa de instalarse un puesto de policía; allí su caballo sufrió un síncope y murió. No había medios directos de comunicación con Ushuaia y pasaron cerca de dos meses antes de que las noticias llegaran a esa estación.

El alto y enérgico Ramón L. Cortez, jefe de policía de Ushuaia, aunque simpatizaba con los onas, tuvo que cumplir con su deber. Salió en bote acompañado por Balmaceda y un pelotón de policías armados; desembarcaron en una ensenada a poca distancia de Harberton hacia el Oeste y, deslizándose furtivamente por el estrecho istmo, cortaron toda posible retirada. El campamento ona fué tomado completamente por sorpresa, pero el único hombre que había quedado allí, junto con las mujeres y los niños era Chalshoat. Capelo, el indio a quien más buscaban, sin sospechar el peligro que lo acechaba, había dejado su rifle y sus otros bienes en el campamento ona y con otros dos compañeros se paseaba tranquilamente por el pueblo yagán. La policía dió con ellos antes de que pudieran darse cuenta. El jefe de policía quería evitar derramamiento de sangre y, al encontrar a Capelo a la entrada de una choza, le ordenó que se rindiese, pero el indio, que era excepcionalmente fuerte, saltó sobre él y trató de arrebatarle el revólver. Al instante, uno de los vigilantes, haciendo fuego a quemarropa, hirió de muerte a Capelo. Otro de los indios fué preso y el tercero, que intentó escapar, fué baleado. Esa fué la razón de los tiros que oímos.

Las pocas mujeres y niños que estaban ausentes del campamento

cuando irrumpió la policía, consiguieron esconderse y desaparecer durante la noche.

Después de enterrar al muerto, Chalshoat y el otro preso, junto con diez o doce mujeres y niños, fueron llevados a Ushuaia, donde se les tuvo bajo custodia durante algún tiempo; luego descuidaron la vigilancia, creo que a propósito, y se les permitió escapar.

3

Cuando conocimos la verdad sobre el asunto de Capelo, nos tranquilizó mucho saber que había muerto, pues en su desesperación por conseguir municiones, tarde o temprano hubiera hecho un disparate. Conociendo la naturaleza vengativa de los indios, esperábamos inquietos su reacción. Yo seguía ocupándome, en Cambaceres, del ganado mayor lo mismo que antes, pero confieso que me sentía muy nervioso. Entre las montañas, a menos de un día de marcha, grupos de onas se entretenían cazando animales o cazándose unos a otros. Y no era difícil que decidieran cazarme a mí.

En la finca, Despard se había convertido en el brazo derecho de nuestro padre, aunque siempre estaba dispuesto a ayudarnos a Will o a mí, si lo necesitábamos. Will, aunque se había hecho cargo de las ovejas, el rubro más importante de la finca, venía con Despard muy a menudo y me ayudaban a cuidar el ganado mayor. Cuando los tres cabalgábamos por el bosque, manteníamos entre uno y otro una distancia de cien metros, a fin de no ser atrapados juntos en caso de una emboscada. Si pasábamos la noche en una choza y oíamos ladrar a los perros, en seguida apagábamos las luces y salíamos a investigar con gran cautela.

Ese año la llegada del invierno fué un gran alivio para mí, pues en esa época debido a la espesa nieve y a la falta de caza, no era probable que los indios cruzaran las montañas, por consiguiente, podía disminuir mi vigilancia.

Un día salí a pie a cazar y a unos cinco kilómetros de la casa encontré dos guanacos y tuve la suerte de acertarles. Los faené allí mismo, colgué tres medias reses en una rama, fuera del alcance de los zorros, y llevé la restante a casa. Al día siguiente propuse a Will que fuéramos a buscar la carne junto con Missmiyolh, el aush, a quien ponía siempre contento proporcionar alimento a su numerosa familia; volvimos al lugar por un sendero distinto del que yo había tomado el día anterior y encontramos la carne intacta; alguien, sin embargo, había estado

allí y las huellas marcadas en la nieve no eran con toda seguridad de Missmiyolh, ni de ningún otro yagán de la finca. Examinándolas cuidadosamente descubrimos que el desconocido me había seguido hasta el deslinde del bosque que enfrentaba a Harberton, luego había doblado a la derecha internándose en un monte de árboles de hoja perenne. Dejamos allí nuestra carga y seguimos los rastros hasta cierta distancia. No cabía duda de que el desconocido había andado a prisa, pero como había seguido nevando desde que vimos por primera vez sus huellas, éstas se hacían más difíciles de seguir; además caía la noche, así que resolvimos recoger nuestra carga y volver a casa.

Esto me puso muy nervioso, pues si el indio que me había seguido no era un enemigo, ¿por qué me estaba acechando?

Yo tenía un cuero muy duro de toro, del que había estado sacando tiras hasta que no quedó más que un pedazo oval del centro. El ganado ordinario, conocido con el nombre de "criollo", tiene el cuero mucho más grueso que las razas finas, tales como la Devon, Hereford o Durham, y a juzgar por su grosor mi cuero debió de pertenecer a un "criollo" muy ordinario por cierto. Se me ocurrió hacerme con él un chaleco y empecé a darle con el martillo para ablandarlo un poco, cuando llegó Missmiyolh con su arco y dos o tres flechas sin puntas de pedernal [1] en la mano, como lo hacía siempre que andaba por el campamento, en previsión de que apareciera un pájaro marino en la playa y fuera así posible agregar un plato a la comida familiar.

Le dije que los rastros en la nieve me habían vuelto prudente y que usaría este nuevo chaleco cuando saliera a caminar solo. Me miró con curiosidad y me dijo:

—¿No lo atravesarán las flechas?

Cerca de nuestra puerta trasera la nieve había sido retirada a pala y los montículos que formaba a los lados del sendero tenían más de un metro de altura. Coloqué mi presunto chaleco a prueba de flechas, firmemente estirado contra la nieve como hubiera quedado sobre mi cuerpo y Missmiyolh tomando una de sus flechas retrocedió aproximadamente diez metros, apuntó, y disparó. El resultado fué que quedaron hincados en la nieve sesenta centímetros de flecha, luego de atravesar el cuero.

Ese fué el fin de mi cota de cuero.

[1] No desperdiciaban pedernales ni puntas de vidrio en pájaros; las puntas afiladas de madera dura eran suficientes.

CAPÍTULO XXIII

KAUSHEL VUELVE A HARBERTON. TININISK, EL CURANDERO Y KANKOAT, EL BUFÓN. UN DOBLE RAPTO. LOS INDIOS DE LAS MONTAÑAS VISITAN HARBERTON. TALIMEOAT, EL CAZADOR DE PÁJAROS. LOS ONAS DISIMULAN SU GRATITUD. LA TINTURA DE YODO RESULTA UNA PINTURA MÁGICA. UN TESTIMONIO NO SOLICITADO. UN NOVIAZGO AL ESTILO ONA.

I

El 29 de diciembre de 1895, casi un año después de la muerte de Capelo y dos días antes de cumplir yo veintiún años, acamparon algunos onas en el bosque cercano a Harberton. No visitaron el establecimiento, pero se adelantó un emisario para enterarse por intermedio de los yaganes que trabajaban con nosotros, de nuestros verdaderos sentimientos hacia ellos. Supimos que Kaushel, aquel excelente hombre que ya conocíamos, formaba parte del grupo, y que venían del Norte y no del Este como cuando él nos visitó anteriormente. Desde la muerte de Capelo temíamos llegara una expedición vengadora, y nos alegró que los recién llegados, aunque evidentemente estaban intranquilos, no parecieran abrigar intenciones hostiles.

Yo había venido de Cambaceres para celebrar mi cumpleaños. Fuimos con mi padre a visitar a los onas en su campamento del otro lado del puerto. Cruzamos en bote y caminamos hasta el bosque, a cuya orilla estaban sentados cuatro indios desarmados —naturalmente nosotros también— que se incorporaron al vernos. Uno de ellos era Kaushel y el otro, un joven delgado de buena apariencia, resultó ser su hijo mayor, llamado Kiyotimink. Medía un metro ochenta, unos buenos cinco centímetros más que su padre; este último, aunque no parecía grueso, pesaba cien kilos.

Nos condujeron hasta su campamento, situado a unos catorce metros de la orilla del monte, en un lugar bien elegido, tanto para puesto de observación como para facilitar una rápida fuga. Nuestra llegada provocó cierto alboroto en el campamento, donde estaban reunidos diez hombres y de treinta a cuarenta mujeres y niños. Kaushel me señaló a su mujer, Kohpen. Tanto los hombres como las mujeres ostentaban pinturas, la mayoría con puntos o rayas blancas sobre

fondo rojo. Había mucha carne de guanaco colgada de los árboles cercanos.

Kaushel nos condujo a su refugio de pieles de guanaco [1], alrededor del cual se agolparon los demás indios, muy excitados. Hablaban rápidamente haciendo ademanes amistosos, pero a pesar de nuestra buena voluntad no llegamos a entender ni una palabra. Yo creía haber aprendido unas seiscientas palabras de aush, y aunque sabía que existía gran diferencia entre el idioma aush y el ona, me esforcé en hablarlo, deseando sobre todo impresionar a mi padre con mis conocimientos [2]. Kaushel no me entendió, pero yo quedé muy satisfecho al entender la contestación en aush de Kohpen, su mujer, que era originaria de una tribu de onas del Este.

Mis esfuerzos por hacerme entender con mi modesto vocabulario causaron cierta hilaridad, pero la conversación resultó de gran valor, pues antes de separarnos de Kaushel y de su gente nos enteramos de que los cuatro onas que escaparon de Harberton durante la incursión policial habían convencido luego a sus compañeros de que la reacción de sorpresa que tuvo mi padre ante el tiroteo era una prueba suficiente de que, quienquiera que hubiese sido el instigador del hecho, con toda seguridad no pertenecía a la familia Bridges.

Después de oír esto, anduve por el bosque con mucha más audacia.

[1] Los refugios de los onas (*kowwhi*) no eran realmente tiendas, sino simples pieles cosidas y atadas a postes, colocadas contra el viento, alrededor del fuego. Los postes eran muy delgados y se inclinaban hacia el fuego en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. Los *kowwhi* no tenían techo y casi nunca medían más de un metro cincuenta de alto. Algunos llegaban casi a los dos metros de circunferencia, pero los armaban más cerrados cuando reinaba muy mal tiempo.

[2] He aquí cinco palabras con sus equivalentes:

Español	Shilknum u ona	Aush u ona del Este	Yamana o Yagán
Refugio (casa)	kowwhi	hahli	ukurh
Hombre	chohn	hink	ua
Mujer	nah	nimmin	keepa
Río	shike	lyual	wayan
Agua	choh	utn	sima

2

El alivio parece haber sido recíproco. Después de la visita del atrevido Kaushel parece que corrió la voz por toda la montaña de que se podía confiar en nosotros, y con frecuencia recibíamos la visita de pequeños grupos de onas, tanto en Harberton como en Cambaceres. No se quedaban en general más de una semana o diez días, pero un grupo de seis o siete familias, de la región oriental a que pertenecía Kaushel, permaneció acampado cerca de Haberton casi un mes.

El territorio de caza de este grupo se extendía entre las montañas llamadas Nokake y el océano Atlántico, cuya costa seguían desde el cabo Santa María (llamado Shilan por los onas) hasta la ensenada Policarpo, después del cabo San Pablo, llegando así hasta las fronteras del país de los aush. En verano llegaban en sus correrías de caza en dirección sur hasta las colinas que dominan las bahías Sloggett y Moat. Los llamaré en adelante el grupo del cabo San Pablo.

El hombre más importante del grupo, después de Kaushel, era el curandero Tininisk. Había estado de paso en Harberton varias veces en años anteriores, en compañía de algunos aush, pues era mitad aush y mitad ona. Tenía una influencia considerable sobre los miembros dispersos de esas tribus fronterizas. Esa influencia era tanto más notoria por el hecho de que, con excepción de su hijito, nunca supe tuviera ningún pariente varón vivo, ni siquiera primos, ni tíos, ni sobrinos, si bien los parientes de su mujer formaban un grupo numeroso.

De porte atlético, ancho de hombros aunque delgado, Tininisk medía un metro sesenta y cinco de estatura. Su mirada de águila, su frente inclinada hacia atrás y su nariz en forma de pico le daban un aspecto de pájaro de presa que no correspondía a la realidad, pues era un hombre bondadoso y razonable; en los veinticinco años que lo traté, lo encontré siempre tranquilo y bien dispuesto. En los últimos años, cuando éramos ya más amigos, le halagaba que yo por broma le dijese que él debía de tener entre sus antepasados un cuervo o un águila; y en una ocasión en que, señalando a otro indio, le dije que quizás ése debía agradecerle a algún antepasado pato la forma de su hocico, todos se echaron a reír de buena gana, incluso la víctima de la broma.

La mujer de Tininisk se llamaba Leluwhachin, era bien formada

y de trato agradable. Fué la única mujer ona que he conocido a la que se atribuyeran poderes mágicos, aunque a muchas mujeres yaganas se las consideraba brujas. Originariamente había pertenecido a un clan esquivo que vivía errante entre las cadenas de montañas detrás de Harberton y de Ushuaia y que gozaba de muy mala fama entre sus vecinos del este y del norte.

Otro miembro del grupo del cabo San Pablo era Kankoat, a quien se le hubiese podido llamar el bufón. Era hijo de Saklhbarra y nieto de Yoiyimmi, las dos ancianas aush que pasaron un invierno en Harberton. Su padre, que era ona, murió cuando él era niño y puede decirse que Kankoat había crecido al cuidado de la mujer de Kaushel, que era aush y probablemente pertenecía a la familia de la madre del niño. Nunca le oí decir que tuviera algún pariente varón, pero creo que se sentía más cerca de Kaushel que de Tininisk.

Kankoat era un muchacho simpático aunque bastante feo, de veinticinco años de edad y de estatura mediana; estaba siempre animado de la mejor buena voluntad y su atrayente sonrisa hacía pensar que descubría el lado cómico en todas las cosas. Era viudo y tenía un hijito de unos cuatro años que era su orgullo y su alegría y a quien cuidaba su hermana Chetanhaite, niña de trece años.

El invierno de 1897 había empezado ya a hacer sentir sus rigores cuando, de pronto, el clan del cabo San Pablo resolvió abandonar a Harberton. Yo lo lamenté, pues hubiera deseado que se quedaran a invernar con nosotros, y así hubiera tenido el placer de salir a cazar con ellos, aprender un poco más de su idioma, y conocer algunas de sus creencias y costumbres. Antes de que partieran sugerí a Kankoat que se quedara en Cambaceres con Chetanhaite y su hijito, para poder así, cuando las nieves invernales obligaran a los guanacos a bajar de las montañas y disminuyera el trabajo en Cambaceres, salir a cazar juntos. Kankoat aceptó la proposición, pero Tininisk no estaba dispuesto a perder tan bravo guerrero ni tan experto cazador y explorador; con él no había que temer que faltase alimento a la tribu, ni alegría, cuando era preciso levantar los ánimos.

Kankoat estaba ausente de Harberton el día que Tininisk y sus compañeros empaquetaron sus cosas y partieron. Chetanhaite, a cuyo cuidado estaba el hijito de Kankoat, se quedó esperando el regreso de su hermano. Pero a último momento el astuto Tininisk se llevó a la criatura sabiendo que Kankoat lo seguiría. El grupo pasó cerca de Cambaceres de camino hacia el Este; los hombres se acercaron a charlar amistosamente y luego prosiguieron su camino y acamparon a unos dos kilómetros y medio de distancia en dirección Este.

A la mañana siguiente se presentó Kankoat con su hermana a decirme que aun lamentándolo mucho —porque hubiera deseado quedarse con nosotros— tenía que seguir a Tininisk, que había secuestrado a su hijo; deseaba que creciera a su lado para tener, cuando fuese viejo e inútil, alguien que pudiera defenderlo y ayudarlo.

Era tiempo de que yo tomara cartas en el asunto; dije a Chetanhaite que se escondiera entre unos arbustos de grosellas cercanos a Cambaceres, donde estaba Yekadahby sola en ese momento, mandé a Kankoat de vuelta a Harberton, lejos de Tininisk, de sus poderes mágicos y sobre todo de su habla persuasiva, y partí yo mismo hacia el campamento de los onas.

Creo que adivinaron el objeto de mi visita, pues cuando desmonté Tininisk estaba sentado con el niño secuestrado a su lado; su esposa y varias otras mujeres completaban el grupo. Dije al curandero lo que deseaba y cuáles eran mis motivos, pero él se mostró inflexible. Algunas mujeres empezaron a lamentarse ruidosamente ante la idea de que les llevaran al pequeño a quien tanto querían. La que más protestaba era una india aush llamada Honte, que había vivido durante un tiempo con un italiano de la subprefectura de la bahía Thetis.

Viendo que mis argumentos eran inútiles, me volví a buscar mi caballo, que había dejado atado allí cerca y que encontré rodeado por varios muchachitos completamente desnudos que hacían comentarios acerca de ese extraño animal. Entre ellos se hallaba Garibaldi, el hijo mestizo de Honte, de unos cuatro años de edad. Llevado por un impulso, lo alcé, a pesar de sus protestas, y monté rápidamente; dije a Tininisk al pasar por su refugio que devolvería a Garibaldi a cambio del hijo de Kankoat. Luego, aturdido por los alaridos del niño y los gritos de indignación de las enfurecidas mujeres, emprendí el galope.

Al llegar a casa entregué el niño a Yekadahby, quien pronto le encontró vestimenta adecuada; poco después Garibaldi, muy contento, comía en nuestra cocina.

Mi plan dió resultado. Al poco tiempo se presentó Honte con el hijo de Kankoat, el cual, a pesar de sus vigorosas protestas, fué dejado a nuestro cuidado mientras que la madre partía con su propio hijo. Cuando se marcharon, Chetanhaite salió de su escondite y muy contenta se encaminó hacia Harberton llevando a su sobrino a la espalda. Kankoat permaneció con nosotros durante el invierno; y más adelante, cuando Tininisk volvió a Cambaceres era evidente que no

nos guardaba rencor; al contrario, comentó el incidente como una buena broma en la que yo había tenido la mejor parte.

3

He mencionado ya que Leluwhachin, la mujer de Tininisk, pertenecía a un grupo que ambulaba entre las cadenas de montañas, detrás de Harberton y Ushuaia. Los límites de su territorio no estaban claramente delineados, pues en sus andanzas no sólo recorrían las montañas situadas entre el canal de Beagle y el lago Kami (ese gran lago interior de que hablaban los aush y que se llama ahora lago Fagnano), sino que también consideraban como tierra propia una ancha franja de algo más de treinta kilómetros que les permitía el acceso a la costa atlántica. Allí cazaban focas y pájaros marinos; y en el verano y a principios del otoño, en los charcos que se formaban entre las rocas de la playa de piedra arenisca, encontraban abundante *dahapi*, peces grandes y sin escamas que los yaganes llaman *tukupi*.

La composición de ese clan, que llamaré de las montañas, era tan indefinida como los límites de su territorio. En general, el clan constaba de menos de quince hombres con sus familias, pero si surgía cualquier pequeña desavenencia, el grupo se dividía en dos, o uno de los miembros se alejaba con su familia y no regresaba mientras persistiera el malentendido. Estos hombres de las montañas gozaban de muy mala reputación entre sus vecinos del norte y del este.

Poco después de la partida de Tininisk nos sorprendió la llegada de ocho hombres de ese grupo con sus mujeres y sus familias. Estos onas iban y venían sin descanso, pero esta vez, por el hecho de llegar en pleno invierno, era evidente que tenían la intención de quedarse con nosotros hasta la primavera.

Además de la carne, nuestro alimento más corriente, teníamos una buena reserva de nabos, zanahorias y repollos, así como una cierta cantidad de patatas; pero los indios se habían aficionado a ciertos refinamientos, tales como harina, arroz, café y azúcar. Hubiera sido ruinoso para nosotros y moralmente nocivo para nuestros visitantes, seguir dándoles estas cosas, sin que ellos se esforzaran por corresponder en alguna forma.

Nunca habían realizado un trabajo regular y si se los dejaba solos, no hacían prácticamente nada, de modo que yo iba cada día con ellos a despejar senderos y a apilar enormes montones de leña para

reserva. Aunque la capa de piel de guanaco no molestaba para cazar, porque el cazador podía quitársela fácilmente cuando recorría silenciosamente el bosque, no era conveniente para trabajar en el bosque, pues dificultaba el manejo del hacha o la sierra. Hubo, pues, que proporcionar otra ropa a los trabajadores; además, todas las noches, al volver al establecimiento, recibían una generosa ración de alimentos para llevar a sus familias.

Los onas no tenían jefes hereditarios ni electivos, pero los hombres que sobresalían por su habilidad, casi siempre se convertían de hecho en dirigentes. Sin embargo, uno podía ser el jefe hoy y otro mañana, pues se lo cambiaba según la empresa a acometer y se designaba al más vehemente partidario de cada una. La categoría social entre ellos fué bien definida, años después por el jovial Kankoat.

Un hombre de ciencia nos visitó una vez en esa región, y en contestación a las preguntas que me hacía le dije que los onas no tenían jefes, según nuestra acepción de la palabra. Viendo que él no me creía, llamé a Kankoat, que entonces hablaba bastante español. En contestación a la pregunta que le hizo el visitante, Kankoat demasiado amable para contestar con una negativa, dijo:

—Sí, señor, los onas tenemos muchos jefes: todos los hombres son capitanes y todas las mujeres son marineras.

No conocían la diciplina. Sin embargo, el más despiadado, el más fuerte, ya sea física o mentalmente, o el astuto capaz de una traición, podía dominar la comunidad. El personaje más importante del clan de las montañas que vino a pasar el invierno en Harberton ese año era un hombre que poseía esas características, a las que agregaba la elocuencia, un excelente sentido del humor y una simpática sonrisa, como si su corazón estuviese pleno de las mejores intenciones. Era un joven muy atrayente, de unos treinta años, delgado y dinámico y de estatura no mayor de un metro sesenta y cinco. Su peculiaridad era andar siempre de puntillas, y aunque llevara sobre sus hombros una carga, sus talones apenas parecían apoyarse sobre el suelo. Había participado con Capelo y Chalshoat en la matanza de San Martín y sus mineros. Era hermano de Leluwhachin, la mujer de Tininisk, y se llamaba Halimink.

Varios miembros del clan de las montañas intervienen en mi narración. Mencionaré aquí a otros dos de ellos, padre e hijo: Talimeoat y Kaichin. Talimeoat, un hombre delgado y silencioso, algunos años mayor que Halimink, pariente cercano de él y unos seis centímetros más alto, era famoso en toda la región, tal como lo había sido su padre, por su audacia y habilidad para atrapar pájaros marinos, que

infestaban los acantilados de la costa atlántica de la Tierra del Fuego. Su lugar preferido para cazar era el cabo Santa Inés. Kaichin era todavía un niño, pero seguía ya las huellas de su padre, prometía convertirse en excelente cazador y rastreador, como veremos en un próximo capítulo.

El invierno no es época apropiada para abrir picadas ni para cortar leña en el bosque; las excursiones de caza eran entonces más frecuentes y el resultado fué que los guanacos empezaron a escasear en los bosques cercanos a Harberton. Cuando necesitábamos una buena provisión de carne debíamos, pues, tomar una barcaza y salir por dos o tres días. Nuestro terreno de caza favorito era la costa de la isla de Navarino; como no había indios en el interior de la isla, los guanacos llevaban allí en verano una vida mucho más pacífica que sus congéneres de tierra firme y, en consecuencia, cuando las nieves invernales los obligaban a bajar hasta los bosques cercanos a la costa estaban en mejores condiciones que los otros. Esos guanacos de la isla de Navarino eran del mismo tipo que aquellos que se encontraban al norte del canal de Beagle, pero de tamaño mayor.

En una de esas excursiones a la isla de Navarino me acompañaron una veintena de onas, entre ellos Talimeoat y Kaichin. Amarramos el bote en una bahía resguardada y nos dispersamos en todas direcciones en busca de guanacos. El día era realmente demasiado sereno y tranquilo para tener éxito en la caza de acecho y nuestras dificultades aumentaron por el hecho, que no tardamos en comprobar con gran disgusto, de que un grupo de yaganes había estado recientemente cazando en ese distrito con perros, práctica que ahuyenta a los animales en un área mucho más extensa que el alcance de la flecha y hasta de la misma bala de rifle.

De a dos o de a tres regresamos al campamento con las manos vacías, a enfrentarnos con la triste perspectiva de una noche de hambre. Por razones de economía y también por amor propio de cazador, en esas ocasiones sacábamos pocas provisiones de nuestra casa. Sólo faltaban dos de los nuestros, Talimeoat y su hijo; se estaba haciendo tarde cuando aparecieron con una carga de carne. Yo demostré mi alegría, pero mis compañeros onas, muy dignos, trataron de disimular la suya.

Al carnear un guanaco, los onas generalmente dividían la res en seis pedazos para facilitar su transporte. Esta vez, Talimeoat cortó el animal en tantos trozos como hombres y a cada uno le arrojó su parte. En cada caso, el beneficiado era el único individuo que no mostraba interés en este reparto; simulaba estar arreglando el fuego o secando

sus mocasines, o mirando al vacío, hasta que otro miembro del grupo le llamaba la atención sobre el regalo recibido; entonces él lo levantaba casi sin mirarlo, y sin demostrar ningún placer lo ponía a su lado.

Talimeoat y Kaichin no se habían reservado ni un pedacito, ni siquiera el pecho, que siempre era considerada la porción del matador. Después de un rato, algunos de aquellos a quienes, quizás a propósito, se les había dado una porción mayor que a los demás, la dividieron con los afortunados cazadores. Entre los indios onas ése era el modo correcto de repartir la carne en tales circunstancias, si bien es muy probable que Talimeoat y su hijo hubieran saboreado ya el sebo caliente recién sacado del interior del animal.

He aquí otro caso de ingratitud aparente que tuve ocasión de observar. Había pasado en compañía de un ona una larga y dura jornada; a pesar del tiempo pésimo el indio había trabajado animosamente conmigo desde el amanecer hasta el crepúsculo. Me sentía tan satisfecho con mi compañero, que al llegar a la finca le regalé mi cuchillo de caza con su vaina. Lo tomó en silencio con expresión tan sombría como no la había tenido en todo ese día húmedo y abrumador. Dirigiéndome a mi madre, que según su costumbre había venido a la puerta para recibirme, le dije:

—¡Qué desagradecido ese hombre, luego de un regalo semejante! ¡Hasta parecía enojado!

—No dirías eso —replicó ella—, si hubieras sorprendido la mirada que dirigió al cuchillo cuando tú te volviste para hablarme. Parecía encantado.

¡Qué esfuerzo haría el pobre hombre para ocultar sus sentimientos y abstenerse de manifestar su infantil alegría hasta que yo no lo viera!

4

La reticencia característica de los indios onas se pone de manifiesto en esta otra anécdota referente a un muchacho llamado Teëoöriolh. Un día, con la ayuda de un grupo de onas, estaba arrastrando unos grandes postes por una huella muy mala para cargarlos en un trineo de bueyes. Después de haber pasado dos o tres veces con carga, observé que Teëoöriolh estaba sentado a un lado de la huella con una sonrisa triste, ajeno aparentemente al trabajo de los demás. Me acerqué a preguntarle:

—¿Por qué no trabaja usted? ¿Está cansado?

Se llevó la mano a la clavícula y la hizo crujir.

—Tengo el hueso roto —contestó.

El hecho de quejarse, o aun de mencionar este asunto sin que le hubieran preguntado, habría sido considerado como una falta de virilidad.

Le puse algodón bajo la axila y con una cinta le até el codo contra el cuerpo, pero este tratamiento no lo dejó satisfecho por ser demasiado sencillo. Me acordé de que tenía un frasco de yodo en casa, lo llevé allí y le apliqué generosamente tintura en la parte afectada. ¡Qué bálsamo tan maravilloso era aquello, tan rojizo y perfumado! Teëoöriolh se fué muy contento y volvió a trabajar pocos días después. Pronto cundió por toda la región la fama de esa extraordinaria medicina, y los indios se presentaban con los pretextos más inverosímiles para que les diéramos una pincelada de esa pintura mágica, que consideraban no sólo como una cura, sino también como un preventivo contra dolencias o accidentes.

Poco después descubrí que poseía otro producto maravilloso: un jabón mágico, cuyos fabricantes, demasiado modestos, no habían dado a publicidad sus estupendos efectos.

Uno de los onas se ausentaba frecuentemente por largos períodos para trabajar en la isla de Picton. Durante una de sus ausencias, su mujer dió a luz un niño de tez blanca, pelo rubio y ojos celestes (debo dejar bien establecido que mis ojos son castaños y que en esa época mi pelo era casi tan negro como el de un ona). Yo, perplejo, me preguntaba qué diría el indio al ver ese extraño vástago.

A su debido tiempo volvió el indio de la isla de Picton, y uno o dos días después vino a visitarme para pedirme una pastilla de jabón; no del común, sino del mágico jabón de color de vidrio oscuro y forma de un huevo de ganso de las montañas. Yo no comprendí al principio a qué se refería; pero él me explicó de muy buena fe que durante su ausencia su mujer había tenido un hijo moreno como todos los niños onas, pero que cuando él lo había conocido ya se le habían aclarado maravillosamente la piel y el cabello. Al preguntársele a la esposa sobre esta increíble transformación, ésta, apoyada por el testimonio de las dos mujeres que la habían atendido, atribuyó el milagro a una pastilla de jabón mágico que le había dado mi hermana Alicia. Dijo también que un poquito de jabón había entrado en los ojos del niño, que se habían vuelto al momento celestes como el cielo. El orgulloso padre estaba tan impresionado por esas maravillas que venía a buscar otra pastilla.

Sospechando que quería hacer el experimento consigo mismo y que, de fallarle, era capaz de llegar a dudar de su mujer, me apresuré

a decirle que la pastilla de jabón que mi hermana había dado a su mujer debía poseer una virtud muy especial y que sería muy difícil conseguir otra de esa misma clase.

Propuse a Alicia tomar una fotografía del feliz trío y mandarla a los fabricantes por si deseaban utilizarla como testimonio inesperado de los méritos de su asombroso producto, pero ella no creyó conveniente hacerlo y la fotografía nunca llegó a los señores Pears.

5

Otro episodio que arrojará luz sobre las costumbres de los onas es el noviazgo de Teëoöriolh con la hija de Missmiyolh, el aush. En un capítulo anterior describí cómo éste vino a vivir a Harberton con su mujer Weeteklh, que era yagana, y su numerosa familia.

Missmiyolh era un hombrecillo pacífico y feliz; nunca pude saber cómo había conseguido una mujer yagana, ni cómo Weeteklh, adiestrada para pescar y remar, se había acostumbrado a ambular por los bosques y pantanos de las tierras onas del este, cargada con todos los enseres de la familia y a veces un par de niños, además. Missmiyolh era un experto cazador, silencioso y alerta. Con frecuencia salía al bosque solo, con su arco y flechas y gracias a su inteligencia y experiencia su familia raramente carecía de carne. Cuando iba de caza, usaba un notable recurso: si al andar de prisa por el bosque encontraba un tronco atravesado en el camino o un arbusto enmarañado —a veces a no más de un metro del suelo— se inclinaba hasta ponerse casi horizontal y pasaba bajo el obstáculo sin disminuir el ritmo de su marcha.

Durante sus cacerías lejos de Harberton, Missmiyolh nunca establecía su campamento cerca de los verdaderos onas, prefiriendo, seguramente a causa de su mujer yagana, la sociedad de los indios de las canoas, quienes lo apreciaban mucho. Cuando estaba en Harberton no temía a sus enemigos tradicionales, pues todas las antiguas peleas entre los clanes parecían haberse olvidado por mutuo acuerdo; pero aunque Missmiyolh estaba en muy buenas relaciones con los onas nunca salía a cazar con ellos.

Missmiyolh y Weeteklh tenían una hija, cuyo nombre he olvidado. Era la mayor y en esa época tendría unos quince años y era ya una mujercita de aspecto muy agradable, especialmente a los ojos de Teëoöriolh, que tenía diecinueve. Era éste un ona bien parecido, de estatura mediana, de buenos modales y como todos los hombres

de las montañas, ágil, activo y silencioso. Es cierto que pertenecía a otra tribu y hablaban idiomas muy diferentes, pero los jóvenes enamorados se ingeniaban para vencer tales impedimentos.

Yo, resuelto a aprender el idioma de los verdaderos onas, vivía en aquel entonces mucho más cerca de ellos, algo alejado de mis amigos aush. Un día, sin embargo, para que no creyera que me olvidaba de él, visité a Missmiyolh, quien como de costumbre me ofreció un asiento cerca del fuego. Observé que su hija tenía un arco en la mano y lo acariciaba. Nunca había visto a una mujer usar un arma en esa forma ni en ninguna otra, y me preguntaba cuál sería la razón. Más tarde, vi a Teëoöriolh esperando a la sombra de un árbol grande, a unos noventa metros de distancia; no miraba hacia el campamento, parecía más bien interesado en algún objeto distante. Mientras la muchacha acariciaba el arco, su madre le hablaba; no pude entender todo lo que decía, pero comprendí que alegaba serle necesaria aún la ayuda de su hija para el cuidado de los pequeños. El asunto era evidentemente serio, pues el padre también intervino enérgicamente. Por fin la muchacha entregó de mala gana el arco a su hermano para que se lo devolviese a Teëoöriolh, quien lo tomó y se alejó sin dirigir ni una sola mirada hacia atrás.

Cuando pregunté a Missmiyolh sobre el significado de todo esto, me dijo que era una propuesta de casamiento y que no era inesperada, porque el joven había traído en otras ocasiones significativos regalos de carne al volver de sus cacerías. Añadió que, salvo en lo que concernía a los deberes para con la madre, era conveniente que se realizara ese casamiento para que su hija entrase en el clan, pues él mismo se sentía muy solo, y recibiría con gusto la protección de esa tribu.

Dos o tres meses después supe que la muchacha se había ido; el enamorado le había enviado nuevamente su arco, y esta vez, ella en persona había ido a devolvérselo. Según me informó Missmiyolh, ésta era la forma más correcta y más antigua de hacer una propuesta matrimonial; pero yo no conocí sino ese solo caso; la mayoría de los casamientos de que tuve noticia, entre esos pueblos primitivos, se hacían por conquista o por rapto.

En los primeros tiempos de nuestra estada en Harberton, antes de que conociéramos, salvo de nombre, a Halimink y a Kaushel, tres hermanos al parecer inofensivos, nos habían visitado en compañía de Tininisk, del amable Kankoat y de otros aush y onas de las zonas fronterizas de ambos pueblos. El mayor de esos hermanos era un curandero muy feo llamado Koh, que quiere decir "hueso" en ona. El segundo era Kanikoh, muy pequeño y extraordinariamente activo,

el tercero era por mucho el más robusto de nuestros visitantes del este. No conozco su nombre ona, pero algún chistoso le había puesto de sobrenombre Tísico, probablemente para que rimara con los nombres de sus hermanos.

Kanikoh y Tísico tenían, según creo, dos mujeres cada uno y Koh probablemente tres. Consideramos a esos tres hermanos con la misma amistad que a Tininisk y a Kankoat; en realidad los creíamos del mismo grupo, el del cabo San Pablo.

Cuando Halimink y sus compañeros de las montañas empezaron a visitar a Harberton, parecían estar en buenas relaciones con Tininisk, Kankoat y los tres hermanos: sus campamentos se hallaban con frecuencia muy cercanos y a menudo salían a cazar juntos.

Un buen día Koh, Kanikoh y Tísico desaparecieron de Harberton; cuando preguntamos por ellos, Tininisk y Kankoat quedaron mudos y en actitud de duelo. Lo más que conseguimos que alguien nos dijera fué:

—¿Dónde están? No los hemos visto.

Observamos, sin embargo, que varios de los hombres de las montañas habían conseguido nuevas mujeres, que antes pertenecían a los del clan del cabo San Pablo. Hasta muchos años después no supe los detalles de la historia.

Tininisk, Koh, Kanikoh y Tísico se habían reunido con Halimink y su gente, que eran del clan de la mujer de Tininisk. La reunión se desarrollaba alegremente cuando los tres compañeros de Tininisk se dieron cuenta, demasiado tarde, de lo que se tramaba contra ellos. Koh y Tísico cayeron víctimas de los primeros flechazos. El pequeño Kanikoh, escabulléndose, trató de escapar para salvar la vida, pero al agacharse para pasar bajo una rama, una flecha de Halimink le atravesó la garganta de lado a lado.

Kankoat no estaba en el grupo en el momento de la matanza. Tininisk no tomó parte en los asesinatos, pero es indudable que hizo de Judas. Si hubiera sido posible preguntar a esos hombres de las montañas por qué habían dado muerte a sus amigos, que confiaban en ellos, la respuesta directa y franca habría sido:

—¿Por qué no habíamos de hacerlo? No eran de nuestro grupo y codiciábamos sus mujeres.

Las numerosas esposas se cortaron el cabello en señal de duelo, pero si los funerales y las nuevas nupcias no fueron simultáneos poco intervalo hubo entre unos y otras. Las mujeres de un clan vencido hubieran demostrado poca prudencia al negarse a seguir a sus nuevos esposos mientras los vencedores tuvieran la "sangre en el

ojo". Pronto pasaría el temor; las cautivas eran bien tratadas para que no intentaran escapar; cuando se las maltrataba, escapaban en la primera oportunidad, aun a riesgo de ser duramente apaleadas o heridas en las piernas con flechas si eran alcanzadas antes de poder llegar hasta sus clanes. Las mujeres que se negaban a hacer lo que les mandara su marido eran igualmente apaleadas o atacadas a flechazos. El chambón y alocado Chalshoat, al administrar una vez ese castigo, apuntó un poquito más alto y mató a su mujer. Las otras mujeres nunca se lo perdonaron.

Halimink, que ya tenía una mujer, consiguió otra en la matanza que he narrado. Era una de las de Koh, la tercera creo, y se llamaba Akukeyohn (la que teme los troncos caídos). Me di cuenta que cuando Halimink hablaba con Akukeyohn, subrayaba innecesariamente la palabra *Koh*, con una sardónica sonrisa en los labios. Ella adoptaba una actitud de resentimiento. Su enojo, sin embargo, debía ser leve pues Halimink era un buen marido con su mujer favorita, y Koh había sido muy poco atrayente.

CAPÍTULO XXIV

EL BERGANTÍN "PHANTOM". DAN PREWITT LLEGA A HARBERTON. EL "BÉLGICA" ENCALLA CERCA DE CAMBACERES. TRABAMOS CONOCIMIENTO CON FEDERICO A. COOK, MÉDICO Y ANTROPÓLOGO, QUE TOMA FOTOGRAFÍAS DE LOS ONAS Y LES RETRIBUYE CON MEZQUINDAD. MI PADRE LE MUESTRA SU DICCIONARIO, Y SE OFRECE PARA HACERLO IMPRIMIR. ME INVITA A FORMAR PARTE DE LA EXPEDICIÓN, PERO EL "BÉLGICA" ZARPA SIN MÍ HACIA LAS REGIONES POLARES.

I

EN 1897 se terminó la espléndida reserva de provisiones que había traído el *Shepherdess*, y por ser los fletes y precios locales muy elevados era necesario tomar una decisión. La fiebre del oro nos había sido propicia y gracias a ella no habíamos trabajado en vano; mi padre pudo, pues, viajar a Inglaterra y comprar allí al precio de novecientas libras esterlinas un viejo bergantín de trescientas toneladas de registro, llamado *Phantom*. Dicho navío fué parcialmente cargado en Cardiff con provisiones y mercadería, pero la carga más importante era el carbón, cuya venta a los vapores de paso por nuestras costas teníamos ahora asegurada.

Mi padre, al observar que Inglaterra sufría de una superproducción de jóvenes desocupados, mandó construir una espaciosa cabina en la bodega del bergantín e hizo saber que estaba dispuesto a llevar consigo a la América del Sur a diez jóvenes. Sólo le interesaban aquellos que estuvieran dispuestos a aceptar cualquier trabajo, a cambio del cual recibirían dos libras mensuales, casa y comida, después de dos años quedarían libres de toda obligación hacia nosotros y se les pagaría el pasaje de regreso al hogar. Si preferían quedarse en la Tierra del Fuego, ya fuera con nosotros o en otro sitio, recibirían una paga en efectivo por el mismo valor del importe del pasaje.

No faltaron voluntarios; mi padre eligió diez entre ellos, pero cuando el capitán del *Phantom*, de nombre Davis, los vió, rehusó salir de Cardiff a menos que mi padre quedara a bordo para mantener el orden. Se vió, pues, obligado a realizar otro largo viaje a vela.

Había en el grupo varios casos serios, siendo el peor de entre ellos Dan Prewitt, un hombre bajo, fornido, de cara marcada con

cicatrices y desdentado. Muy pronto consiguió imponerse a sus nueve compañeros y ganarse el respeto de la tripulación valiéndose del único argumento que todos podían entender.

Sin embargo, no hubo ninguna muerte que lamentar a bordo y el *Phantom* llegó felizmente a Harberton.

Para varios de estos muchachos, lo primordial al llegar a la América del Sur era comprarse un sombrero de alas anchas e imitar a Búffalo Bill. ¡Cómo nos alegramos cuando seis de ellos decidieron que los británicos nunca serían esclavos y nos abandonaron! Los cuatro que quedaron dieron buen resultado; uno solo decidió volver a Inglaterra, pero quedó mucho más de los dos años del contrato. El que permaneció más tiempo con nosotros fué Dan Prewitt.

Al llegar a Harberton, Dan ensayó la misma técnica que había empleado en el barco, hasta que se topó con un ona de sobrenombre Dante. Cuando Prewitt lo atacó, Dante se limitó a abrazarlo, lo tiró al suelo, y estaba por alzar una piedra para aplastarle el cráneo cuando intervino Will, que por casualidad se hallaba cerca. Nunca más Prewitt intentó la violencia contra un ona.

Después de esta desgraciada iniciación, Prewitt se resignó a vivir pacíficamente. Su fuerza y lealtad pronto le valieron la estimación y respeto de los indios.

Muy a menudo había luchas amistosas en Harberton. Me gustaba luchar con los indios, tanto onas como yaganes; en ciertas ocasiones he luchado contra marinos noruegos o mineros dálmatas con distintos resultados, pero estoy convencido de que no hubiera habido ninguna probabilidad para mí con un profesional ni aun de segunda categoría. En las frecuentes peleas amistosas contra Kankoat el bufón, conseguía resistir, pero dudo que hubiera podido vencerlo en una lucha seria.

Entre los onas regía la ley no escrita de que la lucha debía continuar hasta que uno de los contrincantes se negara a seguir. Uno de mis adversarios amistosos era un yagán excepcionalmente fuerte llamado Waiyellen, a quien apodaban Clemente; Waiyellen hacía honor a su sobrenombre: yo podía vencerlo cinco de cada seis veces, no obstante que él a menudo derribaba a Kankoat, mi oponente más fuerte. He aquí un interesante problema: ¿cuál de nosotros tres era el campeón?

Clemente Waiyellen había vivido mucho tiempo en la Misión, tanto en Ushuaia como en la isla de Keppel. Como todos los yaganes era un marino nato y en muchos viajes borrascosos había estado a las órdenes de mi hermano Will. Como suele acontecer con la gente

de mar, se había aficionado a la bebida fuerte, que, con el avance de la civilización y del comercio, se vendía ahora prácticamente en todos los almacenes de Ushuaia.

Años después, luego de la muerte de mi padre, compramos un cúter de veinticinco toneladas, llamado *Juanita*, en el que transportábamos carne a Ushuaia; teníamos tanta confianza en Clemente que lo mandábamos en esos viajes en calidad de capitán del barco. En Ushuaia recibía dinero a nuestro nombre o lo llevaba consigo para comprar lo que necesitábamos. En esas ocasiones este buen yagán no probaba ni una gota de alcohol y nos rendía fielmente cuentas de sus transacciones al regresar a Harberton.

Una vez que un traficante lo mortificó más de lo tolerable, por la sobriedad que se había impuesto a sí mismo, en vez de ceder en la forma que aquél hubiera deseado, nuestro capitán lo puso k.o. con un tolete. A consecuencia de ello estuvo preso, hasta que Will pagó una fianza para que lo dejaran en libertad. El lesionado tardó bastante en volver en sí, pero recibió una buena lección.

Después de estos viajes a Ushuaia, el tremendo esfuerzo que hacía este pobre indio para no apartarse del buen camino, lo dejaba en un estado de gran abatimiento mental y moral. Pedía entonces diez días de licencia y se encaminaba a Harberton, para lo que un inglés, compañero suyo de juerga, llamaba "a roll in the gutter" [1] y con frecuencia terminaba en la cárcel.

Así Clemente Waiyellen quedará en mi relato como un ejemplo vivo de lealtad y de firme resistencia ante la terrible tentación a la que fué cediendo su raza agonizante.

2

El primer día del año 1898, por la mañana temprano, desde una ventana de nuestra casa de Cambaceres vi un pequeño barco detenido en un bajío, a unos ochocientos metros de distancia hacia el sur del puerto exterior. Estaba bien encallado y escorado en ángulo muy agudo. Bajé a la playa, empujé nuestro bote al agua y me acerqué a él.

Hacía ya un rato que se hallaba varado y la marea descendía. Los hombres de a bordo habían bajado un bote, y con un ancla pequeña amarrada a su popa daban cadena desde la inclinada cubierta del

[1] Un revolcón en el sumidero.

barco. Cuatro hombres remaban furiosamente en el bote, y otros, aun más furiosamente, los alentaban en francés desde la cubierta. Con los esfuerzos reunidos de todos el bote avanzaba hasta unos doce metros del barco, pero allí la pesada cadena que descansaba en el fondo lo mantenía anclado, de modo que entre remada y remada retrocedía exactamente la misma distancia que avanzaba. No se le había ocurrido a ninguno de los marineros cargar la cadena en el bote y soltarla a medida que se alejara, tirando por último el ancla.

El S. S. *Bélgica* era una curiosa embarcación híbrida, ni vapor ni velero, y sin embargo con algo de uno y otro. La cubierta, inclinada a un ángulo que no hubiera alcanzado con las velas desplegadas, estaba cargada de un extremo a otro con un extraño surtido de mercaderías (grandes pilas de carbón, trineos, esquís, fardos de sogas, tiendas de campaña, etc.) que aumentaba la confusión.

Observaba yo todo esto, cuando apareció un hombre sobre cubierta y me interpeló en inglés, con ligero acento americano. Era un mozo delgado y más bien bajo, de algo más de treinta años, elegante, atrayente y pletórico de vida. Se presentó como Federico A. Cook, médico cirujano y antropólogo, miembro de una expedición científica belga al Antártico. Me dijo que el *Bélgica*, pesado barco de madera, había sido especialmente equipado para ese objeto.

Yo le sugerí que, puesto que el barco había encallado durante la pleamar, lo aligeráramos todo lo posible a fin de que pudiera zafar con la marea de la tarde. Propuse entonces traer desde Harberton la gabarra de ocho toneladas construída por Despard para transportar el cargamento que se hallaba sobre cubierta, antes de que subiera la marea. El doctor Cook consultó en francés al capitán, quien accedió.

Salí para Harberton, acompañado por el primero, y no tardé en volver en la gabarra con una tripulación mixta de yaganes y algunos de nuestros mejores onas.

Desembarcamos dos cargas de carbón en la parte más apropiada de la cercana playa, y luego, con la marea ascendente y un viento favorable, el *Bélgica* zafó de su varadura sin daño. Sus penurias no habían terminado, pues pronto sopló el viento con tanta fuerza que tardó casi dos horas en volver al abrigo del puerto de Cambaceres.

No es dable esperar que el hombre cuya mente está dedicada a la ciencia demuestre sentido práctico; no condenemos, pues, con demasiado rigor este pequeño descuido en que incurrieron los exploradores: al desembarcar del *Bélgica* dejaron el bote sin amarrar, con la soga enrollada sobre cubierta: naturalmente, al subir la marea, aquél aprovechó la oportunidad y se escapó a la deriva. Pronto fué

recobrado, pero yo pensé que en las desoladas regiones a que se dirigían, un descuido semejante podría tener consecuencias fatales.

El doctor Cook y los otros hombres de ciencia cuyo objetivo era explorar el polo Sur, se interesaban, sin embargo, por todo cuanto encontraban en su ruta. Les informé que un grupo de onas, verdaderos guerreros de la selva, de largas cabelleras, trajes de piel y rostros pintados, estaban acampados a poco más de un kilómetro de Cambaceres. Nuestros visitantes manifestaron el deseo de fotografiarlos y a la mañana siguiente los acompañé al campamento. Sospechaba yo que los indios estarían intranquilos y me adelanté para calmarlos. Justamente estaban por marcharse, pero conseguí que retardaran su partida cerca de una hora.

A los onas, tanto varones como mujeres, les desagradaba tener sobre sí el ojo mágico de la cámara, mas logré tranquilizarlos, y el doctor Cook pudo tomar buenas fotografías, especialmente de las mujeres con sus típicos fardos en forma de cigarro y uno o dos chiquillos encima.

Cuando terminó sus exposiciones, el doctor Cook sacó de su amplio bolsillo un cartucho como de un kilo de caramelos pequeños y duros, de varios colores, con una semillita en el centro. Dió un puñado a cada uno de los numerosos indios y los que quedaban, quizás un cuarto de kilo, se los guardó de nuevo en el bolsillo, diciéndome:

—Creo que todos los han probado.

Los indios no sabían qué hacer con esas curiosas cuentas, por lo que pedí unas cuantas al doctor Cook y me las metí en la boca mordiéndolas, con grave riesgo para mis dientes. Los indios me imitaron.

Convencido de que la escasa ración de dulces era recompensa insuficiente para lo que habían hecho los indios a petición mía, llevé a dos de ellos a casa y les di un saco de harina, regalo siempre apreciado, pues con ella hacían dampers [1].

Antes de que se alejaran de nuestras playas para proseguir su viaje al Sur, llevé a los exploradores a Harberton y los presenté a mi padre. El doctor Cook se mostró vivamente interesado en el diccionario yagán-inglés, obra a la que mi padre había dedicado unos treinta años de trabajo y reflexión. Se discutió sobre la publicación del manuscrito; una de las mayores dificultades para imprimirlo consistía en que mi padre había usado el sistema fonético de Ellis, retocando o añadiendo cuando era necesario para ajustarse a la pronunciación del lenguaje yagán.

[1] Una especie de pan hecho de harina y agua, cocido sobre las cenizas sin levadura.

Cook aseguró a mi padre que había en los Estados Unidos una sociedad especializada en lenguas aborígenes americanas. Esta sociedad obtendría las facilidades necesarias para imprimir semejante obra, y el doctor Cook confiaba en que realizarían el trabajo con el mayor interés. Se ofreció a hacerse cargo en seguida y allí mismo del diccionario, pero mi padre, temiendo que su precioso volumen se perdiese entre los hielos polares, no se lo dió entonces, pero prometió al doctor Cook entregárselo en el viaje de regreso del *Bélgica*.

Me sentí aliviado al oír esta negativa, pues no sentía ninguna admiración por las condiciones náuticas del capitán ni de su tripulación: habían encallado en un bajo señalado por las algas y por una lengua de tierra que lo unía a la playa; un marino experimentado hubiera mantenido a su barco alejado de tan evidente peligro. El asunto del ancla y el incidente del bote escapado a la deriva aumentaban mi desconfianza. Por estos buenos motivos no acepté la invitación de acompañarlos en su expedición a las regiones polares. La perspectiva de aventuras me tentaba fuertemente, pero no estaba dispuesto a confiar mi vida a manos tan inexpertas. Además, tenía que cumplir con mi tarea y consolidar mis contactos con los onas.

Así fué cómo zarpó el *Bélgica* de la Tierra del Fuego sin cargar a bordo ni al diccionario ni a mi persona.

CAPÍTULO XXV

EN QUE SE PRESENTA A SLIM JIM, CUYO NOMBRE ONA RESULTA IMPRONUNCIABLE, Y A MINKIYOLD, EL HIJO DE KAUSHEL. CON ELLOS COMO GUÍAS MIS HERMANOS Y YO PENETRAMOS, POR FIN, EN TIERRA ONA. RECORREMOS REGIONES NUNCA HOLLADAS TODAVÍA POR BLANCOS. EL FALLECIMIENTO DE MI PADRE.

I

ENTRE los indios de las montañas que habían pasado el invierno anterior en Harberton se encontraba el hermano de Talimeoat, el cazador de pájaros. Se llamaba Yalhmolh, pero lo apodamos Slim Jim [1] para evitar el esfuerzo de pronunciar su nombre ona; de un metro cincuenta de estatura, delgado y enjuto, de prominente nariz y pómulos salientes, poseía en alto grado esa vivacidad nerviosa característica en los de su raza. Su cabeza, con el pelo casi siempre cubierto con arcilla roja, le daba una apariencia salvaje pero no desagradable. Siempre fué para mí un compañero bueno y servicial. Lo único que yo no le perdonaba era su habilidad, de que yo carecía para trepar por la escarpada y pantanosa ladera de una montaña con la misma rapidez con que descendía por ella. Como la mayor parte de los indios, cuidaba de sujetar las ramas para que no golpearan la cara del que lo seguía; lo he visto tomarse esta molestia hasta cuando era solamente su esposa quien iba detrás de él.

La lucha es un pasatiempo popular entre los onas y me gustaba practicarla con Slim Jim. Hacía grandes demostraciones de fuerza, pero rara vez aprovechó de las muchas oportunidades de vencerme que le ofrecía mi inexperiencia. Supe que había dicho a los demás indios que, con práctica, yo llegaría a ser un buen luchador y podría ayudarles en sus peleas con otros clanes.

Además de Kiyotimink, su hijo mayor, nuestro amigo Kaushel tenía un segundo hijo varón que se llamaba Minkiyolh. Era un apuesto adolescente de unos diecisiete años, casi tan alto como Slim Jim y sin duda inteligente. Los otros indígenas sospechaban que estudiaba magia, porque con frecuencia tenía ausencias y hablaba consigo

[1] Slim: sutil, delgado. Jim: diminutivo de James, Santiago o Jaime.

mismo con una voz extraña y aguda, o rompía a reír sin razón aparente. Además solía jactarse de su fuerza y de sus proezas, lo que no se le ocurriría a ningún ona que se respetara, por mucho que se hubiera destacado entre sus compañeros.

A principios de marzo de 1898 partimos, mis dos hermanos y yo con Slim Jim y Minkiyolh como guías, con el objeto de cruzar la cadena de montañas que ya dos veces se había resistido a revelarnos sus secretos; habíamos intentado hacerlo sin guías una vez a fin del otoño y otra vez en pleno invierno. Esta vez estábamos seguros del éxito. Marzo, primer mes del otoño, con sus días serenos y apacibles es casi siempre el más agradable del año. Teníamos en Slim Jim un guía cuyo hogar eran precisamente esos bosques y pantanos, y nuestro terror por los onas de las montañas era ahora cosa del pasado. Cada uno llevó un rifle y una piel de guanaco sin forrar, para dormir, pero no nos cargamos con nada más, ni siquiera una tienda de campaña. Anduvimos los primeros ocho kilómetros a través de un enmarañado bosque, cuyos enormes árboles caídos, cubiertos de retoños que buscaban la luz, nos dificultaban la marcha. Nuestros guías nos condujeron en mucho menos de la mitad del tiempo que hubiéramos empleado sin ellos. Y eso que, entre los cristianos, teníamos fama de ser expertos hombres de bosques.

Slim Jim nos condujo sin vacilaciones, como si siguiera alguna huella invisible para nosotros, a un excelente vado a través del río Varela, para pasar el cual apenas aminoró la marcha. Después ascendimos por un banco escarpado, salimos de los bosques y entramos a los marjales.

Al finalizar esa perfecta tarde, nos hallábamos cruzando un erial cenagoso, flanqueado por enormes murallas rocosas que aún conservaban, en sus cavidades, montones de nieve invernal. El pantano terminó abruptamente y un escarpado declive nos condujo a un valle, a través del cual corría un río hacia el Norte. Habíamos pasado la cima y la tierra de los onas se extendía a nuestros pies. Este valle, cubierto aquí y allá de bosques, se convertía luego en una gran selva, que se extendía sin interrupción. A gran distancia divisamos por primera vez el lago Kami, brillando a la luz del sol poniente. En su parte más ancha este lago mide unos diez kilómetros y su largo de este a oeste es de más de sesenta y cinco. Más allá, hacia el noroeste, hay montañas coronadas de nieve con sus laderas cubiertas de vegetación hasta el borde del agua.

Estas lejanas montañas están a mayor distancia unas de otras que las de las cadenas que separan el Kami y el canal de Beagle y en

uno de sus valles más anchos pudimos divisar el lago Hyewhin y sus islas boscosas.

Los indios se sentían halagados por nuestras manifestaciones de admiración hacia el país que ellos amaban; Slim Jim abandonó su expresión abstraída y su actitud reservada, y nos señaló y nombró diversos puntos, añadiendo en algunos casos datos de interés histórico o legendario, que con nuestro somero conocimiento del idioma ona nos resultaba difícil comprender.

Nos costó privarnos de la contemplación de ese espectáculo, pero al fin bajamos por el cauce de uno de los torrentes que forma la nieve al derretirse. Al pie de la montaña, donde empezaba el bosque, acampamos para pasar la noche. A la mañana siguiente partimos temprano, guiados por Slim Jim, con el mismo paso acelerado del día anterior. Para sortear los árboles caídos y los matorrales, vadeaba constantemente el torrente de agua helada antes mencionado, cruzándolo y volviéndolo a cruzar a tal velocidad, que si uno se detenía para atarse un mocasín, debía luego correr para alcanzarlo. Slim Jim, sin embargo, no marchaba de prisa; ese paso rápido y sostenido era la velocidad habitual de su marcha. Años después pude hacer lo mismo con tan poco esfuerzo como él, tanto cuando viajaba solo como cuando recorría el país con una banda de onas, pero en ese primer viaje era novicio en ese deporte. Pocas veces se dignaba Slim Jim hacer una pausa; al salir del agua, se detenía un momento, apretaba un pie contra el otro para quitar el agua de los mocasines, y seguía luego silencioso y alerta.

Después de más de dos horas de camino dejamos el torrente y nos encontramos en el bosque tupido. Los árboles, a pesar de no ser de la misma variedad, eran más altos y parecían más vigorosos que los que estábamos acostumbrados a ver más al sur. Desde una cumbre llamada K-Jeëpenohrrh [1] por los indios (lo que significa cima aguda y prominente), a través de una brecha entre los árboles, contemplamos una hermosa vista de las ondulantes colinas cubiertas de bosques, que se sucedían kilómetro tras kilómetro hacia el Norte, hasta perderse en la distancia. Sola y separada de la cadena principal, vimos una meseta, cubierta de vegetación hasta la cima. Se llamaba, según nos dijo Slim Jim, Heuhupen, y había sido tiempo atrás una poderosa hechicera. Tiempo después, iba a saber algo más acerca de sus ocultos poderes.

[1] La inicial "K" se pronuncia sola, sin el socorro de ninguna vocal. En este caso significa "Es"; otras veces corresponde a "de", por ejemplo: Sinu K-Tam (Hija del Viento), picaflor.

Hacia la parte norte de esa aislada meseta hay un sitio extraordinario, cubierto de enormes peñascos que deben haberse desprendido de la cima. Es muy difícil de atravesar y no he visto en ningún otro lugar moles de igual magnitud.

Cerca de Heuhupen, pasó a la disparada una manada de guanacos; Despard abatió a uno de ellos, así que estuvimos tranquilos respecto a nuestra comida. Esa noche dormimos en el bosque de una de las colinas cercanas al extremo este del lago Kami, y al día siguiente proseguimos nuestra marcha hacia el norte, pero nuestros guías se mostraban ahora nerviosos como si temieran encontrar enemigos. En un sitio donde el bosque estaba quemado, lugar llamado Goljeohrrh (Barrera de árboles secos pero en pie), Minkiyolh, el vidente, aseguró haber visto un indio que nos espiaba, gritó:

—¿Quién es? ¿Por qué no contestan?

No obtuvo respuesta alguna. La inquietud aumentó cuando Slim Jim descubrió huellas indicadoras de que por allí había pasado gente poco antes; nos mantuvimos alertas durante todo el día.

Unos kilómetros más adelante de la playa del Kami, nos encontramos con que los arroyos se dirigían hacia el Norte, en dirección al Atlántico y había grandes extensiones de campo abierto, siendo no obstante húmedos los valles. Todo el terreno seco estaba minado por pequeños roedores llamados tucu-tucu (*apen* en ona), que parecen conejos de Indias; son del color de los ratones y nunca se encuentran del lado sur de las montañas. Eran tan numerosos que sus subterráneos cruzaban el campo entero. No había hierba, pues la habían comido o la secaban destruyendo sus raíces bajo tierra. Este terreno hacía muy difícil y fatigosa la marcha. Despard, Will y yo teníamos los pies bastante doloridos, pues aunque acostumbrábamos usar mocasines, el esfuerzo de seguir a Slim Jim y de cruzar pedregosos torrentes de montaña nos había despeado.

Hacia el mediodía alcanzamos otro macizo rocoso, llamado Shaikrh [1], el cual tiene una vista magnífica, porque domina los bosques circundantes. Hacia el norte se extendía por muchas leguas en dirección al Atlántico, una verde pradera, rodeada de colinas boscosas. El arroyo que la atravesaba desembocaba a dieciséis kilómetros de allí en un río más importante, el Ewan. Las montañas nevadas podían verse todavía a gran distancia detrás de los bosques.

En Shaikrh deliberamos acerca de la continuación de nuestro viaje.

[1] Palabra emparentada con *haikrh*: "ver", "mirar". Otros lugares similares de observación poseen nombres de terminación parecida. El final *ohrrh*, como en K-Jeëpenohrrh y Goljeohrrh, significa "cima" o "nariz".

Habíamos realizado ya el objeto de nuestra expedición: cruzar las montañas y caminar cierta distancia bordeando la costa del gran lago del que tanto nos habían hablado los onas; habíamos explorado, además, la tierra interior, región no hollada hasta entonces por hombres blancos. Sin embargo, yo no estaba satisfecho y deseaba seguir avanzando, mas los otros no compartían mi entusiasmo. Despard y Will hablaron del trabajo en la finca, siempre apremiante, que nuestra ausencia había interrumpido. Alegaron que nuestro padre debía estar apurado por cargar el bergantín con madera que aún yacía en el bosque, que el verano no era la estación más apropiada para tomar vacaciones prolongadas y que debíamos volver a casa. Yo repliqué con jactancia que a pesar de todo eso continuaría avanzando hacia el norte sin ellos, si uno de los indios me acompañaba. De haber accedido Slim Jim o Minkiyolh el amor propio me hubiera obligado a seguir, pero lo hubiera hecho con el corazón en la boca. Por suerte, mi desplante no tuvo eco, pues los indios temían encontrar algún enemigo y no quisieron seguir adelante. Slim Jim, que había dejado a su joven esposa en Harberton, exageró quizás los peligros; sea como fuere, su opinión prevaleció.

Nos dispusimos, pues, a volver por otro camino, y acampamos esa noche a poca distancia del lugar donde dormimos la noche anterior. Despard, Will y yo nos turnamos para hacer guardia. Se acercaba el otoño y la noche nos pareció larga; sin embargo, nada ocurrió. Regresamos por una huella que se internaba más en la montaña, evitando de ese modo los innumerables cruces anteriores de ríos, y llegamos a casa después de cinco días de ausencia.

2

Despard y Will tenían razón. Mi padre deseaba cargar el bergantín con madera. Fuí a Cambaceres, que hacía tiempo no visitaba, y allí recibí un mensaje urgente de mi padre en el que me daba instrucciones para que fuera con algunos bueyes al extremo oriental de nuestro campo, y preparara un cargamento de troncos destinados a Buenos Aires.

Sus órdenes se cumplieron. Se cargó el bergantín, y el 15 de abril de 1898, la víspera del viaje del cual no había de volver, escribió mi padre en su diario:

"Salí de casa, dejando a todos bien, a las tres de la tarde, en nuestro bote salvavidas. Remaban mis hijos y otros hombres. Llegamos a bordo del

bergantín, anclado en las afueras de Owiyamina, a las cuatro; llevamos un lote de provisiones para el viaje, que esperamos iniciar mañana temprano. Atardecer tranquilo."

El *Phantom* zarpó al día siguiente, comandado por el capitán Davis. Llegó a Buenos Aires el 5 de mayo, pero no pudo entrar al muelle debido a las desleales maniobras de ocultos competidores. Pudieron por fin atracar el 13 de mayo, y a pesar de los muchos obstáculos consiguieron descargar doscientas sesenta toneladas de madera.

El bergantín fué cargado de nuevo con cemento destinado a la base naval de Bahía Blanca y partió de Buenos Aires el 13 de junio. El lunes 20 de ese mes anota mi padre en su diario:

"Desde la última vez que escribí, hemos pasado momentos muy difíciles. El viernes y el sábado sopló durante más de treinta y seis horas un espantoso ventarrón del oeste y oestesudoeste, delante del cual corrimos por lo menos catorce horas. Cuando las cubiertas estuvieron demasiado inundadas, tuvimos que poner de nuevo proa al viento porque el mar crecía rápidamente y correr se tornaba demasiado peligroso. Estábamos todos completamente empapados y reinaba gran confusión. Los hombres se golpeaban frecuentemente y las roturas y pérdidas fueron cuantiosas, tanto abajo como en el aparejo y en el velamen. No me desvestí durante cuarenta y ocho horas.

"Ayer por la mañana amainó, pero siguió lloviendo pesadamente hasta la tarde y el barco aún se mueve mucho. Por fortuna, no ha habido ningún herido; nuestra embarcación, que es profunda, no es muy marinera y hace mucha agua.

"Lunes 20 de junio, a las tres de la tarde: de nuevo tenemos tierra a la vista, aproximadamente en el mismo lugar donde viramos delante del temporal el viernes por la noche. Viento nordeste y cielo encapotado. A pesar de la hora temprana ya está oscureciendo."

3

No habíamos sabido de nuestro padre desde hacía casi dos meses, cuando, a mediados de agosto, divisamos desde Harberton el bergantín, casi parado por falta de viento a unas ocho millas de distancia. Ansioso por tener noticias, salí en un bote, y remé hasta el bergantín. Mi padre no estaba sobre cubierta, bajé y hablé con el capitán Davis en su cabina. El me dijo que mi padre había fallecido. Había sido desembarcado en Bahía Blanca después de sufrir una grave hemorragia. De allí, acompañado por un oficial del Ejército de Salvación,

había seguido en tren a Buenos Aires e internado en el Hospital Británico. Después, a petición suya, fué trasladado a casa de un amigo, donde murió el 15 de julio de 1898, a los cincuenta y seis años.

Permanecí muy poco tiempo en el camarote con el capitán Davis; cuando salí a la cubierta, vi que habían izado el pabellón a media asta; esperando que no lo hubieran notado desde Harberton, les rogué que lo arriaran y remé con fuerza hacia casa.

Encontré a mi querida madre intranquila; con un anteojo, había visto la bandera a media asta y mi regreso en el bote sin mi padre; presa de sombríos presentimientos, me preguntó cuando entré:

—¿Malas noticias, hijito?

La tomé en mis brazos y contesté:

—No, mamá. Nuestro padre se ha ido al más allá..., eso es todo.

Sí, mi padre ya no vivía. Pero fué tal su influencia y el ejemplo de su fe y de su fortaleza, que aún está entre nosotros.

"Vivo en mis hijos", dijo una vez que estuvo seriamente enfermo.

Aunque desgraciadamente no he alcanzado a vivir conforme a sus ideales, mi única esperanza es que los hijos que tengo actualmente y no tenía entonces, hayan heredado algunas de las cualidades de su abuelo.

CAPÍTULO XXVI

MIS HERMANOS Y YO QUEDAMOS SOLOS. LOS PERROS DE KIYOTIMINK TRAEN HIDROFOBIA A LA TIERRA DEL FUEGO. KIYOTIMINK MUERE DE ESA ENFERMEDAD. KAUSHEL CAE ENFERMO DE UN TUMOR Y ATRIBUYE SUS INFORTUNIOS A UN PODER MALIGNO. EL DOCTOR COOK VUELVE A HARBERTON Y SE LLEVA EL DICCIONARIO YAGÁN.

I

Al morir mi padre, Despard acababa de cumplir veintiséis años, yo tenía veintitrés y Will veintiuno. Estuvimos de acuerdo en prescindir de las demostraciones de duelo; lo esencial era continuar su obra de mejoramiento del nivel de vida de los indios, cumplir sus propósitos respecto a la propiedad que nos había dejado, permanecer unidos y cuidar a nuestra madre, a nuestras hermanas y a Yekadahby.

Por consiguiente, a pesar del dolor que nos causó su desaparición, las cosas siguieron como antes en Harberton y Cambaceres. Despard tomó la dirección en la finca, Will tenía a su cargo las ovejas de la parte oeste y de las islas del canal de Beagle y yo continuaba ocupándome del ganado que poblaba la zona este de nuestros campos.

Además de nuestra fiel colonia de yaganes, cada vez venían más indios onas a radicarse con nosotros en Harberton. Uno de ellos era Kaushel, el terrible asesino del cual los aush habían hablado con tanto miedo. Habíamos aprendido a quererlo y nos alegramos cuando vino a vivir en Harberton con su mujer Kohpen y sus cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. El segundo de los varones, Minkiyolh, seguía tan excéntrico como antes y nos hacía temer futuros inconvenientes. El mayor, Kiyotimink, era muy distinto; estaba casado con una joven llamada Halchic y ambos eran hermosos exponentes de la tribu ona. Las hijas, Keëlu y Haäru, eran muy jóvenes todavía, Keëlu de diez años, y Haäru, de ocho.

El entonces gobernador de la Tierra del Fuego, don Pedro Godoy, tan apreciado por todos, deseaba vivamente enviar dos o tres onas a una exhibición que debía realizarse en Buenos Aires y nos consultó sobre quiénes podrían ir. Escogimos sin vacilar a Kiyotimink y Halchic, los cuales, muy orgullosos por la distinción, se embarcaron con su tienda de piel de guanaco, sus arcos, flechas, perros y enseres.

Keëlu, el hermanito de Kiyotimink, fué también con ellos, y como guardián e intérprete, don Ramón Cortez, jefe de policía de Ushuaia, quien había aprendido algunas palabras del idioma ona y demostraba muy buena voluntad hacia aquella gente.

El grupo llegó a Buenos Aires y acampó en el Parque de Palermo. Desde el punto de vista de la exhibición, la visita fué todo un éxito, pero tuvo consecuencias lamentables. En una riña con otros perros, varios de los de Kiyotimink fueron mordidos. Como se sospechaba que estuvieran rabiosos, los otros perros locales fueron eliminados, pero el indio se opuso tan terminantemente a la muerte de los suyos, que se le permitió llevarlos de vuelta a la Tierra del Fuego, aunque él mismo había sido mordido.

No nos enteramos de esto hasta que regresaron todos a Harberton, con los perros. Don Ramón Cortez nos predijo la fecha aproximada en que podía declararse la hidrofobia en Kiyotimink y los perros y nos aconsejó que estuviésemos alerta.

Kaushel y su familia, muy contentos de estar reunidos y encantados con los regalos traídos por los viajeros, se fueron de caza. Cuando volvieron, Kiyotimink no estaba con ellos; había muerto de un modo nunca visto antes entre los indios. Poco más o menos en la misma época, la rabia hizo presa entre los perros, muchos de los cuales murieron o fueron eliminados, antes de que desapareciera la plaga.

En una ocasión iba yo a caballo, cuando vi un perro que saltaba y se revolcaba como accionado por resortes. El animal no trató de atacarnos ni yo me detuve a diagnosticar el caso; sin bajarme, disparé una bala de revólver a la cabeza del perro.

Kaushel, que sufría su duelo tan verdadera y profundamente como cualquier blanco, cayó enfermo casi al mismo tiempo que su hijo mayor Kiliutah, aunque no de hidrofobia. Los dos estaban convencidos de que sus padecimientos se debían a las maquinaciones de algún brujo. Mientras me hallaba en Harberton, visitaba a esa pobre gente todos los días y les llevaba yodo y trementina, remedios que ellos apreciaban mucho. Como ese otoño las lluvias fueron excepcionalmente fuertes, les hice un pequeño techo para su precario refugio, pero Kaushel me pidió que lo quitara, porque le agradaba ver las estrellas de noche cuando no dormía...

Una vez estaba yo sentado al lado de su cama tendida sobre el suelo, cuando un perro, evidentemente hidrófobo salió de la espesura y se abalanzó sobre él; el enfermo desapareció inmediatamente debajo de los cobertores de cuero, dejándome que me entendiera con el perro. Decir que sentí miedo sería poco y sin duda alguna tuve el impulso

de escapar, pero lo resistí, tomé al perro por una de las patas traseras, revoleándolo con fuerza para que no pudiera alcanzarme, me acerqué a un hacha clavada en un tronco, y puse fin a los sufrimientos del pobre animal.

Pasó todavía algún tiempo antes que esa terrible plaga desapareciera de nuestra región.

2

A pesar de la desconfianza que me inspiraban los marinos del *Bélgica*, este barco volvió de las regiones polares durante el transcurso del verano siguiente, casi dieciocho meses después de su visita a Cambaceres, sin haber perdido ni un solo hombre de su tripulación. Hizo puerto en Punta Arenas, y el doctor Cook llegó a Harberton en su cúter con el objeto de conseguir el diccionario de mi padre. Éste había muerto, pero nosotros conocíamos su promesa de entregar el manuscrito cuando el *Bélgica* regresara de las regiones antártidas. Confiamos al joven cirujano americano el precioso diccionario y la gramática, junto con gran número de papeles escritos en yagán.

Antes de su partida, llevé al visitante a ver al indio Kaushel y a su hija, quienes seguían enfermos y no habían mejorado. El pobre Kaushel, que había sobresalido entre los suyos por su energía y firmeza, ahora estaba seguro de que algún enemigo hechicero le había metido dentro algo horrible y que la enfermedad de su hijo y todos sus infortunios se debían al mismo maligno poder.

Los onas tienen una sola palabra, *Joön*, para nombrar médico y brujo, por lo cual cuando presenté a Cook como a un médico, el ona le pidió que oyese la criatura que le roía las entrañas. El doctor Cook examinó al padre y a la hija; diagnosticó a Kaushel un tumor de estómago y a la joven tuberculosis en el hueso de la cadera y me manifestó que ambas dolencias, en ese avanzado estado eran incurables. Cook me dejó una gran caja de píldoras, probablemente con opio u otro narcótico, que yo debía administrarles. La muchacha, que sufría mucho, esperaba ansiosamente mis visitas y sus ojos se animaban perceptiblemente cuando yo sacaba el frasquito del bolsillo. Ambos enfermos sobrevivieron algunos meses, y murieron con pocos días de diferencia uno de otro. Las píldoras duraron hasta el final.

El doctor Cook atendió con mucha solicitud a varios otros indígenas enfermos y operó con éxito al hijo de Kankoat, que estaba seriamente enfermo de los ojos. El mal estaba muy avanzado, pero el cirujano

pudo salvar un ojo, con gran alegría y alivio de Kankoat. Desde entonces el niño fué apodado Nelson.

Después de tomar las medidas de muchos indios y de declarar que los onas eran, aunque de poca estatura, la raza de cuerpo más hermoso que había visto, Cook se dispuso a partir. A pesar de sus buenos servicios, pagué al doctor con un acto de horrible bajeza, que ni siquiera podría confesar si el mismo Cook no me hubiera jugado al final una partida aun más sucia.

El pequeño cúter en el que Cook viajaría a Ushuaia estaba anclado en Thought Of, y para despedirme de él tenía que cruzar la península de Harberton. Fuimos juntos llevando todo su equipaje. Cook tenía un buen abrigo forrado de piel que había usado en las regiones antárticas. Contento por el resultado de su visita, me expresó su agradecimiento por mi ayuda y dijo que deseaba dejarme algún recuerdo. Mencionó el abrigo, deplorando que fuera demasiado estrecho para mí. Aunque yo era de la misma opinión, le contesté:

—No estoy seguro de eso, deje que me lo pruebe.

No podía negarse, y riéndose repuso:

—Con mucho gusto, pero es usted dos veces más grande. No podrá entrarle.

Mientras tanto, yo me había quitado la chaqueta; con gran esfuerzo me puse el abrigo de Cook y hasta conseguí abrochármelo sobre el pecho; apenas me llegaba a las rodillas y las mangas no me bajaban de los codos.

—Pero, doctor —exclamé alegremente— me queda como un guante. Lo cual era perfectamente cierto.

Le agradecí calurosamente el obsequio y lo vi partir junto con nuestro bien familiar, el inapreciable diccionario, que inició ese día increíbles andanzas.

Cuando el doctor Cook llegó a Punta Arenas me mandó dos pares de zapatos para nieve que había usado en el sur. Constituían un gran adelanto sobre mis remedos de amateur, pues eran del tipo raqueta de tenis canadiense, fuertes y livianos, y le quedé muy agradecido por este nuevo regalo.

Cuatro años después de la expedición del *Bélgica*, Cook fué a explorar a Alaska y declaró haber ascendido al monte McKinley, el mayor de la América del Norte, que se eleva a más de cinco mil metros. En 1907 volvió su atención al Polo Norte, y dos años después anunció haberlo alcanzado. El comandante Peary puso en duda esta afirmación; el asunto fué investigado, y el doctor Federico A. Cook, cirujano, antropólogo y explorador ártico, resultó muy desacreditado.

En medio de estas y otras actividades, todavía encontró tiempo para publicar el diccionario yagán y para tratar de hacerlo pasar por obra suya. Unos días después de su partida de Harberton vendí el abrigo forrado en piel por veinte gramos de oro, con lo que el saco de harina que yo había dado a los onas, en lugar de Cook, el año anterior, estuvo por fin pagado. En cuanto al diccionario de mi padre, ese irreemplazable manuscrito, su canje por dos pares de zapatos para nieve y un frasco de drogas calmantes, resultó un mal negocio.

CAPÍTULO XXVII

UNA LARGA Y PENOSA PERSECUCIÓN. CRUZO LA ISLA CON SIETE COMPAÑEROS ONAS. EL PRUDENTE AVANCE DE PUPPUP. LLEGAMOS A NAJMISHK Y PROSEGUIMOS HASTA RÍO FUEGO. UN SARGENTO DE POLICÍA NOS RECIBE AMABLEMENTE. MI PRIMERA AFEITADA. NO ENCUENTRO A MCINCH EN RÍO GRANDE. REGRESAMOS A HARBERTON. EL CONOCIMIENTO DEL BOSQUE DE LOS ONAS. SHAIYUTLH SIEMBRA EL PÁNICO Y ES MOTIVO DE BURLA. LLEGO FELIZMENTE AL HOGAR.

I

UN lote de más de veinte cabezas del ganado que yo cuidaba había desaparecido aproximadamente dos años antes, ahuyentado por los perros de los indios onas. Me habían dicho que ese ganado había huído a un valle cercano al río Lasifharshaj. Un verano intenté rescatarlos, pero como ni en el espeso bosque, ni en la ciénaga era posible andar a caballo, el ganado quedó allí y se volvió salvaje. Como yo sabía que cuando hubiera una espesa capa de nieve en las tierras altas, llamadas Flat Top, los animales se verían muy restringidos en sus andanzas, decidí perseguirlos en invierno.

Con ese propósito emprendí viaje con tres muchachos onas pertenecientes a distintos clanes. Ya he dado a conocer dos de estos clanes: el del cabo San Pablo y el de las montañas. El tercero era el grupo de Najmishk, cuyas tierras de caza se extendían hacia el cabo Santa Inés, al norte del territorio del clan del cabo San Pablo (Tininisk, Kankoat, Kaushel). Un personaje importante entre los Najmishk era el médico, Te-ilh (Mosquito), cuyo hijo, llamado Chauiyolh, era uno de mis tres compañeros en este viaje; el segundo era Minkiyolh, el extraño hijo menor de Kaushel, y el tercero era un joven del clan de las montañas, que no era de elevada estatura pero tenía el desarrollo de un hombre fuerte; era resuelto, se llamaba Ahnikin y era hermano de Teëoöriolh, el muchacho que se rompió el hueso del cuello. Tenían también otro hermano, un niño todavía, al que llamábamos "Cara Vieja". Nunca vi a su padre, pero conocía a la madre, mujer grande y fuerte de Najmishk o de más al norte. Estaban emparentados con la mujer de Tininisk, Leluwhachin y con su hermano Halimink, aunque no estoy seguro del grado de paren-

tesco[1]. El padre podría ser hermano, medio hermano o primo de Leluwhachin y Halimink. Ahnikin solía llamarme *Yain*[2], yo lo cuidé en una oportunidad en que estuvo enfermo y creyó morir, y desde entonces estaba convencido de que me debía la vida.

En la mañana del tercer día dejamos a Chauiyolh encargado del campamento y nos fuimos a explorar los alrededores. No hallamos más que rastros viejos del ganado, y al volver de noche nos encontramos con que Chauiyolh se había escapado con todas nuestras provisiones y mis municiones de reserva; en realidad, con todo lo que teníamos, excepto mi poncho de guanaco para dormir.

Ahnikin, Minkiyolh y yo no habíamos comido nada en todo el día; afortunadamente, encontramos un buho interesado por nuestro fuego, sobre una rama lo suficientemente cercana como para bajarlo con mi winchester. Estos buhos orejudos parecen muy grandes, pero son pura pluma, y uno solo de ellos no resultaba comida muy sustanciosa para tres hombres hambrientos; en fin, comimos lo que pudimos esa noche y a la mañana siguiente salimos temprano en busca de un guanaco, o uno de los animales desaparecidos. Aunque no había caído mucha nieve, el paraje era desolado y hasta los guanacos parecían haber huído. Los indios estuvieron de acuerdo en que Ahnikin debía seguir por la orilla de un arroyo y buscar un sitio apropiado para acampar, mientras que Minkiyolh y yo daríamos una vuelta por el valle en procura de cualquier especie de carne.

Ya regresábamos con las manos vacías y hambrientos, cuando nos encontramos con los rastros de un guanaco macho que seguimos un cierto trecho. Pasado un rato oímos delante de nosotros un leve crujido de ramas; entreví al animal le disparé y lo herí gravemente. Le hubiera disparado un segundo tiro pero Minkiyolh observó:

—Va en la dirección del campamento y no tardará en morir. ¿Para qué cargar con él?

El animal herido, sin embargo, pareció reanimarse y lanzándose

[1] Los onas pretendían a menudo tener un parentesco más cercano que el real, para demostrar sus sentimientos cordiales. La pluralidad de esposas traía como consecuencia la existencia de numerosos medios hermanos. Las relaciones de familia eran, por lo tanto, siempre complicadas y confusas.

[2] *Yain* quería decir mi padre. *Ain* (padre) no se usaba nunca solo, sino combinado, así como *yain, main* (su padre) *Yikwakain* o en forma abreviada *Yikwain* (nuestro padre) y *T-ain* (su padre). Madre se decía *Ahm* o *Kahm*, de ahí: Jahm, Mahm, Yikwakahm (o Yikwahm) y T-kahm. La inicial T correspondía al posesivo *su*, por ejemplo T-oli (su traje) T-hah (su arco) o T-kos (su cara). Esta última palabra era a menudo una exclamación usada por el interlocutor después de una pelea infantil o un argumento pueril: ¡Su cara!

cuesta abajo cruzó el Lasifharshaj, que tenía cerca de un metro de profundidad, treinta y seis metros de ancho y una fuerte correntada. Cuando trepaba la orilla opuesta le disparé el tiro que debí haberle pegado diez minutos antes, y luego, culpando a Minkiyolh de la huída del guanaco, le ordené que fuese a buscarlo.

Cerca de los bancos de la ribera, se había formado una fina capa de hielo, pero en medio del río la corriente era muy fuerte. Minkiyolh se despojó de su capa y cruzó vadeando, con el agua hasta la cintura, cogió al guanaco muerto por una pata y lo remolcó por el agua. Cuando llegó al centro del río, la corriente, demasiado fuerte, le obligó a soltar el guanaco, que se fué a la deriva río abajo.

No esperé a ver cómo se las arreglaba Minkiyolh y salí corriendo por el banco para no perder de vista al animal. Más adelante el río hacía una curva, pero todavía había un poco de claridad entre los árboles, así es que con la esperanza de atrapar mi presa, corté a través del istmo. Estaba ya oscuro, pero cuando llegué otra vez a la orilla, vi al guanaco venir flotando a gran velocidad muy cerca de la costa. Dejé mi rifle en el banco y entré en el agua con cuidado, porque el banco bajaba en fuerte declive. Desgraciadamente, el guanaco estaba todavía fuera de mi alcance, di otro paso más y agarré con una mano al animal, pero yo había dejado de hacer pie.

La corriente me llevó río abajo antes que yo pudiera nadar hasta hacer pie y arrastrar mi botín hasta la orilla. Cuando por fin lo conseguí, me encontré con toda la carne que quería, pero sin poder cocinarla. Tenía los fósforos y la ropa mojados; en ese bosque sombrío no podía distinguir, a una distancia de dos o tres kilómetros, dónde habían acampado mis compañeros. Me quité la ropa, la retorcí, volví a vestirme y fuí a buscar mi rifle. Luego abrí con mi cuchillo el guanaco y me comí una buena porción de sebo caliente.

Como caía una fuerte helada, era imprescindible que me mantuviera en movimiento; el borde de mi pantalón estaba ya duro, corté un trozo de carne de guanaco y me encaminé a buscar a mis compañeros, aunque tenía poca esperanza de encontrarlos. Al cabo de un rato vi, con gran alivio, una chispa de luz centellear en la oscuridad del bosque, al otro lado de una profunda quebrada. La crucé y encontré a mis dos amigos que se habían resignado a pasar la noche hambrientos, sentados alrededor de una magnífica fogata. Cuando vieron el pecho de guanaco que traía y mis manos manchadas de sangre demostraron gran alegría, encendieron una antorcha y corrieron a buscar el resto del animal, antes que lo encontraran los

zorros. Mientras tanto, yo me desnudé y casi me asé dando vueltas delante del fuego.

Muchos años han transcurrido desde aquella noche; pero cada vez que en el bosque veo brillar entre las ramas una luz distante, recuerdo la emoción que experimenté entonces, cuando, después de dos días de hambre, con las ropas heladas, divisé el alegre fuego de mis compañeros del otro lado de la profunda quebrada.

2

Unos tres días después encontramos al ganado perdido. Aquellos animales no habían visto seres humanos en más de dos años, y al vernos huyeron despavoridos por el bosque. Sabía yo por experiencia que un hombre a pie puede abatir aun el ganado más salvaje, si tiene la paciencia de seguirlo bastante tiempo, pues los animales necesitan detenerse a comer y en esa región desolada les lleva mucho tiempo encontrar un poco de comida.

Minkiyolh, que era un tipo errático, pronto se cansó de aquella tarea. Quejándose de enfermedad, se volvió al campamento de Harberton, mientras que Ahnikin y yo seguimos al ganado durante tres días y la mayor parte de tres noches; la poca nieve caída sobre el suelo nos alumbraba el camino. De ese modo no dimos tiempo al ganado para descansar ni para comer.

Una tarde, un toro joven, fastidiado por nuestra intervención, nos embistió de repente. Por suerte, había árboles que nos permitieron esquivarlo y pude dispararle a la paleta cuando pasó a mi lado. Por entonces ya estaba casi oscuro, así es que lo seguimos con mucho cuidado y pronto oímos ruidos que nos revelaron que estaba en sus últimos estertores y no necesitaba otra bala.

Ahnikin, que llevaba nuestros avíos —un par de mocasines de repuesto, un poco de carne de guanaco y algunas menudencias—, advirtió entonces que había perdido mi cuchillo; como tenía una cuchara de acero, frotamos un lado del mango sobre una piedra hasta que estuvo suficientemente afilado como para cuerear y carnear el toro. Después de hacerlo, colgamos la carne y la cubrimos con ramas para ponerla fuera del alcance de los zorros y los buitres, acampamos allí mismo y nos preparamos para comer rosbif y deliciosos trozos de grasa y de tripas.

Había caído a intervalos un poco de nieve y al día siguiente estaba el ganado a la vista, pero no podíamos arrearlo en la dirección que

hubiéramos deseado. Lo seguimos por un valle en el que abundaban los bosques, hasta que salimos a un pantano sobre el nivel de la selva. Allí había una espesa capa de nieve lo suficientemente dura como para sostenernos, pero el ganado se hundía continuamente, y gracias a esa circunstancia en poco tiempo conseguimos pasarlo. En un intento de evitar la derrota, los animales se volvieron hacia el bosque, siguiendo sus mismas huellas, y nosotros corrimos gritando detrás de ellos. La noche se había hecho muy tormentosa, soplaba viento del Sur y nevaba pesadamente. Encontramos un pequeño refugio debajo de una roca, donde hicimos fuego, y después de comer nuestro asado nos acostamos muy cerca uno de otro, envueltos en nuestros ponchos de guanaco y nos dormimos. A la mañana siguiente había más de sesenta centímetros de nieve y seguía nevando, aunque el viento había cesado. Las ramas de los árboles se doblegaban bajo el peso de la nieve y las huellas del ganado habían desaparecido.

Llegamos a un lugar por donde Ahnikin estaba seguro de que el ganado había pasado para entrar en el bosque. Para mí era todo un mundo blanco, de bosques impenetrables, sin ningún mojón a la vista. Ahnikin avanzaba golpeando con un palo las ramas chicas para que se enderezaran y dejaran caer su carga de nieve, que de otra forma hubiera caído sobre él.

A veces se detenía para elegir entre dos claros del bosque; el ganado podía haber tomado por cualquiera de los dos. Al cabo de un rato señaló una rama quebrada; al examinarla comprobamos que tenía adheridos algunos pelos de vacuno. Esto ocurrió dos o tres veces y después de haber caminado más de un kilómetro y medio llegamos a la orilla del río, donde encontramos al ganado hambriento buscando un poco de comida. Era asombroso cómo Ahnikin había seguido el rastro.

Los animales parecieron entender que ya estaban vencidos, y esa misma tarde pudimos hacerlos entrar al terreno cercado y juntarlos con una tropa de ganado manso que habíamos dejado allí cerca con esa intención. Llegamos a la finca alrededor de medianoche.

He realizado muchas excursiones similares, pero me he detenido a relatar ésta, para demostrar cómo el raciocinio del hombre es capaz de vencer al instinto del animal. Ello ha servido además para dar una idea de la región montañosa situada detrás de Harberton y para proporcionar algunos datos sobre el carácter de dos onas, que serán mencionados a menudo en las páginas siguientes.

3

Hacia fines de noviembre de 1899 salí de Harberton en expedición a través de la Tierra del Fuego, desde el canal de Beagle hasta Río Grande, con un recorrido de unos noventa kilómetros. Iban conmigo siete indios onas dispuestos a seguirme hasta donde yo quisiera. Eran Ahnikin, Minkiyolh (no muy bien recibido, pero que no quiso quedarse atrás), el nervioso Halimink, Kankoat el bromista, y otros tres, uno de los cuales se llamaba Puppup. Este Puppup era un indio de las montañas, hermano de Chalshoat y primo de Talimeoat, el cazador de pájaros de Shilan; medía casi un metro ochenta, era simpático, de buenos modales y poseía algunos poderes mágicos que, según decía, sólo usaba para aliviar sufrimientos. Su tez era muy pálida para un ona y él realzaba todavía esa particularidad aplicándose más cal y cenizas blancas de lo que era común entre su gente.

Mis compañeros llevaban sus aljabas de cuero de foca llenas de flechas y yo mi winchester y una buena provisión de municiones. En general yo vestía camisa, pantalón y mocasines de piel de guanaco rellenos de hierba suave, y el gorro cónico de los onas, de piel azul grisácea sacada de la cabeza del guanaco. En esta excursión, como tenía la intención de llegar hasta la región civilizada del otro lado de la isla, cambié mi cubrecabeza por una gorra más convencional y me puse una chaqueta encima de la camisa, aunque cubría el conjunto con la capa de piel típica de los indios. Llevamos también una pequeña olla y varios jarros de estaño, algunas cucharas de hierro y un poco de arroz, azúcar, café, sal y galleta.

Al principio seguimos el mismo camino que habíamos tomado en el viaje con mis hermanos y Slim Jim; después de un trecho nos desviamos hacia el este a través de un macizo de montañas. El camino era más corto, pero difícil; no me sorprendí cuando los indios me dijeron que en algunos trechos tenían que llevar alzados sus perros para seguir adelante. Llegados a un valle extenso, por la falda norte de las montañas, donde comenzaba el bosque alto, acampamos para pasar la noche.

Creo que mis compañeros siguieron ese camino con la esperanza de encontrar guanacos, pero la ausencia de estos animales combinada con las huellas de perros que hallaron los convencieron de que alguien había merodeado por la vecindad; esa noche discutieron animadamente sobre quiénes podrían ser los cazadores. A la mañana siguiente

salimos temprano y caminamos cautelosamente por el bosque; pronto los indios observaron ciertos signos, que yo no advertí; no se distinguía ninguna huella humana; tan escasas eran las señales y tan prudente nuestra marcha, que empecé a pensar si mis compañeros no estarían buscando una excusa para volver al lado de sus familias en Harberton y querían acobardarme con ficticias alarmas. Ya estaba casi convencido de ello, cuando un indio señaló un ganso colgado de un árbol y cubierto de ramas. Ahora estábamos seguros de que, quienquiera fuese el cazador, volvería a buscarlo; mis compañeros redoblaron sus precauciones.

Puppup iba delante y los demás lo seguíamos en fila india andando de puntillas, distanciados uno de otro, unos tres metros. De repente, nuestro conductor se paró en seco y nos detuvo con un ligero movimiento de la mano; todos nos quedamos suspensos en nuestro sitio, escuchando atentamente. Otra persona, sin embargo, tenía el oído tan agudo y el andar tan silencioso como los nuestros, porque después de unos instantes, oímos una voz ronca, muy alterada, que gritó en ona:

—¿Quién es? Conteste pronto.

El joven Ahnikin reconoció la voz; pertenecía a un hombre del clan de Najmishk, con quien estaba en buenas relaciones, de modo que contestó en seguida y dijo que Lanushwaiwa [1] estaba con él; después, me indicó que lo siguiera y avanzamos. Muy cerca de nosotros, escondidos detrás de unos espesos arbustos de hayas, había unos diez u once hombres; cuando los vimos estaban dispersos, restituyendo los arcos con sus aljabas y arreglando sus mantos. A algunos los conocía, otros me eran extraños. Uno de estos últimos, llamado Shijyolh, un hombre grueso y de mediana estatura envuelto elegantemente en una capa de piel de zorro, me observaba, mientras hablaba con sus compañeros, con la tímida curiosidad de un niño; supe después que era la primera vez que veía un blanco tan de cerca y se sentía intimidado.

Después de una conversación amistosa, durante la cual Ahnikin les nombró a los otros hombres de nuestro grupo, seguimos viaje rápidamente en dirección norte hasta alcanzar al sudeste de Heuhupen, la meseta que, según la tradición ona, había sido antes una bruja. Había allí un lugar separado, de cuatro áreas de extensión, cubierto

[1] Uno de los nombres que me daban los onas. Es una corrupción ona del vocablo yagán que significa: El hombre de la ensenada del Pájaro Carpintero. Me llamaban también Khueihei (obstinado o persuasivo, según las circunstancias); y después que perdí un dedo en 1908, Goöiyin o Whash Terrh Komn (El zorro de las montañas que perdió una garra). Tenía otros sobrenombres, algunos elogiosos, otros despectivos.

de espesa hierba, atravesado por un arroyo y rodeado por escarpadas colinas de ininterrumpidos bosques. A la orilla de esta pradera, se hallaba el campamento ona, repleto de mujeres, niños y perros. Tenían carne en abundancia y pronto pusieron a cocinar para nosotros trozos escogidos. Nosotros, en retribución, cocinamos en nuestra olla arroz con azúcar en cantidad suficiente como para que todos lo probaran.

No parecía haber ningún hombre importante en aquel grupo, ya que Te-ilh, el padre de aquel Chauiyolh que huyó con nuestras provisiones, estaba ausente. Yo me dediqué a conversar con Shijyolh y lamenté que debiéramos tener que continuar la marcha una vez terminada la comida.

Al día siguiente seguimos el curso del río Ewan hacia la costa del Atlántico. Habíamos andado un trecho cuando oímos el agudo ladrido de un perro, prontamente reprimido. Nos quedamos inmóviles y silenciosos durante un rato, luego con sumo cuidado avanzamos hacia el lugar de donde provino el ladrido. No encontramos a nadie, ni perro ni personas, y Halimink y los demás indios opinaron que habíamos sido avistados por indios que querían evitarnos, por lo cual continuamos nuestro camino.

Durante todo el día seguimos el curso del río Ewan y acampamos cerca del océano Atlántico. A la mañana siguiente vadeamos el río en su desembocadura. No fué empresa fácil: aunque tranquilo y con poca corriente, el río estaba muy crecido. Ningún ona sabía nadar; Ahnikin y Halimink eran bastante más bajos que cualquiera de nosotros y ni siquiera Kankoat hubiera podido vadearlo sin ayuda. Ninguno de los tres hacía pie, pero tomándonos de los hombros pasamos todos felizmente. La marea demasiado alta impedía pasar por la playa debajo de los peñascos del Ewan, imponente formación de arenisca como nunca había visto anteriormente. Seguimos un trecho aguas arriba y después de trepar por una colina escarpada cruzamos una magnífica pradera y nos acercamos otra vez a la costa. Allí encontramos una playa de ripio de unos nueve kilómetros de largo. En aguas bajas la marea, que entre la bajante y la creciente tiene una diferencia de más de nueve metros, (cinco veces más que en Harberton) se retira aproximadamente kilómetro y medio y descubre un terreno llano de arenisca. Justamente encima de la marca de la marea alta, en esta playa de arenisca, se levanta un banco escarpado de una altura aproximada de nueve metros, a través del cual algunos pequeños arroyos se han abierto camino.

Detrás de la playa se divisaba una cadena de acantilados más altos, terminada por los llamados Najmishk, en cuyas cercanías Capelo, el

renegado, se había fortificado contra un probable ataque que nunca se produjo.

Cerca de la parte superior del banco crecen frondosos bosques bajos; para evitarlos caminamos alrededor de medio kilómetro desde la playa y encontramos un angosto sendero de unos cinco kilómetros y medio de largo que corre paralelo a la costa. Este camino natural se llama *Shaiwaal*, y más adelante conoceremos la leyenda ona sobre sus orígenes. Seguimos andando por Shaiwaal, y al llegar al pie de Najmishk encontramos las señales de un campamento que parecía haber sido levantado a toda prisa. Temiendo una emboscada, volvimos a la playa, que atravesamos, gracias a la marea baja, al pie de acantilados de más de noventa metros de alto.

Hay en esa playa grandes peñas de una substancia más dura que el resto de la piedra arenisca de donde se han desprendido, y en los charcos que deja la marea las mujeres onas atrapan cantidad de grandes peces sin escamas llamados *dahapi*, validas de pequeños arpones con los cuales los hieren en la cabeza, pues los *dahapis* siempre hacen frente al agresor.

Más allá de Najmishk cruzamos un arroyo, seguimos luego un acantilado extenso y más bajo llamado Waken, vadeamos todavía otro arroyo y nos alejamos por fin de la playa por un hermoso valle de césped, la extensión más grande de campo llano que he visto; salvo algunas lagunas de poca profundidad, era una inmensa pradera que yo, en mi imaginación, veía poblada de ganado vacuno y caballar, pues la tierra parecía demasiado húmeda para el lanar.

Cinco kilómetros más adelante el llano terminaba en colinas bajas cubiertas de pequeñas hayas antárticas que avanzaban hacia la costa. Bordeamos esta saliente de monte y a una distancia de tres kilómetros vimos dos casitas de troncos con techo de cinc, situadas en medio de un montecillo que dominaba el panorama. Era el destacamento de policía de Río Fuego, la más lejana avanzada de civilización en dirección sur, distante siete leguas del establecimiento de Río Grande.

Caminábamos rápidamente, con el bosque a poca distancia a nuestra izquierda, y cuando nos hallábamos a poco más de medio kilómetro del destacamento, observamos una gran agitación; un grupo de unos diez policías se estaban armando con rifles y cartuchos. Dije a mis compañeros que se sentaran, les dejé mi rifle y me acerqué solo al grupo. Dado mi aspecto de vagabundo temía ser mal recibido, y para ponerme a cubierto saqué a relucir una carta de presentación que Despard me había dado para el jefe de policía del distrito, señor Pessoli, a quien había conocido en Ushuaia. Llegué a la choza, me

adelanté hacia el sargento, le dije mi nombre, que él ya conocía, y le entregué la carta.

Sin perder la dignidad propia de un representante del gobierno en esta frontera aislada, el sargento estuvo muy amable conmigo. Después de charlar un rato me dijo que mis compañeros onas podían acampar en un bosque cercano, siempre que depositaran sus armas en el edificio de la policía hasta que partieran nuevamente; pero al asegurarle yo que eran viejos amigos, dignos de toda confianza, no insistió sobre este punto.

Éramos el primer conjunto civilizado, si así puede llamarse, que cruzaba "la tierra de nadie", directamente desde el canal de Beagle. Algunos mineros habían pasado ocasionalmente por la costa, pero desde que el desventurado grupo San Martín y uno o dos hombres más no regresaron, estas expediciones no se habían vuelto a realizar. Las visitas al destacamento eran, pues, raras y los policías nos acogieron con entusiasmo y nos obsequiaron con buenas comidas, restadas a sus modestas raciones.

El sargento me propuso acompañarme al día siguiente hasta el establecimiento La Primera Argentina, al sur de Río Grande, una de las dos grandes estancias situadas, a cada lado del río, que poseía allí Don José Menéndez. El establecimiento del lado norte del río se llamaba La Segunda Argentina, era el más pequeño de los dos y estaba administrado entonces por Don José Menéndez Behety (Behety por su madre), conocido por Josecito. Éste, que era el segundo de los hijos del enérgico y previsor Don José, había sido enviado por su padre, siendo muy joven, algunos años a Australia para estudiar la cría de ovejas. La experiencia adquirida, junto con su propia energía, lo capacitaron para dirigir más adelante los grandes establecimientos que esa notable familia adquirió y aun posee en Tierra del Fuego y en otras partes.

El administrador de la otra estancia, La Primera Argentina, era llamado "El Rey de Río Grande", y por razones que comprenderán más adelante, no lo mencionaré por su verdadero nombre, lo llamaré McInch. Era un escocés inescrupuloso y dado a la bebida, cuyas tentativas de iniciar la cría de ovejas al norte de Tierra del Fuego se habían visto muy comprometidas por las depredaciones de los indios; como consecuencia, era su enemigo declarado y tenaz. Su manera de tratarlos no era aprobada por su patrón, ni por Josecito; pero su predecesor, que había ensayado métodos suaves, fracasó y se vió obligado a retirarse.

La principal intención del sargento en nuestra proyectada excursión

a Río Grande era presentarme a McInch, a quien yo no conocía. Con esta idea me miró de arriba abajo y pronosticó que si lo veían en el puesto acompañado por semejante fantasma del bosque correrían rumores por toda la comarca de que había capturado a un matón criminal. Nunca en mi vida me había afeitado. ¿Por qué había de hacerlo? Mi padre nunca lo hizo y yo ni siquiera lo había pensado. Sin embargo, para complacer al sargento me sometí y me dejé afeitar por el barbero de la policía.

Nunca olvidaré esa terrible prueba; tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no interrumpir la operación cuando estaba a medias. La idea de que un extraño anduviera con una navaja tan cerca de mi yugular me llenaba de terror. No obstante conseguí sobreponerme, gracias a un supremo esfuerzo y luego afronté los riesgos menores de un corte de cabello. Mi cabeza y mi cara estaban ya irreprochables. No contento con esto, el buen sargento tuvo otra preocupación: mis mocasines. Como no había vigilantes londinenses en el puesto, era inútil probar ni aun los números más grandes de las botas reglamentarias que cualquiera de los vigilantes me habría prestado con todo gusto, pero al sargento se le ocurrió otra idea. Un enorme minero austríaco, contratado para desaguar un pantano de las cercanías, debía seguramente tener un par de botas que yo pudiera usar. Aunque esta idea no me hacía feliz, sabiendo cómo me incomodarían las botas después de haber usado mocasines, consentí para complacer al sargento.

A la mañana siguiente los policías nos convidaron a todos con café; recomendé a mis compañeros onas que trataran de cazar un guanaco para compensar el déficit que seguramente provocaríamos en la despensa de nuestros anfitriones y salí con el sargento y uno de sus hombres para La Primera Argentina. Me dieron un espléndido caballo de *sobrepaso* o *pasuco*, un andar mucho más descansado que el de nuestros caballitos de las montañas. Como nunca había andado más de treinta kilómetros seguidos sin encontrar obstáculos que vencer, el largo viaje me pareció monótono. Afortunadamente, el gigante austríaco había mudado su campamento y pude seguir usando mi cómodo calzado.

Para mal del sargento, que estaba deseando exhibir la presa que había capturado, McInch no estaba en la estancia, aunque pude recorrerla. Tenía solamente siete casas o galpones de cinc, pero el galpón de esquilar era el mejor que había visto hasta entonces. Almorzamos allí y después galopamos de vuelta hasta el destacamento de policía en Río Fuego.

A mi llegada tuve la alegría de comprobar que mis amigos habían satisfecho mi pedido. No necesitaron alejarse mucho para que el genial Kankoat abatiera un guanaco con un golpe certero de flecha, provocando admiración y sorpresa en los de la policía, que habían cazado en los alrededores con perros y rifles hasta que el guanaco se hizo escaso y arisco.

Abandonamos Río Fuego al amanecer del día siguiente. Como nuestro itinerario en las primeras veinticuatro horas costeaba la playa, el sargento me propuso mandar a mis compañeros delante y alcanzarlos yo luego a caballo con un pelotón que regresaría con las cabalgaduras; pero en mi trato con los onas sostuve siempre principios comunistas, que me impidieron aceptar tan tentador ofrecimiento.

En el viaje de vuelta, aunque yo marchaba a la par de mis compañeros, ellos iban tan de prisa que casi me dejaron sin piernas; sin embargo, debo decir que nunca tuvieron que esperarme. Resolvimos volver a Harberton por un camino distinto, que nos conduciría a una montaña cónica llamada No-kake, separada, lo mismo que Heuhupen, de la cadena de montañas. Mis compañeros se detenían a explorar, pues no comprendían por qué motivo los otros aborígenes trataban de evitarnos. También dificultaban nuestro avance las desigualdades del terreno reseco y minado por los tucu-tucu y los matorrales de los valles húmedos. Todo esto cambió cuando llegamos a la región montañosa.

Durante la tarde del segundo día, notamos huellas que fueron motivo de discusión entre Halimink y los demás indios, pero por la mañana siguiente, al ascender a una meseta, se aclaró el misterio. Allí las huellas estaban más marcadas y hasta yo podía verlas; bajaban la montaña, en dirección opuesta a la nuestra, parecían de mocasines de ona y tener ya una semana de antigüedad. A juzgar por los trancos y saltos, el hombre que las había impreso debió haber sido perseguido por el diablo en persona. Mis amigos, con su aptitud de rastreadores, pronto convinieron en que eran de Shaiyutlh (Musgo Blanco), un hermano o primo de Shijyolh, el hombre de la piel de zorro que con tanta curiosidad me había observado.

Shaiyutlh estaba en Harberton en el momento de nuestra partida y mis compañeros dedujeron que al ver salir a un grupo de personas armadas que no pertenecían a su propio clan, que era el de Najmishk, se había encaminado con toda rapidez en dirección norte por otro rumbo para prevenir a su gente de la sangrienta expedición que se dirigía contra ellos.

Esta ingeniosa deducción resultó exacta. Shaiyutlh se condujo tal

cual mis amigos pensaban: mientras corría por fachinales y pantanos su imaginación nos había atribuído los planes más sanguinarios, era así lógico que hubiésemos sido evitados por todas las personas que de otro modo debíamos haber encontrado; no hay duda de que constantemente fueron espiados nuestros movimientos Fué una suerte que Shaiyutlh eligiera la huella este; si no, no habríamos tenido ni siquiera ese interesante encuentro en el bosque con Shijyolh y sus amigos. Cuando se conoció la verdad, todos lo echaron a la broma y rieron de buena gana, hasta el mismo propalador de la infundada alarma.

Plenamente tranquilizados, Halimink, Kankoat, Puppup y los demás, emprendidos el viaje de regreso. Hacia mediodía llegamos al desfiladero más elevado que debíamos cruzar en nuestro viaje de vuelta; eran rocas desnudas con montes de nieve a un nivel mucho más alto que el que alcanzan los árboles. Vimos a un guanaco avanzar muy confiado en dirección nuestra, gozando sin duda de la seguridad que le infundía horizonte tan amplio. Teníamos muchas ganas de llevar un poco de carne de vuelta a Harberton, así es que, escondidos detrás de un macizo de rocas por donde era probable que el guanaco pasara, quedamos a la espera.

Me pareció que no había transcurrido más de un minuto cuando fuí sorprendido por una explosión; Puppup me estaba sacudiendo para despertarme y me apremiaba para que tirase contra el guanaco antes que escapara. Me había quedado dormido tan pronto como me senté. El guanaco había dado media vuelta antes de llegar a una distancia de tiro de flecha del lugar donde estábamos escondidos, y Minkiyolh, queriendo distinguirse de los otros, había tomado mi rifle y había disparado. Puppup, que no tenía confianza en la puntería de su paisano, había intentado despertarme, pero mientras el indio apuntaba para un segundo tiro y yo trataba de despabilarme, el animal cayó entre las rocas y exhaló su último suspiro.

Pronto nos pusimos en marcha no sin antes haber comido unos trozos de sebo crudos, al lado del animal abatido; según la costumbre ona, los indios, pensando en sus familias con las que se reunirían al día siguiente en Harberton, no dejaron nada para los buitres.

Esa tarde pasamos por el extremo este del lago, cerca del sitio donde mis hermanos y yo habíamos acampado aquella noche de tormenta, muchos años antes, cuando intentamos por primera vez atravesar la tierra ona. En ese lago hay dos o tres islotes donde las gaviotas vienen a depositar sus huevos y empollarlos. Si no había en el lago peces que valieran la pena, las abnegadas madres volaban dieciocho kilómetros hasta el mar, se llenaban el buche y volvían a

desembuchar el alimento en el pico de los voraces pichones. No lejos del lago, posadas sobre unos árboles desparramados, encontramos tres o cuatro águilas; gran cantidad de huesos y de plumas de gaviotas atestiguaban el festín que se habían dado cuando esas madres volvían fatigadas a alimentar a sus pequeñuelos.

Llegamos a Harberton al día siguiente. ¡Qué buen recibimiento me hizo mi madre! A ella siempre le parecía que yo estaba o cansado, o pálido, o delgado, o las tres cosas a la vez. Esas expediciones indudablemente me hacían adelgazar, pero yo comprendía ahora que era una locura comer con demasiada avidez a la vuelta para resarcirse de las privaciones del viaje y sabía moderar mi apetito antes de llegar al hartazgo.

CAPÍTULO XXVIII

KANKOAT REALIZA UNA HAZAÑA. ME VENGO DE ÉL. MINKIYOLH, EL HIJO DE KAUSHEL, SE VUELVE LOCO. ESTUDIO MAGIA BAJO LA TUTELA DE TININISK Y OTRHSHOÖLH. NO ME DECIDO A HACERME CURANDERO.

I

Mi viaje a la costa atlántica fué seguido por un período feliz y sin aventuras, durante el cual se estrecharon, aún más, nuestras relaciones con los onas. Tuvimos, es cierto, muchas desavenencias pueriles, pero ellas fueron muy interesantes para mí, porque me revelaron claramente la evolución mental que sufrían esos cerebros primitivos. Tuve oportunidad de apreciar su agudo y peculiar sentido del humor; Kankoat era el bromista por excelencia.

Una mañana temprano salimos Kankoat y yo a cazar en los bosques de la montaña llamada No Top.[1] Ascendimos lentamente un kilómetro y medio hasta llegar a la cima, donde montones de nieve se derretían bajo los rayos solares; luego comenzamos a descender por la ladera norte. Allí, sobre un banco cubierto de vegetación, cercano al deslinde del bosque, descubrimos a dos guanacos machos bien crecidos. Maté a los dos.

Kushhalimink, aquel enorme indio de formidable pecho que quiso llevarme consigo cuando Kaushel y su grupo hicieron su primera visita a Cambaceres, tenía fama de ser tan haragán que cuando mataba un guanaco, por grande que fuera, ni siquiera lo abría, sino que prefería llevarlo entero a su casa para que su mujer lo cuereara y lo cortara. Otros onas menos indolentes realizaban ellos mismos esa tarea; era justamente lo que Kankoat se disponía a hacer, mientras yo iba por leña al matorral para asar las partes internas conocidas con el nombre de achuras.

Los onas, salvo cuando tienen mucha prisa, dividen a los guanacos en esta forma: el pecho del animal, la porción del cazador, se saca primero, en seguida los costillares, cada uno con su paleta y su pata delantera correspondiente y uno con el pescuezo adherido. Luego

[1] Sin punta.

una de las patas traseras es cortada como un jamón, quedando la otra unida al tronco, el cual se separa del pescuezo a la altura de la segunda costilla; ésta es la porción más pesada. El animal queda así dividido en *cinco* partes sin contar el pecho. La segunda parte en cuanto al peso es la porción de la cabeza junto con el cogote y el espinazo.

Si el ona necesita transportar la carne a cierta distancia, cuidadosamente la envuelve y ata con un tiento de cuero delgado llamado *moji*, que el cazador lleva siempre consigo, haciendo un nudo algo parecido al que conocen los exploradores como *pierna de carnero*; los extremos se enrollan al paquete a más de sesenta centímetros de distancia. El largo del centro, sin embargo, en lugar de tener atravesadas tres pasadas de cuero, como en el nudo *pierna de carnero*, puede tener cualquier número impar, 15 o más, según el largo de la cuerda. Ésta cruza el pecho del hombre, pasa sobre sus hombros y lo aprisiona como una red. El fardo descansa sobre las caderas, lo que obliga a andar con el cuerpo inclinado hacia adelante, pero tiene la ventaja, cuando se trasladan grandes pesos a larga distancia, de que cansa solamente las piernas y no todo el cuerpo, como sucedería si el peso fuera sobre los hombros.

Yo pensaba que Kankoat se proponía llevar la carne monte abajo hasta encontrar unos árboles donde colgarla suficientemente alta como para que estuviera fuera del alcance de los zorros, y luego volver con algunas porciones a nuestro campamento. Me sorprendió pues al ver que Kankoat, después de terminar de cortar los dos guanacos, juntó hasta el último pedazo de carne, los cueros, la sangre [1] y hasta las patas, y acomodó todo en dos enormes fardos en la forma ya descripta. Cuando terminó su tarea, no quedaba en el suelo ni siquiera la ración de carne suficiente para alimentar un ratón.

En Tierra del Fuego un guanaco adulto proporciona más de cien kilos de carne y hueso, así es que con las pieles, las morcillas y otras partes del animal cada uno de nuestros paquetes pesaba bastante más que eso. Elegí el que parecía más chico y acostándome de espaldas sobre él tiré fuertemente del *moji* acomodándolo sobre los hombros; luego con un gran esfuerzo giré hasta ponerme boca abajo sobre la hierba. Inmediatamente, apoyándome sobre las rodillas y sobre

[1] Cuando el animal muere baleado y se lo vacía sacándole el estómago, los intestinos, el corazón, etc., queda siempre mucha sangre en el interior de la res. Los onas la recoglan con las manos y la volcaban en las tripas, que luego ataban fuertemente por sus extremos. Como los onas no tenían utensilios para hervir agua, asaban estas morcillas, que de este modo resultaban muy apetitosas.

las manos me enderecé, y usando el rifle (con el cañón hacia abajo) como bastón, conseguí ponerme de pie. Kankoat se había incorporado aproximadamente de la misma manera, pero con gran asombro mío, en lugar de echar a andar hacia abajo en dirección al bosque, dió la vuelta y se encaminó hacia la montaña, en dirección a nuestro campamento.

Durante mucho tiempo yo había hecho todo lo posible para probar a mis amigos indios que para trabajar en las tareas que les eran propias era yo tan fuerte como ellos. De modo que no me detuve a preguntar a Kankoat por qué tomaba esa dirección, sino que lo seguí tozudamente, aunque con lentitud. Kankoat era quince centímetros más bajo que yo y no pesaba seguramente más de ochenta kilos, mientras que yo era por lo menos quince kilos más pesado; no obstante estar yo bien ejercitado en aquel entonces, después de avanzar penosamente más de un kilómetro, me declaré vencido. Viendo una roca apropiada, del tamaño de una mesa, donde descargar mi paquete sin echarme al suelo, conseguí articular:

—¿Por qué tanta prisa? Descansemos un poco sobre esta roca.

Kankoat accedió a mi pedido. Comprendiendo que no podría soportar otra marcha como la que acababa de realizar, propuse dejar una porción de carne para los zorros, y Kankoat me aconsejó dejar la parte del pescuezo, que era casi todo hueso y pesaba como veinticinco kilos. Saqué esa porción y la dejé sobre la roca, y luego de atar de nuevo el paquete, me preparé a seguir. Kankoat me propuso que tomara la delantera; así lo hice, ya bastante aliviado por la reducción de mi carga. Al cabo de un rato miré hacia atrás, y vi a mi compañero a una buena distancia, encorvado bajo su carga; confieso que me produjo una indigna satisfacción pensar que si bien no podía igualarlo, por lo menos no era tan inferior.

En cuanto llegué al bosque y encontré árboles adecuados para colgar la carne, tiré la carga y esperé a Kankoat. No tardó en llegar. Mientras acostado sobre su carga se quitaba el *moji* de los hombros, dijo:

—Tengo la espalda rota.

Al desatar su paquete noté que contenía el pedazo de carne que yo había dejado sobre la roca; había recorrido más de un kilómetro y medio sobre tierra barrosa y escabrosos pedregales con una carga de más de ciento cuarenta kilos.

Tales bromas gastaba Kankoat.

2

Kankoat dió nuevas pruebas de su inalterable buen humor. En otra oportunidad trabajábamos con él y otros onas, entre los cuales se hallaba Chalshoat, aquel indio fuerte, pesado y tonto que fué llevado a Ushuaia después de la muerte de Capelo y que luego había recobrado su libertad. Estábamos ocupados en quitar del sendero los árboles caídos; se hacía tarde y me di cuenta de que mis compañeros querían descansar. Cuando clavamos, al fin, nuestras hachas en los leños y nos disponíamos a volver a casa, el alegre Kankoat dijo a los otros algo en broma que no pude entender. Rieron los demás indios, y puestos evidentemente de acuerdo, echaron a correr a esa velocidad que los onas pueden mantener indefinidamente. Intentaban seguir así todo el camino de regreso, escalando las lomas y vadeando los valles; estaban seguros de que yo llegaría el último.

No queriendo darme por vencido desde el principio, corrí junto a ellos; luego cambié de idea: simulé fatiga y aminoré la marcha. Uno tras otro me fueron pasando sin ocultar su alegría. Chalshoat, que iba a la retaguardia, mostró su sonrisa de consentida superioridad cuando pasó a mi lado.

Yo conocía esa tierra, que era la mía más que la de ellos mismos, y sabía que a la izquierda de nuestro tortuoso camino había un bajío pantanoso y que cortando por ese lugar, se reducía considerablemente la distancia.

Yo seguí a Chalshoat sin perderlo de vista hasta llegar a una cañada que me indicó que había llegado el momento de abandonar el camino. Después de atravesar cincuenta metros entre matorrales me alejé de la zona pantanosa corriendo con todas mis fuerzas. Resultaba tarea penosa correr esos cuatrocientos cincuenta metros teniendo que subir luego por una colina arbolada a la orilla de la cual pasaba nuestro camino. Me tiré al suelo para recuperar el aliento y cuando oí los pasos de mis amigos los indios, que venían corriendo con Kankoat a la cabeza, me puse a roncar. Cuando Kankoat me sacudió fingí despertar sobresaltado. Me senté y restregándome los ojos, le dije bostezando:

—¿Por qué me han hecho esperar tanto rato? Me he quedado dormido.

Kankoat lanzó un gruñido. Esta vez era él quien debía aguantar la broma.

3

Kaushel, aquel magnífico anciano, murió finalmente tal como lo había predicho el doctor Cook. Antes de su enfermedad, fué el único hombre sano que gozó de sustento en Harberton sin trabajar en cambio. Su hija, Kiliutah murió también, de tuberculosis a la cadera, según fué diagnosticado. Al morir de hidrofobia Kiyotimink, el hijo mayor, su joven viuda llamada Halchic tomó por esposo a Kankoat, quien a su vez era viudo.

Minkiyolh, el segundo hijo del finado, aquel que observaba tan extraña conducta, se había casado con una hermosa muchacha llamada Yohmsh, hermana de Halchic. Minkiyolh, se había transformado en un apuesto muchacho, tenía alrededor de un metro ochenta de estatura. No era muy inclinado al trabajo a pesar de su afición por aprender y su entusiasmo por el estudio de la nigromancía; estaba orgulloso de su heroico aunque modesto padre y no podía comprender por qué viviendo en Harberton, tenía que trabajar para su sustento, allí donde sus padres habían recibido alimentación gratuita. Tal vez por tratarse de Minkiyolh y ser hijo de Kaushel proporcionamos una casita a la joven pareja. Ellos guardaban allí sus provisiones y sólo vivían en ella en épocas de fuertes lluvias. Habitualmente se refugiaban detrás de los cobertizos, al igual que sus antecesores.

Ya hacía dos meses que se habían casado, cuando Minkiyolh comenzó a proceder en forma más extraña de lo habitual, y no tardó en correr la voz de que estaba embrujado. Profería salvajes gritos y fijaba su mirada aterrorizada en algún extraño objeto que nadie podía distinguir. En una noche de tormenta, después de uno de sus ataques, se irguió de golpe, salió afuera completamente desnudo y sin calzar sus mocasines, y corrió un largo trecho antes que pudieran atraparlo los amigos que lo perseguían; luego cayó desvanecido y así fué llevado a su casa. Yo estaba casi seguro de que él actuaba en esa forma sólo para llamar la atención y crearse fama de hechicero.

Un día llegó a casa en Harberton, diciendo que estaba hambriento y quería trabajar; le dimos de comer y luego le mandé cortar leña para el fuego. Ya anochecía cuando pasé cerca del lugar; del obscuro refugio partió un grito salvaje. Miré alrededor, y de pronto vi a Minkiyolh que con todas sus fuerzas lanzaba hacia mí su hacha. Afortunadamente, sólo me golpeó con el mango; en seguida el indio se abalanzó sobre mí, luchamos y ambos rodamos por el suelo. El pe-

saba menos que yo, pero poseía la fuerza que da la locura, y amagaba peligrosas dentelladas. Conseguí desprenderme de él en tanto llegaban algunos indios para socorrerme. Lo atamos de pies y manos, y de repente el indio, debilitado, se quedó quieto y hasta aparentó estar dormido. Durante la lucha él no se había lastimado, mas yo no tuve igual suerte, pues, me disloqué el dedo pulgar; con torpes esfuerzos pretendí colocarlo en su sitio, lo conseguí atándolo con una soga a una viga del techo de la leñera y tirando bruscamente, pero aún hoy me molesta algo.

Despard, Will y yo discutimos sobre lo que debía hacerse con esa carga. No podíamos, naturalmente, tenerlo atado durante el resto de su vida, ni tampoco matarlo, aunque eso hubiera sido una solución. La única alternativa era dejarlo en libertad, hasta que pudiéramos deshacernos de él en alguna otra forma. Nos enteramos de que un barco de transporte, el *Santa Cruz*, estaba cargando madera en el aserradero recientemente establecido en Ukukaia [1] a unos veintiún kilómetros hacia occidente, y pensamos que si era posible alcanzarlo antes que zarpase, tal vez quisiera su amable capitán Mascarelo llevarse al indio para internarlo en un asilo en Buenos Aires. En consecuencia libramos a Minkiyolh de sus ataduras, lo colocamos en un bote y lo trasladamos hasta el aserradero. Will se hizo cargo de él y nos contó que Minkiyolh durmió durante todo el viaje. El capitán Mascarelo lo embarcó en el transporte rumbo a Buenos Aires.

Unos meses después estaba de vuelta el transporte con Minkiyolh. Los médicos argentinos que lo reconocieron lo hallaron en estado normal. El capitán Mascarelo nos contó que se había portado bien durante toda la travesía, y es probable que él y los médicos opinaran que era uno de esos casos en que "es más el ruido que las nueces".

Cuando Minkiyolh regresó a Harberton, estaba mucho más comunicativo que antes y se jactaba ante los indios de sus aventuras y de las maravillas que había visto en la capital. Simulaba leer un diario en español y sosteniéndolo muchas veces al revés traducía para el auditorio ona textos imaginarios. En sus narraciones mencionaba con frecuencia su amistad con el presidente de la República y los indios se enteraron de que había sido elegido jefe de ellos, y sólo gracias a su intervención el presidente les había permitido comer carne de guanaco; al oír esta información uno de los veteranos aseguró que si él veía la marca del presidente en la oreja de un guanaco, se abstendría de matarlo.

[1] Ahora Puerto Almirante Brown.

No obstante estas extravagancias, a Minkiyolh pareció haber aprovechado su estada en Buenos Aires; se sentía mucho más inclinado a trabajar, hacía vida tranquila de hogar al lado de Yohmsh y su conducta ya no provocó recelos. Más adelante tomó una segunda esposa, Ohmchen (Peine), la hermana menor de Yohmsh y con el correr del tiempo echamos al olvido el asunto del hacha y otros incidentes de su vida pasada.

4

Tininisk, el curandero que había raptado al nieto de Kankoat, nos visitaba con frecuencia en Harberton. Siendo un *joön* célebre, prefería cantar o instruirnos en antiguas creencias, a trabajar duro. Yo siempre escuchaba con el debido respeto sus leyendas y doctrinas, pero le decía abiertamente, a él y a los otros brujos, que su magia no podía hacerme daño porque yo no le tenía miedo y la magia sólo podía dañar a aquellos que la temían.

Muchas veces conversando sobre este tema con Tininisk, y otros magos indios me descubría el pecho y los invitaba a que pusieran en juego todos sus poderes para causarme dolor; ellos se esforzaban por conseguirlo y en una o dos ocasiones presionaron tanto sobre mí que no pude evitar un respingo, pero al final declararon que yo era completamente invulnerable.

Algunos de esos embusteros eran consumados actores. De pie o de rodillas al lado del paciente miraban fijamente la parte enferma o dolorida, y una expresión de intenso horror indicaba luego que habían visto algo espantoso, perceptible sólo para ellos. Se acercaban lentamente a veces, otras con ímpetu, como temiendo que aquello que causaba el mal se les escapara; simulaban llevarlo misteriosamente hacia el lugar elegido, generalmente el pecho, donde aplicaban la boca y chupaban violentamente. A veces la lucha se interrumpía después de una hora, para empezar de nuevo al rato; finalmente, el brujo se echaba hacia atrás y daba muestras de tener algo en la boca, que cubría con las manos cruzadas. En seguida, vuelto de espaldas al campamento, se quitaba las manos de la boca y con un grito gutural, indescriptible, arrojaba al suelo el objeto causante del mal y lo pisaba furiosamente. El profano veía un poco de barro, una piedrecita o algún ratón muy pequeño. Yo personalmente nunca vi aparecer el animalito, aunque ello era muy común; sin duda, en las ocasiones en que yo estuve presente, el brujo no había podido dar con un nido de ratones.

Pregunté a Tininisk si no podría explicarme el origen de sus po-

deres mágicos. De sus ambiguas declaraciones saqué en conclusión que la luna era en cierto modo propicia a esas cosas; que era posible a un curandero ponerse en contacto con espíritus fuera del alcance del común de los mortales e incluso ver cosas que estuvieran ocurriendo muy lejos. Aprendí que el poder de los brujos no era constante, pues unas veces era muy fuerte y otras casi nulo.

Viendo mi interés y mi deseo de aprender, Tininisk, al fin, condescendió a instalar en mí algo de su magia. Había entonces tres magos juntos: Tininisk, su mujer Leluwhachin y Otrhshoöhl. Este último, cuyo nombre significa "Ojo Blanco", pertenecía al clan de San Pablo; su aspecto era parecido al de Tininisk, delgado, de un metro sesenta de altura, ágil, con mirada de águila y expresión severa, pero no desagradable. De Leluwhachin, aunque no se le permitía compartir los secretos de la Logia (a la que me referiré más adelante), decían que poseía los poderes mágicos de su marido. Como ya lo he dicho, no he conocido ninguna otra ona con esos atributos, frecuentes, sin embargo, entre las mujeres yaganas.

Mi iniciación tuvo lugar en torno a un fogón, protegido del viento como de costumbre por pieles de guanaco. Después de hacerme un discurso sobre la seriedad de mi propósito, Tininisk me indicó que me desnudase; yo cumplí la orden y me mantuve reclinado sobre mi ropa y algunas pieles de guanaco mientras él me exploraba el pecho con las manos y la boca, tan cuidadoso y atento como un médico con su estetoscopio, moviéndose de un lugar a otro y deteniéndose a escuchar aquí y allá, según los ritos. Miraba además atentamente, como si estuviera viendo a través de mi cuerpo con rayos X.

Luego los dos hombres se quitaron los vestidos y Leluwhachin la capa que cubría su *kohiyaten* [1], los tres juntaron sus cabezas y alguno de ellos extrajo un objeto color gris claro, de diez centímetros de largo, con el aspecto de un perrito lanudo, de cuerpo robusto y orejas levantadas, al cual, con el mismo temblor de las manos y el aliento de su respiración le dieron una apariencia de vida. Percibí un olor raro y repetidos sonidos guturales que parecían provenir de aquel objeto, cuando tres pares de manos lo acercaron a mi pecho. De repente, sin que yo notara ningún movimiento brusco, el objeto desapareció.

Esta ceremonia se repitió tres veces y aunque en cada una de ellas

[1] Prenda de mujer de suave piel de guanaco usada con los pelos para afuera. Cubría desde abajo de los pechos hasta las rodillas, daba una vuelta y media alrededor del cuerpo y se sujetaba firmemente con un *moji*. De ahí el nombre de *kohiyaten* (cadera atada).

se suponía que introducían en mí un nuevo perrillo, yo sólo sentí la presión de las manos de los indios.

Sobrevino una solemne pausa, como de expectativa. Tininisk me preguntó si no sentía moverse algo en mi corazón, o si no pasaba por mi mente algo extraño, como un sueño o un deseo de cantar. Contesté con franqueza pero en la forma más suave posible, que no. Agregué que creía que los perritos mágicos no habían encontrado en mí un lugar adecuado de reposo y sin duda habían muerto o bien habían regresado a su lugar de origen. Añadí que esperaría hasta el día siguiente y si hasta entonces no sentía nada extraño, ello sería señal de que yo no servía para aprendiz de brujo.

Hubiera sido interesante, por cierto, continuar estos estudios; de haberlo hecho, habría podido explicar mejor algunas cosas que relataré más adelante y que serán siempre misteriosas para mí. Pero si Tininisk y los otros hubieran seguido sus prácticas me hubiera visto obligado a mentir con frecuencia y advertí que no era bastante inteligente para hacerlo. Además, me habría convertido en una criatura aparte de los buenos cazadores indios que yo tanto admiraba, pues ellos temían a los brujos y yo no quería inspirarles temor.

Había también otra razón: tenía miedo. Me di cuenta del gran peligro que corrían los curanderos. Cuando algún hombre o mujer en plena juventud moría sin causa aparente, el "curandero" de la familia a menudo y de manera ambigua hacía recaer sospechas sobre un mago rival; de ahí que frecuentemente el objeto principal de un asalto fuera dar muerte al brujo del bando contrario. No, no deseaba correr el riesgo de que me acusaran de la muerte de alguien que hubiese sufrido un síncope a cien kilómetros de distancia.

Al encontrarme con mis amigos al día siguiente, después de un estudiado silencio les dije que no sentía ningún efecto, ni bueno ni malo, de la ceremonia del día anterior, y que consideraba conveniente abandonar el estudio de la magia.

CAPÍTULO XXIX

DESAVENENCIAS ENTRE LOS ONAS Y LOS POBLADORES DEL NORTE. LA MISIÓN SALESIANA. HEKTLIOHLH, EL ÁGUILA ENJAULADA, MUERE EN CAUTIVERIO. PALOA DESAFÍA A LA POLICÍA. UN GRUPO DE ONAS ES ASESINADO POR McINCH Y SUS COMPAÑEROS. KILKOAT PLANEA LA VENGANZA. KIYOHNISHAH ROBA ALGUNAS OVEJAS Y ME COLOCA EN UNA POSICIÓN DIFÍCIL. AHNIKIN Y HALIMINK ME PRESTAN AYUDA.

I

A PRINCIPIOS de 1890 se comprobó que la parte norte de la tierra de los onas era excelente para criar ovejas, y extensos lotes de tierras fueron comprados o arrendados a distintas compañías o particulares, en ambos lados de la frontera argentino-chilena. El gobierno argentino cedió un valioso lote en la costa noroeste del Río Grande a los padres salesianos, quienes bajo la dirección de monseñor Fagnano, establecieron una misión para beneficiar a los indios; en Chile la misma orden recibió toda la isla de Dawson para igual finalidad. Con esas excepciones, nadie tomó en consideración a las antiguas razas nativas, dueñas de la tierra por tiempo inmemorial.

De más está decir que muy pronto los invasores vieron que era imposible mantener establecimientos en tierras pobladas por esos indisciplinados nómadas, cuyo idioma y costumbres les eran completamente desconocidos. Según una versión que circulaba, y que aún no se ha olvidado, algunos de los recién llegados pagaban una libra por cada cabeza de indio que se les llevara.

Personalmente yo creo que eso sólo ocurrió en el caso de un individuo que abandonó el país hace cuarenta años. No era empleado de ninguno de los actuales terratenientes y muy pocos recuerdan su nombre. No era el hombre a quien he llamado McInch. Dos famosos cazadores de indios, que se dice trabajaban para él, murieron de muerte violenta. De uno de ellos, Dancing Dan, me ocuparé más adelante.

Aunque en general estos infortunados aborígenes eran físicamente, y en ciertos casos hasta mentalmente, muy superiores a sus enemigos, tenían la enorme desventaja de estar obligados a mantener sus numerosas familias. Otras desventajas eran su falta absoluta de disciplina y el hecho de estar divididos en pequeños clanes que continuamente

peleaban entre sí; y por último, y no era lo menos importante, los indios eran gente de a pie, armados sólo de arcos y flechas, mientras que sus adversarios disponían de caballos y rifles de repetición. Aun así, los blancos consideraban peligroso perseguir a los indios en las regiones boscosas del Sur.

Me han contado que algunos de los invasores pagaban cinco libras por cada indio que se atrapara y se llevara a una Misión. Algunos pensarán que ello fué meritorio, porque se desembarazaba al país de una plaga peligrosa y se ayudaba al mismo tiempo a la Misión a reformar a los salvajes y convertirlos en útiles ciudadanos; pero otros lo consideraban como un medio de reducir a los aborígenes libres, los verdaderos dueños de la tierra, a una servidumbre forzada.

Hektliohlh era uno de los indios más admirables que he conocido. Lo consideraban como un gigante, aunque dudo que pasara de un metro ochenta y siete. Él y otros hombres, mujeres y niños fueron capturados sin derramamiento de sangre. Ello se debió, según me dijeron, a la actitud valiente de un pastor escocés que al ver rodeados a los indios se adelantó desarmado y con ademanes amistosos (pues no conocía su idioma) los indujo a rendirse. Ni siquiera sé el nombre de este individuo. Hektliohlh y los demás fueron llevados en barco desde la parte norte de la Tierra del Fuego hasta el establecimiento del gobierno en Ushuaia, donde ya tenían otros onas cautivos. Cuando nos enteramos fuimos con Despard a visitar a los indios y encontramos entre ellos algunos hombres de las montañas a quienes conocíamos. Uno, y tengo un motivo especial para mencionarlo, era medio hermano de Halimink y tío del joven Ahnikin. Su nombre era Yoknolpe. El gobernador accedió a dejarlo en libertad, junto con otros dos o tres hombres de las montañas; los demás, por quienes Despard y yo no podíamos responder, tuvieron que quedar presos. Recibían buen trato y pasado cierto tiempo se les suprimió, quizás a propósito, la vigilancia, de modo que pudieron escapar por las montañas y regresar a su tierra.

Cuatro años después, de viaje en un vaporcito que tocaba en la misión salesiana, desembarqué en la isla de Dawson, donde estaban confinados varios cientos de onas. Las mujeres tejían mantas y telas bajo la dirección de las hermanas y cierto número de hombres cortaban madera destinada principalmente a Punta Arenas. Cuando visité el aserradero hablé a los indios en su propio idioma y todos me rodearon. Muchos de ellos eran magníficos ejemplares, pero Hektliohlh, a pesar de no ser el de mayor estatura, se destacaba por su porte y gallardía.

Los trabajadores indios estaban "decentemente vestidos" con desaliñadas y sucias prendas, en muchos casos de medidas demasiado pequeñas para su tamaño. Al mirarlos no podía evitar imaginarlos de pie, delante de sus querencias, altivos, bien pintados, armados de arcos y flechas y vestidos como en otros tiempos con *goöchilh, oli* y *jamni* (atavíos de cabeza, capas de piel y mocasines).

Algunos me conocían de vista, otros de nombre nada más. El trabajo se paralizó completamente, y como los hermanos legos parecían intranquilos por esta interrupción, me retiré. Cuando dejaron el trabajo, pude hablar con Hektliohlh. Había conseguido escapar de Ushuaia, pero fué capturado nuevamente, esta vez por los pobladores, y entregado a la Misión Salesiana; parecía no tener motivo de queja en cuanto al trato que recibía, pero estaba muy triste por haber perdido su libertad. Mirando con ansia hacia las distantes montañas de su tierra natal dijo con un suspiro:

—Shouwe t-maten ya (la nostalgia me está matando).

Y así fué verdaderamente, no sobrevivió mucho tiempo. La libertad es preciosa para los hombres blancos; para los salvajes, habitantes de la selva, es una verdadera necesidad.

2

Paloa era un indio tranquilo, de edad madura, de estatura menos que mediana, oriundo del extremo norte de la tierra boscosa. Él, su hermano y unas pocas mujeres y niños cruzaban un campo abierto cuando un pequeño grupo de policía montada apareció en un valle.

Dondequiera que estuvieran los onas, siempre tenían presente un sitio cercano donde esconderse en caso de alarma. Podía ser un bosque o un matorral o el lecho de un río. Para Paloa era una cueva en lo alto de una roca. Rápidamente él y su hermano escondieron a las mujeres y a los niños en la cueva, que era algo así como un pozo seco con una angosta abertura hacia el cielo. Ellos permanecieron en la entrada, escondidos detrás de las rocas, pero con una buena vista de los alrededores. Ambos estaban armados con arcos y buen número de flechas, aunque el hermano de Paloa poca ayuda podía prestar como tirador, debido a la herida que tenía en un brazo.

Cuando los jinetes se acercaron, Paloa disparó una flecha, que hirió a un policía. El suelo era muy escabroso para los caballos, y los blancos, convencidos de que un número considerable de indios estaban

escondidos detrás de las rocas no creyeron conveniente desmontar. Hicieron fuego así como estaban de a caballo.

Cuando un cazador ona acecha desde una roca, echa su cabeza bien hacia atrás, de manera que únicamente su nariz y sus cejas quedan a la vista de su enemigo, y no expone el cráneo. Paloa sabía esto, pero la mitad de su arco tenía que asomar sobre la roca para poder disparar. Debido a la inquietud de sus caballos los tiros de la policía iban al acaso. Con todo, uno certero astilló el arco de Paloa justo encima de la mano sin herirlo muy seriamente. Su hermano le pasó su arco y Paloa valientemente continuó arrojando flechas hasta que el enemigo se retiró desconcertado.

La policía volvió al ataque al día siguiente con grandes refuerzos y comprobó que los pájaros habían volado. Paloa y sus compañeros escaparon al bosque al oscurecer.

Una noche, alrededor del fogón, oí a Paloa contar este episodio entre bromas y risas. También lo oí de boca de los blancos; de acuerdo con esta segunda versión no había habido uno, sino veinte indios escondidos entre las rocas. Con el tiempo el número de guerreros indios aumentó a "alrededor de ciento".

3

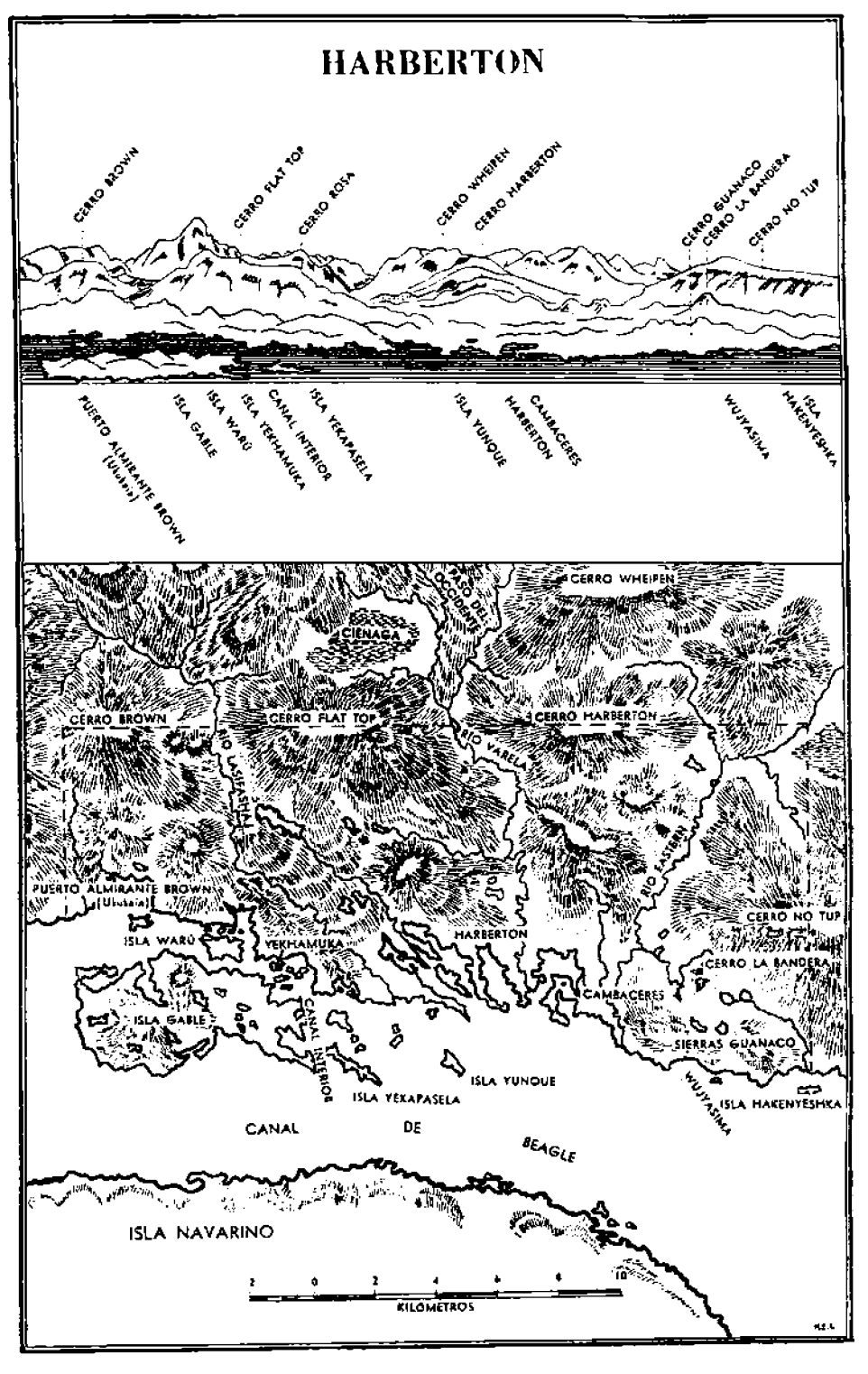
Existían también aquellos que no pagaban a otros para que hicieran el trabajo sucio, sino que lo hacían ellos mismos. Uno de estos era McInch.

Desde tiempo inmemorial era costumbre de esos indígenas ir de tarde en tarde a ciertos lugares de la costa atlántica a cazar focas para abastecerse de grasa y cueros. En una ocasión, un grupo numeroso de onas se dirigió con ese objeto al cabo Peñas, un promontorio donde había centenares de focas. Entre los bosques donde vivían y el mar había kilómetros de campo abierto por donde debían cruzar prácticamente sin resguardo, pero los indios estaban ávidos de aceite y carne grasa de foca, después de haberse pasado meses comiendo carne magra de guanaco.

McInch se enteró de la proyectada cacería por informe de un renegado, quien, después de reñir con su clan, se había ido a vivir con los blancos y guardaba rencor a los suyos.

Armado de rifles de repetición y seguido por un grupo de jinetes blancos deseosos de correr aventuras, McInch rodeó el promontorio, cortando la retirada a los infortunados indios, que pronto serían

HARBERTON


CERRO BROWN
CERRO FLAT TOP
CERRO ROSA
CERRO WHEIPEN
CERRO HARBERTON
CERRO GUANACO
CERRO LA BANDERA
CERRO NO TUP
PUERTO ALMIRANTE BROWN (Ushuaia)
ISLA GABLE
ISLA WARÚ
ISLA YEKHAMUKA
CANAL INTERIOR
ISLA YEKAPASELA
ISLA YUNOUE
HARBERTON
CAMBACERES
WUJYASIMA
ISLA HAKENYESHKA
CIENAGA
PASO DEL OCCIDENTE
RIO LASTARRIA
RIO VARELA
RIO EASTERN
SIERRAS GUANACO
CANAL DE BEAGLE
ISLA NAVARINO
2 0 2 4 6 8 10
KILOMETROS

desalojados de sus refugios al pie de las rocas por la marea ascendente y caerían en las redes de los frenéticos cazadores.

No sé cuántos aborígenes fueron muertos en esa ocasión; pero McInch declaró más adelante que habían sido catorce; sostenía que al matarlos se realizaba una acción muy humanitaria, siempre que se tuviera el coraje necesario. Explicaba que esa gente nunca podría convivir con blancos, y cuanto más pronto fueran exterminados, mejor, pues era una crueldad tenerlos cautivos, aunque fuera en una Misión, donde languidecían o morían de enfermedades importadas.

McInch era un hombre absolutamente franco, nunca se esforzaba por parecer mejor de lo que era. Medía alrededor de un metro sesenta y ocho de estatura, su cara era grandota y colorada, su pelo rojizo y sus ojos azules verdosos brillaban extrañamente. Era impetuoso y su tenacidad corría pareja a su falta absoluta de escrúpulos. A veces parecía feliz como un niño. Había sido soldado, y cuando joven había estado con Kitchener en Khartum. En años posteriores, a pesar de ser un bebedor inveterado, fué un admirable tirador de rifle. En el período al cual me refiero tendría alrededor de treinta y cinco años de edad.

Entre los afortunados que escaparon de la matanza estaba Kilkoat, el primo de Paloa, un ona alto, delgado, que parecía muerto de hambre y que no debe ser confundido con el alegre Kankoat. Escapó con vida por una fracción de centímetro, pues una bala le rozó la cabeza, encima de la oreja, dejándole una marca indeleble. Entre los muertos había cuatro parientes cercanos de ese hombre, hasta entonces inofensivo, que ahora sentía, naturalmente, un odio mortal contra los invasores blancos.

Buscó a su mujer y a su hijo y se fué a vivir con ellos a los bosques. Un día salió a cazar y al volver encontró su casa vacía; pensó que su mujer había ido a la playa a pescar en las lagunas poco profundas y la fué a buscar. Entre los cañaverales la encontró muerta de un balazo y con el niño vivo todavía, atado a su espalda. Le habían disparado desde atrás, y la bala que había muerto a la madre había rozado el cuerpo del niño debajo de las costillas. El niño vivió, y yo mismo he visto las marcas de bala mencionadas.

Después de eso Kilkoat estaba más sediento de venganza que nunca. Al poco tiempo, un grupo de mineros acampó a dieciséis kilómetros del lugar donde fué muerta su mujer; Kilkoat observaba y esperaba. Hasta que un día vió a un hombre armado de rifle que caminaba solo a lo largo de la playa, sin duda en busca de algo para la olla. Kilkoat se escondió detrás de una roca cercana al camino que había

tomado el hombre, esperó que volviera, lo dejó avanzar unos metros y lo flechó por la espalda. Luego tomó el winchester y las municiones de su víctima y se alejó apresuradamente.

4

Debido a la creciente presión del norte, las visitas de los onas a Harberton y a Cambaceres se hicieron siempre más frecuentes; además de los viejos amigos llegaba gente nueva que venía de más lejos, por lo que debíamos tener cuidado de no provocar los celos de aquéllos, que se consideraban con mayor derecho a nuestro afecto.

En algunas ocasiones encontrábamos ovejas muertas, atravesadas con flechas. Pero el hecho de que se hallaran en lugares muy visibles, nos convenció de que era una treta de los indios para que recayeran las sospechas sobre los recién llegados.

Al poco tiempo de haber escapado Kilkoat al bosque con el rifle del hombre que había asesinado, llegaron dos grupos de estos indios a Harberton. Cerca del establecimiento acamparon Ahnikin y Halimink con seis o siete viejos amigos de las montañas, y a corta distancia el otro grupo, unos veinte hombres con sus mujeres e hijos, casi todos conocidos nuestros, pero no tan amigos como los anteriores, al que llamaré el grupo del norte. Entre éste estaban Kilkoat y su primo Paloa, aquel hombrecillo que peleó solo contra la policía. Entre los visitantes del norte había un muchachote robusto y fuerte, ancho de espaldas y de cerca de un metro ochenta de estatura. Su nombre era Kiyohnishah (Estiércol de guanaco)[1].

Un día, durante la permanencia de estos indios, andaba yo por el bosque acompañado por el alegre Halimink, que caminaba de puntillas, a unos tres kilómetros de casa, cuando el indio señaló una rama, a una altura como de metro y medio del suelo, que tenía adheridas unas hebras de lana de oveja, y me dijo irónicamente:

[1] Este nombre no era despectivo. Los onas usaban cuatro tipos de nombres: 1) Nombres antiguos, no necesariamente los de sus antecesores, cuyo significado se ha olvidado con el correr de los años. 2) Nombres de lugares, pero no siempre (como en el caso de los yaganes), de los lugares de nacimiento. 3) Nombres de cosas o de animales, como, por ejemplo: Koh (hueso), Teilh (mosquito), Haarú (ganso montañés), Yohn (guanaco) y Kiyohnishah. 4) Nombres descriptivos de peculiaridades, de modalidades, rasgos o accidentes, tales como: Ishtohn (caderas anchas), Kostelen (cara alargada), Shilchan (voz dulce) y otros que serían muy mal recibidos por los blancos y de cuyo significado, a fuerza de usarlos, los indios parecían no tener conciencia. Es por esta razón que no puedo dar el equivalente en español de algunos de los nombres onas mencionados en este libro.

—¿Son tan altas sus ovejas?

No sospeché que ese pícaro astuto me estuviera engañando, aun cuando jamás aceptaba de primera intención las declaraciones o indirectas que me hacían acusándose mutuamente. Esta vez parecía, sin embargo, que el indicio no había sido preparado deliberadamente para confundirme, sino que efectivamente alguien se había alzado con una oveja al hombro.

Algunos días después, Shaiyutlh (Musgo Blanco), el muchacho que había sembrado pánico en la tierra de los onas cuando nuestra expedición a Río Grande, me dijo, con gran reserva, que había visto a Kiyohnishah matar dos ovejas a unos diez kilómetros al Oeste.

En mi opinión es mayor pecado para un hombre dejar sufrir hambre a su familia que robar una oveja; pero no debía tolerarse ni el menor delito. Si dos ovejas habían sido muertas, ya fuera por Kiyohnishah o por aquellos que querían perjudicarlo, el asunto debía ser investigado. El primer paso era asegurarse si efectivamente las ovejas habían sido muertas y el relato de Musgo Blanco no era producto de su imaginación, de cuya fertilidad ya teníamos pruebas.

Hablé del asunto con mi hermano Will y él se ofreció a ir con Musgo Blanco al lugar del hecho, para poder acusar a los ladrones sin necesidad de que Musgo Blanco y Halimink apareciesen como delatores.

Salió Will a caballo con su compañero, y aunque no era esto un proceder desacostumbrado, Ahnikin se presentó poco después en nuestra casa y me dijo que Kiyohnishah (Estiércol de guanaco), muy enojado, estaba levantando su campamento para partir definitivamente con su grupo. Yo me esforzaba por que toda esa gente me comprendiera y me tuviera fe, pues sabía que si llegaban a temernos, pronto serían nuestros enemigos; así, pues, dejando la chaqueta en casa, para demostrar que no llevaba armas escondidas, fuí con Ahnikin al campamento de los onas. Allí me dirigí a Kiyohnishah y le pregunté por qué partían de manera tan precipitada. Indudablemente, pensó en el destino de Capelo al responderme:

—Porque usted tiene la intención de matarnos y ha mandado a su hermano a Ushuaia a buscar soldados.

Le dije que mi hermano volvería antes de la puesta del sol, que no había ido a buscar soldados, sino solamente a ver si habían degollado algunas ovejas.

—Will —le dije— no es un pájaro, no puede volar, pero si todavía desconfían de nosotros, como la selva donde ustedes pensaban

ponerse a salvo de toda persecución, está cerca, tienen tiempo de partir, sin prisa, mañana temprano.

Kiyohnishah supuso que yo debía de estar enterado, por lo que me declaró que no era él, sino sus perros los que habían muerto a las ovejas, que él sólo había llevado la carne a los suyos, que estaban hambrientos. Le contesté que si esto sucedía de nuevo él no debía esconderse como un zorro, sino venir como un hermano, traerme los cueros y contarme lo sucedido. Añadí que yo no me hubiera enfadado, pero que le hubiese pedido un par de pieles de zorro en cambio o, en caso de no tenerlas, que cortase leña hasta pagar las ovejas.

Evidentemente, Kiyohnishah se inclinaba a creer lo que yo le decía y parecía calmarse, cuando Kilkoat y su primo Paloa salieron de detrás de una especie de biombo, seguidos de otros parientes. Se hallaban muy excitados y su aspecto era amenazador; Kilkoat llevaba su rifle y los otros empuñaban arcos y aljabas.

Kilkoat sacudió el rifle y sus secuaces las aljabas, ademanes amenazadores que indicaban que estaban dispuestos a usar sus armas. Ronco de indignación, Kilkoat gritó a Kiyohnishah que no me creyese; que como los otros blancos, yo era un mentiroso, que les hablaba ahora de buena manera porque me hallaba solo y buscaba retardar su partida para dar tiempo a que llegaran mis compañeros y me ayudaran a darles muerte.

En ese momento me di cuenta con inquietud de que Ahnikin, quien a menudo me llamaba *Yain* (mi padre), había desaparecido, dejándome solo frente al peligro. Me sentí muy intranquilo y, sabiendo que no podía retirarme sin riesgo, me senté en un tronco, invitando a Kiyohnishah a hacer lo mismo, pero él permaneció de pie. Era inútil argumentar con el furioso Kilkoat. Dirigiéndome a Kiyohnishah le pregunté si él podía creer que yo hubiera venido solo y sin armas a visitarlos en el bosque de ser malas mis intenciones. Además le dije que nombrase a los indios que, según decían, yo había herido o muerto. Kilkoat y sus amigos no cedían en su enojo y empezaba yo a temer un mal fin, cuando observé que algo atraía la atención de los indios.

Allá en el borde de un matorral, a menos de doscientos metros, envueltos en sus capas, llevando arcos y aljabas y la cara cruzada de oreja a oreja con una banda de pintura roja del ancho de la mano, se hallaban Halimink y Ahnikin y seis o siete recios indios de las montañas. Ahnikin, a quien yo acusaba mentalmente de haberme abandonado, debió ir a escape a avisar a su pequeño grupo, acampado a cierta distancia de allí, que yo estaba en peligro.

La pintura era ya una amenaza, pero no para mí, y esta aparición tuvo un efecto calmante, hasta para el turbulento Kilkoat. Unos minutos después dije a estos salvajes que no fueran necios y me acompañaran a casa. Accedieron; salí con Kiyohnishah, dos docenas de sus compañeros y Ahnikin y los suyos.

En casa, saqué de la despensa un gran saco de higos secos y otro de nueces, los llevamos a un lugar adecuado, repartí el contenido entre todos y nos sentamos, en círculo, sobre el césped a comer y charlar. Kilkoat tomó parte en todo.

Mi hermano Will y Musgo Blanco regresaron esa tarde y unos días después Kiyohnishah y su gente partieron tranquilamente para sus tierras, y Halimink y su grupo volvieron a sus montañas.

Yo esperaba que los dos clanes depusieran sus diferencias y se hicieran buenos amigos; todavía había de correr mucha sangre antes de conseguirlo, unos seis años después.

III

EL CAMINO A NAJMISHK

1900 - 1902

CAPÍTULO XXX

LOS ONAS NOS INVITAN A VIVIR EN SU PAÍS. MIS HERMANOS NO DESEAN ACEPTAR PUES AMBOS ESTÁN POR CASARSE. EN BUSCA DE AVENTURAS, YO DECIDO INICIAR UNA COLONIA EN NAJMISHK Y COMIENZO A ABRIR UN CAMINO A DICHO LUGAR. MINKIYOLH VUELVE A SER UN PELIGRO. NOS VISITA HOUSHKEN, EL JOÖN DE HYEWHIN, QUIEN DEMUESTRA SU MAGIA. SE LE MUESTRAN BRUJERÍAS DEL HOMBRE BLANCO.

I

En los capítulos anteriores hemos visto ejemplos de los tres modos de encarar el problema indio en la Tierra del Fuego hacia 1890: el primero, la exterminación; el segundo, el cautiverio desolador; el tercero, la cooperación amistosa, sobre la base de la buena voluntad fomentada con paciencia y la aceptación del derecho de los indios a vivir según sus propias costumbres en el país que les pertenecía por derecho de nacimiento.

Ninguno de los invasores blancos, ya fueran McInch u otros de su calaña, ni la Misión Salesiana, habían tenido las magníficas ventajas de que gozamos mis hermanos y yo. Ellos no habían nacido en el país. No se les había enseñado a considerar al indio como a un amigo inteligente y un camarada de trabajo. Para ellos los fueguinos no eran seres humanos que debían ser tratados de acuerdo con sus méritos, sino una horda de sujetos peligrosos e indómitos que era preciso eliminar lo antes posible, o, como una alternativa menos violenta, despojarlos de sus atavíos hereditarios, cubrirlos con la ropa desechada por los hombres blancos y exigirles que trabajasen para ganarse la vida, hasta que murieran como había muerto el espléndido Hektiohlh —igual que un pájaro silvestre en una jaula—, añorando la libertad.

¿Era acaso de extrañarse, pues, que los onas, que se retiraban lentamente del norte, miraran hacia el sur, más allá de las fronteras de su propio país, en busca de ayuda? En un futuro cercano, toda la parte inferior de las tierras norteñas sería colonizada por extranjeros, y los onas no tendrían dónde ir cuando las nieves invernales los desalojaran, junto con los guanacos, de las montañas. Al paso que

su situación se tornaba más desesperada, grupo tras grupo de indios se presentaban en Harberton con el mismo ruego: ¿les ayudaríamos nosotros deteniendo el avance del usurpador hombre blanco?

Los onas no proponían que nos armáramos e hiciéramos retroceder a los intrusos, sino que fuéramos a establecernos en la tierra de los onas. Su idea era que si nosotros nos apoderábamos de su tierra, ésta, no obstante, seguiría siendo de ellos. La pasión absorbente de estos hombres era el amor a su tierra. Lo único que querían era libertad y seguridad. Si nosotros tomábamos posesión de la tierra, tendrían ambas cosas; si penetraban otros, se quedarían sin nada. Era ésa su resignada filosofía.

Conmovía realmente oír cómo cada bando rivalizaba por exaltar los méritos de sus propias tierras de caza. De haber aceptado todas las invitaciones recibidas, hubiéramos ocupado muchos miles de kilómetros cuadrados, desde los matorrales rocosos y las tierras pantanosas del cabo de San Diego al este, hasta más allá de la frontera chilena hacia el Oeste, y desde los altos bosques y las ciénagas del sur del lago Kami hasta los peñascos de arenisca, refugios de los pájaros marinos, de la costa atlántica.

Yo, personalmente, estaba muy a favor de la idea de obtener la mayor extensión posible de tierra, no sólo para complacer a mis amigos indios, sino también porque sentía sed de aventuras y, dicho sea de paso, creía que podía ganarse dinero con el proyecto. Mis hermanos, sin embargo, no compartían mi entusiasmo.

La autorizada opinión de Despard era que resultaría a la vez costoso y arriesgado iniciar una finca más allá de la cadena de montañas. Nosotros no seríamos dueños, sino usurpadores, sin seguridad en cuanto a la continuidad de la tenencia. Si la tierra que nosotros ocupáramos, ulteriormente se pusiera en venta, las ricas compañías, dueñas de grandes extensiones de tierra situadas más al Norte, estarían siempre en condiciones de ofrecer mejores precios que nosotros. El acceso, decía Despard, sería mucho más difícil que en Harberton. Nuestro único puerto sería el de Río Grande, apto sólo para barcos de poco calado durante el verano. Además, agregó, era preciso tener en cuenta a los onas, que carecían de escrúpulos, y aun si se abstenían de asesinarnos, no tendrían reparos en robarnos las ovejas. En resumen, si deseábamos obtener beneficio con nuestro dinero, podíamos realizar inversiones más seguras en otras cosas.

El parecer de Will era que ya teníamos más que suficiente para vivir, y que si alguna vez fuera necesario aumentar nuestras entradas podríamos mejorar la tierra que ya nos pertenecía. Despejando el

terreno de arbustos y secando los pantanos, se podía criar un veinte y hasta un treinta por ciento más de ganado.

Podrá verse por estas discusiones que ninguno de mis hermanos deseaba correr riesgos. No les interesaba ninguna empresa incierta, preferían lo poco asegurado, al resultado impreciso de nuevas aventuras. Ello obedecía a un motivo muy simple; hacía poco tiempo que ambos se habían comprometido en matrimonio.

El primero había sido Will. La joven de su elección era Minnie, la hija menor de los esposos Lawrence, quienes habían compartido con nosotros las penurias de los primeros tiempos en Ushuaia. Recuerdo que cuando éramos pequeños, a Minnie no le interesaba ninguno fuera de Will, ni le sobraba mucha compasión para las víctimas de sus pícaras travesuras.

Algunos años después de la renuncia de mi padre a la dirección de la Misión y de nuestro traslado a Harberton, la familia Lawrence se instaló en *Shumacush* (Punta Remolino), donde en reconocimiento por sus servicios de toda la vida, en pro de la civilización, el gobierno argentino concedió una parcela de tierra al anciano misionero.

El sitio destinado a nuestra esquila estaba a algo más de treinta kilómetros al este de Punta Remolino, pero el camino era tan sinuoso que a caballo la distancia era mucho mayor. Para un muchacho joven que pudiera correr kilómetros sin detenerse por sendas empinadas y rocosas, resultaba más rápido ir a pie que a caballo.

Durante el verano trabajábamos allí hasta muy tarde, todos los días. Los sábados Will trabajaba con nosotros como siempre hasta el final de la tarea, luego se encaminaba a Punta Remolino, y en cuanto lo perdíamos de vista, echaba a correr. Tal vez en el camino durmiera un poco, pero lo cierto es que aparecía en la residencia de los Lawrence tan pronto como el humo de la chimenea de la cocina indicaba que alguien se había levantado. Allí pasaba un domingo feliz, y cuando la familia se retiraba a dormir, partía para reunirse con nosotros el lunes a la mañana, listo para otro día de trabajo. Viéndolo a veces algo demacrado el lunes por la noche, lo reconveníamos, instándole a que partiera temprano los sábados, a fin de que pudiera gozar de una buena noche de descanso en Punta Remolino. Pero Will tenía su orgullo y estaba resuelto a no darnos jamás motivos para pensar que descuidaba su trabajo por cortejar a la dama de su corazón.

El noviazgo de Despard no le exigía igual sacrificio, ya que no podía hacer un viaje de ida y vuelta a Buenos Aires cada fin de

semana. En una de sus visitas a la capital de la Argentina había conocido a Cristina, hija del profesor Reynolds, uno de los más viejos amigos de mi padre. Cuando regresó, nos dijo que se había comprometido con Cristina.

Mis dos hermanos esperaban poder casarse pronto. Cuando Will utilizó el argumento de que la tierra que ya poseíamos podía mejorarse para dar cabida a un treinta por ciento más de ganado, yo le repliqué, que si los tres nos casábamos, con un poco de suerte, aumentaríamos nuestra familia en una proporción mucho mayor, y por consiguiente Harberton no tardaría en resultar insuficiente, no sólo para nosotros, sino para nuestra familia de onas, siempre en aumento, a la que había que sustentar y proporcionar trabajo.

En un principio mis razones no tuvieron éxito. Ninguno de los dos quiso acompañarme en la aventura. El debate duró muchos meses y hasta el otoño del año 1900 no llegamos a una transacción final. Convinimos en que yo solo me encargaría de la chacra nueva. Se me permitiría dedicarle mi tiempo sin renunciar a mi participación en la vieja casa, considerando la chacra nueva como una empresa aparte, con una cuenta separada en el libro mayor. Se me concederían facilidades de crédito en dinero, mercaderías, caballos, vacunos y ovejas, todo lo cual, se contabilizaría debidamente. Mis hermanos se comprometieron a encargarse de Harberton sin mi ayuda y a participar por partes iguales en los gastos de la chacra nueva. También participarían en las ganancias, si las hubiere. Cada uno de nosotros recibiría un salario de doscientas libras por año, debiendo mi sueldo cargarse a la cuenta nueva mientras me dedicara por completo a la chacra del otro lado de las montañas.

Una vez resueltos estos preliminares indispensables, pude yo comenzar a actuar. Después de pensarlo bien, decidí instalar el nuevo establecimiento en Najmishk, que quedaba algunos kilómetros al norte de las tierras de caza de Halimink y otros viejos amigos de las montañas y bien dentro del territorio del grupo Najmishk, algunos de cuyos miembros habíamos conocido en el viaje que hicimos a través de la isla hasta Río Grande. Pero era inútil iniciar una chacra en Najmishk antes de traer vacunos, ovejas y caballos desde el establecimiento de Harberton hasta la costa atlántica. Era menester construir un camino a través del páramo, que cruzara los bosques desde Harberton hasta los campos abiertos, y aun allí encontraríamos innumerables arroyos profundos y serpenteantes y valles pantanosos, lo que exigiría la construcción de puentes para los animales de carga, y aun para las ovejas.

Con los medios de que disponíamos era imposible construir kilómetros del camino de madera llamado "corduroy bridge", pero podían aprovecharse los arroyos de lecho pedregoso que durante el verano y el otoño llevaban poca agua. Muchos días estuve recorriendo el terreno entre Harberton y el lago Kami antes de decidir finalmente dónde habíamos de hacer el camino. Había que tomar decisiones de importancia; por ejemplo, había tres pasos, a distintas alturas, por donde atravesar la montaña. Elegí el más alto y el que a primera vista parecía más difícil. Puede apreciarse lo bien que exploraron la región los onas, antes que yo, por el hecho de que esta ruta se apartaba muy poco de la que para nuestra primera marcha eligió Slim Jim, a pesar de los suaves declives de los otros dos pasos.

Para evitar ciertos pantanos, resolví que el camino no saliera a la costa atlántica en Najmishk, sino a un lugar nueve kilómetros al sudeste, del otro lado de la desembocadura del río Ewan. El camino terminaría en la playa que bordea por el noroeste el monte Tijnolsh y finaliza en un acantilado a poco menos de un kilómetro de la desembocadura del río. Luego el resto del viaje entre Harberton y Najmishk podría hacerse por la playa de ripio. A vuelo de pájaro la distancia entre Harberton y esa parte de la costa atlántica era de algo más de ochenta kilómetros, pero debido a la naturaleza del terreno el camino debía seguir un curso sinuoso, que alargaba el recorrido varios kilómetros.

En uno de mis viajes de exploración, llevé de acompañante a Minkiyolh, el joven excéntrico a quien los médicos de Buenos Aires habían declarado perfectamente cuerdo. Después de un día de intenso trabajo, acampamos para pasar la noche. Encendimos una buena fogata y juntamos ramas para hacer nuestras camas. Mientras preparaba la mía dirigí casualmente una mirada por encima del fuego a Minkiyolh. Tenía los ojos fijos en mí. He visto a muchos zorros acorralados, que espiaban la mano del hombre que les daría el último golpe; la cara de Minkiyolh tenía ahora esa misma expresión; me corrió por la espalda un estremecimiento de terror, pues me di cuenta de que ese hombre sufría el mismo acceso de su incurable demencia que la noche en que me atacó con el hacha, con la diferencia de que ahora no había nadie cerca para socorrerme y nuestros únicos testigos eran los bosques oscuros y silenciosos.

Comprendí que él se daba cuenta de lo que cruzaba por mi mente, porque sus labios se torcieron en una sonrisa fría y despiadada. Yo tenía el rifle winchester, pero en un cuerpo a cuerpo no podía usarlo,

ni siquiera como un mazo. Tampoco podía disparar contra él a sangre fría, sólo por miedo.

Junté bastante leña como para que durase toda la noche y luego me senté con la capa de piel de guanaco puesta sobre los hombros. Al ver que no me acostaba, Minkiyolh me preguntó si no tenía sueño. Le contesté:

—Mahshink shoön me ya. (Sueño no tener yo.)

Al oír esto, el indio se acomodó en su cama de ramas. Creo que durmió una buena parte de la noche, pero había ratos en que de seguro fingía estar dormido; su respiración era artificialmente profunda y la llama del fuego se reflejaba en sus ojos semicerrados.

Sentí gran alivio al despuntar el día, después de las largas horas en que me esforcé por mantenerme despierto. Propuse a mi compañero que tomase la delantera para volver a casa, donde llegamos sin ningún tropiezo. En lo sucesivo su conducta fué completamente normal, lo que me hizo pensar que quizás esa noche yo me hubiera dejado influir por los nervios. Minkiyolh, continuó utilizando a Harberton como centro de sus operaciones, pero a menudo se alejaba solo, llegando a veces hasta el aserradero de Ukukaia, entre cuyos trabajadores era muy popular por su conocimiento del español y su vívida imaginación y porque los divertía. Llegaba también ocasionalmente hasta las casa de los Lawrence en Punta Remolino, en busca de admiradores y de alguna comida gratis.

En una de esas excursiones al aserradero lo acompañó su hermano Keëlu (el mismo que con el infortunado Kiyotinink actuó en la exhibición de Buenos Aires), pero volvió solo y contó que Keëlu se había apartado de él y que probablemente se había ahogado en el río Lasifharshaj. Sabiendo lo cautos y ágiles que eran los jóvenes onas, nadie creyó esa historia, aunque no había ninguna prueba que la desmintiera. Nunca volvimos a ver al joven Keëlu.

Algunos meses después Minkiyolh estuvo en Punta Remolino, de donde salió junto con un mulato, cuyo cadáver apareció tiempo después en la playa, lo que nos hizo pensar que aquel se había ahogado. Minkiyolh se presentó en Harberton demacrado e inquieto. Al preguntarle yo dónde había estado, me respondió con una evasiva. Interrogado por la policía, dijo que se había separado del otro poco después de salir de Punta Remolino. Fué imposible obtener pruebas condenatorias y se le dejó en libertad.

2

Resuelto el trazado del camino desde Harberton a Najmishk, comencé a trabajar en él. Para poder dar cabida a mayor cantidad de ovejas, vendimos la mitad de nuestro ganado vacuno y contratamos a Contreras, un vaquero mestizo proveniente del centro de Chile, para que se encargara del resto. De este modo quedé libre para dedicar todo mi tiempo y energías a la nueva tarea, contando con la ayuda de mis viejos amigos los onas. Desde la partida de Harberton hicimos los ocho primeros kilómetros entre espesas y enmarañadas malezas y gran cantidad de troncos caídos. Además, parte del "corduroy bridge", debió construirse sobre un suelo traicionero, constituído por pantanos insondables y hondas zanjas entrecruzadas por las raíces de los achaparrados árboles.

Cierto día, habíamos interrumpido la labor para la merienda del mediodía, cuando Hechelash, el enano, apareció inesperadamente. Era un hombrecito del grupo del Norte, que mediría apenas un metro y veinte, grueso, feo, de cabeza grande y vientre sobresaliente, que hubiera sido repugnante a no mediar su simpática sonrisa, lastimosa y atrayente a la vez. Aunque mentalmente quizás fuera deficiente, era bondadoso por naturaleza, salvo cuando algún bromista cargante lo molestaba más de la cuenta; entonces se volvía contra su atormentador, como una criatura salvaje. Hechelash no tenía enemigos y por ese motivo a menudo era enviado [1] por los indios del norte en calidad de mensajero a otro grupo.

En esta oportunidad traía un mensaje de Houshken, conocido también por Hyewhin Joön (el médico Hyewhin). Yo había oído hablar mucho de este misterioso hechicero del grupo del Norte, que poseía un poder superior al de todos los otros y actuaba en la región boscosa que va desde el lago Hyewhin hasta el gran lago Kami. Su aspecto reconcentrado, ensimismado, había acrecentado su prestigio entre las tribus que lo rodeaban. Se narraban sorprendentes historias sobre sus mágicos poderes; además era un cazador renombrado y estaba protegido por sus fuertes hermanos: Kiyohnishah (Estiércol de Guanaco), quien ya ha sido presentado, y Chashkil, un joven alto y robusto, y por un grupo numeroso de parientes entre quienes se contaba Kautemphlh, un viejo guerrero de

[1] Esta palabra debe usarse con discreción con respecto a los onas. Es verdad que Hechelash llevaba con orgullo mensajes de un grupo a otro, y los muchachos eran enviados por sus padres a hacer diligencias, pero nadie, ya fuese hechicero u hombre fuerte, impartía órdenes, salvo, quizás, durante un asalto.

singular valentía. Kautempklh era un hombre muy atrayente, cuya naturaleza bondadosa y alegre se manifestaba en una afectuosa sonrisa, aunque a veces su mirada era dura y penetrante como la de un águila. Era de estatura mediana, aún se conservaba muy activo y se decía que nunca había terminado una pelea sin matar a su adversario. Con todas estas cualidades, en más de una oportunidad había actuado como jefe en las incursiones de los hombres del clan del Norte.

El mensaje que traía Hechelash nos informaba que Houshken estaba por hacernos una visita. Cuando mis compañeros supieron que el hechicero se hallaba cerca, quisieron huir a sus casas, pero pude convencerlos de que se quedaran, no sólo porque deseaba proseguir con el trabajo, sino también para demostrar a nuestros visitantes que no se les temía. Vigilando atentamente, trabajamos sin descanso toda la tarde, hasta que apareció Houshken acompañado de Chashkil, Kautempklh, cuatro o cinco muchachos fuertes y unas pocas mujeres acostumbradas a andar con paso rápido. Estaban todos pintarrajeados y ataviados con sus mejores galas: trajes de pieles, cuidadosos peinados y mocasines con tiras oscuras cruzadas sobre el empeine; estas tiras se sacan de las manos del guanaco y son el distintivo del mocasín de calidad. Todos los hombres traían arcos y aljabas.

Yo ya conocía a varios miembros del grupo, pero no a Houshken. No era ni un centímetro más bajo que yo, delgado y ancho de hombros. Su mirada, aunque penetrante, era bondadosa. Sus ojos sumamente oscuros, negros azulados. Nunca había visto yo ojos iguales y me preguntaba si no sería corto de vista, pero luego me informaron sus amigos que no sólo veía tan bien como cualquier cazador, sino que podía mirar a través de las montañas y ver lo que acontecía del otro lado.

Mantuve una corta conversación, en tono amistoso, con Houshken y su comitiva antes de que retornaran a su campamento. Me dijeron que no quedarían mucho tiempo en nuestra vecindad ya que el invierno, que a menudo se anunciaba con una fuerte caída de nieve, se aproximaba.

Aquella noche nevó unos cuantos centímetros. Me avisaron a la tarde siguiente que había aumentado el número de visitantes y que todos estaban acampados a orillas del bosque, a kilómetro y medio de nuestro establecimiento de Harberton.

Al atardecer Will y yo fuimos a visitarlos. Como estos hombres se habían presentado abiertamente, yo no tenía temores, pero Will, excelente tirador de arma corta, tuvo la precaución de llevar su revólver, que colocó bajo su brazo izquierdo. En esta forma podía estar

"Guerreros todos." Cortesía del coronel Charles Wellington Furlong, U.S.A.

Chalshoat y Puppup (de pie). Cortesía del coronel Charles Wellington Furlong, U.S.A.

de pie con los brazos cruzados, una de sus actitudes favoritas cuando descansaba, y tener empuñado el revólver con la mano derecha listo para disparar a través del impermeable contra cualquier atrevido que intentara cogerlo de sorpresa. Llevábamos a Houshken de regalo un joven sabueso muy lindo.

Ya le había tomado afecto al médico de Hyewhin. Me dijeron que nunca había visto de cerca a un hombre blanco, lo que explicaba la inquisidora y sostenida mirada que me lanzó cuando nos encontramos en el bosque. Cuando le entregamos el perro, pese a su solemnidad, no pudo ocultar su placer, y lo tomó en sus brazos y lo apretó contra su cuerpo como si fuera un niño. La conversación, como ocurría siempre en tales encuentros, era lenta, con largas pausas, como para dar tiempo a reflexionar profundamente. Dije a Houshken que había oído hablar de sus poderes sobrenaturales y que me gustaría conocer algo de su magia. A fin de impresionarlo le manifesté que nosotros por nuestra parte le mostraríamos magia de los hombres blancos; no dañaría a nadie, le aseguré, y se llevaría a cabo la noche siguiente. Houshken no se negó, pero me contestó modestamente que no estaba inspirado, lo que de acuerdo con la modalidad ona significaba que quizá lo hiciera más adelante.

Después de dejar transcurrir un cuarto de hora, Houshken manifestó que tenía sed y se alejó para beber en un arroyo cercano. La luz de la luna y el reflejo de la nieve daban una claridad diurna a la escena de la próxima exhibición. A su vuelta del arroyo, Houshken se sentó y comenzó un monótono canto, que continuó hasta que repentinamente se llevó las manos a la boca. Luego las retiró con las palmas vueltas hacia abajo y a unos cuantos centímetros de distancia una de otra; una tira de cuero de guanaco, de tres veces el grosor de un cordón de zapatos y de no más de cuarenta y cinco centímetros de largo, colgaba entre sus manos sostenida entre los pulgares y los meñiques, pendiendo de estos últimos unos ocho centímetros por los extremos.

Houshken comenzó a sacudir las manos con violencia, separándolas gradualmente y en un momento la tira, que permanecía floja y con los dos extremos aún a la vista, tenía ya más de un metro de largo. Después llamó a su hermano Chashkil, quien tomó el extremo que colgaba de la mano derecha, y dió un paso hacia atrás. De la mano izquierda de Houshken comenzó a crecer la tira hasta alcanzar un largo de más de dos metros. Luego Chashkil avanzó y la cuerda fué desapareciendo en la mano del hechicero hasta que éste pudo retomar el extremo que había dado a su hermano. Con la agitación

continua de las manos, la tira se acortaba más y más. De repente, golpeó las manos unidas contra la boca, y profiriendo un penetrante grito, las estiró hacia nosotros, con las palmas hacia arriba y vacías.

Ni siquiera un avestruz hubiera podido sin visible esfuerzo tragar de golpe esa cuerda de más de dos metros. No pretendo saber en qué otro lado pudo haber escondido el rollito. No pudo haberlo metido en la manga de Houshken, pues éste había dejado caer su manto al comenzar la exhibición. Se hallaban presentes unos veinte o treinta hombres, pero sólo ocho o nueve eran del grupo de Houshken. Los restantes estaban lejos de ser amigos del hechicero y lo vigilaban con atención. Si hubieran descubierto la menor trampa, el gran curandero hubiese perdido su influencia y ya nadie creería en su magia.

La demostración aún no había finalizado. Houshken se puso de pie y volvió a cubrirse con su manto. Nuevamente comenzó a cantar; parecía estar en trance, poseído por algún espíritu extraño. Irguiéndose cuanto podía, dió un paso hacia mí y dejó caer al suelo el manto, su única vestidura. Llevóse las manos a la boca y con un gesto muy expresivo las apartó de nuevo con los puños apretados y los pulgares juntos. Levantó luego los puños hasta la altura de mis ojos y cuando estuvieron a medio metro de mi cara, los separó lentamente. Pude ver que ahora tenía un objeto pequeño, semitransparente, de unos dos centímetros y medio de diámetro en el centro y que se adelgazaba entre sus manos. Podía ser un pedazo de elástico o de amasijo; fuera lo que fuese, parecía algo vivo y se revolvía con gran rapidez, mientras Houshken temblaba violentamente, sin duda a causa de la tensión muscular.

Era tan clara la noche que se hubiera podido leer, y el extraño objeto parecía ponerse cada vez más transparente conforme iba el hechicero apartando las manos hasta que cuando estuvieron a unos siete u ocho centímetros de distancia, me di cuenta que el objeto ya no estaba allí. No se rompió ni estalló como una burbuja, simplemente desapareció, después de haber estado a la vista durante menos de cinco segundos. Houshken no hizo ningún movimiento brusco, sino que abrió las manos lentamente y las dió vuelta para que yo las inspeccionara. Parecían limpias y secas. Houshken estaba completamente desnudo y no tenía ningún compinche a su lado. Eché una mirada a la nieve, Houshken a pesar de su estoicismo no pudo reprimir una sonrisa pues nada se veía allí.

Los otros nos habían rodeado, y cuando desapareció el objeto, algunos suspiraron asustados; Houshken los calmó, diciendo:

—No se inquieten. Lo haré que vuelva a mí.

Creían los indios que era éste un espíritu sumamente maligno, esclavo del *joön*, de quien emanaba. Podía tomar forma corpórea, tal como nosotros lo habíamos visto, o ser completamente invisible. Tenía el poder de introducir insectos, ratones, barro, piedras puntiagudas y aun pequeñas medusas o pulpos en el cuerpo de aquellos que irritaban a su amo. He visto a hombres valientes temblar a pesar suyo, al recordar estos horrores. Era curioso comprobar cómo cada hechicero, que no ignoraría, seguramente, que él mismo era un embaucador y un farsante, creía en los poderes sobrenaturales de sus colegas y les temía.

Mi hermano se impresionó con la ceremonia, aunque no alcanzó a verla tan bien como yo, pues el viejo Kautempklh y otros lo habían rodeado de cerca, y estuvo todo el tiempo intranquilo, sin saber con certeza en qué momento se vería obligado a apretar el gatillo del revólver que tenía escondido bajo el brazo izquierdo.

3

A la tarde siguiente cumplí mi palabra, haciendo una exhibición de la magia de los hombres blancos. Houshken y su clan y algunos hombres de las montañas vinieron a la finca; en un cobertizo especial habíamos instalado nuestra linterna mágica. Además de los miembros de la familia que asistieron a la representación teníamos una visita de Buenos Aires: era Percy Reynolds, hermano de Cristina, la novia de Despard. Años después se casó con mi hermana Berta.

Entre el público había muchas mujeres, y para infundirles coraje mi hermana Alicia se sentó entre ellas. La linterna mágica estaba oculta en un cuarto al fondo, detrás de un biombo, así es que ninguno de nuestros visitantes podía verla. Percy Reynolds, ayudado por Berta, manejaba el aparato. La primera vista que pasamos en la pantalla —que para el caso era una sábana— fué de mucho colorido, pero medianamente interesante. Favorablemente acogida, no llegó a provocar mayor entusiasmo. En la vista siguiente apareció Barba Azul en toda su impresionante grandeza. Por una superposición de imágenes sus ojos se movían con expresión terrible, mientras balanceaba su cimitarra. Para causar mayor impresión, Percy retiró el aparato o arregló el foco, de modo que Barba Azul parecía acercarse al público anhelante. Esta vez la reacción fué inmediata. Hubo una co-

rrida general hacia la puerta. Hombres valientes, cuyas proezas podrían llenar un libro, no pudieron soportar el horror de esa aparición. Alicia y yo tratamos de contenerlos; Houshken, que estaba a mi lado, retrocedió visiblemente asustado y yo apoyé mi mano sobre su hombro murmurándole palabras tranquilizadoras. Nuestro viejo amigo Chalshoat demostró esta vez mayor presencia de ánimo que los otros al tomar por los brazos a Alicia, con su garra de acero, y mantenerla firme entre él y el amenazante monstruo.

Por desgracia, la palabra ona para "imagen" o "sombra" es la misma con que designan a uno de sus fantasmas; inútil pues asegurarles que Barba Azul era tan sólo una imagen: sería como decir a niños amedrentados que era el "cuco" o el "hombre de la bolsa".

Encendimos la luz y pudimos al fin calmar a los indios y decidirlos a contemplar escenas más tranquilas. Permitimos después que algunos de ellos vieran cómo funcionaba el aparato. Hubo luego luces de bengala, buscapiés y cohetes. Para terminar la velada servimos bizcochos, cocoa y frutas secas.

A la noche siguiente visité de nuevo a los indios del Norte en compañía de Will, y éste se trabó en una lucha amistosa con el grandote y robusto Chashkil, el hermano de Houshken. Eran los dos de igual fuerza y hacían una buena pareja, pero no siguieron peleando como en una lucha real entre onas, que continúa hasta que uno de los contrincantes queda completamente exhausto y rehusa seguir la pelea. Houshken y yo, sentados uno al lado del otro, como buenos amigos, contemplábamos dignamente el encuentro deportivo de nuestros hermanos. Había entre los concurrentes un hombre muy bien parecido llamado Ohtumn que yo había visto varias veces anteriormente. Era un buen muchacho, de un metro ochenta de altura y tal vez de unos treinta años de edad.

Mientras Houshken, Chashkil, y Ohtumn y los otros permanecieron en Harberton hubo mucha animación y se realizaron frecuentes visitas entre ellos y otros amigos onas, como Halimink, Ahnikin y demás hombres del clan de la montaña. Hubiera sido difícil concentrar la atención de mis hombres en el monótono trabajo cotidiano de construir el camino, sin permitirles un desahogo, de modo que no los molesté; por el contrario, con verdadero placer participé de sus inocentes diversiones.

Yo deseaba adelantar ese trabajo, antes que el invierno nos impidiera continuarlo. Por este motivo me alegré cuando nuestros visitantes, después de una estada de cinco días, comenzaron a hacer sus preparativos para la partida. Houshken me dijo que debía marchar-

se al lago Hyewhin mientras el camino estuviera en buenas condiciones.

Lo invité a volver el próximo verano, prometiéndole visitarlo en su región, que él me ponderaba como muy hermosa. Todos conversábamos amistosamente; no había duda de que las relaciones entre los indios de las montañas y los del Norte eran excelentes. Cuando finalmente se decidieron a partir, hubo intercambio de regalos y nuestros visitantes recibieron cuchillos y algunas provisiones para el camino, de manera que partieron muy contentos.

Había motivos para creer que estaban olvidadas las viejas pendencias; mi gente y especialmente Ahnikin alentaron esa esperanza por la amistad que demostraron a los visitantes. Personalmente, yo deseaba volverme a encontrar con Houshken y Ohtumn, con quienes había departido tan amigablemente, mas por desgracia no volvería a ver ni a uno ni a otro.

CAPÍTULO XXXI

PROSEGUIMOS LA CONSTRUCCIÓN DEL CAMINO. LA GUARIDA DE UN GUANACO. EXPLICACIÓN DE UNA LEYENDA. KEWANPE EXTERIORIZÀ SU GRATITUD EN FORMA ENCANTADORA. EL CRIMEN DE HALIMINK Y AHNIKIN. LA ACTITUD DE LOS ONAS ANTE UN ASESINATO. TININISK, OTRHSHOÖLH Y TE-ILH SE SIENTEN MÁS SEGUROS.

I

DESPUÉS de la partida de Houshken, proseguimos la construcción del camino. Los días corrían velozmente y perdíamos mucho tiempo yendo y viniendo a Harberton, así que decidimos acampar afuera y sólo volver a la finca los fines de semana. Los refugios de los onas (kowwhi) estaban hechos con pieles de guanaco cosidas entre sí; se les arrancaba el pelo y se las afinaba raspándolas, para hacerlas más livianas; mi única protección contra las inclemencias del tiempo era una sábana de lona, de poco peso. Resultaba, pues, tarea fácil trasladar todo el campamento a medida que avanzaba el trabajo. El entusiasmo por éste había decaído después de la excitación que provocó la visita de Houshken y algunas veces sólo tenía conmigo seis o siete hombres. Estábamos atravesando una mala temporada climática; resultaba desagradable trabajar entre las ramas cargadas de nieve. Pero pronto el tiempo mejoró. Después de un temprana aparición, el invierno pareció aplacarse. El deshielo, acompañado de recio viento norte y penetrante lluvia, arrastró la mayor parte de la nieve. Se sucedieron entonces deliciosos días calmos y sin nubes y claras noches en que las estrellas parecían despegarse de un cielo azul oscuro. Tal vez fué este favorable cambio de tiempo lo que reanimó a mis compañeros onas. Llegaron en mayor número y todos trabajaron bien. Echábamos de menos dos caras amigas. Un tiempo antes, dos hombres jóvenes, Jalhmolh (Slim Jim) y Teëoöriolh, el hermano de Ahnikin, habían muerto a consecuencia de una corta enfermedad. De neumonía, creo. Esta doble y trágica pérdida nos había afectado a todos profundamente.

El deshielo fué seguido por la escarcha. Los pantanos, los riachos y las pequeñas masas de nieve se endurecieron, facilitando la rápida travesía de la ciénaga y el páramo. Aproveché esa excelente opor-

tunidad para explorar mejor algunos valles en busca de un paso que pudiera habérseme escapado en la investigación anterior. La región, aunque hermosa, parecía privada de vida. A pesar de la temperatura ideal, el guanaco había abandonado su refugio veraniego; probablemente sabía que la estación estaba ya avanzada.

En una de esas excursiones, mi guía era el medio hermano de Halimink, Yoknolpe, a quien Despard y yo habíamos rescatado del cautiverio de Ushuaia. Era un hombre taciturno, delgado, activo y observador, el mejor entre todos los cazadores de la montaña. Un día, al escalar juntos una escarpada cuesta, se detuvo en seco. Algo había atraído su atención. Yo, que estaba cerca, no me moví ni hablé hasta que él con el mayor sigilo, retrocedió. Juntos nos echamos a tierra. En la parte del valle iluminada por el sol, al borde de un bosquecillo de hayas de hoja perenne, distinguimos un solitario guanaco, casi invisible sobre el fondo amarillo de los juncos. La carne de guanaco era siempre bienvenida. Nuestro campamento quedaba a sólo ocho kilómetros de distancia, así que emprendimos su persecución. No era ello tarea fácil, pero el ojo avizor de Yoknolpe pronto descubrió una senda que nos permitió acercarnos al animal, que no sospechó nuestra presencia lo suficiente como para que yo le tirara. Preparé el fuego y asé algunas achuras mientras Yoknolpe acomodó el resto en dos fardos. Después que hubimos comido, el indio no pareció tener apuro en partir y siguió explorando la espesura.

El resultado de su búsqueda fué el descubrimiento de una pequeña cueva. El suelo, al lado de la entrada, estaba pisoteado como un corral. Era la guarida del animal que yo acababa de matar, y en su interior, limpio y seco, estaba marcado aún el lugar donde su propietario acostumbrara dormir. Uno de los pocos guanacos que afrontaban en la absoluta soledad el largo invierno de la montaña. Me dolió pensar que mi mano había abatido al señor de esta región salvaje.

Esa noche, discutiendo el asunto alrededor del fuego de nuestro campamento, sugerí que el animal debió haber permanecido allí, solo en su cueva como un ermitaño para estudiar la magia de los guanacos. En vez de tomarlo en broma mis compañeros asintieron con expresión grave, admitiendo una tal posibilidad. Creen algunos blancos que el guanaco, como el elefante, al sentirse viejo y enfermo, busca morir entre los suyos, en un lugar elegido donde yacen sus compañeros. Hay una explicación más lógica para los depósitos de huesos de guanacos que se encuentran en la Patagonia y Tierra del Fuego. En inviernos muy rigurosos estos animales olvidan sus

rencillas y se juntan en grupos grandes allí donde la capa de nieve es menos espesa y tiene más probabilidades de encontrar alimento. Esta tendencia a congregarse se acentúa por el hecho de que es más fácil seguir huellas rastreadas que abrir nuevos senderos a través de la nieve profunda. En la Patagonia y el norte de Tierra del Fuego, donde no existen bosques, los guanacos buscan reparo entre los grupos de arbustos, a cuyo alrededor el viento, soplando sobre las colinas, amontona la nieve.

A pesar de ser duros y espinosos, esos arbustos constituyen el único alimento de los guanacos, los cuales, sin embargo, pronto sienten debilitarse sus fuerzas y, ante una desolada llanura blanca que se extiende a su alrededor por muchas leguas, abandonan toda esperanza y, se entregan a la muerte.

Después de un muy riguroso invierno, años atrás, conté los cuerpos de cincuenta y dos guanacos que yacían en un espacio de menos de una hectárea, entre los restos de unos arbustos que habían sido comidos hasta su raíz. A pocos kilómetros del mismo lugar, un amigo mío contó como doscientos animales en idénticas condiciones. He ahí el origen de la leyenda del cementerio de guanacos. Las ovejas, a veces, sufren un destino semejante. Se agrupan buscando reparo dentro de un matorral y la nieve cubre por completo plantas y animales. La oveja, no obstante, come la planta hasta las raíces, pero la nieve se hiela y modela sobre su cuerpo un duro caparazón. La capa de nieve se habrá derretido desde largo tiempo atrás y la sábana blanca habrá desaparecido de la comarca, pero la oveja no tendrá suficiente energía para romper ese anillo aun helado que la aprisiona y muere.

2

La mujer de Yoknolpe se llamaba Kewanpe. Era hija de Te-ilh (Mosquito), el *jooñ* de Najmishk. He aquí su historia. El episodio que relato sucedió poco después de la cacería del guanaco solitario.

Dos o tres hombres habían quedado cerca de Harberton para, con la caza, proveer al campamento de carne, pero ésta empezó a faltar y las mujeres se quejaban de quedar tanto tiempo solas. En vista de ello decidimos que los hombres que me estaban ayudando fuesen a cazar a un bosque distante unos cuantos kilómetros, en dirección oeste, cerca del río Lasifharshaj. Una vez tomada esa determinación, los hombres emprendieron la marcha por el sendero recién abierto.

Me alegraba la idea de tener un pretexto para pasar uno o dos días en Harberton, pero sin saber por qué decidí pernoctar en nuestro campamento. Al día siguiente emprendí solo la marcha. Tres kilómetros antes de llegar a Harberton vi venir a una mujer con una pequeña carga sobre las espaldas, caminando rápidamente. Era Kewanpe con su criatura. Me detuve hasta que ella me vió. Sabiendo que el matrimonio estaba en buenas relaciones, me sorprendió verla encaminarse sola a las montañas, en aquella época del año; le pregunté el motivo.

—Mi hijito está enfermo y morirá —contestó—, a menos que se lo lleve a mi padre Te-ilh, que es un gran curandero. Yoknolpe odia a mi padre y tengo que darme prisa para volver antes de que él regrese de la caza. El año pasado perdí otro hijo; mi padre hubiese podido salvarlo, pero mi marido no me permitió ir a consultarlo.

Yo no podía aconsejar a la mujer que volviese a su casa, porque si el niño moría, ella me lo hubiese inculpado; así es que nos separamos siguiendo cada cual su camino.

Al día siguiente volvimos a nuestro campamento en el bosque. Esa noche, muy tarde, llegó Yoknolpe acompañado por su hermano Halimink y me preguntó si había visto pasar a su mujer; venía del campamento de donde madre e hijo habían desaparecido. Le dije lo que él probablemente ya habría comprobado con las huellas, que la había encontrado en el camino y que iba en dirección a la casa de su padre. Añadí que él no debía enojarse con ella, ya que el viaje tenía por objeto salvar la vida de su hijo. Halimink, que hubiera preferido que se lo comieran asado antes que perseguir a una mujer que se escapaba del hogar, dijo:

—Eso no es cierto, se ha ido porque odia vivir entre nuestra gente.

Yo insistí en que estaba equivocado y que ella sólo había ido buscando la salud del niño. El enfurecido marido no quiso oír más argumentos y, seguido por su hermano, se perdió en la noche, sabiendo que debían alcanzar a su mujer antes de que llegase al campamento de su padre, porque, de lo contrario, serían vencidos en la lucha y hasta podrían correr peligro sus vidas.

La mujer no podía saber exactamente dónde había acampado Te-ilh; tampoco había ningún sendero especial que pudiese orientar a sus perseguidores. Sin embargo, tres o cuatro días después los dos hombres, la mujer y el niño llegaron a nuestro campamento. Y cuando averigüé, Yoknolpe me dijo que la criatura estaba mejor y que habían alcanzado a la madre antes que se juntara con el clan de Najmishk.

Kewanpe quedó con nosotros. Una tarde, dos o tres días después

se presentó ella trayéndome una cabeza de guanaco bien asada. El cráneo había sido cuidadosamente abierto y dejaba a la vista un sabroso manjar: sesos asados. Me preguntó amablemente:

—Oush ta yohn k-koyerh haiyin yorick? (¿No desea mi hermano mayor sesos de guanaco?) [1]

Yo contesté:

—Karr ya t-haiyin. (Mucho lo deseo.)

La mujer se quedó mirándome en silencio mientras yo comía; entonces, me alcanzó una vejiga que contenía aceite de foca, y me invitó en idénticos términos a tomarlo. Conocía yo el gusto de ese producto; con un suspiro de saciedad, contesté:

—Omilh me ya. (Satisfecho estoy.)

Ella se marchó. Comprendí que su marido le había contado cómo la había defendido yo cuando él y su enojado hermano emprendieron su persecución.

3

No se podía esperar que el buen tiempo continuara eternamente. El invierno estaba ya avanzado y pronto una espesa capa de nieve lo cubriría todo durante varios meses. Dentro de pocos días tendríamos que dejar de trabajar en el camino, del lado de las montañas de Harberton. Muchos de mis onas estaban ahora ansiosos por regresar al lado de sus familias, a su propia tierra, antes de que la estación mostrara todo su rigor. Esta decisión me convenía mucho, por lo difícil que resultaba sacar provecho de los indios en el rigor del invierno, máxime teniendo que conseguirles comida.

Halimink yAhnikin decidieron partir con los demás, pero me dieron a entender que pasarían esos meses trabajando en la parte de camino que debía atravesar el bosque, cerca del lago Kami. La nieve rara vez duraba mucho allí y podrían hacer obra útil antes que la primavera nos permitiese reanudar nuestras tareas en el lado de Harberton. Yo estaba, por supuesto, completamente de acuerdo con esto, pero recibí sin mucho entusiasmo la propuesta que me hicieron de prestarles armas de fuego. Demostraron temer el ataque de los hombres del norte, los cuales además de ser mucho más numerosos, habían robado, unos años antes, dos rifles de unos blancos a quienes habían muerto. Una de estas armas estaba en poder de Kilkoat.

Como Halimink y Ahnikin no se sentirían seguros ni podrían de-

[1] Oush	ta	yohn	k	koyerh	haiyin	y	orick?
¿No desea?	quizás	guanaco	de	sesos	tomar	mi	hermano mayor

dicar bastante atención a su trabajo si no estaban suficientemente armados, me pedían rifles.

Estos hombres habían sido tan dóciles y observado tan buena conducta desde la matanza de Koh y sus hermanos, que consentí. Y después de muchas recomendaciones, que escucharon con respetuosa atención, les presté un par de escopetas viejas que ellos habían usado muchas veces en las cacerías cerca de Harberton. Les di también un suplemento limitado de municiones y los insté a que permanecieran estrictamente dentro de los límites de su propio territorio.

El cielo tomaba un siniestro color plomizo, cuando, armada con algunas hachas y los dos rifles, y llevando una regular carga de provisiones, la caravana emprendió el viaje con mujeres y niños, a través de áridas tierras, hacia el refugio del bosque que cubre la ladera norte de la montaña. No habían andado mucho, cuando gruesos copos de nieve empezaron a caer. Al segundo día se levantó un fuerte viento sur y, con mucha dificultad, pudieron llegar al lugar donde acamparon para pasar la noche. Los hombres debieron cargar a los niños pequeños y ayudar a las mujeres en el transporte de sus enseres.

4

Una tarde de julio, a hora avanzada, en los rigores de ese invierno, llamaron violentamente a nuestra puerta. Al abrir, vi que dos indios de aspecto hosco e indómito estaban parados en el lugar donde la nieve había sido limpiada con palas. Sus cuerpos estaban envueltos en mantos de piel de guanaco, calzaban mocasines, sobre la cabeza llevaban el típico atavío y estaban armados con arcos y flechas.

Yo conocía a los dos. Uno era Halah, un hombre fuerte, de mandíbula cuadrada, ancho de hombros y de poco más o menos un metro setenta de estatura. El otro era Chashkil, el hermano de Kiyohnishah y del gran curandero Houshken, el *joön* de Hyewhin. Como sabía qué penosa era, en pleno invierno, la travesía de los pantanos y montañas, la inesperada visita de estos dos hombres flacos y extenuados me llenó de inquietud. No podía tratarse de un mensaje cualquiera. Les pregunté el motivo de este largo viaje. Muy impresionados a la vez que con mucha dignidad, me relataron su historia. Halimink y Ahnikin habían salido de su propio territorio de caza y se habían encaminado hacia la tierra de los indios del norte con los rifles prestados por mí. Se encontraron con un pequeño

grupo de gente en el que estaban Houshken y Ohtumn, el hombre agradable y buen mozo que me había hecho tan buena impresión. Halimink y Ahnikin se les habían acercado con gesto sonriente y amistoso. Recordando los días felices pasados juntos en Harberton, Houshken y los demás no dudaban de sus buenas intenciones. Entonces, cuando nadie desconfiaba de ellos, y habían dejado de lado toda clase de precauciones, Halimink y Ahnikin hicieron fuego matando a Houshken y Ohtumn.

El tiroteo hubiera continuado si el rifle de Halimink no se hubiese trabado después del primer disparo. Los asesinos huyeron después que Ahnikin hubo raptado a la hija mayor de Houshken, a quien hizo su esposa. Kilkoat, el impetuoso muchacho, no había formado parte de la caravana de Houshken.

Éste fué el trágico relato de Chashkil y Halah. Estos dos valientes se habían arriesgado a atravesar el territorio de sus enemigos para averiguar si su gente podía aún contar con la hospitalidad de Harberton o si, como algunos de ellos sospechaban, yo había prestado los rifles a Halimink y Ahnikin con el propósito de reducir el número de los indios del norte. La mayor parte de ellos no lo creía, pero querían cerciorarse por mi propia palabra, además tenían interés de que yo me enterase de lo ocurrido, por boca de ellos.

Naturalmente, repudié la vil acción de que fueron víctimas Houshken y sus compañeros. Con esta firme declaración Chashkil y Halah parecieron satisfechos, pero me censuraron amargamente por haber proporcionado las armas con las que se cometió el crimen.

No permanecieron mucho tiempo en Harberton; cuando se fueron, yo quedé con la angustiosa certeza de que, con un golpe mortal, Halimink y Ahnikin habían destruido todo el trabajo del pasado, y provocado una nueva era de sangrienta y sediciosa lucha.

5

Entre los onas no era considerado un delito el dar muerte a un hombre de otro clan. El axioma ona era: "Si yo no lo mato, con toda seguridad me matará él, si cree que con eso gana algo." También aceptaba el sistema la eliminación de un miembro de otra tribu con el fin de apoderarse de su mujer, aunque el matador ya tuviese la suya, y la matanza del mayor número de amigos de la víctima para debilitar el poder del clan y ponerse a cubierto de futuras represalias. Sin embargo, se hacian distinciones. Existía la lucha de

hombre a hombre. Cuando la pelea se realizaba en el campamento, las mujeres y los niños que la presenciaban se cubrían la cabeza con pieles de guanaco y proferían gritos para exteriorizar su indignación. Cualquier infracción a las reglas que prohibían atentar contra la vida de las mujeres y niños era repudiada. Al respecto recuerdo un hecho que narraré más adelante: en reemplazo de un guerrero, ausente en la ocasión, fueron muertos sus dos hijos pequeños y los mismos compañeros del asesino protestaron enérgicamente por el atropello.

Sin duda, el principal objeto de estos crímenes era la obtención de mujeres. Otra razón, muchas veces usada como pretexto para encubrir la primera, era la de conseguir la eliminación del hechicero del otro clan. He relatado, en páginas anteriores cómo rehusé hacerme curandero por temor a que se me hiciera responsable de alguna muerte por síncope cardíaco ocurrida a cientos de kilómetros de distancia. La muerte repentina, producida por enfermedad, se atribuía siempre a hechicería. Se aseguraba en esos casos que el hechicero del bando contrario había introducido en el cuerpo de la víctima un maleficio que lo había minado lentamente hasta destruirlo. El curandero local pasaba entonces noches y días en terribles esfuerzos físicos y mentales interpretando las cenizas o las brasas, o captando mensajes del mundo de las sombras, mientras los pesarosos deudos escuchaban ansiosos sus exclamaciones. La magia ona no se circunscribía a la tierra o al cielo, estaba en todas partes. Al finalizar estas investigaciones el "médico de familia" orientaba sus sospechas indirectamente, o por deducción, contra un *joön* rival.

Esta era una conclusión muy conveniente para el curandero. No solamente contentaba a sus clientes, sino que se libraba de un peligroso competidor, o preparaba el terreno para ello. Los parientes, por su parte aceptaban gustosos esa explicación que le brindaba una excusa para una expedición punitiva, siempre agradable, y además una oportunidad de conseguir algunas mujeres jóvenes y atractivas, entre los familiares de las víctimas.

El caso del asesinato de Houshken y Ohtumn, era claro. El móvil del crimen de Halimink y Ahnikin era el desquite por las muertes de Slim-Jim y Teëoöriolh, hermanos de Ahnikin. La fama de Houshken como brujo debió ser motivo de la envidia de más de un experto en las negras artes; y la favorable impresión que había producido en Harberton había sin duda atizado el fuego de los celos. ¿Qué mejor oportunidad entonces para Halimink y Ahnikin que la ofrecida por las muertes de Slim-Jim y Teëoöriolh, para suprimir de-

finitivamente una vecindad tan peligrosa para Tininisk, Otrhshoölh y Te-ilh?

Si echamos una mirada retrospectiva sobre la historia relativamente moderna de la magia en Inglaterra o en otros países de Europa o América, nos sentiremos inclinados a juzgar a los onas menos severamente. En una sola generación, o quizá en menos, dieron el paso desde la época prehistórica a la actual civilización, paso que a nosotros nos ha costado miles de años, si es que se puede decir que lo hemos dado ya.

CAPÍTULO XXXII

HALIMINK Y AHNIKIN PIDEN MÁS MUNICIONES. EL ESQUIVO TE-ILH. SUS MOTIVOS PARA EVITAR LOS HOMBRES BLANCOS. AL LLEGAR LA PRIMAVERA REANUDAMOS EL TRABAJO EN EL CAMINO. LA HONESTIDAD DE LOS ONAS. NUESTRO CAMPAMENTO ES VISITADO POR KIYOHNISHAH, QUIEN SE SIENTE JUSTAMENTE INDIGNADO.

1

A principios de la primavera siguiente llegaron Halimink y Ahnikin, solos, a Harberton. Me pidieron un suplemento de municiones y la compostura del rifle de Halimink. Cuando les reproché el abuso que habían hecho de mi confianza admitieron abiertamente haber dado muerte a Houshken y Ohtumn y hasta parecían esperar recibir alabanzas por la hazaña. Quedaron sorprendidos y mortificados cuando no sólo me negué a proporcionarles municiones, sino que les exigí la devolución inmediata de las armas. Esta falta de complacencia de mi parte escapaba a su comprensión. Y sólo cuando se convencieron de que si no cumplían con mi exigencia, nuestra amistad concluiría definitivamente y ya no les tendría consideración alguna, devolvieron los rifles. Les di unas provisiones y les prometí que me reuniría con ellos un poco más adelante, en su propia tierra, para que continuásemos con el trabajo empezado cerca del lago Kami.

No estaban contentos conmigo. Quejáronse indignados de que yo los había desarmado para ponerlos a merced de sus enemigos, y emprendieron viaje para el lago Kami. Quedé preocupado, pensando en qué forma sería yo recibido cuando volviera allá.

2

Seguramente, los hombres del norte no olvidarían la muerte de Houshken y Ohtumn. Tarde o temprano Kiyohnishah, Chashkil, Halah, Kilkoat y los demás, vendrían al sur resueltos a vengarse. Esto significaba un peligro, no solamente para Halimink y Ahnikin, sino para todo el pueblo de Najmishk, al que estaban vinculados.

Te-ilh de Najmishk, el suegro de Yoknolpe, era famoso por su

poder mágico. Físicamente era inmensamente fuerte; aunque no medía más de un metro sesenta, tenía un tórax y unas espaldas poco comunes. Lo vi sólo tres o cuatro veces, porque era sumamente salvaje y evitaba todo contacto con los blancos. Esto se debía a un encuentro que tuviera en las costas atlánticas cerca de Najmishk, con un grupo de mineros. Te-ilh, otro hombre llamado Koiyot y dos compañeros se habían acercado al campamento de los mineros. Éstos les hicieron señas para que se aproximaran y al tenerlos a su alcance les dispararon con sus rifles. Los otros dos hombres fueron muertos, pero Te-ilh y Koiyot pudieron ganar el refugio del bosque. Los mineros, alegaron en su defensa que los indios pretendieron robar una sierra de mano. Argumento verosímil, por cuanto ese instrumento era altamente apreciado por los onas, que la cortaban en varios trozos y la transformaban en cuchillos y otras herramientas. Es posible, sin embargo, que los indios fueran baleados para evitar que fuesen en busca de refuerzos, o lo que parece aun más probable, para despojarlos de sus mantos de piel de zorros, que despertaban la codicia de los blancos.

Después de esta aventura, en que corrió tan grave riesgo, Te-ilh permaneció alejado de los cristianos del norte y sólo se acercó tres veces a Harberton, sin demorarse mucho. Lamenté no haber conocido mejor a este hombre intrépido; según todas las referencias debió ser un individuo excepcional.

Conocí más a Koiyot. Era, como Te-ilh, bajo, ancho y más bien corpulento. Ninguno de los dos era un exponente del tipo ideal de belleza masculina de los onas.

3

La primavera había llegado. La nieve había desaparecido casi enteramente de los terrenos bajos, y en los árboles del bosque (con excepción de las hayas antárticas) brotaban las nuevas hojas. Era ya tiempo de acercarnos a nuestros amigos andariegos y continuar con el trabajo del camino. Sabía cuánto les agradaría saborear comida civilizada después del crudo invierno, así es que decidí acarrear la mayor cantidad posible de arroz, azúcar, maíz, grasa y café.

Llevé como compañeros al alegre Kankoat y al pesado y taciturno Chalshoat. Además de los comestibles debíamos transportar utensilios de cocina, cubiertos, una docena de hachas grandes y algunos picos. Kankoat se encargó del arreglo de nuestros respectivos bultos. Me divertía ver cómo los repartía. Todo lo más pesado fué puesto en el

1. Te-al con su esposo Ishtohn (Muslos gruesos). Fotografía del autor.

2. De izquierda a derecha: Aneki, Kostelen y Shilchan. Adviértase la segunda flecha que Shilchan ya tiene preparada en la mano izquierda, según era costumbre. De *Los Onas*. Cortesía del Director de la Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires.

En el centro, los campeones esquiladores: los hermanos Metet y Doihei. El hombre que viste el goöchiih, al lado de Metet es Yoshyolpe, sobrino de mi tío adoptivo Koiyot. Fotografía de Mrs. Goodall.

de Chalshoat; no obstante que Kankoat y yo llevábamos más de cincuenta kilos cada uno, el fardo de Chalshoat pesaba casi el doble.

Cuando todo estuvo listo, salimos. Los primeros ocho kilómetros a través del bosque no fueron malos, pero en las ciénagas que se extendían más allá quedaba aún mucha nieve. Encontramos un gran ventisquero de más de doce metros de profundidad. Cuando la capa de nieve era superficial, cedía bajo nuestros pies y nos hundíamos en el agua. A pesar de todo, Chalshoat seguía tozudamente su camino sin una palabra de queja.

Al cuarto día encontramos, cerca del lago Kami, el comienzo del camino que habían iniciado a través del bosque Halimink y Ahnikin durante el invierno. Una eficaz tentativa había sido también hecha para tender un puente a través del pantano. Esa misma tarde vimos a Halimink y otro indio que sin duda nos estaban aguardando, pero siguiendo la costumbre ona, lo disimularon, afirmando haber cruzado nuestras huellas y estar allí "por casualidad".

Después de un rato de conversación fuimos a su campamento, donde pasamos la noche. Tenían carne de guanaco en abundancia, pero se alegraron al ver los alimentos que llevábamos. Hombres, mujeres y niños compartieron nuestro estofado y el café que luego servimos.

Vivían continuamente bajo el temor de los ataques de Kiyohnishah y su banda. Sabiendo que los enemigos, en gran número, tratarían de sorprenderlos, se habían dispersado en grupos de dos y tres, manteniéndose constantemente alerta. Su esperanza estaba en las numerosas huellas que, entrecruzadas en todas direcciones, confundirían al enemigo y retardarían su llegada, dándoles así tiempo para dispersarse más. Esta táctica, unida al mejor conocimiento de su propia tierra, los pondría en condiciones de desplazarse a mayor velocidad que sus perseguidores y elegir el campo de batalla. Tendrían que abandonar a sus familias, aunque algunas de las mujeres jóvenes seguramente los seguirían. Las ancianas y los niños estarían a salvo. Como ya se ha dicho, el dar muerte, por venganza, a mujeres y criaturas, aun a varones de poca edad, era costumbre desconocida en esos tiempos.

Esa noche nos quedamos hasta tarde alrededor del fuego, trazando nuestros planes. Halimink sabía, con diferencia de pocas leguas, dónde tenía probabilidad de encontrar a sus amigos y convinimos que se fuera al día siguiente para reunirlos en un lugar determinado.

Así lo hizo y en poco tiempo reunió a unos diez hombres de la antigua brigada, con sus familias. Entre ellos estaban Talimeoat, el cazador de aves, y su primo Puppup, alto, pálido de agradables mo-

dales. Empezamos a abrir el sendero en dirección Sur a través del bosque hacia Kami, que sólo distaba cinco o seis kilómetros.

Aparte del temor de ser atacados, nuestra mayor preocupación era la comida, pues si había más o menos diez o doce compañeros dispuestos a trabajar, los ancianos, mujeres y niños, a quienes también había que alimentar superaban cinco veces este número, y cincuenta o sesenta personas no podrían vivir mucho tiempo con los comestibles traídos por tres hombres, aun cuando uno de ellos fuese el fornido Chalshoat. Por este motivo estábamos obligados a vivir casi enteramente de carne de guanaco, que en esa época del año era excesivamente magra debido a los rigores del invierno. Descubrí que el alimentarse en esta forma frugal, aunque conservaba fuerte al individuo, lo inclinaba a cierta haraganería y disminuía su voluntad de esforzarse. Aun los vigorosos onas lo notaron. Cuando les podía proporcionar estofados con arroz, arvejas o verduras, seguidos de té azucarado o café con galleta marinera, notaba yo un marcado repunte en las energías que desarrollaban.

Confié nuestras valiosas provisiones al cuidado de una de las familias, que las distribuía cuando yo se lo ordenaba. He ahí los métodos que yo ponía en práctica durante esas expediciones. Nunca tuve que quejarme de robos ni de abusos. Una vez dejé un saco de bizcochos colgado de una rama de un árbol en un lugar frecuentado por los indios. Por consejo de uno de ellos, señalé mis huellas alrededor del árbol, para que todos supiesen a quién pertenecían los bizcochos. Cuando volví, diez días después, otras pisadas además de las mías, llegaban hasta el árbol, pero la tentadora comida había sido respetada.

Estábamos acercándonos al lago Kami con nuestro camino, cuando Hechelash, el enano, llegó con un mensaje de Kiyohnishah, con el cual se nos enteraba que él y algunos de sus compañeros nos visitarían al día siguiente. Este ceremonioso procedimiento no dejaba nada que desear, pero sin duda no era un mensaje de amistad; Kiyohnishah y su gente guardaban un rencor que, tarde o temprano, deberían saciar.

Sabíamos que, desde hacía un tiempo, estábamos bajo observación. Habíamos visto huellas que no eran nuestras y guanacos cansados, que no habían sido perseguidos por nuestros perros. Así es que este mensaje no nos causó gran sorpresa. Lo que nos asombró fué que Kiyohnishah y sus amigos trajeran consigo mujeres y niños y se instalaran en un precario campamento a nuestra vista, a doscientos metros de nosotros, del otro lado de un arroyuelo.

Tenía conmigo mi winchester de repetición, y no sabía qué partido tomar, pues si lo llevaba en la mano al ir a conversar con Kiyohnishah,

creerían que desconfiaba de ellos, y hasta podían sucumbir a la tentación de arrancármelo para usarlo contra sus enemigos. Si lo dejaba, Halimink o uno de los otros, podía aprovechar la oportunidad y hacer fuego contra los hombres del norte. Resolví el problema vaciando el depósito del arma y llevándome todas las municiones en los bolsillos. Me presenté a los recién llegados con las manos vacías.

Kiyohnishah vino a mi encuentro. Lo acompañaban, como cuando su visita a Harberton durante el invierno, su hermano Chashkil y Halah. Mi grupo quedó en el campamento, mirando por encima de sus tiendas, dispuestas como escudos, pues las pieles de guanaco, flojas y con el pelo hacia afuera, detenían a menudo las flechas.

Por naturaleza Kiyohnishah era un hombre de buen carácter, razonable, cualidades que también tenían sus hermanos Chashkil y el pobre Houshken. Ahora, ofendido en su dignidad, estaba enojado. Con toda razón su indignación recaía sobre Halimink y sus compañeros, por haber dado muerte traidoramente a Houshken y Othumn; y conmigo por haber confiado tan tontamente al prestar los rifles. Hizo un llamado a los hombres de mi clan para que se presentasen, echándoles en cara su cobardía y su perfidia. Parapetados detrás de sus defensas, éstos contestaron, pero no salieron a campo abierto; una actitud muy poco valiente, según mi parecer; en realidad mis simpatías estaban con los visitantes. Era mi costumbre permanecer estrictamente neutral en estas reyertas de tribus, pero esta vez el asunto me concernía, y no me sentía satisfecho del papel que yo había desempeñado. Mientras el intercambio de epítetos continuaba, algunos de los niños de los recién llegados empezaron a jugar sobre un tronco, que hacía las veces de puente sobre el arroyo y dividía a los dos campos. Uno de los niños era el hijo menor de Kiyohnishah. Por casualidad miraba yo en esa dirección, cuando vi a la criatura caer al agua. Corrí lo más rápido que pude y lo salvé.

El padre estaba a pocos metros detrás de mí, presenciando la escena. Siempre he pensado que este incidente pudo ser la razón por la cual se abstuvo de desafiarme a una ruda lucha, método que usaban los onas para dirimir sus diferencias.

Los visitantes se retiraron silenciosamente, antes del anochecer. Todavía no veía yo el desenlace; la cuenta quedaba, sin duda, diferida. Quedé con una sensación de angustia, difícil de definir. Parecía como si la sombra del crimen planeara sobre nuestro campamento, en medio de la placidez de estos bosques.

CAPÍTULO XXXIII

HEUHUPEN NOS ENVÍA LLUVIA Y NOSOTROS LA DESAFIAMOS. SALIMOS CON HALIMINK EN PERSECUCIÓN DE SU MUJER. MÉTODOS ONAS PARA DAR LA BIENVENIDA A LOS CAZADORES DEMORADOS. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ANTORCHAS FUEGUINAS. HALIMINK, CHALSHOAT Y YO INTENTAMOS VADEAR EL RÍO VARELA.

I

MUCHAS de las montañas en la tierra de los onas, en especial aquellas que estaban aisladas del macizo principal, habían sido antes, según la leyenda, seres humanos y todavía debían ser tratadas con respeto. Por ejemplo, era considerado de muy mala crianza y peligroso señalarlas con el dedo: podía suceder que se envolvieran en nubes y desencadenaran mal tiempo. Una de ellas era Heuhupen, la meseta, que un día fué una bruja.

Estábamos atravesando una extensa región donde yacía la madera, húmeda aún de la nieve del invierno, y habíamos continuado nuestra huella hacia el sur, bordeando la ribera oriental del lago Kami. Ahora nos internábamos en el inmenso bosque de hayas de hoja caduca que tapizaban las laderas septentrionales del macizo. El sonido que producían nuestras hachas en esas regiones, rompía el silencio de muchos siglos.

Frente a nosotros, más o menos a tres kilómetros de distancia, estaba Heuhupen, con su achatada cima y sus escarpadas laderas cubiertas de vegetación, salvo el sitio en el cual un deslizamiento de rocas había arrancado los árboles, peculiaridad que yo había observado en el viaje con Slim Jim. Las dos hijas de Heuhupen, menos importantes, se erguían a ambos lados de la madre. He olvidado sus nombres onas.

Continuamos el sendero pasando el lago Kami, en dirección a estas montañas. Después de uno o dos días el cielo se encapotó y comenzó a llover. Mi tienda y los *kowwhi* de los indios estaban orientados del lado contrario al viento y frente al fuego. Uno se podía acostar o acurrucar en esos abrigos y mantenerse relativamente seco, pero después de un tiempo, si el temporal no daba señales de amainar, resultaba aburrido. A los dos días de incesante lluvia mis compañeros onas

empezaron a sospechar que Heuhupen, en señal de protesta por el ruido de nuestras hachas, había desencadenado los elementos en contra de nosotros.

Hicimos todo lo posible por detener la lluvia. Salíamos de nuestros reparos de a uno, de a dos o de a tres, blandiendo teas encendidas, gritando de modo burlón a la vez que amenazador los nombres de *Mohihei* y *Kowkoshlh*, dos hechiceros muertos tiempo atrás, que una vez habían tenido el poder de atraer la fresca brisa del oeste, que solía barrer la lluvia. ¡Pwhrah, Mohihei!; ¡Pwhrah, Kowkoshlh!, era nuestro grito. (La palabra pwhrah se emplea para mofarse de alguien que ha hecho algo notoriamente tonto.) Los nombres de Mohihei y Kowkoshlh se usaban siempre en ese orden, nunca Kowkoshlh primero. Al caer la noche, los hombres quitaban las puntas de pedernal o de cuarzo de sus flechas, y ponían en su lugar brasas especialmente preparadas. Disparaban luego con fuerza la flecha en dirección a la lluvia, con un grito de desafío agudo y salvaje. Al atravesar el espacio este primitivo cohete se encendía por fricción, describiendo en la oscuridad reinante una estela fugaz y encantadora... Yo mismo, accediendo al ruego de los indios, disparé, dando el grito acostumbrado, dos o tres de mis preciosas balas, en la dirección apropiada... pero todos nuestros esfuerzos resultaron vanos.

No había en nuestro grupo ningún hechicero poderoso; Puppup no pretendía ser más que un mago de muy limitados poderes. Cuando se le pidió amablemente que prestara su colaboración, después de haber fracasado todos nosotros, respondió sonriendo:

—Goötn me ya. (No tengo voluntad, tengo pereza.)

Sin embargo, observaba el más leve indicio del Kenenikhaiyin (viento del oeste). Cuando creyó que se acercaba el momento, en forma muy digna, tomó un trozo de leña encendida (no una antorcha) y repitió nuestras ceremonias con respecto a Mohihei y Kowkoshlh, pero con gestos y gritos más salvajes que los nuestros que habían resultado vanos.

A la mañana siguiente la lluvia cesó y pudimos, durante algunas horas, hacer un trabajo útil. Luego, en la tarde, Heuhupen se envolvió nuevamente en su manto y una vez más empezó a llover. Mohihei y Kowkoshlh habían reaccionado ante el vituperio de Puppup y habían emplazado a Kenenikhaiyin, pero Heuhupen era más fuerte que todos ellos. La sospecha que tuvimos en el primer aguacero se transformó ahora en certidumbre: Heuhupen, que en un tiempo fué una bruja, estaba descontenta con el ruido que hacíamos. Debíamos hacer un rodeo grande hacia el oeste. Nos llevaría a través de un terreno más

fragoso y el camino a Najmishk sería mucho más largo; sin embargo, Halimink, Kankoat y los otros creyeron que era lo que correspondía hacer. Escuché atentamente sus argumentos, convencido de que yo no tenía derecho a ridiculizar, ni aun a ignorar sus antiquísimas supersticiones, así como ellos no tenían derecho a despreciar nuestras ceremonias religiosas y nuestras costumbres. Mientras los indios hablaban, yo pensaba para mis adentros qué respondería si alguien en lo futuro me preguntase el motivo por el cual no habíamos seguido el camino evidentemente mejor y más directo. ¿Diría que las montañas habían protestado por el ruido de nuestras hachas y desencadenado una fuerte lluvia, lo que nos había obligado a hacer un rodeo a fin de asegurarnos el buen tiempo?

No tenía ningún deseo de dar esa larga vuelta. Dije a mis compañeros que recordaba el caso de fuertes lluvias, no provocadas por el disgusto de las montañas con el ruido de las hachas, y les propuse volver a discutir el asunto al día siguiente.

Al despertarnos vimos una mañana espléndida. Una brisa fresca del oeste secó prontamente la humedad de las ramas. Esperé hasta que el sol estuvo bien alto y luego reuní a mis compañeros. Propuse que las mujeres transportaran el campamento al pie de Heuhupen, donde habíamos acampado ya otras veces y existía una agradable cañada. Mientras tanto nosotros nos acercaríamos a la montaña y empezaríamos a trabajar enérgicamente, como si no tuviéramos miedo de hacer ruido.

Les prometí que si volvía a llover, llevaríamos el camino bien hacia el oeste; si, al contrario, cesaba la lluvia, sabríamos entonces que ésta llegaba por su propia voluntad, sin obedecer a los mandatos de Heuhupen.

Después de una corta discusión, los indios accedieron de mala gana. Las mujeres trasladaron el campamento y nosotros tuvimos un día de intensa y ruidosa labor. No necesito decir con qué ansiedad miraba yo el cielo y la cumbre de Heuhupen, no sólo ese día, sino también los siguientes. Afortunadamente, el tiempo continuó muy bueno y todo salió bien.

2

Mientras construíamos el camino, formábamos un grupo feliz que, de cuando en cuando, trasladaba su campamento en dirección sur, a medida que el trabajo adelantaba.

De mi provisión de alimentos civilizados ya poco quedaba; de-

bíamos, pues, vivir casi enteramente de carne de guanaco. Las dos clases de hongos que se encuentran en los árboles, en esa época del año, tienen escaso valor alimenticio. Las hayas muy jóvenes de hojas caducas contienen una savia comestible; de la corteza de los brotes nuevos, al despuntar las hojas, se puede extraer un líquido leñoso. Toma poco tiempo juntar medio litro de este líquido, pero una persona, por hambrienta que esté, sólo podrá tomar una pequeña cantidad debido a su gusto acre, que raspa la lengua y la garganta.

Después del trabajo del día nos entreteníamos luchando. El entusiasmo que ponían los muchachitos en ese ejercicio nos divertía muchísimo. Nos preocupaba, sin embargo, la idea de que Kiyohnishah y su banda estarían esperando la oportunidad para asestarnos algún golpe mortal; en consecuencia teníamos los nervios tensos, y cualquier ruido en medio de la noche, el súbito ladrido de un perro o el grito de un pájaro asustado, era suficiente para alarmarnos.

Nos manteníamos siempre juntos, nadie se aventuraba lejos del campamento. Cuando el guanaco escaseaba en ese distrito y la necesidad de carne para alimentar tantas bocas se hacía urgente, nos encontrábamos frente a una grave disyuntiva: ¿Debían algunos quedarse en el campamento a continuar la faena, mientras los otros se alejaran por unos días a cazar? Pero esta división debilitaría nuestro grupo. Dos o tres hombres no podrían trabajar y vigilar al mismo tiempo. Una lluvia de flechas podía ser el primer aviso que recibiésemos de la vista de nuestros enemigos, atraídos al lugar por el ruido de las hachas. La otra alternativa era partir todos a cazar, dejando a las mujeres y niños.

Después de mucha discusión optamos por esto último, que no sólo era lo más conveniente, sino que además nos daba la oportunidad de descansar. Ninguno de nosotros hubiese querido quedarse a trabajar mientras los demás se dedicaban a la caza.

Con la intención de estar fuera dos o tres días, salimos todos juntos, marchando rápidamente, para poner la mayor cantidad posible de kilómetros entre nosotros y el área peligrosa, antes de dispersarnos para la caza. A menos de tres kilómetros de nuestro campamento avistamos un guanaco macho solitario que se alejaba velozmente, fuera ya del alcance de las flechas; una bala de mi rifle lo abatió. Las mujeres del campamento carecían de carne, así que decidimos, para que no quedasen reducidas a los hongos y a la savia de los árboles, que Halimink y yo regresáramos llevándoles el guanaco, mientras los demás seguirían avanzando en procura de más carne.

Cuando esa tarde Halimink y yo llegamos al campamento con

nuestra carga, me alegré de poder tomarme un descanso. Me quité los mocasines y me recosté en mi lecho de ramas, ahora perfumado con pimpollos y hierba seca, que las mujeres, sin que yo lo pidiera juntaban para mi cama. Halimink se reunió con su familia en una tienda más grande, a pocos metros de distancia. Por lo que oía saqué en conclusión que algo no andaba bien en casa de Halimink. En vez de acostarse con un aire de exagerado cansancio, como para impresionar a las mujeres con el heroico esfuerzo realizado para traerles provisiones a tiempo, lo oí caminar apresuradamente por el campamento; iba de uno a otro *kou·u·hi*, interrogando con ronca voz a todas las mujeres.

La razón de todo este alboroto era la desaparición de Akukeyohn, la viuda de Koh y la más joven de las dos esposas de Halimink. Poco después de nuestra partida, esa mañana, ella hizo un pequeño fardo y se marchó, con la evidente intención de abandonar a su amo y señor. Halimink no pudo averiguar qué rumbo había tomado. Interrumpiendo impaciente la inútil charla de las mujeres, mi amigo dió media vuelta y con expresión resuelta se internó velozmente en el bosque.

Como yo sabía que él se daría cuenta del peligro de andar solo al alcance del clan enemigo, no me sorprendió verlo aparecer diez minutos después al lado de mi cama. Me incorporé y él dijo:

—Mi mujer me ha dejado y debo perseguirla, ¿tendría usted inconveniente en prestarme su rifle por si encontrara gente mala en el bosque?

No le recordé el mal uso que había hecho del rifle cuando se lo presté hacía menos de seis meses; en cambio le repliqué:

—¿Puedo yo acaso defenderme con arco y flecha como un ona? Si yo le presto mi rifle quedaré tan indefenso como las mujeres en el campamento.

—Así es —contestó en tono lúgubre—, y usted está demasiado cansado para acompañarme, de manera que seguramente me matarán.

Aun en el caso de estar extenuado, no hubiera podido confesar tal debilidad ni negarme a tan plañidero y hábil ruego. Me puse apresuradamente los mocasines, recogí el rifle y le dije que tomara la delantera. Nuestro campamento estaba rodeado por kilómetros enteros de altas hayas de hoja caduca conocidas por *hanis* por los yaganes; los onas las llamaban *kualchink* y los eruditos *Nothofagus antarctica*. Aquí y allá había lomas pedregosas con árboles enanos, por falta de suelo adecuado, y la mayor parte del terreno está cubierta por una enorme cantidad de árboles caídos que tardan mucho en pudrirse. Las

brechas dejadas por los gigantes eran ocupadas por una nueva generación de árboles que luchaban mortalmente entre sí en su afán de alcanzar la luz.

Nos internamos en esa selva intrincada en busca de la joven señora de Halimink, tarea difícil por la cantidad de huellas de las mujeres de nuestro campamento que habían salido a recoger hongos o leña para el fuego, y de jóvenes aventureros que se ejercitaban para ser grandes cazadores. Pero esto no preocupaba a mi ágil compañero que seguía una huella, para mí invisible, y atravesaba los obstáculos a tal velocidad que yo tenía que esforzarme para seguirlo. Mientras iba tropezando detrás de él, crecía mi rencor por Akukeyohn; en vez de estar recostado cerca del fuego trenzando o adornando algún pedazo de cuero para hacer riendas, o conversando con las mujeres y anotando palabras onas, ¡tenía que fatigarme por esos matorrales! Había visto muchas mujeres onas llenas de cicatrices, principalmente en la cabeza, causadas por sus irritados maridos, y dos o tres veces, durante los años que viví entre ellos, oí proferir gritos o dar golpes; pero, cualesquiera que hubiesen sido mis preferencias, jamás intercedí entre marido y mujer. En esta ocasión no tenía el mínimo deseo de levantar la voz en señal de protesta por lo que hiciera Halimink a su mujer, en el caso, poco probable, de que encontrara la huella de la fugitiva. Estaba furioso contra esa muchacha y me regocijaba de antemano con la paliza que recibiría de su exasperado marido. Tan grande era mi irritación que me hubiera gustado propinarle yo mismo la paliza.

Caminamos a prisa durante una hora, luego Halimink se detuvo con expresión preocupada. Aproveché esa oportunidad para sugerirle que era más probable que su mujer se hubiera ido hacia Harberton, por el sur, en vez de tomar la dirección nordeste que estábamos siguiendo. Me lanzó una larga mirada entre burlona y compasiva, sin dignarse contestarme. Luego cambió de expresión, como si una idea brillante lo hubiera iluminado, y retrocedió unos diez pasos hasta un gran árbol caído y atravesado en el camino, sobre el cual habíamos pasado; allí, sobre la tierra mohosa estaban bien visibles, aun para mis ojos, dos marcas de pequeños talones que la joven había dejado al saltar.

Avanzamos cautelosamente, no porque la huella fuese difícil de seguir, sino por otro motivo. Después de andar unos cien metros, Halimink se detuvo y me hizo sentar. En un pequeño hueco, acostada, con la cabeza apoyada sobre el fardo, estaba la joven señora Halimink profundamente dormida. Mi amigo se sentó, sin hacer ruido, sobre

un tronco, cerca de la mujer, mientras yo con el deseo de no incomodar ni a él ni a la señora me quedé atrás fingiendo estar muy interesado en los movimientos de los pajaritos que acababan de llegar al bosque para pasar el verano con nosotros. Esperaba oír de Halimink un estallido de recriminaciones, seguido de chillidos de indignación o lamentaciones de dolor de parte de su mujer, pero tales sonidos no llegaron a mis oídos. En cambio oí una sonora carcajada de Halimink, que despertó a su mujer y me hizo acercar para descubrir la causa de esta alegría. Contestando a mi pregunta, dijo:

—Estaba pensando que si usted tuviera una mujer, y se le escapara, nunca sería capaz de dar con ella.

Así fué como Akukeyohn, a pesar de todo, se libró de la paliza.

3

Nuestros compañeros volvieron con un buen suplemento de carne de guanaco que nos mantuvo por un tiempo, pero muy pronto fué necesario ir de nuevo a cazar. Los hombres del norte parecían haber abandonado el distrito; no encontrábamos señales de su paso ni veíamos sus fogatas. Decidimos entonces modificar nuestro procedimiento anterior y dividir nuestras fuerzas. Dos pequeños grupos de cazadores partieron en distintas direcciones y los demás continuamos el trabajo.

A la hora del crepúsculo cayó una ligera llovizna que humedeció la maleza en flor. Uno de los grupos regresó con las manos vacías. Se hizo la noche, oscura como un pozo. Perdimos la esperanza de que la segunda expedición volviese esa noche, de modo que preparamos la comida con los pocos huesos que quedaban, a los que rallamos y extrajimos el tuétano.

Nuestros fuegos estaban ya por extinguirse y algunos de nosotros, envueltos en los quillangos, nos disponíamos a acostarnos en los lugares más secos de nuestros precarios refugios, cuando se vislumbró un reflejo de luz en lo alto del tronco de un árbol cercano. La luz vaciló, desapareció y pronto reapareció sobre el tronco lustroso; esta vez no había duda sobre su origen: era el reflejo de una antorcha agitada de cuando en cuando para reanimar su llama.

Nuestro segundo grupo de cazadores regresaba. Los perros, nerviosos, empezaron a ladrar. Al rato vimos avanzar a nuestros amigos por la selva enmarañada, cubiertos de lodo y agobiados por pesadas cargas de carne. La antorcha hábilmente manejada por el

que iba adelante alumbró el escenario y entonces surgió un fantástico cuadro a nuestra vista. Ante una invitación de Kankoat nos pusimos todos a ladrar como perros, para dar la bienvenida a los afortunados cazadores. Los onas eran buenos imitadores, y acompañados por los verdaderos perros, se armó en el bosque silencioso un alboroto de todos los diablos; mujeres y niños se unieron al coro.

Entremezclados con los alegres ladridos se oían lúgubres lamentos y furiosos gruñidos de algunos perros humanos. Kankoat y un compañero hicieron una demostración realista, gruñendo y mostrando los dientes, que parecía que en cualquier momento iban a arrojarse uno contra el otro. Esta representación, en honor de los cazadores que habían desafiado la oscuridad y el mal tiempo para traer alimento a sus familias y amigos, en lugar de quedarse a pasar cómodamente la noche, tenía un nombre peculiar que no puedo recordar; sólo tuve cuatro oportunidades de presenciar semejante acogida. La segunda vez fué en honor de Yoknolpe (el medio hermano de Halimink) y de mi persona. El alegre recibimiento que nos dispensaron, tan poco común en ellos, fué una amplia recompensa por la hazaña que hicimos de caminar algunas horas a través del bosque empapado, en vez de detenernos a encender el fuego, comer abundantemente y quedar allí hasta la llegada del día; mientras nuestros compañeros, de vuelta en el campamento, sufrían con sus raciones insuficientes.

Las antorchas de los onas merecen ser descriptas. Cuando era necesaria una luz para viajar en medio de la noche, el cazador buscaba a tientas hasta encontrar un árbol inclinado cuya corteza estuviese seca y con unos trozos de la misma encendía un pequeño fuego. A la luz de ese resplandor juntaba más leña seca, que colocaba verticalmente alrededor de la débil llama, para establecer una corriente de aire. Cuando conseguía una buena llama que alumbrase suficientemente, el cazador buscaba cortezas adecuadas para su antorcha. Necesitaba tres de ellas, cada una de un metro de largo más o menos y diez centímetros de ancho. Después de introducir a intervalos regulares unas pequeñas cuñas del grueso de un dedo, para mantenerlas separadas, ataba las cortezas, encendía el haz, y la antorcha estaba lista. Durante la marcha, el cazador debía agitarla de cuando en cuando para mantener viva la llama.

El cazador ona llevaba su yesquero dentro de una bolsita impermeable, hecha con una vejiga, sujeta con una guasca alrededor de su cintura. Después de mi experiencia durante la persecución al ganado detrás de Flat Top, adopté un procedimiento similar y guardé mis fósforos dentro de una cápsula de metal, tapada con un corcho, que

colocaba en un cinturón fijado al cuerpo. Así, aunque perdiese la ropa, conservaría mis preciosos fósforos. A veces me pregunto: ¿Qué haría sin fósforos un cazador blanco en medio del bosque invernal? ¿Frotaría dos ramitas hasta inflamarlas o dispararía su rifle sobre un montón de pasto seco o de ramas? Lo primero exigiría ciertos conocimientos además de una madera especial; en cuanto a lo segundo podría resultar un fracaso, pues la fuerza de la explosión dispersaría el combustible. Mejor método sería quitar la bala de un cartucho (lo que no siempre es fácil), colocar en su lugar una yesca de género, de telaraña o de cualquier pelusa seca, y disparar sobre un montón de pasto seco o de ramitas. La yesca sale casi siempre inflamada y enciende el fuego.

4

A medida que adelantaba nuestro trabajo en el camino, nuestras hachas se iban mellando y nuestra avidez por café dulce, galletitas y otros refinamientos iba creciendo. Decidimos, pues, que Halimink, Chalshoat y yo fuésemos a Harberton a afilar nuestras cinco hachas y conseguir un nuevo suplemento de provisiones. La verdad es que yo necesitaba volver por unos días a la vida del hogar, después de haber vivido únicamente de carne de guanaco, que, como ya he dicho anteriormente, es siempre magra después del invierno. En el monte soñaba a veces hallarme con mi madre, tomando el té... en una mesa provista de pan, manteca, tortas y otras delicias de la vida civilizada que era una especialidad de Yekadahby y que a ella le encantaba ofrecer al recién llegado. ¡Qué desilusión era despertar y comprobar que no había sido sino un sueño!

La primavera estaba avanzada. Llovía persistentemente cuando los tres salimos del campamento; parecía como si la lluvia no fuese a cesar jamás. La nieve se iba derritiendo rápidamente en las montañas y los ríos desbordaban. Evitábamos en lo posible cruzarlos; cuando sólo nos separaban seis kilómetros del hogar, nos enfrentamos con el río Varela. No me gustó nada su aspecto, pues estaba en plena creciente. Sus aguas oscuras arrastraban grandes ramas y de vez en cuando bloques de hielo pasaban a gran velocidad. Halimink y Chalshoat, ambos intrépidos, creían que podríamos vadearlo, pero yo no estaba muy seguro. De todos modos, no nos quedaba otra alternativa, así que resolvimos intentarlo.

Hubiese sido una locura que un hombre solo lo hiciera, porque la corriente lo habría arrastrado, pero estando en grupo se podría em-

plear el sistema propio de los onas. Nuestro primer paso consistió en cortar un palo de poco más o menos dos metros y medio. Luego nos sacamos casi toda la ropa, no para conservarla seca, pues ya estaba empapada, sino porque ella, especialmente los pantalones, resultaría un impedimento en el agua correntosa. Halimink y yo éramos los únicos que usábamos pantalones en ese viaje; Chalshoat, más conservador, estaba envuelto en su piel de guanaco. Poco a poco, el ona iba adoptando la ropa del hombre blanco, pero Chalshoat se mantenía leal a su vestimenta atávica. Yo llevaba mi rifle y una de las hachas, y cada uno de los otros, dos hachas. Con éstas y la ropa hicimos tres fardos que atamos con *moji* y cargamos sobre los hombros.

El sistema ona para atravesar ríos correntosos era el siguiente: uno de los hombres, el más fuerte, tomaba el palo y entraba en el agua y medio enfrentaba la corriente. Sujetando el palo con ambas manos, lo más separadas posible, apoyaba un extremo contra su hombro y el otro en el fondo del río para contrarrestar la fuerza del torrente y desviar las embestidas de los trozos de hielo y las ramas que iban a la deriva. Lo que debía hacer este hombre era mantener el cuerpo rígido y formar un baluarte contra la corriente. Los demás se colocaban detrás de él bien asidos unos a otros. Cuando todos estaban ubicados, el primero sacaba el palo del agua y lo hundía en el fondo del río un poco más cerca de la otra ribera; mientras tanto, los otros empleaban toda su fuerza para sostenerlo en esta difícil maniobra. Cuando el palo estaba sólidamente plantado en su nueva posición, los demás avanzaban un poco, repitiendo esta maniobra una y otra vez. El segundo hombre de la fila era casi tan importante como el primero. Debía tener sumo cuidado de no perder pie y con ambas manos agarrarse al cuerpo de su compañero. A veces necesitaba colocar una mano cerca de las rodillas del hombre que estaba sosteniendo y la otra debajo de la cintura. Con la fuerza que traía el río, el agua podía llegarles del lado alto a la altura de las axilas, mientras del lado bajo apenas alcanzaría a las rodillas. Los hombres que estaban agua abajo eran menos importantes, y asimismo cada uno debía hacer lo posible para sostener al hombre que rompía la fuerza del agua más arriba. El último de la fila llevaba a veces un palo, pero éste resultaría de poca utilidad en el caso de que los demás llegaran a perder pie.

Una hilera de hombres puede cruzar de este modo un torrente, mientras que sería completamente imposible para un hombre solo hacerlo y un caballo no podría mantenerse sobre sus patas. Siempre

la tentativa resulta peligrosa y he oído de un caso en que varios aush perecieron al realizar tal hazaña.

Halimink, a pesar de ser el más bajo de los tres, tomó valientemente la delantera. Yo venía detrás y Chalshoat por el lado bajo del río. Arrancamos del banco mientras Halimink sujetaba el palo en la forma adecuada. En aguas correntosas lo más difícil es mantener los pies en el fondo y nuestra marcha era lenta y ardua. Habíamos alcanzado el medio del río cuando casi nos ocurre un desastre. Chalshoat, a pesar de ser extraordinariamente fuerte y resistente, parecía siempre aflojar en el último momento. Fué él quien dejó escapar al hombre que se proponía matar, cuando todo el resto de los trabajadores de la Compañía Minera San Martín fueron asesinados por la banda de Capelo. Ahora habíamos llegado a la mitad del río cuando perdió pie. Estaba a mi lado, aguas abajo, y en vez de ser mi sostén, se agarró fuertemente a mi cuerpo, mientras pataleando con fuerza trataba en vano de tocar fondo. Quizá yo, obrando sin egoísmo, debiera haber soltado a Halimink e ido a la deriva aguas abajo con Chalshoat, que seguía debatiéndose; en ese caso no estaría ahora escribiendo esta narración. En cambio, puse la vida de Halimink en peligro por colgarme de él. No puedo explicarme cómo ese hombrecito se mantuvo en su posición hasta que Chalshoat, con gran dificultad, consiguió afirmarse nuevamente sobre sus pies.

Después de esta casi tragedia decidimos volver a la orilla de donde habíamos partido. Conseguimos llegar a tierra firme y sin vestirnos, pues contábamos entrar en el agua nuevamente, caminamos aguas abajo en busca de un lugar mejor para cruzar. A corta distancia, en la orilla opuesta del Varela, sobresalía un promontorio bajo que parecía adentrarse en el agua. Sobre nuestra orilla había un banco escarpado y a unos seis metros más arriba del río, un árbol. Toda la fuerza del río corría bajo ese banco; del lado opuesto, el promontorio lo hacía menos turbulento.

El árbol se inclinaba sobre el agua. Discutimos si debíamos hacer un puente volteándolo; tenía quince metros de alto y tronchándolo por el lado opuesto podríamos derribarlo; tal vez no alcanzara a atravesar íntegramente el río, pero sí lo suficiente como para permitirnos llegar a la parte tranquila de las aguas. Existía el peligro, por supuesto, de que la corriente se lo llevara en el momento en que estuviéramos encaramados en él, pero había que correr el riesgo. A seis kilómetros de allí estaba Harberton con todas las comodidades que brindaba el hogar. La otra alternativa era pasar una noche en los bosques húmedos y tristes.

Comenzamos a hachar el árbol hasta que su gran peso lo hizo caer estrepitosamente al río, se rajó hasta las raíces quedando así amarrado al banco. Las ramas altas quedaron sumergidas en el agua un poco más allá del gran caudal del torrente.

La presión de la corriente sobre las ramas bajas amenazaba desprender el árbol de su amarra sobre el banco. Antes de que fuese arrastrado, con toda prisa nos deslizamos por las ramas más delgadas hasta salvar la corriente. Luego vadeamos el resto con el agua hasta la cintura.

¡Qué grato resultó encontrarnos aquella noche en casa!

CAPÍTULO XXXIV

LA BALLENA ENCALLADA EN EL CABO SAN PABLO. LOS AFICIONADOS A LA CARNE DE BALLENA SON ATACADOS POR LOS HOMBRES DEL NORTE Y SE PRODUCE UNA GRAN MATANZA. EL ASESINATO DE TE-ILH. LA VENGANZA DE SHISHKOLH. UN TORNEO DE LUCHAS ENTRE EL SUR Y EL NORTE. LOS ONAS RESPETAN LAS LEYES DEL JUEGO. MI LUCHA CON CHASHKIL. PELEAMOS HASTA QUE CHASHKIL SIENTE SUEÑO.

I

Poco tiempo después de la visita a Harberton relatada en el capítulo anterior, se unieron a nuestros trabajadores del bosque algunos de nuestros amigos de Najmishk, Tininisk el curandero entre ellos.

Una tarde llegaron dos jóvenes emisarios onas a nuestro campamento. Era evidente que traían noticias importantes, pero eran demasiado orgullosos para comunicarlas en seguida. En cuanto a nosotros, teníamos demasiada dignidad para demostrar indebida impaciencia, aunque creo que el olor que despedían nos dió el primer indicio sobre el objeto de la visita.

Poco después nos informaron que una enorme ballena había sido arrastrada hasta la costa del poblado de Tininisk, cerca del cabo San Pablo. A mí esta noticia no me conmovió, pues nunca me gustó ese animal como alimento. La ballena es una masa tan inmensa de sangre caliente que mucho antes de enfriarse ya está podrida. Hasta el aceite queda fuertemente penetrado de un olor desagradable. Pero para los indios onas era un envío del cielo. ¡Qué reconfortante para ellos en primavera cuando la carne de guanaco es tan magra y escasa, recibir una provisión ilimitada de grasa y aceite!

A menudo el olor, que traía el viento desde varias leguas, ponía a los indios sobre la pista y los hacía correr hacia el lugar del acontecimiento.

Tininisk y otros pobladores de las costas quisieron salir en seguida, el *joön*, probablemente, más por razones de prestigio que por la perspectiva de un banquete, pues una ballena encallada atraía visitantes de todos los alrededores, y él quería que todos supiesen que

Tininisk el grande y poderoso mago, seguía siendo el señor de sus antiguos dominios.

Todos mis ayudantes necesitaban un descanso; abatir árboles sobre laderas de montañas surcadas de arroyos, bajo continuos chubascos, pronto los fatigaba. Declaré asueto general. Supuse que todo el grupo se dirigía al cabo San Pablo, pero no fué así; algunos de ellos prefirieron aprovechar en otros sitios sus cortas vacaciones.

Halimink, Ahnikin, Yoknolpe, Talimeoat y otros indios de las montañas pensaron más en su seguridad que en la grasa de ballena y decidieron ir a cazar a los bosques de sus propias tierras, donde estarían a salvo de la mano vengadora de Kiyohnishah. Fué mejor para ellos que así lo hicieran.

Dividí nuestras provisiones y di a los cazadores la parte del león bajo la condición que regresaran a su trabajo tan pronto como les fuese posible. Luego partimos en tres direcciones: yo hacia Harberton, los cazadores hacia regiones más tranquilas de sus propias tierras, y el grupo de los balleneros, entre ellos el amable Puppup y su familia, hacia la costa oriental.

Cerca de la ballena encallada se habían reunido alrededor de ciento cincuenta onas del cercano distrito, de los cuales unos treinta eran hombres. El jefe era Te-ilh, el curandero de Najmishk, de contextura fuerte aunque pequeño de estatura; fué contra él que dispararon los mineros acusándolo del robo de una sierra de mano; lo acompañaba el corpulento Koiyot; juntos habían conseguido escapar en aquella oportunidad, dejando a sus dos compañeros muertos. Otro participante de la fiesta de la ballena era Shijyolh, oriundo también de Najmishk y emparentado con Te-ilh. Era aquel hombre tímido envuelto en su manto de piel de zorro a quien yo había conocido al cruzar la isla, en un viaje a Río Grande. Se encontraba ahora con su mujer, sus dos hijitos, de nueve y siete años de edad y su hermano llamado Shishkolh.

Los aficionados a la carne de ballena habían levantado dos campamentos, vecinos y en excelentes relaciones. Tininisk, Puppup y los restantes del grupo fueron bien acogidos y todos se prepararon para la comilona. La abundancia de la comida y la seguridad que da el número habían engendrado una sensación de seguridad. Despreocupados, no apostaron guardias, de modo que no estuvieron en condiciones de defenderse cuando una mañana a primera hora, Kiyohnishah y sus hombres cayeron sobre ellos con rifles, arcos y flechas.

Kiyohnishah no había permanecido ocioso después de la muerte de su hermano Houshken. Recorrió las distantes orillas de los bosques

ahora destinados a la cría de ovejas, hasta reclutar unos sesenta hombres con los cuales atacó a aquellos que confiadamente se habían reunido alrededor de la ballena. Entre el grupo atacante estaban Chashkil, Paloa, aquel que había desafiado al pelotón de policía, el amargado Kilkoat con el rifle robado y Taäpelht.

Taäpelht, cuñado de Puppup, era ágil, de estatura mediana y conocido en toda la comarca de los onas por su velocidad y su coraje. Era, además, famoso por ciertas proezas. Solo y armado únicamente con su arco había dado muerte a uno de los dos más conspicuos cazadores de indios; a éstos, como ya he mencionado en páginas anteriores, se les pagaba una libra por cada cabeza de ona. En la Tierra del Fuego ese cazador de seres humanos era conocido por un sobrenombre. En mi deseo de no herir la susceptibilidad de sus descendientes, aunque fueran ilegítimos, no daré su nombre, lo llamaré Dancing Dan; no diré que fuera un buen jinete, pero ciertamente era muy temerario pues pasaba al galope por los terrenos más abruptos. Para tirar sólo lo igualaba su compañero, más bien dicho, su "leader", cuyo nombre tampoco quiero mencionar.

Taäpelht se hizo también responsable de las heridas infligidas, en una misma refriega, a otros dos hombres blancos muy conocidos. El primero era el rey de Río Grande, el execrable McInch. La flecha de Taäpelht había atravesado las anchas espaldas del escocés y la extracción de la misma había sido muy dolorosa. La púa tuvo que ser excavada con un cuchillo antes de poder arrancar la flecha. La segunda víctima fué nada menos que don Ramón L. Cortez, el Jefe de policía, que había recibido pocos minutos después una flecha en la nuca al acercarse demasiado al matorral donde se escondía su presa.

Además del rifle de Kilkoat, el grupo de Kiyohnishah tenía por lo menos otra arma de fuego robada. Los atacantes cayeron de improviso sobre sus víctimas y se produjo una gran matanza. Entre aquellos que perdieron la vida esa mañana estaba el fuerte y salvaje Te-ilh. Tininisk, Shijyolh, su hermano Shishkolh y mi amigo Puppup, lograron escapar al bosque.

Convencido de que los enemigos respetarían las normas de combate de los onas, estos fugitivos dejaron en el campamento a sus mujeres y a sus familias. En esta oportunidad las leyes no se observaron. Uno de esos feroces vengadores disparó sus flechas contra los dos hijitos de Shijyolh, crimen inaudito en aquella época.

Puppup, que estaba a poca distancia del campamento cuando se desencadenó la tormenta, corrió a través de un valle esperando llegar

a los bosques de las colinas, pero fué perseguido por un hombre más veloz que él que le gritó:

—No corras, Puppup, soy tu cuñado, no tengo odio contra ti.

Cuando Puppup se dió cuenta de que era Taäpelht, se detuvo; juntos descansaron un rato y luego volvieron al lugar de la matanza. El grupo atacante fué seguido, en su marcha forzada, a corta distancia por algunas enérgicas mujeres jóvenes que llevaban el mismo paso que ellos. Aunque no me dieron detalles, estoy seguro de que ellas se llevaron un buen cargamento de grasa y aceite en su viaje de vuelta al norte. Kiyohnishah parecía haber venido únicamente para vengar la muerte de Houshken. Es increíble que no se llevaran a ninguna de las mujeres ni siquiera a Ahli. Alta, bien parecida y sin hijos, Ahli era la mujer de uno de los hombres asesinados, aunque oriunda de la tierra de los asesinos.

Cuando la costa estuvo despejada los fugitivos volvieron a sus casas, pero las fiestas y holgorios se habían trocado en aflicción y luto. De todos, los más acongojados eran Shijyolh y su mujer. Shishkolh, al ver muertos a sus sobrinos y a sus amigos, clamó venganza. Su mirada se posó en Ahli, que había pertenecido una vez al grupo del norte. La atrajo a un lugar cercano al campamento, y luego, desde poca distancia, le atravesó el cuerpo con una flecha que le produjo la muerte.

Esta acción de Shishkolh fué criticada por los onas de todos los grupos tan severamente como el asesinato de sus dos infortunadas criaturas. Protestaban que era un acto indigno de un hombre. Halimink, al enterarse, dijo:

—La mujer no tenía arco ni flechas.

Aún no estaba saciada la sed de venganza de Shishkolh. En otra oportunidad emprendió solo una correría. En su exploración divisó un humo distante y se encaminó hacia el campamento enemigo. Acercándose lo más posible, en aquella noche de tormenta, disparó con todas sus fuerzas una flecha, luego corrió para salvar su vida. Los perros ladraron furiosamente y no tardó en armarse gran alboroto en todo el campamento. No pudieron imaginar que era uno solo el atacante, así es que esa noche durmieron poco.

Mucho después otros me contaron esta escapada, con gran diversión y regocijo de todos; debo decir que el héroe hizo todo lo posible para parecer modesto.

2

Tres meses después de la matanza en el lugar de la ballena encallada, me encontraba yo en Harberton. Estaban conmigo algunos onas del sur, entre ellos Halimink, Ahnikin, Kankoat, Tininisk, Shishkolh y Koiyot y el escaso remanente del grupo Najmishk, otrora tan numeroso. Un día nos sorprendió agradablemente la visita de Kiyohnishah y un buen contingente de hombres del norte.

Yo me alegré de verlos, pues Kiyohnishah era un buen muchacho, y desde la muerte de Houshken, él y su gente contaban con mi simpatía. Todavía abrigaba yo la esperanza de unir a los dos clanes. Era indispensable que esas criminales venganzas acabaran, a menos que desearan exterminarse recíprocamente. No había posibilidad de sobrevivencia a menos que prevaleciera, antes de mucho, el orden y la ley en esa parte de la Tierra del Fuego libre aún de los invasores blancos del norte.

Los recién venidos pidieron trabajo; las reglas de nuestra granja nos prohibían rehusárselo a los indígenas ya fueran onas o yaganes; pero pronto se evidenció que el verdadero motivo de la visita era enfrentarse con sus enemigos en terreno neutral y desafiarlos a una serie de torneos de lucha. No eran precisamente aquellas luchas amistosas que solíamos entablar para divertirnos.

El grupo de Halimink alcanzaba apenas a una veintena, frente a estos formidables visitantes. Los onas de los bosques y de las montañas del sur, aunque rápidos y decididos, eran por lo general menos fuertes que sus vecinos del norte. En las tierras de éstos abundaban los apen (tucu-tucu) y otros alimentos sustanciosos, escasos en las zonas pantanosas de aquéllos. Así, al enfrentarse en luchas, los hombres del norte, más pesados y numerosos, llevaban siempre la mejor parte. Frente a Halimink y sus amigos estaban ahora apostados tipos fornidos como Kiyohnishah, Chashkil, Halah, Paloa, Kilkoat, Taäpelht y ese viejo y bondadoso guerrero Kautempklh, secundados por valientes luchadores como Hechelash el enano y sus hermanos Yoiyolh y A-yaäh, igualmente diminutos.

Era evidente que ninguno de los dos grupos tenía confianza en el otro; Halimink y su gente en vez de acampar en la orilla del bosque principal, levantaron sus refugios casi en el pueblo yagán, mientras que Kiyohnishah y los recién venidos alzaron los suyos a la sombra

de unos árboles en un bosquecillo, a menos de medio kilómetro de distancia de nuestra finca.

A pesar de que esa mutua suspicacia, motivada por los daños que ambas partes habían recibido en sus eternas luchas, hacía imposible la convivencia en su propia tierra sin derramamiento de sangre, ahora, al tomar contacto en tierra neutral, observaban, hasta en sus últimos detalles, las leyes de la contienda impuestas por las antiguas costumbres onas.

La víspera del encuentro, Kiyohnishah mandó un mensajero con el desafío oficial. Yo me mantuve en contacto con ambos bandos, y mi hermano Despard, sabiendo lo difícil que sería para mí abstenerme de intervenir en cualquier prueba de fuerza que pudiera surgir, me previno que éste no era un torneo de lucha ordinario, y que si yo me unía a cualquiera de los dos bandos quién sabe en qué compromiso me vería; así es que de mala gana prometí ser un espectador estrictamente neutral.

Alrededor de las dos de la tarde del día señalado, en cuya mañana los participantes designados no comieron nada, los retadores salieron desarmados del matorral donde habían acampado, seguidos por sus mujeres. Según la costumbre, los que se proponían luchar vestían sólo sus capas y no tenían *goōchilh* ni *jamni* (tocados de cabeza y mocasines). En esas ocasiones no se pintaban con dibujos finos, sólo untábanse el cuerpo con pintura roja.

Halimink y sus partidarios estaban listos. Debían de haber estado vigilándose mutuamente porque se arreglaron para llegar simultáneamente al sitio señalado, que era un vallecito cubierto de hierba, situado entre los dos campamentos. Ambos bandos se colocaron frente a frente, a distancia de unos diez metros. Los espectadores se alinearon en círculo alrededor de los campeones. Las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos, por el lado exterior, y los hombres aptos, que tarde o temprano intervendrían en la lucha, por dentro. Recordando el buen consejo de Despard, yo me paseaba, durante la lucha de uno a otro lado, en actitud imparcial.

La contienda empezó con discursos; con fiera e impetuosa oratoria los desafiadores exponían sus agravios en pocas y severas palabras pronunciadas con voz enronquecida por la emoción; no hacían como los yaganes, que eran pendencieros pero no guerreros, y se abstenían de proferir amenazas; sólo expresaban su desdén en términos enérgicos cuando se referían a la traición de sus adversarios. El grupo de Halimink contestó en forma apropiada; mutuamente se dirigieron expresiones tales como: *whash-win* y *wishn-win* (como zorros, como

perros). De cuando en cuando, alguna esposa desolada o una matrona de voz aguda, hacían oír prolongados aullidos de dolor o gritos injuriosos.

La lucha no fué iniciada, según la costumbre, por los retadores, sino por uno de los contrarios. Ese fué Shishkolh, que, por el hecho de haber perdido a Te-ilh y a sus dos sobrinitos, no aguantó los insultos. Dejando caer su única vestimenta y no obstante su poca fuerza como luchador, avanzó hacia Halah y le ofreció su mano izquierda. Halah era aquel indio resuelto, de mandíbula cuadrada, ancho de espaldas, que, junto con Chashkil, había llevado a Harberton la noticia de la muerte de Houshken.

Una vez comenzado el torneo, otros contendientes intervinieron y a menudo dos o tres parejas luchaban simultáneamente en la cancha. Shishkolh había empleado la forma correcta de desafío, pero el desafiador nunca podía estar seguro de pelear contra el adversario elegido por él, pues cualquier joven guerrero impaciente podía adelantarse y luchar en su lugar. El retador, generalmente, agarraba con su mano derecha la izquierda de su adversario, que éste tenía extendida y luego ambos se abrazaban colocando el brazo izquierdo debajo del derecho del otro. Después de este ceremonioso preliminar ambos se trababan en una feroz lucha en la que estaban permitidas las zancadillas; cada uno buscaba la forma de aprovecharse mejor de su adversario.

A pesar del aparente desorden, siempre se observaban en estos encuentros ciertas normas estrictas, no escritas. Ni en éste ni en otros asaltos de los onas he visto que se golpearan en los ojos o en los oídos; si era arrancado un mechón de pelo, en el acto se elevaba una voz de protesta entre la gente del ofendido. He visto a un indio rodear con una mano la nuca de su adversario y asirlo fuertemente por la nariz con el propósito de torcerle el pescuezo; he visto también apretar el cuello con el puño o con la mano a fin de interrumpir la circulación, pero nunca he visto agarrar por el cuello o dar esos golpes bajos con la rodilla que pueden poner fuera de combate. Un hombre podía herir a su adversario con sus fuertes uñas al agarrarlo, pero se reprobaba rasguñar deliberadamente, por ser este recurso bélico privativo de las mujeres. También estaba prohibido morder.

En la pelea de esa tarde, Halah, que se agitaba convulsivamente con la boca entreabierta fuertemente agarrado por Koiyot, clavó los dientes en el hombro de su adversario; de inmediato se oyó un grito de reprobación: *oush ta wishn?* (¿es un perro?).

Los hombres de las montañas eran delgados, veloces e inteligentes;

sus adversarios, además de tener la ventaja de ser más pesados, eran mucho más numerosos. El caso era serio, pues los hombres de Halimink tenían menos tiempo para descansar entre uno y otro ataque. Cuando un hombre salía de la cancha para recobrar el aliento, podía ser desafiado inmediatamente por otro que ya había descansado; se consideraba con buena suerte si uno de los suyos se adelantaba a reemplazarlo. Hasta aquellos que no podían tener ninguna probabilidad de vencer, se lanzaban ferozmente a pelear, pues siempre convenía cansar al equipo contrario. Hechelash, a pesar de su pequeñez, peleó valientemente. Su cuerpo corto y redondo resultaba difícil de asir; no era yo el único que no podía contener la risa ante sus actitudes salvajes y sus muecas.

Los espectadores se quedaban silenciosos cuando sus favoritos daban un buen golpe, como si pensaran: "era exactamente lo que yo esperaba"; en cambio los contrarios a veces exclamaban: *Haik ni chohn* (es un hombre), con lo cual querían decir que su campeón era fuerte y que el otro debía de ser formidable para derribarlo.

Al finalizar la tarde, la hierba del lugar donde se había desarrollado la lucha tenía rastros de pintura roja y de sangre. Ninguno de los dos grupos aceptaría la derrota, ni podía hacerlo; la lucha continuaba con algunas interrupciones hasta que uno por uno los guerreros se envolvían en sus capas y tranquilamente abandonaban el lugar. Cuando no quedaba ninguno sin pelear, el desafío se consideraba terminado y se disolvía la reunión sin nuevo intercambio de insultos.

Esos habitantes del sur, tan valientes, especialmente Ahnikin, Koiyot y Kankoat, habían luchado brillantemente contra hombres de mucho mayor tamaño; no hay duda de que recibieron la peor parte. A pesar de todo, a los pocos días lanzaron un nuevo desafío. Cuando manifesté mi sorpresa, Halimink exclamó desdeñoso:

—¿Acaso tenemos miedo de esos hombres?

Exigía el ritual, siempre estrictamente observado, que por mal que lo hubiera pasado un equipo, debía pedir otro encuentro con los primeros retadores. En esa oportunidad el grupo de Halimink fracasó también en el segundo combate, pero esto no los acobardó y volvieron a desafiar a los hombres del norte en varias ocasiones subsiguientes.

Con el relato de esta lucha espero haber probado que estos llamados salvajes eran más caballerescos en el cumplimiento de las reglas del juego que muchos hombres blancos que se consideraban deportistas.

3

Conforme avanzaba el verano y nos veíamos obligados a alternar el trabajo en el camino con otras tareas importantes en esa estación, la más activa del año, me empezaron a llegar de aquí y de allá advertencias sobre la sed de venganza de Chashkil que no había quedado satisfecha ni con la matanza en el lugar de la ballena encallada ni con los torneos de lucha que tuvieron lugar después.

El principal motivo de su rencor no era otro sino yo. Este muchacho, que creíamos tan bondadoso, se había amargado por la muerte de su hermano Houshken y me culpaba (desgraciadamente con razón) de ser directamente responsable. Su propósito, según los rumores de mis informantes, no era matarme, sino desafiarme a un torneo de lucha en el que me castigaría severamente. Esta especie de duelo individual no era desconocido entre los onas; he oído decir que una vez pelearon así por una mujer.

Pensé que era probable que los enemigos de Chashkil hubieran exagerado su enemistad hacia mí, pero seguro de que si recibía el desafío tendría que aceptarlo para mantener mi posición entre esos buenos deportistas, y sabiendo que la lucha no sería amistosa, sino que pelearíamos hasta que uno u otro se declarase vencido, comencé a ejercitarme. Después de trabajar largas horas con el hacha y acarrear pesados maderos todas las tardes, me trababa en luchas con varios amigos onas, así es que recibí un buen adiestramiento. El joven Ahnikin, extraordinariamente fuerte para su tamaño, era mi principal maestro. Kankoat a veces lo substituía eficazmente.

A principios del otoño comprendí que mis precauciones estaban ampliamente justificadas. Con Ahnikin, Kankoat, Halimink y varios otros nos encontrábamos al oeste de Harberton construyendo puentes de corduroy sobre unos pantanos, cuando llegaron al lugar cinco o seis onas con sus familias y acamparon a menos de un kilómetro de nosotros. Poco después de haber instalado su campamento, tres de ellos fueron a sentarse en un montecillo a una distancia de medio kilómetro, bien a la vista de nuestro campamento. Uno era Hechelash el enano, otro un hombre llamado Pahchick, que formaba parte del grupo de Kiyohnishah en el torneo de lucha de Harberton, y el tercero era Chashkil. Esto ocurría por la tarde, y el pequeño grupo quedó inmóvil mucho rato. Luego Hechelash se puso de pie, y tratando de asumir la digna actitud de un emisario real, llegó a nuestro

campamento. El mensaje que traía era que Chashkil quería luchar conmigo al día siguiente.

Yo también tenía mi orgullo, y no queriendo demostrar a ninguno de los dos bandos que daba importancia al asunto contesté:

—Tenemos que trabajar durante el día, pero mañana a esta hora lucharé.

Yo estaba contento de que el período de espera hubiera terminado. Al dar satisfacción al ofendido Chashkil (quienquiera que fuese el vencedor) probaría mi hombría ante ese pueblo que yo tanto estimaba y al mismo tiempo habría encontrado el único medio pacífico para reparar la brecha abierta entre los hombres del norte y yo.

Según los precedentes onas, el desafío debió provenir de Kiyohnishah, quien era mayor que Chashkil, y a la muerte de Houshken se había convertido en el jefe de la familia. Presumí que se habría retirado de la lucha porque yo había salvado a su hijito cuando cayó al arroyo.

Al partir Hechelash con mi respuesta, Ahnikin me previno, y no era la primera vez que lo hacía, pues Chashkil era fuerte y feroz y que debía prepararme para un revolcón. Él decía que mi única esperanza era no gastar mi fuerza en la primera parte de la lucha, aun a expensas de muchas caídas. Haciendo sentir mi peso constantemente al adversario, decía Ahnikin, podría llegar a cansarlo hasta que yo pudiera emplear mis reservas en forma eficiente. Ahnikin también me aconsejó que me privara de comer antes del encuentro.

No obstante, tomé un poco de alimento, temprano, al día siguiente, pero me abstuve de comer otra cosa y me cuidé de no cansarme trabajando demasiado. A las siete de la tarde llegó Chashkil: venía acompañado de su pequeño grupo y seguido por sus mujeres.

Halimink eligió para el encuentro un pequeño hueco, cerca de nuestro campamento; en forma ostentosa, lo inspeccionó para asegurarse de que no había ninguna piedra que sobresaliera en la cancha. Era un sitio ideal, que pudo haber sido elegido por dos de nuestros antecesores para una lucha a muerte. Hacia el oeste lucían dos lagos gemelos, de muchas hectáreas de extensión y separados por una angosta faja cubierta de arbustos, que reflejaban como espejos la vegetación otoñal de los bosquecillos vecinos. Al norte estaban las colinas del gran bosque del Flat Top y más lejos el monte Cornú, con sus nieves eternas. Al sur había tres colinas escarpadas cubiertas de bosques cuyas laderas abruptas bajaban hasta el *shana* amarillento, sobre el cual, en aquella época, construíamos puentes. Estos pantanos cu-

biertos de moho daban a las colinas arboladas la apariencia de islas en el mar.

En el hueco los acompañantes de Chashkil y mi pequeño grupo formaron un círculo alrededor de las principales figuras: Chashkil y Pahchik, que era su consejero, Ahnikin y yo. La cara pintada de Chashkil mostraba una expresión adusta. Vestía capa de piel, de la cual se despojó al empezar el torneo, y estaba descalzo. Yo también estaba descalzo, pero como tributo a la civilización usaba pantalones y cinturón, lo que daba cierta ventaja a mi rival, que así tendría donde agarrarse, mientras que yo no podría hacerlo en su cuerpo desnudo, resbaladizo a causa de la pintura. Los onas eran tan macizos que su peso sorprendió a los hombres de ciencia. Chashkil, aunque no lo aparentaba, pesaba más de noventa kilos, pero yo le llevaba ventaja, pues andaba cerca de los ciento.

Chashkil comenzó su actuación brindándome la oportunidad de desistir. Me preguntó si no tenía miedo de luchar contra él. Le contesté:

—¿Soy acaso un niño?

Pahchik murmuró algo que no llegué a entender, mas creo que me comparó con una mujer; luego dijo en voz alta a Chashkil:

—Derríbalo fuertemente y pronto se cansará.

Ahnikin y yo cambiamos una mirada; Chashkil estaba recibiendo consejos que se ajustaban perfectamente a nuestros planes. No se perdió tiempo. Chashkil despojóse de su vestimenta y se adelantó extendiendo su mano izquierda, según la ortodoxia india. Yo se la tomé con mi derecha, y la lucha comenzó. Ahnikin no había exagerado las condiciones pugilísticas de Chashkil. Sus embestidas fueron de lo más salvajes, y aun hoy conservo una de las muchas marcas que sus fuertes uñas me dejaron. No había duda de que su intención era terminar pronto la lucha. Yo supe defenderme, a costa, sin embargo, de repetidas caídas. No había "rounds", como es costumbre entre los hombres civilizados, pero de tiempo en tiempo, nos apartábamos uno de otro, de mutuo acuerdo, y descansábamos a veces por pocos segundos, otras durante diez o doce minutos. Podíamos quedarnos de pie, y entonces nuestros ayudantes nos echaban encima nuestras túnicas pues estaba refrescando sensiblemente, o nos acostábamos en el suelo, hasta que uno u otro se adelantara para proseguir el torneo. Cualquiera de los dos que viera una ventaja en ello podía repetir luego el desafío y reanudar la lucha.

Seguí el consejo de Ahnikin hasta que caí doce veces o más; mi adversario pensaría que Pahchik estaba en lo cierto al compararme

a una mujer. Cuando advertí que sus fuerzas empezaban a flaquear tomé la ofensiva y ya no le di tregua. Él debió haber gastado todas sus energías para terminar conmigo al principio, porque luego pareció aflojar. Después de un prolongado ataque cerrado en que yo lo derribé varias veces seguidas el torneo terminó repentinamente. Al final de uno de los descansos, de pocos segundos, yo le tendí la mano. Chashkil retrocedió. Pronunciando las palabras: "Mahshink me ya" (tengo sueño), cogió su túnica y se alejó del lugar seguido por sus compañeros y sus mujeres.

Era casi medianoche, la luna llena brillaba sobre nuestras cabezas. Yo me sentía muy dolorido y hambriento. Nos reunimos a comer alrededor del fuego; mientras mis compañeros discutían los detalles del encuentro, yo escuchaba en silencio tratando de ocultar mi engreimiento. A pesar del resultado declaré, sin falsa modestia, que Chashkil había sido el mejor de los dos. Además de la diferencia de peso, cerca de diez kilos, el pobre tipo tuvo otras desventajas. Estuvo mal aconsejado, se consideraba agraviado y había padecido la vida irregular del cazador. Yo había seguido los excelentes consejos de Ahnikin, no tenía ninguna ofensa que vengar y me había adiestrado durante mucho tiempo en un trabajo fuerte y constante.

Nuestros visitantes no se dieron prisa para marcharse; comimos y conversamos juntos a menudo y estoy seguro de que Chashkil no me guardó rencor.

Habíamos ajustado nuestras cuentas. Nunca más me desafió a luchar.

CAPÍTULO XXXV

SE TERMINA EL CAMINO. CONVICTOS ESCAPADOS. KAICHIN, HIJO DE TALIMEOAT, DEJA ADMIRADO A SU EXCELENCIA EL GOBERNADOR. ANEKI, EL ZURDO, REALIZA UNA MILAGROSA HAZAÑA. EL INSUPERABLE CONOCIMIENTO QUE TIENEN LOS ONAS DEL BOSQUE. TALIMEOAT CAZA CORVEJONES. CENO CON ÉL EN LA COLINA DE TIJNOLSH. TALIMEOAT SUSPIRA.

I

El trabajo en el camino a Najmishk continuó en forma acelerada hasta que fué terminado. Era posible ahora, durante cinco meses del año, es decir, desde el principio de diciembre hasta fin de abril, ir a caballo o arrear tropas de mulas o de ovejas desde Harberton hasta la costa atlántica. Will y yo recorrimos el camino con una tropilla de caballos para probarlo; como en algunos lugares la marcha resultó penosa para nuestros resistentes potrillos, yo después corregí los defectos. Con todo, distaba de ser un trayecto fácil y de ningún modo era un camino llano. Cerca de las montañas por el lado de Harberton, había que cruzar el río Varela más de cien veces. En algunos lugares de fuerte correntada, el agua llegaba hasta la panza del caballo, pero a medida que uno se acercaba a su fuente, el río Varela se transformaba en un pequeño arroyuelo y el viaje se tornaba más fácil. Después de cruzar la montaña, o más bien dicho, el alto páramo que llamábamos Spion Kop, el camino llegaba a otro arroyo, que más adelante se llamó río Valdés. Éste conforme corría hacia el Norte se ensanchaba cada vez más y debía ser cruzado tan a menudo como el Varela. Luego el camino se alejaba del río y atravesando el bosque principal de la tierra ona, volvía a aparecer en la costa del Atlántico, al pie del acantilado llamado Tijnolsh, a nueve kilómetros al sudeste de la sierra Najmishk; ése era el lugar elegido para el nuevo establecimiento.

A vuelo de pájaro la distancia entre Harberton y Tijnolsh no era de más de ochenta kilómetros, pero con los rodeos y las vueltas naturales, el camino a caballo se alargaba hasta cerca de ciento sesenta kilómetros. A pie se acortaba treinta y dos kilómetros, suprimiendo el rodeo del río Ewan y vadeándolo por lugares imposibles de cruzar a

caballo. Acompañado por onas podía yo salir de Najmishk por la mañana y llegar a Harberton a la noche del día siguiente, andando a razón de sesenta kilómetros por día, sin correr ni cansarnos, a pesar de la carga que todos invariablemente llevábamos en esos viajes.

Mi hermana Alicia deseaba contemplar el océano Atlántico desde los acantilados que yo le había descripto, y decidió acompañarme en uno de los primeros viajes. Siempre había sentido gran simpatía por los indios y deseaba conocer la vida de los onas en su propia tierra. Ella podía caminar o andar a caballo todo un día sin cansarse y era capaz, sin mi ayuda, de encontrar un lugar apropiado para dormir en el bosque y de encender un fuego casi en cualquier circunstancia.

Hicimos con ella un viaje de lujo, según mi parecer, pues llevábamos una pequeña carpa e íbamos a caballo. Mi destino era Río Grande, donde tenía algunos asuntos que arreglar. Al llegar a Najmishk, Alicia no quiso seguir más lejos conmigo. Una mujer blanca viniendo del sur a través de los bosques, en una región que se suponía habitada por salvajes, hubiera causado sensación entre los hombres de la frontera de Río Grande, y Alicia no quería que la consideraran ni varonil ni heroica.

Un grupo bastante numeroso de familias onas estaban acampadas cerca de Najmishk; Alicia decidió quedarse con ellas, mientras yo seguía solo hasta Río Grande. Prefería la compañía de los indios a la de algunos de los hombres blancos que podría encontrar siguiendo conmigo. Era en el destacamento de policía de Río Grande del otro lado del río donde yo debía arreglar el asunto, lo cual implicaba que yo no podría regresar hasta el día siguiente. Por lo tanto, levanté nuestra pequeña carpa al lado del campamento ona, dejé a mi hermana al cuidado de Te-al, mujer de Ishtohn (Caderas anchas) e hija del famoso Kautempklh, y proseguí mi viaje.

Cuando llegué a Río Grande y conté a algunos hombres blancos de allí que Alicia se había quedado con los onas, se horrorizaron; con seguridad me juzgaron loco. Pero yo no estaba intranquilo por su seguridad. A pesar de los horribles asesinatos y traiciones que he tenido que relatar en estas páginas, los indios onas tenían muy buenas cualidades. El consejo dado por mi padre, de que tratáramos a las mujeres onas como nos gustaría que ellos trataran a las nuestras, nunca fué olvidado por ninguno de nosotros y nunca tuvimos que arrepentirnos de ello. Al volver a Najmishk al atardecer del día siguiente de mi partida, me enteré de que durante mi ausencia Alicia había pasado unas horas muy entretenidas e interesantes con los indios y que Te-al había sido una leal compañera.

En el lugar de la playa donde nacía nuestro camino, debajo del acantilado de Tijnolsh, planté un cartel con indicaciones en inglés y en español, que señalaba la ruta a Harberton, con la intención de ser útil a posibles viajeros náufragos. No imaginé que los primeros en beneficiarse serían unos soldados de a caballo y que desde Río Grande iban no contra indios onas rebeldes, sino en busca de convictos fugados.

En el año 1883, antes que la bandera nacional fuera izada por mi padre en Ushuaia, el gobierno argentino había fundado un establecimiento penal en el Puerto Cook, de la isla de los Estados, ese desolado conjunto de rocas situado más allá del promontorio sudeste de la Tierra del Fuego. Para los criminales llegados allí desde las asoleadas pampas y los pueblos del norte de la Argentina, el cambio de clima había sido tan difícil de soportar que muchos habían sucumbido. Este deplorable estado de cosas continuó hasta principios del siglo, cuando el gobierno decidió trasladar a los convictos a Ushuaia, lugar más habitable de clima moderado, que en aquel entonces tenía una población civil de alrededor de doscientas almas.

Mientras se realizaba este cambio, el número de guardianes del penal de la isla de los Estados fué necesariamente disminuído, pues muchos de ellos debieron encargarse del traslado de los convictos a Ushuaia. Aprovechando esta oportunidad, los restantes intentaron una fuga. Atacaron a los guardias matando a algunos de ellos, los despojaron de sus rifles y municiones y escaparon en bote a través del estrecho de Lemaire.

Poco tiempo después supimos que dos de estos botes habían arribado a nuestras costas y que unos cuarenta criminales armados y desesperados se encontraban en el promontorio oriental de la Tierra del Fuego.

Siendo Harberton el establecimiento permanente más cercano al lugar donde habían desembarcado, las autoridades nos previnieron de un posible ataque, así es que nosotros proseguimos nuestro trabajo con gran recelo. El gobierno envió soldados, que desembarcaron en Río Grande. La policía les facilitó caballos. Cabalgaron hacia el este a lo largo de la costa, encontraron mi cartel indicador y se encaminaron a Harberton. A juzgar por sus observaciones, "mi camino" no les había gustado nada.

Tan pronto como el gobernador [1] se enteró de que los fugitivos

[1] Don Esteban de Loque. Los gobernadores ejercían sus funciones durante tres años. Varios se habían sucedido en Ushuaia desde el reinado del capitán Félix Paz. Don Esteban de Loque, capitán de la Armada Argentina, estaba casado con una inglesa. Más adelante fué nombrado cónsul general en Londres. Su sucesor en Ushuaia fué Manuel Fernández Valdés.

habían desembarcado en la isla principal, vino de Ushuaia a Harberton y me confirió, y creo que a Will también, el altisonante título de Comisario Honorario de Policía. Luego nos pidió o, mejor dicho, nos ordenó, que organizáramos a los onas para que nos ayudaran en la persecución de los criminales. Un grupo de amigos indios andaba por la cercanía. Les conté qué clase de hombres estaban invadiendo su país y les pedí que me ayudaran. Me sorprendió que me hicieran objeciones. El interlocutor fué Tininisk, el influyente curandero, y sus palabras demuestran qué lejos estaban estos cazadores onas de ser salvajes.

—Nosotros no tenemos por qué pelear con extraños —contestó gravemente—. No han matado a nuestros amigos o parientes y no nos importa la gente que puedan haber matado en su propia tierra.

Yo les contesté:

—Nadie les pide que los maten, pero a ustedes no les conviene tener esa gente merodeando por su país, pues muy pronto serán atacados por ellos. Lo único que se les pide es que los busquen y lleven a los soldados al lugar donde estén acampados.

Tininisk comprendió la razón de ese argumento. Él y sus compañeros accedieron a prestar su colaboración y casi exclusivamente gracias a ellos, los prófugos, salvo siete, estuvieron de nuevo cautivos a las pocas semanas de su fuga. Tres, de aquellos siete, se resistieron y fueron muertos a balazos; de los otros nunca más se encontró rastro.

Muchos meses después, tres de ellos escaparon nuevamente, esta vez de la nueva prisión de Ushuaia. La policía los buscó en vano, por lo que una vez más nuestros onas fueron requeridos. Tininisk, que hablaba bastante español, hizo con otros dos la pesquisa. Pronto descubrieron a los prófugos, que se habían alejado muchas leguas en dirección oeste. Sin ser vistos, los indios volvieron a Ushuaia y guiaron a la policía hasta el lugar. Mientras tanto, los otros habían proseguido su camino, pero fueron alcanzados y capturados o muertos a balazos.

Las autoridades premiaron a los indios por su admirable colaboración, pero, según el parecer de éstos, la recompensa fué exigua. De manera que cuando más adelante otros peligrosos convictos escaparon de Ushuaia, los indios estuvieron aun menos dispuestos a ayudar que la primera vez.

En esa época era gobernador don Manuel Fernández Valdés. Cuando comuniqué a los onas su pedido de un rastreador experto para ir a Ushuaia tan pronto como fuera posible, ellos repitieron su argumento anterior: no tenían interés en las luchas de los hombres blancos.

Ante la obstinación de Tininisk, Talimeoat y Halimink y los otros, escudriñé los semblantes de todos para saber cuál de ellos estaría dispuesto a ayudarme. Mi ojo avizor descubrió a Kaichin, hijo de Talimeoat, el cazador de pájaros. Era un muchacho despierto, de unos dieciséis años de edad, y su expresión vivaz me reveló que le gustaría llevar a cabo esta aventura. Le dije:

—¿Tú estás de acuerdo en ir, Kaichin?

No me contestó, pero interrogó a su padre con la mirada. Le dije a Talimeoat:

—Oush ma t ushnain? (¿Es que tú lo desapruebas?)[1]

—Down —contestó— Kaw chohn ijen, tani telken (no, ya está haciéndose hombre, no es niño).[2]

Ante esta insinuación de que el muchacho podía hacer lo que quisiera, llevé a Kaichin a la finca, le di cuanto pudiera necesitar, incluyendo una carta de presentación a Su Excelencia, y lo despaché a Ushuaia, un largo camino de ochenta kilómetros a través de un terreno muy quebradizo.

En mi nota al gobernador le decía que a pesar de ser tan joven creía que Kaichin sería capaz de cumplir su cometido. Su Excelencia no estuvo del todo de acuerdo conmigo. Además de la población residente, había en Ushuaia, en aquel momento, tanto como unos quinientos convictos con sus guardianes y un número considerable de soldados. Casi todos los penados se ocupaban en cortar leña, bajo vigilancia, en el bosque de los alrededores y en apilarla en una playa situada frente al edificio de la prisión; allí se cargaba en el transporte del gobierno *Santa Cruz* con destino a los pueblos de la costa. Los civiles también cortaban madera y arrastraban los troncos hasta la costa con bueyes uncidos al yugo, que en sus momentos de descanso pastaban a lo largo de una extensa zona; esto obligaba a sus dueños a ir de aquí para allá cuando los necesitaban. Como resultado de todas estas actividades y el continuo ir y venir propio de un pueblo, los bosques de los alrededores de Ushuaia eran un laberinto de huellas de todas clases. Entre todas ellas debía encontrar Kaichin el rastro de los convictos escapados.

Su Excelencia dudaba del éxito y hubiera preferido un rastreador de más experiencia. Siendo bondadoso por naturaleza, decidió dar a

[1] Oush	ma	t	ushnain?		
¿Es que	tú	lo	desapruebas?		
[2] Down	kaw	chohn	ijen	tani	telken
no	ya está	hombre	haciéndose	no	niño

Kaichin una oportunidad para que éste probara su valer. Lo mandó permitiera llevar a cabo la empresa en la forma que él creyera conveniente. Mostraron al muchacho una fotografía del hombre a quien se buscaba y le dejaron examinar un par de zapatos que el preso había usado; le proporcionaron, además, datos de su tamaño y estatura.

Por algunos días se vió poco a Kaichin; sólo aparecía en el cuartel con gran puntualidad para la comida de la noche. Conocía superficialmente el español y además era tan poco comunicativo cuando se le indagaba sobre sus actividades, que pronto cundió la voz de que estaba perdiendo el tiempo mientras gozaba del privilegio de buenas comidas y cómodo alojamiento. Una noche no apareció en el cuartel, como solía hacerlo, y no se lo vió más por Ushuaia. Se creyó que había escapado para unirse a su gente.

Su regreso fué tan furtivo como su partida. Una semana después el Gobernador lo encontró sentado cerca de su casa, esperando, como era la costumbre ona, que le dirigieran la palabra. En tono irónico, Su Excelencia le preguntó por el actual paradero del convicto escapado. En su mal español el indio respondió en forma categórica:

—Este hombre no escapa nada.

Esto fué todo lo que el gobernador pudo sacar de Kaichin. Impacientado, despidió al fin al muchacho, que se alejó caminando, y luego se volvió repitiendo la misma lacónica frase antes de proseguir a los cuarteles militares para la cena.

Don Manuel Valdés descartó el asunto de su mente sin dar crédito a las palabras evasivas del muchacho y no tomó ninguna medida. Esa misma noche tuvo que recordar el conciso mensaje de cinco palabras de Kaichin, cuando, por casualidad, el hombre que se buscaba fué hallado, escondido detrás de la pila de madera justo frente a la prisión. Había estado merodeando por allí unas tres semanas; debía haber almacenado provisiones de antemano o habría sido abastecido por un cómplice. Sin duda, habría proyectado irse como polizón en el *Santa Cruz* cuando éste viniera a recoger la leña.

La temporaria desaparición de Kaichin fué posteriormente explicada. Su búsqueda lo había llevado hasta la granja de los Lawrence en Punta Remolino, veinticuatro kilómetros al este de Ushuaia, y por el oeste, hasta un aserradero de Lapataia, más o menos a la misma distancia. ¿Quién sabe cuántos rastros humanos había seguido Kaichin al dar vueltas alrededor de Ushuaia, ampliando cada vez más el circuito? ¿Quién sabe cuántos grupos de leñadores y de hombres que salían en busca de bueyes habían sido espiados por esa sombra silenciosa? A pesar de toda la confusión de huellas había

llegado a la conclusión, para su tranquilidad, de que ninguna de ellas pertenecía al hombre que buscaba.

Acuden a mi mente muchos otros ejemplos del prodigioso instinto de esta gente. Daré sólo dos de ellos, ambos sobre el mismo hombre. El mago Otrhshoölh (Ojo Blanco), del grupo del cabo San Pablo, tenía dos hermanos, mucho menores que él. Uno se llamaba Aneki (Raro o zurdo), el otro Shilchan (Voz suave). Mi dos anécdotas conciernen a Aneki, el mayor de ellos. Tenía cerca de un metro ochenta de estatura y aunque pesaba más de noventa kilos, su andar, que yo me complacía en observar, era tan suave y descansado que parecía más bien un deslizamiento [1].

Un domingo, en Harberton, Aneki y yo atravesamos el puerto a remo con la intención de terminar con algunos perros semisalvajes que molestaban al ganado de la península Varela. Desde lo alto de una pequeña colina, cerca del centro del istmo, conseguí matar a tres de estos estorbos, pero cuando tiré a un cuarto, que corría cerca del río a unos doscientos metros de distancia, Aneki refunfuñó:

—Ma tirucush (tú le erró).

Al día siguiente andaba yo por las mismas vecindades con Aneki y otros onas. Habíamos venido por tierra y nos acercábamos por una dirección diferente a nuestra ruta del día anterior. El lugar donde se hallaba el perro cuando yo le disparé estaba muy pisoteado por el ganado y cubierto en partes por matas de pasto y unos pocos arbustos de no más de treinta centímetros de altura. Aneki echó una mirada a la colina donde nosotros habíamos estado, luego se encaminó directamente a cierto sitio, donde empezó a escarbar la arenisca con un palo puntiagudo que llevaba. En poco tiempo desenterró lo que buscaba. Lo recogió y me lo entregó, diciéndome:

—Mak yahn (tu flecha).

Era la bala deformada que yo había disparado al perro. Aneki debió ver que se agitaba una ramita o que se levantaban algunas partículas de arena, pero ¿cómo supo el sitio exacto donde encontrarla? ¡Eso sobrepasa mi entendimiento!

[1] Aneki era, yo creo, ambidextro, pero con seguridad no era raro. Eran muchos los onas que defraudaban su nombre. Los niños a menudo eran llamados como un antecesor muerto tiempo atrás, o por alguna peculiaridad de su niñez que luego perdían en el transcurso de los años. Uno de los del grupo de la fotografía frente a página 161 es Kostelen. El lector puede juzgar si este hombre merecía ser llamado Cara Angosta. Para dar dos ejemplos más, Otrhshoölh tenía, cuando yo lo conocí, ojos bastante normales, y Akukeyohn, como ha podido verse, ya no tenía miedo de caminar sobre troncos caídos. Shilchan, por otra parte, tenía verdaderamente una voz suave.

El segundo cuento referente a Aneki data de una época en que tuvimos muy mal tiempo y las ramas cargadas de nieve dificultaban el trabajo en el camino. Como escaseaba la carne, decidimos dedicar un día a la caza. Varios hombres fueron a Harberton por el día, mientras yo, Aneki y otros dos nos dirigimos al nordeste en busca de guanacos. Pronto empezó a nevar pesadamente. Después de haber caminado un kilómetro y medio encontramos una huella de guanaco que cruzaba en ángulo recto nuestro sendero. Era todavía fácil de seguir, a pesar de que la nieve la iba borrando rápidamente, pero como el guanaco iba al parecer corriendo, tuvimos que seguirle el rastro durante dos kilómetros antes de alcanzarlo en un lugar donde se había detenido para comer; allí pude finalmente dispararle un tiro.

Una vez repartida la carga de carne entre todos, regresamos por el mismo camino, tomando yo la delantera. No soplaba ni el más leve viento y nevaba tan copiosamente que aunque hubiésemos estado en campo abierto, la visibilidad no hubiera alcanzado más de cincuenta metros. En el bosque íbamos casi a ciegas. Mis compañeros no conocían esa región, poco frecuentada a causa de los espesos matorrales de hayas perennes, por el guanaco, objeto principal de sus correrías. Después de haber andado una corta distancia, Aneki preguntó:

—¿Por qué no vamos derecho a casa?

Rápidamente acepté su insinuación.

—Es mejor que tú tomes la delantera —le dije, y humildemente me coloqué detrás. Sin la menor hesitación, Aneki nos llevó tan directamente como lo permitían los matorrales a nuestro pequeño campamento desierto. Tan cubierto estaba por la nieve que casi tropecé contra mi refugio antes de advertir que habíamos llegado. Aneki nos había guiado como si durante todo el tiempo hubiera estado viendo la meta.

Entre los hombres blancos, aun entre aquellos que se pasaban la vida en el campo y el bosque, se me consideraba como un baquiano de primer orden, pero en comparación con un ona, aun el menos diestro, yo era un simple principiante. He acechado venados en el chaco paraguayo en compañía de los aborígenes de esta región; con un guía mashona he cazado ciervos en terrenos montañosos del Sur de Rhodesia, pero nunca he visto nada semejante a los rastreadores onas de los bosques fueguinos.

2

Talimeoat, padre de Kaichin, aunque encorvado y arrugado, no era un hombre viejo. Su simpática expresión me resultaba atrayente. Sn fama de cazador de corvejones del cabo de Santa Inés (Shilan) se extendía por toda la tierra de los onas. Cuando niño, él y su padre solían arrastrarse sobre el arrecife sumamente estrecho del acantilado principal de Shilan, cuya pirámide de piedra arenisca, tan escarpada como un campanario de iglesia, era llamada Tukmai. Pero ya en la época en que murió el viejo indio la erosión había desgastado el arrecife y se había vuelto tan estrecho que nadie, ni siquiera Talimeoat, se arriesgaba por su borde cortante como cuchillo. Ahora los corvejones anidaban allí en paz.

Pero a lo largo de Shilan y sobre Tukmai había todavía un sinnúmero de agujeros o arrecifes donde los pájaros marinos encontraban descanso.

A la luz del día Talimeoat realizaba la exploración preliminar de agujeros o arrecifes. Descendía atado por la cintura con una fuerte correa de cuero de foca que sostenían sus fieles amigos desde el extremo superior del acantilado. Estudiaba el terreno lo bastante como para poder luego operar en la oscuridad; esperaba la noche sombría y lluviosa, en que los pájaros estuvieran durmiendo profundamente con la cabeza escondida bajo el ala, y se hacía descender nuevamente por el costado del acantilado. El descenso era peligroso pues debido a la lluvia y a los excrementos de las aves, la roca era muy resbaladiza. Deslizándose cautelosamente, pues el menor ruido provocaría alarma, asía firmemente con ambas manos los pájaros que encontraba dormidos y al estilo yagán les mordía la cabeza o el cogote hasta que morían.

Pocas veces volvía Talimeoat con las manos vacías de estas excursiones. Los árboles que rodeaban su campamento se veían a menudo ornamentados con numerosos cuervos marinos, desplumados, chamuscados y listos para cocinar. Los cazadores menos avezados que lo visitaban en otoño o en invierno, siempre estaban seguros de que el famoso Talimeoat les regalaría un lindo pájaro gordo.

Había un procedimiento menos arriesgado que el de Talimeoat para cazar corvejones. Con marea alta el mar llega cerca de los acantilados, pero con la baja se retira a un kilómetro y medio o más de ellos. Eligiendo para el caso una noche oscura y húmeda con

marea baja, los indios, armados de palos y provistos de antorchas y montones de arbustos inflamables, se dispersaban en silencio por la playa. Arriba, en lo alto del acantilado, se ubicaban los ancianos y los niños también con antorchas y leña.

Cuando cada uno estaba en su puesto, con las antorchas, se encendían los fuegos simultáneamente, y todo el grupo prorrumpía en una gritería. Los cuervos marinos súbitamente despertados y asustados por el estruendo, escapaban de sus guaridas y creyendo que la marea estaba todavía alta, o demasiado aterrorizados para reponerse caían precipitadamente sobre la playa. Usando sus mantos como escudos, pues estos pesados pájaros pueden dar tremendos golpes, los indios se abalanzaban sobre las desprevenidas víctimas con sus cachiporras, y a veces mataban tantos que debían hacer varios viajes a la playa para poder llevárselos todos al campamento.

Para cazar patos en lagos poco profundos se usaba un método muy parecido. Los cazadores, amén de tiznarse ellos, tiznaban también sus antorchas con carbón de leña. Sigilosamente se aproximaban al lago y se metían en el agua con las antorchas ardiendo; los patos, sorprendidos y encandilados, se agolpaban alrededor de las luces sin intentar escaparse. Se los cogía uno a uno y se los sumergía en el agua hasta ahogarlos, o apretados entre las rodillas se les retorcía el pescuezo. Pronto numerosos patos muertos flotaban en el lago y los cazadores volvían de su correría con una buena carga.

No mucho tiempo después de que el hijo de Talimeoat descubriera al prófugo de Ushuaia, visité el cabo Santa Inés, donde Talimeoat y los suyos estaban acampados con otras cuatro familias, incluyendo la de Tininisk y Halimink, en lo alto de la colina de Tijnolsh. A la distancia, hacia el noroeste, se veía la costa atlántica con sus líneas de rompientes que se extienden legua tras legua hasta lo infinito, hacia el sur las colinas boscosas, y en el lejano horizonte las nevadas cadenas de montañas. Por el constante temor de ataques sorpresivos, los onas preferían una buena vista de los alrededores a la protección que ofrecían lugares más reparados. Se sentían más seguros en el bosque achaparrado de una colina batida por los vientos que en el resguardado y abrigado valle. Otra razón de su preferencia por los lugares altos era el agua. Siempre que les era posible acampaban cerca de un manantial, cuya agua era mucho más de su gusto que la de las corrientes lentas que serpenteaban entre los valles de la tierra ona. Guardaban su reserva de agua en bolsas de cuero que colgaban en las ramas de los árboles cercanos al campamento.

El cobertizo de Talimeoat fué el primero que encontré cuando

llegué a lo alto de la colina Tijnolsh. Dentro estaban él y Kaichin. Al verme, pidió a su hijo le alcanzara un manto, que dobló y colocó junto al fuego, para que no incomodara el humo. Luego, señalando el manto, me dijo:

—Wahwurh pay naäiyim (Venga, siéntese aquí).

Acepté de buen grado la invitación, pues vi colgado de las ramas cercanas no menos de treinta grandes y aceitosos pájaros marinos, abiertos, algunos desplumados, otros sólo chamuscados, casi negros. Los cobertizos vecinos de Tininisk y Halimink también estaban adornados con corvejones.

Talimeoat llamó a su mujer y le ordenó que preparase un pájaro para mí. Al tomar ella uno, le dijo:

—No, ése no, está flaco.

Una segunda elección fué objetada:

—Ese pájaro es viejo.

Con evidente ostentación discutió con su mujer acerca de las condiciones de las aves hasta que al final se decidieron por una, que en su opinión era la mejor. Talimeoat, anfitrión perfecto, también vigiló su preparación. Asado al horno o hervido en una olla, por su gusto y olor, el corvejón se asemeja demasiado al pescado para ser apetitoso, pero bien tostadito sobre las brasas, tiene un sabor tan delicioso, que sólo al recordarlo se me hace agua la boca.

Los fueguinos tenían un método especial para asar pájaros, que fué el que usó la mujer de Talimeoat. Bajo la vigilante dirección de su marido, estiró el gran pájaro entre unas estacas, como el barrilete de un niño, y así lo colocó sobre el fuego. Talimeoat y yo conversábamos mientras se asaba. Pronto se acercaron Tininisk, Halimink y otros amigos, que querían enterarse de las noticias que yo traía. Entre otras cosas mencioné la hazaña de Kaichin en Ushuaia y lo alabé calurosamente. El ona no se vanagloria, y Kaichin, al reunirse de nuevo con su gente no les había relatado nada. Talimeoat me oyó en silencio, sin hacer ningún comentario, pero comprendí que se sentía halagado; al cabo de un rato Tininisk me dijo:

—Es mejor que usted duerma en nuestro cobertizo, aquí hay demasiados niños.

Su empleo de la palabra "nuestro" en lugar de "mi" era una forma amable de indicarme que su casa era también la mía.

Cuando el corvejón estuvo debidamente asado, la esposa de Talimeoat se ocupó en trincharlo. Usó su cuchillo hecho con un trozo de aro de un barril, utensilio común entre los indios en esos días en que dependían para sus abastecimientos de metal de los restos de

mercancías que el mar arrojaba a la playa. El pájaro había sido previamente descoyuntado antes de ser extendido en el asador, pero aun así, para dividirlo en forma adecuada, sin disponer de mesa ni de fuente había que recurrir a difíciles artimañas y valerse de los dientes y los dedos de los pies. Para que las dos manos le quedaran libres, sujetaba una de las patas entre sus dientes y la cabeza entre el primero y el segundo dedo del pie. Para pájaros más grandes se usaban los dos dedos grandes de ambos pies.

Al lado de la mujer había un gran montón de ramas verdes, donde iba apilando las presas a medida que hábilmente las separaba. Al terminar el trabajo, lo único que quedaba era el descarnado cogote y el espinazo y ni siquiera esto fué desperdiciado.

Terminada esta operación, se distribuía la carne. A los recién llegados se les servía primero porque se suponía que debían tener más apetito. Si los visitantes ya habían comido, cosa poco frecuente, lo hacían saber apenas empezaban los preparativos de la comida:

—Karrhhaiyin shoön me yikua (Hambre no tenemos nosotros)[1].

Los onas no eran glotones, tenían buen apetito, como es natural en aquellos que pasan mucho tiempo sin comer, pero nunca se hartaban por gula. En todos los años que pasé con ellos sólo conocí a uno a quien hubiese podido llamarse glotón. Era el anciano Hechoh, conocido como Shaipoöt o Hahhen (el anciano de Shaipoöt).

Una frase ona que se oía frecuentemente después de comer era:

—Omilh me ya (Estoy satisfecho yo).

La palabra omilh es un término que se aplica únicamente en lo relativo al alimento. La noche que yo comí corvejón en el campamento de Talimeoat en lo alto de la colina Tijnolsh podía yo verdaderamente contarme entre aquellos que decían con toda sinceridad cuando ya no quedaban más que los huesos:

—Omilh me ya.

3

Talimeoat era un indio que se hacía querer, y yo pasaba muchas horas con él. Una serena noche de otoño, poco antes que mis negocios me llevaran a Buenos Aires, caminábamos cerca del lago Kami. Estábamos justo sobre el nivel más alto de los árboles, y antes de descender al valle descansamos sobre una loma verde. El aire estaba

[1] Karrhhaiyin es una palabra compuesta: Karrh significa sustancia, en este caso comida; haiyin significa querer, desear, amar, anhelar, pero no en el sentido sexual. Ver nota página 298.

fresco, pues los días ya se acortaban, y con atmósfera tan clara y serena era evidente que caería una fuerte helada antes del amanecer. Algunas nubes como irisadas de plumas plateadas rompían la monotonía del cielo verde pálido, y el bosque de hayas que cubría las escarpadas orillas del lago hasta el borde mismo del agua no había perdido aún su brillante colorido de otoño. La luz crepuscular daba a las lejanas cadenas de montañas un tinte purpúreo imposible de describir o pintar.

Talimeoat y yo contemplamos largo rato y en silencio los sesenta y cinco kilómetros de colinas cubiertas de bosques que se extendían a lo largo del lago Kami, envueltos en los tintes del magnífico crepúsculo. Yo sabía que él buscaba en la distancia cualquier señal de humo de los campamentos de amigos o enemigos. Luego se sentó a mi lado y olvidó su vigilancia y hasta mi propia presencia. Yo, al sentir el frío de la tarde, estaba a punto de proponerle que nos pusiéramos en marcha, cuando exhaló un profundo suspiro y dijo para sí, en voz queda, y con el acento que sólo un ona puede dar a sus expresiones:

—Yak haruin! (¡Mi tierra!)

El suspiro que precedió a estas suaves palabras, tan poco usuales en un ona, ¿lo motivaba acaso la visión de un futuro, no muy lejano, en que el cazador indio ya no recorrería la soledad de los bosques, la leve columna de fuego de sus campamentos había sido reemplazada por la chimenea de los aserraderos, y las potentes máquinas y las ruidosas sirenas alterarían para siempre el secular silencio?

Si tales eran sus pensamientos, yo simpatizaba enteramente con él; impotente para detener la invasión inevitable de la civilización, decidí hacer todo lo que estuviera a mi alcance para suavizar el golpe. Me iba a Buenos Aires, pero volvería, no a Ushuaia o a Harberton, o a Cambaceres, sino a Najminshk, en el corazón de la tierra ona, donde podía ayudar a los dueños primitivos de la tierra, a quienes yo podía llamar con orgullo amigos.

CAPÍTULO XXXVI

DESPARD TRAE SU NOVIA A HARBERTON. MARÍA SE VA A VIVIR AL CHACO PARAGUAYO. VISITO A BUENOS AIRES Y ME ASUSTA EL TRÁNSITO. MI ABOGADO ARGENTINO SE CREE OBLIGADO A BUSCARME UNA COMPAÑERA. MUY SATISFECHO, REGRESO A TIERRA DEL FUEGO PARA CONTINUAR MI VIDA AL LADO DE LOS INDIOS ONAS.

I

DESDE la edad de once años, en que había acompañado a mi padre en su viaje de exploración a las islas occidentales, tierra de los alacalufes, yo no había abandonado la Tierra del Fuego. Mis contactos con la civilización se limitaban a Ushuaia y Río Grande.

Lo mismo le acontecía a mi hermano Will. Despard, en cambio, había estado varias veces en Buenos Aires y realizado un segundo viaje a Inglaterra con mi padre. Como se recordará, fué en una de esas visitas a Buenos Aires que se comprometió en matrimonio con Cristina Reynolds.

Algunos meses después volvió a Buenos Aires. No había correo regular en esos días y los barcos sólo se detenían en las raras ocasiones en que debían cargar nuestros productos o comprarnos carne; por lo común, lo veíamos pasar de largo cerca de la costa de la isla Navarino. De modo que no teníamos idea de cómo lo pasaba nuestro viajero, ni de cuándo regresaría.

Un día en que Will se encontraba en Punta Remolino de visita en casa de Minnie Lawrence y yo había estado trabajando con una docena de onas en los bosques cercanos a Harberton desde la madrugada hasta el oscurecer, al volver a casa y entrar en la cocina con la intención de quitarme los mocasines y lavarme un poco, antes de ponerme ropa limpia y seca, vi que la puerta que daba directamente de la cocina a la sala estaba abierta, y oí voces provenientes del otro cuarto. Una era la voz familiar de Despard, otra, femenina, me era desconocida. Comprendiendo que mi aspecto tosco y salvaje no podía ser agradable a los ojos de una dama, quise escapar a mi cuarto sin ser visto. Demasiado tarde: Despard me vió, se me acercó, y me arrastró a la sala para presentarme a su esposa. No sé si le chocaría mi aspecto, en todo caso supo disimularlo. Vino a mí, sin vacilar y supo

actuar como lo exigían las circunstancias. Desde ese momento fuí su más rendido esclavo.

Mientras yo estaba trabajando en el bosque con mi cuadrilla de peones, un barco había entrado al puerto y después de dejar a Despard y su novia, había proseguido su ruta sin que nosotros advirtiéramos nada.

Despard y Cristina se instalaron en Harberton. Poco tiempo después Will también se casó y trajo a su esposa a vivir a la casa grande.

Yo había prevenido a mis hermanos el día que se suscitó la cuestión del establecimiento en la tierra de los onas, que las comodidades de Harberton resultarían estrechas para nuestra creciente familia en un futuro cercano.

Ya he relatado cómo mi hermana María conoció a Wilfredo Grubb en la isla de Keppel, se comprometieron y luego él se fué a vivir al Chaco Paraguayo, que bien podíamos llamar el último rincón de la tierra, donde trabajó como voluntario entre una tribu de indios. Durante diez años los novios mantuvieron correspondencia, tan regularmente como lo permitía nuestro intermitente correo. Durante esos largos años mi hermana vió poco a su novio nómada. Ella se quedó unos cuantos años con nosotros en Harberton y después vivió algún tiempo en Inglaterra. Al volver de ese país se casó con Wilfredo en Buenos Aires, quince días antes del casamiento de Despard y Cristina.

María y Wilfredo volvieron juntos al Chaco, ese extenso territorio de bosques, lagos y pantanos limitado por los ríos Pilcomayo y su tributario el Paraguay, y se instalaron en una región anegadiza, de clima detestable. Allí, lejos de los suyos, rodeados de tribus salvajes, debían vivir los mejores años de su vida.

Wilfredo Grubb era un gran hombre. La mayor parte de su vida está relatada en cuatro libros [1], pero sus mejores episodios nunca verán la luz. Cuando yo lo visité años después, me los contó (la mayoría iban en contra de su prestigio), mientras descansábamos junto a una fogata en su campamento, prefiriendo aguantar la molestia del humo antes que los mosquitos. De tiempo en tiempo, un indio pintado y adornado con plumas le retiraba la pipa que él mismo había hecho, la cargaba de nuevo y se la devolvía.

Debo limitarme a hacer conocer aquí sólo dos de las experiencias

[1] "Un pueblo desconocido en una tierra desconocida", por Barbrooke Grubb.
"Una iglesia en la selva", por Barbrooke Grubb.
"Barbrooke Grubb, buscador de senderos", por Norman J. Davidson.
"Barbrooke Grubb en el Paraguay", por C. T. Bedford.
Obras publicadas por los señores Seeley, Servicio y Compañía Ltd.

de Wilfredo. La primera ocurrió cuando estaba lejos de su casa, acompañado por un indio llamado Poet (Ranita). Wilfredo caminaba delante de su compañero, cuando un golpe repentino, como un terrible latigazo, lo alcanzó en las costillas. Poet le había disparado con una flecha desde atrás. El delincuente echó a correr gritando aterrorizado, pues, entre esa gente, existía la creencia de que si el espíritu del asesinado penetraba en el cuerpo del asesino, los dos espíritus juntos en un mismo cuerpo lo volverían loco. Fué esta superstición indudablemente la que le salvó la vida a Wilfredo, pues Poet no esperó hasta ultimarlo. La flecha no estaba envenenada, pero había sido especialmente preparada; llevaba en la punta una hoja de cuchillo de veinticinco centímetros afilada por ambos lados. Wilfredo consiguió arrancársela. Quedó tirado allí hasta el día siguiente en que un indio lo encontró y lo cuidó durante dos días; después, dos compañeros de la misión se lo llevaron. Luego de un sinnúmero de sinsabores, fué internado en el Hospital Británico de Buenos Aires, donde le extrajeron coágulos de sangre de los pulmones. No permitió que lo anestesiaran.

Poet hizo correr la voz de que Wilfredo había sido muerto por un jaguar. Cuando se supo la verdad, alegó que se había visto obligado a matar a Wilfredo a causa de un sueño que había tenido. Sus compañeros convocaron una gran reunión en la que decidieron que Poet debía morir. Cada uno de los jefes de tres tribus distintas encomendó a uno de sus hombres jóvenes que lo ultimaran a puñaladas. Así fué hecho.

La segunda aventura ocurrió allende la frontera boliviana, a orillas del río Pilcomayo y a cierta distancia hacia el norte del lugar donde se juntan Bolivia, Argentina y Paraguay. Wilfredo, con algunos compañeros de la tribu Lengua, del Chaco paraguayo, exploraba una zona desconocida de esa región, cuando encontraron una flecha atada a una rama. La flecha apuntaba hacia ellos y eso advertía que habían sido vistos y no serían bienvenidos. Sus compañeros rehusaron seguir adelante, y Wilfredo siguió solo. No tardó en comprobar que era espiado y de pronto se encontró rodeado por una tribu extraña cuyo idioma no podía entender. Comprendió que su vida corría peligro. Sabía que tanto las religiones como las supersticiones se difunden a pesar de los límites de los idiomas. Afortunadamente ya había sido admitido en los secretos de la logia Lengua, y como sabía dibujar y era buen parodista, tomó un palito y trazó cuidadosamente en el suelo la figura de un enorme escarabajo sobre el cual se acuclilló al

estilo Lengua, y haciendo ciertos movimientos con las manos y el cuerpo comenzó a entonar un salmo.

La artimaña surtió efecto. Había allí un hechicero que conocía los ritos místicos de la logia. Pronto llamaron a una mujer de la tribu Lengua, que ellos habían robado, o estaba allí extraviada, quien actuó como intérprete. Wilfredo, acerca de quien informaron diversos periódicos que había sido muerto por los indios, quedó varios meses con ellos y en la época de la zafra los acompañó a las grandes plantaciones de azúcar de los hermanos Leach en Jujuy; más adelante consiguió que se estableciera una filial de la Misión en ese lugar.

Wilfredo fundó en el Paraguay una compañía llamada "Asociación Chaqueña de los Indios". Las acciones pertenecían exclusivamente a indios del Chaco. Negociaban en ganado y en cueros; el activo fué avaluado por un experto en 52.000 libras esterlinas. El Paraguay es un país católico, Wilfredo pertenecía a la *Low Church*. A pesar de eso fué llamado a Asunción, la capital, donde le confirieron el grado de Coronel Honorario y le impusieron el título de "Protector de los Indios".

María se fué a Edimburgo poco antes del nacimiento de su hija Berta. Cuando la niña cumplió unos pocos meses, ambas volvieron al lado de Wilfredo en el Chaco paraguayo, donde los visité yo poco después. Más adelante me encontré nuevamente con Wilfredo. Estimulado por los hermanos Leach, había decidido establecer otra filial de la Misión cerca del lugar donde vivían en San Pedro, Jujuy.

2

En 1902, un año después de los casamientos de María y de Despard, fuí a Buenos Aires. Tenía yo entonces veintiocho años. El motivo del viaje era el de asegurar los títulos de la concesión de Harberton, que seguían a nombre de mi padre. Me acompañaron mi madre, Berta y Alicia. Viajamos en el transporte del Gobierno *Santa Cruz*, al mando de nuestro viejo y fiel amigo el capitán Mascarelo. El viaje duró treinta y un días. Cuando desembarcamos, me asustó la enorme cantidad de gente que había en la capital; todos parecían atareados y empeñados en estorbarse mutuamente. Durante años había evitado visitar aun el pequeño poblado de Ushuaia. Me había criado tan selvático y receloso de los blancos como el cauteloso Te-illh de Najmishk. En ocasiones, al regresar a Harberton por unos días de descanso después de trabajar durante semanas en los bosques o en Cam-

baceres y divisar desde una colina un barco anclado en el puerto prefería volverme al lugar de trabajo antes que encontrarme con extraños. Usando una expresión moderada diré que Buenos Aires no me gustó nada.

El profesor Reynolds y su señora, suegros de Despard, y su hijo el doctor Roberto Reynolds fueron a recibirnos al puerto. Para trasladarnos a su casa tomamos un coche; fué indudablemente una de las andanzas más peligrosas de mi vida. Estaba acostumbrado a montar potros y había hecho en bote más de una travesía con tiempo tormentoso; sin embargo, nunca me sentí más perturbado que cuando me vi arrastrado en medio de un verdadero torbellino de tránsito, en un coche manejado por un extraño que no me inspiraba ninguna confianza.

Cuando llegamos a destino, Bobby Reynolds, que había advertido mi pánico, observó:

—No acabo de comprenderlo, es usted un manojo de nervios; por lo que había oído de su vida en el Sur lo imaginaba más sereno.

Me sentí muy disminuído al contestarle:

—Es la primera vez que viajo en coche desde que tenía seis años.

El asunto que nos traía a Buenos Aires marchaba muy lentamente y a veces se paralizaba completamente. La principal dificultad consistía en que los hijos de Tomás y María Bridges no teníamos cómo probar nuestra identidad. Mi padre había escrito nuestros nombres en la Biblia familiar, pero esto no era aceptado por las autoridades como prueba suficiente.

Por fin acudí a un abogado argentino animado por la mejor buena voluntad en favor nuestro. Su primer paso fué buscar entre nuestras viejas relaciones de Ushuaia alguien que ahora residiera en Buenos Aires. Mientras esperábamos el resultado de las averiguaciones, este amigo, tan leal y verdadero, hizo lo indecible por serme útil, no sólo en asuntos legales, sino también en lo referente a vida social.

Se preocupó muchísimo por mi felicidad durante mi estada en la capital, mostrándome fotografías de bellas muchachas conocidas suyas. Consultó mi gusto, ¿quería una muchacha alta o baja, rubia o morena? Estoy seguro de que las desgraciadas esposas de Barba Azul no han de haber sido de tipo más variado que la colección de damas que puso a mi disposición para elegir. Me ofreció también tarjetas de invitación enviadas a su oficina por personas bien intencionadas, quienes podían mostrarme la ciudad y enseñarme a "vivir". Este empeño obedecía a su gran bondad. Cuando yo decliné muy agra-

decido sus repetidas ofertas, sin duda pensó que yo era un deficiente físico o mental.

A pesar de nuestros distintos puntos de vista, o tal vez por eso mismo, yo cobré por este amigo tan íntegro un verdadero afecto, y aunque él tomaba a broma mis ideas puritanas estoy seguro de que también me quería. Opinaba que una vida de abstinencia, en plena juventud, era equivocada. Es interesante consignar que algunos años después me aseguró que había cambiado de opinión al respecto.

La cofradía de mujeres livianas también estaba empeñada en que yo lo pasara bien. No tuve ningún mérito al sustraerme a sus redes, pues sus avances me resultaban en alto grado repelentes. La mujer de Putifar tuvo más éxito con José que la más encantadora de esas mujeres conmigo. Hasta los espantosos maniquíes de cera de labios pintados y ojos fijos que había en los escaparates me obligaban a apartar la vista y apretar el paso; ¡sus vidriosas miradas me resultaban tan poco naturales y a la vez tan humanas! Otros tipos de diversiones más respetables me produjeron distinta impresión. Conservo vivamente el recuerdo de un baile al que fuí invitado por unos amigos. Me quedé entre los espectadores para ver bailar a las parejas. Nunca en mi vida había visto hombres y mujeres en traje de fiesta, y aunque el baile pretendía ser de niños, muchas de esas criaturas eran ya crecíditas. Las jóvenes de expresión radiante ataviadas con ropas de brillantes coloridos, algunas bastante ligeras, me parecieron muy hermosas. Ellas, la música y las luces, me deslumbraron a la vez que me entristecieron. Me di cuenta por primera vez de toda la belleza y alegría que había perdido, de los placeres de la juventud que ya no tendría a mi alcance. Comprendí que durante toda mi vida sería yo distinto a los otros hombres, incapaz de entregarme por completo a una reunión tan alegre como la que me era dado contemplar. Sin embargo..., olvidando la civilización y recordando los bosques nevados y las cumbres azotadas por los vientos de mi tierra natal, podía repetir las palabras que Adam Lindsay Gordon pone en boca del arriero moribundo:

—Viviría la misma vida si tuviera que volver a vivir.

Las laboriosas investigaciones de nuestro abogado dieron fruto. No tardó en descubrir que algunos de nuestros viejos amigos ocupaban ahora importantes cargos en Buenos Aires. Uno de ellos, el señor Virasoro y Calvo, había sido el primer subprefecto de Ushuaia y era ahora gerente de una importante entidad bancaria. Otro era un caballero que como oficial naval había formado parte de aquella memorable expedición de 1884, cuando el Gobierno Argentino tomó

por primera vez conocimiento de la tierra más austral de su territorio. Era nada menos que el ministro de Marina.

Ellos declararon conocer a la familia y que los seis hijos eran legítimos herederos de sus padres. A partir de ese momento el asunto comenzó a moverse con eficacia y muy pronto estuvo suficientemente adelantado como para permitirnos a mi madre, a mis hermanas y a mí volver a la Tierra del Fuego.

Me sentí feliz al alejarme del torbellino y la agitación de la ciudad, de poder llenar mis pulmones con el aire puro y frío del estrecho de Magallanes y ver de nuevo las nevadas cimas que conocía tan bien. El sueño de mi infancia se estaba por realizar. Iba a vivir en la tierra de los onas, entre mis amigos indios. Muy pronto podría decir con Talimeoat, Halimink, Puppup, Kankoat, Yoknolpe, Taäpelht y todos los demás, aquellas palabras del cazador de cuervos marinos de Tukmai, al mirar la puesta del sol sobre el lago Kami:

—¡Yak haruin!

IV

UNA CHOZA EN LA TIERRA DE LOS ONAS

1902 - 1907

CAPÍTULO XXXVII

COMIENZO UNA ESTANCIA EN NAJMISHK. LA LLAMO VIAMONTE. UTILIZAMOS EL SENDERO PARA TRANSPORTAR HERRAMIENTAS Y PROVISIONES. CONSTRUIMOS UNA CHOZA Y CERCAMOS LA TIERRA. NO TOMO EN CUENTA EL CONSEJO DE McINCH. AHNIKIN Y YO QUEDAMOS SITIADOS POR UNA TORMENTA DE NIEVE Y PASAMOS LA NOCHE EN VELA.

I

OPINABA Despard que empezar una finca sobre la cadena montañosa de la costa era un negocio costoso y arriesgado, y esa opinión la había expresado en los términos más enérgicos. Basaba sus argumentos en tres razones principales: la dificultad de acceso, la inclinación de los onas hacia el asesinato y la traición, y por último la oposición que nos harían los poderosos criadores de ovejas del norte. La primera objeción estaba en gran parte derogada por la construcción del camino que unía Harberton a Najmishk; la segunda tenía en cuenta un riesgo que yo había estado corriendo desde hacía algún tiempo y que estaba dispuesto a seguir corriendo; la tercera se basaba en un peligro de distinta naturaleza.

Ni mis hermanos ni yo dudábamos de que los grandes y poderosos terratenientes del norte verían con desagrado nuestra intrusión del otro lado de las montañas. Estábamos seguros de que habiendo ocupado nosotros los mejores campos para criar ovejas cerca del puerto, ellos u otros como ellos, no tardarían en intentar anexarse nuevas tierras. Imposible era que tierra tan fértil como la de los alrededores de Najmishk escapara a su observación. Se creía en esa época que la región era inadecuada para las ovejas, pero no podía negarse su aptitud para el ganado vacuno y caballar. Yo persistía en mi lema "quien nada arriesga, nada gana"; y alentado por el recuerdo de mi padre, que, pese a su enfermedad y a su edad avanzada, tomó la heroica determinación de dejar a Ushuaia y trasladarse a Harberton, seguí adelante. No puedo comparar mi vida con la de mi padre; él cruzó el inmenso océano para llevar a cabo la obra del Maestro; sin embargo existía cierta similitud entre su empresa y la mía, aunque sólo fuera la que puede haber entre el monte Everest y un hormiguero.

Cuando él fué por primera vez a Ushuaia se radicó donde ningún hombre blanco había vivido todavía. Al dejar el lugar, las pocas casuchas se habían transformado en un pueblo floreciente y un centro gubernamental se había establecido. Durante los años que la familia había vivido en Harberton, también el establecimiento había crecido, y aunque no llegaba a ser un pueblo, se bastaba, sin embargo, a sí mismo y podía jactarse de tener suficientes casas de hombres blancos, además de la nuestra, como para merecer el título de poblado.

Me hacía falta alguien que se hiciese cargo de Najmishk cuando yo me ausentara a Harberton o a otros sitios. Las rivalidades de los onas en esa época me impedían dejar un indio desarmado al cuidado de los utensilios de trabajo y las provisiones; con toda seguridad algún enemigo lo atacaría y terminaría con él. Después de mi infortunada experiencia con Halimink y Ahnikin, no me atrevía a confiar más rifles a los indios, por temor a que los usaran para luchar entre ellos. Aun cuando los torneos de luchas en Harberton hubiesen suavizado las seculares disputas entre los indios del norte y los de las montañas del sur, subsistía la amenaza de sangrientas represalias.

Además, sabía por experiencia propia que era imposible dar autoridad a un ona sobre otro. Estaban habituados a un género de vida comunista. Cada uno hacía lo que quería; quién más, quién menos, todos se hacían el gusto. Cuando surgía una diferencia de opinión entre dos hombres, uno de ellos mataba al otro en seguida, y se trasladaba con su familia y quizás algunos simpatizantes, a cazar a otro distrito.

Busqué en los alrededores algún ayudante blanco y me decidí por Dan Prewitt. Era el único de los diez jóvenes que mi padre había traído en el *Phantom* en 1837 que había quedado con nosotros en Harberton. Era muy buen tipo, bajo, fornido, seguro, y se había hecho querer por los indios. Reunía exactamente las dotes del hombre que yo necesitaba en Najmishk para trabajar en armonía con mis amigos los onas, tan bien dispuestos como él a ayudarme en mi nueva empresa.

2

Una vez que tuvimos el camino listo para el tránsito, necesitamos caballos. Un buen caballo de montar de nuestra estancia de Harberton valía, término medio, cien pesos moneda argentina, precio exorbitante que equivalía entonces a ocho libras esterlinas. Las yeguas ariscas me las dejaban en quince pesos cada una. Compré cuarenta y dos de

ellas y decidí amansarlas en el trabajo. No me costó demasiado esfuerzo, pues ya estaban acostumbradas a ser encerradas en corrales. Elegí las mejores para montar y tenía la intención de utilizar el resto como animales de carga para transportar nuestros enseres a Najmishk. Confeccioné monturas y pude cargar las yeguas, con tan buen resultado, que cuando Dan y yo dejamos a Harberton acompañados por un grupo de nuestros amigos onas, pudimos acarrear casi una tonelada de herramientas y provisiones.

Con nuestra larga fila de animales cargados, el viaje a Najmishk no fué fácil. Como ya he mencionado, nos veíamos obligados a cruzar doscientas veces los ríos Varela y Valdés. En algunos lugares las pendientes eran muy inclinadas. Las yeguas tenían que trepar incrustando sus cascos en el suelo y aprovechando cuando era posible las matas de pasto a los lados del sendero. En cierto sitio el camino se elevaba completamente abrupto al salir de un arroyo. Cuando los caballos debían bajar esa pendiente húmeda y resbalosa, aprovechaban el tumbadero [1], es decir, encogían las patas traseras, y afirmándose en las manos, hacían resbalando un trayecto de treinta y cinco metros, hasta llegar a un borde, donde, debido a esta maniobra, se había amontonado una buena cantidad de barro. Con un salto el animal salvaba el obstáculo y caía en un segundo tumbadero, que lo llevaba resbalando hasta el arroyo, al pie de la colina. Nuestras yeguas, aunque estaban acostumbradas a tierras quebradas tenían gran dificultad para escalar esas pendientes. En el tramo final afirmaban los hocicos en el borde, y luego, juntando las patas en un último y penoso esfuerzo, alcanzaban el tope con las rodillas dobladas en tierra.

A pesar de estas y otras dificultades llegamos a Najmishk cuatro días después de salir de Harberton, con nuestras cuarenta y dos yeguas y todas nuestras provisiones intactas.

3

He dicho ya que el camino salía de la playa, al pie de la colina Tijnolsh en dirección noroeste y terminaba en un acantilado a ochocientos metros del río Ewan. A unos diez kilómetros al noroeste, pasando la desembocadura del río Ewan, el gran promontorio llamado Acantilado Ewan, y una extensión de ocho kilómetros de playa de

[1] En castellano en el original. Literalmente significa un lugar para tumbarse en un gimnasio. Esta palabra la usan los traficantes de madera para describir lugares muy escarpados donde se largan los troncos a fin de que bajen rodando o resbalando.

ripio, estaban las colinas boscosas de Najmishk. De formas redondeadas, con algunas prominencias en su parte superior daban nacimiento a dos o tres manantiales grandes o arroyos pequeños; Najmishk terminaba, lo mismo que Tijnolsh, en un acantilado de cerca de un kilómetro y medio de largo y una altura término medio de noventa metros. De su parte media, donde la altura no alcanzaba más de sesenta metros, surgían dos de los arroyuelos mencionados, entre los cuales Capelo había preparado su famosa emboscada a los blancos, que habían rehuído la lucha.

En el extremo este-sudeste del acantilado había un banco cubierto de hierba que se elevaba a unos treinta y seis metros sobre el nivel del mar. En ese lugar levantamos nuestro primer establecimiento, a cuatrocientos metros de la playa, lindando con los bosques protectores que prácticamente cubrían las dieciséis áreas de la colina Najmishk. Empezamos con un refugio instalado detrás de unos enormes arbustos de grosellas salvajes; después construimos una choza de una habitación, piso de tierra y una ventana de madera sin vidrio. Allí pusimos un par de catres; Dan Prewitt fué el único que aprovechó esta comodidad, pues yo prefería mi camastro de ramas y pasto seco a sotavento de un refugio. Mis amigos los onas acampaban allí cerca. El segundo catre lo utilizábamos como depósito de las provisiones y las herramientas que no habían podido guardarse en otro lugar de la pequeña choza.

He ahí el modesto comienzo del nuevo establecimiento. Lo bauticé Viamonte, pintoresco nombre italiano de un general argentino que pasó a la historia; además, el significado de "vía monte" convenía admirablemente al lugar. Este fué el principio de una morada donde conviví mucho tiempo con los onas en su propia tierra. Salvo algunas escapadas en el rigor del invierno, quedé allí hasta que la primera guerra mundial me llamó lejos de mi tierra natal.

4

En esos primeros días de Viamonte, me acompañó el remanente del infortunado grupo de Najmishk: Koiyot, sus dos sobrinos, Ohrhaitush y Yoshyolpe, los hermanos Shijyolh y Shishkolh, Shaiyutlh (Musgo Blanco), Ishiaten (Muslos Arañados) y otros tres o cuatro muchachos trabajadores, entre ellos Kautush. Este joven era hijastro de Kautempklh, aquel anciano tan bondadoso del grupo norte. Su

madre era una mujer de Najmishk. Su padre había sido asesinado poco antes por uno de los hombres del norte.

Del mismo grupo del norte llegaron Paloa, Dolal, el yerno de Talimeoat, Kostelen (Cara Angosta) y Ishtohn (Caderas Anchas), yerno de Kautempklh; todos ansiosos por ayudarme en la nueva empresa. Y del grupo este, el alegre y leal Kankoat y un joven aush llamado Tinis, que tenía un brazo paralizado. Gracias a todos ellos me era dable mantenerme en contacto con unos cincuenta cazadores ambulantes a quienes podría recurrir en caso necesario.[1]

Los hombres de las montañas Ahnikin, Halimink, Yoknolpe y el resto rara vez nos visitaban; cuando lo hacían sólo quedaban con nosotros una o dos horas; se sentían más seguros en su zona del Sur. Debido a su proceder traicionero la paz mantenida algunos años había sido quebrantada. El grupo Najmishk había sufrido desastrosas pérdidas mientras ellos escaparon indemnes. Ahnikin el tumultuoso pajarraco, que sabía muy bien que Kiyohnishah (Estiércol de Guanaco) nunca lo perdonaría por el asesinato de Houshken, prefería ahora pasar la mayor parte de su tiempo en Harberton. Kiyohnishah, Chashkil y uno o dos más del grupo Norte, que habían intervenido abiertamente en la matanza del lugar de la ballena encallada también evitaban encontrarse con aquellos a quienes habían dañado y se abstenían de visitarnos en Najmishk.

5

Yo no estaba de acuerdo con aquellos que consideraban la zona de Najmishk inadecuada para la cría de ovejas y me propuse traer de Harberton cuantas pudiera. Antes era preciso cercar el terreno necesario. Nuestra primer tarea después de habernos instalado en Viamonte fué construir cercos. Comenzamos por uno de madera en lo alto de la colina de Najmishk, que fuimos llevando, en descenso, por la parte boscosa de la región. En esto trabajamos hasta bien entrado el invierno, época en que creí poder dejar a Dan Prewitt a cargo de Viamonte, mientras yo pasaría un mes o dos con mi familia en Har-

[1] La frecuente repetición en estas páginas de unos cuantos nombres puede dar la impresión de que eran los únicos indios que habitaban esos lugares en los comienzos del siglo. Distaba mucho de ser la verdad. Además de los ya mencionados, podría nombrar muchos otros con quienes he convivido y salido a cazar. Con sus mujeres y familias formaban una población ambulante de más de doscientos cincuenta habitantes. Si los nombrara a todos (en caso de que llegara a recordarlos), este relato, profusamente salpicado de nombres propios, resultaría intolerable hasta para los más indulgentes lectores. Debo señalar que me he esforzado en la traducción fonética del habla gutural de los onas.

berton. Koiyot fué designado su brazo derecho. Después de una agradable estada de un mes en Harberton decidí hacer una visita a Viamonte. No me sentía intranquilo por la seguridad de Dan, pero quería saber cómo se las arreglaba. Quizás me atrajera, más que nada, la reluciente blancura de las montañas. Mi madre al enterarse de mi determinación y observar el cielo, se inquietó, pero yo le respondí, con todo optimismo, que estaría de vuelta a los diez días. Deseaba un compañero para el viaje y pedí al joven Ahnikin que me acompañara, y me alegré mucho cuando él aceptó. Había probado ser un muchacho resuelto y resistente aquella vez que quedó a mi lado en la larga persecución al ganado detrás de Flat-Top cuando todos nos abandonaron.

Salimos juntos de Harberton; ambos calzábamos zapatones para nieve. Entre las montañas vimos algún rastro de zorro. En pleno bosque, antes de llegar al lago Kami, hallamos un sendero abierto por los zorros; más de treinta animales juntos debían de haber tomado esa dirección. Ahnikin me dijo que algunas veces los zorros se reunían en manadas para cazar guanacos. Yo personalmente nunca vi que los zorros empleaban este sistema propio de los lobos. Tampoco lo vió mi padre. Este nos dijo que había oído decir a los yaganes que manadas de zorros se reunían para cazar cuando el tiempo era muy malo, pero había añadido que lo ponía en duda.

Al tercer día de viaje, cerca del lago Kami, la nieve se hizo menos espesa y comenzó a helarse, así que colgamos nuestros zapatones para nieve de unos árboles para encontrarlos a nuestro regreso y apuramos el paso hacia Najmishk, donde llegamos a mediar el día siguiente. Dan Prewitt se alegró de vernos. Estaba de buen humor y muy contento con su ayudante Koiyot, pero creía que en Río Grande, adonde había ido a buscar provisiones, no respetaban su condición de delegado mío. Pensé que era conveniente aclarar las cosas allá antes de regresar a Harberton, así que al día siguiente dejé a Ahnikin en Viamonte, monté a caballo y tomé el camino al puerto orillando la costa. Pasé la noche como huésped del hospitalario aunque a veces intratable McInch.

Este rey sin corona de Río Grande era un curioso personaje. Se vanagloriaba abiertamente de haber perseguido y asesinado indios, según él para el propio bien de ellos; sin embargo no podía ver una matadura en el cogote de un buey ni espolear sin necesidad a un caballo. Además entre él y los perros existía una admirable comprensión. Se sentaba en el corredor de su casa o de su almacén a charlar con sus visitas; mientras tanto, su perro, un fuerte mastín de caza irlandés,

se acostaba a sus pies con el ojo atento a los deseos de su amo. Como dueño de casa era amistoso y cordial, no se incomodaba ni aun con aquellos que se tornaban altivos. Sus ojos se posaban alternativamente, y con la misma mirada indulgente, en el airado interlocutor y en su perro. Pero bastaba una imperceptible guiñada para que el can se abalanzara a las piernas del despavorido ofensor, lo que no impedía que luego tironeara encolerizado al animal, declarando que nunca el perro se había portado así y que probablemente habría enloquecido.

McInch se había repuesto desde hacía tiempo de los efectos de la flecha de Taäpelht, y me enseñó, para que yo lo examinara, uno de sus tesoros más apreciados: el pequeño perdernal de vidrio que casi le había costado la vida. Se proponía mandar hacer de él un alfiler de corbata.

Al día siguiente se levantó un fuerte viento del Sur. McInch me rogó insistentemente que me quedara en el establecimiento Primera Argentina, pero yo, cumplido ya el propósito de mi visita, preferí no escuchar sus advertencias y salí a caballo con el polvo de nieve soplándome en los ojos. Un pastor de ovejas escocés que tenía su cabaña a pocas leguas de allí salió del establecimiento conmigo y anduvimos juntos hasta que divergieron nuestras distintas rutas. Antes de separarnos sacó a relucir una botella de whisky y gentilmente me ofreció un trago para precaverme del frío. En esos días yo consideraba esto una debilidad, de modo que rehusé. Él bebió y nos despedimos. Fuí el último hombre que lo vió con vida; su caballo ensillado volvió sin él a Río Grande algunos días después y, más adelante, su cadáver helado fué hallado en la nieve. Estaba perfectamente sobrio cuando me dejó.

Llegué a Viamonte sin novedades. El tiempo no presagiaba nada bueno. Yo me arrepentí de haber prometido a mi madre estar de vuelta en Harberton a los diez días. Sabiendo que ella se alarmaría si yo no llegaba a tiempo, salí a pie, antes del amanecer del séptimo día, con Ahnikin. Encontramos nuestros zapatones donde los habíamos dejado, y bien que nos vinieron pues la nieve impulsada por un viento contrario cada vez más fuerte, se estaba poniendo muy espesa. A la tarde del noveno día de viaje nos encontramos a la entrada norte de un valle angosto que se interna entre las montañas. Estaba al abrigo del viento, pero por ese mismo motivo los montículos tenían en muchas partes más de nueve metros de espesor y no era posible encender fuego en el suelo. Juntamos un montón de ramas, y luego de colocadas sobre la nieve, hicimos fuego encima de ella; pronto se derritió la nieve y la fogata se hundió, produciendo más

humo que calor. Teníamos alguna carne, que descongelamos y cocinamos a medias. También pudimos cocinar en nuestra marmita arroz, azúcar y grasa. Yo tenía un quillango de piel y una bolsa para dormir, y mi compañero tenía dos quillangos, de manera que pasamos la noche relativamente cómodos. A la mañana siguiente las perspectivas distaban mucho de ser halagüeñas, pero no deseábamos demorarnos en ese lugar ni regresar al punto de partida. Cuando la nieve amainaba por un momento, podíamos verla precipitarse en nubes sobre el borde del Spion Kop, a menos de un kilómetro de distancia. Decidimos continuar, pues aunque no se nos ocultaba que en el alto páramo ese cierzo, que nos golpearía de frente, no iba a tener nada de agradable, sabíamos que dos o tres kilómetros más lejos encontraríamos algún abrigo, y poco después, un bosque de árboles de hoja perenne, donde podríamos encender un buen fuego.

La capa de nieve era blanda y extraordinariamente espesa en ese lado, más resguardado; sin nuestros zapatones para nieve no habríamos podido avanzar ni un paso, pero llegamos a la cumbre y tratamos de afrontar la ventisca en un corto recorrido. A veces teníamos que valernos de los dedos para abrirnos los ojos pues se nos helaban las pestañas y debíamos pellizcarnos continuamente la nariz por la misma razón. Nos desviamos, entonces, un poco hacia el Este, pero no veíamos el suelo que pisábamos. Al fin hallamos refugio detrás de una roca y descansamos un rato, esperando que amainara el viento, pero empezó a oscurecer y la tormenta continuaba. La nieve nos cegaba por completo, y estando fuera de la senda corríamos el peligro de caer en alguna trampa mortal si tratábamos de volvernos o de avanzar; cavamos, pues, un hoyo en la nieve y nos preparamos para pasar la noche. Mi compañero opinó en tono lúgubre que los zorros nos encontrarían allí en primavera, cuando se derritiera la nieve. Le contesté que no éramos viejas y no debíamos dormirnos, pero añadí:

—Si me duermo golpéame fuerte, hasta que me despierte; yo haré lo mismo contigo.

No teníamos frío en realidad, aunque nuestras ropas estaban pesadas de nieve y húmedas, pero yo temía que si nos dormíamos, la nieve nos sepultaría como a las ovejas, pues al abrigo de esa roca su volumen aumentaba en forma increíble. Cuando el sueño parecía vencernos nos incorporábamos y luchábamos violentamente para despabilarnos y entrar en calor; así pasamos la noche.

Al día siguiente, antes del alba, había amainado la tormenta y empezaron a parecer las estrellas. Partimos calzados con los zapatones, y al llegar al bosque de árboles de hoja perenne, encendimos un

fuego crepitante. Después de una buena comida caliente emprendimos nuevamente la marcha y llegamos a Harberton al anochecer del undécimo día. La familia me dispensó una cálida acogida, pues el tiempo había sido espantoso y temieron por nosotros.

Mi hermano Will había estado en la isla de Gable ocupado en rescatar nuestras ovejas sepultadas en la nieve. Vió nuestro fuego, y pensando que podía ser un pedido de auxilio regresó a Harberton con Kankoat para salir a buscarnos a la mañana siguiente.

Desde que mi padre estuvo en condiciones de conversar con los yaganes siempre los oyó hablar de terribles inviernos que habían azotado el país tiempo atrás. Como su propia experiencia se limitaba a algunos moderadamente rigurosos, había relegado esas historias al fárrago de leyendas y fábulas sin interés. Pero los fueguinos insistían, algunos de los más viejos afirmaban recordar épocas en que los canales fueguinos helados no permitían salir en canoa a buscar pescado, su principal alimento; y el hielo sólido que cubría las playas los privaba de sus recursos de almejas y lapas. Habían muerto de hambre centenares de guanacos y sólo unos pocos sobrevivieron.

Sin descartar cierto margen de exageración, mi padre se convenció de que esos relatos eran verídicos y que unos cincuenta años antes de la llegada de la Misión se había sucedido una serie de prolongados inviernos muy crueles, que desde entonces no se repitieron con igual intensidad. Mi padre nos previno que lo ocurrido una vez podía repetirse y que debíamos estar preparados para sufrir, eventualmente, fuertes pérdidas y hasta la total destrucción de nuestros rebaños.

A juzgar por el invierno de ese año, los relatos de los yaganes no eran pura fantasía. Antes de que terminara —no recuerdo ningún otro similar— tuvimos una desagradable sorpresa. Aparentemente terminó en la época habitual, pero cuando los árboles y arbustos empezaban a cubrirse de hojas y un sinnúmero de pájaros habían vuelto a sus nidos, recrudeció el frío. El 6 de octubre cayó una nevada de casi un metro, seguida de una prolongada y fuerte helada. De cuatro mil corderos que teníamos en Harberton sobrevivieron menos de cuatrocientos y gran número de madres murieron también. Miles de pájaros de la selva, pinzones, tordos, etc., se vieron obligados a huir de los bosques nevados. Se posaron sobre las playas durante la bajamar, y no acostumbrados a la situación permanecieron en ellas con las alas abiertas y fueron arrastrados hasta morir ahogados cuando subió la marea. Los gansos silvestres de la montaña, debilitados, yacían sobre la nieve intentando en vano remontarse, tan indefensos que era posible acercarse y atraparlos. Había en el puerto interior de Camba-

ceres una cueva pequeña donde ocasionalmente habíamos ido de picnic; cuando la visitamos ese año, estaba tan repleta de pájaros muertos que no quisimos utilizarla más.

Toda la región de los yaganes sufrió los intensos fríos y la zona de Harberton fué la más castigada. La costa atlántica sólo padeció las fuertes ráfagas heladas del Sur.

CAPÍTULO XXXVIII

LA PRIMERA ESQUILA EN NAJMISHK. LUCHO CON CHORCHE. KIYOHNISHAH Y SU GRUPO VUELVEN A HARBERTON. ALGUNOS RELATOS SOBRE COSTUMBRES ONAS. DIVERSAS FORMAS DE OBTENER DOS ESPOSAS. NIÑOS ONAS. HALIMINK CONTROLA SU NATURAL CURIOSIDAD. COMPORTAMIENTO CORRECTO ENTRE SUEGRO Y YERNO. LOS ONAS LLORAN A SUS MUERTOS. UN ENTIERRO ONA. PINTURAS Y TATUAJES. VESTIMENTAS INDÍGENAS. LA CORRECCIÓN DE LAS MUJERES ONAS. KEWANPE SE SOBREPONE A SU MODESTIA. EL MÉDICO DE LA FAMILIA. UNA CURA DE LUMBAGO. ARCOS Y FLECHAS DE LOS ONAS. ANTIGUOS Y MODERNOS PEDERNALES. EL CÓDIGO DE HONOR DE LOS CAZADORES. CÓMO CAZAN UN GUANACO LOS ONAS. INESPERADA DERROTA DEL TERRIBLE TIGRE. HÁBITOS DESCORTESES DEL GUANACO. EL DR. HOLMBERG ES DEFRAUDADO.

I

A PESAR de las pérdidas sufridas, Will tenía suficientes ovejas en Harberton y en la isla Gable como para que yo pudiera iniciar mi estancia. El verano siguiente llevé, ayudado por mis compañeros onas, las primeras dos mil trescientas ovejas hasta Viamonte, no todas a un tiempo, sino de a quinientas por vez; cada arreo me tomó de seis a siete días, más los dos de la vuelta para el siguiente. Pudimos completar la tarea sin ningún tropiezo aunque a veces hubo dificultades para que las ovejas cruzaran los arroyos. Al llegar la época de la primera esquila hubo entre los onas de esas regiones gran expectativa. Se reunieron en gran número en Najmishk, algunos para ayudar y otros simplemente para mirar. La mayoría de nuestros amigos onas que habían aprendido a esquilar estaban ocupados con Will en Harberton, así que muchos de los que estaban en Najmishk no eran sino novicios ansiosos por probar sus manos en ese oficio. ¡Cuál no hubiera sido la sorpresa de un criador civilizado al ver un grupo de onas, enteramente desnudos y pintarrajeados, ensayando las tijeras de esquilar sobre las ovejas! Las mujeres, que se habían amontonado alrededor del aprisco, convencidas de que esta función se realizaba para su exclusivo entretenimiento, miraban con no disimulado placer los esfuerzos de los desdichados animales por desasirse de las fuertes

manos de esos aprendices, incompetentes, por cierto, pero animados por la mejor buena voluntad, mientras yo me esforzaba por enseñarles el correcto estilo. Todavía me pregunto, ¿qué habrán pensado los compradores de lana al ver esas manchas de pintura roja que inadvertidamente los esquiladores habían dejado en los vellones?

Un muchachón gordo y de buen humor llamado Chorche, que tenía casi mi mismo peso y estatura, insistía en sujetar su oveja en forma incorrecta, creyendo, sin duda, hacerlo muy bien. Yo lo corregí varias veces, y eso lo molestó. Por fin haciéndome una observación insolente, avanzó hacia mí con el evidente propósito de pelear. Él era el desafiador, pero yo me le anticipé, le tendí la mano izquierda y cuando él me tendió la derecha, en lugar de abrazarlo según la costumbre ona, lo agarré por la muñeca y después de tirarlo hacia delante, metí la cabeza y los hombros por debajo de su brazo derecho; luego me incorporé de golpe. Cogido de sorpresa, dió una vuelta entera y fué a caer de espaldas detrás de mí. Los otros rieron a carcajadas, incluso las mujeres, que daban chillidos de regocijo. Chorche se levantó bastante magullado y nada contestó. Yo me preparaba a recibir un fuerte revolcón, pero Chorche no volvió al ataque. Esa misma tarde le di el desquite en lucha libre según la costumbre ona, prueba de la que resultó que nuestras fuerzas eran parejas. No quedamos resentidos; después de eso muchas otras veces tuvimos luchas amistosas. Fué una mala jugada que yo le hice, pues esos golpes de jiu-jitsu eran enteramente desconocidos para los onas. Creo, sin embargo que ese sencillo golpe, que solamente surte efecto cuando se da por sorpresa, fué creado por el arte de pelear mucho antes de que se oyera hablar de jiu-jitsu, pero yo no debí haberlo empleado.

2

Mientras tanto, en Harberton y en la isla Gable también se procedía a la esquila. Además de las familias habituales del grupo sur, Harberton recibió la visita de Kiyohnishah, Chashkil, Pahchik y una docena de bravucones del norte, todos con sus mujeres y niños. Will llevó a todos ellos y a poco más o menos igual número de indios del sur a la isla de Gable para trabajar en la esquila. Instalaron sus campamentos vecinos unos de otros y parecían estar en mejores relaciones que nunca. Trabajaban muy bien juntos, y reían de los mismos chistes. Una tarde, sin embargo, se trabaron en torneos de luchas que distaban de ser amistosos; por un lado Halimink, Kankoat, Ahnikin

y otros viejos amigos y por el otro sus adversarios más pesados Chashkil, Halah, Pahchik, Kautempklh y el resto.

Terminada la esquila, todos se dispusieron a partir para sus correrías de otoño, estación en que abundaban los gansos salvajes y otras aves y los guanacos estaban en buenas condiciones. También en Najmishk se dispersaron los grupos. Los onas son inquietos por naturaleza y nunca permanecen largo tiempo en el mismo sitio. Casi todos iban y venían a Viamonte, como habían hecho y continuaban haciendo en Harberton y en Cambaceres, que estaba ahora a cargo del mestizo chileno Contreras. Nuestros vecinos más cercanos en Viamonte eran naturalmente los del grupo Najmishk, siendo el principal de ellos Koiyot, quien secundaba a Dan Prewitt en el cuidado de las ovejas y yeguas. La mujer de Koiyot se llamaba Olenke. Ella y su hermana Walush habían sido antes las mujeres del hermano de Koiyot. Se decía que Koiyot había desnucado a su hermano en una pelea a fin de conseguir a Olenke y a Walush. Esta última había sido por corto tiempo su segunda mujer. Walush había tenido dos hijos por el hermano de Koiyot: Ohrhaitush y Yoshyolpe.

Olenke y las otras mujeres de este pequeño grupo me dispensaron toda clase de atenciones. Todas las mujeres eran serviciales y siempre había muchachas dispuestas a buscar combustible y acarrear agua. A menudo, cuando llegaba, casi de noche, encontraba uno o dos *dahapi* fresquitos, recientemente pescados en los charcos que quedaban entre las rocas de la playa, colgados cerca de mi refugio, sin que la generosa donante se diera a conocer; otras veces descubría un hermoso pescado que me estaba esperando asándose entre las brasas cerca de mi cama. Estas hadas buenas eran generalmente Ijij y su hija Koilah. Las dos bien parecidas; Ijij puede haber tenido treinta y cinco años y la hija unos quince.

Se contaba sobre Ijij que al regresar una vez de la playa con otras mujeres trayendo pescado, se habían encontrado con un tipo desamparado a quienes todas detestaban. Estaba empapado y aterido y le castañeteaban los dientes. Ante una sugestión de Ijij, las mujeres le dieron muerte con sus arpones y cañas de pescar. Tal era el cuento, pero bien pudo acontecer que el hombre se desmayara en la playa y los voraces pájaros lo devoraran. ¿Quién sabe?

Ijij nunca parecía tener el mismo marido y en cuanto a mi amiguita Koilah, unos años después, bien pudo ser llamada prostituta. A pesar de esto puedo afirmar que durante toda mi vida con los onas no recuerdo ningún caso en que las mujeres trasgredieran las reglas de corrección, reglas que podían haber sido fijadas por puritanos. En

sus hogares, los hombres y mujeres observaban decoro y buenos modales. Uno podía convivir semanas con ellos, día y noche, sin sentir fastidio ni repulsión por su conducta. Con excepción del irresponsable Minkiyolh, nunca he oído a un ona jactarse de su fuerza o de sus proezas; si alguien lo halagaba o lo elogiaba demasiado, se sentía incómodo y quizás dijera: "Yi shwaken shi ma" (Puede que Ud. me fastidie).[1]

Durante mucho tiempo mi principal ocupación en Viamonte fué cercar. Trabajaba únicamente con compañeros onas. Sin embargo, el mal tiempo no se me hacía largo; salía a cazar o recorría la tierra de los onas, aumentaba mis conocimientos del idioma y de las costumbres de esa gente valerosa, atrayente aunque traicionera. Antes de proseguir con mi tema creo que debo explayarme, en unas pocas páginas, describiendo algunas de las costumbres de esta raza hoy virtualmente extinguida.

Ya he relatado cómo el joven Teëoöriolh cortejó y obtuvo la hija del aush Missmiyolh, según el viejo estilo. Este hecho, de acuerdo con mi experiencia, constituyó una notable excepción, pues los métodos más comunes para conseguirse mujeres eran la conquista y el secuestro. Otro, que no es desconocido en los medios civilizados, era el convenio entre los padres, sin consultar los gustos de los jóvenes interesados. En semejantes casos, si la novia era muy joven, él tomaba una mujer de más edad como primera esposa. Esa matrona enseñaba a la niña los deberes de esposa y más adelante le cedía humildemente su lugar. No siempre abandonaba a su ex marido; a veces quedaba como miembro de la familia, atendiendo a sus necesidades en forma mucho más eficiente de lo que se podía esperar de la inexperta damisela que la había reemplazado.

Los onas no tenían ninguna clase de ceremonia para los casamientos. El hombre se llevaba a la mujer a su casa, eso era todo. A veces se notaba la ausencia, por uno o dos días, de una pareja recién unida. Tal vez había un rival defraudado, y ellos se sentían más seguros cerca de su gente. Siempre era el hombre quien tomaba la iniciativa; sin embargo, a pesar de su aparente sujeción, la mujer ona tenía sus derechos y sus propias costumbres. Por ejemplo, no era bien considerado que una mujer, ya fuera jovencita o de edad madura, se entregara con demasiada facilidad. Al contrario, era frecuente que la pareja riñera; luego se veía aparecer al novio con la cara rasguñada y en ocasiones con un ojo negro. Recuerdo que un hombre me pidió lo

[1] Yi	shwaken	shi	ma.
Ud.	fastidiarme	quizás	a mí.

atendiera de un fuerte mordisco en el antebrazo que le había dado su novia, una mujer enérgica, de mucha experiencia.

Muy pocos onas tenían tres mujeres; según la costumbre debían ser dos. La segunda mujer era a menudo la hermana menor de la primera, sin esta ayuda su felicidad hubiera corrido peligro. Era corriente que la primera mujer se viese al poco tiempo con un par de niños indefensos sobre las espaldas, además de las diversas mercancías y enseres que como esposa estaba obligada a transportar de un lado a otro. En tales circunstancias era natural que la hermana menor prestara ayuda y automáticamente se convertía en la segunda esposa. El marido gozaba del privilegio de poder exigir a sus suegros otra de las hijas como segunda esposa. Lógicamente, muchas esposas, obtenidas por el marido en distintos sitios y por diferentes métodos, no eran hermanas entre sí. Hubo casos en que el marido trataba a su infortunada primera mujer en forma detestable, para complacer a la segunda. Prodigaba atenciones a la mujer joven para inducirla a quedarse con él y no estuviese tentada de escaparse en la primera oportunidad. Tal era el caso del joven Ahnikin. Su primera mujer había sido la hija de Kaushel (hermana de Kiliutah y del loco Minkiyolh). Su segunda mujer era la hija mayor de Houshken a quien él había asesinado. A fin de ganar el afecto de la jovencita trató a su primera mujer con la mayor brutalidad. Tanto fué así que ella logró escapar y buscó un protector entre los blancos. Luego murió su segunda mujer, dejándolo viudo, y tuvo que buscarse otra. Del éxito de esta búsqueda trataremos en un próximo capítulo.

Ahnikin había conseguido a su segunda mujer dando muerte al padre. Otro método común entre los onas era matar al marido. Puppup nos sirve de ejemplo en ese caso. Antes de que yo conociera a los hombres de las montañas, ellos habían empezado a sentir la falta de mujeres. Aunque muchos de los más viejos vivían felices con dos mujeres, otros, entre ellos el amable Puppup, no tenían ninguna. Para remediar esta deficiencia organizaron una expedición en dirección nordoeste. Se reunió un grupo grande, no limitado a buscadores de mujeres; incluía también a hombres bien provistos en ese sentido, pero que no quisieron quedar atrás cuando se planeó semejante aventura.

Los invasores transpusieron los límites de sus dominios cubiertos de bosques y pasaron a la tierra más abierta de su confiados vecinos. Avanzando con la mayor cautela consiguieron una tarde localizar a algunos hombres del otro grupo. Esperaron hasta el amanecer para caer sobre sus víctimas, a quienes superaban en número. Pocos fueron

los que escaparon a la muerte que sembraron las flechas de los guerreros de las montañas. Éstos, que no sufrieron pérdidas, se llevaron a su tierra tantas codiciables mujeres que la incursión bien mereció la pena.

Puppup fué uno de los que consiguió mujer, una joven en avanzado estado de preñez. La mayor parte de las cautivas logró escapar al poco tiempo, pero varias prefirieron quedar con sus raptores. El bondadoso Puppup fué uno de los favorecidos. Su esposa dió a luz una niña, hija del primer marido asesinado, que más adelante pasó automáticamente a ser la segunda mujer de Puppup. Madre e hija convivían muy felices, ambas tenían hijos de Puppup casi al mismo tiempo y se pasaban una a otra los pequeños para alimentarlos, sin preocuparse de cuál pertenecía a cuál.

Al morir la segunda mujer de Ahnikin, que era la hija mayor de Houshken, su hermana menor debía, según la costumbre ona, irse con Ahnikin, pero Houshken había prometido que ella sería la mujer de Hinjiyolh, el atrético y bien desarrollado hijo único de mi viejo amigo Tininisk. La vida de casado de Hinjiyolh fué trágicamente breve. Seis meses después de dar a luz una hija su esposa murió, pero fué por otra causa. Al pasar dos meses después cerca del campamento de Tininisk, vi con sorpresa a su mujer Leluwhachin alimentando a su nieta, una hermosa criatura, tal como lo haría una madre.

—¿Cómo es posible —le pregunté— que habiendo estado tanto tiempo sin tener hijos pueda usted alimentar ahora a esta criatura?

—Es porque quiero hacerlo —contestó—; la pequeña necesitaba leche o de lo contrario se hubiera muerto. —Y añadió sonriendo—: ¿Le parece que está delgada?

La pequeña se desarrolló espléndidamente y la llamaron Matilde. Cuando fué grande, se casó con Garibaldi, a quien yo había raptado cuanto tenía cuatro años de edad y luego cambiado a Tininisk por el nieto de Kankoat.

Pocas veces se despechaba al niño ona antes de los tres años. Las madres que criaban debían comer solamente ciertas partes del guanaco. Para ellas se apartaban estas presas y, según la costumbre, les estaba vedado comer ninguna otra porción del animal. Cuando un niño resultaba mañoso para despecharse, la madre se untaba con unas gotas de hiel. El guanaco no tiene hiel, así es que usaban la hiel de una foca, de un zorro o de un pájaro. Las muecas de disgusto y decepción del niño hubieran divertido a cualquier observador, pero bien pronto entraba en razón.

Cuando una criatura, sana en apariencia, lloraba incesantemente, la

madre daba muestras de impaciencia y solía gritar prolongadamente dentro de los oídos del pequeño. Generalmente, el niño cesaba de llorar. La sordera casi no se conocía entre esa gente. Cuando un niño tenía sed, la madre, para evitarle la impresión del agua helada, la entibiaba en su boca y luego la dejaba caer dentro de la de su hijito.

Los mellizos eran prácticamente desconocidos y los hijos no solían llegar en rápida sucesión. Al bebé recién nacido generalmente se lo envolvía en una piel de zorro, muy suave. Para protegerle los ojos se los cubrían con un cuero flexible de guanaco al que habían arrancado los pelos, atado a la cabeza. Se lo pintaba de color rojo oscuro y semejaba una gorra de jockey.

La cuna o *ta-älh* (que también quiere decir helecho) parecía una escalera en construcción y mantenía al niño en posición vertical, en lugar de la posición supina que las madres civilizadas prefieren para sus hijos. El *ta-älh* tenía dos piezas laterales de un metro veinte a un metro cincuenta de largo. En un extremo los palos eran puntiagudos para poder clavarlos en el suelo y estaban unidos entre sí por travesaños de treinta centímetros de largo, atados, a cortos intervalos, a través de la parte superior.

Después de envolver bien al niño se lo colocaba encima de los travesaños sobre una piel doblada varias veces para formar un almohadón y se lo ataba al *ta-älh* con tiras de cuero. No estaría mejor vendada una extremidad herida, y muchas veces al observar esta operación se me hacía duro el resistirme a dar consejos, tan preocupado estaba por la circulación del infante. Una vez que el niño estaba sujeto, el *ta-älh* se enderezaba y los palos puntiagudos se hincaban firmemente en el suelo; en esa forma la criatura estaba fuera del alcance de los perros y a salvo de ser pisoteado por niños descuidados.

El nacimiento de un niño imponía al padre ciertas restricciones. A veces pasaban algunos días antes que supiera si su nuevo vástago era varón o mujer. En ocasiones, sin embargo, le daban un indicio. Un invierno estaba yo dedicado con un grupo de onas, entre ellos Halimink, a cortar leña en la ensenada oeste de Harberton. Regresábamos a casa un atardecer y al acercarnos al campamento de los indígenas vimos a Akukeyohn, la más joven de las mujeres de Halimink, que llevaba una pesada carga de leña. Su marido le dijo, en son de pregunta:

—¿Acaso ha tenido mi mujer hoy un varón?

Dos días después, cuando volví a encontrar a Halimink, le pregunté si su hijo era niño o niña. Me contestó:

—No lo he visto todavía.

Puesto que esta gente se sentaba alrededor del mismo fuego y vivía bajo la misma tienda de piel de guanaco, esta respuesta me sorprendió, pero me enteré después de que no era correcto que el padre mostrara curiosidad en estos casos; tampoco debía dirigir la palabra a su mujer, después del nacimiento de la criatura, hasta que ella le hablara. La mujer llevaba esa pesada carga de leña a fin de que el niño que ella alimentaba se criara muy fuerte. Por esta razón Halimink supuso que el niño debía ser varón; su presunción resultó exacta.

El relato del nacimiento del siguiente hijo de Akukeyohn, también nos ilustra sobre problemas de maternidad entre los onas. Cada clan usaba su propio camino para llegar a Harberton. Dos o tres de ellos convergían cerca del lado este del lago Kami, pero se volvían a separar al acercarse a las montañas.

Acompañado por unos pocos hombres y una o dos mujeres caminadoras, volvía yo al hogar a paso rápido. En la peligrosa zona que acabo de mencionar Halimink se unió a nuestro grupo con su joven esposa. Seguramente buscaba nuestra compañía por temer a encontrarse con sus enemigos; me sorprendió encontrarlo por allí en esos tiempos inseguros. En la tarde de nuestro primer día de marcha, me pareció que su grupo se retrasaba. También es probable que yo, con la esperanza de poder pasar la noche siguiente en Harberton, caminara demasiado aprisa. Halimink se me acercó y me dijo:

—¿Por qué no acampamos aquí? Es un buen lugar.

Yo, como no eran más que las cinco de la tarde, le contesté:

—¿Por qué lo hemos de hacer? El sol está todavía alto.

Él añadió sencillamente:

—Mi mujer está por tener un niño.

No tenía yo nada que objetar, de modo que armamos el campamento y nos dedicamos a las tareas habituales: cocinar, secar ropas mojadas, arreglar mocasines, etc.; Halimink levantó a unos cincuenta metros una pequeña tienda para las mujeres, y él vino a pasar la noche con nosotros. Al amanecer del día siguiente se cruzó a la tienda, y poco después de la salida del sol estábamos todos listos para partir; Akukeyohn llevaba a la espalda, además de su carga usual, un bultito pequeño. En esa jornada cruzamos más de un arroyo en las montañas y subimos empinadas colinas y después de mediodía Halimink se separó de nosotros, juzgando que ya se encontraba lo suficientemente adentrado en sus propias tierras como para andar sin cuidado.

Los niños eran tratados cariñosamente por todos y muy apreciados

por sus padres. Aunque esta gente jamás se besa, he visto a algunos hombres acercar sus labios a los cuerpecitos de sus niños. Cuando los hombres se hacían demasiado viejos para salir a cazar, podían contar con que sus hijos los abastecerían y defenderían. Siempre se podía encontrar a otra mujer pero a los hijos no era tan fácil reemplazarlos. También los hermanos eran mucho más apreciados que las mujeres; un hermano pelearía al lado del otro y lo vengaría si lo llegaban a matar.

Existía un código que regía las relaciones de suegros y yernos, cuando estaban obligados a convivir.

En cierta ocasión pasé un día o dos en un pequeño campamento cerca del río Chappel, en el que habitaba el viejo Kautempklh con su hija Te-alh y su yerno Ishtohn (caderas anchas). Observé que cada uno de los dos hombres parecía no darse por enterado de la existencia del otro. Nunca cambiaban miradas al hablar, y cualquier observación la dirigían al fuego o al cielo, o a la joven que actuaba de intermediaria y que parecía interesarse igualmente por ambos. Cuando Ishtohn llegaba con unas presas de guanaco no decía nada al principio, y al cabo de un rato anunciaba, dirigiéndose al aire, que el resto colgaba de un árbol cerca de un peñasco llamado Kaäpelht y expresaba el temor de que los zorros pudieran acercarse durante la noche. Kautempklh no daba señales de haber oído, y por dignidad dejaba pasar unos diez minutos antes de pedir a su hija que le alcanzara los mocasines. Ésta, sin decir una palabra, ponía cuidadosamente un puñado de hierba tierna dentro de cada uno, rasgo que yo consideraba muy amable. Kautempklh los calzaba, luego tomaba su *moji*, arco y carcaj y partía hacia Kaäpelht, de donde regresaba a la hora del crepúsculo con el resto de la carne.

Éste era, al parecer, el proceder cortés entre suegro y yerno mientras vivían juntos; el mejor, sin duda, para evitar las disputas; podían tener motivos de queja, pero nunca se dirigían la palabra. Años después, cuando Kautempklh yacía moribundo y Will le hizo una visita, el anciano se lamentó amargamente de que Ishtohn fuese perezoso y de que no hubiese cavado aún una fosa en la que él pudiera reposar.

Entre los onas, cuando alguien moría, los parientes más cercanos se rasguñaban las piernas y los brazos con piedras afiladas, vidrios o conchillas. A veces se ocasionaban tajos de cierta importancia y muchos de ellos conservaban durante toda su vida las cicatrices. Koiyot tenía una gran cicatriz de más de treinta centímetros que le cruzaba el pecho. Se decía que se había herido junto al cadáver de su hermano, a quien había muerto en una pelea. Es probable que se haya in-

fligido esa tremenda cuchillada para castigarse por lo que había hecho. Me han contado que algunos hombres se hacían heridas tan graves que morían a consecuencia de ellas. No he conocido semejantes casos. Los yaganes, según mi padre, no se lastimaban para expresar su duelo.

Cuando muere un ona, su arco y flechas son destruídos y arrojados al fuego. La ceremonia de la destrucción de las armas y de las heridas voluntarias, a menudo comienza cuando el pariente entra en agonía. Tanto Talimeoat como Kaushel (antes de la enfermedad que lo llevó a la muerte) se habían curado después de haber estado tan enfermos que sus amigos, en señal de duelo, quemaron sus arcos y se tajearon en tal forma que la pérdida de sangre los había debilitado. Recuerdo que aquellos dos pícaros, comentando después este suceso, se jactaban de haber confundido a sus parientes y hasta a la muerte misma.

Los cuerpos se depositaban en fosas cavadas en la tierra. Ya he relatado que cuando Kiyotimink, hijo de Kaushel, murió de hidrofobia, su joven viuda Halchic fué presentada a Kankoat para que la tomara como esposa. Desgraciadamente, no tardó mucho el pobre Kankoat en volver a quedar viudo, pues Halchic murió de parto. Fué la única mujer ona que conocí a quien haya ocurrido tal cosa, ni oí hablar de ningún otro caso. Ijij, la principal partera que la atendió, se alejó por algún tiempo, por temor de ser muerta por el acongojado esposo.

El cadáver fué envuelto en pieles de protección (cueros de guanaco raspados y cosidos) y cubierto con otros comunes que, unidos a unos cuantos palos livianos del mismo largo del cuerpo, formaban una parihuela que los parientes cargaron sobre los hombros. Sólo seis o siete hombres asistimos al entierro. Las mujeres quedaron en el campamento para lamentarse y rasguñarse. Tomamos un par de palas y una azada y llevamos el cuerpo hasta un lugar elegido por Kankoat, a unos quinientos metros de distancia. El suelo estaba tan endurecido que sólo cavamos un metro; depositamos el cuerpo en la fosa, y la rellenamos con tierra y piedras. Cuando ya estábamos para retirarnos, Kankoat lanzó un largo aullido. Necesitaría el talento de Roberto Service o el de Jack London en sus relatos sobre las tierras de los lobos, para poder describirlo.

Cuando era imposible cavar por estar la tierra helada, el cuerpo era quemado; luego evitaban acercarse al lugar, no por miedo a los fantasmas, sino porque traía recuerdos demasiado penosos.

La criatura de Halchic sobrevivió, creo que fué una niña. De haber

sido varón, Kankoat se hubiera interesado muchísimo más. Nada supe de la suerte que corrió. Mucho después de haber conocido a Kankoat y a su hijito Nelson, a quien el doctor Cook salvó un ojo, descubrí que Kankoat tenía otro hijo menor. No vi al niño hasta que tuvo unos cuatro años de edad; probablemente había vivido con alguna madre adoptiva bajo la generosa protección de Tininisk. Se llamaba David.

Mencionar el nombre del difunto era tan ofensivo para los onas como para los yaganes. También era impropio mencionar una persona por su nombre estando ella presente. El método más cortés, según la costumbre yagana, era señalarla con la mano. Los onas empleaban circunloquios tales como: Toni-Nana [1] (el padre de Nana [2]), T-kai Kautush (la madre de Kautush), Hyewhin Joön (el curandero de Hyewhin), Tamshk u hoiyipen (el cazador de Tamshk) o Tijnolsh u kbowtn (el afortunado cazador de Tijnolsh).

En señal de luto, los yaganes y los onas, hombres y mujeres, se afeitaban la cabeza, dejándose sólo unos flecos alrededor. Cuando el único implemento usado era un pedernal, la operación ha de haber sido muy larga y fastidiosa, pero a pesar de todo, la tonsura era casi perfecta.

El visitante podía calcular, con bastante aproximación, la época en que había ocurrido la desgracia, por el grado de crecimiento del pelo a partir de la tonsura, y proceder en consecuencia. Lo más prudente era adoptar una actitud meditativa, a menos que los otros dieran muestras de hilaridad.

Tanto los yaganes como los onas usaban pinturas en señal de duelo: negra los yaganes y los onas roja muy oscura. La forma de pintarse era muy similar. Para otras ocasiones, usaban el rojo, el blanco y el amarillo. El primero, el más común, lo hacían con una arcilla roja llamada *akel*, que mezclaban con grasa y luego quemaban. El polvo resultante se mezclaba nuevamente con otro poco de grasa hasta formar una bola tan seca que fácilmente podía ser pulverizada de nuevo. Generalmente, se llevaba en una bolsita de piel o en una vejiga de foca o de guanaco. La pintura amarilla se preparaba con *koöre* [3] por

[1] En idioma ona "su padre" y "su madre" eran T-ain y T-kahm respectivamente (ver nota pág. 247), pero cuando se evitaba mencionar a los padres por su nombre, especialmente si él o ella estaban presentes, se decía Toni y T-kai.

[2] Halimink; de su primer matrimonio nació Nana, su hijo mayor. En esa época tenía diez o doce años. Con cabeza en forma de bala y más bajo aún que su padre, Nana llegó a ser un intrépido jinete, un diestro domador de caballos y buen cuidador de ovejas, pero tenía el mal carácter propio de los hombres de las montañas.

[3] Arcilla amarilla. Según la leyenda ona que relato con todo detalle en un capítulo próximo, *Koöre* había sido una vez un hombre y su mujer un guanaco. Ambos se revolcaban continuamente en la arcilla amarilla, y cuando alguna erup-

igual procedimiento. La blanca se hacía con tiza (*kaithtrrh*) o con cenizas; era el adorno favorito de Puppup. La pintura negra se obtenía del carbón de leña.

Había varias formas de aplicar la pintura. Un trozo de mandíbula de marsopa era un buen instrumento para dibujar rayas y puntitos rojos o blancos sobre la cara o el cuerpo. Pintado el fondo rojo o blanco, según el gusto, el otro color se aplicaba apretándolo suavemente contra la piel de la mandíbula, cuyos innumerables dientes sin filo se habían untado previamente. Las manchas más grandes y las líneas blancas, rojas o amarillas, se dibujaban directamente con el dedo. La pintura amarilla, aplicada en líneas verticales a ambos lados de la boca, daba a la cara una expresión ceñuda de enojo; al pintarse así, el indio anunciaba a todos que estaba de mal humor y quería que lo dejasen en paz. Debo declarar que me era suficiente mirar esa cara seria, desfigurada por la pintura, para respetar los deseos del taciturno. ¡Cuánto mejor sería para algunos hombres blancos, en igual estado de ánimo, seguir la costumbre ona en lugar de contestar a un amistoso saludo con un gruñido o una mirada ausente! Otro procedimiento para pintar líneas era el siguiente: se untaba la palma de una mano y con las uñas de los dedos índice, cordial y anular de la otra, bien juntos, se raspaba la pintura en tres surcos paralelos, con lo que se formaban cuatro líneas de color; raspando los márgenes se obtenían más líneas. Finalmente, se apoyaba la mano pintada sobre el cuerpo y las líneas quedaban dibujadas en la piel.

Cuando se deseaban manchas exóticas como las del leopardo, un amigo del guerrero se llenaba la boca con pintura en polvo y la soplaba con fuerza por entre los dientes sobre un fondo, previamente preparado, de un color diferente. Algunos se esmeraban y conseguían efectos verdaderamente artísticos.

Los cazadores onas pintaban también el arco y el carcaj para hacerlos menos visibles; la arcilla amarilla los confundía con el pasto seco y la tiza con la nieve. En cuanto al tatuaje, los yaganes no lo usaban, y los onas sólo en pequeña escala. Levantaban un pedacito de piel con la punta de un cuchillo o con una aguja (antiguamente es probable que usaran una espina) evitando que sangrara demasiado. Debajo de la piel colocaban un grano de carbón de leña del tamaño de la cabeza de un alfiler. La operación se repetía todas las veces que fuera necesario; al cicatrizar las heridas, quedaban unas marcas inde-

---

ción o enfermedad de la piel los irritaba, se frotaban enérgicamente, se decía que a veces hasta con pasión, contra ella. Se encuentran lugares donde los guanacos van regularmente a revolcarse en el *koöre* hasta lastimarse seriamente la piel.

lebles de tinte azulado. Los puntos se disponían en línea recta, quizás hasta una docena, con una separación de medio centímetro. Nunca vi que copiaran un modelo. El tatuaje se hacía en un brazo o en una pierna, nunca en ambos a la vez, y sólo en dos o tres casos lo vi en la cara. Tanto los yaganes como los onas se arrancaban todo el vello y los pelos de la cara y el cuerpo, con excepción de las pestañas y el cabello.

3

Al ona no le preocupa el vestido; para él, sólo es motivo de vergüenza mostrar el cuerpo cuando es deforme u obeso; este último defecto demostraría que es un glotón y que, como probablemente no es cazador, su mujer tiene que alimentarlo con pescado.

La única vestimenta de los hombres era el *chohn k-oli* (la capa) que los cubría enteramente desde el cuello hasta las rodillas. Nunca estaba sujeta de manera alguna, pero era mantenida en su lugar con la mano izquierda, en la que el cazador llevaba también el arco y la aljaba. Durante el tiempo caluroso, el brazo y el hombro derechos estaban generalmente desnudos y libres. Las capas de piel de zorro eran tan apreciadas por los onas como codiciadas por los mineros blancos. Generalmente, las capas estaban confeccionadas de piel de guanaco. Sólo se usaba las partes del lomo y los flancos del animal para este propósito y se necesitaban dos pieles de guanaco adulto para cada capa. Los cueros, una vez recortados, se raspaban cuidadosamente del lado de la carne; las raspaduras se recogían y aprovechaban como alimento. Aunque no eran muy apetitosas, calmaban la angustia del hambre, pues se las masticaba largo rato antes de tragarlas. Las capas se usaban, naturalmente, con el pelo hacia afuera. Teniendo el cuero contra el cuerpo no había peligro de que criaran parásitos, de los cuales esta gente, en su estado natural, estaba exenta, salvo aquellos que se habían descuidado por enfermedad o extremada vejez.

Un indígena completamente ataviado lleva sobre la frente, como ya ha sido descripto, una pieza triangular de piel de color azul grisáceo sacada de la cabeza de un guanaco. Este *goöchilh* se levantaba diez centímetros poco más o menos sobre el centro de la cabeza del indio y estaba sostenido por una tira de nervio trenzado. Mirado de frente el *goöchilh* aparentaba forma cónica, mas en realidad sólo cubría la frente y las sienes.

Tenían otro adorno llamado *ohn*, pero lo usaban rara vez. Sólo he visto cuatro o cinco de ellos en mi vida. Se hacía con plumas pe-

queñas fijadas a una tira, que usaban alrededor de la cabeza, con las plumas para abajo. Como era de esperar, el más bonito era el de Talimeoat, el cazador de pájaros. Los otros *ohns* estaban confeccionados con plumas cuidadosamente seleccionadas de algún pájaro apropiado, pero el *ohn* de Talimeoat ostentaba plumas que sólo se obtienen de la cabeza de ciertos cuervos marinos negro-azulados de pecho blanco, una especie muy poco común en la Tierra del Fuego. Las plumas eran cilíndricas, de unos cinco centímetros de largo; cada pájaro no tenía más que tres o cuatro de ellas. Talimeoat había dispuesto una buena cantidad de esas plumas en una trencilla de nervio de guanaco extraordinariamente bien tejida y aunque la usaba rara vez, se sentía interiormente orgulloso de esta visible prueba de sus proezas de cazador.

Nunca he visto a los onas usar adornos llamativos de pluma en la cabeza. Los yaganes a veces usaban plumas negras y blancas, sin duda para hacer resaltar los colores con que se pintaban. Ninguna mujer de ninguna de las dos tribus llevaba estos adornos. Si se veía alguna con un pedazo de cuero atado fuertemente alrededor de las sienes, era porque sufría de dolor de cabeza y no por otra cosa.

Algunas veces cuando un ona emprendía una larga correría en la que pensaba desarrollar una máxima velocidad, tomaba cinco o seis plumas de golondrina, las sujetaba a un nervio y luego se las ataba alrededor de uno de sus antebrazos. Me han asegurado que cuando los onas disputaban sus largas carreras de leguas (no he presenciado ninguna de ellas), algunos de los más veloces corredores, como Taäpelht, Ishtohn (Caderas Anchas) y Koniyolh [1] usaban este adminículo como talismán para aumentar su velocidad y resistencia. He olvidado su nombre.

El ona calza generalmente mocasines, *jamni*, hechos preferentemente con la piel de las patas del guanaco, cosida con el pelo hacia afuera. El agua no pasa a través de una piel de afuera para adentro, mientras que de adentro pasa con facilidad hacia afuera por el mismo proceso que permite la transpiración del animal vivo. Calzando *jamni*, el ona puede caminar durante horas a través del agua helada que muchas veces le llega hasta más arriba de la rodilla. Cuando se retira de noche a su campamento a descansar, escurre el agua de sus *jamni* y se los vuelve a poner; se ajustan tanto al pie, que éste se calienta muy pronto aunque el pelo de afuera puede estar duro por el hielo.

[1] Era el segundo en fama de velocidad, después de Taäpelht, y procedía del mismo lugar al norte de la Tierra del Fuego. Tenía un metro cincuenta y cinco de altura, pero era bien parecido, con ojos y nariz de águila.

Calzado con *jamni* y bien envuelto en su capa, el indio pasa la noche confortable, a pesar de que la temperatura marcara varios grados bajo cero y tuviera las piernas expuestas a las estrellas, desde los tobillos hasta las rodillas. Yo también podía caminar varias horas a través de fríos pantanos calzando únicamente mocasines, con los pantalones atados alrededor del cuello para mantenerlos secos, pero no hubiera podido dormir de noche con las piernas expuestas a la helada. A menudo se me quedaban adheridas las manos al caño del fusil como si tuviera cola, y cuando colocaba tablas tenía que dejar el trabajo porque los clavos se me pegaban a los dedos como atraídos por un imán, pero nunca he visto que acontecieran semejantes cosas a un ona, trabajando a mi lado, en las mismas condiciones.

Cuando por la acción del sol de día y de la helada de la noche se formaba una capa de hielo sobre la superficie de la nieve, no lo bastante sólida como para soportar el peso de un hombre, el ona usaba *ishmkil*. Eran polainas hechas de cuero de guanaco con el pelo raspado. Sólo uno de los hombres, el que encabezaba el grupo, usaba *ishmkil*; era el encargado de romper la capa de hielo. Cuando se cansaba de esa ardua tarea, la traspasaba a otro hombre, junto con las polainas. Extraña el empleo de la palabra *ishmkil*, para designar esta prenda, que no llega más arriba de la rodilla; la palabra *ish* significa caderas (compárese *Ishtohn*, caderas anchas). La palabra ona para pierna era *kahtch*.

4

Las mujeres usaban un delantal diminuto de cuero de guanaco con el pelo raspado, y encima de éste un *kohiyaten*, la falda de piel descripta en la nota debajo de la página 267. Además del *kohiyaten* usaban una capa similar a la de los hombres, pero más pequeña. Se llamaba *nah-k-oil* (capa de mujer), y a diferencia de la masculina, se sujetaba alrededor de los hombros con dos tiras de cuero. Cuando la madre llevaba a su hijito sobre la espalda, para abrigarlo lo metía dentro del *oli*. Por fuera se extendían los *moji* formando una pequeña red que semejaba una hamaca de jardín en miniatura. Si la madre llevaba otra carga, el niño iba sentado sobre ella, pero siempre dentro del *oli*. Las mujeres nunca llevaban a los niños en brazos cuando debían recorrer alguna distancia.

Cuando no alcanzaban para todos las pieles de las patas de guanaco, los mocasines de las mujeres se confeccionaban con la piel de

otras partes del cuerpo del animal. Ellas rara vez usaban mocasines a menos que tuvieran que hacer caminatas.

Los onas varones dedicaban más cuidado a su apariencia personal que las mujeres. No obstante, éstas eran más delicadas para ciertas cosas. Las reglas de la urbanidad ona permitían a los hombres hacer sus abluciones (si podían llamarse así) a la vista de la comunidad; en cambio las mujeres las hacían en privado, ya sea ocultándose detrás de una capa o buscando la protección de un matorral. Sólo una vez las he visto perturbadas por un mirón. Éste, para molestarlas, se acercó demasiado y emitió un sonido de fingida admiración; no sabemos qué impresión habrá causado eso en realidad a las mujeres, pero lo cierto es que manifestaron gran desprecio e indignación. El culpable, es claro, no podía ser otro que el bufón Kankoat, que siempre estaba dispuesto a gastar bromas.

Las mujeres se despojaban de su *oli*, en cualquier momento, sin vacilar, pero no seguían descubriéndose a la vista de nadie ni aun en sus propios hogares. Se recogían el *kohiyaten* cuando era necesario, mas nunca se lo quitaban. Una tarde de primavera, iba yo hacia el Norte con un grupo de unos veinte indios, hombres, mujeres y niños. Llegamos a un río que nace en una laguna situada al sudeste del lago Kami. El tiempo caluroso, al derretir la nieve de las montañas, había convertido el río en torrente; por esa causa acampamos en la orilla sur del mismo, a la espera de que la helada de la noche parara el deshielo y disminuyera el ímpetu del agua.

Llegó la mañana, pero una niebla húmeda había impedido que cayese la helada, y el río de un ancho aproximado de veinticinco metros no había bajado casi nada. Rodear la laguna significaba varios kilómetros a través de maleza mojada; dado que ninguno de los onas sabía nadar, me desnudé y crucé el río un poco más arriba, donde no había corriente. Había dejado todo preparado, y en el vado uno de los hombres me arrojó una piedra atada a una tira de cuero, la que a su vez estaba unida a mi fuerte lazo, que sujetamos firmemente en ambas riberas. El viento era frío y me alegré cuando cruzó el primer hombre, que llevaba mi atado de ropa sobre la espalda. Asiéndose del lazo, los demás hombres fueron cruzando de a uno, con los niños y los fardos de las mujeres a cuestas. Río arriba el agua les cubría el cuerpo por encima de la cintura, río abajo no les llegaba más que a la rodilla.

Las mujeres se habían acercado al agua y contemplaban muy divertidas el espectáculo.

Sabiendo que pronto les llegaría el turno, simulaban timidez, de modo que les grité:

—No seáis tontas, quitaos los *kohiyaten*, que todos nosotros miraremos hacia otro lado.

¿Acaso creeréis que estas púdicas criaturas así lo hicieron? Nada de eso. Los maridos tuvieron que volver y traerlas cargadas, y aunque las mujeres se alzaron las faldas tan alto como se lo permitía su sentido de la corrección, quedaron empapadas.

Conozco otra anécdota que encuadrará muy bien aquí. Prueba cómo una mujer ona, tímida y recatada, a semejanza de lady Godiva, venció su natural modestia en beneficio de su pueblo.

No lejos de los acantilados del Ewan, sobre la costa atlántica, había un grupo circular y espeso de árboles de media hectárea de extensión, rodeado por un espacio de campo abierto. En este lugar estratégico había acampado un pequeño grupo de hombres de las montañas con sus mujeres y niños. Dos de ellos eran Halimink y Yoknolpe. Entre las del otro sexo estaban Kewanpe, esposa de Yoknolpe, un hermoso tipo de mujer ona, la misma que me había ofrecido sesos de guanaco y aceite de foca en señal de gratitud.

No hacía mucho que habían instalado sus tiendas cuando un vigía les previno que se acercaba un grupo de sus vecinos del norte, evidentemente con propósitos de pelea. Halimink y los otros rápidamente prepararon una defensa contra las flechas voladoras. Recogieron todos las capas y abrigos de piel y los colgaron flojos alrededor del campamento. Al aparecer los enemigos en las cercanías, ellos se retiraron dentro de su fortaleza y se prepararon para resistir el ataque hasta el último hombre.

A prudente distancia, los inoportunos visitantes cambiaron algunos cumplidos de dudosa amabilidad con los defensores. Ambos bandos dispararon algunas flechas, pero debido a la distancia nadie fué alcanzado. Halimink invitó a los visitantes a acercarse, pero a éstos les pareció más prudente mantenerse lejos. Impacientes, los sitiados decidieron tender una trampa. Ordenaron a Kewanpe desnudarse y avanzar hacia los hombres del norte. No siendo afecta al exhibicionismo, lo probable es que Kewanpe protestara enérgicamente, pero al fin salió desnuda, tan contrariada como lo hubiera estado cualquier niña bien educada en su lugar. Cuando la mujer estuvo a la vista de los visitantes, Yoknolpe, detrás de los escudos, gritó:

—Si lo que queréis es una mujer, acercaos y tomad ésta.

Ninguno de los guerreros se decidió a correr el riesgo de capturarla, probablemente con gran despecho de Kewanpe, y después de un rato

los sitiadores se retiraron. Habla en favor de ellos el hecho de que ninguno disparó una flecha a tan tentador blanco.

5

Vuelvo a mi tema, la vestimenta de los onas. Los niños de uno y otro sexo usaban capas como sus padres; las de los pequeños estaban hechas con las suaves pieles de los guanacos muy jóvenes, aunque no eran muy adecuadas para el mal tiempo, pues se empapaban fácilmente con la lluvia. Siempre que el tiempo lo permitiera, los varones correteaban completamente desnudos, las niñas se despojaban de sus capas pero conservaban siempre sus pequeños delantales. He oído a un ona reprochar a su mujer el haberle permitido a su hijita, una criatura de seis o siete años, jugar sin haber puesto el delantal. Lo importante era que lo usara; si a causa de sus juegos el delantal se levantaba hasta la mitad del cuerpo, el hecho no provocaba observación alguna de parte del padre.

Debido a la constante infiltración de hombres blancos en la Tierra del Fuego, muchos de los onas abandonaron sus tradicionales capas y adoptaron vestimenta civilizada. El principal motivo fué el cambio de ocupación. Las capas eran muy adecuadas para cazar, pero resultaban una vestimenta muy incómoda cuando era necesario hacer uso de las dos manos para aserrar, o realizar otras tareas no soñadas por los indios de generaciones anteriores. Aunque fuí el primero en comprender esta necesidad, sólo aconsejé a mis amigos onas que se quitaran la capa para trabajar y volvieran a vestirlas y a pintarse, no bien terminara su tarea cotidiana. El de pintarse era en verdad un hábito muy limpio, pues se quitaban la pintura vieja por medio de una enérgica fregadura antes de aplicar la nueva. Me enteré de que mi punto de vista fué criticado, especialmente por los de la Misión Salesiana de Río Grande. Ellos sostenían que yo fomentaba la vuelta del indio ya civilizado, al estado de barbarie.

Con el tiempo fueron comparativamente pocos los onas que no habían adoptado la vestimenta de los hombres blancos. Uno de ellos fué Chalshoat, que se aferró a su capa, a sus mocasines y a su atavío de cabeza hasta el día de su muerte, treinta años después de su venida a Cambaceres con Kaushel y del comienzo de mi prolongada asociación con los onas.

6

En un capítulo anterior he dado cuenta de los métodos que usaban los médicos nativos para curar daños y enfermedades. Las enfermedades graves siempre se atribuían a brujerías, y generalmente el culpable era el curandero del grupo rival. Uno o varios curanderos tomaban el enfermo por su cuenta. Fijaban los ojos en él como si fuera un poseído. Después el curandero principal lo apretaba y le mordía y chupaba la parte afectada, hasta hacer sangrar al paciente con los dientes y las uñas; luego ejerciendo presión con las manos sobre otras partes del cuerpo y llevándolas hacia la herida simulaban empujar hacia ese sitio la causa del mal —un pedacito de pedernal, un poco de barro o una ratita viva— que estaba escondida dentro del paciente, de modo que pudiera ser sorbida, arrojada violentamente al suelo y pisoteada. A veces no producían ninguna herida; el curandero conseguía localizar el mal en un brazo o una pierna, lo hacía hacia la mano o el pie y allí lo sorbía sin desgarrar la piel. Esta operación podía ser repetida varias veces al mismo enfermo. Si conseguían extraer todo el mal, el paciente sanaba. Pero si quedaba algo juzgaban que la maligna influencia del *joön* enemigo era demasiado poderosa para que el curandero local la pudiera vencer, y el paciente moría.

Si sólo se trataba de dolores en el cuerpo o de algún músculo distendido, el curandero daba masajes con los pies desnudos sobre el sitio afectado. Empezaba con suavidad e iba aumentando la presión hasta que al fin, si el paciente podía soportarlo, el masajista pisaba con todo el peso de su cuerpo. El paciente le indicaba dónde debía pisar y si el dolor producido por el peso era intolerable se lo advertía con un silbido, cuya intensidad aumentaba gradualmente según el dolor. Muchos de estos curanderos pesaban más de noventa kilos y resultaba en verdad penoso verlos pisar el estómago de un muchacho de dieciséis años o de un abuelo de sesenta. Generalmente la operación transcurría entre risas y expresiones de buen humor, que daban oportunidad al enfermo para demostrar estoicismo. Algunos blancos afirman haber visto a estos curanderos dar un salto en el aire y caer sobre el cuerpo del paciente. Yo no lo he presenciado y me inclino a dudarlo.

Para el dolor de espalda, probablemente lumbago, el paciente se tiende cara al suelo y el médico le va pisando lentamente la espalda de arriba abajo. En la época de la esquila, después de un largo y

penoso día de trabajo, he visto a menudo aplicarse este tratamiento entre compañeros a fin de aliviar su cansancio.

7

Los cazadores onas tenían su código de honor.

Ningún hombre, por poco éxito que hubiera tenido, pediría a un camarada afortunado una parte del producto de su caza. Pero, como hemos visto en un capítulo anterior, en ocasiones en que Talimeoat y su hijo eran los únicos que volvían cargados al campamento, tácitamente se descontaba que el cazador repartía su botín con sus amigos hambrientos. Estaba yo una vez ocupado en abrir una picada, con la ayuda de unos cuantos onas, entre ellos Kankoat, que tomaba la vida en broma, Koiyot y Othrshoolh (Ojo blanco), el curandero del cabo San Pablo que se iba poniendo viejo.

Cuando terminamos la tarea, se habían terminado también nuestras provisiones; y una epidemia de resfríos con fiebre nos había impedido salir a cazar. Llegamos a orillas del lago Kami bastante temprano, aunque demasiado tarde para alcanzar ese día Harberton, así es que decidimos salir en busca de guanacos, dos o tres de mis compañeros en los bosques cercanos y Koiyot, Otrhshoölh y yo en la montaña llamada Kasham, situada en el ángulo nordeste del gran lago, frente a su hermana Heuhupen.

Pasando la playa de ripio que se extendía por kilómetros en el extremo este del lago, decidí probar la suerte con mi rifle; disparé a un *oiyi* grande (colimbo crestado) que estaba a gran distancia sobre el mar y lo maté. La marea traería poco a poco al pájaro hacia la playa, pero para no perder tiempo, Koiyot y yo dejamos a Otrhshoölh encargado de recoger el ave, y seguimos nuestro camino.

Regresamos esa noche muy tarde con las manos vacías y comprobamos que los que habían salido a cazar en las cercanías no habían tenido mejor suerte. Hambrientos y debilitados por la fiebre, Koiyot y yo fuimos a buscar a Otrhshoölh y al colimbo. Encontramos a Otrhshoölh pero no al pájaro. Unas porciones de esta presa tan gorda y apetitosa nos hubieran venido muy bien, pero éramos demasiado orgullosos para preguntar qué había pasado. Sospeché que el colimbo había sido comido por nuestros compañeros, aunque me sorprendía este proceder, no habitual entre los onas.

Comimos unas pocas raicillas y hongos, y a la mañana siguiente temprano salimos para Harberton. Orthshoölh llevaba ahora un fardo,

tan recatadamente como le era posible. Los bosques parecían desiertos; no vimos ni un guanaco ni un pájaro que nos dieran oportunidad de disparar. Encontramos un esqueleto de guanaco y sacamos algo de médula de los pocos huesos que los zorros habían dejado intactos. Nos sentíamos mejor de nuestro resfrío y mis compañeros estaban en excelente estado de ánimo. Conforme avanzaba la tarde, uno u otro de los indios profería un grito lastimoso, que era una perfecta imitación del llanto del *oiyi*, grito tan expresivo como el maullido de un gato hambriento, y una sonrisa misteriosa asomaba en el semblante de todos con excepción de Otrhshoölh, que apretaba en silencio su fardo de cañas de aspecto tan inocente.

Era evidente que todos, a excepción del *joön* del cabo San Pablo, se estaban divirtiendo en grande. Cada vez se oía con más frecuencia el grito peculiar del pájaro. Sólo a la hora de la puesta del sol, cuando Harberton estaba casi a la vista, caí en la cuenta. El pobre viejo Otrhshoölh, que era un buen marido y un buen padre, había envuelto al colimbo con las cañas para que su mujer y su familia pudieran participar de este manjar. Yo había juzgado erróneamente a mis compañeros; éstos, aunque muy hambrientos, habían guardado el secreto. Hasta varios años después, al bufón Kankoat le era difícil contener el impulso y no lanzar el lamento de marras siempre que el viejo Otrhshoölh estuviera cerca para oírlo.

Cuando un ona sale de caza lleva consigo ciertos utensilios: un cuchillo, que en esos días estaba hecho del arco de un barril que había llegado a la playa a la deriva; un *moji*, es decir, una tira de cuero para enfardar; yesca y pedernal para encender fuego, que mantenía secos dentro de una bolsa atada a un cinturón de guasca, y por supuesto su arco, carcaj y flechas.

Los arcos y flechas de los onas eran magníficas muestras de su habilidad manual. El arco se hacía de madera de hayas enanas *(Nothofagus pumilio)*, que en pleno desarrollo tiene unos treinta centímetros de diámetro. Justo debajo de la corteza, la madera es blanca, pero el corazón del tronco es rojo. Sólo se usaba la madera blanca para el arco, y eran pocos los árboles que la tenían en cantidad suficiente y de la calidad apropiada. Una vez elegido el árbol, se lo abatía y se le cortaba un pedazo de tronco de casi un metro y medio de largo [1]. Éste era luego rajado a fin de extraerle un trozo libre de

[1] Cuando yo andaba con ellos, alguien llevaba siempre un hacha para abatir árboles. Antes de la llegada de los hombres blancos deben de haberse ingeniado en el empleo de piedras afiladas. He visto una piedra que con toda seguridad estuvo fijada a un pedazo de madera y que los antiguos habitantes de Tierra del Fuego habrían usado como hacha.

nudos y de madera roja, material con que el experto (a quien llamaban *k-haālchin*) daba comienzo a su delicado trabajo. Los extremos se recortaban en forma de triángulo isósceles, cuya base semejaba una pera alargada; ambas bases se unían en el centro del arco y coincidían con la parte más elástica de la madera. Cada mitad era luego trabajada hasta darle la forma de una pirámide de veinticuatro facetas, y medía, del vértice a la base, cinco centímetros y medio; en el centro, el arco tenía un ancho de tres centímetros. Lo más difícil era darle la curvatura adecuada. La pieza terminada, combinaba ingeniosamente la mayor resistencia con el menor peso.

Las flechas se hacían con la madera amarilla del arbusto barberry. Se obtenían buenas flechas de la variedad de bayas comestibles, pero la mejor madera la daba el muérdago, arbusto que se encontraba al sur de la tierra de los onas, de hoja perenne larga y espinosa y cuyo fruto, a diferencia de los descriptos por mi padre como bayas dulces, no tiene gusto agradable. El experto elegía una varita de aproximadamente ochenta centímetros de largo, le quitaba la corteza, la partía en cuatro pedazos y extraía la médula. Cada trozo servía para una flecha; se calentaba al fuego para hacerlo maleable y enderezarlo perfectamente y se raspaba con un pedernal o un pedazo de vidrio hasta darle forma, de modo que el centro de gravedad de la flecha estuviese un poco más cerca de la cabeza que de las plumas. Desde ese centro, que tenía ocho milímetros de diámetro, la flecha se iba afilando en ambas direcciones hasta terminar en un diámetro de cuatro milímetros para cada extremo. Después de ser raspada, la flecha era frotada con una piedra especial, que de tanto usarla se acanalaba como una teja. El último pulimento se hacía con polvo fino de esa misma piedra aplicado con un trozo muy suave de piel de zorro.

Las plumas y las cabezas de flechas estaban prolijamente ligadas a la flecha con el mismo material que usaban los onas para sus otras ligaduras y costuras, es decir con tendones de guanaco, no los gruesos que se encuentran a lo largo de todo su cuerpo, sino los más finos, que se hallan justamente debajo de la piel del lomo. El tendón se humedecía antes de usarlo. Al secarse se encogía y mantenía así la cabeza y las plumas en posición firme. El extremo final se fijaba con un pedacito de resina llamado *teik*.

Cada flecha llevaba dos plumas. Generalmente de ganso, cisne o buitre crestado; muy pocas veces usaban las de esos enormes buitres negros conocidos por pavos-zumbadores o las de los pájaros oceánicos que llamaban *mollymauks*; y aun entre las de las tres primeras, pocas eran las plumas que consideraban adecuadas y de ellas sólo usaban

las veletas anchas. Se cortaban a lo largo hasta menos de cinco centímetros y la misma atadura servía para las dos. Para impedir que se quebraran se daba a la extremidad de las flechas una curva idéntica a la de las plumas barbadas.

La palabra ona correspondiente a pluma era *sheëtrh*, pero la clase de pluma que más usaban para sus flechas se llamaba *shosheëtrh*, que significa pluma del ala izquierda. Si se cortan las barbas de una pluma del ala izquierda y las del ala derecha y se compara la inclinación transversal del tronco, se demostrará por qué un hombre acostumbrado a usar la mano derecha puede hacer un trabajo más correcto, curvando una pluma del ala izquierda. Recuerdo haber visto poner de lado plumas del ala derecha para uno o dos hombres que las podían usar.

En la extremidad donde se fijaban las plumas, la flecha tenía una pequeña muesca para encajar la cuerda del arco, paralela a la punta del arma, vista de canto.

Originariamente los onas hacían la punta de la flecha *(heurh)* con pedernal, pero cuando aparecieron las botellas, como otra señal del paso del hombre blanco, los indios encontraron más fácil hacer de vidrio sus puntas de flecha. El tallista ona rompía una botella y escogía algunos fragmentos, seguramente no los mismos que el profano hubiera considerado de forma más adecuadas. Ya fuera la materia prima vidrio o pedernal, el procedimiento de elaboración era el mismo. El fragmento se sostenía en una mano sobre un pedazo de piel de zorro doblado, que hacía de almohadilla. La única herramienta que usaba el tallista era un hueso seco de la pata de un guanaco o de un zorro, que mantenía mellado en un extremo, frotándolo a menudo en una piedra tosca. Con este primitivo instrumento obtenía una pequeña y barbada punta de flecha, perfectamente tallada. A menudo trabajaba en dos o tres puntas de flecha a la vez. Mientras tallaba una conservaba las otras en la boca para entibiarlas. Cuando el trozo que estaba trabajando se tornaba quebradizo, se lo introducía en la boca y seguía con los otros pedazos. Las puntas terminadas tenían unos dos centímetros y medio de largo y algo más de un centímetro de ancho.

En una de mis visitas subsiguientes a Inglaterra leí un artículo titulado: "Los fabricantes de pedernal de Brandon". Me interesó tanto que me trasladé al pueblecito de Suffolk para ver trabajar a los tallistas ingleses. Además de explicarme los métodos actuales, me enseñaron una colección de puntas de flechas que abarcaban un período de más de ocho mil años; muchas de ellas encontradas en

los alrededores de las trescientas sesenta y seis canteras que se sabía habían existido en ese distrito. En la colección había puntas de flechas de pedernal fabricadas por los maestros modernos más expertos en esa especialidad. Ninguna de ellas podía competir ni por el material ni por la obra del tallista con las de los indios onas.

Fué para mí muy interesante enterarme que los tallistas de Brandon, cuando hacían trabajos muy delicados, tales como puntas de flechas y adornos de pedernal, también empleaban el método de la almohadilla y el hueso seco; la única diferencia consistía en que no usaban la boca para calentar el material.

La aljaba del ona está prolijamente confeccionada con cuero de foca con el pelo hacia afuera. Nunca el cazador se la ataba al cuerpo, sino que la llevaba bajo el brazo. En la parte superior tenía un ojal del mismo material que servía para colgarla cuando no se usaba.

La cuerda del arco se hacía siempre retorciendo un tendón que se sacaba del frente de las patas delanteras del guanaco; cuando cazaba bajo la lluvia, el ona la guardaba en la misma vejiga en que conservaba la yesca y el pedernal, y la fijaba al arco a último momento, pues la cuerda no sirve si está húmeda.

Para disparar la flecha el ona toma el arco con la mano izquierda, teniendo el brazo ligeramente encorvado. La muesca de la punta de la flecha se encaja en la cuerda del arco y flecha y cuerda se toman con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Cuando el arco está completamente distendido, se usaban también los dos dedos del medio. En el momento de disparar, el cazador estira de golpe su brazo izquierdo adelantándolo unos cinco centímetros, mientras que con un brinco hacia adelante parece comunicar a la flecha mayor ímpetu. Una herida de flecha sangra mucho más que una herida de bala, pues ésta sólo desgarra los tejidos, en tanto que la flecha los corta.

El cazador se despoja de su capa cuando usa el arco y las flechas. Para cobrar su presa más común, el guanaco se aproximaba lo más posible, dejaba bajo reparo la capa y la aljaba, y luego, con dos o tres flechas de repuesto en la boca se iba acercando a la presa. El mejor momento para descargar una flecha era aquel en que el animal, advirtiendo el peligro, giraba para emprender la fuga. La flecha penetraba bajo las costillas y avanzaba dentro del cuerpo, sin encontrar ningún hueso, hasta atravesar los órganos vitales del animal, que quedaba abatido en el mismo sitio. Había tal fuerza en la flecha de un ona, que he visto una que atravesaba el cuerpo de un guanaco, desde la parte inferior de las costillas hasta la base del cuello. En

Paraguay y en Brasil los indígenas tienen maderas mejores y más elásticas que las de las hayas enanas de Tierra del Fuego, sin embargo, nunca he visto en esos lugares ni en ningún otro un arma aborigen que pueda compararse en cuanto a mano de obra con el arco y la flecha del ona.

Con una flecha o una bala atravesada en los intestinos el guanaco puede correr leguas antes de tumbarse o morir. El cazador descargaba a veces otras flechas mientras el animal escapaba. Las flechas eran muy valiosas para dejar que se perdieran, así que el cazador perseguía al guanaco herido hasta dar con él. Si encontraba al animal descansando, esperaba tranquilamente que se debilitara para luego acercarse y ultimarlo. Después el cazador volvía en busca de las flechas que hubieran errado el blanco. Así fué cómo los indios desarrollaron el sentido de la vista y una increíble facultad de la memoria.

Es interesante consignar que la flecha empleada una vez para matar un hombre, nunca se usaba de nuevo. Generalmente, quedaba en el cuerpo del muerto.

8

Antes de retomar el hilo de mi relato, voy a detenerme para dar unos datos sobre el animal que tantas veces he mencionado en estas páginas: el guanaco.

Cuando yo era muy jovencito y vivía en Ushuaia, el gobernador tenía un enorme perro mitad bull-dog, mitad mastín, que se llamaba Tigre. El fiero aspecto de este monstruo había sido realzado por la amputación de la cola y las orejas y un temible collar de pinchos. Había matado a varios congéneres que se atrevieron a hacerle frente; más adelante se volvió tan peligroso que hubo a su vez que matarlo a tiros. Antes de esa oportuna eliminación, Tigre tuvo una aventura que debe haberlo seguido en sueños hasta en sus últimos días.

Su Excelencia poseía también un guanaco que era muy manso y no había llegado aún a su completo desarrollo. Provenía de Río Gallegos, en Patagonia; el gobernador del territorio se lo había enviado de regalo. Un día este joven visitante abusó de la hospitalidad del dueño de casa, saltó la cerca y penetró en la huerta. Estaba comiendo a sus anchas las hortalizas recién brotadas cuando lo vió el gobernador. Esta mala acción, que sumaba el hurto a la insolencia, provocó la ira de Su Excelencia, quien, llamando al terrible Tigre, abrió la puerta del jardín y dijo:

—¡Chúmbale!

Esto implicaba una invitación a devorar al guanaco; el perro, sin hacerse rogar, se abalanzó con la violencia de un tanque que fuera al mismo tiempo un hipopótamo, mientras mis hermanos y yo, esperábamos conteniendo la respiración, el triste final que aguardaba al desprevenido guanaco. Este, al principio, no pareció darse cuenta del peligro. Mas cuando Tigre estaba casi por alcanzarlo, levantó la cabeza con la boca llena de tierna lechuga y se elevó en el aire y cayó con las cuatro patas juntas sobre el perro, mientras que sus dientes buscaban un lugar donde hincarse en el cuerpo redondo y musculoso de su adversario. Tigre hizo un esfuerzo por aguantar la embestida, y devolverla, pero después de unos pocos vanos intentos perdió coraje y volvió corriendo presa de pánico y clamando ayuda al lado de su dueño, perseguido por su enemigo que continuaba golpeándolo. A partir de entonces, aun cuando Tigre siguiera siempre dispuesto a buscar camorra con cualquier otro adversario, bastaba que viera al guanaco para que corriera a refugiarse en su perrera.

Conforme envejecía, el guanaco se iba tornando tan fastidioso como Tigre; no compartió, sin embargo, su suerte, pues fué enviado al Zoológico de Buenos Aires.

He relatado este incidente para demostrar que el guanaco no es una pobre criatura indefensa como cree el vulgo.

Hasta un guanaco manso puede llegar a ser una bestia peligrosa. En el Jardín Botánico de Edimburgo, Escocia, hubo un guanaco macho de Patagonia que hirió muy gravemente a uno de los guardas, que, pese a ser un hombre fuerte, hubiera muerto de no haber sido socorrido a tiempo por sus compañeros. En el mejor de los casos el guanaco es una bestia desagradable, de feas costumbres. Rumia el alimento igual que las vacas y tiene el sucio hábito de escupir en grandes cantidades esa nauseabunda mixtura, con excelente puntería y de la manera más insolente, directamente a la cara de sus visitantes.

Los largos y afilados caninos del guanaco macho adulto casi podrían llamarse colmillos, y aunque el estudiante de odontología animal pudiera decir que no es posible tener más de dos caninos por mandíbula, el guanaco parece tenerlos por pares. Quizás exista un nombre especial para estos dientes extra.

Hallándome de visita en Buenos Aires, fuí invitado a almorzar por el Dr. Holmberg director del espléndido Jardín Zoológico de esa ciudad. Durante nuestra conversación afirmé que había ciertas pequeñas diferencias entre el guanaco de la Patagonia y los de la isla principal de la Tierra del Fuego, y también entre estos últimos y los de la isla de Navarino. El doctor Holmberg no intentó disimular su incre-

dulidad; manifestó que tenían algunos guanacos de la Patagonia y uno fueguino que se parecía tanto a sus hermanos que ni siquiera los guardas podían distinguirlos. Él los había estudiado prolijamente hasta convencerse de que no había diferencia alguna entre los dos tipos.

Tomé esto como un desafío y fuimos juntos a ver la manada de quince guanacos. No tardé mucho en afirmar que no había ningún guanaco fueguino entre ellos. Sugerí al doctor Holmberg que el animal de su referencia se habría muerto o escapado. Sonrió ante mi obstinación e insistió que el guanaco fueguino estaba allí, delante de mí; añadió que había sido enviado desde Ushuaia como un regalo para el Zoológico.

Encontré entonces la explicación. Aquel animal que suponían de origen fueguino era el mismo temible peleador que había ahuyentado al formidable Tigre. Había nacido en Río Gallegos, Patagonia, y debía tener por lo menos diecisiete años.

CAPÍTULO XXXIX

KOIYOT SE CONVIERTE EN MI TÍO ADOPTIVO. LA DELINCUENCIA DE CONTRERAS. LA TERRIBLE MATANZA CERCA DEL LAGO HYEWHIN. EL BRAVO KAUTEMPKLH ATRAPA NUEVAMENTE A SU HOMBRE. DARÍO PEREIRA REVELA CORAJE. CONTRERAS ENCUENTRA QUE HA HECHO UN MAL NEGOCIO. AVENTAJO EN PERICIA A HALIMINK Y AHNIKIN.

I

El año siguiente al de la iniciación de la estancia Viamonte dejé a Dan Prewitt a cargo de aquello y me fuí a la isla de Gable para ayudar a Will en la esquila. Llevé conmigo a varios indios del grupo de Najmishk, entre ellos Koiyot y su mujer Olenke. Cuando llegamos a Harberton encontramos que Kiyohnishah (Estiércol de Guanaco) y su grupo habían venido una vez más para la esquila. Halimink, Yoknolpe, Ahnikin y otros hombres de las montañas se encontraban también allí y pronto estuvimos trabajando todos juntos en aparente armonía. En el grupo de Kiyohnishah estaban su hermano Chashkil y otro hermano menor, un muchacho llamado Teorati. También Kautempklh, su yerno Ishtohn, Hechelash el enano y Kilehehen; este último era primo de Kautempklh, pero no poseía su dinámica simpatía.

Pasamos unos días bastante tranquilos y sólo un incidente merece mención aquí. Teníamos que embarcar cierta cantidad de ovejas desde Gable a la tierra principal. Estos salvajes animalitos eran reunidos por lotes en la playa y para impedir que escaparan se utilizaban redes sostenidas por las mujeres, encantadas con la tarea; gran júbilo les causaba ver a las ágiles ovejitas saltar contra la red una y otra vez sin éxito.

En una de estas ocasiones en que habíamos llevado a la playa una partida de ovejas, el servicial Koiyot corrió al campamento, que quedaba a doscientos metros, a buscar a las mujeres para que nos ayudasen. A los pocos minutos estaba de vuelta con ellas, ansiosas de un poco de diversión. Su mujer Olenke no venía en el grupo. Una vez que las ovejas estuvieron embarcadas en la barcaza, construída algunos años atrás por Despard, Koiyot se me acercó, extremadamente serio. Me pidió que lo acompañara al campamento pues su mujer tenía una

pierna rota. Me apresuré a ir y encontré a Olenke acostada en el suelo, sosteniendo su pierna; dieciocho centímetros más arriba de la rodilla tenía una enorme contusión. Cuando me vió, juntó los dos extremos del hueso roto para hacerlos crujir. A su lado había un garrote de madera.

Pregunté cómo había ocurrido el accidente, y Koiyot me dijo que él le había pegado con el garrote. El espectáculo de aquella pobre mujer postrada me indignó de tal manera, que con toda mi fuerza asenté al desprevenido marido un puñetazo en la cabeza que lo hizo tambalear.

Fué un proceder insensato. Si Koiyot hubiera contestado el ataque, yo hubiera recibido mi merecido. Creo que me hubiera vencido, pues, a pesar de ser diez centímetros más bajo, pesaba lo mismo que yo. Afortunadamente, no me extendió la mano izquierda del desafiante, sino que me ayudó humildemente, mientras yo hacía lo que podía por Olenke. Preparamos un camastro donde pudiera reposar con los pies un poco más altos que la cabeza. Para impedir que la pierna dañada se acortase até al tobillo un pequeño peso, y lo suspendí a los pies de la cama. Mientras estaba considerando, con cierta ansiedad, lo que había hecho, oí con gran alivio la sirena de un vapor.

Supuse que sería el transporte del gobierno, anclado en el aserradero de Ukukaia, en la tierra principal. Dejando a Koiyot con su mujer, corrí a la playa para buscar a Will. Inmediatamente, éste se alejó en un bote para buscar ayuda médica, y regresó esa noche con el médico del vapor, quien trajo consigo una especie de férula donde, sin demora, fué encajada la pierna de Olenke.

Parece ser que cuando Koiyot llegó al campamento para buscar a las mujeres, Olenke se había negado a ir. Anteriormente, ese mismo día habían discutido sobre otro asunto, y ahora Olenke no podía moverse. Si Koiyot hubiera tenido consigo su arco y la aljaba seguramente la pierna de Olenke habría sido alcanzada por una flecha, pero el arma más cercana era una gruesa estaca de un metro cincuenta de largo, y de un terrible golpe Koiyot había debajo a la pobre mujer en el suelo. Koiyot no era ningún débil, por lo tanto había que temer la pesadez de su mano cuando se enojaba.

Después que el cirujano hubo atendido a Olenke y ella estuvo confortablemente instalada, Koiyot se me acercó y, con expresión humorística a la vez que pesarosa, me tomó la mano y poniéndola en el costado de su cabeza dijo:

—Sienta esto.

El chichón parecía un blando huevo de ganso. Prosiguió en tono incitante:

—¿Le gustaría pelear conmigo ahora?

Le contesté con el equivalente ona que más se parece a:

—No, muchas gracias.

Me sentía algo avergonzado de haber perdido los estribos y haber atacado como un niño enfadado a este buen hombre. Después de todo, Olenke era su mujer, no la mía; y había sido por mi causa que él le había pegado, cuando ella se negó a prestar la ayuda que yo solicité. Afortunadamente, todo salió bien. El cirujano arregló tan esmeradamente la pierna rota, que cuando Olenke se puso de pie nuevamente, podía caminar casi sin cojear. Se convirtió en la más mimada de las mujeres. Koiyot seguía ayudándola en sus tareas aun mucho después que ella podía hacerlas por sí sola, y a veces por temor quizás a que su marido se tornara menos atento, ella cojeaba por demás cuando él la miraba.

Como sucede a menudo, este brusco choque entre Koiyot y yo dió a nuestra relación un cariz nuevo y más íntimo. Me acostumbré a llamarlo *Yi Poōt* que significa "tío paterno". Al correr de los años el nombre le quedó y Koiyot fué conocido, aun en los círculos argentinos civilizados como "el tío del señor Bridges".[1]

2

Terminada la esquila, los grupos se dispersaron. De nuevo abrigué la esperanza de que las incursiones asesinas de unos contra otros fueran ya para siempre cosa del pasado. Desgraciadamente, se urdieron nuevos conflictos.

La mayor responsabilidad recayó no sobre un ona, sino sobre un ganadero chileno mestizo, llamado Contreras. Cuando confié a su cuidado el rebaño de Cambaceres, Contreras no tenía esposa. Al principio parecía contento de su soltería, pero al correr del tiempo se había cansado de la vida solitaria en la ensenada de Woodpecker y había buscado una compañera.

A menudo había en Cambaceres uno o dos onas para ayudar a Contreras en su trabajo. En una ocasión uno de estos ayudantes era Ahnikin. Fué a este joven de mandíbula cuadrada, vengativo y traicionero, a quien Contreras confió sus anhelos. Ahnikin, que nunca

[1] En castellano en el original.

pudo disimular su odio hacia aquellos que habían matado a sangre fría a Houshken, vió ahora la oportunidad de hacer un excelente negocio. Prometió conseguirle una buena joven ona a cambio de tres rifles y suficientes municiones.

Incapaz de resistir a tan tentador ofrecimiento, Contreras compró secretamente tres winchester 44, de repetición a unos mineros que partían de vuelta a la civilización, y abandonó Cambaceres sin decirnos palabra, llevándose los rifles y algunas municiones. Uno fué para Ahnikin, los otros dos para Halimink y Yoknolpe. Contreras viajó con el grupo hasta el lago Kami donde instalaron el campamento.

La única ambición de los hombres del norte era ahora perseguir al grupo de Kiyohnishah y aniquilarlo con las armas de fuego recientemente adquiridas. Dejando a Contreras con las mujeres, salieron en busca de sus enemigos. Además de Ahnikin y sus tíos (o medios tíos) Halimink y Yoknolpe, el grupo vengador incluía a Kankoat y a Kautush, de dieciséis años, cuyo padre había sido muerto en una disputa anterior con los hombres del norte por uno llamado Kawhalshan. Kautush, que pasaba largos períodos en Harberton, era muy inteligente y nosotros lo considerábamos uno de los onas más civilizados. Algunos hombres del grupo Najmishk se unieron también a la expedición. Uno de ellos era Shishkolh, tío de los niñitos que habían sido asesinados en la fiesta de la ballena.

Localizaron a los norteños cerca del lago Hyewhin y esperaron hasta que amaneciera. Con Kiyohnishah estaban sus dos hermanos, Chashkil y el joven Teorati, el anciano Kautempklh, ese hombre espléndido, su primo Kilehehen; Pahchik, Halah, Kilkoat, Paloa y Kawhalshan, el asesino del padre de Kautush y una comitiva de mujeres y niños, entre ellos la mujer del viejo Kilehehen, sus dos hijas y sus dos hijitos. Su única arma de fuego era el rifle, que aún era útil, a pesar de algunas fallas, que Kilkoat quitó al hombre que había asesinado años atrás.

Al amanecer, los atacantes avanzaron sobre el campamento dormido. Los perros empezaron a ladrar, pero su aviso llegó demasiado tarde. Kiyohnishah, cogido de sorpresa, se puso de pie. Al mirar por encima de su *kouwhi* para averiguar por qué ladraban los perros, una bala del rifle de Ahnikin le hizo volar la tapa de los sesos. De inmediato, una descarga derribó a seis o siete más, entre ellos a Chashkil, que murió tan rápidamente como su hermano. Kawhalshan cayó con una pierna rota. Kautempklh, Kilehehen, Teorati, Kilkoat con su rifle y unos pocos más se internaron en el bosque, mientras las mujeres escondían la cabeza y gemían.

Kawhalshan, tendido en el suelo, desamparado, fué traspasado lentamente con una flecha de punta roma por el joven Kautush. Mientras remataba al herido le gritaba una y otra vez:

—Tú mataste a mi padre.

Fué el único caso de un ona ultimado poco a poco por uno de los suyos, que yo conocí. ¡Y nosotros creíamos que Kautush era civilizado!

Halimink y su banda de asesinos se dispersaron por el bosque en busca de nuevas víctimas. Algunos de los perseguidos no habían escapado lejos y todavía tenían ganas de pelear. Paloa le quitó el rifle a Kilkoat y derribó a Kankoat de un balazo en la cadera. Kautempklh, de quien se decía que nunca había participado de una pelea sin matar a su adversario, disparó una flecha a Yoknolpe desde corta distancia, le quitó el rifle y escapó.

Ahnikin, viendo muerto a su tío, a quien quería mucho, persiguió al fugitivo, pero avanzó con cautela temiendo una emboscada, y así dió tiempo para escapar al voluntarioso Kautempklh y a su primo Kilehehen. Cuando Ahnikin volvió al lugar del asesinato encontró a un grupo de acongojadas mujeres entregadas a la tarea de hacer pedazos a Yoknolpe y alimentar con ellos a los perros. Ahnikin se enfureció. Levantó un rifle y mató a siete por lo menos de aquellas mujeres. Fué un crimen inolvidable. Mucho después, aun las mujeres de su propia tribu a menudo se cubrían la cara en señal de temor cuando él pasaba cerca. Finalmente, obligó a la hija mayor de Kilehehen a seguirlo, dejando a la madre con la hija menor, una niña de trece años, y los dos niñitos.

De esta manera Ahnikin consiguió una nueva esposa y alivió el tedio de su viudez.

Muchas otras mujeres fueron llevadas por los conquistadores, y entre ellas la muy codiciada joven viuda de Chashkil que tenía aspecto de gitana. Cuando los guerreros llegaron al campamento con el botín, fué entregada al expectante Contreras.

3

Kankoat estaba gravemente herido, pero no de muerte. Por un milagro la bala lo había traspasado sin romperle ningún hueso ni deshacerle los intestinos. Mayor milagro aún fué que pudiera arrastrarse de vuelta hasta Harberton sin ayuda. Me dijo, después, que se había desmayado varias veces y que había gateado la mayor parte del ca-

mino, pues estaba demasiado débil para caminar. Su herida cicatrizó perfectamente.

Teorati, que había perdido a sus tres hermanos a manos de Halimink y Ahnikin, huyó para salvar su vida, cruzó el campo enemigo y se encaminó al único amparo que le quedaba: Harberton. Los hombres del norte dieron con su rastro, y adivinando su intención, lo siguieron con el propósito de acallarlo para siempre.

Como conocían el terreno mejor que él, tomaron por un atajo y casi consiguieron cerrarle el camino, pero Teorati los eludió y llegó a Harberton sólo unos pocos minutos antes que ellos.

Había caído la noche y todo el mundo dormía. El aterrorizado muchacho no se atrevió a confiar en la protección de los indios yaganes que tenían su campamento a menos de medio kilómetro del poblado y siguió corriendo en línea recta. El primer edificio que encontró fué el hogar del carpintero, un español muy trabajador, de baja estatura y de barba espesa, llamado Darío Pereira, que nunca hasta esa noche había demostrado tener coraje.

Teorati, con los hombres de las montañas a unos pocos cientos de metros detrás de él, golpeó la puerta de Pereira y despertó al hombrecito. Teorati, incoherente por la extenuación y el terror, imploró su protección. Aunque Pereira estaba muy asustado, comprendió que era un asunto de vida o muerte e inmediatamente hizo entrar al muchacho.

Al momento de echar el cerrojo llegaron los perseguidores. Golpearon y exigieron que Teorati les fuera entregado, pues era un malvado y un gran mentiroso. Darío Pereira se negó rotundamente y les dijo que se fueran. Lo amenazaron, pero creyendo sin duda que el español estaba armado, se retiraron sin intentar forzar la puerta y dejaron a Teorati, quien contó su espantosa historia a su protector y después a todos nosotros.

Contreras, el ganadero que había sido el causante directo de todo este derramamiento de sangre, sabía que nunca podría volver a trabajar con nosotros. Llevó a su joven mujer del lago Kami al aserradero de Ukukaia, donde pidió trabajo. No sé si fué feliz en su matrimonio, pero éste fué de corta duración. Al poco tiempo de haberse instalado en Ukukaia tuvo una discusión, por una cuestión de veinte pesos argentinos, con un hombrecillo decente llamado Villarreal. Contreras era cobarde y flojo. Nunca se hubiera animado a atacar a Villarreal solo. Pero con la ayuda de un amigo, de su misma calaña, asestó una cuchillada tan brutal a Villarreal que el pobre hombre murió mientras intentaba llegar a su choza.

Contreras fué condenado, creo que a tres años de prisión en Ushuaia. Antes de concluir su condena fué puesto en libertad por buena conducta. Huelga decir que a su regreso a Ukukaia, su mujer ona había desaparecido.

4

Yo me hallaba ausente del distrito cuando ocurrió la matanza del lago Hyewhin y no me enteré hasta que aparecí por Harberton unos días después. Pasada la primera impresión de horror por el crimen reciente de Halimink y Ahnikin, tuve una sola preocupación: los rifles. Kautempklh tenía uno, pero tal vez no lo usara, pues me pareció que fiaría más en su arco y sus flechas. No así Halimink y Ahnikin. Tenía que quitarles esos rifles antes de que causaran más daño.

Era un problema difícil. Sabía lo inútil que sería salir a buscar a los dos hombres. Con mi escaso conocimiento de los bosques, tan inferior al de ellos, nunca los hubiera encontrado y no era probable que ellos por su propia cuenta me buscaran para entregarme los rifles. Mientras estaba considerando el asunto, la Dama de la Fortuna me sonrió.

Siempre había niños indios correteando alrededor de Harberton; a menudo un grupo de ellos rondaba cerca de la estancia con la esperanza de conseguir alguna golosina. Esa mañana aparecieron en la casa, en busca de estas delicias, dos niños y una niña que tendrían entre nueve y once años de edad; uno de los niños, Old Face (Cara Vieja), era hermanito de Ahnikin, y sus dos compañeros, Nana y su hermana, hijas de Halimink. Verlos y encontrar solución a mi problema fué todo uno.

Recordando mi éxito cuando rapté a Garibaldi del campamento de Tininisk, me apoderé de los tres sorprendidos niños, los embarqué en uno de nuestros pequeños cúteres y di instrucciones para que los llevaran a la isla de Picton y los pusieran al cuidado del leal Modesto Pereira, que estaba a cargo de aquello.

Realizada la primera parte de mi plan, hice saber a los indios de Harberton que los niños serían devueltos a sus padres tan pronto como los rifles fueran entregados en la finca. Añadí que los niños estarían bien cuidados, pero que si los conminados tardaban mucho en obedecer, los niños serían enviados a Buenos Aires, de donde difícilmente volverían.

Sabiendo que este ultimátum sería debidamente transmitido a Ha-

limink y Ahnikin, proseguí el trabajo que me retendría una o dos semanas en Harberton. A pesar de mi aparente tranquilidad, temblaba interiormente porque sabía que esos hombres se pondrían furiosos al enterarse de lo que yo había hecho. Después de una matanza en la que habían perdido su mejor cazador, Yoknolpe, serían capaces de cometer cualquier locura. Mi única seguridad eran los niños. Por temor a una represalia, Halimink y Ahnikin lo pensarían dos veces antes de hacerme algún daño. Por si acaso, había dado algunas instrucciones que debían cumplirse a mi muerte.

Nada pasó por un tiempo; más adelante supe que Halimink y Ahnikin, junto con algunos de los suyos y unas cuantas mujeres robadas al grupo del norte, habían acampado cerca de Harberton. Proseguí con mi habitual labor diaria y no me quedé cerca de la finca para no demostrar temor.

Durante algunos días Halimink y Ahnikin evitaron encontrarme. Hasta que una mañana, en que yo me hallaba solo en el bosque, a dos kilómetros y medio al norte de nuestro pueblecito, se aparecieron casualmente de entre los árboles con los rifles en la mano.

Si quisieron atemorizarme lo consiguieron, pues yo no estaba nada seguro de sus buenas intenciones. Pero no les dejé adivinar mis verdaderos sentimientos, y como era mi costumbre al hallarme en peligro, me senté tranquilamente a conversar. En tono tranquilo les hice notar que les sería difícil obtener municiones cuando su pequeña reserva se les terminara, y que cuando los blancos, cada vez más numerosos en la Tierra del Fuego, y también su propia gente se enterasen de la historia completa de su último crimen los considerarían sujetos peligrosos. Les aconsejé, por su propio bien, que devolviesen los rifles cuanto antes. Después de unos minutos de discusión, finalmente accedieron. Ahnikin de muy mala gana. No necesito confesar cuáles eran mis sentimientos mientras me dirigía a la finca seguido por los dos indios descontentos. Vinieron conmigo hasta la casa y allí me entregaron dos de los tres rifles que Contreras había permutado por una esposa.

Los tres niños regresaron de Picton contentos y rebosantes de salud. Modesto, en su solitario puesto de avanzada, los había mimado mucho. Fueron devueltos al cuidado de sus familias y así concluyó el incidente.

Comprendí que el alegre, inconsciente y veleta Halimink no me guardaba rencor. Ahnikin era de distinta calaña; él, que a menudo me había llamado su padre, me echaba ahora una inescrutable mirada que nada me gustaba.

CAPÍTULO XL

GRAN DESASOSIEGO EN LA TIERRA DE LOS ONAS. AHNIKIN VIENE A RECLAMAR UNA SEGUNDA ESPOSA Y YO SE LA NIEGO. VIAJO DE NUEVO A BUENOS AIRES. A MI VUELTA ME PREVIENEN QUE SE ATENTA CONTRA MI VIDA. BUSCO A HALIMINK Y AHNIKIN Y TRASTORNO SUS PLANES.

I

DESPUÉS de la matanza de Kiyohnishah y su gente, había gran intranquilidad entre los indios, y a los sobrevivientes de ambos clanes, les era imposible trabajar pacíficamente en el mismo vecindario, pues cada uno vivía temiendo el ataque traicionero del otro.

A los que no saben lo que era la Tierra del Fuego en esos días, les será difícil apreciar el grado de tensión nerviosa, en que, aun en épocas de relativa paz, vivían aquellos indios, que desde la niñez estaban acostumbrados a perseguir o ser perseguidos. Su inquietud se revelaba en el cuidado con que examinaban cualquier rastro que semejara una pisada; la cautela con que se internaban en la espesura de los bosques y evitaban cruzar espacios abiertos, donde las largas sombras proyectadas por el sol poniente podrían ser vistas desde lejos; en la ansiedad con que observaban una bandada de pájaros que levantaban el vuelo, o un guanaco que corría como si hubiera sido sorprendido. Pasaban largo tiempo tendidos, inmóviles, sobre algún promontorio, escudriñando atentamente la extensión de muchas leguas de bosque, observando si una pequeña variación de color en el horizonte azul denunciaba el humo de algún campamento; y si llegaban a divisarlo, con qué interés discutían quiénes podrían ser los moradores y el motivo de su presencia allí. Parecía que un sexto sentido les indicara el sitio donde debían acampar, con posibilidad de escapar o de defenderse en caso de un ataque por sorpresa.

Continuamente iba yo de un grupo a otro, aunque sabía que eso a nadie le gustaba. ¿Cómo era posible, argumentaban, que un buen amigo estuviese en buenas relaciones con los odiados enemigos? Así ofendidos por mi proceder y considerando sus naturalezas impulsivas y la poca importancia que daban a las consecuencias de sus actos, es extraño, que uno u otro de los grupos no pusiera fin a mis andanzas.

De izquierda a derecha: Chalshoat (hermano de Puppup), la hija de Chalshoat, la segunda mujer de Puppup, Puppup, el hijo de Puppup, su hija. Las rayas perpendiculares en la cara de la hija de Chalshoat no son marcas de lágrimas sino líneas de barro amarillo destinadas a mostrar que está melancólica y no desea que la molesten

Canoa Yagana. Estas canoas eran hechas con corteza de árbol, generalmente de hayas. Cortesía del Dr. Armando Braun Menéndez. Fotografía tomada por la Expedición Científica Francesa de 1882.

Yo sentía mayor cariño por los hombres de las montañas, pues eran mi gente, aunque admiraba más a los norteños. Sin embargo, demostraba a todos igual amistad, y de noche me envolvía en mi piel de guanaco y dormía tranquilamente en cualquiera de los dos campamentos, eso sí, con mi apreciado winchester a mano. Todos sabían que yo no lo consideraba como un arma para defenderme. En todo caso de nada me hubiera servido a corta distancia.

Cierta vez pasé dos días y una noche en el bosque con Taäpelht, el renombrado guerrero que había asesinado al notable Dancing Dan y herido gravemente por lo menos a dos hombres blancos, Don Ramón L. Cortez, el jefe de policía, y McInch, el rey de Río Grande. Taäpelht parecía irradiar buen humor. La noche que pasé en su compañía era fría, y yo, que no había pensado pasarla afuera, no había traído mi quillango. Taäpelht me invitó a dormir muy cerca de él. Su capa, única vestimenta que llevaba sumada a nuestra proximidad, me mantuvo abrigado durante la noche. Entre los numerosos hombres onas que yo conocía, los únicos a quienes temía realmente eran Minkiyolh por su locura y Ahnikin por su maldad.

Poco después de los incidentes relatados en el capítulo anterior, tuve otro encuentro desagradable con Ahnikin. Como se recordará, la mujer de quien él se había apoderado en la matanza del lago Hyewhin era la hija de Kilehehen. Los hombres del norte que habían sobrevivido a la matanza estaban ahora dispersos en la tierra de los onas, vivían en constante temor de futuros ataques de los hombres de las montañas y hacían todo lo posible por evitarlos. Uno de los sobrevivientes era Kilehehen, quien instaló su campamento a medio kilómetro de mi choza en Viamonte, seguramente por esto le infundía seguridad. Vivía allí con su mujer, su hija menor y dos hijitos. Era delgado, de expresión sombría, de edad más que mediana y de mayor estatura que su primo el famoso Kautempklh. El hecho de que Kilehehen se sintiera seguro por estar cerca de nosotros acrecentó mi sentimiento de amistad hacia él.

Solía llegar por las tardes, sentarse cerca de mi fuego, y sin decir palabra esperar mi regreso, y aunque no reclamaba nada, aceptaba gustoso un jarro de café o un plato de estofado. Según mi modo de ver, tanto él como uno o dos de sus compañeros merecían estas atenciones, pues sus mujeres se preocupaban de abastecer mi despensa.

Un día Kilehehen se acercó a mi fuego, evidentemente preocupado. Venía acompañado de su mujer, que parecía igualmente afligida, y de su hija, una muchachita de trece años, de expresión temerosa y carita angustiada, en la que se veían huellas de recientes lágrimas.

Lo que Kilehehen tenía que contarme era que Ahnikin se había llevado a la hermana mayor y estaba por exigir también la más joven. Estas noticias los llenaron de aprensión, pues detestaban y temían a su yerno, motivo por el cual buscaban mi vecindad.

El anciano me dijo:

—Mi hija no es todavía mujer, es una criatura y su madre está vieja y necesita su ayuda; Ahnikin es un hombre malo, y si lo contrariamos nos matará.

Más de una vez, llevado por mis impulsos, he actuado con imprudencia; esta vez repliqué sin vacilar:

—Avísenme en cuanto llegue, yo me pondré de parte suya como un hijo y los ayudaré.

Al día siguiente uno de los niños llegó corriendo para anunciarme que Ahnikin y otros hombres de las montañas estaban a la vista. Yo sabía que tarde o temprano Ahnikin y yo íbamos a chocar, así es que antes de correr al cobertizo de Kilehehen deslicé mi revólver en el voluminoso bolsillo de mi chaqueta. El revólver siempre hay que usarlo de apuro, por eso he tenido por norma que la culata del mío fuese bien lisa y redondeada, a fin de que no pudiese engancharse al sacarlo precipitadamente. Es preferible esto a tener que disparar a través del bolsillo. El fogonazo de un revólver aun pequeño, da bastante calor; he visto una chaqueta humeando por esa causa.

En el campamento la anciana pareja no tenía más compañía que tres niños. Cuando llegó Ahnikin con sus compañeros, tres muchachos jóvenes ávidos de aventuras, nosotros, estábamos listos para recibirlos; yo permanecí sentado al lado de la muchacha. Ahnikin llevaba una escopeta de esas que se cargan por su único caño y los otros sus arcos y aljabas. Yo los saludé en la forma amistosa que me era habitual, pero era evidente que les habrá contrariado encontrarme allí.

Después de esperar un rato, probablemente para dar tiempo a que yo me fuera, Ahnikin habló así dirigiéndose a los padres:

—Mi mujer quiere que su hermana vaya a vivir con ella y yo he venido a buscarla.

Ordenó después a la niña, en términos muy poco amables, que lo siguiera. La muchacha, en lugar de obedecerle, rompió a llorar desconsoladamente; él adelantó un paso e hizo ademán de agarrarla por el pelo, pero yo me abalancé:

—No la toque —le dije.

Mi mano estaba en el bolsillo de mi chaqueta. Él debió ver el bulto del Webley 455 que apuntaba al centro de su cuerpo pues retrocedió y me contestó muy enojado:

—¿Por qué se mezcla usted en este asunto? ¿Qué hace usted aquí en nuestra tierra?

Vi que Ahnikin, a pesar de la fina capa de pintura roja que le cubría la cara, se ponía pálido de ira y parecía dispuesto a cualquier cosa. Le contesté lo más suavemente posible:

—Desde que murió mi padre, me he sentido muy solo, y desde que mataron a toda su gente, Kilehehen también está muy solo. Ahora él es mi padre y soy yo su hijo. Mi hermana no se irá de su casa hasta que sea grande y quiera marcharse por su propio gusto.

Ahnikin se detuvo un momento; yo me preguntaba qué haría. Murmuró algo que no alcancé a oír y volviéndose se marchó seguido por sus tres compañeros.

Entretanto, Kilehehen, que como de costumbre tenía su arco y flechas bien al alcance de la mano, se había quedado sentado, impasible, sin aparentar ninguna emoción; frente a tres enemigos jóvenes, dispuestos a usar sus armas, fué lo bastante sensato como para no hacer ningún ademán brusco.

Cuando el grupo de Ahnikin ya no podía oírlo, hizo esta reconfortante observación:

—Karr imrh hansh pemrh. Ma matiash noöre. (Muy enojado está ese hombre, lo matará a usted más adelante.)[1]

2

A principios del invierno crucé las montañas hacia Harberton para zarpar desde allí, en mi segundo viaje a Buenos Aires. Esperaba terminar el negocio que me había llevado la primera vez: la transferencia legal de Harberton a nuestro nombre, que aún no había sido arreglada. Llevaba también la intención de asegurarnos toda la tierra que fuera posible en el área de Najmishk, en beneficio nuestro y de los habitantes onas.

Acostumbrado como estaba a trabajar intensamente e impacientado por las demoras, pronto llegué a la conclusión de que los empleados de gobierno desempeñaban sus puestos con el único objeto de entorpecer el progreso. Defraudado después de haber pasado todo el invierno sin conseguir nada, aburrido hasta cierto punto de la vida de la ciudad, a principios de la primavera tomé pasaje para Punta Arenas. El barco era de la línea del Pacífico, que en esos días efectua-

[1] Literalmente: Muy enojado está ése. Usted matado será más adelante.

ba viajes quincenales; procedía de Liverpool, tocaba varios puertos y cruzaba por el estrecho de Magallanes para alcanzar luego el Pacífico y remontar la costa chilena. En consecuencia, mi viaje a Punta Arenas era de puro lujo.

Una cosa es llegar a Punta Arenas y otra llegar desde allí hasta el sur de la Tierra del Fuego. Me enteré de que no había ningún barco que saliera para el canal de Beagle por lo menos hasta dentro de un mes, de modo que crucé el estrecho de Magallanes (que a esa altura es tan ancho como los estrechos de Dover) hasta el pequeño pueblo de Porvenir, capital chilena de la Tierra del Fuego. En Porvenir compré un caballo y desde allí partí en dirección a Río Grande con destino al lejano Harberton. El caballo no valía gran cosa, pero los simpáticos administradores de los grandes establecimientos de la Bahía Inútil y de San Sebastián me prestaron otros de repuesto y me brindaron hospitalidad, demasiado amable quizás, pues tardé cuatro días en hacer los trescientos kilómetros que me separaban de Río Grande. Haciendo el viaje desde allí hasta Harberton vía Najmishk me ahorraba cuarenta y ocho kilómetros.

Llegué a la orilla norte de Río Grande un sábado por la mañana. Para un hombre a caballo, este río es generalmente infranqueable y casi siempre peligroso, así es que dejé atrás al cansado animal y crucé en el único bote, que estaba bajo las órdenes de McInch; él me dió la bienvenida en la estancia Primera Argentina.

A este rey sin corona de Río Grande le gustaba ejercer su autoridad y siempre trataba de dominarme. A mí me divertía frustrar sus esfuerzos. Nunca tuve una pelea con él y nunca levanté la voz, pero una vez le dije que nunca había creído en el infierno porque no imaginaba que hubiera nadie tan malo como para ser mandado allí, hasta que lo conocí a él. Su única respuesta fué calificarme de... zonzo, por no saber disfrutar de la vida mientras la tenía. Debo decir, para ser franco, que el individuo más bien me gustaba. ¡Qué confesión! Pero es verdad. Después de conocer muchas más fechorías suyas que las que puedo publicar, podía, con todo, aceptar su hospitalidad y estrecharle la mano.

Esa mañana, en vez de facilitarme en seguida un caballo, me invitó a pasar con él el fin de semana; el lunes me daría un caballo que yo debía devolverle dejándolo en manos del más alejado de sus pastores, o si no seguir viaje hasta Najmishk, a menos de sesenta kilómetros de distancia. Estaba yo tan ansioso de ver a mi gente y reanudar mi trabajo, que no podía soportar un domingo ocioso y le expliqué que tenía mucha prisa. Él no respondió ofreciéndome un

caballo inmediatamente y como yo era demasiado orgulloso para pedírselo, después del almuerzo y de una charla amistosa, emprendí el viaje a pie a Najmishk con mi capa de piel y mi revólver; había llevado ambas cosas a Buenos Aires.

Al anochecer llegué a Río Fuego, distante unos treinta kilómetros de Río Grande, y viendo que la marea estaba alta, decidí cruzarlo al amanecer. Dormí cerca del río, pero no sin haber comido antes, gracias a una gansa apresurada que había llenado ya su nido de huevos; comí algunos de ellos asados, me envolví como un cigarro en mi capa y dormí bien a pesar de la fuerte helada. Al amanecer vadeé el río y proseguí mi camino.

Mientras cruzaba el anchuroso valle verde, a pocos kilómetros al sur de Río Fuego vi una fila de indios cubiertos con capas que caminaban apresuradamente por la orilla del bosque, a mi derecha, con la evidente intención de interceptarme el paso. Cuando convergieron nuestros caminos, me alegré de ver entre ellos a algunos de mis viejos amigos del norte, como Pahchik, que había secundado a Chashkil en nuestro torneo de lucha, Ishtohn y mi padre adoptivo Kilehehen. Me detuve para charlar; pronto deduje que este encuentro no era casual. Estos buenos compañeros habían venido a avisarme que Ahnikin, Halimink y otros pocos compañeros estaban indignados de que yo me hubiera puesto en contra de ellos, especialmente en el caso de la hija de Kilehehen, y se proponían matarme en la primera oportunidad.

En la tierra de los onas generalmente eran las mujeres, al visitar a sus amigos pasando de un campamento a otro, las encargadas de llevar los informes acerca de los planes que fulano y mengano pensaban realizar. Casi siempre las versiones eran exageradas aunque solían tener un fondo de verdad. Por lo tanto escuché atentamente.

Parece ser que durante el invierno Ahnikin y su gente habían matado muchos zorros. Con el producto de la venta de las pieles habían comprado dos rifles a unos mineros que trabajaban en la bahía de Sloggett y ahora estaban por tenderme una emboscada. Creyendo que yo volvería a Harberton por mar y desde allí tomaría el camino a Najmishk, se habían ubicado cerca del sendero y tenían la intención de matarme a tiros cuando yo apareciera por el sur.

Los hombres del norte tenían al menos un rifle y me aconsejaron que les permitiera acompañarme a Harberton para que el enemigo se diera cuenta de que yo contaba con muchos amigos.

Después de pensar detenidamente el asunto, llegué a la conclusión de que si hacía caso a mis amigos, ellos deducirían que yo temía ir solo; y Ahnikin y su grupo no tardarían en pensar lo mismo. En

muchas ocasiones he sentido miedo, pero no creo que ninguno de ellos lo haya sospechado. Si demostraba no tener suficiente ánimo para andar solo por el bosque era preferible abandonar inmediatamente el país o ir siempre protegido por una escolta armada.

Dije a mis amigos del norte que no los necesitaba y que seguiría solo hacia Harberton. Con todo, antes de dejarlos, escribí unas pocas líneas para mis hermanos, dándoles instrucciones a fin de que, si me encontraban baleado o ahogado, o si desaparecía camino a Harberton, armasen con rifles a unos indios (cuyos nombres daba) y pusieran precio a la cabeza de Ahnikin y Halimink, pues deseaba encontrarme cuanto antes con ellos, en el otro mundo. Naturalmente, no enteré a Kilehehen y a los otros del contenido de esta carta; no fuera cosa que ellos creyeran que valía la pena de cometer el asesinato a fin de ser enviados, por mis hermanos, en tan atrayente expedición.

Les dije sin embargo que si Ahnikin y Halimink conseguían atentar contra mi vida, ellos debían apresurarse y tomar todas las precauciones para llegar a Harberton y entregar la carta a mis hermanos.

Después de averiguar en qué sitio era probable que me encontrara con los conspiradores, continué mi camino: Pasé la noche en Viamonte. Dan Prewitt no estaba allí. Con mi consentimiento había aceptado un trabajo más conveniente en otro lugar. Ocupaba su puesto Nicholas Buscovic, un tranquilo yugoslavo que había trabajado para nosotros bajo las órdenes de Modesto Pereira en la isla de Picton. Sabía construir cercos de madera. Era lento pero honesto y, como Dan Prewitt, tenía suficiente sentido común —por lo menos así lo creía yo— para no incomodar a las mujeres onas. En Viamonte encontré a todos perfectamente. Buscovic, mi tío Koiyot y el resto de la gente de Najmishk vivían contentos después de haber pasado un invierno tranquilo. Todos estaban enterados de las amenazas de Ahnikin, se preocupaban por mí y no querían que fuese solo. Como se suponía que la gente de Koiyot era aliada de los hombres de las montañas, las palabras de ellos tenían mucho más fundamento que las de Kilehehen o Pahchik, que eran enemigos declarados de Ahnikin. A pesar de todo, no me dejé disuadir de mi propósito.

Después de pasar un par de días en Viamonte, salí una tarde rumbo a Harberton. Hubiera sido imposible llegar allí a caballo en esa época del año, de modo que me fuí a pie, vigilando atentamente conforme avanzaba. Como sabía con cierta aproximación en qué lugar podía toparme con el grupo de Ahnikin, cuando esa misma tarde divisé humo a través del río Ewan, no tuve duda de que allí estaba su campamento. Pasé la noche en el mismo sitio en que me encontraba

y a la mañana siguiente temprano crucé el río. Al acercarme al campamento, observé que estaba ubicado en forma de permitir una vista excelente del acceso por el sur, que era mi camino habitual. Hacia el lado norte la vista no era tan buena; fué el ladrido de los perros lo que denunció mi proximidad.

Ahnikin y Halimink salieron los primeros de sus refugios, y luego Puppup, Hinjiyolh, hijo de Tininisk, Chalshoat el hachador, Kinimiyolh hijo de Otrhshoölh, el niño Nana y varios otros. Puppup y Chalshoat no me guardaban rencor, pero les era difícil romper con Halimink y Ahnikin. Estos dos últimos tenían sus rifles en la mano, los demás, arcos y aljabas. Esto no era de sorprender, pues al oír ladrar a los perros debieron pensar que eran los norteños quienes se aproximaban. Se asombraron al verme.

Me adelanté hacia los dos jefes y les dije que casualmente había oído decir que ellos me querían matar, por eso venía a hablar de este asunto con ellos. Dije a Ahnikin:

—Usted se enfadó conmigo porque yo ayudé a un pobre viejo que estaba solo, pero si usted fuera pobre y solo también vendría a implorar mi ayuda seguro de que la obtendría. ¿Gané yo algo al hacer eso? ¿Tomé acaso la muchacha para mí? Usted sólo se acuerda de las cosas malas y no recuerda todas las bondades que he tenido con usted. ¿Ha olvidado que yo lo ayudé y lo llevé a Harberton cuando su gente creía que usted se moría? Recuerdo que me dijo entonces que me consideraba como un padre. ¿Ha olvidado que cuando varios onas, entre ellos su tío Yoknolpe, fueron llevados a Ushuaia y estaban esperando que los desterrasen, yo dije al Gobernador que esa gente era mi gente y obtuve la libertad de Yoknolpe y de otros dos hombres de las montañas? Muchos de los que estaban con ellos fueron llevados a otro país y no han vuelto. ¿Ha olvidado que cuando su tío Tininisk estuvo enfermo yo fuí a visitarlo y le llevé los medicamentos que lo curaron? ¿Por qué olvidan todas estas cosas buenas que he hecho en favor de mi gente, los hombres del bosque y sólo se acuerdan de lo que les duele y ahora están hablando conmigo con sus rifles en mano?

Ahnikin replicó:

—Sus amigos le han estado contando mentiras sobre nosotros; no hemos olvidado cuánto nos ha ayudado usted antes; nunca lo hemos querido matar. Pero ellos nos detestan y son unos mentirosos.

Halimink se expresó casi en iguales términos. Era evidente que aunque yo me había referido a ellos, considerándolos como mi propia gente, estaban celosos de los hombres del norte. Acepté sus afirma-

ciones de que no tenían intención de matarme, pero les dije que si alguna vez deseaban hacerlo, no me esperasen escondidos, que me enviaran un mensajero. Yo vendría entonces solo y sin armas.

Después de esta arenga y por sentimiento de dignidad no quise quedarme a compartir su comida; les dije que tenía prisa por ver a mi familia y que regresaría cuando los gansos estuvieran empollando, es decir, dentro de un mes aproximadamente, y me alejé.

Debo añadir que nunca en mi vida he sentido tanto miedo. Yo había estado alardeando, pues imaginaba que a esos individuos, armados como estaban, les sería difícil resistir a la tentación de dispararme un tiro por la espalda, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Si eso ocurría, yo sólo deseaba morir instantáneamente, pues recordaba lo que el joven Kautush había hecho a Kawhalshan en su última pelea. Yo sabía que no debía apresurarme, ni mirar alrededor, para que no adivinaran mis sentimientos. Al pie de la colina, distante poco más o menos doscientos metros, me volví y les hice un saludo de despedida; ellos seguían observándome con las armas en la mano; lentamente, me encaminé hacia Harberton.

Esa tarde, al oscurecer, busqué en los bosques del sur del lago Kami un lugar donde dormir; después de hallarlo, hice fuego un poco más lejos, apagué las últimas brasas y quedé un rato escuchando atentamente. Luego, en medio de la oscuridad del bosque, me dirigí con las mayores precauciones al lugar elegido, donde dormí tranquilamente hasta la primera claridad del alba, hora en que proseguí mi camino. En otras ocasiones en que me he sentido muy nervioso me he valido del mismo subterfugio, mas debo confesar que siempre fué una precaución inútil.

Ahnikin aún no me había muerto. Antes y después de este incidente, a menudo debió haber deseado hacerlo. Sólo pudo haberlo detenido el pensar que hasta su propia gente se indignaría y que mis hermanos armarían a sus enemigos y todos juntos lo perseguirían hasta dar con él.

CAPÍTULO XLI

"JELJ", EL RITO DE PAZ.

El remanente de la tribu ona que estaba aún en libertad vivía en tan desordenadas condiciones que eso no podía continuar. Mi ambición, ahora, era reunir esos grupos dispersos en una comunidad en que prevalecieran leyes perdurables y un mutuo entendimiento. A fin de lograr este propósito abandoné frecuentemente a mis amigos de Najmishk y visité a los hombres de las montañas, en sus propios bosques, y también a los grupos de norteños dispersos que merodeaban por la vecindad. En toda oportunidad me esforzaba en inculcarles que era una locura odiar y matar a su propia gente, casi a sus propios hermanos; les hice ver también que de continuar ese estado de cosas pronto no quedaría un solo ona.

Por fin los agresores, los hombres del sur, accedieron a dar el primer paso hacia la reconciliación. Propusieron hacer revivir una tradicional ceremonia llamada *Jelj*. Aseguraron que era un medio muy antiguo de terminar con los sanguinarios feudos y que sólo se llevaba a cabo cuando todos estaban de acuerdo en que la contienda debía terminar. Era una promesa por la cual todos se comprometían formalmente a no pelear de nuevo. Aunque yo estaba muy interesado me abstuve de demostrar infantil curiosidad; preferí esperar los acontecimientos.

Se despacharon mensajeros para avisar a los cazadores errantes que se unieran al bando a que pertenecían. De común acuerdo eligieron como lugar de la celebración del rito de paz un campo abierto, cerca de mi choza, al pie de las colinas boscosas de Najmishk.

El grupo norteño llegó la víspera del día señalado y acampó en la orilla del bosque, a unos cien metros de mi cabaña. A pesar de las pérdidas sufridas, eran aún bastante numerosos. El rodeo había sido tan completo, que hasta incluía a dos o tres hombres que pocas veces había yo visto antes. Más conocidos eran Kautempklh, Kilehehen, Ishtohn, Taäpelht, Koniyolh y Hechelash el enano y sus dos hermanos diminutos A-yaäh y Yoiyolh. Este último era ahora curandero del grupo norte. Lo llamaban Oklholh (Pato de la cascada), sobrenombre que respondía a su vivacidad. Además estaban Chor-

che, con quien yo había practicado el jiu-jitsu; Dante, el hombre que había peleado con Dan Prewitt y cuyo nombre ona no recuerdo; Kostelen (Cara angosta), Dolal y Pechas. Dolal era yerno de Talimeoat, el cazador de cuervos marinos, y venía a menudo a Viamonte para ayudarnos. Pechas, un hechicero famoso de una región más al norte, era hermano de Koniyolh. Hechelash y sus hermanos no tenían enemigos, e Ishtohn era querido por todos, pero en épocas difíciles ninguno de los cuatro vacilaba en reunirse al grupo del norte. Ishtohn llevaba el rifle que su suegro Kautempklh había arrancado a Yoknolpe cuando éste fué muerto. La única arma de fuego que poseían los del grupo del norte estaba en manos de Kilkoat, y era aquel rifle averiado que casi había costado la vida al bufón Kankoat.

Esa tarde un mensajero de los hombres de las montañas nos anunció que llegarían al día siguiente. Desde el amanecer, muchos ojos escrutadores atisbaban su llegada. Alrededor de las diez de la mañana aparecieron: una larga fila de hombres abiertamente armados con arcos y aljabas seguidos por sus mujeres, niños y perros. Era lo que quedaba de los grupos del cabo San Pablo y de las montañas. Vi entre ellos a Halimink y Ahnikin, que aún tenían sus rifles, Kankoat, Puppup, Chalshoat, Talimeoat y Tininisk con sus respectivos hijos Kaichin e Hinjiyolh, los tres muchachos Kautush, Tinis y Nana y Minkiyolh ese joven tan excéntrico. Otrhshoölh, el curandero, había muerto, pero sus hermanos Shilchan (Voz suave) y Aneki estaban allí con el hijo de Otrhshoölh, Kinimiyolh y los dos hijos de Aneki, Doihei y Metet, a quienes no me he referido todavía, pero que encontrarán nuevamente en un próximo capítulo. Todo el grupo fué directamente a un bosque situado a más de un kilómetro, hacia el este del campamento de los nuestros, y allí instalaron el suyo.

El grupo de Najmishk no había sido exterminado en la matanza de la ballena encallada. Además del *tío* Koiyot, quedaban sus sobrinos Yoshyolpe y Ohrhaitush, los hermanos Shijyolh y Shishkolh, su primo Shaiyutlh (Musgo blanco), Ishiaten, cuyo nombre significaba caderas arañadas y varios otros. Aunque se habían unido a Ahnikin en su último ataque a los norteños, cuando Kiyohnishah y los otros fueron muertos, los hombres de Najmishk no cometieron la deslealtad de sacarles ventaja con armas de fuego; y además, como algunos de los norteños me habían visitado a menudo en Viamonte, *mi tío* y su gente estaban ahora en relaciones casi amistosas con ellos.

No obstante, había una *vendetta* que era necesario olvidar, así es que los hombres de Najmishk se juntaron con los de las montañas

en el campamento de éstos; allí sin duda se ocuparon en dar los últimos toques a sus atavíos.

Unas tres horas después de su llegada, los hombres del sur se reunieron a orillas del bosque y se sentaron en el suelo. De nuestro lado, los hombres del norte hicieron lo mismo en el campo abierto, y por muy largo rato los dos bandos adversarios estuvieron mirándose y cavilando en silencio.

Había algo grande e imponente en ese largo silencio y no pude dejar de pensar que los viejos agravios, que yo presumía olvidados, les obsesionaban. Tal vez no había un hombre ni una mujer que no pudiese culpar al grupo contrario de alguna desgracia. Los veteranos recordarían antiguas matanzas; los más jóvenes, las recientes muertes de Teëoöriolh y Jalhmolh (Slim Jim), ambas atribuídas, aunque injustamente, a Houshken, el *Joön* de Hyewhin; el asesinato de Houshken y Ohtumn por Halimink y Ahnikin; la matanza cerca de la ballena encallada, en el cabo San Pablo, cuando Kiyohnishah y sus compañeros habían asesinado, entre otros, a Te-ilh, el hombre fuerte de Najmishk y los dos hijitos de Shijyolh, y la tragedia final del lago Hyewhin, en que Kiyohnishah, Chashkil y otros habían muerto; Kautush había martirizado a Kawhalshan; Kautempklh había ultimado a Yoknolpe y Ahnikin había asesinado cruelmente a las mujeres. Todos estos hombres y mujeres, reunidos ahora para el *Jelj* tenían mucho que olvidar y perdonar. Allí sentados, separados en dos grupos compactos, parecían contemplar un inmenso abismo.

Al cabo de unos tres cuartos de hora, como si todos a la vez se hubieran puesto de acuerdo, los hombres del sur se incorporaron y avanzaron rápidamente sobre el espacio abierto, seguidos por sus mujeres y niños. Después de recorrer unos ciento cincuenta metros, el grupo se detuvo en seco; los hombres apilaron sus arcos y aljabas (sus dos rifles habían quedado en el campamento). Luego continuaron avanzando hasta situarse a unos pocos metros de nosotros, las mujeres y los niños algo apartados de la fila de los hombres. Nosotros seguíamos aún sentados.

El espectáculo era de lo más pintoresco. Aunque mucha de aquella gente había adoptado ya la vestimenta de los blancos, todos lucían en esta ocasión sus primitivos atavíos. Los hombres de uno y otro bando estaban pintados con puntos blancos y rojos o con rayas variadamente dispuestas, que sin duda tenían algún significado para los iniciados. Las mujeres también estaban pintadas, pero con menos esmero. La mayoría se había pintado de rojo oscuro, en señal de luto. No vi a ninguno pintado de negro en aquella oportunidad.

Los hombres de la montaña hablaron, uno tras otro, tranquilamente y con gran dignidad; los norteños les contestaron en igual forma y a pesar de que algunos estaban roncos por la emoción, nadie alzó indebidamente la voz ni fué interrumpido.

He aquí la esencia de sus observaciones:

—¿Dónde están ahora los shilknum? [1] No queda ninguno. Pertenecemos todos a la misma raza y al mismo país. ¿Por qué hemos de odiarnos y matarnos hasta que no quede ninguno? Ya no estamos enojados, ni queremos enojarnos de nuevo; queremos olvidar.

Ciertamente, sus cortas frases carecían de la elocuencia característica de las largas arengas de los yaganes [2]. El ona, sin embargo, decía todo lo necesario sin excitar la ira del contrario. Algunas de las mujeres del norte, recordando quizá a aquellas que Ahnikin había muerto, comenzaron a lamentarse, al principio débilmente, luego subiendo de tono hasta dar tales alaridos que un anciano les ordenó severamente que callaran.

Los discursos preliminares continuaron hasta que Shishkolh los interrumpió bruscamente; estaba impaciente por entrar en acción y no podía esperar más. El que había sido el desafiador inicial en el torneo de lucha en Harberton fué también el primero en esta ocasión. Con los sureños había participado en la incursión al lago Hyewhin, y ahora se adelantaba hacia Kautempklh, considerado por los hombres del sur como el peor enemigo por el hecho de haber muerto a Yoknolpe, su mejor cazador. Sacó de debajo de su capa cinco flechas, cuyas puntas barbadas habían sido reemplazadas por pedazos de cuero fino atados fuertemente con tendones; especie de botón que hacía imposible una herida mortal. Las colocó en el suelo, pasó por encima de ellas, giró y se alejó hasta una distancia de ochenta metros; allí, encarándose con el público, se quitó de un puntapié los mocasines, con ademán dramático se despojó de su capa y aguardó desnudo e inmóvil.

El anciano Kautempklh se puso de pie y avanzó, y al llegar al campo abierto también dejó caer su capa. El terreno tenía una bajada

[1] El nombre que se daban los onas a sí mismos.

[2] Darwin, en su libro *El viaje de un naturalista*, dice: "El idioma de esta gente, según nuestro conocimiento, apenas merece que se le llame articulado". El capitán Cook lo ha comparado con un hombre que trata de aclarar su garganta, "pero ciertamente", agrega, "ningún europeo aclara su garganta con ruidos tan secos, tan roncos o tan guturales". Como estas observaciones no podrían ser aplicadas al idioma yagán, ambos comentaristas deben de referirse al lenguaje ona. Cuando estos indios se entusiasmaban al hablar, pronunciaban con mucho énfasis consonantes fuertes que se sucedían, sin ser interrumpidas por vocales que las suavizaran; en esta reunión todos parecían expresarse con singular afán.

que iba desde el sitio en que estábamos sentados hasta el lugar donde Shishkolh se había detenido y ofrecía un excelente blanco. Kautempklh colocó una flecha en su arco; cuando la disparó, Shishkolh corrió hacia él. A pesar de su edad avanzada, Kautempklh podía aún arrojar sus flechas, con asombrosa fuerza; las otras cuatro siguieron a la primera en rápida sucesión, mientras Shishkolh las iba eludiendo a medida que llegaban. Algunos de los ancianos que me rodeaban lo criticaron, alegando que Shishkolh no solamente saltó demasiado en vez de avanzar rápidamente, sino que además estaba incorrectamente pintado.

Después que las cinco flechas hubieron errado el blanco, Shishkolh fué en busca de su capa y volvió a reunirse con su grupo. Uno después de otro todos los hombres del sur que estaban en edad de pelear tomaron el lugar de Shishkolh; iban igualmente provistos de cinco flechas y eligiendo diferentes adversarios llevaron a cabo la misma operación. Jóvenes inexpertos como Nana y Metet no intervinieron; tampoco Tinis, cuyo brazo paralizado le impedía usar el arco. Cuando el hombre que ofrecía blanco, mediante una hábil maniobra evitaba la flecha, se oían en la concurrencia exclamaciones guturales de aprobación, pero si no se acercaba a su adversario a suficiente velocidad o hacía brincos inútiles, eran sus propios camaradas y no sus enemigos los que desaprobaban.

Después que todos los hombres de las montañas hubieron pasado por turno, los norteños sacaron sus flechas y cada uno de ellos permitió a un adversario individual disparar los acostumbrados cinco tiros.

La rapidez visual y de movimiento de la mayoría de los hombres de ambos bandos era sorprendente. A pesar de eso, más de uno resultó con heridas sangrantes a las cuales no prestaba la menor atención.

El último de los hombres que se ofreció como blanco fué Yoiyolh, el pequeño curandero del grupo norteño. Una vez más probó que su sobrenombre, Pato de Cascada, era justificado. Entregó sus cinco flechas a Halimink, el famoso matador, y brindó una magnífica exhibición de arrojo y habilidad. No aprovechó toda la distancia permitida, después de haber recorrido sólo sesenta metros se volvió para enfrentarse con Halimink. Aunque el vuelo de una flecha a esa distancia era tan rápido que la vista apenas podía seguirla, él escapó sin un rasguño. Halimink disparó su última flecha desde unos treinta metros; sin embargo, Yoiyolh supo evitarla. Esta demostración, que Yoiyolh había reservado a propósito para el final, suscitó favorables comentarios; a continuación, se entablaron conversaciones y hasta se oyeron risas. Todos demostraban muy buen humor.

Durante tres días hubo comunicación amistosa entre los dos clanes; se visitaron, las mujeres pasearon juntas y los muchachos entablaron luchas amistosas, muy diferentes de los rudos combates del pasado. También a los pequeños se los animaba a pelear y sus esfuerzos daban lugar a regocijados comentarios de los observadores.

Puedo afirmar, con toda seguridad, que soy el único hombre blanco que ha presenciado el *Jelj*, rito de paz. Aun entre los onas que intervinieron, sólo los más viejos recordaban una única ceremonia similar.

Para ejercitarse, los jóvenes se hacían apedrear con guijarros o con hongos de los árboles, llamados *terrh*, que son del tamaño de una pelota de golf, e igualmente duros cuando están helados.

Siempre he tratado de leer cuanto se ha publicado referente a las costumbres de las tribus primitivas en diferentes partes del mundo, pero nunca he leído ni conocido nada semejante a este antiguo rito de paz de los onas.

El futuro había de demostrar que las promesas formuladas entonces fueron fielmente cumplidas. Aunque hubo después luchas individuales que ocasionaron muertes, las incursiones premeditadas y las peleas entre grupos no se repitieron. La larga era de sangre había terminado.

CAPÍTULO XLII

LOS ESPÍRITUS ONAS DE LOS BOSQUES: "MEHN, YOHSI Y HAHSHI". OIGO HABLAR DE OTROS MONSTRUOS. INGRESO COMO NOVICIO EN LA LOGIA DE LOS ONAS. LOS ORÍGENES DE LA SOCIEDAD SECRETA. SERES DE LAS SOMBRAS. LAS CONVENCIONES DEL "HAIN". VEO A HALPEN, LA MUJER DE LAS NUBES, Y A HACHAI, EL HOMBRE CON CUERNOS. SHORT INICIA A LOS NOVICIOS. K-WAMEN CONOCE EL GRAN SECRETO. LOS DEBERES DE UN KLOKTEN. LA CURA MILAGROSA DE HALIMINK. REPRESENTACIONES RITUALES DE LOS HOMBRES Y MUJERES ONAS. CON EL AVANCE DE LA CIVILIZACIÓN LOS SECRETOS DEL "HAIN" QUEDAN EN DESCUBIERTO. ALGUNAS OBSERVACIONES REFERENTES A RELATOS DE VIAJEROS.

I

TERMINADAS las guerrillas entre los distintos clanes de la tierra de los onas, me fué dado vivir un largo período de felicidad en compañía de mis amigos indios. Las viejas rencillas estaban olvidadas y ahora podía yo circular a voluntad de un grupo a otro sin ofender a nadie. Con Ahnikin no me sentía tranquilo, su mirada seguía siendo enigmática; en cambio Halimink desde el día del *Jelj*, me demostraba la más sincera amistad, y últimamente en Viamonte fué el más leal de todos los cuidadores de ovejas.

Algún tiempo después de la gran ceremonia de paz fuí iniciado en la Sociedad Secreta de los hombres onas.

Ya en los primeros días de Ushuaia sabíamos que los jóvenes yaganes pasaban por un período de prueba y casi de iniciación. El centro de estas actividades era una gran choza llamada *Keena*. En algunas ocasiones los yaganes permitían a sus mujeres el acceso a la *Keena* para tomar parte en ciertas representaciones teatrales. Los onas seguramente tenían construcciones similares distintas completamente a las que les servían de vivienda. Esos locales, llamados *Hain*, se hallaban en malas condiciones e invadidos por la hierba, pero en ocasiones, cerca del otoño, cuando los guanacos estaban gordos y abundaban los gansos, observé que algunos parecían mejor cuidados y habían estado habitados recientemente. Estaban ubicados por lo general cerca de un grupo de árboles; un gran espacio los separaba de

algún lugar favorito para instalar sus tiendas de campaña. En el *Hain* se instruía a los jóvenes de trece a diecisiete años sobre las verdades de la vida y después de un período de prueba eran admitidos en el círculo de los hombres. Creo que el *Hain* se usaba también para misteriosos actos, que no podían presenciar las mujeres. Estas reuniones se suspendían en épocas de conmoción.

Desde la niñez he sabido que los yaganes tenían gran respeto por la magia y la brujería y que esas criaturas salvajes de los bosques llamadas *Hanush* y *Cushpij* los aterrorizaban en mayor grado aún que los mismos onas; en cuanto a estos últimos, a medida que fuí conociendo mejor sus costumbres, comprobé que no sólo tenían mayor número de supersticiones, sino también que eran más profundas, más complicadas que las de los yaganes y que el fundamento y origen de muchas de ellas debían permanecer secretos.

Más adelante clasifiqué las supersticiones onas de este modo:

Primero: Miedo a la magia y al poder de los magos, aun al de aquellos que se reconocían a sí mismos como embaucadores, y tenían, a su vez, el poder de sus colegas.

Segundo: Folklore y leyendas sobre temas referentes a un período que abarcaba desde los tiempos anteriores a la creación hasta la época moderna. El narrador de leyendas esforzaba su memoria para ser prolijo y minucioso, y consultaba a otros hombres sabios cuando no estaba seguro de algún detalle que quería puntualizar.

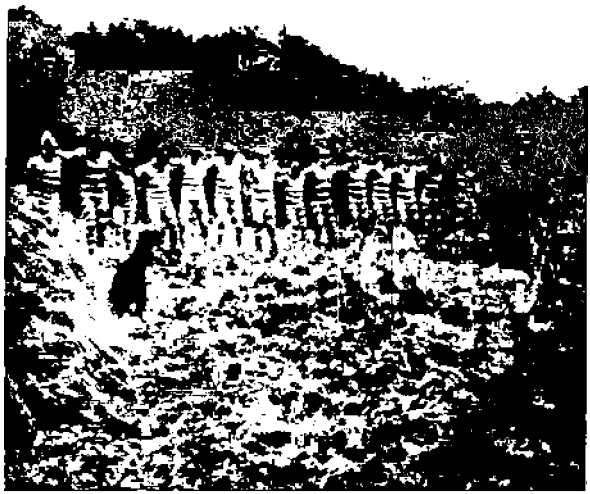
Tercero: Creencia en dos clases de fantasmas (no espíritus de difuntos) que rondaban por los lugares más desolados de la región, y que, como todo fantasma respetable y civilizado, sólo se aparecían entre el ocaso y la aurora, a los viajeros solitarios.

Cuarto: Una creencia más o menos fingida en una familia fantástica, dotada de fuerza sobrehumana, que salía a veces de las rocas, árboles, nubes, etcétera, para asistir a las reuniones de hombres, y que solía, si la provocaban, perseguirlos y despedazarlos, pues era de muy mal genio.

Ya he desarrollado, en detalle, el primer capítulo de esta clasificación. Del folklore y la leyenda me ocuparé en páginas subsiguientes. Ahora me referiré al tercero, como preliminar al cuarto.

Dos eran los tipos de fantasmas onas: *Mehn*, generalmente bien dispuesto, y *Yohsi*, un espíritu particularmente maléfico. El concepto que ellos tenían de *Mehn* no sabría expresarlo con precisión. Aunque nunca he oído que le dieran un sentido de vida o de pensamiento, podría, sin embargo, significar cualquiera de los dos. Podía ser tanto una quimera como una entidad o más bien un sinnúmero de entida-

Kautempklh y Paloa, dos héroes. Fotografía del autor.



La "danza de la serpiente". El pintoresco avance ceremonial desde los bosques hasta el *Hain*. Fotografía del autor.

des. Podía estar en la sombra de un hombre proyectada en el suelo o en su reflejo en un lago; podían ser su indicio la luz a la deriva en el bosque, una tenue corona de humo, una lánguida sombra en un día nublado o un escalofrío que apenas se percibe. *Mehn* puede hacer que los hombres presientan el peligro y prevenirles de inminentes calamidades. Quizás algún hombre civilizado, algún blanco cazador solitario, haya sentido la presencia de *Mehn*, pero no habrá comunicado a nadie, por temor de que se le creyera loco. Cuando un ona moría su *Mehn* también desaparecía. Pero nadie se interesaba por saber dónde había ido. El *Mehn* de un hombre puede abandonarlo y refugiarse en su sombra, o en su reflejo en el agua, o en un vidrio, pero nadie se lo puede quitar; volverá y el hombre no habrá perdido nada. Cuando aparecieron las primeras cámaras fotográficas en la tierra de los onas, a los indios, al principio, no les gustaba ser fotografiados; temían perder a sus *Mehns* para siempre, al ser transferidos a la película. La influencia del *Mehn* no se limitaba a los hombres, también los animales la sentían: todo ser viviente tenía su propio *Mehn*. Por ejemplo *Whash K-Mehn*, el espíritu del zorro, puede despistar a los perros de caza engañando a su olfato; otro espíritu advierte al guanaco la proximidad del cazador, aunque esto lo hace más por aversión a los hombres que por amor a los guanacos.

El duende *Yohsi* se manifestaba en forma menos etérea. Parecía un hombre y tenía mujer e hijos en su casa. Era transparente pero no invisible y podía dejar o no cierta clase de señales al pasar por la nieve más blanda. Juntaba ramitas secas y pedazos de madera para hacer fuego, pero era incapaz de encenderlo. Se aparecía muy frecuentemente al solitario cazador que pasa la noche junto a su fuego. Mientras el cazador duerme, *Yoshi* agita el fuego con su largo dedo del corazón. Acontece que aquél se despierta sobresaltado y se encuentra a *Yohsi* sentado frente a él. *Yohsi* puede desaparecer al instante, o quedarse mucho tiempo, con gran susto del cazador. Se han citado casos de paseantes solitarios que fueron encontrados muertos y horriblemente mutilados, evidentemente por *Yohsi*, en el lugar que habían elegido para pasar la noche.

En una ocasión viajaba yo con un par de onas. Habiendo salido tarde de las montañas, habíamos acampado en un matorral junto al nivel alto de los árboles, cuando el agudo chasquido de las ramitas en el aire helado convenció a mis compañeros de que *Yohsi* andaba por los alrededores. Era evidente la nerviosidad de los indios, y cuando yo fuí lo suficiente tonto para burlarme de esta superstición, uno de ellos me regañó, diciéndome que si yo estuviera solo y me

encontrara con *Yohsi* sentado, frente a mí, al otro lado del fuego, no sería tan valiente.

Por alguna razón desconocida, el número de los *Yohsi* disminuyó muchísimo, aun antes de la llegada de los blancos, encontrándoseles ahora solamente en los más solitarios e inaccesibles lugares del país.

Tales eran *Mehn* y *Yohsi*, los fantasmas de los onas, ambos eran aceptados como seres sobrenaturales y temidos tanto por los hombres como por la mujeres. Entre estos dos fantasmas y los demás seres de las sombras estaba *Habshi*, que era un eslabón intermedio, aunque tenía su propia personalidad.

Habshi era un solitario y ruidoso duendecillo, de color castaño obscuro, como el de la madera húmeda y podrida. Decían que provenía de los árboles muertos y andaba generalmente rondando en la vecindad de los grandes bosques quemados. Era grueso, glotón, invulnerable a las flechas e increíblemente fuerte. Vagaba de noche por los bosques, gritando de rato en rato: *cooh-hooh, cooh-hooh*. Probablemente, todo esto ha sido sugerido por el grito de alguna de las muchas clases de mochuelos que se encuentran en esos lugares. Cuando el grito suena de noche cerca de algún campamento, es muy probable que se produzca una desbandada general por el temor de que *Habshi*, haya descubierto el lugar y tenga intención de acercarse.

Habshi era muy dañino. Si encontraba el campamento desierto, causaba gran estropicio; desordenaba los enseres, mezclaba las capas que tomaba de los diferentes refugios; echaba abajo las chozas, vaciaba las bolsas de agua sobre el fuego, y si encontraba cabezas de guanacos, las partía con los dientes y se comía los sesos, que le gustaban muchísimo.

Si no se oían los gritos que daba *Habshi* al retirarse, un valiente se aventuraba hasta el campamento para espiar los movimientos del duende y volvía al fin con la noticia de su partida. Entonces todo el grupo regresaba y se dedicaba a reparar los destrozos y poner las cosas nuevamente en orden.

Nunca vi a *Habshi*, pero varias veces observé que el grito de un mochuelo fué la causa de una precipitada fuga. Cuando las mujeres manifestaban su temor a *Habshi*, los hombres lo tomaban a broma. Les brindaba la oportunidad de burlarlas simulando la aparición del duende, para asumir luego esa actitud protectora que tanto nos gusta a los varones. Para dar más realidad a su demostración y por si acaso una de las mujeres los sorprendía mientras atravesaban el campamento desierto, el falso *Habshi* se cubría con hojas secas y pedazos

de cortezas pegadas con barro y moho; añadiendo así la suciedad a las otras poco admirables peculiaridades del duende.

No era siempre el grito de un verdadero mochuelo lo que sembraba el pánico. Un cazador travieso, que se ha alejado del campamento luego de manifestar su intención de no regresar en varios días, puede, muy fácilmente, arrastrándose de noche a corta distancia del campamento, y dando el grito convencional de *Cooh-hooh*, repetidas veces, crear la consiguiente alarma, que los otros hombres se encargarían de magnificar. En este caso, ni siquiera había necesidad de disfrazarse ni pintarse para representar el papel.

Después de *Habshi*, que no era ni un fantasma ni un monstruo superhumano del *Hain*, llegamos a la última serie de criaturas, la fantástica familia que he consignado en mi cuarta clasificación. Estos fantasmas, con excepción de uno, sentían especial aversión por las mujeres, sus historias convergen y son difíciles de separar en la trama del folklore. Eran la esencia misma de la Logia ona.

Cuando en 1898, poco después de la muerte de mi padre, perseguí al ganado arisco detrás de Flat Top, con Ahnikin, Minkiyolh y Chauiyolh, el hijo de Te-ilh, tuve oportunidad, durante los diez días y noches que pasé con ellos, de ahondar mis conocimientos de la mitología ona. Los tres pertenecían a distintos grupos: Ahnikin, al de las montañas, Minkiyolh, al del cabo San Pablo y Chauiyolh al de Najmishk; era, pues, lógico suponer que las leyendas que recogí de ellos eran comunes a toda la tierra de los onas. No tardé en comprender así cómo creían en la existencia de *Mehn* y *Yohsi*, a los que de verdad temían, hablaban de otros seres misteriosos, sobrenaturales, en quienes simplemente querían hacerme creer que creían. Describían en tono muy serio extraños monstruos que pretendían haber encontrado en lugares solitarios y de los cuales habían logrado escapar a duras penas.

Se referían a una criatura semejante al hombre, pero con cuernos largos y afilados, y a sus dos feroces hermanas, blanca una y roja la otra. Estas tres parecían ser lo más temidas, pero existían muchos más. De noche, Ahnikin, o uno de los otros, simulaba temer que uno de esos seres anduviera rondando por la selva en que acampábamos.

Me convencí de que los jóvenes mentían cuando declaraban solemnemente que habían visto a esos seres misteriosos y que habían sido perseguidos por ellos. Yo sabía que demostrar incredulidad o ridiculizar sus relatos significaba poner fin a los mismos, y como sentía que estas antiguas supersticiones merecían algún respeto, les escuchaba con gran interés y aparentaba creerles.

Algunos años después comprobé que estos relatos de los encuentros con el hombre con cuernos, las hermanas roja y blanca y otras criaturas misteriosas me fueron hechos por Ahnikin, Minkiyolh y Chauiyolh, no porque ellos tuvieran fe en los mismos, así como creían en las brujerías y en los espíritus de la selva, sino porque me consideraban a la par de las mujeres onas, puesto que yo no era un iniciado y no pertenecía a la Logia.

2

Aunque, naturalmente, yo estaba lleno de curiosidad, no quería forzar mi ingreso a esa sociedad secreta; en consecuencia me mantenía apartado y aguardaba la ocasión propicia. Al final, mi paciencia fué recompensada. Una tarde, poco después de quedar establecida la paz en la tierra de los onas, fuí invitado a asistir a una gran reunión de indios de todos los clanes, que se realizó cerca de un viejo *Hain* en los bosques, a corta distancia de un campamento donde se habían agrupado todas las familias.

Cuando llegué, un grupo de hombres reunidos alrededor de una hoguera estaba empeñado en un debate sobre mis aptitudes para ser admitido como miembro de la Logia; las opiniones estaban divididas. La minoría, encabezada por los conservadores Shishkolh y Shijyolh, era contraria a la propuesta. Entre aquellos que me apoyaban enérgicamente estaban Halimink y Tininisk, el influyente curandero. Después de referirse a varios episodios de mi vida que justificaban la estimación de esos hombres primitivos, Tininisk concluyó diciendo que aunque yo parecía un hombre blanco, mi corazón, que él como *joōn* podía ver con sus propios ojos, era el corazón de un ona.

Estas palabras hicieron enmudecer a la oposición y de inmediato se hicieron los trámites de mi ingreso al *Hain* como novicio. Halimink empezó por decirme que yo era ahora un indio, un hombre y no un niño, pero que tenía aún mucho que aprender. Mi mentor y guía dijo, sería Aneki, cuyo padre, el prudente Heëshoölh, había transmitido a sus hijos Aneki, Schilchan y al finado Otrhshoöl, la antigua sabiduría. Aneki sería secundado por su hermano Schichan (Voz suave). Yo debía prestar atención a lo que ellos me dijeran y obecer las reglas de la Logia, que eran muy estrictas. Halimink me advirtió gravemente que si alguien confiaba a una mujer o a un no iniciado los secretos de la Logia, tanto uno como otro, debían ser muertos. El culpable no encontraría quien lo defendiera, pues en el

caso de cometer tan imperdonable indiscreción un hermano mataría a su hermano, un padre a su hijo.

Cuando Halimink terminó su impresionante disertación, me ordenó que me retirara al *Hain* con mis mentores. Éstos me guiaron con el mayor cuidado, como si obstáculos invisibles obstruyeran mi camino, no sólo al acercarnos al *Hain*, sino también cuando estuvimos dentro de esa espaciosa choza.

Había un fuego encendido en el centro de la misma. A lo largo de las paredes unos pesados postes servían de soportes. Uno de ellos, que quedaba en mitad del recinto, estaba ennegrecido por el fuego. Aneki me invitó a que me sentara cerca de ese poste. Evidentemente, ese asiento había sido elegido de antemano y era el que me tenían destinado para todas las reuniones de la Logia.

Pronto empezaron a entrar otros indios, mientras Aneki me explicaba las reglas del *Hain*. De tiempo en tiempo, su hermano pronunciaba una o dos palabras, pero casi siempre permaneció callado. Pensé que su principal función era vigilar y oír y que lo correcto era que el tutor tuviese un testigo; es interesante esa similitud entre los procedimientos de los hombres primitivos y los nuestros. Además, en caso de necesidad, por ejemplo, si yo hubiese probado ser un alumno intratable, Shilchan estaría allí para ayudar a Aneki a matarme.

Después de un rato, Aneki me preguntó amablemente si le tenía miedo al fuego. Sabiendo lo que se esperaba de mí, tomé una pequeña brasa entre los dedos y la coloqué sin prisa y con aparente indiferencia, sobre mi brazo, pues sabía muy bien que unos cuantos pares de ojos me vigilaban. Después de un momento que me pareció interminable, Aneki la sacudió diciendo:

—K-pash kau. (Ya es suficiente.)

La conversación se hizo después general; me observaron de pies a cabeza y discutieron mi aptitud para representar una u otra de las criaturas semihumanas que visitaban el *Hain*. Debido a mi figura y a mi estatura de un metro ochenta, consideraron conveniente que tomara el papel de *Short* [1], aunque luego lo estimaron imprudente, pues las huellas de mis pies desnudos, que hasta las mujeres podrían reconocer, me hubieran descubierto. Pronto la reunión perdió su carácter de seriedad; se oyeron primero conversaciones en voz baja y risas mal reprimidas y luego se sucedieron, con cortos intervalos, grandes alborotos; estos estoicos parecían haber perdido todo dominio sobre sí mismos. Gritos de ira y de terror se mezclaban con aullidos

[1] Ésta es una palabra ona, no la inglesa *short* que significa corto.

de excitación y de dolor; también se oían otros sonidos más extraños, que se suponía eran proferidos por sobrenaturales, aunque no celestiales visitantes de nuestra Logia. Uno de estos estallidos fué tan ruidoso que las mujeres salieron del campamento, aunque se mantuvieron a respetuosa distancia, al fondo del *Hain*. En un momento de calma en aquella babel, las oí gritar, destacándose entre todas, la voz de Leluwhachin, mujer de Tininisk, única hechicera de la tierra de los onas. Preguntaba si su hermano mayor (yo) había sido muerto. Tininisk contestó que los hombres me protegían de las dos feroces hermanas *Halpen* y *Tanu* y ordenó a las mujeres que regresaran a sus casas.

Para dar mayor dramaticidad al acto, algunos hombres se hicieron cortes bastante serios en el pecho y en los brazos con pedazos de vidrio o piedras puntiagudas, se rasguñaron la cara y se hicieron sangrar la nariz introduciendo en ella profundamente palos afilados. Así podían luego contar a sus mujeres que las perversas hermanas, la de las nubes blancas y la de la arcilla roja, se habían enfurecido al encontrar un hombre blanco en su *Logia*, y que las heridas habían sido causadas por las largas garras de sus dedos del corazón (unas peculiaridades de *Halpen*, de *Tanu* y de *Yohsi*, el duendecillo vengador de los bosques), mientras los hombres me defendían valerosamente.

3

Para formarnos un concepto de la importancia de esta ridícula ceremonia, debemos apelar a la historia. Dedicaré el próximo capítulo a las expresiones del folklore ona, recopiladas durante un período de varios años, a partir de los días en que cacé por primera vez con los indios en los bosques de Harberton. De ese fárrago de fábulas y leyendas que me fueron relatadas por etapas, sin ninguna cohesión y con muchas repeticiones, surge la historia del *Hain* de los onas.

En la época en que toda la selva era siempre verde, antes que *Kerrhprrh*, el papagayo, pintara de rojo las hojas del otoño con los colores de su pecho, antes que los gigantes *Kwonyipe* y *Chashkilchesh*, cuyas cabezas sobrepasaban las copas más altas de los árboles, merodearan por los bosques, en los días en que *Krren* (el Sol) y *Kreeh* (la Luna) andaban por la tierra como hombre y mujer y que muchas de las grandes y dormidas montañas eran seres humanos, en aquellos lejanos tiempos la brujería era conocida solamente por las

mujeres en la tierra de los onas. Ellas mantenían una Logia privada a la cual ningún hombre se atrevía a acercarse.

Las jóvenes, cuando llegaban a la pubertad, eran instruídas en las artes mágicas y aprendían a atraer las enfermedades y hasta la misma muerte sobre cualquier ser que las disgustara.

Los hombres vivían en un abyecto temor y sometimiento. Ciertamente, tenían arcos y flechas con los que proveían de carne a los campamentos, pero ¿cómo podían ellos usar esas armas contra las brujerías y las enfermedades? Aquella tiranía de las mujeres fué agudizándose, hasta que los hombres comprendieron que una hechicera muerta era menos peligrosa que una con vida. Tramaron una conspiración y sobrevino una gran matanza, de la cual no escapó ninguna mujer adulta ni adolescente que hubiera empezado sus estudios de hechicería. Así es que los hombres se encontraban ahora sin mujeres y debían esperar hasta que las niñas crecieran. Otro problema que se les presentaba era éste: ¿cómo harían los hombres para conservar la superioridad que habían conseguido? Tal vez cuando estas niñas alcanzaran la madurez se congregarían y recuperarían su antiguo ascendiente. Para prevenirlo, los hombres crearon una sociedad secreta propia y proscribieron para siempre la Logia de las mujeres, en la que se habían planeado tantos maleficios contra ellos. A ninguna mujer se le permitió acercarse al *Hain*, bajo pena de muerte. Para que la orden fuera respetada por las mujeres, los hombres crearon una nueva rama *diabólica*, una serie de seres extraños, en parte producto de su propia imaginación y en parte adaptados a las antiguas leyendas, que tomarían forma corpórea al ser personificados por miembros de la Logia y ahuyentar de este modo a las mujeres de los concilios secretos del *Hain*. Se suponía que estos espíritus detestaban a las mujeres y estaban bien dispuestos hacia los hombres, al punto de proveerles misteriosas comidas durante las prolongadas sesiones de la Logia. En ocasiones, estos seres manifestaban mal genio y las mujeres del campamento se enteraban de su irritabilidad por los gritos y misteriosos llantos que llegaban del *Hain* y las caras rasguñadas y las narices sangrantes con que los hombres volvían a sus hogares después de una sesión turbulenta.

Los más espantosos visitantes sobrenaturales del Hain eran el hombre con cuernos y las feroces hermanas a quienes Ahnikin y los otros muchachos habían aludido durante nuestra persecución del ganado detrás de Flat Top. El hombre con cuernos se llamaba *Halahachish* o más comunmente *Hachai*. Provenía de las rocas cubiertas de musgo y era de aspecto tan grisáceo como su guarida. La hermana blanca

era *Halpen*, procedía de las nubes blancas (cúmulus) y junto con su hermana *Tanu*, originaria de la arcilla roja, gozaba de una temible reputación de crueldad.

Un cuarto monstruo del *Hain* era *Short*; éste participaba con mucha más frecuencia que los otros tres en las actividades de la Logia. Lo mismo que *Hachai* procedía de las rocas grises. Su única vestimenta era un pedazo de piel blancuzca, parecida al pergamino, echado sobre la cabeza y la cara. Tenía agujeros para los ojos y la boca, ajustaba tirante la cabeza y se ataba por detrás. Había varios *Shorts* y se podía ver a más de uno a la vez. Existía gran variedad en el colorido y los dibujos de su pintura. Un brazo y la pierna opuesta podían ser blancos o rojos, con puntos y rayas del otro color superpuestos. Su cuerpo, revestido del plumón gris de pájaros jóvenes, tenía la misma apariencia que los lugares cubiertos de líquen que frecuentaban. A diferencia de *Hachai*, *Halpen* y *Tanu*, se le encontraba lejos del *Hain*. A veces lo veían las mujeres, cuando juntaban leña o bayas en el bosque; en tales ocasiones, ellas se apresuraban a volver a sus casas a difundir la sensacional noticia, pues *Short* era considerado muy peligroso para las mujeres por su afición a matarlas. Cuando aparecía cerca del campamento las mujeres se echaban boca abajo en el suelo de sus refugios, junto con sus hijos, y se cubrían la cabeza con cualquier capa suelta que encontraran a mano.

Además de estos cuatro, había muchas otras criaturas en el *Hain*, algunas de las cuales quizás no habían aparecido en varias generaciones. Por ejemplo, *Kmantah*, cuya madre era *Kualchink* (el haya caediza) a la cual volvía y con cuya corteza se vestía. Otro era *Kterrnen*, pequeño y muy joven, al que se tenía por hijo de *Short*; siempre estaba muy pintado y cubierto de parches de plumas y era el único de los seres de la Logia bien dispuesto hacia las mujeres, a las cuales les estaba permitido mirarlo cuando pasaba.

A veces yo me preguntaba si estas extrañas apariciones no serían los residuos de una religión en decadencia, mas luego llegaba a la conclusión de que eso no podía ser. No existían leyendas que permitieran deducir que alguna de las criaturas personificadas por los indios hubiera andado por la tierra, bajo cualquier corporización que no fuera producto de la fantasía.

El Hain era una choza grande ubicada generalmente a medio kilómetro del poblado, al este del mismo y dándole la espalda, para impedir que las curiosas mujeres espiaran su interior, ya que la puerta estaba constantemente abierta. Siempre que era posible, se levantaba cerca de un grupo de árboles que impidiesen observar el interior del

Hain, escenario en que aparecían los actores desde otras direcciones.

Algunos exploradores que observaron esas chozas las definieron como lugares de adoración del sol, principalmente por su orientación. Esta, sin embargo, no obedecía a ningún propósito religioso ni de culto al sol naciente; ubicaban la entrada del *Hain* hacia el Este para protegerse contra los fuertes vientos que habitualmente soplaban del Oeste. Había otra razón para que la sede de la Logia estuviera a sotavento del poblado: sus miembros afirmaban que durante las reuniones sólo tomaban alimentos místicos; si la brisa llevaba el olor de la carne asada hasta el poblado, nadie creería esa historia.

Aneki me dijo en esa primera lección, que en el centro del *Hain*, donde estaba el fuego, se abría un abismo imaginario de enorme profundidad, con un fuego infernal en el fondo, que traspasaba el umbral y se prolongaba muy lejos hacia el Este. Muchos años atrás, cuando el *Hain* era nuevo, este abismo había existido realmente, y aquel que intentaba cruzarlo caía en él y perecía. Ahora sólo se presumía su existencia, pero era igualmente peligroso cuando la reunión estaba en pleno. Si una persona caminaba, aun sin saberlo, sobre el lugar donde se suponía que estaba el fuego, sería arrojado a él; aunque, añadía Aneki, no permanecería siempre allí. Ésta era una advertencia directa para mí; ahora sabía yo por qué mis tutores habían guiado mis pasos tan cuidadosamente al acercarnos y al penetrar en el *Hain*.

Este abismo hipotético tenía otro propósito. Dividía la Logia en dos grupos, de acuerdo con el grado de parentesco o el lugar de nacimiento. Los hombres del norte se sentaban al sur y los hombres del sur, al norte. Disposiciones semejantes regía para el acceso al *Hain*. Yo, que procedía del sur del otro lado de las montañas, y que no tenía ningún vínculo ni por el lugar de nacimiento ni por la sangre con los norteños, cuando venía del pueblo debía acercarme por la izquierda del *Hain* y penetrar en la choza cerca de la pared de la derecha y con el fuego a mi izquierda. Hacia el centro estaba *Kiayeshk*, que significaba corvejón negro; era el nombre del poste ennegrecido por el fuego. Cerca de *Kiayeshk* se encontraba mi asiento. En los concilios yo no debía pasar más adelante hasta el final de las ceremonias o hasta que se me pidiera directamente que lo hiciera.

Si un hombre tenía dos lugares de origen, en razón de que sus padres provenían uno del norte y otro del sur, no se le imponía ninguna restricción. Aneki era uno de estos miembros privilegiados. Su padre, Heëshoölh, era oriundo del sudeste y su madre norteña, de manera que le era permitido pasar por ambos lados de la Logia al venir del pueblo y sentarse al norte o al sur del ardiente abismo.

Acabada la sesión, se abolían todas las restricciones y podíamos abandonar el *Hain* en el orden que quisiésemos. Cuando no se usaba como sede de la Logia, la choza servía de vivienda y cuarto de estar para hombres solteros, o viudos tales como Chalshoat, que había perdido a su mujer como resultado de un descuido imperdonable en el uso de su arco, o para los *klokten* que habían aprobado el examen de admisión. Los muchachos no iniciados debían dormir en el campamento.

4

En la tarde siguiente a la de mi iniciación se decidió que Tinis, el muchacho aush lisiado, personificara a *Halpen*, la cruel hechicera de las nubes. Cubrieron al infortunado, de la cabeza a los pies, con las capas de piel de todos los presentes, puestas con el pelo hacia adentro. Abrumado por el peso, cegado, perdió toda semejanza con un ser humano. Mientras le iban echando las ropas, sólo cuidaron de no sofocarlo; constantemente le preguntaban si podía respirar. Las capas exteriores, fueron blanqueadas con tiza. Terminados estos preparativos, la pesada criatura fué conducida secretamente hasta un grupo de árboles, a unos ochenta metros del *Hain*. Allí le colocaron sobre la cabeza un fardo que representaba un gran pescado con cara humana. Cuando todo estuvo listo, dejaron a *Halpen* al cuidado de Tininisk y uno o dos más, profirieron esos extraños gritos que no sé cómo describir, y volvieron al *Hain*.

Aparecieron entonces delante del campamento las mujeres y los niños, formando un excitado grupo, y los más temerarios se aventuraron unos metros más adelante para observar mejor.

El pobre Tinis no podía ver nada y le era muy difícil moverse bajo el peso de tantas pieles, pero allí estaba Tininisk para ayudarlo. Escondido tras el enorme bulto de *Halpen*, el curandero, desnudo, lo sostenía y dirigía sus pasos.

La forma de la cabeza facilitaba el manejo a Tininisk y prestaba al disfrazado una peculiar apariencia amenzadora, concordante con la siniestra reputación de *Halpen*. En un silencio aterrador, *Halpen* fué llevado hasta el grupo de hombres que esperaban cerca de la puerta del *Hain* y todos juntos entraron en el mismo.

Para el hombre civilizado, esto sería una pantomima infantil y ridícula, pero para el espectador, influído por la superstición y la excitación del momento, el lento avance de *Halpen*, interrumpido con

frecuencia para encararse directamente con las mujeres, era algo realmente impresionante.

Los onas decían que los movimientos de *Halpen* no eran siempre tan lentos, y que podía desplazarse con rapidez cuando así lo deseaba. Solía atrapar seres humanos y llevárselos a las nubes, desde donde devolvía luego sólo los huesos pelados.

Cualquiera que como Tinis estuviera dispuesto a llevar una pesada carga en circunstancias penosas, podía personificar a *Halpen* o a *Tanu*, su hermana; las únicas visibles diferencias entre las dos hermanas consistían en que la última era roja en vez de blanca, y tenía un porte mucho más elegante.

Ésta fué la única vez que vi a *Halpen*; a su hermana nunca la vi. En realidad, sus apariciones eran tan poco frecuentes que muy pocos de los onas que he conocido la habían visto.

Muchos de los seres del *Hain* requerían mayor habilidad dramática que *Halpen* y *Tanu*, y pocos eran los actores capaces de encarnarlos a gusto de los críticos onas. Quizás el papel que representaban mejor era el de *Hachai*, el hombre con cuernos. En una de las numerosas reuniones a las que asistí después, se decidió que apareciera *Hachai* y se eligió a Talimeoat, el cazador de pájaros, uno de los pocos hombres capaces de personificarlo bien. Lo pintaron de pies a cabeza con dibujos blancos y rojos, predominando los blancos, y lo revistieron de plumón gris. Le ataron en la frente un arco de menos de un metro de largo, bien forrado, que simulaba los cuernos; una máscara blanca, con líneas rojas alrededor de las aberturas para los ojos, le cubría la cabeza y la cara, dándole cierto parecido con una vaca de hocico corto.

Como de costumbre, las mujeres se habían reunido frente al campamento para ver la representación. *Hachai* apareció entre los arbustos más allá del *Hain*, y bufando y amenazando con sus cuernos, amagó algunas embestidas contra ellas. Las mujeres demostraron estar muy alarmadas; algunos hombres corrieron para protegerlas en caso necesario. A pesar de la presencia de estos valientes defensores, las mujeres huyeron hacia sus casas, donde se tiraron al suelo boca abajo y se cubrieron la cabeza con pieles.

Hachai atravesó el campamento escoltado por algunos hombres, cuya misión era, sin duda, impedir que las mujeres espiaran de cerca. Luego, dió la espalda al campamento y regresó al *Hain*. Las mujeres, informadas de que había pasado el peligro, se apresuraron a salir para dar un último vistazo al monstruo que se alejaba con la cara vuelta hacia ellas, antes de desaparecer en la Logia.

Es interesante consignar que no existe animal alguno originario de la Tierra del Fuego que tenga cuernos; sin embargo, la actuación de Talimeoat fué admirable. Sus avances inseguros, sus cabezazos amenazadores, sus bufidos y las bruscas embestidas ya con un cuerno, ya con el otro, fueron de lo más realistas. El papel que desempeñaba tenía su origen en un mito legendario, y sin duda había sido representado por innumerables generaciones de onas.

Aquélla fué la única ocasión en que *Hachai* visitó al *Hain* en mi presencia. A su compañero *Short*, el morador de las rocas, lo vi varias veces. *Short* era el único visitante indispensable en los misterios de la Logia. Recuerdo un incidente que demuestra su predominio y la importancia que daban al secreto de su identidad. *Short* había aparecido entre los hombres; y enmascarado, pintado y cubierto de plumón gris, se acercó al campamento en compañía de ellos. Todas las mujeres huyeron para ocultar la cabeza. *Short*, como acostumbraba hacerlo, se lanzó al campamento aparentando buscar algo. Tomaba cualquier objeto, quizás un pedazo de madera, corría con él un corto trecho, lo depositaba cuidadosamente y volvía a apoderarse de cualquier otra cosa que se le antojara. Luego sacudía violentamente uno de los refugios; los hombres entonces desataban apresuradamente las cuerdas que los sostenían, por temor a que se le ocurriera echar abajo todo, cosa que hacía a menudo *Short* al visitar el poblado. Todas estas travesuras formaban parte de la convencional ceremonia, pero este *Short* asumió una actitud sin precedentes: tomó un pedazo de leña y con un bufido de enojo lo arrojó violentamente contra una de las mujeres echadas bajo su *oli*.

Al regresar al *Hain* le pregunté por qué había hecho eso. Me contestó que la cabeza de la mujer no estaba bien tapada y que a él le había parecido que lo espiaba. El madero pesaba unos cuantos kilos y la mujer había sido golpeada fuertemente; sin embargo, el marido no había intervenido contra *Short*. En otras circunstancias, semejante ataque hubiera sido motivo de una seria pelea en la que hubiese peligrado la vida del agresor. Este episodio tiene aún más significación por las circunstancias de que *Short* estaba representado por Minkiyolh, detestado por todos; que el marido era el formidable y respetado Tininisk y que la mujer agredida era nada menos que Leluwhachin. A pesar de todo, Tininisk no demostró entonces ni después, el menor resentimiento por la acción de Minkiyolh; y Ahnikin y Halimink, que estaban presentes y que gustosos hubieran aprovechado cualquiera excusa para pelearse con Minkiyolh, también se abstuvieron.

El papel más importante que desempeñaba *Short* en los asuntos de

la Logia concernía a los *klokten* (novicios). Durante los primeros años de su aprendizaje, antes de la iniciación, los muchachos creen sin reservas en estos monstruos sobrenaturales, pues desde niños habían sido testigos de sus apariciones y tomado parte en las precipitadas huídas cuando *Halpen* o *Short* se acercaban demasiado. Ahnikin, Minkiyolh y Chauiyolh habían superado ya ese estado de ignorancia cuando, en Flat Top, me hablaron de las feroces hermanas y el hombre con cuernos, pues poco tiempo antes su educación había sido completada.

Como primera etapa de su educación, los *kloktens* debían hacer, solos o en parejas, una expedición de un día al bosque. Se mataba un guanaco, y a varias leguas del campamento se colgaba la carne en unas ramas para ponerlas fuera del alcance de los zorros, o se sumergía en alguna laguna o arroyo de poca corriente. Se instruía a los *kloktens* sobre el lugar en que se encontraba la carne, qué camino habían de seguir y qué trozos debían traer. Generalmente, la carga pesaba tanto como el propio *klokten* y el camino no era el más corto ni el más fácil. Otras veces se les ordenaba además dar largos rodeos alrededor de ciertas colinas o lagos, tanto en el camino de ida como en el de vuelta. Para asegurarse de que estas órdenes eran obedecidas, uno de los hombres estaba encargado de vigilarlos sin dejarse ver.

La verdadera finalidad de estas expediciones era probar el coraje de los *kloktens*.

Al despedirlos, se les prevenía que podrían encontrarse con *Short*, y que era inútil que se defendieran con las flechas, porque *Short* era invulnerable y capaz de matar a quien intentara herirlo. Se les aconsejaba, en cambio, que en caso de ser perseguidos por *Short* se refugiaran en los árboles, a los que éste no acostumbraba treparse, por muchas ramas bajas que tuviesen. Estas advertencias eran indispensables, porque todos los muchachos llevaban arcos y flechas y eran diestros en su manejo. Un ataque intempestivo de un *klokten* podía costar la vida al hombre que personificaba a *Short*.

Se cuenta que un novicio, aterrorizado, descargó una flecha contra *Short*, que cayó mortalmente herido. Al regresar a la Logia el *klokten* fué muerto en represalia. Pero este infortunado incidente no se podía contar a los *klokten*, a modo de escarmiento, pues el fatal desenlace no concordaba con la supuesta invulnerabilidad de *Short*.

Teniendo frescos aún en la memoria todos estos relatos sobre *Short*, los *kloktens* iniciaban siempre sus expediciones con el mayor recelo. Durante todo el recorrido estaban obsesionados por el temor a los seres extraños y fantásticos que rondaban por la vecindad. Los ma-

yores se ocupaban de que *Short* apareciera a su debido tiempo. A veces los muchachos advertían al monstruo de cara blanca, lo eludían y cumplían valerosamente su misión sin más aventura. En otras ocasiones, *Short* salía de los matorrales para perseguirlos. Si buscaban refugio en las ramas de un árbol, él saltaba alrededor tirándoles palos y piedras hasta cansarse y luego se alejaba. Más tarde, cuando se quitaba el disfraz, se divertía enormemente oyendo contar a sus víctimas las terribles peripecias y la pavorosa impresión que *Short* les había producido.

Cuando la educación preliminar de un *klokten* era considerada suficiente, se lo iniciaba formalmente en la *Logia*. En esta ceremonia, también *Short* tenía gran importancia, pues era al luchar frente a frente con él en el *Hain* cuando el *klokten* se enteraba del gran secreto, es decir: que *Short*, *Halpen*, *Hachai* y el resto no eran monstruos sobrenaturales, sino seres humanos disfrazados para la representación.

Presencié una de estas iniciaciones. El *klokten*, un muchacho llamado K-Wamen, era hijo de Koniyolh y el rival más aventajado que tenía el famoso corredor Taäpelht. El papel de *Short* estaba representado por un hombre de la región de Koniyolh. Al muchacho le habían puesto el nombre de Martín y fué mi principal ovejero en Viamonte. K-Wamen había escapado varias veces de *Short*, y esto, sin duda se lo había relatado a su crédula madre y a otras mujeres, refirmando así las creencias de ellas. Ahora era su padre el que lo llevaba al *Hain*. Le informaron que se encontraría con el temido *Short*, a muy poca distancia de él. Koniyolh le dijo que no tuviese miedo y que demostrase coraje. Los hombres cuchicheaban, a la expectativa; el candidato estaba tan impresionado que cuando la extraña aparición se mostró en el portal, temblaba de pies a cabeza.

Toda la atención de *Short* parecía estar concentrada en el muchacho, hacia quien se adelantó lentamente, con largas pausas y cortos saltos. Su aspecto era tan amenazador que el pobre muchacho apenas podía sostenerse en pie y con seguridad hubiera huído ignominiosamente si su padre y sus amigos no le hubieran cortado la retirada. Con una mano apoyada en el hombro de su hijo, el padre murmuró algunas palabras de estímulo. Al fin, *Short* quedó frente a frente al aterrado novicio. Se arrodilló y lo olfateó como lo hubiera hecho un perro mal criado. El muchacho retrocedió temblando. Ninguno de estos espíritus puede hablar, pero con furiosos bufidos *Short* demostró claramente que desaprobaba por completo al candidato; por signos muy elocuentes dió a entender que su conducta no había sido la que sus padres esperaban.

Cuando la cólera y el disgusto de *Short* se convirtieron casi en frenesí, el aterrado *klokten* fué arrojado a sus brazos e incitado a luchar; lo hizo movido por la fuerza que da el pánico; ambos pelearon en medio de las desenfrenadas carcajadas de los asistentes, quienes alentaban con todo entusiasmo al mozalbete y cuidaban de apartar a los combatientes del fuego.

En estos desafíos *Short* permitía siempre al *klokten* que lo derribase al final; así esta lucha terminó con la victoria de K-Wamen, pero cuando éste conoció la identidad de su atormentador, lo atacó nuevamente con furia, con gran regocijo de los concurrentes, a los cuales *Short*, la eventual víctima, se unió de todo corazón.

Cuando era posible, se elegía un pariente cercano del novicio para representar a *Short* y completar más adelante la educación del muchacho, a quien se mantenía en el estado de *klokten* hasta por lo menos dos o tres años después de haber conocido el gran secreto.

La iniciación no exigía las torturas que, según nos han contado, practicaban algunas tribus de indios norteamericanos; pero para probar su virilidad el novicio debía aplicar a su piel una brasa que a veces le dejaba la marca por años. Me contaron que a un candidato poco dispuesto a obedecer a su instructor, le habían cortado los tendones detrás de las rodillas, a consecuencia de lo cual tuvo que andar a gatas toda su vida. Dudo de la veracidad de esta historia, pues de semejante proceder hubiera resultado una pesada carga para la tribu.

Durante el período de prueba, la dieta del *klokten* quedaba restringida casi enteramente a carne magra; el tuétano, los sesos, los ojos, los intestinos, etc., de la res, eran lujos que le estaban estrictamente prohibidos. Los indios aseguraban que ningún *klokten*, sea cual fuere su tentación o la oportunidad que se le brindare, faltaría a esta consigna, aunque nadie lo observara. Para hacerlo hombre, algún tiempo después de su iniciación se le enviaba en largas expediciones de prueba, durante las cuales debía subsistir con el producto de su caza, o alimentarse sólo con hongos y raíces.

Tampoco debía buscar ni aceptar la compañía de cazadores. Algunos años antes de la celebración del rito de paz, un atardecer desapacible de otoño iba yo caminando con dos o tres compañeros onas; divisamos un grupo de árboles adecuados y decidimos pasar allí la noche. Al acercarnos, observamos a través de la niebla una pequeña columna de humo azulado. Nos adelantamos entonces con la mayor precaución, pues ignorábamos qué recepción nos esperaría, pero sólo encontramos un débil fuego abandonado. Después de examinar cuidadosamente el terreno, mis compañeros opinaron que dos *kloktens*

habían intentado pasar la noche allí, pero que al advertirnos habían huído sin ser vistos; ésa era la conducta correcta que ellos debían observar.

El *klokten* debía ser prudente y lacónico, auditor atento de las sabias palabras de sus mayores; obediente y diligente en el trabajo, especialmente transporte de carne o combustible; no debía entretenerse jugando con niños más pequeños; en suma tenía que ser serio y cumplidor en todas sus actividades. En cuanto a su conducta con las mujeres, debía ser discreto y circunspecto, y evitar toda frivolidad o veleidad en su trato con las esposas de los otros hombres y aun con sus propias parientas, para no despertar celos ni ser acusado, por ejemplo, de pretender a su propia hermana, imputación ésta sumamente ofensiva.

Los consejos que se daban a los *klokten* eran generalmente sensatos y siempre se les explicaba por qué razones debían seguirse. He aquí unos pocos ejemplos: Un hombre no debía ser glotón, porque se pondría obeso y perezoso, dejaría de tener éxito en sus cacerías y daría motivo para que se dijera que su mujer estaba obligada a alimentarlo con pescado. En cambio, la mujer debía ser gorda, para que todos lo respetaran al hombre, considerándolo un diestro cazador.

Para evitar los peligros de las uniones incorrectas con mujeres de la propia tribu, se estimaba conveniente tomar esposas de muy lejos. Esto tenía además la ventaja de la sumisión de la mujer a la voluntad del marido, puesto que no habría parientes que tomaran su defensa cuando riñeran.

Un hombre debía ser generoso en el suministro de carne a los ancianos, aunque no fueran parientes; podría acontecer que cuando él mismo envejeciera y no pudiera salir a cazar, necesitara que algún joven le trajera carne. En otras palabras: "Arroja tu pan sobre las aguas porque lo encontrarás después de muchos días." Esto es lo más parecido a un precepto religioso de todo cuanto llegué a oír mientras viví con esa gente.

Entre los numerosos seres que frecuentaban el *Hain* estaba *Oblimink*, el curandero de esa banda impía. Si un hombre yacía moribundo por una herida recibida, y eran vanos los esfuerzos del curandero de la tierra por salvarle la vida, se invocaba a *Oblimink* para que saliera de las sombras y en la hora undécima curara milagrosmente la herida del paciente.

Intentaré describir una ceremonia de ese drama inmemorial. Mientras se realizaba una reunión en la Logia, trajeron al campamento a Halimink mortalmente herido. El pobre hombre estaba cubierto de

sangre y jadeaba en tal forma que parecía que cada inspiración iba a ser la última. De todos los refugios y del mismo *Hain* acude gran número de hombres para acompañar al amigo moribundo, entre ellos los famosos magos Tininisk y Yoiyolh, el "Pato de la Cascada". Halimink yace en el suelo y de cuando en cuando exhala un suspiro, prueba de que no ha perdido el conocimiento. Al fondo andan dando vuelta las mujeres, dispuestas a traer agua o prestar cualquier otro servicio que fuera necesario. Se hacen preguntas breves, ahogadas, a los hombres que trajeron a Halimink. Ellos informan que fué herido por un cazador solitario de otra región, y que al arrancarle la flecha, la punta de pedernal quedó dentro. Tininisk y Yoiyolh intentan extraer la punta de la flecha. Entonan cánticos, ponen las manos sobre el cuerpo del enfermo, chupan la herida. Todo es inútil. Finalmente, después de agotadores esfuerzos, admiten su impotencia y anuncian que se acerca el fin del paciente.

Los quejidos de las mujeres se convierten en fuertes lamentos, mezclados con aullidos prolongados; los parientes más cercanos y queridos de Halimink se arañan fuertemente las piernas y brazos con piedras y vidrios, hasta hacerse abundante sangre.

El arco y las flechas del indio moribundo son rotos y arrojados al fuego.

En ese momento solemne, alguien, el más inteligente, sugiere:

—¿Por qué no llamar a *Ohlimink*? Si acudiera, quizás podría salvar a nuestro hermano.

La proposición, que alienta la última esperanza, es acogida con entusiasmo y muchos corren hacia el *Hain*; unos cuantos quedan para contener a las mujeres que, impulsadas por su cariño y aflicción, se agolpan sobre el herido. En el *Hain*, aullidos prolongados alternan con gritos discordantes; hay mucho movimiento entre el mismo y el bosque cercano.

Al cabo de algún tiempo aparecen los hombres, en grupos compactos, caminando con rapidez, hacia el campamento, pues los minutos son preciosos. Pero, ¿de quién es esa diminuta figura, casi escondida en medio de ellos? No puede ser el pequeño A-yaäh —aun más pequeño que sus hermanos Hechelash y Yoiyolh— porque ha salido a cazar. No, este ser asombroso, enmascarado y pintado en forma grotesca, es *Ohlimink*, que ha dejado al grupo extraño, dramático y mitológico al cual pertenece y ha venido para salvar a su amigo.

Las mujeres se retiran al aproximarse el excitado grupo radiante de anticipada felicidad, y hasta los magos hacen lugar respetuosamente al bienvenido colega. Le explican con amplios ademanes y

voces guturales, enfáticos, la gravedad y urgencia del caso. *Ohlimink* no tiene facilidad de palabra, y son visibles sus esfuerzos por comprender lo que le dicen; cuando lo logra, emite quejumbrosos sonidos de simpatía y asentimiento. Luego, concentrando todo su poder mental hace unos pases a la manera de un curandero común, para circunscribir el mal alrededor de la herida. Después de succionarla enérgicamente, saca de su máscara la punta de flecha buscada.

Considerando su anterior postración, sorprende la facilidad con que el herido, ayudado por *Ohlimink* y por otro hombre y rodeado por sus satisfechos compañeros, puede retirarse al *Hain*; aún está bastante débil, y en ese santuario su cura se completa, entre la animada discusión de los actores sobre el feliz éxito del engaño.

Los más ancianos critican la operación; naturalmente, ellos habían visto practicarla mucho mejor cuando eran jóvenes, pero sus observaciones son hechas con tal sinceridad y discreción, que no provocan resentimiento.

La sangre con que se embadurnaba al paciente para hacer la representación más realista, era generalmente de guanaco, a la que se agregaban algunas donaciones adicionales de dadores voluntarios; por supuesto, un arco malo y las peores flechas eran elegidas para ser destruídas en el fuego. No se buscaba necesariamente a un curandero para personificar a *Ohlimink*: la única cualidad esencial era la baja estatura; por lo tanto la elección de A-yaäk fué automática. En lugar de salir a cazar, accedió a desempeñar su papel en esta grave representación de ópera cómica.

En caso de enfermedad seria, los curanderos onas no recurrían a *Ohlimink*; tampoco, por cierto, rezaban o adoraban, ni a él ni a ningún otro de sus semejantes.

Como las mujeres suelen ser menos tontas de lo que quieren hacer creer al sexo contrario, he dudado muchas veces de que las onas estuviesen tan engañadas y aterrorizadas como demostraban por estas grotescas y cómicas travesuras de los hombres.

Cuando una vez me atreví a comunicarles mis sospechas, la reacción de los hombres no me dejó lugar a dudas sobre su firme convicción respecto a la ciega credulidad de las mujeres. Me parecía imposible que estuviesen completamente engañadas; sin embargo, los *kloktens*, que han vivido continuamente cerca de sus madres en sus doce o trece años anteriores a su iniciación y que con toda seguridad hubieran oído cualquier palabra imprudente que ellas hubieran podido decir, estaban realmente aterrados cuando se encontraban por primera vez cara a cara con *Short*. Estoy seguro, sin embargo, de que si una mujer

hubiese sido lo suficientemente indiscreta como para expresar sus dudas, y ello hubiera llegado a los oídos de los hombres, la renegada hubiera sido muerta. De manera que si una de ellas sospechaba alguna trampa, se guardaba muy bien de decirlo.

5

Había ciertas ceremonias rituales en las que los monstruos no intervenían para nada. Se efectuaban fuera del *Hain* y en algunas de ellas participaban las mujeres.

En ciertas ocasiones los hombres y los muchachos, con el cuerpo, los brazos y las piernas pintados con líneas horizontales de círculos blancos sobre fondo rojo, se reúnen subrepticiamente debajo de un grupo de árboles cerca del pueblo. Se alinean cada uno con los brazos alrededor de los hombros del vecino, como en un *scrum* de *rugby* y avanzan lentamente en dirección al *Hain*, con el movimiento ondulatorio de una serpiente, por un espacio abierto entre los árboles a fin de ser vistos por las mujeres, que están observando desde el pueblo. Desde lejos este avance da la impresión exacta del movimiento laborioso de un enorme reptil. El efecto se obtiene de la siguiente manera: cuando todos están colocados y listos para salir al espacio abierto la fila se pone en marcha empezando por el hombre que está al final; éste da un saltito hacia el costado y otro hacia adelante, movimientos que son imitados inmediatamente por sus vecinos y así hasta el final de la fila. En un grupo de treinta hombres se forman por lo menos tres de estas olas u ondulaciones paralelas, desde la cabeza hasta la cola. Cuando los primeros de la fila han avanzado suficientemente como para estar fuera de la vista del pueblo, se desprenden uno a uno hasta que los que forman en último tramo dan una última coleada penetrando en el *Hain*.

Si mal no recuerdo, esta ceremonia transcurre en silencio y produce gran placer a los actores. Me he preguntado si esta danza (si puede llamarse así) no habrá sido creada en honor de la serpiente, en una remota época en que esta gente haya vivido en tierras de clima cálido, pues no hay serpientes en la Tierra del Fuego.

La danza de la serpiente tenía forma y un cierto ritmo. La danza de la rana era una exhibición caótica.[1] Un grupo grande de hombres cubiertos de cenizas y tierra, salían en masa de la Logia, en cuclillas,

[1] Danza de la serpiente y danza de la rana, son nombres inventados por mí. Los nombres que les daban los indios no se usaban a menudo y no los recuerdo.

saltando como una caterva de ranas excitadas y haciendo un ruido infernal. Nunca se alejaban mucho de la Logia y volvían a ella con el mismo desorden. En el juego también tomaban parte muchachos demasiado jóvenes para ser miembros de la Logia, y todos se divertían muchísimo.

Recuerdo otra horrorosa representación. Dos o tres hombres salieron del *Hain*, en cuclillas, y empezaron a gritar y a hacer horribles muecas de disgusto para demostrar su odio y desprecio a las mujeres, quienes, desgraciadamente, se hallaban demasiado lejos para apreciar sus esfuerzos. Los actores solían ponerse pedazos de madera en la boca y aun bajo los párpados, para parecer más terribles.

Una de las representaciones en la que intervenían las mujeres era llevada a cabo para darles ocasión de vengarse por la matanza que, según se decía, había ocurrido muchos siglos atrás.

Los hombres se reunían en el *Hain*, se pintaban rayas rojas alrededor del cuerpo y de las piernas, luego se blanqueaban profusamente con tiza, pero sin borrar las rayas rojas. Entretanto, proferían un agudo lamento, que podía servir para avisar a las mujeres que estaban atemorizados y esperaban ser castigados. Una vez listos, se dirigían al pueblo, a saltos y manoteando como si tuviesen los pies atados y fuesen ciegos, mientras continuaban profiriendo gritos quejumbrosos.

Las mujeres, despojadas de sus capas, vestidas únicamente con sus *kohiyatens*, corrían presurosas hacia ese grupo ridículo que parecía no darse cuenta de su proximidad, y con visible satisfacción acometían y derribaban a los hombres; éstos no hacían ningún esfuerzo para evitarlo y quedaban en la misma posición en que habían caído. Las mujeres, cuando todas sus víctimas yacían inmóviles en el suelo, regresaban triunfantes al pueblo. Los ancianos, que observaban los acontecimientos desde un lugar cercano a la entrada de la Logia, avisaban a los hombres que la costa estaba libre. Los "muertos" resucitaban entonces, poníanse de pie y corrían hacia la Logia como si estuviesen asustados.

Había otra diversión en que tomaban parte hombres y mujeres. El preludio era un suave lamento de queja o de duelo que provenía del *Hain*. Las mujeres tenían así tiempo suficiente para prepararse para la representación pintándose un poco la cara con rayas o puntos blancos o rojos. Acudían a un lugar situado a unos sesenta metros al lado de la Logia que daba sobre el pueblo y se colocaban en fila compacta, rodeando cada mujer con sus brazos la cintura de la que tenía delante. La que era considerada más fuerte encabezaba la fila. Las dos veces que presencié esta ceremonia fué elegida Leluwhachin

para este puesto. En ambas ocasiones, empuñó una fuerte vara de unos dos metros cuarenta de largo, uno de cuyos extremos descansaba en el suelo y el otro sobre su fuerte hombro; Leluwhachin, bien sostenida por las mujeres que la seguían, se irguió desafiante, a la espera de que los hombres salieran del *Hain* e intentaran desalojarla.

Éstos al fin salieron, tomados de las manos y con una especie de movimiento de danza formaron un círculo alrededor de las mujeres. Se acercaron cada vez más a ellas, haciendo la ronda y empujándolas con sus hombros al pasar, con el objeto de deshacer el grupo. Las mujeres debían mantenerse firmes hasta que se rompiera el círculo formado por los hombres, los cuales no empleaban violencia. Las mujeres oscilaban, sólo Leluwhachin se mantenía firme, apoyada en su vara. Conforme se iban moviendo, uno a uno los hombres alcanzaban la vara y trataban de moverla tropezando contra ella, pero perdía pie y se desprendía de su vecino.

Las mujeres vencían otra vez, como siempre, y los hombres emprendían una retirada ignominiosa hacia el refugio del *Hain*. Cuando todos habían desaparecido, ellas, victoriosas y llenas de alegría, regresaban al pueblo.

Un tercer tipo de danza se llamaba *Ewan*. Rara vez se celebraba y no tuve ocasión de verla. Las mujeres salían del campamento completamente desnudas y pintadas de motas, mientras los hombres pintados de rayas avanzaban hacia ellas desde la Logia. No sé en qué formación se ordenaba cada grupo, pero presumo que al mezclarse ambos se produciría cierto desorden. No practicaban los onas ninguna clase de gimnasia colectiva, ni tenían jefes que hicieran cumplir estrictamente sus órdenes.

En esta danza no se daban empujones como en la que he descripto anteriormente, tampoco se tocaban ni parecían reconocerse individualmente. Esto último era característico en todos los juegos y ceremonias en que intervenían hombres y mujeres, como actores o espectadores. Un buen ejemplo fué la forma en que Minkiyolh trató a Leluwhachin. Cuando él la golpeó con el leño, no quiso castigar a la mujer de Tininisk, el curandero altamente apreciado, sino a "una" mujer, a la que no conocía ni siquiera de nombre.

Durante estas ceremonias, yo me situaba al fondo, al lado de los ancianos, que preferían ser espectadores, pero si se proponía una lucha amistosa, yo, naturalmente, intervenía. Nunca llegué a representar a ninguno de los monstruos del *Hain*. Mi función era ayudar

a vestir y a pintar a los actores, y aunque siempre me mantuve estrictamente dentro de las reglas, mi empeño por embellecer a *Halpen* fué muy apreciado por los expertos.

6

Cuando los blancos comenzaron a establecerse en la tierra de los onas, muchos de los aborígenes se vieron obligados a invadir los territorios de caza a que decían tener derecho otros grupos de indios del sur, los que a su vez se vieron forzados a internarse en las montañas. Todo esto provocaba rivalidades y peleas en mayor grado que antes de la intrusión de los blancos, y por consiguiente las grandes y amistosas reuniones escaseaban. Oí decir que un grupo pequeño y aislado fué severamente criticado por haber realizado una reunión de la Logia en la que se corrió el riesgo de que todo el secreto fuera revelado a las mujeres.

Infortunadamente, cada vez que me encontraba presente en los variados actos del *Hain*, o no llevaba mi máquina fotográfica o si la tenía no podía usarla, para no desagradar a mis amigos indios. Las pocas fotografías que pude tomar corresponden a la última sesión a que me fué dado asistir, poco antes de la primera guerra mundial, que me mantuvo alejado de la Tierra del Fuego. Posteriormente supe que los dos únicos alemanes que conocíamos en la región habían sido condenados por la Logia a morir en el caso de que yo no regresara.

Pahchik, segundo de Chashkil en nuestro torneo de lucha, se había ofrecido para eliminar a uno de ellos, un viejo herrero inofensivo. Cuando regresé a la Tierra del Fuego, Pahchik, que era un buen tipo, me aseguró que hubiera cumplido su promesa.

Lamento ahora haber dado tanta importancia a mi trabajo y a la formación de la estancia en Viamonte, mientras fuí miembro de la Logia, pues ello me impidió asistir a muchas de sus reuniones. Los onas tenían más tiempo libre que yo. En las reuniones del *Hain* el factor tiempo no importaba. Se pasaban días enteros en charlas fútiles, organizando ceremonias aparentemente infantiles. No advertí que muy en breve estos ritos debían terminar para siempre. El avance de la civilización puso en descubierto el secreto de la Logia, tan celosamente guardado por innumerables generaciones. Las mujeres se enteraron del engaño y los indios fueron inducidos, mediante algún dinero, a representar sus comedias ante auditorios de científicos. He visto fotografías en que los actores aparecen con pelo corto y pinta-

dos como nunca lo estuvieron en mis tiempos. Otras fotografías que pretendían ser de primitivos onas salvajes probaban que muchos de los indios de las nuevas generaciones habían olvidado, si alguna vez lo supieron, la forma correcta de usar una piel de guanaco.

Las ceremonias de la Logia fueron manifestaciones de la evolución de una bella raza. Me he encontrado con blancos que daban fe de extrañas historias sobre la Tierra del Fuego. Uno sostenía haber encontrado en un lugar misterioso de la selva una gran piedra con indicios de recientes sacrificios humanos. Otro sabía de una cueva donde se depositaban guanacos jóvenes, pájaros gordos y otras delicadezas en homenaje a los dioses, ofrendas sin duda devoradas después por algún astuto sacerdote nativo.

Recuerdo a un conferenciante que anunciaba con solemnidad a su auditorio:

—Creen en un dios llamado *Klokten*.

Imaginad a alguien que, hablando sobre la Marina, dijera:

—Creen en un dios llamado Guardamarina.

Según otros supuestos exploradores, los onas también adoraban a *Hyewhi*, que quiere decir un canto o un cántico, y a *Joön*, vocablo que he mencionado tan a menudo en estas páginas, que no es necesario traducir nuevamente.

Una autoridad hasta llegó a probar, para su propia satisfacción, que *Joön* deriva directamente del hebreo Jehovah.

Todo esto prueba cómo una viva imaginación y el afán de la primicia pueden influir sobre cierto tipo de hombres, por lo demás instruídos y civilizados.

Ni durante las muchas horas que pasé en la Logia escuchando las exhortaciones de los ancianos, ni en los años que viví casi exclusivamente en compañía de indios onas, oí una palabra que permitiera suponerles una religión, ni una esperanza de recompensa, o temor a un castigo en una vida futura. Temían a la muerte por brujería y a los monstruos de los bosques, pero no a los fantasmas de los muertos. Ciertas montañas aisladas, como Heuhupen, infundían respeto; si se las señalaba irreverentemente, podrían molestarse y provocar el mal tiempo. Pueden haber sentido tácitamente el temor a la muerte y a otros misterios, pero no practicaban el culto ni la plegaria, ni adoraban dios ni demonio.

CAPÍTULO XLIII

LA HISTORIA DE JACK, EL PRIMER NOVICIO BLANCO DEL "HAIN". RELATOS JUNTO AL FUEGO. KWONYIPE HACE BAJAR AL SOL Y A LA LUNA. KWONYIPE MATA A CHASHKILCHESH, EL GIGANTE. ASTROLOGÍA ONA. OKLHOLH SE TRANSFORMA EN EL PATO DE LA CASCADA. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL PATO A VÁPOR. KWÁWEISHEN SE TRANSFORMA EN BUITRE CRESTADO Y KIAYESHK EN CORMORÁN NEGRO. CÓMO CONSIGUIÓ EL PETIRROJO SU PECHO COLORADO. LA HORRIBLE DESVENTURA DE LOS HERMOSOS HERMANOS. SHAHMANINK SE QUEJA Y ES TRANSFORMADO EN EL MATADOR DE BALLENAS. LA CABEZA DEL MAGO. KOHLAH, EL ÚNICO OBJETO DE CULTO DE LOS ONAS. KWONYIPE HACE DEL GUANACO UN ANIMAL SALVAJE. LA HISTORIA DE LOS CUATRO VIENTOS. SHAI CONSTRUYE UN CAMINO. LEYENDAS DE ANIMALES QUE NO SE ENCUENTRAN EN LA TIERRA DEL FUEGO. LOS ORÍGENES DE LOS ONAS Y DE LOS AUSH. KAMSHOAT SE REGOCIJA.

I

No puedo decir que fuí el único hombre blanco admitido en el *Hain*. Cuando me ausenté durante la primera guerra mundial, mi hermano Will fué invitado a ocupar mi puesto. Ni siquiera puedo pretender haber sido el primer novicio blanco, pues esa distinción correspondió a un muchacho llamado Jack. Nunca lo conocí por otro nombre. El resto de su triste historia lo supe de labios de Otrhshoölh (Ojo blanco), el curandero, y de su hermano Aneki. Esta historia fué confirmada por muchos de los hombres de más edad, pero el testimonio de Otrhshoölh y Aneki era suficiente, pues Jack había vivido como su hermano adoptivo por muchos años, bajo la protección de su padre Heëshoölh. Tuve ocasión de tratar repetidas veces a ese anciano, lo vi por primera vez, acompañado por Kaushel en 1894, cuando la primera visita de los onas a Cambaceres.

Parece ser que entre los años de 1870 y 1880, cuando Aneki era aún un niño naufragó un barco cerca del cabo San Diego. Los tripulantes, entre los que se hallaba Jack, que debía tener entre diez y quince años, pudieron llegar a la orilla y caminar por la costa en dirección nordoeste, sin que los aborígenes de esa región, los aush, los mo-

lestaran. A poca distancia del cabo San Pablo, Jack, que tenía los pies quemados por el frío y un brazo gravemente herido cayó, sin fuerzas para seguir andando.

Los demás continuaron hacia el norte hasta que, según dicen, cayeron en manos de unos onas y fueron exterminados.

Jack hubiera muerto seguramente en el lugar donde había caído, a no haber sido por Heëshoölh. Es increíble como un indio haya hecho semejante cosa; Heëshoölh alzó al muchacho sobre sus espaldas y se lo llevó al campamento. Jack sin duda conocía las historias corrientes de torturas y canibalismo, y cuando un ona pintarrajeado y armado con arco y flechas lo llevó a presencia de otros guerreros igualmente temibles, debió creer llegada su última hora. Su terror habrá aumentado al oír las voces guturales del largo y animado debate que seguramente se promovió para saber qué se hacía con él.

Afortunadamente para Jack, Heëshoölh se encariñó con él, y como resultado de la discusión, se le perdonó la vida. Se fué a vivir con Heëshoölh y su familia y quedó con ellos muchos años. Sus hermanos adoptivos me dijeron que recordaban muy bien los primeros días que pasó entre ellos. Era un muchacho bondadoso y apacible por naturaleza, y después que se curó, siempre estuvo dispuesto a ayudar en sus tareas, tanto a los hombres como a las mujeres. Nunca recuperó completamente el uso del brazo; por ese motivo no pudo usar el arco con éxito. Salía, sin embargo, con los cazadores y les ayudaba a transportar la carne. Otrhshoölh y su hermano recordaban cómo Jack, cruzando los dedos sobre la lengua, silbaba estridentemente.

El muchacho inglés se desarrolló mucho en su nueva vida y aprendió el idioma de los indios. En su infancia debió haber recibido una excelente educación pues, aun al llegar a la edad de la pubertad, las mujeres parecían no atraer su atención más que en forma platónica. A su tiempo, fué presentado como novicio en la Logia.

A medida que pasaban los años, Jack se ponía cada vez más triste, añoraba su familia, su tierra natal. Sabiendo que a veces pasaban barcos veleros muy cerca del cabo San Diego y conociendo bien a los aush, pues Heëshoölh vivía en la frontera, a menudo merodeaba por sus tierras, donde tanto se come carne de foca como de guanaco. Un buen día, con gran pesar de sus amigos los onas, se despidió de ellos y se fué a vivir allá. Cosió juntas varias pieles de guanaco e hizo una gran bandera, que me imagino habrá pintado también. Cuando ocasionalmente se avistaba un barco, él encendía fuego e izaba la

bandera sobre un mástil, silbaba y gritaba fuertemente, pero nunca nadie lo vió.

Por último le llegaron noticias de la Misión instalada en Ushuaia y resolvió dirigirse hacia el Oeste por la costa sur. La distancia a vuelo de pájaro entre el cabo San Diego y Ushuaia es de poco más de ciento sesenta kilómetros, pero el camino está cortado por precipicios que caen a pico sobre el mar y terminan en espesos matorrales que crecen hasta la misma orilla, y por peligrosos torrentes, de modo que Jack corría demasiados riesgos.

Dicen que Jack atravesó sin inconvenientes la región de los aush. El resto de su camino atravesaba la tierra de los yaganes. Probablemente, iba vestido con pieles de guanaco y llevaba un arpón como los aush, para atrapar peces y focas, y como debía tener la barba crecida, ningún yagán pudo haberlo tomado por un verdadero ona. Dicen que cerca de la bahía Moat se encontró con un grupo de yaganes del este. No podía hablarles en su idioma y su aspecto debió parecerles extraño y sospechoso.

¡Pobre Jack! Si hubiera sabido que podía haber evitado fácilmente a esos hombres de las fronteras, haciendo un rodeo de treinta kilómetros tierra adentro, habría llegado al lugar hoy llamado Harberton. Los indios de allí, influídos por la Misión, le hubieran ayudado; pero ya es tarde para lamentarse. Después de su gran esfuerzo, y a un paso de su salvación, Jack encontró la muerte por manos de los primeros yaganes.

2

Ése fué uno de los muchos relatos que escuché alrededor del fuego. En otoño, cuando las noches se hacen largas, solíamos dormir en los bosques. Después de comer toda la carne que apetecíamos nos acostábamos delante de las brasas envueltos en nuestros quillangos para pasar la noche. La luz mortecina del fuego, en medio de la profunda oscuridad que nos rodeaba, parecía inspirar al cuentista, y uno de mis compañeros, quizás Tininisk, el del perfil de halcón, empezaba a hablar lentamente, dirigiéndose a las brasas, que removía de cuando en cuando con un palo. Todos lo escuchaban, pero nadie lo miraba ni demostraba especial interés en lo que decía. A veces se detenía a pensar, y hasta preguntaba algún nombre olvidado.

En esta forma tan simpática conocí muchas de las leyendas y del folklore de los onas. Cada vez las escuchaba con mayor interés y me cuidaba muy bien de interrumpir al cuentista con preguntas que pu-

dieran incitarlo a alterar su relato. Los onas no ordenaban ni adornaban sus relatos, se limitaban a dar una serie de informaciones, conforme las iban recordando. Rara vez contaban un cuento después de otro. Los relatos que he reunido en este capítulo fueron recogidos pacientemente durante muchos años, en el transcurso de los cuales me vi obligado a escuchar con aparente interés innumerables repeticiones del mismo cuento.

Me he abstenido de añadir a estas leyendas el menor detalle, y las presento a mis lectores despojadas de todo romanticismo, tales como me fueron relatadas por mis amigos los onas.

3

Antes de la matanza de las mujeres y de la inauguración del *Hain*, vivían en la tierra como marido y mujer *Krren* (el Sol) y *Kreeh* (la Luna). Siguiendo el ejemplo de los otros hombres *Krren* atacó a su mujer con la intención de matarla. Ella conserva hasta hoy en la cara las señales de sus golpes, lo que prueba la veracidad de esta historia. A pesar de haber quedado malherida, *Kreeh* consiguió huir de su esposo. Perseguida por él, se subió a una montaña llamada *Aklek Goöiyin* [1] y saltó desde la cima. *Krren*, incansable, continuó su persecución y siguió las huellas de la fugitiva dando vueltas y vueltas alrededor del horizonte. Cuando estaba a punto de alcanzarla, ella se hacía chiquita y desaparecía por cierto tiempo. Estando el Sol en el cielo, reinaba siempre la luz, lo que no convenía a los propósitos de *Kwonyipe*.

Entre todos los magos de los onas, *Kwonyipe* era considerado el más importante, no sólo por su gran poder, sino por ser un gigante. Su cabeza, sobresalía de las copas de los árboles; ni las zarzas ni los matorrales conseguían aminorar su marcha.

Kwonyipe vivía muy feliz con su mujer y su hijito, hasta que un día se encontró con una muchacha muy hermosa de quien se enamoró. Esta joven era tan tímida y salvaje que la luz de pleno día no era la hora más propicia para festejarla. *Kwonyipe* no tardó en advertir que el principal obstáculo para la consumación de su amor era la continua presencia del Sol, que seguía corriendo tras su esposa, alrededor del horizonte.

Kwonyipe resolvió eliminar ese obstáculo: en el momento en que

[1] Montaña de arcilla roja. La palabra ona para arcilla era *akel* pronunciada con una *a* larga. En *aklek* la *a* era breve; no puedo explicar el porqué de esa diferencia.

Krren y *Kreeh* se acercaban al Sur desde la dirección Oeste recurrió a todo su poder mágico. Sus esfuerzos tuvieron tanto éxito que ambos cayeron por cierto tiempo detrás del horizonte, y en el crepúsculo y la oscuridad que siguieron, sus amores con la encantadora y tímida criatura culminaron con toda felicidad.

Con sus órbitas arrojadas fuera del nivel de la muerte por la magia de *Kwonyipe*, el Sol y la Luna continúan circundando a la Tierra. Pero poco a poco van cayendo cada vez más al Sur para levantarse cada vez más al Norte del cielo. El resultado de este continuo proceso es doble: los períodos, bajo el horizonte Sur se van haciendo gradualmente más largos y en verano se levantan más cerca del Sur y se ponen más cerca del Oeste. Es por este motivo, dicen los onas, que los días se hacen más cortos y las noches más largas conforme van pasando los años.

Parece ser que *Kwonyipe* vivió muy feliz con sus dos esposas. Un día se encontró con *Chashkilchesh*, otro gigante como él, pero de siniestra reputación por su afición a devorar niños [1]. *Kwonyipe* vió que *Chashkilchesh* llevaba un pesado saco de piel sobre los hombros. Sabía que en ese saco había varios niños muertos, alimento preferido de su enemigo, pero prefirió ignorarlo y preguntó qué contenía el saco. *Chashkilchesh* se enojó y contestó de mala manera. *Kwonyipe*, que estaba dispuesto a poner fin a la horrible costumbre de *Chashkilchesh*, se abalanzó contra él, originándose una tremenda pelea.

El lugar de la pelea y el modo cómo murió *Chashkilchesh* varían según los cuentistas. Cada clan consideraba sus propias tierras de caza como el centro del universo. Los hombres de las montañas, que fueron los primeros en contarme esta historia decían que la lucha se desarrolló en un lago poco profundo, cerca de la orilla este del gran lago Kami. Me mostraron el sitio exacto. Los gigantes cayeron juntos, pero *Kwonyipe*, que estaba encima, pudo sumergir la cabeza de su adversario en el agua hasta ahogarlo.

Después de este encuentro, *Kwonyipe* volvió a recorrer los bosques con sus dos esposas y su hijito. En una ocasión encontraron dos niños huérfanos que se habían perdido o habían sido abandonados. Bondadoso por naturaleza, *Kwonyipe* los adoptó. No se sabe por cuánto tiempo esta familia continuó vagando por los bosques, pero lo cierto es que ahora están en el cielo. *Kwonyipe* es Antares, la gran estrella medio rojiza de la constelación de Escorpión. Sus esposas están, a igual distancia, de cada lado de su señor. Mas allá está su hijito y

[1] Esta leyenda es la única referencia al canibalismo entre los onas.

más lejos todavía, cogidos de la mano, los dos niños huérfanos. *Chashkilchesh*, el gigante caníbal, es ahora Canopo y ronda el cielo austral en solitaria grandeza. ¿Cómo llegaron a encontrarse todos allí? Nadie lo sabe.

Los onas sabían que Júpiter, Marte y Venus eran *Kreeh-Kahn* (pequeñas lunas) y que no estaban fijas como estrellas. Ellos no tenían nombres propios para los planetas ni sabían cuántos eran. Llamaban a todos *Tehlus*, que era el nombre que daban en general a las estrellas. Nueve o diez de las estrellas tenían nombres individuales. Era una creencia ona que las estrellas fugaces centellean en el cielo en busca de esposas. Se conmovían y alarmaban con los eclipses, y los cometas les causaban gran ansiedad.

Creían que los hombres, las mujeres y los niños podían ser transformados no sólo en estrellas, como *Kwonyipe* y su familia, sino también en montañas, lagos, árboles, rocas, animales, pájaros, pescados, insectos y arcilla amarilla, roja, o blanca. Nunca he oído decir, sin embargo, que a ninguna entidad animal, vegetal o mineral se le hubiese dado forma humana.

Algunas de estas transformaciones se produjeron en la época de la matanza de las mujeres. Por ejemplo una joven muy activa llamada *Oklholh*, que, huyendo de los hombres, saltó en medio de una alta cascada, fué inmediatamente transformada en un pato, de brillante plumaje y veloz zambullida, que lleva su nombre y vive solitario en las cascadas y torrentes montañosos. A partir de entonces la cascada donde cayó la joven fué conocida por *Oklholh K-Warren* (la última palabra significa estruendo o cascada).

Otras que escaparon a la matanza fueron una anciana muy gruesa y sus hijas. La madre cruzó la playa protegiendo valientemente a sus hijas que cubrió con su capa. Cuando alcanzaron el mar fueron transformadas en esos patos que no pueden volar y que los onas llaman *Alahksh* [1] uno de los pocos vocablos que los onas han tomado a los indios de las canoas, pues proviene del yagán *alacush*.

[1] Un curioso error en que todavía incurren algunos ornitólogos es creer que el pato volador (*tushca* en yagán) es el pato a vapor, que no vuela. Dicen que cuando joven puede volar bien, que emigra en invierno, y cuando crece se vuelve tan pesado que pierde el poder de volar. Los yaganes, que se alimentaban principalmente de ellos y conocían sus hábitos, no sabían nada de este capricho de la naturaleza. Hay otras pruebas de que el *tushca* y el *alacush* son dos especies distintas. El *tushca* vive en gran parte de la región donde el *alacush* es desconocido y los huevos de éste son casi de doble tamaño que los de aquél; en muchos otros aspectos estas aves difieren. Sería interesante saber en qué imaginación fértil nació la idea de que eran una sola. Para mí es tan extraordinaria como cualquiera de las leyendas relatadas en este capítulo; espero que haya gente que pueda creer en todas ellas.

Uno de los jóvenes onas que asistía a la matanza de las mujeres cayó en desgracia por abusar de los cadáveres y por ello fué transformado en *korikek* (ibis), el cual muestra una herida en el pescuezo. Otra leyenda popular ona cuenta cómo el buitre consiguió su cresta.

Kwaweishen era un curandero fuerte y malvado. Provenía de una lejana región del Sur y como toda el agua allí estaba siempre helada, no tenía nada para beber y se le secó el tuétano. En la tierra de los onas asistió a un gran torneo de lucha y se enfrentó con *Kiayeshk*. Los dos pelearon furiosamente. *Kwaweishen* era un luchador grosero e intentó romper el espinazo a su contrario. Sin embargo, no escapó indemne, pues *Kiayeshk* lo agarró por la cabellera y tiró hacia adelante con tal ímpetu que le levantó la piel formándole un copete; con la otra mano apretó tan fuertemente el cogote de *Kwaweishen* que le dejó una marca blanca que le ha quedado hasta hoy. Así *Kwaweishen* fué transformado en un buitre crestado al que se llamó *Karkaäi* debido al graznido que había adquirido en su tierra natal desprovista de agua. *Kiayeshk* se transformó en el cuervo negro o cormorán, que hasta hoy mantiene el espinazo tieso. A menudo se le ve, parado sobre una roca, estirando las alas, aunque sin hacer ningún intento por volar, prueba de que le sigue doliendo el espinazo.

Cheip, a pesar de ser un hombre muy pequeño, desafió valientemente en un torneo de lucha a *Shija*, un tipo tosco de más del doble de su tamaño. *Cheip* peleó magníficamente, pero al fin fué agarrado, lo mismo que lo había sido *Kwaweishen*, por la cabellera y por el cuello. Luchó por soltarse y lo consiguió con un feroz puñetazo en la nariz del adversario, que la hizo sangrar profusamente. *Shija* nunca pudo lavar la sangre de su pecho y se convirtió en el pecho-colorado fueguino, o estornino militar. *Cheip* fué el padre del gorrión: su copete y la mancha blanca de su pecho parecen probar la veracidad de este relato.

La historia de la lechuza blanca y el murciélago es muy romántica. *O-Kerreechin* y su hermana *Oklhtah*, formaban una pareja muy respetable, pues ambos sabían lo que era permitido y correcto entre hermanos y eran muy buenos amigos. Los dos eran de elevada estatura y bien parecidos. *O-Kerreechin* era un experimentado cazador y traía a su casa abundante carne de buena calidad, y pieles de zorro y de guanaco. Era muy ágil y activo; su hermana lo admiraba tanto que a su lado los otros hombres, que venían a cortejarla, le parecían feos y contrahechos. Ella, a su vez, era muy admirada por su hermano, pues además de hermosa era trabajadora y habilidosa para coser cueros.

Kwonyipe, el gran curandero, pasó un día por allí, y al ver a la encantadora *Oklhtah* le pidió que fuese su mujer. Pero el hermano se negó, alegando que si su hermana quería casarse debía por lo menos buscar un marido más joven que *Kwonyipe*, y que no tuviese ya dos mujeres. Esta oposición enfureció a *Kwonyipe* y como *O-Kerreechin* se mostró inflexible le dijo:

—No volverás a comer guanaco, vivirás de ratones y te esconderás durante el día, porque tus ojos serán débiles. La gente te odiará, pues tu graznido será anuncio de sangre y aflicción.

En ese mismo momento *O-Kerreechin* quedó transformado en una lechuza blanca, y lanzando un graznido voló en busca del hueco de un árbol, para esconderse como lo había predicho el mago. Debido a su grito se lo llamó *Shee-et*. Cuando de noche se posa sobre una rama, cerca de un campamento e interrumpe el silencio de los bosques con su horrible chillido, se sabe que la muerte y la violencia andan rondando.

La pobre *Oklhtah* quedó sola con el gigante hechicero. Indignada con la suerte corrida por su querido hermano, luchó contra él con uñas y dientes. Al final *Kwonyipe*, furioso, viendo que era inútil tratar de dominarla, le gritó enfurecido:

—Serás odiada y temida por todos, pues donde vayas llevarás contigo la enfermedad. Negra y desnuda, escondida, como tu hermano, todo el día en el hueco de un viejo árbol podrido, no comerás más carne de guanaco, sino que vivirás de gusanos y polillas.

La encantadora *Oklhtah* se transformó en un asqueroso murciélago. "Si al atardecer revolotea cerca de vuestra cara, debéis saber que la enfermedad y la muerte os amenazan." Eso dicen los onas.

Recuerdo cómo en una oportunidad en que envueltos en nuestras capas descansábamos cerca del fuego, el horrible grito de una lechuza blanca estremeció de terror a mis compañeros; ya antes había advertido su inquietud cuando algunos murciélagos aletearon cerca. Éstos son hechos reales.

4

Kwonyipe, ese tipo enorme, parecía haber adquirido habilidad para metamorfosear a los otros antes de ser, él mismo, transferido a una esfera celestial de actividades. Se cuenta, por ejemplo, el trato que dió al cazador que no estaba contento con la carne de guanaco. *Shahmanink* siempre era afortunado en sus cacerías pues tenía tres perros excepcionalmente buenos. Era oriundo del este de la tierra de

los onas, y pudo haber sido aliado de los aush, porque generalmente cazaba en los confines de su tierra. *Shahmanink* se quejaba siempre diciendo que los guanacos eran pequeños y flacos y su carne mala. *Kwonyipe*, disgustado por sus continuas quejas, lo transformó en ese animal feroz conocido como el matador de ballenas [1]; en adelante, siempre que, hallándose entre sus compañeros, veía una poderosa *Ohchin* (ballena), la acometía y la mataba.

Los tres perros de caza de *Shahmanink* fueron transformados por *Kwonyipe* en peces salvajes, tal vez de la especie pez espada, para que ayudasen a su amo a matar ballenas. Algunas veces conseguían remolcar a *Ohchin* a la orilla; entonces los onas estaban contentos con *Shahmanink* y sus perros. En cuanto a *Ohchin*, la ballena, se casó con *Sinu*, el viento, lo que no es extraño; pero uno de los insondables misterios de la mitología es que de esta unión de gigantes nació *Sinu K. Tam*, (hija del viento), el picaflor.

Hay una leyenda de otro tipo, referente a *Ohchin*. En tierra yagana, sobre la playa de Lanushwaia (Ensenada del pájaro carpintero) ahora conocida por Cambaceres, se veían, y tal vez todavía hoy se vean, los huesos enmohecidos y cubiertos de hierba, de una enorme ballena, que había encallado siglos antes. En aquella ocasión, un gran grupo de yaganes se había reunido para la fiesta. El privilegio de faenar la ballena corresponde entre los indígenas al que la encuentre primero. Como los últimos en llegar no conseguían las porciones apetecidas, siempre había quejas y reclamaciones.

En esos días debían cortar la carne con piedras afiladas; ¡qué trabajo tan fastidioso debía ser! Estaban los yaganes empeñados en esta tarea, cuando un grupo de aushs apareció en la orilla del bosque vecino, y, dejando sus arcos y flechas en un lugar bien visible, se encaminaron al matadero, esperando recibir su parte en esta gran provisión de carne.

[1] Orca, según creo, es el nombre genérico, aunque debe haber distintas variedades. Las descripciones que he leído no corresponden siempre a los animales que he visto realmente perseguir a la ballena. En la trágica expedición de Scott, Ponting tomó unas buenas fotografías de estas feroces bestias y observó su costumbre de romper y hundir los pedazos de hielo en que viajaban las focas, para atraparlas así en el agua. Estuve una vez en un barco ballenero, cuya tripulación, que incluía dos hombres blancos, ambos balleneros experimentados, inmóvil y silenciosa observaba aterrada a dos matadores de ballenas que nadaban lentamente, a una distancia de cuatrocientos metros. Eran más largos que nuestro barco, que medía ocho metros cuarenta de largo, y tenían largas y delgadas aletas con las que producían las horribles incisiones que se encontraban en los cuerpos de las ballenas muertas. Con ellas también cortaban las lenguas de las ballenas, operación muy difícil, y que me consta que la hacían, aunque no sé cómo. Ni los yaganes ni los onas vieron nunca un matador de ballenas encallado.

Esta llegada contrarió a los yaganes, que querían quedarse con todo, pero recibieron a los visitantes con sonrisas de bienvenida y les ofrecieron carne. Repentinamente cayeron sobre ellos con sus lanzas; los mataron a todos, excepto a Kawhayulh, un anciano curandero de cabello blanco. A pesar de estar acribillado a lanzazos, este viejo no quiso morir. Por último los yaganes decidieron cortarle la cabeza. Considerando los instrumentos de que disponían debió ser una larga y dolorosa operación.

Según la leyenda indígena, la cabeza, una vez separada del cuerpo, lanzó una fuerte carcajada; saltó, escapó a gran velocidad y se volvió para reír nuevamente, antes de desaparecer en el bosque. Se dirigió en dirección Este hasta el cabo San Diego y luego al Oeste y al Norte por la costa atlántica y se internó, nadie sabe hasta dónde, en la tierra de los onas. Por el mismo sendero que siguió la cabeza se propagó una epidemia; no es difícil que haya empezado entre la multitud reunida en aquella fiesta. Se la consideró como un castigo por el asesinato del viejo hechicero, cuya cabeza, una vez cumplida su misión, volvió con risa burlona a las montañas del sur; se dice que todo aquel que se encontrara con ella estaba condenado a morir. Cierta vez que los indios discutían animadamente acerca de una piedra blanca que se veía a distancia y no había sido observada antes, yo, muy imprudentemente, dije que podía ser la cabeza de *Kawhayulh*; ellos censuraron severamente mi frivolidad, pues tales asuntos no debían ser motivo de broma.

En Tierra del Fuego existe un curioso insecto que los onas llaman *kohlah*. Dudo que un hombre de ciencia pueda clasificarlo como un escarabajo, pues en lugar de élitros articulados y alas tiene un caparazón fijo como la tortuga; su cabeza se parece algo a la de un caballo. Es mucho más alto que ancho, de dos o tres centímetros de largo, de color castaño oscuro, tiene las patas encorvadas y sus movimientos son muy lentos. El *kohlah* no abunda mucho y se le encuentra, generalmente, como al perezoso, colgado patas arriba de las ramas finas de los húmedos árboles de hoja perenne. Sintiéndose seguro en su armadura, cuando se le ataca no hace ni el menor esfuerzo por escapar ni por defenderse. Lo más extraordinario sobre los *kohlah* es que los onas, que no se compadecen de ningún animal viviente y pisarían sin piedad un nido de pájaros, cuando encuentran uno de estos insectos en un sitio donde puede ser pisoteado, se detienen para recogerlo y ponerlo cuidadosamente sobre una rama u otro lugar seguro. Si se les pregunta el porqué de esta atención, contestan que hace mucho tiempo el *kohlah* fué un sabio y muy bondadoso *Joön* que

curaba los enfermos y no hacía mal a nadie. Nunca pude obtener otros detalles sobre su vida, y creo que esto es todo cuanto se sabe acerca de él. Es curioso, sin embargo, cómo, entre la gran variedad de insectos, los onas hayan elegido este animalito y le demuestren una solicitud que llega casi hasta la veneración. Como lo he probado en la aventura de Wilfredo Grubb con los aborígenes de Jujuy, ciertas tribus sudamericanas, especialmente los Lenguas del Chaco paraguayo, tienen en sus leyendas un animal del mismo tipo, conocido por sus poderes sobrenaturales; ¿no habrá sido el escarabajo del antiguo Egipto un pariente del insecto que he descrito?

Los hombres de ciencia de la expedición francesa de 1882, que he mencionado en un capítulo anterior, se interesaron mucho por el *kohlah*; los yaganes lo llamaban *owachijbana*. *Owachij* es el nombre de un hongo comestible, de color amarillo brillante, que crece en el *shushchi* (haya de hoja perenne). Los yaganes, sin embargo, no tienen ninguna simpatía, que yo sepa, ni por éste ni por ningún otro animal. Los hombres de ciencia franceses obtuvieron un ejemplar, y lo guardaron en una botella que contenía un líquido mortal para todos los insectos. Con gran sorpresa de ellos, el *owachijbana* o *kohlah* parecía prosperar en el líquido; no recuerdo si era alcohol, pero sospecho que en ese caso el animal hubiese cogido una magnífica borrachera. Finalmente lo pusieron en otra botella con algunas hojas y papel, y lo último que supimos fué que prefirió alimentarse con el papel y seguía en muy buen estado. Si llegó a Francia y vive todavía, eso no lo sé.

Antes de despedir a *Kwonyipe*, debo contar cómo se hizo culpable de que los guanacos se volvieran salvajes. *Kwonyipe* tenía muchos guanacos mansos, según la costumbre de los onas de aquella época. En una ocasión, un animal macho de malos instintos atacó a su hijo y lo hirió gravemente. El padre, exasperado, tomó del fuego un leño encendido y castigó con furia al animal culpable. El guanaco, malherido, se retiró a la espesura del bosque para reponerse; allí se encontró con un zorro, que le dijo:

—¡Qué tontos sois los guanacos! ¿Acaso creéis que los hombres se interesan por vosotros? Ellos os crían con el solo objeto de comeros más adelante. Vosotros podéis correr más rápidamente que ellos; ¿por qué no os retiráis al bosque y vivís libres como yo?

El guanaco se quedó pensativo y luego fué a hablar con sus camaradas, hasta que un día todos huyeron al bosque. Desde entonces los onas han tenido que salir a cazar para conseguir carne.

Los cuatro grandes vientos fueron en alguna época hombres, y

como tales tuvieron dificultades, entre ellos por saber cuál era el más fuerte. Resolvieron terminar de una vez para siempre con sus peleas en un torneo de lucha decisivo, como es costumbre entre los onas cuando quieren evitar el uso del arco y de las flechas. Se habían congregado muchos indios, que formaron el consabido círculo. Veamos cómo le fué a cada uno de los luchadores:

Wintekhaiyin, el Viento Este, aunque tesonero, era demasiado moderado, y después de haber sido derribado varias veces por todos los otros juzgó su caso desesperado; tomó su capa y se colocó entre los espectadores.

Orroknhaiyin, el Viento Sur [1], hizo mejor papel, pues era fuerte y feroz, pero resultó un luchador desagradable y malhumorado; después de una lucha violenta y varias caídas tuvo que darse por vencido y juntarse con *Wintekhaiyin*, dejando el campo a los otros dos.

Ahora se realizaría la verdadera lucha. *Hechuknhaiyin*, el Viento del Norte, era un hábil luchador, fuerte y colérico, pero al final se agotó frente al tremendo poder del infatigable Viento del Oeste, *Kenenikhaiyin*, y después de un furioso cambio de golpes, fué violentamente abatido. Cuando se levantó fué desafiado instantáneamente, pero retrocedió, pues se sabía vencido de antemano.

Otro relato describe en forma pintoresca, pero asombrosa por su claridad, las características de los cuatro fuertes vientos: después del mediodía, una mañana cálida de verano, cuando los otros están durmiendo o descansando, *Wintekhaiyin* sale cautelosamente de su casa en el Este y sopla con fuerza moderada hasta que siente deseos de descansar o ve venir el Viento Norte, amenazante; entonces se vuelve tranquilamente a su casa. *Hechuknhaiyin*, muy grosero y avieso, se porta mal a menudo, hasta que *Kenenikhaiyin* se precipita desde el Oeste; él entonces retrocede, aunque de mala gana, dejando el campo al campeón. En el invierno, *Orroknhaiyin*, el Viento Sur, llega sin ningún temor, puesto que los otros descansan, y con toda furia esparce la nieve.

Aunque los nombres mencionados indican la dirección de donde vienen sus dueños, Norte en ona es *wohmshka*, Oeste es *reyuk*, Sur es *wooke* y Este es *wetek*.

[1] La terminación *haiyin* no significa viento, que en ona es *sinu*. *Haiyin* es el verbo ona que significa "gustar" etc. (Ver nota pág. 343.) La explicación más plausible es que los onas apreciaban al viento. En días de calma acercarse al guanaco era muy difícil, aun para ellos. Quizás será que a *Wintekhaiyin* le gusta venir del Este, a *Orroknhaiyin* le gusta venir del Sur, y así sucesivamente.

5

En épocas más recientes vivía un hombre muy fuerte llamado *Shai*, que había estudiado magia y pertenecía al grupo de Najmishk. Era también un experto cazador, pero sabía que su inmensa gordura provocaba la risa de sus compañeros. Entre los onas de las montañas del oeste había un corredor muy veloz que despreciaba a *Shai* por su obesidad y su andar pesado. *Shai* no lo ignoraba, y un día, para gran diversión de todos, hasta de los suyos, le ofreció disputar una carrera desde un lugar cercano a los peñascos de Ewan, hasta Najmishk, una distancia de más de seis kilómetros y medio a través del bosque que corre paralelo a la costa.

Se convino, pues, la carrera. El día anterior *Shai* había ido al bosque, que por allí era bajo y enmarañado, y arrancando los árboles de raíz, a la caída de la tarde había hecho ya un excelente camino. Una gran multitud se había congregado en Najmishk para asistir a la derrota de *Shai*, pero con gran sorpresa lo vieron llegar mucho antes que su adversario, que había corrido cerca de él, pero teniendo que vencer todos los obstáculos.

Ese camino, ya mencionado en estas páginas, se llama Shaiwaal o (camino de *Shai*) en el dialecto aush; existe todavía, aunque en parte está obstruído por la vegetación. Probablemente, la verdadera razón de su existencia es que hace muchos años el océano debió arrojar, en ese sitio gran cantidad de ripio, que impide el crecimiento de los árboles. A casi veinte kilómetros al Oeste existe un lago llamado *Shaipoöt*, que quiere decir "el tío de *Shai*". *Shaikush*, o mujer de *Shai*, es una colina cercana, y sobre una pequeña elevación llamada Shai-w-num, "el hijo de *Shai*", se levanta hoy la estancia Viamonte, que sucedió a mi pequeña choza. Te-ilh y su gente, que tanto habían sufrido a causa de los hombres del norte durante la matanza de la fiesta de la ballena, se suponía eran descendientes del mítico *Shai*.

6

Entre los muchos cuentos que oí a Tininisk, sentados los dos junto al fuego, en el bosque, se refería a un viejo indio que poseía un objeto mágico, pequeño, pero muy fuerte, que se dejaba, con un pedazo de carne, en los lugares por donde merodeaban los zorros; cuando

éstos se acercaban a comer la carne el talismán los apresaba y emitía al mismo tiempo un sonido como el de una campana, avisando así a su dueño para que viniese a matar al zorro. Yo pensaba si no se trataría de una trampa para zorros, construída o salvada de su buque por algún náufrago blanco, pero Tininisk y otros me aseguraron que la leyenda era de una época muy anterior a la llegada de los blancos.

Tininisk, además, hablaba de un gran barco de vela que naufragó cerca del cabo Santa Inés en la costa atlántica, hace alrededor de cien años, cuyas maderas, aunque completamente podridas, con excepción de algunos pedazos adheridos a unos hierros herrumbrados, pueden verse allí todavía. Contaba que habían desembarcado algunos hombres de la tripulación y unas pocas mujeres. Unos animales extraños se habrían ido a la deriva desde el barco naufragado y estaban muertos sobre la playa; algunos eran muy grandes y gordos, pero los indios temían comerlos. Como me imagino que no habría circos viajeros en aquella época, debo suponer que se trataba de un grupo de colonos, con cierta cantidad de cerdos, burros y otros animales domésticos.

Nos contó asimismo Tininisk de una extraña criatura llamada *Ohi*. Era medio guanaco y medio pájaro; con las patas traseras como las del guanaco y las delanteras como alas, que no le servían para volar, pero sí para correr más ligero que cualquier perro. Ponía enormes huevos y su cabeza era parecida a la de un ganso del altiplano. Es evidente que se referían al avestruz patagónico o Rhea, que no existía entonces en la Tierra del Fuego. Esto permite deducir que este animal vivió alguna vez allí y fué exterminado, o que los onas trajeron el cuento de la Patagonia, su propio lugar de origen, sin duda alguna.

Estoy convencido de que los onas y los aush provenían de los tehuelches del sur de la Patagonia, pero que los aushs llegaron a la Tierra del Fuego mucho antes que los onas. Entretanto el idioma se había alterado tanto que sólo los habitantes de las fronteras podían entenderse. Había ciertamente mucha más diferencia entre el aush y el ona que entre este último y el idioma de los tehuelches. Creo que al principio los aushs ocuparon toda la región y que se vieron obligados a correrse al Sur y al Este cuando los onas invadieron la fértil y placentera zona norte de las islas. Los aushs tuvieron que contentarse con la punta sudeste, de clima húmedo y plagada de ciénagas y espesos matorrales. Confirma mi teoría el hecho de que en la tierra ocupada por los onas existen nombres de lugares que no tienen significado en su idioma; son en realidad palabras compuestas que sólo tienen un significado apropiado en el idioma aush. Al norte de Río Grande, en el centro mismo de la tierra de los onas, hay

una colina llamada Shimkai, que en aush significa colina boscosa. Que yo sepa, Shimkai no significa nada en idioma ona.

Ambas tribus deben haber habitado la Tierra del Fuego desde tiempo inmemorial, pues no existen leyendas que se refieran a una migración. Al contrario, creen que esa tierra ha sido siempre su patria, desde las épocas en que las montañas recorrían la tierra bajo la forma de hombres y mujeres antes de *Kwonyipe* y *Chashkilchesh*. Desgraciadamente, el tiempo que pasé entre los aushs fué tan limitado y mi interés sobre estos temas entonces tan reducido, que no tomé notas sobre sus leyendas y folklore. Sus costumbres, modales y apariencia eran muy semejantes a los de los onas. Se alimentaban comúnmente de focas y mariscos, que abundaban en sus costas, y en ocasiones con apen (tucu-tucu), que era comparativamente escaso en esa tierra pantanosa.

Que yo sepa, los onas no tienen leyendas sobre pumas, zorrinos o venados de las montañas, animales que se encuentran en la Patagonia y por la región sur hasta el estrecho de Magallanes. Los únicos relatos que he oído con referencias a la fauna de otros países, los de *Kwaweishen*, que fué transformado en buitre crestado, y *Kamshoat*, que se cambió en *Kerrhprrh*, el papagayo.

Antes de contar la historia de *Kamshoat* debo referirme a una curiosa costumbre de los cazadores indios.

Casi desde el principio de nuestra amistad con los onas, había yo notado que a veces hablaban con los pájaros como respondiendo a una provocación de aquéllos. En ocasiones, la réplica del indio buscaba, y generalmente lo conseguía, provocar la risa de sus compañeros. Otras veces el indio contestaba con un grito furioso, o arrojando un palo o una piedra contra el pájaro impertinente que se permitía mofarse de las pobres criaturas humanas. En muchas oportunidades he oído reprochar a algún pequeño cantor del bosque el haber prevenido al guanaco de la llegada de los cazadores o el haberse burlado de nuestras dificultades para cruzar un terreno difícil. A veces un individuo chistoso llamado Kankoat traducía, con gran diversión de todos, las desvergonzadas ocurrencias de estos pájaros, que incluso se atrevían a burlarse de las peculiaridades de algunos de los cazadores presentes, claro que sin nombrar a sus víctimas.

Entre esos insolentes figuraban dos diminutos picamaderos, que, sin embargo, eran, al parecer, útiles al cazador, pues con su incesante gorjeo le denunciaban la presencia de un zorro en un matorral. He visto a un ona detenerse y, buscando con los ojos entre las zarzas, pronunciar la única palabra: *whash* (zorro). Cuando el animal salía,

en efecto, de su escondite, intentando huir, y se le preguntaba al cazador cómo lo había sabido, él contestaba, y no por cierto en sentido figurado:

—Me lo contó un pajarito.

Los pájaros del bosque que hacían más alboroto para delatar la marcha cautelosa del cazador a través de la selva, eran los *kerrhprrh*, descendientes de Kamshoat.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando todos los árboles del bosque estaban siempre verdes y sólo perdían sus hojas al morir, el joven Kamshoat comenzó a iniciarse en los secretos de la Logia. Había dejado de ser un *telken* (un niño), era ya un *klokten*, y partió solo en uno de esos viajes a que su condición lo obligaba. Pasó tanto tiempo sin saberse nada de él, que los suyos lo dieron por muerto, y quedaron muy sorprendidos cuando un día apareció entre ellos.

No había cambiado mucho, pero hablaba demasiado para un *klokten*, que debe callar y pensar. Contaba de un maravilloso país, muy lejano en dirección Norte que había visitado; afirmaba que sus bosques eran mucho más extensos que todo cuanto ellos habían visto, que sus árboles perdían las hojas en el otoño y morían, pero que en la primavera el calor los hacía revivir y las hojas volvían a brotar tan verdes como antes. Naturalmente, nadie dió crédito a semejante historia; una vez que un árbol ha muerto no puede volver a vivir, así es que se burlaron de Kamshoat y lo llamaron mentiroso. Éste no los aguantó y, furioso, volvió a irse, pero esta vez su ausencia fué más larga aún. Volvió transformado en un enorme papagayo, con plumas verdes en el lomo y coloradas en el pecho, tales como las de sus actuales descendientes. Era otoño, y Kamshoat voló de un árbol a otro en esos bosques siempre verdes, pintando las hojas de rojo con el color de su pecho. Estas hojas pronto cayeron al suelo y la gente se asustó, temerosa de que los árboles hubieran muerto. Los papeles se habían cambiado, ahora era Kamshoat el que se burlaba. Él les anunció que en primavera todos los árboles volverían a vivir, y entonces todos se sintieron de nuevo felices. Kamshoat, debido a su grito, fué llamado Kerrhprrh.

Es digno de hacer notar que a pesar de las andanzas de sus antepasados y de su colorido plumaje, propio más bien de los trópicos, estos pájaros no emigran, y en invierno se les puede ver, aunque parezcan muy fuera de lugar, encaramados en los árboles cargados de nieve. Estos ruidosos pájaros se reúnen en grandes bandadas para burlarse de los hombres que andan por el bosque, por haber llamado mentiroso a su padre.

CAPÍTULO XLIV

ANIMALES FUEGUINOS Y LA VIDA DE LOS PÁJAROS. TALIMEOAT ENCUENTRA HUEVOS. ¿CÓMO LLEGAN LOS PATITOS AL AGUA? YOSHYOLPE CAZA UNA LECHUZA. LOS ONAS ACECHAN A LOS GANSOS. LA ASTUCIA DEL ZORRO. SE SIGUE COMENTANDO AL TUCU-TUCU. AVENTAJO A LOS ONAS EN SU ESPECIALIDAD Y PROPORCIONO UNA COMIDA A SHISHKOLH.

I

ESTE libro no tendría fin si yo me embarcara en la narración detallada de la flora y la fauna de la Tierra del Fuego; debo pues limitarme a hacer conocer unas pocas observaciones sobre la vida de sus animales, hechas durante mis continuos viajes de caza con diversos compañeros onas.

Al sur del estrecho de Magallanes, el guanaco es el único cuadrúpedo propio de la región, aparte de los mamíferos no rumiantes, tales como el zorro y la nutria. Dicen que es la especie salvaje de la que descienden la llama y la alpaca, animales de menor tamaño y no tan graciosos. Se encuentran guanacos en la tierra principal y en la isla de Navarino. Ambos provienen de una misma especie; el guanaco de Navarino habrá probablemente cruzado el canal, sobre el hielo que se formó, durante algún invierno muy crudo, muchos siglos atrás. Existían ciertas diferencias entre ellos. Los animales de Navarino eran de mayor tamaño y de huesos más pesados, de color más vivo y pelo más largo. Sus patas estaban más desarrolladas; el dedo del lado externo tenía inclinación a salirse hacia afuera, en forma más pronunciada. Esta última característica no debió necesitar muchas generaciones para desarrollarse, pues la naturaleza pantanosa de la región interior de Navarino debió modificar rápidamente sus patas. Otras diferencias probaban que las dos variedades habían estado separados por el canal de Beagle, durante mucho tiempo. Había gran cantidad de zorros en ambas islas, y una variedad de mayor tamaño se encuentra en la isla de Hoste. En ninguna otra parte del archipiélago fueguino hay guanacos o zorros, tampoco se encuentran perros salvajes indígenas de esta región. Los indios tenían distintas crías de perros cazadores. A los onas les gustaba la carne de zorros cuando

era gorda; fué la única carne que compartí con ellos que nunca me gustó. Tampoco a los perros les agradaba. Si al alimentarlos con carne de guanaco o de carnero se agregaba un pedazo de carne de zorro, los perros inmediatamente la dejaban, o si por comer demasiado aprisa, la tragaban sin advertirlo, se esforzaban luego por vomitarla. Según me han dicho, no ocurre lo mismo con los perros de caza en Inglaterra, pero tal vez éstos no están acostumbrados a la buena carne de cordero, mucho menos a la de guanaco, que, dicho sea de paso, es preferida por los perros a la de cordero.

Abundan la nutria grande de río y otra más pequeña de mar, y ambas son muy apreciadas por su piel. En el género de los roedores hay dos variedades de *apen* (tucu-tucu), por lo menos otras dos de ratones y la enorme rata de agua conocida como coypu (*sayapie* en yagán). El coypu, que se encuentra en la isla Gordon y en toda la región este de la península Brecknock, en la tierra principal, no es carnívoro y es muy sabroso. En la isla de Chiloé, más allá de la costa de Chile, se lo cría en la actualidad por su piel, conocida como piel de nutria. El coypu es estrictamente monogámico, las hembras tienen ubres que les llegan casi hasta la mitad de sus flancos, son muy celosas y se pelean a muerte entre ellas.

En la Tierra del Fuego, en una extensión de novecientos kilómetros a la redonda, no hay víboras. Las más próximas están en el territorio del Chubut, en la Argentina. Pequeños lagartos hay sólo en la tierra ona, y no existen en ningún otro lugar de la isla principal. Y en la parte norte viven pequeñas ranas, que no miden más de dos centímetros y medio de largo.

La Tierra del Fuego es ciertamente rica por la profusión y diversidad de sus pájaros, de los cuales hay más de cien variedades: seis de patos, cinco de cercetas, cuatro de avutardas, tres de becadas, cuatro de colimbos, tres de pájaros carpinteros, cinco de buitres, siete de gavilanes, dos de águilas, siete de lechuzas, diez de gaviotas, cuatro de cuervos marinos (corvejones), tres de skuas, cinco de pingüinos, por lo menos dos de chorlos y dos de cisnes; de estos últimos, el más grande tiene la cabeza y el pescuezo negro azabache y el cuerpo y las alas de un blanco inmaculado. Además hay gran cantidad de pájaros del bosque, de la montaña y de la playa, tales como: becadas, ibis, flamencos (en la tierra ona), martínpescadores, papagayos, chorlos de pico corvo, ostreros, zorzales, gorriones, tordos, pechocolorados, fulmares, albatros, petreles, codornices, vencejos, golondrinas y abadejos. Menos comunes son el faisán, el cóndor y el colibrí. Casi todos son migratorios.

Algo que provocaba mi admiración una y otra vez, además de las maravillas de la naturaleza, mientras andaba por las montañas y los bosques de la Tierra del Fuego, era el conocimiento del bosque que tenían los indios onas.

En cierta ocasión estaba yo con Talimeoat, el cazador de corvejones, y su hijo Kaichin, el joven que había dejado atónito a su Excelencia el Gobernador de Ushuaia. Los tres estábamos tendidos en una pequeña colina llamada Awul; frente a nosotros se extendía un valle de muchas leguas de largo y de unos ochocientos metros de ancho, con un arroyito serpenteando en el medio. Gran parte del valle estaba cubierto de césped, pero aquí y allá sobresalían algunos grandes penachos de hierba gruesa y juncos. A lo lejos se erguían las colinas boscosas.

Como de costumbre, andábamos en busca de alimento y nuestros ojos observaban atentamente los numerosos grupos de árboles tras los cuales podían guarecerse guanacos. Fuera de unos pocos pájaros que volaban alto, la tierra parecía dormida. Después de un rato, Talimeoat se movió. Indicó una mata de juncos a medio kilómetro de distancia y ordenó a su hijo:

—Hay un nido de gansos entre esos juncos, ve a buscar los huevos.

Kaichin obedeció; al acercarse a los juncos, un ganso levantó vuelo y el muchacho regresó con una buena cantidad de huevos.

Dije a Talimeoat:

—¿Cómo supo usted que había un ganso entre esos juncos?

Con una sonrisa condescendiente, como si contestara a la inútil pregunta de un niño, respondió:

—Un buitre me lo dijo.

Y como yo insistiera, él replicó:

—A los *karkaãi* les gustan los huevos y vi uno de ellos que revoloteaba repetidas veces sobre los juncos, esperando que la hembra dejara el nido para poder acercarse y romper los huevos.

Esta vez los buitres fueron generosos. Siempre es agradable comer huevos, y aunque son mejores frescos, a medio empollar no son desdeñables; cuanto menos tengan de huevo tanto más tendrán de pájaro. Durante otra excursión, Talimeoat y yo estábamos sentados sobre una pequeña loma en la ladera norte de Tijnolsh, a medio kilómetro del río Ewan y a casi igual distancia del bosque achaparrado que corona el Tijnolsh, cuando una cerceta (*haskerrh*) de regular tamaño aleteó súbitamente sobre nuestras cabezas y se posó en el río junto a su pareja.

Mi compañero dijo:

—Oush ta pe ihlh? (Habrá huevos allí?)

Se incorporó, se encaminó directamente al lugar en que el pájaro había levantado vuelo. A la orilla del bosque, en el hueco de un árbol a dos metros escasos del suelo, encontró una nidada.

Las cercetas y otras variedades de patos tienen costumbres muy curiosas para anidar. Resulta incomprensible para mí cómo llevan a sus pequeños desde esas alturas, hasta el agua. Se encuentra a los pichones, aún muy pequeñitos, nadando con sus padres; nunca vuelven al nido una vez que lo han dejado.

En la Tierra del Fuego, en precipicios cubiertos de musgo, donde nunca da el sol y hay una humedad permanente debido a la neblina de las caídas de agua, crece una hermosa flor roja entre hojas verde oscuro. En una ocasión, en que yo trataba de alcanzar una de estas flores, observé, sobre una piedra situada poco más o menos a un metro más abajo, el nido abandonado de un pájaro. Justamente el mismo con cuyo nombre habían apodado al pequeño Yoiyolh, el curandero: *oklholh*, el pato de cascada (*wayanbij* en yagán). Sostenido fuertemente de los pies por uno de los indios, para no perder el equilibrio, examiné el lugar. Los restos de cáscaras de huevos indicaban que la familia había abandonado recientemente el hogar. Pero, ¿cómo?

Suponer que los patitos se hubieran arrojado de un acantilado de más de nueve metros a la corriente espumosa, donde se forman cascadas que se precipitan una tras otra entre las rocas en una caída de más de treinta metros, hubiera sido creer en un suicidio; sin embargo, ni una rata, ni un gato, ni siquiera un pájaro carpintero hubieran podido descender andando, pues justo debajo del nido terminaba el musgo, y la roca cortada a plomo, estaba mojada y como pulida. A unos cincuenta metros corriente arriba había un tranquilo y hondo remanso, debajo del cual nacían las cascadas, pero ningún animal en el mundo hubiera podido llegar andando desde el nido hasta allí. O la madre se había tomado el trabajo de empollarlos en ese ultraprotegido lugar para que inmediatamente después se enfrentaran con una muerte segura, o los había llevado hasta las aguas tranquilas por otros medios que sus débiles alas. Los indios afirman que ellas los transportan, y así debe ser, pero nunca lo he visto. Más de una vez los onas me han señalado un colimbo que enseñaba a sus pequeños a zambullirse. Dos o tres pichones están acostados sobre el lomo de la madre con los picos hundidos entre sus plumas, mientras ella se zambulle una y otra vez. Tal vez hagan lo mismo todos los pájaros zambullidores de otras regiones del mundo. Si es así, yo nunca le he oído mencionar.

2

Todos, alguna vez, al observar un gato al acecho de un pájaro hemos visto su codicia reflejada en cada uno de sus anhelantes movimientos y su evidente desilusión cuando al prepararse para dar el salto final, el pájaro vuela fuera de su alcance. Pues bien, en una ocasión tuve la suerte de ver a un muchacho ona transfigurarse en gato (si así puede decirse) y con la astucia y paciencia típicas del indio, resultar un temible adversario para el infortunado pájaro.

Yoshyolpe, que por la fuerza de la circunstancias era pariente cercano mío, por ser sobrino del "tío" Koiyot, tenía alrededor de catorce años de edad; heredaba su buena apariencia de la rama materna, norteña, pues los hombres de Najmishk no eran reputados por su belleza, y estoy seguro que su padre, el hermano de Koiyot, no había sido una excepción.

Un día en que salí con el muchacho vimos un buho de largas orejas posado a unos nueve metros del suelo sobre un árbol frondoso, fácil de escalar. No teníamos hambre y yo no quería desperdiciar una bala, pero Yoshyolpe se empeñó en cazar el pájaro, de modo que esperé para ver cómo se ingeniaría. En el extremo más delgado de una vara de unos dos metros de largo ató un trozo de tiento seco, fino y casi tan rígido como una cuerda de guitarra, con el que hizo una lazada de buen tamaño.

En tanto, yo quedé a una distancia de veinte metros, a la espera de los acontecimientos. Yoshyolpe se acercó al árbol. Al verlo, el buho pareció dispuesto a emprender el vuelo, pero luego cambió de idea. Despojado de su capa y mocasines, el muchacho empezó a trepar al árbol, acercándose a su presa con la misma cautela de un gato que se arrastrara hacia un gorrión. El buho lo miraba con asombro no exento de miedo, entonces, durante algunos minutos, el muchacho se quedaba completamente inmóvil. Luego, cuando el buho volvía a su expresión de aburrimiento y sus ojos se velaban, el gato humano avanzaba unos decímetros más, o quizás sólo unos centímetros, hasta que el buho miraba otra vez sorprendido y el cazador volvía a inmovilizarse.

Por fin estuvo el pájaro al alcance de la vara de Yoshyolpe. La llevó lentamente hasta ponerla por encima de la víctima, y luego, con la misma lentitud, aflojó el lazo. El buho no comprendía qué era ese pedazo de tiento que oscilaba arriba de su cabeza; le dió dos o tres fuertes picotazos, y al hallarlo inofensivo, pareció sumirse nuevamente

en sus propias reflexiones. Sin prisa, el muchacho deslizó el lazo por la cabeza del pájaro y con un tirón brusco apresó al buho, que quedó colgado en el extremo de la caña, agitando inútilmente sus fuertes alas.

Para atrapar gansos salvajes, los onas y los yaganes empleaban un método parecido al de Yoshyolpe. Elegían un lugar cerca del agua donde hubiera pasto tierno y bajo. Allí plantaban gran cantidad de estacas, próximas unas de otras, formando cercas en todas direcciones, con pequeñas entradas aquí y allá, junto a las cuales disponían lazos corredizos de tiento. No tardaban los gansos en suponer que estas cercas eran inofensivas, pero demasiado perezosos para saltarlas, pronto se acostumbraban a pasar por las entradas, donde de vez en cuando alguno quedaba sujeto por la cabeza o por una pata; sus compañeros, alarmados por los esfuerzos que hacía la víctima, levantaban vuelo, pero al no verse atacados por ningún lado, volvían junto al amigo en dificultades, solícitos y sorprendidos y así muchos de ellos caían en las otras trampas.

Gran número de gansos anidaban en la isla de Gable. En la época de la esquila, y después, se podían cazar pichones de gansos que aún no sabían volar. Esto obligaba a correr de firme, pues además de la extensa costa había que contar los ocho lagos de la isla; una vez que los pichones llegaban al agua era imposible atraparlos.

La mayoría de los pájaros salvajes, desde las ratonas hasta los gansos, cuando ven acercarse un gato o un zorro a su nido, fingen tener un ala rota y caídos en tierra tientan al enemigo para distraerlo de la caza de sus polluelos. Los perros siempre son engañados en esta forma pero el astuto zorro no hace caso de los padres y va directamente en busca de los pichones.

Como consecuencia de la difusión de la cría de ovejas y la consiguiente destrucción de los zorros, los gansos se han multiplicado en forma increíble en los últimos años en la Tierra del Fuego; en algunas chacras comen o echan a perder alrededor del veinte por ciento del pasto destinado a las ovejas. Cuando se juntan en otoño para migrar, lo que siempre parece ocurrir de noche, las bandadas son tan numerosas que el que no conoce la causa se alarma por el ruido que producen al emprender el vuelo. Vuelven a principios de primavera, los pájaros más viejos en parejas, y los nacidos el año anterior en bandadas, pues no encuentran su pareja hasta la segunda migración.

Creo que estas aves son monógamas, y fieles a su primer amor.

Cuando yo era muchacho y vivía en Cambaceres, los gansos eran escasos, y mucho más salvajes que ahora; había, sin embargo, una pareja feliz que solía alimentarse en un charco cercano a mi cabaña. Un día

disparé contra la hembra, y el macho escapó. Durante varios años después, un ganso solitario frecuentaba el lugar; parecía tan triste que me dió pena haberle muerto a su compañera.

3

Existe una comarca a lo largo de la orilla norte de la gran selva, de varias leguas de ancho, donde la mayor parte de los cerros están cubiertos de achaparradas *Nothofagus pumilio* hayas enanas de hojas caducas (*kicharrn* en ona). En otoño estos árboles tiñen sus hojas con los colores más vivos y variados, y en algunos suelen encontrarse todas las gamas concebibles de rojo y amarillo, mientras algunas ramas parecen esforzarse vanamente por conservar el color verde del verano. Estas hayas quedan sin hojas durante más de seis meses, de modo que el suelo se beneficia con la luz solar y se cubre de buen pasto. En ese lugar tienen sus madrigueras gran cantidad de tucu-tucus, animalitos a los que ya me he referido, muy parecidos a los cobayos, aunque del color de los ratones, de cola pequeña en relación con el tamaño del cuerpo y de vida absolutamente nocturna. La palabra tucu-tucu es onomatopéyica y traduce el ruido metálico que hacen estos animales debajo de la tierra, especialmente al caer de la tarde, parecido al redoble de un pequeño martillo, interrumpido por intervalos de un minuto, aproximadamente. Cavan cuevas bastante profundas, pero duermen cerca de la superficie. Esto es su perdición, porque las vacas y ovejas, a menos que las madrigueras estén protegidas por las raíces de fuertes arbustos o árboles, o debajo de las piedras, los pisotean y matan.

En estas selvas bajas hay innumerables claros cubiertos de agua que en invierno se hiela. Allí, en las noches de luna, los muchachos indios acechaban a los tucu-tucus, que cruzaban por el hielo en todas direcciones. Se divertían enormemente corriéndolos y dándoles caza con palos o flechas. De vez en cuando, un niño volvía trayendo su primera presa, con un orgullo que no podía disimular; sus padres examinaban el trofeo, lanzando exclamaciones de asombro por su gordura; el joven cazador se sentía cada vez más orgulloso y era cómico observar los esfuerzos que hacía por aparentar indiferencia.

Ciertamente el tucu-tucu introducía una agradable variación en la monótona minuta a base de carne de guanaco; pero sus huesos son tan finos y quebradizos que se debía masticar con cuidado para que las astillas no se clavaran en la lengua o en las encías.

En la parte norte de la isla, donde el suelo seco es más fácil de cavar, sólo los pantanos o los cerros rocosos se ven libres de esta plaga. La tierra estaba tan horadada que a caballo sólo se podía cruzar al paso. Creo que los tucu-tucus son exclusivamente vegetarianos y lo más probable es que se alimenten de raíces causando así la muerte de las plantas.

Los tucu-tucus no suelen internarse en los bosques, pero en la Tierra del Fuego algunos aventureros habían establecido pequeñas colonias aisladas en sitios propicios para cavar, rodeados por leguas de enmarañada selva.

Una mañana Shishkolh y yo, mientras cruzábamos un campo abierto de varios kilómetros de extensión, encontramos un montículo que nos indicó que un tucu-tucu había estado trabajando allí recientemente. Al examinarlo, Shishkolh comprobó que el inquilino no estaba en su casa; con un pedazo de alambre de púa que llevaba con ese fin, empezó a escarbar el suelo. A varios metros del agujero, casi en la superficie, encontró la madriguera. Sacó entonces su cuchillo y cortó alrededor un trecho de césped de poco más de treinta centímetros cuadrados. Esa tarde volvimos por la misma llanura, sin que yo advirtiera que estábamos siguiendo alguna huella. Había olvidado lo ocurrido esa mañana y me sorprendió la carrera inesperada de Shishkolh y el salto que dió para caer con ambos pies sobre el sitio que había marcado ese mismo día. Al apartarlos, apareció un enorme tucu-tucu malherido. Miré alrededor sin ver ningún matorral ni señal alguna que indicara el lugar dónde había cortado el césped. El árbol más cercano, que hubiera podido servir de punto de referencia, se encontraba a más de kilómetro y medio de distancia.

4

Al ocuparme de la aguda facultad de observación de los onas, deseo relatar —pues aún me estremezco de orgullo al pensar en ello— cómo una vez superé a uno de estos indígenas en lo que era su especialidad.

Mi compañero era también esta vez Shishkolh. Necesitábamos urgentemente carne en Najmishk, y decidimos salir a cazar guanacos en los bosques altos de Tamshk. Debido a las frecuentes cacerías, escaseaban los guanacos y los pocos que habían eran muy ariscos. Vimos varios ese día, pero parecían prevenidos y como al acecho. Como el día era sereno y el oído del guanaco es prodigiosamente sensible, el roce contra

los pastizales del otoño denunciaba nuestra presencia y yo eché a perder las pocas oportunidades que tuve para disparar un tiro.

Que un cazador empiece el día con una comida pesada, no es correcto ni entre gente civilizada, ni entre los onas; que le quite comida a un campamento hambriento ya sería un acto despreciable, algo así como aceptar la derrota antes de iniciar la lucha. La noche nos sorprendió, pues, tan hambrientos como es tradicional entre cazadores, pues no habíamos comido desde el amanecer más que unas raíces de diente de león y unos insulsos hongos de los árboles.

Era otoño, y hacía ya doce horas que caminábamos, cuando encendimos un mísero fuego, sin tener nada para cocinar. Shishkolh se dió por vencido y esta vez fué el inservible hombre blanco el encargado de buscar comida. Poco antes de detenernos para pasar la noche yo había notado una mancha verdosa en la corteza de un gran árbol hueco. Volví sobre mis pasos, golpeé el árbol y escuché atentamente. Desde su interior venía un suave murmullo que indicaba la presencia de pichones de *kerrhprrh* (papagayos). Estos pichones son ya crecidos cuando empiezan a volar. Sus padres les llevan la comida, según creo, en el buche.

El agujero por donde los padres entraban y salían era muy pequeño y difícil de alcanzar, pero con un palo largo al que afilamos como una lanza, conseguimos extraer ocho pájaros casi adultos, que trataban en vano de defenderse. Me imagino que un miembro de la Sociedad Protectora de Animales habría protestado por ese cruel proceder y en consecuencia se hubiese negado a participar en nuestra comida.

Los pájaros estaban deliciosos; comimos seis y reservamos los otros dos para la mañana siguiente. Así fortalecidos, y auxiliados por una fresca brisa del oeste que facilitó el acecho, pudimos volver a Najmishk la noche siguiente con una buena carga de carne. Luego, entre risas, Shishkolh hizo el relato de la caza de los papagayos, otorgándome generosamente todo el mérito de la suculenta comida, mientras yo me limitaba a escuchar, con imperturbable modestia.

CAPÍTULO XLV

MEJORAS EN NAJMISHK. VIAJO A BUENOS AIRES Y TRATO DE ESTABLECER NUESTROS DERECHOS SOBRE LA TIERRA. CONOZCO AL SEÑOR RONALDO TIDBLOM Y CUENTO CON UN NUEVO AMIGO. EL AGRIMENSOR DEL GOBIERNO ADMITE SU FRACASO Y YO CONTINÚO SU OBRA. ALENTADO POR EL ÉXITO, ACEPTO OTRA TAREA DE AGRIMENSOR, CON LA CUAL SÓLO GANO EXPERIENCIA ACERCA DE LA CONDUCTA DE LOS JÓVENES ELEGANTES DE LA CIUDAD. EL PADRE JUAN ZENONI VISITA A VIAMONTE Y BAUTIZA A LOS NIÑOS ONAS.

I

GRANDES cambios se habían producido en Najmishk desde que yo me había instalado allí cinco años atrás. Ya no nos contentábamos con vivir de carne de guanaco, sólo ocasionalmente sustituída por la de yegua. Con la tierra cercada y los arroyos atravesados por puentes, la estancia Viamonte poseía ahora de doce a quince mil ovejas, y mantenía permanentemente ocupados a no menos de treinta onas. A veces teníamos hasta sesenta de ellos trabajando como cuidadores de ovejas, esquiladores o constructores de cercos, y todos recibían, cuando desempeñaban tareas contratadas, los mismos sueldos individuales que los blancos.

Las mejoras de la edificación habían sido lentas, debido a la escasez de material. Las hayas enanas era en esa costa tan achaparradas, nudosas e imperfectas, que ni siquiera servían para construir una choza de troncos, y como desde el comienzo debí realizar las mayores economías para demostrar al resto de la familia que no era mal administrador, me abstuve de gastar en el transporte de madera y hube de contentarme, durante los dos primeros años, con la choza primitiva. Al cabo de ese plazo, construimos otra, algo más grande, y sólo tres años después me sentí con derecho a invertir dinero en madera y chapas de cinc para un tercero y más importante edificio; el material fué traído por barco desde Harberton a Río Grande y la construcción se confió a Darío Pereira, quien vino desde Harberton con ese propósito. Los lectores recordarán al menudo carpintero español que había cobijado a Toerati, el muchacho ona, cuando éste logró escapar de la matanza en que perdieron la vida los dos hermanos que le quedaban. La cara de Pereira,

salvo los ojos pequeños y oscuros y la punta de la nariz, era una sola maraña de barba, bigote y cejas, que le daba un aspecto fiero, desmentido por la bondad de su carácter. Era un esforzado trabajador y realizó una obra excelente; la nueva morada avergonzó a sus dos humildes vecinas, y fué considerada en la región como la última palabra en cuanto a lujo y comodidad. Tenía seis metros de largo por tres metros sesenta de ancho y estaba dividida en dos cuartos; uno servía como almacén y depósito y el otro como cocina, cuarto de estar y dormitorio. Nos vanagloriábamos de tener piso de madera, cocina de hierro, mesa y bancos, dos literas superpuestas y ventana de vidrio.

Nicholas Buscovic, el yugoslavo, ya no estaba conmigo. Cansado de este país poblado sólo por hombres, se había alejado con la intención de construir una casa cerca de Río Grande y hacer venir desde Punta Arenas unas cuantas mujeres jóvenes que lo ayudasen en la venta de bebidas y otras delicias de la civilización. Cuando Darío Pereira hubo terminado su construcción ocupó el lugar de Buscovic, hasta que poco tiempo después fué reemplazado por Zapata, un ganadero argentino, de origen mestizo.

A pesar de que todo lo concerniente a la granja y al ganado andaba bien, nuestra posición no era muy segura. Se había obtenido la transferencia legal de la propiedad de Harberton y nos habían otorgado documentos de identidad como ciudadanos argentinos por nacimiento, pero nuestros derechos sobre la nueva tierra en Najmishk, estaban aún en suspenso. Trabajar la tierra virgen, trazar caminos entre matorrales, tender puentes sobre arroyos y pantanos, cercar potreros y construir casas, sabiendo que en cualquier momento uno podría ser expulsado, sin recibir ninguna recompensa, resultaba en verdad tarea muy ingrata. En invierno, cuando disminuía el trabajo, hice varios viajes a Buenos Aires, pero no conseguí adelantar nada en beneficio de nuestros intereses. Pasé días haciendo antesalas sin que nada recompensara mi paciencia; sólo inútiles entrevistas con los secretarios de los funcionarios públicos, cuya única misión parece ser la de impedir la entrada a visitantes como yo.

Tuve al fin la suerte de ser presentado al señor Rolando Tidblom, hombre de negocios y agente de tierras. De cara grande, expresión enérgica y pesada figura, la primera vez que lo vi, si hubiera podido eclipsarme con alguna excusa, de buen grado lo hubiera hecho, pues esta excelente persona era tan bizca, que resultaba difícil mirarla de frente. Que nadie me diga que debe uno fiarse de las primeras impresiones, porque no estaré de acuerdo. Pronto llegué a sentir un fraternal cariño por este nuevo amigo, sentimiento que nunca disminuyó desde aquel

día en Buenos Aires, en que fijando mi vista en cualquier otra cosa excepto lo que tenía enfrente, resolví atacar de lleno el asunto de los negocios.

Acababa de ser promulgada una ley que prohibía la venta a particulares o a compañías, de lotes de tierra cuya superficie excediera de cuatro leguas. En realidad era como cerrar la puerta de la cuadra después que el caballo había sido robado, puesto que vastas extensiones de la mejor tierra, ubicadas en los lugares más accesibles, habían sido ya vendidas a numerosos particulares y compañías. Además de la compra se nos permitía adquirir cuatro leguas cuadradas más, en base a un arrendamiento.

Por medio del eficiente señor Tidblom, que actuaba como nuestro representante, mis hermanos y yo deseábamos adquirir un solo lote, lo más extenso que fuera posible. Tidblom y Percy Reynolds también llenaron solicitudes. Percy, casado con mi hermana Berta, había comprado una granja en el Paraguay, pero ambos deseaban volver a la Tierra del Fuego, pues el clima del Paraguay les resultaba intolerable. Si el gobierno accedía a nuestro pedido, obtendríamos ocho leguas cuadradas, poco más o menos veinte mil hectáreas cada uno. Durante los cinco primeros años, seríamos arrendatarios, pero al finalizar ese plazo, tendríamos derecho a comprar cuatro leguas cuadradas cada uno, siempre que llenáramos ciertas condiciones muy razonables. El resto seguiría arrendado.

Antes de que el gobierno pudiera prometer nada sobre la tierra, ésta debía ser mensurada. Después de muchas dilaciones, que me dieron tiempo para volver a la Tierra del Fuego, un agrimensor acreditado fué enviado desde Buenos Aires. El gobierno cargaría los gastos de la mensura a la cuenta del futuro comprador de la tierra, fuera quien fuere.

Fuí a Río Grande con una tropilla de caballos, para esperar al agrimensor, herr Carlos Sewart, un anciano alemán que había hecho la guerra franco-prusiana. Llegó a Río Grande con un catre, una tienda de campaña, dos teodolitos y tal cantidad de otras prendas y objetos, que parecía el bagaje de un ejército. Conseguí transportar a este anciano y a su cuantioso equipaje hasta Najminshk.

Después de trabajar con él algunos días, comprobé que el alemán estaba demasiado enfermo para poder concluir la tarea que había emprendido. Cuando por segunda vez rodó con su caballo en los pantanos, se descorazonó completamente. Trémulo de ira y sofocado por las lágrimas, dijo que era imposible trabajar en aquel horrible país y decidió regresar a Buenos Aires.

Mi chifladura ha sido siempre la aritmética. Alrededor de mis ocasionales campamentos en los bosques quedaba siempre gran número de astillas de leña cubiertas de jeroglíficos, que hubieran confundido a un matemático y desanimado a un egiptólogo. Desesperado ante la perspectiva de nuevas demoras, propuse a Sewart hacer la mensura por él, siempre que me explicara los misterios de su libro de logaritmos.

Me contestó que eso era imposible, que el trabajo exigía estudios universitarios para resolver los intrincados problemas. A pesar de todo insistí, y no queriendo cargar todo el verano con el anciano y su equipaje, que incluía damajuanas de vino para un país donde el agua era tan abundante, exageré las dificultades que nos esperaban en la travesía de bosques y pantanos y se las comparé con las ventajas de la vida tranquila que podía llevar en su tienda de campaña, al reparo de las verdes colinas de Najmishk, en compañía del fiel Kaichin, hijo de Talimeoat, que le proponía como servidor, y de una damajuana de vino que me comprometía a mantener siempre llena. Desde allí podría vigilar mi trabajo en todos sus detalles y trazar los hermosos mapas, en cuya confección era experto.

Protestó al principio, pero al fin cedió. Al día siguiente salía yo armado con uno de sus preciosos teodolitos y una libreta; me proponía medir, como ensayo, dos leguas cuadradas. Era imposible tirar líneas rectas a causa de los lagos y otros obstáculos semejantes, que debía contornear para seguir la línea desde la otra orilla. Después de tres o cuatro días volví con mi informe. Herr Sewart, al medir a lo largo de la costa, sacó en conclusión que yo sólo me había equivocado en trece metros en total y que podía dejarme con toda confianza continuar el trabajo.

Pasé un verano muy interesante, vagando por la región con una banda de jóvenes onas solteros, que resultaron los mejores compañeros imaginables. Nuestro trabajo nunca fué monótono pues lo alternábamos con cacerías. Por las tardes, siempre que yo no estuviera en la resolución de problemas relacionados con las mensuras del día, nos entreteníamos luchando. De noche, alrededor del fuego, las fantásticas y fascinadoras leyendas onas o la chismografía local de algún visitante conversador alternaban con aquellas anécdotas inglesas, que yo consideraba más adecuadas a la mentalidad de mis oyentes.

Estábamos al comienzo de la primavera y durante algún tiempo tuvimos abundancia de huevos, gansos, cisnes y patos. El sol y los fuertes vientos secos nos despellejaron las narices, aunque los muchachos onas atribuyeron el accidente a la dieta de huevos de pájaros sil-

vestres, que daba al cutis la apariencia de la película que se encuentra debajo de la cáscara de aquellos.

La mensura llevó cuatro meses. Una vez terminada, pude probar, con gran satisfacción de Sewart, que contenía graves errores una mensura anterior que debía servir de base a nuestro trabajo; con estas pruebas en la mano, Sewart llegó triunfante a Buenos Aires, anotándose un tanto a su favor. Antes de partir, recorrió a caballo el terreno para estar en condiciones de informar, y me obsequió con el más gastado de sus dos teodolitos y el precioso libro de logaritmos.

Los gastos de esa mensura recayeron sobre nosotros. Dos o tres años después tuvimos que volver a pagarlos cuando el gobierno nos cobró lo que había liquidado a Sewart, arriba de dieciséis mil pesos.

Después de la partida de herr Sewart y sin tener todavía ninguna escritura de la tierra, ni ningún derecho reconocido sobre ella, pensamos que a pesar de todo no debía quedar desocupada, así es que trajimos, aproximadamente, cuatro mil ovejas de cría de Harberton, ya que nuestro primer ensayo había sido todo un éxito. De este modo, pronto estuvimos en condiciones de conducir, en dirección opuesta, mil capones para vender en Ushuaia.

Además del placer de un prolongado picnic con los onas y la satisfacción de haber hecho un buen trabajo, ese verano me trajo otros provechos; armado con el teodolito y el libro de logaritmos, me sentía ahora un experto agrimensor, y buscaba a mi alrededor nuevos campos para mis actividades.

La familia Lawrence, como se recordará, había obtenido cuatro leguas cuadradas o sea diez mil hectáreas de tierra en Punta Remolino, mitad de camino entre Harberton y Ushuaia. Ellos se encontraban en la misma situación nuestra; la escrituración fué diferida porque el inspector enviado por el gobierno no pudo siquiera llegar a las tierras.

Aproveché la ocasión de matar dos pájaros de un tiro, dar rienda suelta a mi pasión de vagar entre las montañas y prestar un servicio a nuestros viejos amigos. La región era verdaderamente escabrosa, y a pesar de que yo y mis compañeros onas no pudimos hacer un trabajo perfecto, el informe presentado por el inspector fué aceptado por el Ministerio de Tierras de Buenos Aires y finalmente se consiguió escriturar.

Al poco tiempo, se me presentó una oportunidad que me hizo pensar que al fin podría ganar algún dinero en ese trabajo que tanto me gustaba. Convine con un agrimensor de Buenos Aires, a quien el ministerio había encomendado la medición y amojonamiento de unas

tierras, que yo haría el trabajo por él y que iríamos a medias en las ganancias.

Se trataba de una extensión de cuatro leguas en Moat Bay, que debía subdividirse en dos lotes de igual superficie, tomando como punto de referencia un mojón situado a muchas leguas de distancia, cuya ubicación era conocida con toda exactitud por el gobierno.

El trabajo debió hacerse a pie, porque excepto a lo largo de la costa, era imposible andar a caballo. El tiempo era frío y tormentoso, los bosques estaban húmedos y los ríos crecidos, pero con cuatro onas jóvenes concluimos nuestro trabajo en una quincena; envié inmediatamente el informe a mi amigo de Buenos Aires. Él guardó todo el dinero para sí.

Yo había pagado bien a mis ayudantes por la ardua tarea, de modo que fuí a pura pérdida. Resolví abstenerme, en lo sucesivo, de celebrar convenios con jóvenes elegantes de la capital.

2

Mi costumbre de pagar en dinero, siempre que podía, a los indígenas fué criticada por el padre Juan Zenoni, de la Misión Salesiana, establecida al norte de Río Grande. Según él, yo provocaba el descontento entre los indios de la Misión y permitía a los míos adquirir bebidas alcohólicas. No diré que el vicio de la bebida fuese desconocido, pero sí que hasta 1916 era excepcional entre aquellos a quienes considerábamos nuestra gente, una población de más de doscientos individuos. En verdad nunca, en mi vida, vi a ninguno de ellos verdaderamente borracho.

En 1907 recibí en Viamonte la visita de este mismo padre Juan Zenoni. Era un italiano de tez blanca, de edad mediana, delgado y de estatura regular, un hombre alegre y bondadoso que sentía verdadero afecto por los indios y deseaba realmente hacerles el bien. Lo acompañaba un hermano lego llamado Dalmazzo, algo mayor que él, de ojos grises y pelo castaño grisáceo. Labriego, jardinero, rústico carpintero, digamos mejor un "carnicero de la madera", para todo siempre dispuesto y en todo infatigable. En realidad, era un esclavo que se esforzaba por servir a la Iglesia, y de paso ayudar lo más posible a su superior.

Al ver reunidos en Viamonte a unos ciento veinte onas y gran número de niños, el padre Juan con mucho tacto me dijo:

—Me gustaría mucho bautizar a esos pequeños y hacerlos cristianos, si usted y los indígenas no tienen inconveniente.

—A mí también me gustaría hacerlos cristianos —contesté—, y no creo que el bautismo pueda hacerles daño.

A petición del sacerdote, expliqué a los indios, como pude, lo que él se proponía hacer, y les aseguré que era cosa buena. En aquella época, mi conocimiento del idioma ona, aunque suficiente para las necesidades de comunicación de la vida corriente, no era completo; pero aunque lo hubiera dominado perfectamente, no habría podido hacerles comprender el significado que para nosotros tiene el bautismo.

—Nosotros los blancos —dije a los que me escuchaban—, cuando niños, hemos pasado por la misma ceremonia. Su objeto principal es ayudar a nuestro espíritu, el día que muramos, a llegar a una tierra privilegiada, pero esto sólo puede alcanzarse si, después de la ceremonia propuesta por el sacerdote, hacemos todo lo posible por llevar una buena vida.

La explicación era imperfecta e incompleta, pero más no me hubieran entendido. Algunos de los indios habían visitado la Misión de Río Grande y conocían al padre Juan. Por lo menos uno, Ishton, había sido bautizado (con el nombre de Felipe) y había sobrevivido; así es que los indios trajeron a sus pequeños para que fueran bautizados.

El padre Juan había traído todo lo necesario para su atavío, en un caballo de carga, y siguiendo mi consejo, instaló su tienda en el extremo de un claro en el bosque, de unas veinte áreas de extensión y cubierto de hierba. Era un sitio ideal, rodeado por frondosa vegetación de arbustos de grosellas salvajes y hayas antárticas. No se podía haber encontrado un lugar más apropiado para una congregación, ya fuera católica, protestante, mahometana, budista o parsi.

Esa tierra virgen, libre aún de la destructora acción del hombre, el cielo azul con pasajeras nubes blancas, el solemne sacerdote vestido de negro y aquella extraña muchedumbre de individuos pintados y cubiertos con pieles, oyendo y mirando ansiosamente, incapaces de distinguir entre religión y magia, todo ello formaba un cuadro imponente.

En ese tiempo, el sacerdote sólo había aprendido unas pocas palabras onas, de modo que durante toda la ceremonia se expresó en latín, incomprensible tanto para mí como para los indios. Dalmazzo, con la expresión de éxtasis y los solemnes ademanes que correspondían a tan sagrada ceremonia, daba las respuestas adecuadas. Creo que fué padrino de muchos niños, algunos recién nacidos.

El padre Juan quedó encantado con el éxito de su visita, que después repitió de tiempo en tiempo.

CAPÍTULO XLVI

EL NAUFRAGIO DEL "GLEN CAIRN". HALIMINK SALVA LA VIDA A LA TRIPULACIÓN Y QUIERE SECUESTRAR A UNA DAMA PARA MÍ. RECIBO A NUMEROSOS HUÉSPEDES EN VIAMONTE. UN RECUERDO DEL PARAGUAY. EL CAPITÁN NICHOL DESAFÍA A BEBER A MCINCH. EL RESTO DE LA TRIPULACIÓN DEL BARCO ZARPA PARA INGLATERRA, PERO EL CAMARERO Y SU ESPOSA SE QUEDAN. LOS LLEVO A HARBERTON. INTERESANTE CONSECUENCIA DE UNA AUDICIÓN DE LA B. B. C.

I

HACIA el final del mes de julio del año 1907 recibí visitantes inesperados en mi refugio de la tierra de los onas. Durante casi quince días sopló un fuerte viento nordeste acompañado de lluvias, y aunque por fin amainó, el Atlántico siguió muy agitado y persistieron la niebla y la lluvia.

Estas alternativas atmosféricas, en pleno invierno son estimadas como una bendición por el criador de ovejas, porque, al derretirse el hielo y la nieve, los hambrientos animales pueden llegar hasta el pasto, tanto tiempo sepultado; pero no dejan de ser muy desagradables.

Una tarde, en Viamonte, poco después de mediodía, los desesperados ladridos de los perros nos anunciaron la proximidad de extraños. De repente surgió de entre la niebla la alta figura envuelta en pieles de nuestro amigo Chalshoat. Lo seguían dos andrajosos hombres blancos, uno de ellos de extraordinaria estampa. De más de un metro ochenta de altura y mandíbula cuadrada, parecía fuerte como un roble. Su mirada resuelta me produjo la impresión de que, a pesar de hallarse fatigado y empapado, distaba mucho de estar exhausto, como su compañero.

Adiviné en seguida que se trataba de marinos náufragos, y el apretón de las manos callosas de este hombre fuerte me demostró que, aun en el caso de que fuera un oficial, debía estar acostumbrado a manejar las rugosas sogas de un barco de vela. Su acento revelaba ascendencia irlandesa; según supe después, provenía de la bahía Donegal, costa escabrosa donde se crían fuertes marinos. Sacó a relucir papeles que demostraban que era segundo piloto de un gran barco, el *Glen Cairn*. Si la memoria no me es infiel, su nombre era Nielson.

Me dijo que el *Glen Cairn* había perdido la ruta debido al prolongado mal tiempo, y fué a estrellarse contra un escollo cerca de la ensenada Policarpo, al oeste del cabo San Diego. El navío pudo zafar de las rocas, pero hacía mucha agua. El capitán, con la costa a la vista, tomó rumbo noroeste, hasta que fondeó cerca del cabo San Pablo. Botaron tres de los botes, pero uno zozobró y dos marineros se ahogaron. Los demás, veintitrés hombres, dos mujeres y el hijito del capitán, de quince meses, desembarcaron con toda felicidad y fueron atendidos por un grupo de onas dirigido por nuestro viejo amigo Halimink.

Por boca del capitán supe después que la feliz maniobra del desembarco se debió en gran parte al valor y a la decisión del segundo oficial.

El compañero de Nielson estaba en tan malas condiciones, que hubiera debido internarse en un hospital; Nielson mismo tenía los pies llagados debido a la penosa marcha; ambos se mostraron muy contentos de poder mudarse con ropas secas, comer algo y echarse a dormir en nuestras literas.

De inmediato resolví escribir a Punta Arenas pidiendo un barco de socorro para recoger a los náufragos. Confié este mensaje a un ona para que lo llevara a McInch en Río Grande, el cual lo haría llegar al establecimiento chileno en Porvenir, y de allí, a través del estrecho de Magallanes, a Punta Arenas. Si todo andaba bien, el barco de auxilio podía llegar a Río Grande en unos diez días.

Chalshoat, por motivos que sólo él conocía, había venido desde el cabo de San Pablo por una ruta tan caprichosa que el viaje había durado tres días; el piloto temía que el capitán, creyendo que les hubiera sucedido algo, intentara llegar por tierra, pues la marea había destrozado los botes poco después del desembarco en la misión Anglicana de Ushuaia, como aconsejaban, con razón en su tiempo, los viejos anuarios del Atlántico y Pacífico Sur a los marinos náufragos.

Yo sabía que muy pocos de esos hombres, mal equipados como estaban y en el rigor del invierno, sobrevivirían a semejante viaje. Resolví, pues, ir rápidamente en su ayuda, pero debido a la niebla tardamos mucho tiempo en encontrar nuestros caballos, y obscurecía ya, cuando con tres onas jóvenes, una tropilla de caballos mansos y todas las sillas de montar que pude reunir, estuve listo para marchar.

A pesar de que llovía a torrentes y la noche se tornaba lóbrega, el infatigable segundo piloto, despertado por nuestros preparativos, quiso acompañar a la expedición de socorro. ¡Qué hombre! Nos costó convencerlo de que debía quedarse.

Al principio, la marcha por la playa nos resultó fácil, pero a poco, a causa de los peñascos, debimos internarnos en las espesas y anegadas selvas, y allí el avance fué más lento. Atravesamos el valle donde San Martín y sus compañeros encontraron la muerte, doce años atrás, a manos de Capelo y su banda, que incluía a Chalshoat, Halimink y otros indios que ahora estaban ayudando a los náufragos del *Glein Cairn*. Al cruzar un arroyo profundo, uno de nuestros caballos se hundió en el hielo y nos costó mucho trabajo sacarlo. Al alba cesó la lluvia, y al salir el sol llegamos al campamento de los náufragos, que nos recibieron con demostraciones de alegría.

El capitán Nichol, aunque ya había dejado atrás la juventud, era todavía un hombre vigoroso, de expresión enérgica y anchas espaldas; debía pesar por lo menos ciento quince kilos. Su esposa era una preciosa mujercita de Escocia. La otra dama del grupo era la señora de Perry, esposa del camarero de a bordo.

Luego que hubimos cambiado los primeros saludos y decidido regresar a Najmishk a la mañana siguiente, el capitán Nichol me contó su historia.

Después de abandonar el *Glen Cairn*, en los dos botes habían seguido la costa en dirección noroeste, avistando a ratos, a través de la niebla, los peñascos y las colinas boscosas de la orilla. Pero igual hubiera sido estar en medio del océano, porque los formidables rompientes, a todo lo largo de la playa, hacían imposible el desembarco. En esa costa los peñascos avanzan en el agua, de modo que en muchos sitios el mar rompe como a una milla de los acantilados.

Al fin les llamó la atención un paraje donde no había rompientes y el agua parecía ser más profunda; pero es dudoso que se hubieran atrevido a acercarse a no ser por una columna de humo que divisaron en la orilla y que, muy acertadamente, interpretaron como una señal.

El capitán, que conocía la habilidad de su segundo piloto, le confió el timón de su bote. El otro estaba a cargo del primer piloto.

Durante algunos momentos de tensa expectativa los dos botes estuvieron en grave peligro de zozobrar, hasta que alcanzaron un remanso y pudieron llegar hasta donde Halimink los esperaba, junto al fuego que había encendido; había tenido la feliz ocurrencia de vestirse con ropas de hombre civilizado, a fin de no asustar a los visitantes con sus capas de piel de guanaco, y cuando los botes tocaron fondo, se metió en el agua para ir a su encuentro y llevó en sus brazos al niñito de Nichol hasta la orilla, sonriéndole y haciéndole gestos amistosos todo el tiempo.

Cuando todos hubieron desembarcado con las pocas cosas que habían

podido salvar, aparecieron los demás indios, que Halimink había mantenido ocultos detrás de las rocas y los árboles, temiendo que alarmaran a los náufragos y éstos desistiesen de acercarse a la orilla.

Muchos cuentos espeluznantes sobre el canibalismo de los fueguinos —relatados por algunos mal llamados "exploradores", que en el deseo de aparecer como héroes de aventuras sensacionales, no se preocupaban de ser veraces— habían llegado a oídos de la señora de Nichol; al ver aumentar el número de sus acompañantes y observar su siniestro aspecto, se alarmó sobremanera por la suerte de su tierno hijito. Sin embargo, no tardó en tranquilizarse ante la simpática actitud de Halimink, que trataba de demostrar con toda clase de pantomimas sus amistosas intenciones.

Algunos de los onas ya habían aprendido algo de español (Halimink, entre ellos), pero ninguno sabía inglés, y como sus huéspedes no conocían ni el español ni el ona, los dos grupos no pudieron conversar entre ellos.

El "elocuente lenguaje de los signos" no siempre se interpreta correctamente y ha dado origen a muchas historias fantásticas. Halimink había insistido en trazar unos curiosos jeroglíficos en la libreta del capitán Nichol, devolviéndosela luego con ademanes que el capitán había interpretado como indicaciones para que firmara bajo los garabatos de Halimink. Éste, en realidad, no trataba de coleccionar autógrafos, ni intentaba estafar al capitán haciéndole firmar un pagaré, sólo quería pedirle que me escribiese una carta donde me diera detalles del naufragio, carta que pensaba enviarme con un veloz mensajero.

El desconfiado capitán no había captado su intención, y rehusó toda participación en el asunto, de modo que Halimink tuvo que tomar otras medidas. El segundo piloto, cuyas energías no habían decaído, se ofreció para ir en busca de ayuda con un guía indio, y partió en efecto, con Chalshoat, llevando con él a un marinero.

El capitán me aseguró que su feliz desembarco se debía únicamente a la señal de humo hecha por Halimink. Al atraerlos hacia el único lugar de la costa donde se podía desembarcar, y tomarlos luego bajo su protección, Halimink, indudablemente, les había salvado la vida; esta buena acción realizada sin pensar en recompensa alguna, borró, para mi estimación, las oscuras manchas de su dudoso pasado.

2

Cuando la señora de Nichol supo que después de atravesar con su marido y su hijo tales angustias y peligros, tenía ahora abierto y fácil el camino, desde los refugios de Halimink, en la desolada selva fueguina, hasta su querida patria escocesa, se sintió sumamente agradecida a esos pintarrajeados nativos, y cuando se enteró de que nos preparábamos para partir lo más temprano posible a la mañana siguiente, su semblante irradió felicidad.

Me pareció que Halimink estaba preocupado. En efecto, aprovechó la primera oportunidad favorable para llevarme aparte y comunicarme algo importante:

—La mujer blanca es joven —me dijo— y es muy amable con nosotros los indios. Además, tiene buen carácter y siempre sonríe. Ayude usted a los hombres para que puedan volver a su país; yo, mientras, secuestraré a la mujer y la tendré en los bosques hasta que usted vuelva. ¿Por qué habría usted de vivir solo?

Mis acciones hubieran subido mucho ante los ojos de este buen muchacho si yo hubiera sido lo bastante audaz para aceptar un plan tan tentador. Sin embargo, y no sin lamentarlo, rehusé.

A la mañana siguiente, los huéspedes, después de despedirse de sus nuevos amigos onas, hicieron resonar los tranquilos bosques dando tres calurosos hurras en su honor. La señora Nichol, la señora Perry y algunos de los hombres recorrieron a caballo, al paso, la mayor parte del camino hasta Najmishk. Yo me encargué del niño. Durante los primeros quince kilómetros el capitán Nichol se negó a aceptar cabalgadura, a fin de que pudieran utilizarla, por turno, los marineros de más edad. Solamente unos diez kilómetros antes de llegar a Najmishk, cuando nos encontramos con un ona que traía dos o tres caballos ensillados, consintió este bravo lobo de mar montar en uno.

Un kilómetro y medio más lejos y antes de que se pusiera el sol, la comitiva cruzó el río Ewan y transpuso los acantilados justo al norte de su desembocadura.

No había posibilidad de que se perdiesen ahora, de modo que yo me adelanté a caballo.

La marea estaba baja y por la playa de arena dura se caminaba bien. Les indiqué pues, que siguieran por la costa hasta encontrar una gran fogata, donde alguien estaría esperándolos para mostrarles

el camino a nuestra "mansión". Salí entonces al galope con la intención de encargar a Zapata que preparara un buen estofado de carnero con arroz en nuestras dos ollas de latón, además de dos o tres corderos al asador; pero un indio le había anunciado ya nuestra llegada, y al desmontar encontré a Zapata ocupado en los preparativos.

Cuando la comitiva llegó hasta el fuego encendido en la playa, Nielson, el fornido segundo piloto, estaba allí con unos cuantos indios para darle la bienvenida. Algunos de los náufragos venían tan cansados que hubo que ayudarlos a subir la colina hasta llegar a Viamonte. Dimos a las dos mujeres y al niño el cuarto de estar; otros durmieron en la despensa. Nuestro pequeño curandero Yoiyolh, que se había ganado el mote de "Pato de cascada", se había construído una extraordinaria choza; por sugestión mía la desocupó para dar acomodo a los demás tripulantes.

Pasamos dos o tres días muy felices en Najmishk antes de seguir nuestro viaje a Río Grande. Por la noche, en vez de amontonarnos en la choza de Yoiyolh, nos reuníamos alrededor de grandes fogatas en el bosque y allí los comunicativos marineros alternaban con los silenciosos indios. La contagiosa alegría de la animada tripulación había hecho perder a los indios su habitual expresión sombría.

A menudo los marineros cantaban y un grumete tocaba muy buena música en una armónica que había salvado del naufragio.

Después de haber pasado tantos meses escuchando los cánticos nocturnos de los curanderos o los gemidos de alguna mujer abandonada, las canciones de los marineros y la armónica del grumete me sonaban como música celestial.

No puedo titularme músico; sin embargo, hubo cuatro ocasiones en que la música me quedó grabada profundamente en la memoria. Una de ellas fué en el Paraguay, donde me hallaba de viaje con mi cuñado, Percy Reynolds, y un guía guaraní. Ibamos a caballo por el bosque, siguiendo un sendero poco transitado, en una mañana particularmente calurosa. Por la tarde se desencadenó una tormenta de truenos a la que siguió una lluvia que duró como veinticuatro horas. La huella empeoró y pronto estuvimos empapados. Pasamos por dos o tres cobertizos, pero nuestro guía se empeñó, quién sabe por qué razones, en llevarnos a un lugar que él conocía, para pasar la noche. Tardamos mucho y estaba ya oscuro cuando llegamos y al darnos cuenta de lo que se trataba, Percy y yo lamentamos no habernos detenido unas horas antes. Era un rancho de techo de paja, sostenido por tres paredes de adobe, sin puertas y piso de barro. Estaban ya refugiadas allí por lo menos veinte personas.

El guía llamó a un conocido y, por mera fórmula, pidió permiso para desmontar y pasar la noche. Como es habitual, se accedió generosamente a nuestra demanda, y nos sumamos a la reunión. Estaban todos aquellos hombres envueltos en sus ponchos empapados, de pie o sentados en troncos y cabezas de vacas, delante de un fuego casi apagado, y nadie parecía tener energía suficiente para cortar leña y avivarlo.

Entre ellos había tres presos, y otros tantos guardias custodiándolos. Los seis parecían muy amigos y a no ser por las esposas, no hubiera sido posible distinguirlos.

Uno tenía una guitarra, cuyas cuerdas de alguna manera había conseguido mantener secas. Respondiendo al pedido de sus amigos la templó y comenzó a tocar.

Salvo las mortecinas brasas y las puntas encendidas de los gruesos cigarros hechos a mano, la obscuridad era completa. El guitarrero rasgueaba unas cuantas notas y cantaba luego una estrofa, terminando siempre con un lamento que era casi un aullido. Yo no entendía una palabra de guaraní, pero la melodía se adaptaba perfectamente a las circunstancias y al ambiente.

Esa quejumbrosa melodía es el primero de mis cuatro recuerdos. El segundo es el de aquellas noches en Najmishk, en que los marineros coreaban sus canciones y el grumete tocaba su armónica con los onas acurrucados en torno. El tercero trae a mis oídos las notas del Romance de Sibelius desgranándose en una pradera inglesa desde el salón en que lo ejecutaba al piano la joven que sería mi esposa. El último evoca una larga fila de soldados recortándose sobre el cielo de la tarde; aún oigo el "Tipperary" que cantaban mientras marchaban hacia el frente. La música que escuché en aquellas ocasiones ha quedado indeleblemente impresa en mi mente, como no ha sucedido con la voz maravillosa de Caruso ni con las de otros grandes cantantes.

3

Perry, el camarero del *Glen Cairn*, y su esposa, deseaban vivamente quedarse en Tierra del Fuego; así me lo dijeron añadiendo que no tenían motivo alguno para volver a su patria, excepto el de buscar ocupación. Estaban dispuestos para cualquier tarea, y aunque la señora Perry era menudita (lo que resultó una ventaja como se verá), ambos parecían fuertes y resistentes. Prometí llevarlos a Harberton en cuanto el camino estuviera transitable; allí podría asegu-

rarles trabajo como cocineros, panaderos, lavanderos o quinteros y quizás en los cuatro oficios a la vez.

Por lo tanto, los Perry no acompañaron a los demás tripulantes del *Glen Cairn*, cuando partieron para Río Grande, guiados por mí y tres o cuatro indios. Íbamos todos montados, y dos días después llegamos a nuestro destino; el paseo a caballo encantó a la mayoría de los marineros, pero perdí la cuenta de las veces que rodaron; aunque eran animales mansos y acostumbrados a llevar carga, nunca habían llevado marineros, y algunos se resistieron.

McInch proporcionó a sus huéspedes amplias comodidades, mientras esperaban la llegada del vapor procedente de Punta Arenas. Recibió al capitán Nichol y a su familia en su propia casa y hubo gran revuelo entre los hombres del *Glen Cairn* y los granjeros para decidir cuál de los dos amos era más resistente al alcohol.

Los marineros sostenían que el capitán Nichol era capaz de beber hasta dejar a cualquier contrincante debajo de la mesa y salir caminando derecho como si tal cosa; pero yo había visto beber a Mc Inch; sabía que él se jactaba de ser campeón mundial en la materia y capaz de vencer al más pintado. No asistí a esta lucha de gigantes, y sólo tuve de los sucesos la versión de McInch, quien, tiempo después, me dijo que había resultado vencedor, aunque tuvo la cortesía de admitir que aquél fué uno de los más tremendos esfuerzos de su vida. McInch bebía enormemente, pero nunca se emborrachaba. El pobre, no obstante su resistencia física, no podía durar mucho tiempo. Murió en Punta Arenas, de poco más de cuarenta y cinco años.

Una vez que mis nuevos amigos estuvieron confortablemente instalados, mandé a mis indios de vuelta con los caballos y me disponía yo mismo a partir para alcanzarlos, cuando vi a toda la tripulación del *Glen Cairn* formada a los costados de la tranquera de salida del establecimiento.

Sobre uno de los dos grandes postes laterales estaba trepado Nielson, cuya espléndida figura era digna del mejor escultor. Sobre el otro poste estaba el primer piloto, un típico marinero ya no del todo joven, que se había mostrado bastante reservado hasta ese momento. Cuando mi caballo y yo pasamos entre aquella doble fila de hombres felices, nos dieron a ambos tres estentóreos hurras, alentados por el primer piloto, que súbitamente parecía haberse convertido en el más alegre miembro de aquella alegre tripulación. Mi caballo, asustado por tan inusitada demostración, huyó al galope del griterío y yo no hice nada por contenerlo. Sin embargo, si esos hombres hubiesen sido ricos y me hubieran enviado un reloj de oro en agradecimiento

de lo poco que hice por ellos, no habría yo experimentado mayor placer que el que me dió esa despedida.

4

En Najmishk, cedí a los Perry mi pequeña cabaña y me retiré a un refugio cercano, esperando que las condiciones del tiempo me permitieran escoltarlos hasta Harberton. Pero a pesar de la abundancia de carne, harina y hasta azúcar, muy pronto echaron de menos otros lujos que estaban acostumbrados y me lo hicieron notar.

Esta circunstancia me hizo dejar Najmishk más pronto de lo que había pensado: el 20 de agosto, confiando en que las fuertes heladas habrían solidificado los arroyos y endurecido la nieve de las ciénagas, salimos de Viamonte para Harberton.

Nos acompañaban el fuerte "tío" Koiyot y David, el segundo hijo de Kankoat, robusto muchacho de doce años que había heredado el buen humor de su padre.

"Tío" y yo íbamos bastante cargados, pues llevamos una pequeña tienda de campaña, ropa de cama, varios utensilios que los Perry habían salvado del naufragio y provisiones como para una semana. El joven David llevaba unas ollas de lata, cucharas, jarros, azúcar y café. Perry se ofreció también para llevar carga, pero yo sabía que por fuerte que fuese en su propio oficio, encontraría muy pesado este nuevo ejercicio, de modo que le dije que sólo se ocupara de ayudar a su mujer.

La mañana estaba helada y las montañas brillaban claras y tentadoras a la distancia cuando nuestra pequeña expedición se dirigió a pie hacia ellas. ¡Vanas esperanzas! En vez de continuar la helada, esa noche hubo neblina y llovizna. Tenía mi rifle, y la segunda tarde encontré un guanaco entre la neblina; lo maté de un tiro, y acampamos allí para pasar la noche. Al llegar a los bosques altos, maté varios papagayos, y aunque las balas calibre 44 los destrozaron, a la señora de Perry le gustaron mucho estos pájaros una vez asados. A pesar de estos lujos, especialmente reservados para ella, al quinto día de marcha flaquearon sus fuerzas y en ese momento su marido tampoco estaba en condiciones de ayudarla, ni mental ni físicamente.

Al fin ella consintió en montar sobre mi carga, y desde entonces, subida allí o sobre el fardo de "tío" tuvo excelente cabalgadura hasta el final del viaje, mientras el pobre Perry, desilusionado y con los pies doloridos, iba detrás cojeando penosamente. No creo que la

mujercita llegara a pesar cuarenta y cinco kilos, y cuando Koiyot la hubo llevado dos o tres kilómetros a través de la nieve derretida y los pantanos helados, y yo reclamé mi turno, él contestó alegremente:

—Esto no es una mujer, no es más que un pajarito.

Llegamos a Harberton esa misma tarde.

5

La historia del naufragio del *Glen Cairn* tiene un epílogo. Unos treinta años después, mientras me hallaba de paso en Londres, me pidieron que hablara desde la B.B.C. Así lo hice y a los pocos días recibí numerosas cartas de diferentes personas, algunas de las cuales habían sido socorridas por mi padre en los años 1870 a 1880, y recordaban a su familia. Una de esas cartas me causó sumo placer. Era de la señora de Nichol, que había enviudado y tenía varios hijos nacidos después del naufragio, y también nietos.

Me decía que el niño que yo había llevado sobre mis hombros tenía un buen puesto en las Fuerzas de Policía de Glasgow, y había formado su hogar. La simpática señora agregaba que se alegraría de verme de nuevo, de modo que cuando anduve cerca de Androssan, fuí a visitarla. Con gran sorpresa mía, me preguntó por varios de los indios, llamándolos por sus nombres, y cuando le conté los generosos esfuerzos de Halimink por mi felicidad y le confesé qué atrayente me había parecido la idea de secuestrarla y esconderla en los bosques hasta que los demás náufragos hubieran vuelto a su país, rió de buena gana.

V

LA ESTANCIA VIAMONTE

1907 - 1910

CAPÍTULO XLVII

NUESTROS DERECHOS SOBRE LA TIERRA DE NAJMISHK QUEDAN ESTABLECIDOS Y PLANEAMOS DISPOSICIONES PARA UN NUEVO ESTABLECIMIENTO. MIEMBROS DE LA FAMILIA SE MUDAN DE HARBERTON A VIAMONTE. EL LEAL HALIMINK CASI COMETE UN EXCESO. NUESTRO NUEVO ASERRADERO LLEGA DE INGLATERRA Y LO INSTALAMOS. PROSEGUIMOS NUESTROS TRABAJOS EN LA ESTANCIA VIAMONTE. EL METEORO.

I

Mi predicción de que la estancia de Harberton llegaría a ser demasiado reducida para nuestra creciente familia resultó exacta. Ya en 1907 Despard y Tina tenían dos hijos; a la hijita mayor, María Cristina, la llamaban Tinita, y a su hermanito Walter Despard le habían dado el sobrenombre de Boofy. Will y su esposa Minnie también tenía una hija y un hijo, Clara María (Clarita), y Tomás Lorenzo (Laurenzo). El grupo creció hacia fines de 1907 por la llegada de Berta y Percy Reynolds desde el Paraguay. Habían recibido una oferta muy conveniente por su granja, y como el clima de aquel país les resultaba demasiado penoso, vendieron su propiedad y se asociaron a nosotros en la Tierra del Fuego. Trajeron con ellos a su pequeño Percito, cuyo verdadero nombre era Percival Guillermo.

Yo había estado planeando un nuevo gran establecimiento. Debía tener un galpón para esquilar y estar provisto de todos los adelantos modernos y las comodidades necesarias para que sirviera de hogar a algunos miembros de la familia que vivían en Harberton. El lugar elegido quedaba unas cuatro leguas más cerca de Río Grande que Viamonte. Todo dependía naturalmente de la legalización de nuestro derecho sobre la tierra. Entretanto, habíamos pedido a Inglaterra las máquinas para un aserradero a vapor y materiales de construcción, todo lo cual debía ser despachado, urgentemente, al recibirse la confirmación telegráfica desde Buenos Aires.

En una conferencia de familia, realizada en Harberton se decidió que Will quedara allí como amo y señor eficiente, a la par que bondadoso, de nuestro viejo dominio. Su esposa, sus hijos, mi madre y Yekadahby también debían quedar en Harberton. Los participantes

de la nueva empresa debían ser Despard y Percy con sus respectivas familias, mi hermana Alicia y yo. Además, debía quedar con nosotros la señorita María Jorgelina Reynolds, llamada Marina, la hermana mayor de Tina y Percy. Lisiada desde la infancia, caminaba con dificultad ayudándose con un bastón. Vivió con Despard y su familia durante muchos años y fué una alegre Yckadahby para los niños.

Para la nueva empresa, diferente en todo a la de Harberton, formamos una compañía privada limitada bajo la denominación "Bridges y Reynolds Compañía Granjera Limitada".

Cuando llegué a Harberton con el señor y la señora de Perry me encontré con correspondencia reciente de nuestro amigo Ronaldo Tidblom. Aunque algunas personas importantes y adineradas se habían interesado por la tierra que ocupábamos en Najmishk, él nos daba esperanzas, pues ya se estaba en los trámites finales.

Después de pasar los días en Harberton, el "tío", el joven David y yo volvimos a Viamonte, donde había mucho que hacer y todo había quedado al cuidado de Zapata, el encargado. No hacía todavía un mes que yo había regresado a Viamonte, cuando A-yaäh, el hombrecillo que había personificado a *Ohlimink*, el mago familiar del *Hain*, llegó de Harberton con buenas noticias. El gobierno había firmado un contrato con Ronaldo Tidblom por el cual se nos arrendaban ocho leguas cuadradas de tierra, a cada uno, por cinco años; al término de los cuales, si llenábamos las condiciones estipuladas, tendríamos derecho a comprar la mitad de cada lote y preferencia como primeros colonos, para continuar como arrendatarios del resto, a menos que el gobierno resolviera dar otro destino a las tierras.

Tan pronto como recibí tan buenas noticias salí a trabajar, con unos cuantos onas escogidos, en las obras de nuestro futuro establecimiento. Antes de que el calor de la primavera secara la savia y desmejorara en consecuencia la calidad de la madera, abatimos mil árboles que quedaron listos para el aserradero.

Luego emprendimos la tarea de abrir un camino para poder transportar la máquina de vapor semiportátil que esperábamos llegaría antes del deshielo. Estábamos en octubre y había aún bastante hielo en los valles como para aguantar la máquina.

Despard llegó de Harberton con dos peones chilotes [1] y se dispuso inmediatamente a mejorar mi modesta vivienda de Najmishk; la lla-

[1] De la isla Chiloé, allende la costa chilena. Pequeños de estatura, pero fuertes y de buena índole, los chilotes son un producto de la cruza entre soldados españoles de la conquista y mujeres de las tribus de los chonos, de los mapuches y de los indómitos araucanos.

mábamos ya Viejo Viamonte para distinguirla en el futuro del nuevo establecimiento, que se llamaría la Estancia Viamonte. Antes de tres semanas, Despard y sus ayudantes terminaron su trabajo y volvimos juntos a Harberton para traer al resto del grupo, que se alojaría provisoriamente en el Viejo Viamonte.

Fué una cabalgata nunca vista por aquellos caminos la que salió de nuestra casa una hermosa mañana de verano. La formaban cuatro damas: Tina, Berta, Alicia y la señorita Reynolds, tres niños pequeños y Despard, Percy y yo. Seis onas —uno de ellos Chorche, aquel pesado muchacho sobre quien yo había ejercitado mis tretas de luchador durante la primera esquila en Najmishk— cuidaban los caballos de carga.

El tiempo era demasiado bueno para durar, o tal vez, según la opinión de los onas, las montañas se enfadaron al ver su tranquilidad amenazada por tantos extraños. Sea cual fuere el motivo, lo cierto es que al segundo día cayó tal aguacero que el río, cuya orilla norte debíamos seguir, se desbordó e inundó sus riberas. Bajo una lluvia torrencial, tuvimos que armar nuestra tienda en un paraje desolado y árido donde no había nada para dar de comer a los caballos. Fué una dura prueba para los niños, especialmente para Boofy, el más pequeño de todos, que casualmente cumplió un año ese tremendo día.

Antes de partir de Harberton propuse a Tina que dejara al niño al cuidado de una madre ona joven y fuerte, que hubiera llevado a Boofy con la mejor buena voluntad y hasta con orgullo, bien abrigado contra su cuerpo dentro de sus ropas, como es costumbre allí y perfectamente alimentado durante el viaje, para devolverlo al final del mismo, sin más deterioro que algunas manchas de pintura roja.

Yo había visto a menudo los ojos brillantes de los niños onas, espiando por encima de los hombros de sus madres, protegidos y felices como en un nido, detrás de sus espesas melenas; además estaba convencido de que la elástica pisada de la india calzada con mocasines era mucho menos molesta para un niño que el andar de un caballo tropezando constantemente sobre una senda desigual.

Inútil decir que mi sensato consejo no fué escuchado, y que por el contrario pareció ofender a Tina. La consecuencia fué que el pobre niño sufrió tanto por el duro traqueteo del viaje, que necesitó varios días para reponerse y recuperar su buen humor.

Mi mayor preocupación fué la señorita de Reynolds, inválida; pero por fortuna, fué valiente. La mayor parte del viaje lo hizo a caballo, y cuando el camino se ponía muy feo, desmontaba y Chorche y yo compartíamos el honor de llevarla sobre los hombros.

Al llegar a Najmishk, las damas tomaron posesión de mi casa, y yo seguí viaje para trabajar en el nuevo establecimiento. Despard y Percy se dedicaron después a preparar la instalación del futuro aserradero; generalmente volvían de noche a Najmishk. Cuando estaban ausentes, Halimink, que tenía aún en su poder el rifle para deshacerse, según decía, de cualquier entrometido que anduviera por el mundo, era el encargado de proteger a las mujeres. El buen muchacho estaba deseando poder hacer algo para demostrar su abnegación, y cuando Despard advirtió el infantil heroísmo, o más bien, la caballeresca hidalguía del indio, se divirtió mucho y hasta lo alentó, sin imaginar las consecuencias.

Halimink había construído su refugio entre unos arbustos enormes de grosellas silvestres, distantes unos ochenta metros de la choza. Un día se presentó con el rifle en la mano, para anunciar que dos hombres se aproximaban a caballo por el lado Sur. El solo hecho de que vinieran montados debió bastar para tranquilizarlo, pues en un país donde no hay más que uno o dos caminos transitables para caballos, si traían malas intenciones, probablemente hubieran preferido andar a pie. Aparecieron por el valle y aun a cierta distancia, uno se detuvo junto con el caballo que llevaba la carga, mientras su compañero seguía avanzando. Éste venía ataviado como un cow-boy, con su gran revólver y su montura mejicana; su aspecto tranquilizó a las damas, pero al indio debió parecerle siniestro, porque de repente levantó su rifle y se dispuso a disparar diciendo en español:

—Quién sabe hombre malo, mejor yo mata.

Una de mis hermanas o tal vez Tina, lo detuvo antes de que pudiera apretar el gatillo. El señor Charles Wellington Furlong, un conocido escritor y explorador de los Estados Unidos ascendido después a coronel, que venía desde Harberton siguiendo nuestro camino, siguió montado hasta llegar a nuestra choza, sin la menor idea del grave riesgo que había corrido, pues nuestro fiel Halimink era un experto tirador.

2

Llegó por fin un barco a Río Grande con nuestras máquinas y materiales. Tres carretas con dieciséis yuntas de bueyes, que habíamos adquirido recientemente, fueron enviadas para acarrear las mercaderías. La diferencia entre marea alta y marea baja es de unos nueve metros y en aquellos días no existían muelles en ese puerto. Los barcos encallaban con marea alta, descargaban al pie sobre el ripio

de la playa con la marea baja y zarpaban cuando volvían a subir las aguas.

La importante máquina de vapor semiportátil, que pesaba cinco toneladas, quedó asentada sobre sus ruedas al lado del barco. La playa era tan empinada que creí conveniente atar siete de nuestras mejores yuntas de bueyes para arrastrarla. Yo estaba muy orgulloso de estos animales que habíamos traído de Harberton; formaban el mejor equipo del país y estaban acostumbrados a arrastrar pesados troncos de árboles a través de los bosques. Eran muy mansos, pero en medio de una multitud de extraños, y con el ruido y mal olor del barco, todo tan distinto a la tranquilidad de los bosques, no fué fácil conseguir que se acercaran; y cuando al fin conseguimos atar cuatro yuntas, los animales echaron a correr con la máquina a rastras casi medio kilómetro, antes de que pudiéramos alcanzarlos. Cinco días después, aquélla prestaba sus servicios en el aserradero, distante cincuenta y cinco kilómetros del puerto.

Mientras duraron los largos días del verano, todos nosotros trabajamos dieciséis horas diarias, en ocasiones hasta veinte. Los mil troncos que yacían desparramados, conforme fueron cayendo, debían ser acarreados desde el bosque hasta el aserradero. Algunos de mis mejores onas trabajaban orgullosamente al lado de Despard, en el banco de carpintero, transformando los troncos en tablas del tamaño necesario. Otros las transportaban hasta el sitio en que se levantaría la nueva casa y allí las apilaban para que se secaran. Con el joven Kautush, como principal carretero, los demás iban y venían entre Viamonte y Río Grande, acarreando los otros artículos que habían llegado de Inglaterra junto con la máquina de vapor: chapas de cinc, alambre para cercos, tambores con clavos de todos los tamaños, tornillos, sogas, pinturas, herramientas y abundantes provisiones para nuestra creciente colonia. Ahora que estábamos seguros de la posesión de la tierra nos sentíamos dispuestos a gastar dinero en ella.

Mientras Despard trabajaba como un troyano en el aserradero, yo seguía, siempre con los onas, levantando cercos, construyendo puentes y caminos, entregando madera en bruto al aserradero y vigilando el ganado. Las ovejas, que eran ahora más de diez mil, tampoco debían ser descuidadas. Debían ser arreadas desde una gran extensión de tierra cubierta de bosques, a fin de proceder a la marcación de los borregos [1]. Luego venía la esquila. Percy, en su nueva vida, estaba tan ocupado como cualquiera de nosotros. Además del control

[1] Una marca registrada en las orejas, corte de cola y castración.

de las provisiones, tenía que llevar la contabilidad de la madera que llegaba del aserradero, de las mercancías que se enviaban al mismo o los ovejeros, de los materiales que los carreteros traían de Río Grande, y de muchas otras cosas. Además, atendía la pila de correspondencia que supone una empresa semejante y llevaba la planilla diaria de salarios.

No todas las señoras quedaron mucho tiempo en el Viejo Viamonte. Muy pronto Tina y Berta con sus hijos se mudaron al aserradero. Cuando hubo suficiente madera lista, el centro de actividad se trasladó al nuevo establecimiento, y en marzo de 1908 todo el grupo estuvo reunido en el Nuevo Viamonte.

Ninguno de los edificios estaba todavía habitable, así es que las familias vivían en tiendas de campaña, al amparo de los matorrales; yo dormía en un refugio de chapas de cinc abierto por un lado. A una distancia de cien metros poco más o menos estaba el campamento ona.

3

Aquél fué el mes del meteoro. Una noche, poco después de las 23, estaba yo por dormirme cuando nos iluminó una poderosa luz que iba en aumento hasta hacerse deslumbrante.

Yo no había visto nunca tal clase de luz y, muy inquieto, salí apresuradamente; justo encima de mi cabeza se extendía el resplandor de la cola de un inmenso cometa, cuya brillante extremidad estaba como a sesenta grados por encima de nuestro horizonte sudeste.

Los que dormían en las tiendas de campaña fueron despertados; los onas se levantaron rápidamente y corrieron muy excitados hacia donde estábamos nosotros; algunos aseguraban haber visto la Luna en llamas atravesar el cielo, otros decían que algo espantoso debía haber acontecido, que nunca podrían volver a ver la Luna y que luego seguirían otros fenómenos.

Algunos minutos después escuchamos un extraño sonido que concluyó en un sordo estampido. Hubiera deseado poder tomar con exactitud el tiempo que transcurrió entre el momento de mayor intensidad de la luz y el estallido del meteoro, para calcular la altura en que este celestial visitante se había desintegrado. Tal vez habrían pasado dos minutos antes que la luz se desvaneciera completamente y dejara de nuevo a las estrellas en posesión de sus dominios. Nunca supe que la detonación de un meteoro fuese oída por aquellos que lo veían, pero en este caso no hay error posible.

El fenómeno no se oyó ni se vió en Río Grande, a treinta kilómetros al Noroeste, ni en Harberton, que queda a más del doble de distancia hacia el Sur; seguramente todos dormían a esa hora y no se despertaron como nosotros.

Expliqué a los indios que lo que habíamos visto era una estrella errante de enorme tamaño y, como lo había hecho otras veces, les informé cuanto sabía sobre estos cuerpos y la eficaz defensa de nuestra atmósfera contra la posibilidad de que nos dañaran. Tranquilizados, regresaron a su campamento, mientras nosotros volvíamos a nuestro interrumpido reposo.

Merece la pena consignar aquí que yo estaba con los onas cuando el cometa Halley apareció por última vez en 1910.

Juntos vimos, antes del amanecer, cómo se expandía su enorme cola que parecía ascender del océano, seguida por el núcleo que se fué esfumando lentamente a medida que avanzaba el día. El susto de mis compañeros no fué mayor que el mío.

CAPÍTULO XLVIII

LA ESTANCIA VIAMONTE. LOS ONAS APRENDEN EL VALOR DEL DINERO. LAS DOS CARTAS DE MARTÍN. RODEO DE OVEJAS. UN PERRO CON IDEAS PROPIAS. LA INTELIGENCIA DE LA MULA. EL SEÑOR LÓPEZ SÁNCHEZ UTILIZA NUESTRO SENDERO. UN CABALLO INTENTA SUICIDARSE.

I

En la estancia Viamonte el trabajo adelantaba rápidamente, y en realidad había apuro, pues la *casa grande* debía estar habitable antes de que las heladas y la nieve del invierno hicieran insoportable la vida de gitanos que llevaban las familias.

Despard trabajaba como un esclavo. Con la experiencia adquirida en Harberton y Cambaceres y en los establecimientos de las islas de Gable y Picton, sabía perfectamente cómo proceder. Era tan buen herrero como carpintero, y soldaba el eje de un carro o el eslabón de una cadena, con tanta habilidad que no se notaba la compostura.

Nuestro viejo amigo Darío Pereira había regresado a España de suerte que ahora ayudaban a Despard un carpintero de Punta Arenas y tres o cuatro chilotes muy útiles.

Entre todos, trabajando casi sin interrupción, consiguieron dejar la casa en condiciones antes de la llegada del frío, muy oportunamente, pues durante aquel mes de julio de 1908 la temperatura nunca superó los cuatro grados bajo cero.

La *casa grande*, que era por mucho la construcción más amplia que Despard había emprendido hasta entonces, tenía veinticinco metros de frente por catorce de fondo. En parte, tenía dos pisos, y la mitad del piso bajo estaba ocupada por una baranda cerrada por vidrios en todo el frente y hasta la mitad de los costados. En ella, quien dispusiera de tiempo, podía sentarse a gozar del sol invernal sin exponerse al frío. Los dormitorios estaban arriba y tenían claraboyas en el techo de dos aguas.

Antes de iniciar la construcción de nuestra mansión, habíamos levantado cobertizos provisionales de chapas de cinc, para almacenar provisiones y otras mercaderías, y mucho antes de que estuviera completamente terminada con todos sus refinamientos, habíamos ya construído una amplia casa-cocina, los establos, el galpón para esquila y

depósito y unas quince cómodas casitas para los onas, por si algún día se les ocurría ocuparlas. A su debido tiempo se levantó otro edificio para ser usado como club por nuestros trabajadores, tanto indios como chilotes. Cuando se terminó la instalación, el padre Juan Zenoni pidió permiso para usarlo como vivienda propia y asiento de una capilla y una escuela, amén de ayuda pecuniaria para llevar a feliz términos ambas empresas. Después de debatir el asunto en familia, celebramos un convenio por el cual nos comprometimos a cercar unas cuantas hectáreas de terreno, construir una casita para el sacerdote y su ayudante, instalar una escuela que pudiera usarse como capilla, proveer a la Misión de leña y otros recursos, y que el padre Juan guardara cierto número de caballos y bueyes de uncir en nuestros potreros. En cambio el padre Juan se comprometía a marcharse en el acto sin protesta ni discusión, no bien consideráramos sus enseñanzas o su presencia nocivas para la estancia o para los indígenas.

Este sencillo contrato, firmado por ambas partes, fué observado fielmente muchos años, durante los cuales el padre Juan dictó clases regulares, diurnas para los niños y nocturnas para los jóvenes deseosos de mejorar. Mucho tiempo después, cuando llegaron más colonos a la región, la Misión obtuvo del gobierno una pequeña concesión de tierra, ubicada más al Sur.

En los primeros tiempos del Nuevo Viamonte, nuestra planilla de pagos se aumentó con dos nombres. El primero fué el de un vasco llamado Gastelumendi, casado con una mujer yagana. Lo conocíamos bien y sabíamos que se podía confiar en él como ayudante del encargado del almacén. Despachaba las provisiones y ayudaba a llevar las cuentas, bajo la supervisión de Percy o de Despard. El otro era Pedro Barrientos, un muchacho bastante alto y delgado, oriundo del sur de Chile, que había trabajado mucho tiempo en Harberton. Como, a pesar de mi buena voluntad, no conseguía estar en dos lugares a la vez, le pedí a Will que me cediera este artista del hacha. Empleo la palabra a conciencia, porque sólo un verdadero artista como Barrientos podía emparejar un tronco, con un hacha de tres kilos y un metro de largo, hasta dejarlo tan liso como si lo hubieran cepillado. Un hombre así era de gran utilidad para Will; sin embargo, generosamente lo envió a Viamonte. Barrientos sabía leer a su modo y escribía trabajosamente con lápiz unas cartas que sólo aquel muy acostumbrado a su género de escritura podría quizás descifrar. Lo más importante era que gozaba de gran popularidad entre los onas y ello le permitió ser un eficaz colaborador.

Los onas no eran virtuosos de las tareas monótonas y caseras; por

fortuna había muchos otros trabajos adecuados para ellos. Cuando se acostumbraron al oficio, muchos se convirtieron, si no en artistas del hacha, por lo menos en muy buenos leñadores, y les gustaba más hachar que cavar. Trabajaban con mucho entusiasmo y amor propio y se enorgullecían del trabajo que habían podido realizar. Algunos de los muchachos más jóvenes, fuertes y valientes, fueron contratados, pocos años después, como domadores de potros, y muchos otros para levantar cercos; todos hicieron buen trabajo y cada vez con menos supervisión.

Los más viejos encontraron el modo de ganar el poco dinero que necesitaban para atender a sus modestas necesidades cazando guanacos jóvenes para negociar la piel, en la primavera y a principios del verano. A los quince días de nacidos, esos animalitos [1] tienen una piel muy suave, que pagan muy bien los peleteros. Los onas, después de ayudarnos en el rodeo y la esquila, salían a mediados del verano a cazar en las montañas y a iniciar a los jóvenes en los misterios del *Hain*.

Desde el principio comprendí la necesidad de enseñarles el uso y el valor del dinero, especialmente cuando vi a un pobre hombre presentarse en el almacén con un papel —en apariencia oficial, y que él creía muy importante, pero en realidad sin ningún valor— que había recibido de un blanco poco escrupuloso a cambio de una valiosa capa de zorro. Como los indios no sabían llevar cuentas, era lógico que temieran ser engañados, a menos que se les pagara diariamente en efectivo, por su labor. Pagábamos más a los buenos trabajadores que a los perezosos, y hacíamos un descuento a los que llegaban tarde, sin causa justificada. Cuando era posible los hacíamos trabajar por contrato, a tanto por medida, en el corte de leña, en la construcción de cercos con postes de madera, en la apertura de desagües y en la esquila.

De este modo llegaban a ganar bastante dinero; les pagábamos exactamente lo mismo que ganaban los blancos empleados en tareas similares, en todo el país. Los indios pronto se dieron cuenta de que trabajando activamente ganaban lo suficiente para abastecerse de todo cuanto necesitaran durante el invierno.

La atención del ganado, que pocos años después formaba un rebaño de más de ochenta mil ovejas con un crecimiento anual que totalizaba ciento veinte mil cabezas, estaba enteramente a cargo de los onas.

[1] El nombre ona de los guanacos pequeños es *toül*, con las dos vocales pronunciadas clara y separadamente. En toda la Patagonia se les conoce por *chulengos*.

Halimink, Talimeoat, Ishtohn y muchos otros viejos amigos tenían ocupación permanente como ovejeros. Cuando deseaban tomarse un corto descanso, nos avisaban con tiempo y hasta nos recomendaban a algunos de sus compañeros para que los reemplazasen hasta que ellos hubieran satisfecho su antojo de andanzas.

El jefe de los ovejeros era Martín, aquel que encarnó a *Short* durante la iniciación de K-Wamen en el *Hain*. Su historia merece ser relatada. Cuando era todavía un muchacho, Martín fué sorprendido, junto con un grupo de onas, robando ovejas en la finca "Primera Argentina". Los delincuentes fueron enviados a la Misión, con excepción de dos simpáticos muchachos —uno de ellos Martín—, a quienes se mandó a trabajar a una estancia situada en la orilla norte del Estrecho de Magallanes. Bajo la dirección de su competente y bondadoso administrador, el señor Kamp, los muchachos llegaron a ser excelentes ovejeros y se destacaron aun entre los escoceses que esa compañía contrataba siempre por su buen trato a las ovejas y a los perros.

Al cabo de unos años, Martín volvió a "La Primera Argentina". Se había convertido en un hombre de regular estatura y con algo de *dandy*, pues le gustaba andar limpio y bien vestido y sólo retomaba su estado primitivo para las reuniones de la Logia. Reservado y taciturno, escuchaba a los demás con una leve sonrisa como si le divirtiera su inútil charla. Entendía bien el español y el inglés (que hablaba con un fuerte acento escocés), pero prefería su lengua nativa y no se daba importancia con su conocimiento de aquellos idiomas, que sólo usaba para dar órdenes a su perro.

En la estancia de Río Grande, Martín consiguió trabajo como ovejero; le dieron una choza ubicada a unos veinticinco kilómetros al sudeste del casco. Como nuestra carretas de bueyes, al ir al puerto con la lana y al volver vacías pasaban a kilómetro y medio de la choza de Martín, éste tuvo la brillante idea de hacer traer en ellas de Río Grande sus provisiones de invierno, para evitarse la incomodidad de ir a buscarlas con los caballos de carga. McInch aprobó la idea y sabiendo que Martín no leía ni escribía, le propuso en broma, que hiciera el pedido por escrito. Martín, sin inmutarse, prometió hacerlo así.

Pasó el tiempo, y cierto día un carretero, analfabeto como Martín, presentó a McInch una hoja de papel cubierta de líneas ondulantes, que podía tomarse por una nota escrita muy apresuradamente. El administrador examinó la misiva con toda seriedad, fué a la tienda y empezó a recitar, como si la leyera en la carta, la lista de los artículos que sabía por experiencia que Martín necesitaba.

La fama del indio estaba hecha y pronto se corrió la voz de que realmente escribía largas cartas que el patrón descifraba sin ninguna dificultad.

Algún tiempo después Martín pidió que se le saldara la cuenta, y acudió a mí para conseguir otro trabajo. Como me disgustaba quitar personal de mis vecinos, pedí consentimiento a McInch. Éste me contestó, en su habitual y expresivo lenguaje, que ningún editor querría publicar, que había sabido que el sujeto quería tener una mujer y que se alegraba de poder librarse de él, pues no quería mujeres rondando las chozas de los ovejeros, y allí terminó el asunto.

Como nuestros onas tenían aún mucho que aprender sobre el cuidado de las ovejas y el adiestramiento de los perros ovejeros y sabiendo que Martín era en eso muy competente y podría enseñarles, lo recibimos muy satisfechos y lo contratamos para un trabajo permanente. Martín encontró muy pronto la felicidad en los brazos de la hija de Puppup y de la otra mujer a cuyo marido había asesinado mucho tiempo atrás.

Uno o dos meses después me hallaba yo trabajando con Martín y otros onas en cercar un matorral a unos treinta kilómetros de casa, cuando fuí llamado de la Estancia Viamonte; partí apresuradamente, dejando a Martín como encargado. Mi ausencia duró más de lo que pensaba, y un día llegó del campamento un mensajero que me entregó de parte de Martín una hoja de papel cubierta de garabatos.

Yo la examiné y sin pensar se la devolví, diciendo:

—Esto no es escritura, no puedo leer ni una sola palabra. ¿Qué quiere Martín?

El mensajero dobló la carta y la puso de lado con el mismo cuidado que si hubiese sido un billete de banco, y saliendo en defensa de su paisano, me replicó muy resentido:

—¿Cómo es que su antiguo patrón podía leer perfectamente sus cartas y usted no puede hacerlo? Martín escribe muy bien.

En tono más suave enumeró después algunas herramientas, clavos de diferentes tamaños y provisiones, tales como azúcar, café, harina y arroz, pero se le olvidaron las agujas, el hilo, y sobre todo, ¡oh, desgracia!, el tabaco, que era lo que más le interesaba a Martín.

Cuando el mensajero volvió con la carga al campamento, aquél abrió los paquetes de provisiones y preguntó muy disgustado:

—¿Dónde están el tabaco, las agujas y el hilo que pedía en mi carta?

—Yo di su carta a Lanushwaiwa —contestó el mensajero—, pero él dijo que no podía leerla.

Muy sorprendido, Martín se dió cuenta de que mi contestación había defraudado a todos. El cuento cundió, y muy pronto, del mismo modo que él había ganado su fama, yo perdí la mía.

Algún tiempo después, descubrí que Martín tomaba una hoja de papel, pensaba intensamente en lo que quería decir, y luego garabateaba, creyendo sinceramente que sus pensamientos pasaban al papel, y que un cerebro inteligente podría traducirlos después en palabras.

Había llegado a una conclusión tan satisfactoria, que no intenté probarle que McInch se había burlado de él y acepté humiidemente mi derrota.

2

Las distintas fincas de Viamonte cubrían una superficie de algo más de cien mil hectáreas, que habíamos cercado por completo. En su interior disponíamos de las fronteras naturales de los ríos y lagos, pero no eran seguras en invierno porque los animales podían cruzar sobre el hielo y alejarse mucho kilómetros; por lo tanto, poco a poco, hubo que construir cercos divisorios. Uno solo de los potreros abarcaba un área de catorce leguas cuadradas —casi treinta y seis mil hectáreas—, con sus colinas, sus bosques y sus valles atravesados por innumerables arroyuelos.

Esas corrientes de agua, salvo en los lugares donde existían vados o habíamos construído puentes, constituían un peligro mortal para las ovejas, porque al tratar de cruzarlas saltando, las más débiles caían al agua sin posibilidad de escalar luego la escarpada ribera.

No era, por lo tanto, tarea fácil hacer un rodeo de veinte mil lanares; se reunía un grupo de treinta o más hombres, con sus caballos y perros; se pasaba la noche en el rincón más apartado del potrero, para poder empezar el arreo al alba del día siguiente después de carnear y comer un par de ovejas.

Se comenzaba temprano, pues conforme apretaba el calor las ovejas buscaban guarecerse a la sombra de los matorrales; convenía adelantar lo más posible antes de mediodía y proseguir luego la tarea, con el fresco de la tarde, hasta el anochecer.

Los hombres se distribuían por todo el terreno, y luego avanzaban lentamente y aunque en una extensión tan grande no podían verse unos a otros, ninguno debía adelantarse demasiado; para esto, los onas eran muy hábiles, pues cada uno sabía como por instinto dónde se hallaban los demás; pero aun así, muchas ovejas se rezagaban en el monte y había que revisar continuamente los matorrales.

Teníamos más de cien perros ovejeros, notables por su sagacidad y destreza. Uno, llamado Ben, inventó un sistema perfecto de colaboración. Ben era mío, pero como yo tenía también otros perros, debió creer que yo, personalmente, no le necesitaba y empezó a alejarse tanto, que, con frecuencia, ni ovejas ni ovejeros sabían dónde estaba.

Pero Ben trabajaba por su cuenta. Solía volver muy tarde al lugar señalado para acampar, trayendo ovejas que habían quedado rezagadas en un campo que nosotros creíamos haber revisado a fondo.

En ocasiones entregaba la majadita a algún ovejero que encontraba en su camino y volvía inmediatamente al terreno que habíamos estado despejando, como si tuviera allí urgentes asuntos que atender. A veces no se le volvía a ver hasta la noche; aparecía entonces con otra majada, que incorporaba a los rebaños que balaban encerrados en el corral. Por fin, cansado, se echaba con mis otros perros para pasar la noche, lo más cerca posible de mí.

Los perros dóciles eran generalmente más útiles, pero nunca ninguno lo fué más que el independiente Ben, cuyas proezas eran el tema diario de todas las conversaciones. Salvo en las ocasiones en que venía a entregar las ovejas rescatadas, durante el día nunca se veía a este perro, que probablemente encontraba fastidioso recibir órdenes, cuando él sabía perfectamente lo que había que hacer.

En un lado del campo existía un llano pantanoso de más de media legua de ancho, atravesado por varios arroyuelos. Para hacerlo transitable habíamos abierto un sendero y construído puentes de troncos sobre los trechos peores. En una oportunidad debíamos hacer cruzar por ese lugar una gran cantidad de ovejas. Hubiéramos debido contenerlas y hacerlas pasar en pequeños grupos o, si no, uno de nosotros debió adelantarse para desviar las primeras hacia la izquierda después de cruzar el último puente, cerca de las colinas densamente arboladas. No sé qué nos detuvo tanto a mí como a Martín, mi principal ovejero ona, lo cierto es que cuando llegamos a la entrada del primer puente, ya una fila de ovejas de más de kilómetro y medio de largo serpenteaba por el valle. Era imposible cruzar a caballo sin utilizar los puentes; los juncos eran tan altos en los trechos cenagosos, que Martín temía que ni siquiera "Gaucho", su mejor perro, podría adelantarse a la majada y desviarla, antes de que se internara en los bosques. Si las apurábamos, las ovejas llenarían los estrechos puentes y muchas caerían al agua, de modo que Martín y yo nos detuvimos, impotentes, mirando cómo las primeras ovejas salían del último puente y se desparramaban, cuesta arriba, en dirección a su amada selva.

Entonces, de improviso, algo aconteció: las ovejas estaban desvián-

dose hacia la izquierda por el camino que nosotros descábamos, y las delanteras huían del bosque que cubría la colina como si el mismo diablo las persiguiera.

—¡Ahí va Ben! —exclamó mi compañero. Yo tuve que apelar a mis anteojos de larga vista para poder divisarlo.

El perro trabajó como un verdadero héroe hasta que los primeros ovejeros pudieron cruzar con sus perros y hacerse cargo de las ovejas; entonces desapareció de nuevo en el bosque.

Cuando volvió al campamento a la hora de la comida, le hicimos los mayores agasajos. Estoy seguro de que el inteligente animal comprendió por qué.

3

Todos sabemos que los perros poseen una inteligencia maravillosa. Debo ahora contarles algo que demuestra cómo también a veces se puede apelar con éxito a la capacidad de raciocinio de una mula.

Un invierno tuve ocasión de ir desde Viamonte a Punta Arenas. Como en esa época del año ningún vapor hacía escala en Río Grande, resolví ir por tierra hasta Porvenir y tomar allí el barco para cruzar los estrechos.

Por desgracia, el rigor del invierno había pasado ya, el hielo de ríos y arroyos se estaba rompiendo y el sendero se hallaba en pésimas condiciones, de modo que elegí una mula muy segura, herrada con púas, y partí.

En la desembocadura del río Grande abundan los hielos flotantes y cuando la marea del océano comienza a subir no hay corriente allí; pude cruzar en un pequeño ferry-boat de dos remos, mientras la mula iba nadando a popa. Más adelante debía cruzar el río Chico, que esperaba hallar todavía helado, pero lo encontré fluyendo y lleno de témpanos que flotaban a la deriva.

Yo sabía que habían construído un puente colgante liviano de tablas, sostenido por alambres de cerco, en un punto donde el río corre entre rocas y tiene menos de quince metros de anchura. Podía soportar el cruce de las ovejas en fila de a una, pero me habían dado a entender que era imposible pasarlo a caballo; a pesar de todo, decidí cerciorarme por mí mismo.

Anduve cuesta arriba a alguna distancia del río, hasta que por fin divisé el puente; entonces, poniendo la mula al trote, enfilé directamente hacia él, como si estuviera dispuesto a cruzarlo.

Como yo lo esperaba, el animal dió un bufido de miedo y paró

en seco cuando vió lo que tenía delante. Si hubiera usado el látigo y las espuelas, la mula se hubiera dejado matar antes que subir el puente. Desmonté tranquilamente y até la mula al puente con el fuerte cabestro que tenía sujeto a la cabezada. Aquél no medía más de medio metro de ancho, y estaba provisto de unas defensas laterales hechas con tablas para impedir que las ovejas cayesen al río. Colgaba de cuatro postes, dos en cada orilla del río, y se balanceaba bastante.

A la vista de la mula, crucé a la otra orilla, anduve unos pasos, volví, la desensillé y crucé de nuevo con la montura. Repetí varias veces la operación, acariciando el animal cada vez que volvía a su lado.

¡Al fin mi estrategia surtió el efecto deseado! Desde la orilla opuesta, vi que la mula erguía las orejas dando señales de interés. Volví, aflojé suavemente el cabestro todo lo posible, sin desatarlo; la mula, adivinando lo que me proponía hacer, dió una fuerte sacudida para atrás, pero el poste y la soga no cedieron, y entonces, abandonando toda resistencia, me siguió sobre el puente, temblando de miedo, y agachándose mucho, como si esperara así hacerse menos pesada.

Nunca hubiera intentado hacer cruzar ese puente a un caballo; pero si se me hubiera ocurrido esa temeridad, por cierto que no habría perdido tiempo cruzándolo a pie varias veces para convencer al equino de que no había peligro.

Prefiero, con mucho, el caballo a la mula; y una de las razones de mi preferencia consiste precisamente en que la mula piensa y comprende demasiado para ser una esclava dócil y obediente del hombre.

4

Tuve yo una vez una yegua pequeña, que parecía más bien un pony Exmoor bien desarrollado: pertenecía a aquel lote de caballos salvajes que capturamos en la isla de Picton [1] y en esa época aún no había tenido cría. La compré en la estancia vieja por quince pesos argentinos, un poco más de una libra esterlina, y cuando luego de unos años me ofrecieron el precio fantástico de quinientos pesos, no

[1] A éstos los llamaban en el lugar la "Cría de Agua Fresca", prestaban gran utilidad en los días en que los caminos estaban poco transitables. El gobierno chileno había mandado un lote de ellos a Punta Arenas. Años después, encontrándome de visita en las caballerizas reales de Madrid, se me ocurrió que los "Agua Fresca" eran descendientes de los caballitos moros, a los cuales se parecían mucho y que sin duda fueron traídos a la América del Sur por los españoles.

quise deshacerme de ella. Después produjo un buen número de potrillos, aunque creo que ninguno de ellos fué como su madre.

Esta yegüita figura en un incidente que ocurrió poco después de estar terminado el camino de Harberton a Najmishk. El señor López Sánchez, que había sucedido al señor Pessoli como jefe de policía del distrito de Río Grande, tenía gran interés en usar ese camino para ir por primera vez a caballo a Ushuaia.

Convine en encontrarme con él cerca de un lugar llamado cabo María, a unos veinticinco kilómetros al sur de la comisaría de Río Grande. Acudí a la cita montando mi yegua. Cuando los policías se acercaron al galope debí de parecerles un enorme Sancho Panza sobre su asno; ellos estaban todos espléndidamente montados y llevaban entre los caballos de repuesto un magnífico animal destinado al gobernador de Ushuaia.

López Sánchez me dijo sonriendo:

—Con ese animal nunca podrá usted cruzar la montaña a la velocidad que hace falta. Tiene a su disposición uno de los nuestros.

Agradecí, pero no acepté, reservando mi opinión.

En aquellos días, yo usaba siempre mocasines y tenía la costumbre, cuando viajaba con un caballo manso, de desmontar al trote, sin frenarlo; pasaba la pierna derecha por encima del cogote del animal y caía a su lado hacia adelante, más o menos como los hombres de la ciudad bajan de un ómnibus en marcha. Corría luego al lado del caballo, quizás durante un kilómetro y medio, con una mano apoyada sobre la montura o agarrado a un estribo. Para montar de nuevo, aprovechaba uno de esos brincos que todo jinete sabe cuándo dará su caballo, y volvía a estar sobre su lomo sin haber alterado su paso. Esta operación nos daba a ambos un rato de descanso.

En aquel viaje con los policías hice lo mismo. A medida que nos internábamos en los bosques y en los valles más bien fangosos que los separaban, los caballos, pesados y acostumbrados a la llanura, iban aflojando cada vez más, hasta no poder seguir el paso de mi yegüita, y sin duda los jinetes debieron modificar su opinión sobre ella.

En la mañana del tercer día llegamos a la famosa pendiente o tumbadero descripto en un capítulo anterior. Había llovido copiosamente la noche anterior, pero la yegua conocía bien el procedimiento, y encogiendo las patas, se largó por la pendiente conmigo, que estallaba de orgullo, en perfecto estilo.

Los otros tardaron mucho tiempo en convencer a sus cabalgaduras de que se lanzaran, y por fin descendieron en las más ridículas posturas para terminar cubiertos de barro.

A esta altura del viaje, el caballo destinado al Gobernador estaba seriamente disgustado por las dificultades del itinerario, y cuando nos aproximamos al páramo llamado Spion Kop y el camino se hizo más empinado, resolvió suicidarse, arrojándose desde la altura. Su primera tentativa fracasó, pues cayó sobre un montón de nieve y se deslizó sobre el musgo humedecido. Para tranquilizarlo, lo soltamos y lo dejamos andar por una senda más pareja, que corría próxima a un promontorio, con un desfiladero y un arroyo a mano izquierda y el páramo fangoso a la derecha, pero este magnífico animal seguía decidido a terminar con todo, y apartándose repentinamente de la senda, claramente trazada, saltó por encima del desfiladero y cayó en el arroyo, seis metros más abajo.

El agua amortiguó su caída y allí se quedó parado. Había cerca un vado que los guanacos utilizaban para cruzar la hondonada, de modo que desensillé mi yegua y la hice bajar por allí, esperando convencer al caballo de que esta existencia valía la pena de ser vivida, a pesar de las dificultades de nuestro camino. Le arrojé un lazo, lo aparté a un lado y le puse un bozal. Tiré el extremo del cabestro a los policías, y di una palmada a la yegua, que se lanzó por la barranca y trepó hasta el tope, únicamente para mostrar al otro caballo cómo había que hacer; pero le costó buen esfuerzo y pensé que el caballo grande nunca podría imitarla.

El jefe de Policía me dijo con mucha razón:

—Mejor será pegarle un tiro y seguir nuestro camino.

Sin embargo, pensé que aún se podía salvar al equino; até dos lazos juntos, envié a los hombres por el arroyo abajo, para que tiraran cuando yo les diera aviso y conduje al animal hasta el borde de la cascada más próxima, que debía tener más de nueve metros de alto. Las rocas, debajo del agua correntosa, eran lisas y pulidas y el animal resbaló sobre ellas, y se perdió de vista, zambulléndose en la laguna de más abajo. Allí pudo vadear el río y salir seguro a la orilla. Tenía la boca lastimada, pero llegó a Ushuaia sin más inconvenientes.

Sólo he sabido de dos caballos que hayan intentado deliberadamente terminar con sus padecimientos en esa forma. Los potros enfurecidos se tiran a veces violentamente al suelo, sin preocuparse por lo que les pueda pasar, pero lo hacen cegados por la ira, sin premeditación. Nunca he visto que una vaca o una mula buscara de intento la muerte. En cambio, no es raro que las ovejas se suiciden; he visto a más de una pararse sobre un peñasco, y después de lanzar una mirada en derredor, como queriendo despedirse de la tierra que ha decidido abandonar, dar un salto en el vacío hacia una muerte segura.

CAPÍTULO XLIX

PEDRO BARRIENTOS SALDA SUS CUENTAS. LA HISTORIA DE ARÉVALO.

I

UN año, al acercarse el invierno, cuando las golondrinas ya habían emigrado hacia el Norte, y las avutardas iban abandonando la región, las familias de Viamonte se prepararon para seguir su ejemplo y pasar algunos meses en otra parte. Alicia no quería dejarme solo, pero me pareció que le haría bien tomarse unas vacaciones en el vasto e interesante mundo, y por eso insistí en que acompañara a los demás. En realidad, yo mismo sentía fuertes tentaciones de irme con ellos, cosa mucho más agradable que pasar solo el invierno en ese caserón, que ahora me parecería más grande y más vacío, y mucho más solitario que cualquier improvisado campamento en el bosque nevado. Además, no había mucho que hacer en los próximos meses; las ovejas estaban en sus campos de pastoreo de invierno, bajo el cuidado de ovejeros onas de confianza, y el almacén bien provisto de todo lo necesario para vivir, y hasta de algunos refinamientos como tabaco, cigarrillos, gramófonos, concertinas y despertadores. Nunca habíamos permitido vender en el establecimiento ninguna clase de bebidas alcohólicas, y el lugar más cercano donde se podían conseguir era un boliche a cuarenta kilómetros de Río Grande, y, por suerte, el río que le daba nombre no tenía puente entonces y era muy peligroso de vadear.

En los meses de invierno no habría movimiento de provisiones, ni era probable que pasaran viajeros cerca de Viamonte; no teníamos, pues, motivos de preocupación, especialmente ahora que las riñas entre los clanes onas habían pasado a la historia.

Un solo problema vital quedaba por resolver. ¿A quién dejar al frente de nuestro precioso establecimiento? Si tomábamos un forastero, por bueno que fuera, tendría la desventaja de no conocer la región ni la gente, ni ser conocido por ésta. Will estaba muy ocupado en Harberton y en invierno la montaña nevada constituía una barrera casi infranqueable. Discutimos la importante cuestión y llegamos a una conclusión unánime: ¿Quién mejor que Pedro Barrientos? Era semianalfabeto, pero honesto, resuelto y responsable; resolvimos pues

dejar la Estancia Viamonte a su cargo. Convinimos con Percy que Gastelumendi, el vasco, se ocuparía del almacén, pero a las órdenes de Barrientos, mientras durara nuestra ausencia; y arreglamos con McInch, de "La Primera Argentina", que él adelantaría a Barrientos cualquier suma razonable de dinero que solicitara, pero sin ejercer ninguna vigilancia externa.

Pedro Barrientos, como ya he dicho, era oriundo del sur de Chile. Los chilenos, como casi todos los sudamericanos, son un pueblo de raza muy mezclada. Dicen que los señores y oficiales españoles de la época de la conquista trajeron de Europa a sus esposas, tan pronto como lo permitió el estado del país; pero los soldados y colonos pobres no pudieron permitirse ese lujo y tomaron sus mujeres de los pueblos conquistados, y aun, como en el caso de los araucanos chilenos, de aquellas que no habían podido sojuzgar. Ahora hay en Chile descendientes de todas las razas europeas, pero mientras algunas de las antiguas familias son de la más pura sangre española, la masa del pueblo, inclusos algunos altos oficiales, tiene un fuerte aporte de sangre aborigen, que en ciertos casos llega a borrar toda traza de origen blanco. En la genealogía de esas familias mestizas hay muchos antepasados nativos y no son raros los nombres indios. Barrientos, aunque llevaba un nombre español, era un buen exponente de esa mezcla.

Por no ofenderlo no le ofrecí aumentar su salario al partir; le pedí, sencillamente, como a un amigo, que se ocupara de la estancia durante nuestra ausencia.

Pasé fuera de Tierra del Fuego casi cuatro meses, viajando por Europa. Llegué hasta Noruega, cruzando por Italia, Suiza y Alemania, y volví luego por Francia y España hasta Lisboa, donde tomé el barco para la América del Sur. Fuí el primero de la familia en volver, y en Río Grande encontré a Kautush, el principal carretero de Viamonte, aquel que cuando muchacho había dado muerte a su enemigo traspasándolo repetidas veces con una flecha despuntada. Cuando le pregunté cómo andaban las cosas en Viamonte me respondió:

—El tiempo ha estado muy bueno, se han muerto pocas ovejas, pero Barrientos está muy delgado.

—¿Está enfermo? —pregunté.

—No creo —dijo Kautush—, pero nunca duerme, trabaja todo el día y se pasea toda la noche, como si temiera que alguien robe en las casas. Está deseando que usted vuelva.

Llegué a Viamonte. Barrientos me pareció algo avejentado, pero no estaba tan mal como me habían hecho suponer. Después de reco-

rrer con él todas las dependencias y oír el relato de lo que yo creía habían sido sus mayores dificultades durante mi ausencia, le dije que estaba muy satisfecho de su actuación y que deseaba que aceptase una gratificación de cincuenta libras.

—No, patrón —me contestó resueltamente—; estoy muy satisfecho con mi salario y muy orgulloso de que haya confiado en mí dejándome como encargado mientras usted no estaba. Si aceptase ahora ese dinero, lo echaría todo a perder.

Yo le respondí:

—Esto es sólo una pequeña parte de lo que le debemos, Barrientos. Ni con cien libras saldaría mi deuda con usted.

Él insistió:

—No, patrón; eso empeoraría todavía más las cosas. No quiero nada.

Comprendí que realmente prefería no aceptar el regalo y no insistí. Estuvimos un rato más allí sentados, charlando, y era ya tarde cuando se levantó para irse a su cercana casita.

—Dígame, patrón —me dijo al despedirse—. ¿Usted ha vuelto ya a tomar la dirección del establecimiento? ¿Estoy ahora en la misma situación que antes de su partida?

Vi que algo le preocupaba.

—Sí —le dije—, excepto que ahora tengo con usted una gran deuda de gratitud, que usted no me deja pagar ni siquiera en parte.

No añadió palabra, pero observé algo extraño en su actitud cuando se marchó, aunque no comprendí su significado hasta la mañana siguiente, cuando salí a hacer mi recorrida.

Uno de los primeros hombres que encontré me preguntó si había visto al vasco esa mañana, y presintiendo que algo andaba mal me dirigí apresuradamente hacia el almacén.

Gastelumendi nunca había sido buen mozo; ahora, la hinchazón de sus labios hubiera llamado la atención hasta en un negro africano. Tenía los ojos amoratados, y la nariz como una pera demasiado madura. Estaba irreconocible. No puedo repetir aquí las expresiones que usó para contarme el brutal ataque de que el "salvaje" Barrientos lo había hecho víctima, y la venganza que se tomaría por medio de la ley. Me pidió que le pagara en seguida, pues no quería quedarse ni un día más entre tales bárbaros.

Poco después encontré a Barrientos, y le dije, lo más severamente que pude, tratándose de un hombre a quien apreciaba tanto:

—¿Por qué le pegó a ese infeliz con tanto ensañamiento?

—Mientras usted no estuvo, patrón —me contestó—, el vasco me

ponía todo el tiempo en ridículo delante de los hombres y no perdía ocasión de demostrar, cuando había testigos, que yo era un inútil y un ignorante. Se dirigía a mí con exagerada cortesía, diciéndome: "Señor don Pedro Barrientos", o "Señor Administrador". Quería evidentemente demostrar que él, el hombre educado, debía haber sido nombrado encargado, a no mediar el favoritismo del patrón.

"Yo sabía —siguió Barrientos— que no podía arreglarme sin él. Yo no podía llevar las cuentas y distribuir las raciones, así que tuve que hundir las manos en los bolsillos y dejarlas allí, mientras me ardían por las ganas de hacerlo pedazos. Cuando anoche usted me dijo que estaba de nuevo al frente del establecimiento, y que yo era un simple trabajador como antes, sentí que había llegado el momento de ajustar cuentas con él.

¿Qué podía decir yo? A pesar de haber atacado de modo tan salvaje a un infeliz como el vasco, Barrientos era un caballero. Creo que temía ser despedido, y en ese caso su negativa de aceptar el dinero que yo le había ofrecido resultaba aun más sorprendente.

Pero la idea de despedirlo ni cruzó por mi imaginación. Más adelante, cuando Despard y Tina trajeron una encantadora niñera de Portugal para cuidar a sus niños, Barrientos se enamoró de ella en seguida y le pidió que fuera su esposa. Ella, que sabía apreciar lo que era un hombre bueno, aceptó.

2

Antes de terminar mi historia debo recordar otro caso de lealtad.

Una tarde de primavera llegó a pie a la estancia Viamonte un hombre, más moreno que los onas, que tenía esa mirada inescrutable pero vigilante de las personas que han sido perseguidas.

Se dirigió hacia mí sin vacilar, y aunque me habló con el mayor respeto, su actitud tenía la dignidad, casi insolente de los hombres nacidos en las vastas tierras libres del norte de la Argentina, y con ella parecía expresar: "Usted tiene el dinero, patrón, pero como hombre, soy igual o quizás superior a usted."

Al observarlo, sentí que si eso pensaba, bien podía estar en lo cierto. Era de casi un metro ochenta de alto y de fuerte contextura, y con seguridad ágil y resuelto.

En comparación con sus anchas espaldas, la cabeza parecía pequeña, y si bien su fisonomía recordaba a un ave de rapiña, sus movimien-

tos se asemejaban más a los de un leopardo paseándose tras los barrotes de su jaula.

Llevaba por delante un enorme cuchillo, casi tan grande como una espada, envainado y cruzado diagonalmente debajo del cinto con el mango bien al alcance de su mano derecha.

Me dijo que se llamaba Arévalo y que había venido a pie desde Ushuaia.

—Usted debe tener hambre —le dije—. Mejor será que vaya a la cocina y le diga al cocinero que yo lo envío.

—Vi la puerta de la cocina abierta y entré —me contestó—. El cocinero me dió bien de comer y me mandó a hablar con usted.

Yo estaba seguro de que era un preso, evadido o puesto en libertad, que buscaba trabajo con la idea de llegar algún día al Norte, a la tierra de su niñez o al escenario de sus pasadas fechorías.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le pregunté.

—Soy un presidiario absuelto de Ushuaia, señor, pero no uno de esos ladrones y tramposos miserables que mandan allí hoy en día. Mi único crimen fué matar a un hombre en defensa propia, pues él estaba tan armado como yo.

Me acordé entonces de que había oído hablar de este hombre tiempo atrás. Decían que era el suyo un caso realmente difícil.

Se había escapado de la isla de los Estados antes de la sublevación general de penados que allí hubo, y lo dieron por muerto durante mucho tiempo. Me pareció que debía haber sufrido mucho y lo alenté para que me contara su historia, invitándolo a sentarse conmigo en un montón de leña que había allí cerca.

Empecé por preguntarle si había estado también en la isla de los Estados. Me contó entonces cómo se había escapado de la prisión e internado en la región sudoeste de la isla, donde pasó muchos meses viviendo de carne de foca, a la espera de que algún barco quisiera recogerlo. Cuando se le acabaron los fósforos, trató de conservar el fuego permanentemente encendido, pero se le apagó al fin y se vió reducido a llevar la ropa continuamente húmeda y a comer cruda su carne de foca.

Finalmente un barco pasó lo suficiente cerca como para que lo vieran y como el mar estaba sereno, mandaron un bote a buscarlo.

—Traté de hacer creer al capitán que era un marinero náufrago —prosiguió Arévalo—, pero, ¿cómo podía engañarlo si no sabía nada del mar? Cuando nos cruzamos con un barco argentino, me entregó traicioneramente, y poco tiempo después estaba en el presidio de Ushuaia. Entre los presos encontré a algunos de mis antiguos com-

pañeros de cárcel de la isla de los Estados, quienes me contaron que se habían sublevado después de mi evasión.

Con motivo de una de las grandes celebraciones patrióticas, Arévalo, junto con muchos otros presos que habían observado buena conducta, obtuvo su libertad. Trabajó algún tiempo en Ushuaia, pero pronto sintió añoranzas de su pueblo natal en la provincia de Corrientes cerca de la frontera argentinoparaguaya.

Había oído hablar de nuestro camino abierto entre las montañas, entonces ya muy transitado, y había venido por él hasta Viamonte, esperando encontrar trabajo de pueblo en pueblo, hasta llegar a su lejano hogar, distante más de mil kilómetros.

Arévalo durmió esa noche en Viamonte. Al día siguiente, le ofrecí un trabajo provisional, al tiempo que le advertía seriamente sobre la conducta que debía observar con los onas. Con el mayor tacto que pude le indiqué que llevara su gran cuchillo detrás, donde parecía mucho menos temible y agresivo.

—El hombre más valiente —le dije— es el que saca el último su arma. Cuando se sienta enojado, cruce fuertemente los brazos sobre el pecho y domínese así.

Agradeció mis consejos con una media sonrisa, en la que seguramente había algo de desdén por mi simpleza. Cambió en seguida de lugar su arma, manifestando al mismo tiempo que en su provincia era costumbre llevar el machete adelante. Aproveché esta oportunidad para decirle que, cualquiera fuese su pasado, yo consideraba que lo había expiado con creces y esperaba que nunca volvería a pensar en ello. Le recomendé expresamente que si alguna vez sentía enemistad contra mí o contra cualquiera de la estancia, no debía guardársela, sino venir a decírmelo con franqueza.

Arévalo trabajó con nosotros más de un año, demostrando ser un hombre leal y bien dispuesto. En cuanto gané su confianza me contó, poco a poco, la espeluznante historia de su vida, y mucho me temo que el hecho de haber dado muerte a un hombre en "legítima defensa" no era en modo alguno el único motivo de su condena a reclusión perpetua en la isla de los Estados.

Al principio temí que no se llevara bien con los indios, pero nunca oí a éstos quejarse de él. Sin embargo, algunos de sus compañeros de trabajo lo miraban con recelo, pues a veces se excitaba y les contaba historias de crímenes en los que había tomado parte, con tal lujo de terroríficos detalles que escandalizaba a sus oyentes.

Trabajábamos juntos, construyendo puentes de madera sobre los ríos, a veces en el agua, y tuve oportunidad de observar que su cuerpo,

bien formado y atlético, estaba cubierto de cicatrices. Las atribuía a heridas de cuchillo recibidas en pelea, y al trato brutal que le dieron en la cárcel.

A medida que cundió la civilización, se produjeron huelgas entre los trabajadores de algunas de las estancias del norte y, naturalmente, en época de esquila, cuando resultaban más perjudiciales para los patrones.

Cierto día estaba yo trabajando con otros hombres cerca de la casa, con la ropa tan manchada como la de ellos, cuando se acercaron dos extraños muy bien vestidos. Adiviné en seguida que eran agitadores profesionales y que no venían con buenos propósitos.

Los espié con el rabillo del ojo mientras se aproximaban a dos de mis ayudantes, quienes me selañaron y parecieron divertirse con las francas observaciones que ellos hicieron. Los visitantes se acercaron entonces y con innecesarias disculpas por no haber reconocido en mí al patrón, me pidieron permiso para soltar sus caballos en nuestro campo y quedarse hasta el día siguiente.

Naturalmente, eso no se le niega a nadie, pero querían algo más, que no se decidían a pedir. Por fin, uno de ellos dijo:

—Queremos dar una conferencia a los hombres, y le agradeceríamos nos permitiera celebrar un mitin en el club.

—El club ha sido construído para los trabajadores —contesté—. Si yo mismo quisiera usarlo tendría que pedirles permiso, de modo que yo no puedo cederlo, pero probablemente ellos se lo darán si se lo piden ustedes.

Había en ese momento alrededor de ochenta hombres en la Estancia, entre ellos unos cuarenta onas, la mayor parte de los cuales entendía bastante bien el español. Esa misma noche, después del trabajo, se reunieron todos en el club para escuchar a los visitantes.

Uno de ellos discurrió con gran elocuencia sobre los crímenes de los capitalistas explotadores, haciendo notar lo que valía cada fardo de lana en Inglaterra, sin calcular, naturalmente, los gastos de producción y flete y acabó su discurso diciéndoles que los patrones los robaban.

¡Eso era demasiado para Arévalo! Olvidando completamente mi consejo, y enfurecido, se abalanzó de repente sobre el orador, vociferando horribles amenazas y desafiándolo a pelear para destriparlo; luego sacó su enorme cuchillo y le cruzó la cara de un planazo.

¡Nunca terminó un mitin más violentamente! Los conferenciantes huyeron a todo correr para salvar la vida.

Jamás mencioné a Arévalo este incidente pues yo estaba demasia-

do satisfecho para reprocharle su iracundo arranque; pero él no pareció quedar muy conforme, pues poco tiempo después me pidió que le pagara, alegando que debía volver a su casa, en el lejano Norte. Comprendió, quizás, que había estado a punto de ganarse una segunda condena a reclusión perpetua.

Supe después que había llegado a Santa Cruz, pueblo de la costa patagónica, donde se quedó algún tiempo hasta que un día, estando ebrio, se enfureció y fué muerto a tiros por un oficial de policía.

¡Pobre Arévalo, tan salvaje y tan fiel!

CAPÍTULO L

EL CAMPEÓN DE LOS ESQUILADORES. METET, HIJO DE ANEKI, VENCE A TODOS LOS COMPETIDORES. EL FIN DE AHNIKIN. MINKIYOLH SALE A CAZAR POR ÚLTIMA VEZ.

I

ANEKI, que había sido mi mentor en la época de mi iniciación en el *Hain*, tenía dos hijos, Doihei y Metet. Doihei, el mayor, medía casi un metro ochenta de estatura, era grueso, muy fuerte y excelente trabajador. Lo pusimos a cargo de la sierra circular, al principio para cortar leña, y luego para aserrar tablas. ¡Con qué orgullo veía él correr la sierra a través de la madera! Viamonte crecía cada vez más; instalamos un segundo aserradero, e introdujimos esquiladoras mecánicas accionadas por la misma máquina que movía el aserradero.

La esquila era nuestra cosecha; época de gran actividad en que empleábamos todas nuestras energías para terminar la tarea, lo más pronto y mejor posible, a fin de restituir cuanto antes las ovejas a sus dehesas y despachar la lana hasta el distante mercado. Los esquiladores chilotes y onas, además de buena y abundante comida, recibían aproximadamente una libra por cada cien ovejas esquiladas, y se esforzaban en producir lo más posible. Sin embargo, para esos niños grandes que eran los onas, mayor incentivo que el dinero era el orgullo de realizar un trabajo con rapidez y eficiencia. Apurarse, descuidando la calidad de la mano de obra, era mal considerado. Un esquilador descuidado lastimará la oveja o le dejará demasiada lana. Yo era muy exigente con los aprendices. Si les hubiera hecho concesiones al principio, nunca hubieran llegado a ser buenos esquiladores.

El galpón de esquila, con su máquina de vapor y su pito estridente que llamaba a los trabajadores a aquel torneo de destreza y rapidez, era escenario de gran actividad, en oposición a la quietud que comúnmente reinaba en la heredad de Viamonte. A todo lo largo de las paredes interiores corrían dos tablones, uno de cada lado, de dos metros diez de ancho, frente a una serie de corralitos. Los esquiladores trabajaban sobre los tablones, uno al lado de otro, y cada uno tenía su propio corral, que contenía alrededor de doce ovejas y que

un pastor se encargaba de volver a llenar, con animales que sacaba de unos corrales más grandes, situados en medio del cobertizo, tan pronto como el esquilador ponía sobre el tablón el último animal. Las tijeras mecánicas eran accionadas por una barra giratoria colocada en lo alto. La oveja no necesitaba ser atada ni apretada, pues estas dos acciones incitan al animal a resistirse.

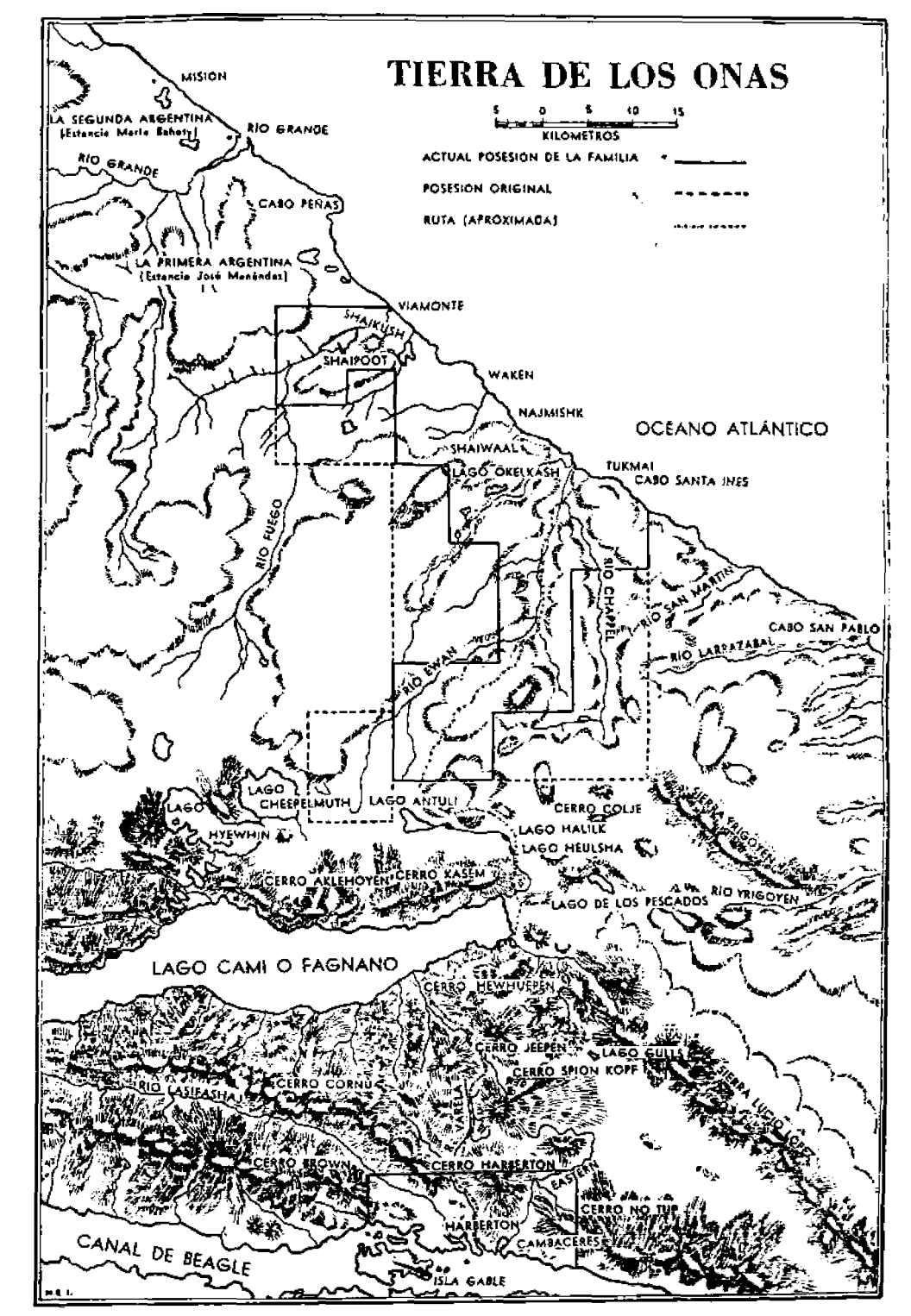
En la pared principal del galpón y frente a cada corralito había una ventana y debajo una puerta de acceso a una rampa que extendía el corralito fuera del cobertizo. La oveja esquilada era puesta por el esquilador en la rampa que la llevaba fuera; allí, un encargado las contaba cada dos o tres horas. Una oveja lastimada, o negligentemente esquilada no se le acreditaba al esquilador, y si incurría con frecuencia en falta, se exponía a ser reprendido y aun despedido. Para facilitar el recuento, cada esquilador, cada puerta y cada corralito tenían un número. Los vellones eran recogidos de los tablones de esquilar por unos muchachos que los llevaban corriendo hacia la mesa clasificadora; se envolvían y pasaban a la máquina prensadora que los acondicionaba en fardos, que pesaban entre doscientos y trescientos kilos, precintados con flejes de acero.

En el galpón trabajaban veinticuatro esquiladores, onas casi todos. Doihei, después del primer año, fué uno de los mejores y con seguridad el más rápido. En la lista que cada tarde se inscribía en un pizarrón, él figuraba siempre a la cabeza con diez y hasta veinte unidades de ventaja y ninguna falta por trabajo deficiente. Las ovejas eran casi todas de raza Romney Marsh, animales grandes, de piel suave, mucho más fáciles de esquilar que las Merino, que son más pequeñas y de lana rizada.

Metet era bastante menor que su hermano. Debía tener menos de dieciocho años cuando empezó a esquilar. Algo más alto que Doihei aunque no tan corpulento; era de pocas palabras, pero una permanente y leve sonrisa parecía decir que estaba muy seguro de sí mismo y no tenía prisa. Llegaba algo retrasado, cuando los demás le llevaban ya dos o tres ovejas de ventaja, miraba un rato a través de su ventana, se quitaba tranquilamente la chaqueta y finalmente se ponía a trabajar. En su segunda temporada sobrepasó ampliamente a su excelente hermano. Trabajaba tan eficazmente al parecer y con tan poco esfuerzo que un día le dije, sabiendo que no sacrificaría la calidad por la velocidad:

—¿Por qué no haces un esfuerzo mañana para ver cuántos borregos puedes esquilar?

Llevándose la mano a la cintura, me contestó solemnemente:


TIERRA DE LOS ONAS
5 0 5 10 15
KILOMETROS
ACTUAL POSESION DE LA FAMILIA
POSESION ORIGINAL
RUTA (APROXIMADA)
MISION
LA SEGUNDA ARGENTINA
(Estancia María Behety)
RIO GRANDE
RIO GRANDE
CABO PEÑAS
LA PRIMERA ARGENTINA
(Estancia José Menéndez)
VIAMONTE
SHAIKUSH
SHAIPOOT
WAKEN
NAJMISHK
OCEANO ATLÁNTICO
SHAIWAAL
LAGO OKELKASH
TUKMAI
CABO SANTA INES
RIO FUEGO
RIO CHAPPEL
RIO SAN MARTIN
CABO SAN PABLO
RIO LARRAZABAL
RIO EWAN
LAGO CHEEPELMUTH
LAGO ANTULI
LAGO HYEWHIN
CERRO COLJE
LAGO HALIK
LAGO HEULSHA
SIERRA YRIGOYEN
CERRO AKLEHOYEN
CERRO KASEM
LAGO DE LOS PESCADOS
RIO YRIGOYEN
LAGO CAMI O FAGNANO
CERRO HEWHUEPEN
CERRO JEEPEN
LAGO GULLS
CERRO SPION KOPF
RIO LASIFASHAJ
CERRO CORNU
SIERRA LUCIO LOPEZ
CERRO BROWN
CERRO HARBERTON
EASTERN
CERRO NO TUP
HARBERTON
CAMBACERES
CANAL DE BEAGLE
ISLA GABLE

—No soy nada fuerte y cuando trabajo mucho me duele la espalda.

Los borregos que se crían a campo abierto, generalmente tienen la panza pelada y poca lana en la parte inferior de las patas. Son, pues, más fáciles de esquilar que las ovejas secas. Un experto puede esquilar fácilmente un término medio de ciento veinte ovejas secas por día y probablemente ciento cincuenta borregos. Al día siguiente, en poco menos de ocho horas de trabajo, Metet rindió trescientos veintinueve borregos perfectamente esquilados. Su ímpetu parecía contagioso, pues Doihei esquiló trescientos, y dos o tres de los otros llegaron a los doscientos cincuenta.

A cincuenta y cinco kilómetros de distancia de Viamonte, hacia el norte de Río Grande, se encontraba otra de las magníficas estancias pertenecientes a la familia Menéndez Behety. Se llamaba "La Segunda Argentina" y estaba administrada independientemente de "La Primera Argentina", en la ribera sur del río. Creo que en esa época se esquilaban alrededor de doscientas mil ovejas en "La Segunda Argentina". Entre los treinta y seis esquiladores que empleaban había un yugoslavo, famoso en la región por su rapidez. La fama del joven Metet llegó hasta allí, y cuando terminó la esquila, en "La Segunda Argentina", un grupo de hombres que incluía al yugoslavo, llegó a Viamonte, a caballo, para ver qué había de cierto en el cuento. Todos estaban dispuestos a apoyar a su campeón y se hablaba de grandes apuestas. Pero sin llegar a formalizarlas, y después de observar con interés cómo esquilaba nuestro ona, el yugoslavo pidió autorización para usar un rato una máquina al lado de Metet. ¡Qué manera de trabajar! Se oían rechinar los dientes del yugoslavo, mientras las tijeras volaban entre la lana. Metet, aunque sabía de qué se trataba y no perdía tiempo, conservaba su sonrisa confiada. ¡Veinte ovejas bien trasquiladas salieron por la rampa en menos de treinta minutos! El visitante se alejó entonces con sus amigos, mientras Metet continuaba con su labor del día. El campeón blanco confesó abiertamente:

—Es inútil, trabajé todo lo que pude y estoy seguro de que el indio en realidad no se esforzaba.

Durante más de veinte años, los dos hermanos se presentaron en todas las esquilas; aunque seguido de cerca por Doihei, Metet no fué vencido jamás y nunca se resintió la calidad de su trabajo. Ambos eran seres pacíficos, inofensivos; a menudo, a fin de aumentar sus entradas, se contrataban para alambrar, siendo siempre Doihei el que decidía y hablaba por los dos. Un día, en 1935, allá lejos en la selva, tuvieron una pelea; no creo que la causa fuera una mujer, probablemente habrían bebido con exceso, y esos indios pierden la cabeza

cuando se emborrachan. Ambos se hirieron con sus revólveres, y Doihei murió. Oí decir más adelante que Metet fué muerto a balazos por un blanco de clase baja.

2

Muchos años antes del lamentable final de estos dos magníficos hermanos hubo otra pelea a tiros en que se vieron envueltos los dos únicos onas a quienes yo he temido; uno, como ya lo he dicho, por su maldad y el otro por su locura.

Los bosques ya vestían los vistosos colores de otoño, y al ponerse el sol en aquellos días serenos, la helada cubría la tierra. Una de esas noches tranquilas, Ahnikin estaba sentado junto al fuego en compañía de sus dos mujeres, las dos hijas de Kilehehen, cuando sonó un tiro en la oscuridad. El indio cayó de bruces sobre las brasas ardiendo y las mujeres aterradas escaparon a los bosques. Nada más sucedió ni interrumpió el gran silencio; pasado un rato volvieron las mujeres y encontraron a su marido tendido en el suelo, sin conocimiento, y con el brazo izquierdo asándose en el fuego. La bala le había atravesado el omoplato, con orificio de salida por el lado izquierdo del pecho; no sé cómo erró el corazón. Inútil decir que su brazo quedó inutilizado para el resto de sus días. Nunca se repuso del todo de la herida de bala y murió unos dos años después.

No se supo quién había disparado el tiro, pero se sospechaba con fundamento de Minkiyolh, quien prudentemente abandonó el país ona y huyó a la Misión Católica de Río Grande, con sus dos mujeres Yomsh y Ohmchen (Peine) a la que mis hermanas llamaban Small. Como la poligamia no estaba permitida allí, las monjas se hicieron cargo de Small. Durante su estada en la Misión, Minkiyolh se hizo pasar por un jefe muy importante. Se hacía llamar el capitán Minkiyolh Kaushel, pero desde Río Grande hasta el canal de Beagle era conocido, desde hacía mucho, por el Loco.

Después de la muerte de Ahnikin, Minkiyolh volvió a Viamonte e intentó reunirse con los suyos, pero éstos no habían olvidado su pasado, y en una reunión resolvieron que era un hechicero loco y un peligro para la comunidad. Un día salió a cazar con otros dos, cuyos nombres no es del caso mencionar y después de cierto tiempo aquéllos volvieron sin él, diciendo que Minkiyolh se había ido a cazar solo al gran bosque que bordea el lago Kami. Nadie se sorprendió; aparentemente Minkiyolh sigue cazando allí, pues desde entonces nadie lo ha visto ni oído.

CAPÍTULO LI

LA LITERA.

DESPUÉS de vivir años difíciles en el Chaco paraguayo, María trajo a su hija Berta a pasar un verano en Harberton. A principios de invierno yo crucé desde Viamonte para disfrutar en el hogar unos pocos días con ellas, después me embarqué con María y mi sobrinita para Punta Arenas.

El barco era pequeño y la travesía dura, pero María se portó perfectamente. No regresaron al Paraguay y se embarcaron directamente para Inglaterra. Después de despedirlas para su largo viaje, me dispuse a emprender el mío, más corto pero más cansador, a través de los Estrechos y las nevadas colinas hasta llegar a Viamonte.

María nunca volvió a la América del Sur. Estableció su hogar en Edimburgo con Berta; allí nació su segunda hija María. Wilfredo las visitaba cada vez que su tarea en la Misión lo llevaba a su país de origen. A pesar de una vida tan arriesgada en el "Infierno Verde", con todas las incomodidades inherentes, puedo afirmar con perfecto conocimiento que la mujer, como sucede generalmente, tuvo la parte más difícil, y la afrontó con valentía hasta el final de sus días.

A principios de 1910, en Viamonte quedábamos diez, además del profesor Reynolds, quien, después de la pérdida de su esposa en Buenos Aires, quiso retirarse al calor del fuego hogareño. Calvo y de barba blanca, Reynolds había sido uno de los tres primeros profesores de la República y examinador en los cursos finales de las Universidades Naval y Militar.

Alicia y yo éramos muy buenos compañeros y pasábamos largas temporadas fuera del hogar. De tiempo en tiempo, solíamos cruzar a Harberton, donde estábamos seguros de ser acogidos afectuosamente. Will tuvo que pasar mucho tiempo en las islas o en las tierras del oeste, donde pastaban la mayor parte de nuestras ovejas. Había construído dos casitas, en sitios adecuados, a fin de poder llevar a vivir con él, en verano, a su joven esposa y a sus dos hijitos, y tener su hogar, cerca de donde trabajaba.

Por su edad avanzada, mi madre no debía exponerse a penurias innecesarias, máxime teniendo en cuenta las que ya había pasado, de

modo que no podíamos pensar en alejarla de nuestra vieja casa ni aun para pasar unas cortas vacaciones. Sólo deseábamos llevarla a Viamonte, donde disponíamos de amplias comodidades y había más vida y movimiento y por tanto estaría más entretenida que en el tranquilo hogar de Harberton.

Mi madre caminaba diariamente alrededor de tres kilómetros, pero no se le podía pedir que hiciera la pesada marcha hasta Viamonte. No había pues otro camino para ella que el mar. Mi madre nunca pudo olvidar las angustias pasadas, años atrás, cuando mi padre salía con su bote ballenero a vela, borda abajo adondequiera que lo reclamara su deber. Cuando se lo propuse, declaró que no subiría a un vapor a menos que fuera para emprender su último viaje. Siempre deseó ser enterrada en un cementerio rural de Inglaterra.

No hablamos más del asunto hasta que un día, en Harberton, yo dije, más en broma que en serio, que para llegar a Viamonte mi madre no necesitaba embarcarse. Le construiríamos un cuartito, provisto de una estufa y un sillón confortable, que un grupo de onas vigorosos transportaría a través de las montañas.

Will puso en juego todo su genio inventivo para solucionar el problema, e ideó un aparato que yo llamé "la litera".

Hizo una plataforma de poco peso pero fuerte, de poco más o menos de un metro cincuenta de largo por noventa centímetros de ancho, con pequeñas muescas destinadas a asegurar las patas de una silla de tijera construída especialmente, que podía ajustarse a cualquier ángulo, ya fuera para sentarse o recostarse. La plataforma colgaba, por medio de cuatro cuerdas, de un arco de madera que tenía la forma de una U invertida, con los extremos doblados hacia afuera.

Las varas estaban bien aseguradas en los extremos sobresalientes del arco. Cuando las varas descansaban sobre los hombros de los portadores, la plataforma quedaba a sesenta centímetros del suelo y todo estaba construído en tal forma que si alguno de los portadores perdía pie, el piso seguiría manteniéndose a nivel y sólo sufriría un bajón de siete centímetros. Una tienda de campaña, que se podía abrir a ambos lados según la temperatura, se ajustaba perfectamente a la litera. Finalmente, un juego de cuatro palos, de un metro y medio cada uno y terminados en horqueta, cuyo extremo servía para apoyar las varas, cuando los portadores descansaban por unos minutos, de tal manera que no fuera necesario echar la litera sobre un suelo desigual o un terreno pantanoso.

Alicia y yo llegamos a Harberton, donde la litera fué debidamente examinada y admirada. Siete onas escogidos habían venido de Via-

monte con nosotros; entre ellos Halimink, Kankoat, Shaiyutlh (Musgo blanco) y Shilcan (Voz suave), hermano de Aneki y Shinkolh. Nana, el hijo de Halimink, y otro muchacho vinieron también para llevar de vuelta los caballos de carga. La noche anterior a la partida para Viamonte no pude conciliar el sueño. Me perseguía el recuerdo de algunos accidentados viajes; pensaba en esas tormentas de nieve que se desencadenaban aun en el verano y duraban dos o tres días, y en esos repentinos deshielos que convierten todos los arroyos de las montañas en torrentes capaces de hacer perder pie a un caballo.

Pero bien dicen que las desgracias que se prevén, nunca acontecen... Emprendimos viaje con rumbo hacia el Norte en un hermoso día de verano. Como deseaba que esta aventura resultara un agradable paseo para todos, hice buen acopio de provisiones de lujo, especialmente leche condensada para el café de la mañana y cocoa con azúcar a discreción para la noche, amén de otras cosas agradables.

Había prometido a mis compañeros onas doble sueldo mientras mi madre estuviera con nosotros, con la condición de que por cada caída que sacudiera la valiosa carga, se perdería un día de sueldo. Todos estuvieron conformes, considerándola una buena broma y, naturalmente, ninguno pagó multa. No se podía esperar que aquella gente llevara con gusto a mi anciana madre —que, aunque medía treinta centímetros menos que yo, pesaba casi lo mismo— si yo no compartía con ellos el trabajo; formamos, pues, dos equipos de cuatro portadores cada uno, relevándonos por turno. Alicia, como de costumbre, usaba mocasines en este viaje y marchaba al lado de la litera sosteniéndola con una mano para que no se balanceara. Will también partió con nosotros, con la intención de acompañarnos parte del viaje.

La huella para caballos obligaba a cruzar continuamente arroyos de montañas y por consiguiente a subir y bajar pendientes, lo que no convenía a nuestra litera. Decidimos seguir la huella de las ovejas, a través de las ciénagas. Teníamos la intención de acampar cerca de Spion Kop la primera noche; de ningún modo debíamos ir de prisa y cansar a nuestra apreciada pasajera, y siempre que el tiempo se mantuviera bueno, nos internaríamos en la cercana selva protectora. Sabíamos de antemano que en varios lugares mi madre tendría que abandonar la litera y echar a andar.

Cruzamos el río Varela, trepamos las colinas, y después de andar los primeros kilómetros por terreno cenagoso, llegamos al lugar conocido por K-Wheipenohrrh (Cerro desnudo o Nariz). Ante nosotros se presentaba ahora un hermoso panorama: arroyos serpenteantes bordeados de vegetación, valles montañosos cubiertos de ciénagas color

amarillo claro, y grupos de hayas de hoja perenne que crecían en las laderas de las rocas. Al fondo se veían los peñascos nevados y dos arroyuelos se juntaban un poco más allá y caían en forma de pequeña cascada, por un tajo angosto abierto en la segunda cadena de montañas.

Will, satisfecho de que su invención hubiera resultado todo lo buena que esperábamos, regresó desde allí en rápida carrera. Después de un breve descanso, reiniciamos la marcha; para acortar la travesía de un pantano, cruzamos un arroyo que corre por una hondonada de más de nueve metros de profundidad, entre barrancas rocosas cubiertas de musgo, muy resbaladizas y escarpadas, que era imposible subir en zig-zag; de modo que, después de pasar el agua, emprendimos la subida en línea recta. Mi madre, por supuesto, había descendido de la silla. Si hubiera podido cargarla sobre los hombros, quizás habría podido escalar la barranca a cuatro patas, agarrándome con las manos de las raíces o a las piedras, pero esta clase de maniobra no figuraba en nuestro convenio, de manera que tuve que llevarla en mis brazos. Calzaba yo mocasines, muy adecuados para resbalar cuesta abajo en las colinas, pero que no permitían afirmarse en las subidas. Mis siete compañeros me ayudaban con la mejor buena voluntad; unos me empujaban y otros tiraban de mí, de suerte que mi madre llegó a la cima sin inconvenientes, como la reina de las abejas llevada por un enjambre de obreras diligentes. La depositamos nuevamente en la litera, y unas dos millas más lejos, donde, bajo un grupo de árboles grandes, nos esperaban los caballos de carga, acampamos para pasar la noche; antes de acostarnos disfrutamos del desacostumbrado privilegio de la cocoa dulce y caliente. Recuerdo esa cocoa, porque apenas llegamos a Viamonte abatí, a gran distancia, a cuatro guanacos con el mismo número de balas de winchester y Shiohkolh descubrió que esta excepcional puntería se debía precisamente al "Kho-Kho" que tomábamos por la noche.

Al segundo día de viaje dejamos el valle, y desde una prominencia avistamos a nuestra derecha una cascada, a la izquierda, montes bajos y ciénagas.

Seguimos adelante, escalando una colina cubierta de musgo seco que a medida que subíamos se iba cambiando en arcilla húmeda, allí en donde no hacía mucho se había derretido la nieve del invierno.

A doce millas de Harberton alcanzamos el punto más alto de nuestro itinerario, unos seiscientos metros sobre el nivel del mar. El cielo estaba algo nublado y nos permitía una magnífica visibilidad, imposible en días de sol brillante. La perfecta serenidad de ese desnudo

altiplano estaba en armonía con nuestro estado de ánimo, de modo que ahí nos detuvimos.

Hacia el Este una gran mole rocosa se levantaba a doscientos cuarenta metros por encima de nosotros. Hacia el Norte y el Oeste, picos más altos todavía, cubiertos de nieve, cerraban el horizonte. Hacia el Sur se extendía un maravilloso panorama.

Mi madre abandonó su litera y le ofrecí mi brazo. Caminamos con Alicia a lo largo de una prominencia rocosa, hasta que los tres nos detuvimos, y muy juntos y en silencio contemplamos el paisaje.

La llama de los grandes páramos, con sus innumerables lagos y sus juncales amarillos, era quebrada en muchos lugares por grupos de roca, como *No Tup, Flat Top* y la montaña Harberton, todos cubiertos de bosques hasta cierta altura. Más lejos, las ciénagas cedían el lugar a colinas cubiertas de vegetación, detrás de las cuales asomaban las costas irregulares del canal de Beagle y sus islas dispersas.

¡Con qué placer debió acoger mi madre la protección de esas islas y qué hermosas debieron parecerle cuando, casi cuarenta años atrás, las vió por primera vez, con su hijita María en brazos y al lado de mi padre, sobre la cubierta del *Allen Gardiner*, el pequeño barco de la Misión que había surcado esas aguas rodeadas de tierra!

Hacia el Sudeste, a cuarenta kilómetros de distancia, se distinguía claramente, en la protegida ensenada de Banner, la isla de Picton; en esa caleta, en el año 1871, vió mi madre la primera familia de yaganes en estado natural, remando, en una canoa de corteza de árbol, al costado del barco. Era la misma ensenada de Banner, donde sesenta años antes el capitán Allen Gardiner y sus heroicos compañeros habían esperado en vano un barco de socorro, barco que llegó demasiado tarde para poder salvar siquiera a alguno de ellos.

Más allá de Picton se halla la isla Nueva y frente a nosotros, a través del canal de Beagle, la de Navarino. Esta isla, con sus bosques y sus picos coronados de nieve, nos hubiera cerrado el horizonte, a no mediar un ancho valle con un gran lago al fondo, que quizás en épocas remotas dividía la isla en dos.

A través de este valle podíamos ver la inmensa extensión del océano del Sur, y, azul en la lejanía, el desolado grupo Wollaston, cuyo último pico sur es el cabo de Hornos.

En esa tierra salvaje, tranquila, yerma, desolada, no exenta sin embargo de belleza, que teníamos ante nuestros ojos, mi madre había pasado la mayor parte de su existencia. Había organizado "Reuniones de Madres" con las mujeres yaganas, enseñando a cientos de ellas a tejer y a ejecutar otras labores domésticas, confortado a indí-

genas moribundos y a niños doloridos, y educado a sus seis hijos, cinco de los cuales habían nacido allí, lejos de las comodidades y de la seguridad de los medios civilizados. Había cuidado y alentado a un hombre muy enfermo, y más tarde llorado su muerte como fiel esposa, y proseguido su obra, redoblando, si tal cosa hubiera sido posible, sus esfuerzos por conseguir el bienestar de sus hijos.

Demasiado sabía ella que contemplaba por última vez esa tierra del Sur que todos amábamos tanto; la cálida presión de su brazo sobre el mío me decía que añoraba ese otro brazo en el que se había apoyado con tanta confianza durante los felices y fecundos años del pasado.

Era duro alejarse de este panorama; al fin me vi obligado a interrumpir su ensueño, el aire se tornaba frío, amenazaba lluvia, y nuestra meta estaba aún distante. Retomamos la litera, cruzamos un gran ventisquero que bajaba por una abrupta pendiente de pizarra, y después de salvar casi un kilómetro de tierra pantanosa, llegamos a la orilla del bosque.

La entrada de nuestro camino, de un metro ochenta de ancho, nos pareció un túnel, y al avanzar por él, a cuatro días de marcha del nuevo hogar de mi madre y del mundo inconmensurable, sentimos que íbamos llegando al final de un largo y trabajoso capítulo de nuestra vida, en que los peligros y ansiedades del comienzo se hallaban ampliamente compensados por el recuerdo de tantos años felices.

FIN

ÍNDICE

PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA 11

PRÓLOGO 15

I. USHUAIA

1826 - 1887

CAPÍTULO I. El "Beagle" visita la Tierra del Fuego. Jimmy Button, York Minster y Fuegia Basket realizan un viaje a Inglaterra. Richard Matthews desembarca en Wulaia. Fracasa en su obra y regresa en el "Beagle". Algunas observaciones sobre el canibalismo 21

CAPÍTULO II. La desastrosa expedición del Capitán Allen Gardiner. Mi padre visita la isla Keppel o las Malvinas a la edad de trece años. La matanza de Wulaia. Mi padre toma a su cargo la Misión hasta la llegada del nuevo director, el Reverendo Whait H. Stirling. Mi padre y el señor Stirling realizan su primera visita a la Tierra del Fuego. El establecimiento en Laiwaia. Se decide organizar un establecimiento en Ushuaia. Stirling vive solo en Ushuaia durante seis meses. Luego vuelve a Inglaterra. Llegada de mis padres a las Malvinas. Nacimiento de mi hermana María 29

CAPÍTULO III. Llegada de mis padres a Ushuaia. La tierra de los alrededores. Primeras impresiones de mi madre en la Casa Stirling. Sus compañeros. Sus vecinos los fueguinos. Los alacalufes. Los yaganes. Algunas observaciones sobre algas marinas. La importancia de los fuegos. Los pedernales de Tierra del Fuego. Fuego dentro de las canoas. El origen de Tierra del Fuego. La tribu ona 51

CAPÍTULO IV. Nacimientos de mi hermano Despard y mío en Ushuaia. Yekadahby llega a Ushuaia. El segundo Allen Gardiner. El establecimiento queda aislado durante nueve meses. Nacimientos de mis hermanos Guillermo, Berta y Alicia. Presentación del señor Whaits. Aumenta la población en nuestro establecimiento. Construcción de un camino. El nuevo pueblo. Yekadahby prepara dulces. Las bayas comestibles de Tierra del Fuego. Indios de poblaciones prehistóricas fueguinas 60

CAPÍTULO V. Días y noches de peligro. Peleas entre aborígenes. Hatushwaianjiz es asesinado por Cowilij. Los amigos de Hatushwaianjiz exigen una indemnización. Mi padre es herido con una lanza. A Tom Post le impiden cometer un crimen. Harrapuwaian concibe un plan para matar a mi padre. Enrique Lory pelea con desventaja. Ceremonias rituales para dirimir diferencias. Mi padre trata de evitar derramamientos de sangre y mi madre sufre horas de angustia. Usiagu roba un cuchillo. Meekungaze solicita licor de frambuesas. Fuegia Basket vuelve a aparecer 68

CAPÍTULO VI. Los yaganes hacen regalos y reciben recompensas por servicios prestados. El naufragio del "San Rafael" 80

CAPÍTULO VII. Mi padre cae enfermo. Nuestro viaje a Inglaterra. Después de quince meses de estada volvemos a Ushuaia. La explosión del "Dotterel" en el puerto de Punta Arenas. El "Allen Gardiner" es levemente dañado, pero podemos proseguir el viaje hasta nuestro hogar 84

CAPÍTULO VIII. Disciplina familiar. Aventuras juveniles. Despard recibe una escopeta. Juego con niños indígenas. Métodos yaganes para pescar y para cazar pájaros. El obsequio de Leeloom. Se llevan conejos a las islas del canal. Cacería, con perros, de nutrias de mar y guanacos 90

CAPÍTULO IX. Científicos italianos visitan a Ushuaia. Mi padre, Despard y yo los acompañamos a bordo de su barco, el "Golden West". Naufragio en la bahía Sloggett. Desembarcamos y levantamos nuestras tiendas de campaña sobre la nieve. Indios onas orientales llegan de visita. Somos auxiliados por el "Allen Gardiner". La historia de Joe, el español. Dos de los indios onas orientales vuelven con nosotros a Ushuaia. Mi padre intenta cruzar las montañas para internarse en la tierra de los onas 100

CAPÍTULO X. Científicos franceses llegan a la Isla de Hoste para tomar fotografías del tránsito de Venus. El doctor Hyades cura enfermos en Ushuaia y opera sin anestesia. Mis hermanos y yo ayudamos a los científicos. Yekaifwaianjiz imita a los franceses. Mi padre cae gravemente enfermo y es atendido por el doctor Hyades. Se levanta después de pasar dos días en cama. Náufragos germanos. Aventura en una barcaza alemana. Obligados a detenernos en Lapa-Yusha, sufro hambre por primera vez. Robados por los yaganes. Los cazadores de focas de Diego Ramírez 110

CAPÍTULO XI. Por fin la Argentina se interesa por la región austral de su territorio. Mi padre iza la bandera argentina. Se establece una sub-

prefectura. Propagación de una terrible epidemia. Mis hermanos y yo proveemos de pescado a los impedidos yaganes 120

CAPÍTULO XII. El gobernador Félix Paz. Horas de estudio. Serafín Aguirre, nuestro ídolo. Mi padre y yo exploramos la tierra de los alacalufes. Un curioso encuentro cerca de la Isla de Wellington. Los elegantes indios chonos. Extraña coincidencia. Días de ensueño en Ushuaia 127

CAPÍTULO XIII. Mi padre planea una nueva aventura. Renuncia a su puesto de Intendente de la Misión. Visita al Presidente Roca en Buenos Aires y consigue un lote de tierras. Viaja a Inglaterra y de vuelta trae provisiones para nuestro hogar. Nos trasladamos de Ushuaia a Harberton 134

II. HARBERTON

1887 - 1899

CAPÍTULO XIV. Nuestro nuevo hogar en Harberton. Faenamos cerdos. Veladas hogareñas. Diversos entretenimientos. Llegan libros de Inglaterra. Patinando en los lagos. Encuentro un pretexto para patinar los domingos. El "Shepherdess" lleva postes a las Malvinas. Despard enferma de fiebre tifoidea 145

CAPÍTULO XV. Mi padre compra ganado vacuno en las Malvinas. El Gobernador Paz nos vende caballos. La proeza de Cosmos Espiro y Juan Fariña. Un viaje tormentoso a bordo del "Berta". Mi padre compra más ovejas. Las desembarca en la isla de Gable. Zorros fueguinos. Despard y yo construímos un bote 153

CAPÍTULO XVI. María vuelve a Tierra del Fuego. Encuentro con su futuro marido en la isla de Keppel. Cazamos guanacos. Leyendas contadas alrededor del fuego en el campamento. El hijo del lobo marino. Wasana se convierte en ratón. Espíritus de los difuntos. La guardia del temido Lakoona. La isla flotante. Termina el dominio de las mujeres. Escribo para la prensa 159

CAPÍTULO XVII. El toro salvaje de la isla de Gable y cómo se lo mata finalmente. El caso del ganado desaclimatado. Ejemplos que demuestran que la vaca es más inteligente que el caballo 169

CAPÍTULO XVIII. La búsqueda de oro en la bahía Sloggett. ¿De qué manera llegó el oro a Tierra del Fuego? Vendemos carne a los mineros. Despard y Will vencen a los comerciantes rivales. Tragedia en la ensenada de Lennox. Se me presenta una aparición y saco provecho del encuentro 175

CAPÍTULO XIX. La casa de Cambaceres. Vigilo al ganado. Casi me atrapa un toro. Levanto cercos en la montaña No Top. Pierdo nueve kilos de peso 182

CAPÍTULO XX. Mi padre obtiene autorización para ocupar la isla de Picton. Will y yo cazamos ganado salvaje. Christian Petersen nos prepara el desayuno antes de hora. Nuestra espléndida choza reducida a cenizas. Tom sufre un accidente y me acusan de intento de asesinato 192

CAPÍTULO XXI. Los aush difaman a los onas. Tenemos noticias de Kaushel, el asesino. Mis hermanos y yo tratamos de cruzar las montañas. Nueva tentativa de Despard y mía. Me visitan los onas en Cambaceres. Trabo relación con el famoso Kaushel. Amenazo a Bertram. Así es la juventud 197

CAPÍTULO XXII. El ona Capelo va a Buenos Aires. Al volver, se entera de que su mujer ha desaparecido y planea vengarse. La matanza de los mineros. Capelo viene a Cambaceres. Prosigue luego a Harberton. Don Lavino Balmaceda da parte a la policía. El fin de Capelo. Mis hermanos y yo tememos represalias 206

CAPÍTULO XXIII. Kaushel vuelve a Harberton. Tininisk, el curandero y Kankoat, el bufón. Un doble rapto. Los indios de las montañas visitan Harberton. Talimeoat, el cazador de pájaros. Los onas disimulan su gratitud. La tintura de yodo resulta una pintura mágica. Un testimonio no solicitado. Un noviazgo al estilo ona 214

CAPÍTULO XXIV. El bergantín "Phantom". Dan Prewitt llega a Harberton. El "Bélgica" encalla cerca de Cambaceres. Trabamos conocimiento con Federico A. Cook, médico y antropólogo, que toma fotografías de los onas y les retribuye con mezquindad. Mi padre le muestra su diccionario, y se ofrece para hacerlo imprimir. Me invita a formar parte de la expedición pero el "Bélgica" zarpa sin mí hacia las regiones polares 228

CAPÍTULO XXV. En que se presenta a Slim Jim, cuyo nombre ona resulta impronunciable, y a Minkiyold, el hijo de Kaushel. Con ellos como guías mis hermanos y yo penetramos, por fin, en tierra ona. Recorremos regiones nunca holladas todavía por blancos. El fallecimiento de mi padre 234

CAPÍTULO XXVI. Mis hermanos y yo quedamos solos. Los perros de Kiyotimink traen hidrofobia a la Tierra del Fuego. Kiyotimink muere de esa enfermedad. Kaushel cae enfermo de un tumor y atribuye sus infortunios a un poder maligno. El doctor Cook vuelve a Harberton y se lleva el diccionario Yagán 241

CAPÍTULO XXVII. Una larga y penosa persecución. Cruzo la isla con siete compañeros onas. El prudente avance de Puppup. Llegamos a Najmishk y proseguimos hasta Río Fuego. Un sargento de policía nos recibe amablemente. Mi primera afeitada. No encuentro a McInch en Río Grande. Regresamos a Harberton. El conocimiento del bosque de los onas. Shaiyutlh siembra el pánico y es motivo de burla. Llego felizmente al hogar 246

CAPÍTULO XXVIII. Kankoat realiza una hazaña. Me vengo de él. Minkiyolh, el hijo de Kaushel, se vuelve loco. Estudio magia bajo la tutela de Tininisk y Otrhshoölh. No me decido a hacerme curandero 260

CAPÍTULO XXIX. Desavenencias entre los onas y los pobladores del norte. La Misión Salesiana. Hektliohlh, el águila enjaulada, muere en cautiverio. Paloa desafía a la policía. Un grupo de onas es asesinado por McInch y sus compañeros. Kilkoat planea la venganza. Kiyohnishah roba algunas ovejas y me coloca en un posición difícil. Ahnikin y Halimink me prestan ayuda 269

III. EL CAMINO A NAJMISHK

1900 - 1902

CAPÍTULO XXX. Los onas nos invitan a vivir en su país. Mis hermanos no desean aceptar, pues ambos están por casarse. En busca de aventuras, yo decido iniciar una colonia en Najmishk y comienzo a abrir un camino a dicho lugar. Minkiyolh vuelve a ser un peligro. Nos visita Houshken, el Joön de Hyewhin, quien demuestra su magia. Se le muestran brujerías del hombre blanco 281

CAPÍTULO XXXI. Proseguimos la construcción del camino. La guarida de un guanaco. Explicación de una leyenda. Kewanpe exterioriza su gratitud en forma encantadora. El crimen de Halimink y Ahnikin. La actitud de los onas ante un asesinato. Tininisk, Otrhshoölh y Te-ilh se sienten más seguros 294

CAPÍTULO XXXII. Halimink y Ahnikin piden más municiones. El esquivo Te-ilh. Sus motivos para evitar los hombres blancos. Al llegar la primavera reanudamos el trabajo en el camino. La honestidad de los onas. Nuestro campamento es visitado por Kiyohnishah quien se siente justamente indignado 303

CAPÍTULO XXXIII. Heuhupen nos envía lluvia y nosotros la desafiamos. Salimos con Halimink en persecución de su mujer. Métodos onas para dar la bienvenida a los cazadores demorados. Algunas consideracio-

nes sobre antorchas fueguinas. Halimink, Chalshoat y yo intentamos vadear el río Varela 308

CAPÍTULO XXXIV. La ballena encallada en el cabo San Pablo. Los aficionados a la carne de ballena son atacados por los hombres del norte y se produce una gran matanza. El asesinato de Te-Ilh. La venganza de Shishkolh. Un torneo de luchas entre el sur y el norte. Los onas respetan las leyes del juego. Mi lucha con Chashkil. Peleamos hasta que Chashkil siente sueño 320

CAPÍTULO XXXV. Se termina el camino. Convictos escapados. Kaichin, hijo de Talimeoat, deja admirado a su excelencia el Gobernador. Aneki, el zurdo, realiza una milagrosa hazaña. El insuperable conocimiento que tienen los onas del bosque. Talimeoat caza corvejones. Ceno con él en la colina de Tijnolsh. Talimeoat suspira 332

CAPÍTULO XXXVI. Despard trae su novia a Harberton. María se va a vivir al Chaco Paraguayo. Visito a Buenos Aires y me asusta el tránsito. Mi abogado argentino se cree obligado a buscarme una compañera. Muy satisfecho, regreso a Tierra del Fuego para continuar mi vida al lado de los indios onas 345

IV. UNA CHOZA EN LA TIERRA DE LOS ONAS

1902 - 1907

CAPÍTULO XXXVII. Comienzo una estancia en Najmishk. La llamo Viamonte. Utilizamos el sendero para transportar herramientas y provisiones. Construimos una choza y cercamos la tierra. No tomo en cuenta el consejo de McInch. Ahnikin y yo quedamos sitiados por una tormenta de nieve y pasamos la noche en vela 355

CAPÍTULO XXXVIII. La primera esquila en Najmishk. Lucho con Chorche. Kiyohnishah y su grupo vuelven a Harberton. Algunos relatos sobre costumbres onas. Diversas formas de obtener dos esposas. Niños onas. Halimink controla su natural curiosidad. Comportamiento correcto entre suegro y yerno. Los onas lloran a sus muertos. Un entierro ona. Pinturas y tatuajes. Vestimentas indígenas. La corrección de las mujeres onas. Kewanpe se sobrepone a su modestia. El médico de la familia. Una cura de lumbago. Arcos y flechas de los onas. Antiguos y modernos pedernales. El código de honor de los cazadores. Cómo cazan un guanaco los onas. Inesperada derrota del terrible Tigre. Hábitos descorteses del guanaco. El Dr. Holmberg es defraudado 365

CAPÍTULO XXXIX. Koiyot se convierte en mi tío adoptivo. La delincuencia de Contreras. La terrible matanza cerca del lago Hyewhin. El bravo Kautempklh atrapa nuevamente a su hombre. Darío Pereira

revela coraje. Contreras encuentra que ha hecho un mal negocio. Aventajo en pericia a Halimink y Ahnikin 392

CAPÍTULO XL. Gran desasosiego en la tierra de los onas. Ahnikin viene a reclamar una segunda esposa y yo se la niego. Viajo de nuevo a Buenos Aires. A mi vuelta me previenen que se atenta contra mi vida. Busco a Halimink y Ahnikin y trastorno sus planes 400

CAPÍTULO XLI. "Jelj", el rito de paz 409

CAPÍTULO XLII. Los espíritus onas de los bosques: "Mehn, Yohsi y Hahshi". Oigo hablar de otros monstruos. Ingreso como novicio en la Logia de los onas. Los orígenes de la Sociedad Secreta. Seres de las sombras. Las convenciones del "Hain". Veo a Halpen, la mujer de las nubes, y a Hachai, el hombre con cuernos. Short inicia a los novicios. K-Wamen conoce el gran secreto. Los deberes de un Klokten. La cura milagrosa de Halimink. Representaciones rituales de los hombres y mujeres onas. Con el avance de la civilización los secretos del "Hain" quedan en descubierto. Algunas observaciones referentes a relatos de viajeros 415

CAPÍTULO XLIII. La historia de Jack, el primer novicio blanco del "Hain". Relatos junto al fuego. Kwonyipe hace bajar al Sol y a la Luna. Kwonyipe mata a Chashkilchesh, el gigante. Astrología ona. Oklholh, se transforma en el pato de la cascada. Algunas observaciones sobre el pato a vapor. Kwaweishen se transforma en buitre crestado y Kiayeshk en cormorán negro. Cómo consiguió el petirrojo su pecho colorado. La horrible desventura de los hermosos hermanos. Shahmanink se queja y es transformado en el matador de ballenas. La cabeza del mago. Kohlah, el único objeto de culto de los onas. Kwonyipe hace del guanaco un animal salvaje. La historia de los cuatro vientos. Shai construye un camino. Leyendas de animales que no se encuentran en la Tierra del Fuego. Los orígenes de los onas y de los aush. Kamshoat se regocija 440

CAPÍTULO XLIV. Animales fueguinos y la vida de los pájaros. Talimeoat encuentra huevos. ¿Cómo llegan los patitos al agua? Yoshyolpe caza una lechuza. Los onas acechan a los gansos. La astucia del zorro. Se sigue comentando al Tucu-Tucu. Aventajo a los onas en su especialidad y proporciono una comida a Shishkolh 456

CAPÍTULO XLV. Mejoras en Najmishk. Viajo a Buenos Aires y trato de establecer nuestros derechos sobre la tierra. Conozco al señor Ronaldo Tidblom y cuento con un nuevo amigo. El agrimensor del Gobierno admite su fracaso y yo continúo su obra. Alentado por el éxito, acepto otra tarea de agrimensor, con la cual sólo gano experiencia

acerca de la conducta de los jóvenes elegantes de la ciudad. El Padre Juan Zenoni visita a Viamonte y bautiza a los niños onas 465

CAPÍTULO XLVI. El naufragio del "Glen Cairn". Halimink salva la vida a la tripulación y quiere secuestrar a una dama para mí. Recibo a numerosos huéspedes en Viamonte. Un recuerdo del Paraguay. El capitán Nichol desafía a beber a McInch. El resto de la tripulación del barco zarpa para Inglaterra, pero el camarero y su esposa se quedan. Los llevo a Harberton. Interesante consecuencia de una audición de la B. B. C. 472

V. LA ESTANCIA VIAMONTE

1907 - 1910

CAPÍTULO XLVII. Nuestros derechos sobre la tierra de Najmishk quedan establecidos y planeamos disposiciones para un nuevo establecimiento. Miembros de la familia se mudan de Harberton a Viamonte. El leal Halimink casi comete un exceso. Nuestro nuevo aserradero llega de Inglaterra y lo instalamos. Proseguimos nuestros trabajos en la estancia Viamonte. El meteoro 485

CAPÍTULO XLVIII. La estancia Viamonte. Los onas aprenden el valor del dinero. Las dos cartas de Martín. Rodeo de ovejas. Un perro con ideas propias. La inteligencia de la mula. El señor López Sánchez utiliza nuestro sendero. Un caballo intenta suicidarse 492

CAPÍTULO XLIX. Pedro Barrientos salda sus cuentas. La historia de Arévalo 503

CAPÍTULO L. El campeón de los esquiladores. Metet, hijo de Aneki, vence a todos los competidores. El fin de Ahnikin. Minkiyolh sale a cazar por última vez 511

CAPÍTULO LI. La litera 515

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES
EL 25 DE ABRIL DE 1952,
EN LOS TALLERES DE LA
COMPAÑÍA IMPRESORA
ARGENTINA, S. A.,
ALSINA 2049.

EMECÉ EDITORES, S. A.
SAN MARTÍN 427 – BUENOS AIRES